

Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo

Coordinador

Víctor Manuel Moncayo C.

.CO

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**

.CO

La colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** es un emprendimiento editorial de CLACSO destinado a promover el acceso a la obra de algunos de los más destacados autores de las ciencias sociales de América Latina y el Caribe.

En su primera etapa, la colección constará de 50 títulos, entre volúmenes individuales y compilaciones, reuniendo el aporte de más de 350 autores y autoras de diversos campos disciplinarios, países y perspectivas teóricas.

Se trata de una iniciativa editorial sin precedentes por su magnitud y alcance. Todas las obras estarán en acceso abierto y podrán ser descargadas gratuitamente en la Librería Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y de la Biblioteca Virtual de CLACSO, democratizando una producción académica fundamental que, con el paso del tiempo y debido a las limitadas formas de distribución editorial en nuestra región, tiende a ser desconocida o inaccesible, especialmente para los más jóvenes.

Además de su versión digital, la **Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** será publicada también en versión impresa. Como CLACSO siempre lo ha hecho, reconocemos la importancia del libro como uno de los medios fundamentales para la difusión del conocimiento académico. Particularmente, enfatizamos la importancia de que ciertos libros de referencia, como los que constituyen esta colección, formen parte de nuestras bibliotecas universitarias y públicas, ampliando las oportunidades de acceso a la producción académica rigurosa, crítica y comprometida que se ha multiplicado a lo largo del último siglo por todos los países de América Latina y el Caribe.

Poniendo a disposición de todos el principal acervo intelectual del continente, CLACSO amplía su compromiso con la lucha por hacer del conocimiento un bien común, y con la promoción del pensamiento crítico como un aporte para hacer de las nuestras, sociedades más justas y democráticas.

Pablo Gentili
Director de la Colección

**Antología del
pensamiento crítico
colombiano contemporáneo**

.CO

Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo /
Gabriel García Márquez ... [et al.] ; compilado por Víctor Manuel
Moncayo C. ; coordinación general de Víctor Manuel Moncayo C.. -
1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2015.
Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y
caribeño / Gentili, Pablo)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-113-8

1. Pensamiento Crítico. I. García Márquez, Gabriel II. Moncayo C., Víctor
Manuel, comp. III. Moncayo C., Víctor Manuel, coord.
CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Pensamiento Crítico / Intelectuales / Pensamiento Contemporáneo /
Pensamiento Social / Colombia

Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo

Coordinador

Víctor Manuel Moncayo C.

Gabriel García Márquez | Camilo Torres | Antonio García | Diego Montaña
Cuéllar | Orlando Fals Borda | Darío Mesa | Mario Arrubla Yepes | Augusto
Ángel Maya | Arturo Escobar | María Teresa Uribe de Hincapié | Virginia
Gutiérrez de Pineda | Florence Thomas | Nina S. de Friedemann | Gerardo
Molina | Estanislao Zuleta | Guillermo Hoyos Vásquez | Renán Vega Cantor |
Laura Restrepo | Alfredo Molano Bravo | Arturo Alape

.CO

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**



CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección Pablo Gentili

Coordinación Editorial Fernanda Saforcada y Lucas Sablich

Diseño de Colección Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

Primera edición

Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2015)

ISBN 978-987-722-113-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Víctor Manuel Moncayo C.

Introducción. El desafío de una antología valorativa del pensamiento crítico en Colombia | 11

Gabriel García Márquez

“La soledad de América Latina” (1982) | 23

I. PENSAMIENTO Y ACCIÓN POLÍTICA

Camilo Torres

“La violencia y los cambios sociales. Introducción para los profanos”
(*Pensamiento crítico*, 1967) | 31

“Mensaje a la oligarquía” y “Proclama al pueblo colombiano”
(*Frente Unido*, 1965) | 77

Antonio García

“Seis. Testimonio de parte. Mi vida como pensador social y militante revolucionario” (*El Proceso Histórico Latinoamericano*, 1979) | 83

“Tercera parte. La democracia y la crisis del capitalismo” (*Dialéctica de la democracia. Sistema, medios y fines: políticos, económicos y sociales*, 2013) | 97

Diego Montaña Cuéllar

“Los problemas estratégicos y tácticos de la revolución en Colombia (Tesis en discusión, sometida al Comité Ejecutivo del PC de Colombia)”
(*Hora Cero*, 1968) | 119

Orlando Fals Borda

“La subversión justificada y su importancia histórica” (*Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, 1968) | 139

“Epílogo a la subversión en Colombia” (*La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, 2008) | 147

II. LOS ANÁLISIS POLÍTICO-ECONÓMICOS

Darío Mesa

“Para una posición del pueblo. Treinta años de historia colombiana (1925-1955)” (*Mito*, 1957) | 171

Mario Arrubla Yepes

“Esquema histórico de las formas de dependencia” (*Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, 1974) | 211

Augusto Ángel Maya

“Introducción” (*Desarrollo Sostenible o Cambio Cultural*, 1997) | 245

Arturo Escobar

“Ecología Política de la globalidad y la diferencia” (*La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*, 2011) | 261

María Teresa Uribe de Hincapié

“Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz. Un excursio pertinente” (*Estudios Políticos*, 1998) | 293

III. ETNICIDAD Y PERSPECTIVA DE GÉNERO

Virginia Gutiérrez de Pineda

“Cambio social, familia patriarcal y emancipación femenina en Colombia” (*Revista de Trabajo Social*, 1998) | 321

Florence Thomas

“A nueva mujer, nuevo hombre” | 337

Nina S. de Friedemann

“Huellas de africanía en Colombia. Nuevos escenarios de investigación” (1992) | 347

IV. PERSPECTIVAS TEÓRICO-FILOSÓFICAS

Gerardo Molina

“Pasado y presente de la autonomía universitaria” (*Separata de la Revista de la Dirección de Divulgación Cultural. Universidad Nacional de Colombia*, 1968) | 365

Estanislao Zuleta	
“Elogio de la dificultad” (Conferencia) (1980)	383
“El marxismo, la educación y la universidad” (Conferencia) (1975)	390

Guillermo Hoyos Vásquez	
“La ética en Colombia en medio de la violencia y la ruptura del tejido social” (2002)	405

Renán Vega Cantor	
“El pensamiento crítico en un mundo incierto” (2007)	433

V. LA REALIDAD EN LA CRÓNICA Y LA LITERATURA

Laura Restrepo	
“Niveles de realidad en la literatura de la ‘Violencia’ colombiana” (<i>Ideología y Sociedad</i> , 1976)	453

Alfredo Molano Bravo	
“La gente no habla en conceptos, a menos que quiera esconderse” (2009)	491

Arturo Alape	
“Voces en el ‘Taller de la memoria’” (<i>Revista Estudios Sociales</i> , 2006)	501

Sobre los autores	515
--------------------------	-----

Sobre el antologista	523
-----------------------------	-----

Introducción

EL DESAFÍO DE UNA ANTOLOGÍA VALORATIVA DEL PENSAMIENTO CRÍTICO EN COLOMBIA

Víctor Manuel Moncayo C.

A PRIMERA VISTA LA TAREA antológica parece sencilla. Se trata de reunir en un conjunto un número determinado de textos considerados significativos. Pero, si se aprecia la labor con mayor detenimiento, es indudable que reviste gran complejidad y, porqué no decirlo, es ingrata. En efecto, el seleccionador por principio tiene que ser excluyente, lo cual comporta un juicio de valoración que necesariamente no será compartido ni mucho menos comprendido. Hasta podría decirse que tampoco satisfaría a quien debe formular el criterio definidor. Estamos, en pocas palabras, asumiendo un desafío frente al cual, con certeza, no podremos responder.

En el caso específico de la presente antología, el proceso es aún más exigente, pues debe responder a criterios adicionales a los que en forma autónoma decida quién debe hacer la selección, determinados por un tercero que, en esta oportunidad, es CLACSO. Se trata de reunir textos representativos del pensamiento crítico, democrático y emancipador en Colombia en los últimos cincuenta años, con un balance equilibrado de género entre los autores.

Es decir, que debe cubrir, siendo flexibles, el período posterior a 1960, sin que se haya definido si ese límite temporal se refiere al momento de la producción, a la existencia misma del autor o a su im-

pacto o significación en ese lapso. Personalmente he optado por esta última orientación, sin desdeñar las restantes.

En cuanto al contenido, he entendido por perspectiva crítica, democrática y emancipadora, aquella que rechaza o contribuye a confrontar el orden social capitalista y colonial vigente en nuestras sociedades latinoamericanas y caribeñas y, específicamente, en la colombiana, siempre y cuando los autores hayan perseverado durante su periplo vital en esa orientación.

Otra dificultad adicional está representada por la determinación del texto más apropiado de cada autor, habida consideración de que en todos los casos el conjunto de su obra no solo es vasto, sino que cada documento tiene una diferente significación por su alcance y propósitos. Algunos pertenecen al linaje de los ensayos académicos, otros fueron concebidos para la intervención política, y no pocos son reflexiones del mismo autor sobre su propia experiencia. En esta materia la elección ha sido variable, en el contexto propio de cada autor y pensando también en cómo comunicar al lector su significación.

Además de la insoslayable posición personal y de las necesarias consultas con quienes comparto reflexiones y preocupaciones teóricas y políticas, he acudido a múltiples ventanas de aproximación. La primera, casi forzosa, es la consideración del período, sin dejar de lado sus antecedentes que contribuyen a una comprensión coherente e integral, pues la historia es mucho más que la sucesión cronológica. En esta misma dirección de orden temporal, también se ha tenido en cuenta la relativa actualidad del texto seleccionado respecto de las circunstancias del presente que vivimos.

Otra dimensión privilegiada tiene que ver con la relación o incidencia de los documentos con las luchas sociales y políticas, así como con los debates y controversias de las ciencias sociales frente a los debates de nuestro tiempo, apreciando el protagonismo y la influencia del respectivo autor.

Y, obviamente, se ha tenido la precaución de matizar el conjunto con los aspectos claves de la controversia en nuestra sociedad, empezando por la realidad del conflicto social y armado que por decenios ha caracterizado el acontecer nacional, y los problemas económico-sociales que le están asociados. Igualmente, han sido estimadas como referencias pertinentes la pluriétnicidad, la perspectiva de género y la cuestión ambiental.

Dados esos parámetros, para organizar los documentos se ha procedido a enlazarlos o a articularlos alrededor de algunos conceptos, ciertamente insuficientes, pero que han sido en alguna medida útiles, al menos desde el punto de vista metodológico.

En primer lugar, el conjunto está presidido por un ensayo emblemático, que permite además apreciar con las elocuentes palabras de nuestro Nobel literario, la circunstancia histórica común de nuestro continente. García Márquez no es sólo el portavoz del realismo mágico, sino la expresión de “una representación cifrada de la realidad”, como él mismo lo ha advertido¹. Su vasta obra es, a su manera, la historia de “esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda”; esa realidad latinoamericana cuya comprensión “con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios”.

Luego hemos agrupado a cuatro voces del pensamiento crítico como orientador de sus posiciones en la acción política, cuya experiencia de vida cubre varios decenios del período. La primera de ellas, no sólo por el lugar que le hemos asignado sino por su indiscutible importancia política, es la voz de Camilo Torres Restrepo, el conocido cura guerrillero que con toda convicción tuvo el valor de proclamar: “Soy revolucionario como colombiano, como sociólogo, como cristiano y como sacerdote”, y explicó su opción en estos términos categóricos:

“Como colombiano porque no puedo ser ajeno a las luchas de mi pueblo.”

“Como sociólogo porque gracias al conocimiento científico que tengo de la realidad, he llegado al convencimiento de que las soluciones técnicas y eficaces no se logran sin una revolución.”

“Como cristiano porque la esencia del cristianismo es el amor al prójimo y solamente por la revolución puede lograrse el bien de la mayoría.”

“Como sacerdote, porque la entrega al prójimo que exige la revolución es un requisito de caridad fraterna, indispensable para realizar el sacrificio de la misa, que no es una ofrenda individual, sino de todo el pueblo de Dios por intermedio de Cristo.”²

No menos significativo es el lugar que ocupa el profesor Antonio García Nossa. Con razón ha sido calificado como un verdadero intelectual orgánico, pues su producción teórico-política siempre estuvo ligada a su participación militante en los procesos y movimientos de las organizaciones populares. En su juventud estuvo al lado de la Liga Campesina e Indígena del Cauca, fue luego creador

1 Ver la conversación de García Márquez con Plinio Apuleyo Mendoza en “El olor de la Guayaba”, recientemente publicada en forma parcial en *Revista Bocas*, N° 40, Bogotá, abril de 2015, diario *El Tiempo*.

2 Citas tomadas del texto “Camilo Torres, el cura guerrillero”, de Diego Montaña Cuéllar. *Revista Historia y Sociedad* N° 4, Universidad Nacional, Bogotá, 1997.

de la Liga de Acción Política, y más tarde organizó el Movimiento Socialista Colombiano que se transformó en el Partido Socialista Colombiano. Esa misma presencia se evidencia en su vinculación con los procesos de corte emancipatorio, que se escenificaron en países de nuestro continente en el período 1950-1980. Todo lo cual, como él mismo lo señala en el ensayo autobiográfico incluido en esta obra, lo definió simultáneamente como un pensador social y un militante revolucionario.

En la misma dirección teórico-práctica se sitúa también Diego Montaña Cuellar. La huella de su trasegar en la escena política colombiana la encontramos en su vinculación al Partido Socialista Revolucionario, en el acompañamiento combativo del movimiento sindical petrolero y de muchas otras expresiones reivindicativas obreras y sociales, en su adhesión a organizaciones clave posteriores a 1960 como el movimiento Firmes, el Frente Unido de Camilo Torres o la Alianza democrática M-19 y, sobre todo, en su exposición crítica que lo enfrentó al Partido Comunista y que, en ese momento, lo condujo a plantear que “el problema en Colombia, no es tanto de conocimiento teórico de la ciencia revolucionaria contenida en el marxismo-leninismo, como de su aplicación práctica al estudio de las condiciones histórico-concretas de la realidad nacional y el hallazgo de las formas estratégicas y tácticas que permitan unificar las fuerzas de la revolución”.³

Cierra esta primera agrupación Orlando Fas Borda, ese hombre hicoteya y sentipensante, que asumió con rigor la racionalización del papel que como intelectual debía desplegar frente al orden social vigente, para construir su método de investigación-acción-participación, que no sólo es su gran aporte a la sociología latinoamericana, sino que le permitió encarar, con toda su crudeza, el valor altruista de la subversión, de singular pertinencia en la actual circunstancia expectante sobre la terminación del conflicto armado en Colombia, que exige volver a iluminar las causas estructurales del mismo, para poder ambicionar de nuevo ese “quinto orden que nos libere de la boa constrictor de la guerra y que detenga la espiral de nuestra violencia ancestral”.⁴

En otro plano, se han reunido bajo la expresión “análisis político-económico” aquellos aportes de quienes irradiaron los comienzos de los años sesenta con su entendimiento de los antecedentes históricos

3 Ver texto incluido en esta antología.

4 Moncayo, Víctor Manuel, “Fals Borda: Hombre hicoteya y sentipensante”, presentación de *Una Sociología Sentipensante para América Latina*, CLACSO-Siglo del Hombre Editores, Buenos Aires-Bogotá, 2009.

del período antológico, o con valiosas y heterodoxas contribuciones sobre las relaciones de dependencia en el contexto del abigarrado debate que a este propósito conocimos entonces en América Latina, unidos a los estudios más contemporáneos desplegados a partir de la perspectiva ambiental, de la ecología política o de la soberanía afectada por la guerra.

La Colombia de los años sesenta vivió una gran efervescencia en la confrontación del sistema imperante, a pesar de las condiciones de restricción participativa que impuso el llamado Frente Nacional. En ese escenario la intelectualidad comprometida conoció el lúcido diagnóstico que nos ofreció el maestro Darío Mesa, quien por aquella época en forma simultánea irrumpía en el mundo académico con sus sabias disertaciones y con la transformación curricular de la disciplina sociológica. Su diagnóstico de la realidad nacional la entendía certeramente en estos términos: “el análisis de Marx se cumple en todos los planos de la vida colombiana: la acumulación y la concentración de capital, la ruina de la pequeña burguesía manufacturera y agraria, el empobrecimiento de la clase obrera, las presiones de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción, la conversión de los valores tradicionales en mercancías, la descomposición de la familia de las diversas clases, los escándalos bursátiles”⁵. La mejor ilustración de ese entendimiento es quizás el texto incluido en esta antología, en el cual muestra cómo en los 20 años transcurridos entre 1925 y 1945 Colombia dejó de ser un país precapitalista (“pastoril”, “semicolonial”, “agrario” son las expresiones de Mesa) y se convirtió en un país con plena inserción en el mercado mundial capitalista y con un mercado capitalista nacional, que tenía ya la madurez suficiente para emprender una acción política de carácter revolucionario que condujera al socialismo.⁶

Similar impacto tuvo en esa coyuntura del acontecer colombiano la aportación de Mario Arrubla Yepes al debate teórico-político, en aquel momento en el cual se discutía con rigor y vehemencia sobre la realidad de las relaciones de dependencia. Es la misma preocupación, que alimentaba entonces a muchos intelectuales latinoamericanos⁷, de poder dar cuenta del momento

5 Mesa, Darío “Mito, revista de las clases moribundas”, en *Revista Mito*, Bogotá (oct.-nov. 1955), pp. 281-297. Ver p. 288.

6 Ver a este respecto Uribe Celis, Carlos. “Darío Mesa, sociólogo colombiano. Análisis y visión crítica de su obra”, ponencia presentada en el X Congreso Nacional de Sociología, Cali, noviembre 1, 2 y 3 de 2011.

7 Ver Marini, Ruy Mauro, *América Latina, Dependencia y Globalización*, CLACSO, Buenos Aires, 2008.

histórico que se vivía con posterioridad a la gran crisis de los años treinta y con la irrupción de una nueva fase del capitalismo. En lo fundamental Arrubla, en especial en el ensayo que forma parte de esta antología y que en los años sesenta tuvo una amplísima circulación (7 ediciones y más de 25.000 ejemplares vendidos), devela el equivocado enfoque de atribuir carácter revolucionario a la burguesía nacional, y controvierte la linealidad de las etapas de la revolución, aunque quizás su discurso estaba aún prisionero de la categoría “subdesarrollo”.⁸

Ese mismo panorama intelectual vio también florecer, de manera ciertamente temprana, la inquietud ambientalista y ecológica, en boca de Carlos Augusto Angel Maya, quien puede considerarse como pionero de este tipo de estudios en Colombia. Como él mismo lo advierte en el ensayo recogido en esta obra, los conceptos ambientales se mueven en “el persistente vaivén entre el pesimismo escatológico y el optimismo ingenuo o entre el ecologismo salvaje y el desarrollismo desmesurado”, lo cual impone un diálogo ambiental que entienda como “comprender las especificidades de la cultura es tan importante para descifrar el enigma ambiental, como entender las leyes que rigen el ecosistema”.

Perspectiva que contrasta con la de su coterráneo Arturo Escobar, quien desde una visión más contemporánea, aprecia la cuestión ambiental a partir de una “ecología política de la diferencia”, es decir desde un ángulo que privilegia los “conflictos sobre el acceso y el control de los recursos naturales, particularmente como una fuente de subsistencia, incluyendo los costos por la destrucción del medio ambiente”, que se enlaza, como lo ilustra muy bien el caso de las comunidades negras e indígenas del Pacífico colombiano, con la defensa del lugar “desde la perspectiva económica, ecológica y la diferencia cultural, que sus paisajes, culturas y economías personifican en relación con los sectores dominantes de la sociedad”. Todo lo cual tiene, sin duda alguna, una particular relevancia en la época actual del capitalismo, signada por el neoextractivismo y la apropiación de los bienes comunes.

Ya en los años más recientes, el análisis desde las ciencias sociales se ha volcado sobre la realidad del conflicto armado, con un sinnúmero de contribuciones, entre las cuales sobresale la de María Teresa Uribe de Hincapié, que ha hecho del conocimiento de nuestro difícil

8 Ver el análisis de Kalmanovitz, Salomón, “A propósito de Arrubla: crítica a una teoría de la dependencia”, en *Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo dependiente*, Bogotá, Editorial Pluma, 1977.

entramado de organización política un verdadero proyecto de vida,⁹ como lo evidencia su prolífica obra que la distingue como una de las principales investigadoras sociopolíticas del país. Uno de sus más relevantes ensayos es, sin duda alguna, el incluido en esta antología, en el cual, más allá del enfoque hobbesiano, nos advierte con justeza que “Lo que muchas veces se olvida es que si bien los regímenes democráticos tienen como precondition la soberanía del Estado, la construcción histórica de ella tiene poco que ver con la democracia y muchísima relación con la violencia y la sangre derramada”. Ahora que se discute en la Mesa de Diálogos de La Habana la realidad del conflicto, su voz debiera una y otra vez ser oída, para reconocer, como parte de la verdad tan buscada, que “Desde hace cerca de cuarenta años, para referirse sólo a la historia reciente, el Estado colombiano ha recurrido a las armas para someter a una guerrilla que, en sus inicios, fue débil, campesina y modesta; ha usado de manera discrecional y laxa los recursos de la excepcionalidad (estado de sitio) y más recientemente ha tolerado la parainstitucionalidad y otras estrategias privadas para controlar el poder armado de la guerrilla, con lo cual se ha debilitado, aún más, la soberanía y el poder del Estado, agudizando la confrontación y ampliándola a sectores de la sociedad ajenos al conflicto”.

Otro conjunto de la antología quiere destacar con toda la fuerza que esa temática lo exige, la presencia en el conocimiento crítico de la realidad colombiana, representada por tres personalidades femeninas, de la necesidad de abocar nuestra etnicidad así como la perspectiva de género.

La primera de ellas es la reconocida figura de Virginia Gutiérrez de Pineda, verdadera pionera y maestra de la familia en Colombia. Su aporte fue no solamente histórico en cuanto recuperó, sistematizó y presentó toda la información accesible desde la época colonial hasta la contemporánea, poniendo especial énfasis en la diversidad regional, sino sociológico y antropológico, hasta el punto que su obra es considerada como de obligatoria consulta por quienes actúan en el mundo de las ciencias sociales.

Igualmente incluimos a Florence Thomas, francesa de origen pero vinculada en forma definitiva al país desde 1967. Ella es definitivamente un hito referencial indiscutible en el campo feminista, sobre todo por lo que podríamos llamar su incancelable militancia en las reivindicaciones de la mujer contra los rasgos patriarcales de nuestra sociedad. Como ella misma lo explica: “Soy feminista y escribo para

9 Uribe de Hincapié, María Teresa, “Las ciencias sociales: un proyecto de vida”, discurso al recibir el doctorado *Honoris Causa* discernido por la Universidad de Antioquia, Medellín, 17 de marzo de 2015.

las mujeres que no tienen voces, para todas las mujeres, desde sus incontestables semejanzas y sus evidentes diferencias. Soy feminista porque el feminismo es un movimiento que me permite pensar también en nuestras hermanas afganas, ruandesas, croatas, iraníes, que me permite pensar en las niñas africanas cuyo clítoris ha sido extirpado, en todas las mujeres que son obligadas a cubrirse de velos, en todas las mujeres del mundo maltratadas, víctimas de abusos, violadas y en todas las que han pagado con su vida esta peste mundial llamada misoginia. Sí, soy feminista para que podamos oír otras voces, para aprender a escribir el guión humano desde la complejidad, la diversidad y la pluralidad”.¹⁰

La trilogía de este apartado de la antología se completa con Nina S. de Friedemann, reconocida en el mundo académico como figura señera en el estudio y reivindicación de nuestra raíz africana. Gracias a sus argumentos etnohistóricos se logró la adopción de Ley 70 de 1993, que le reconoció a los afrodescendientes que su identidad genera derechos territoriales y políticos. Como lo advierte Jaime Arocha, su colega y compañero en las luchas de la población negra, combatió con celo la tradición jurídica que insistía en catalogar como “colonos en tierras baldías” a los campesinos, mineros y agricultores que hoy ocupan franjas amplias de llanuras, riberas, selvas, esteros y playas, después de que sus ancestros humanizaran esos territorios como medio de ejercer la libertad, ya fuera al haberse convertido en cimarrones, subversores del régimen esclavista o en automanumisos, que le compraron a sus amos las cartas que los acreditaban como personas libres”, y contribuyó a romper aquella ortodoxia que se ha referido a los negros como “cargas” venidas de África o, en el mejor de los casos, que los ha contado como otro “recurso perteneciente a los amos de las haciendas del Valle del Cauca o de las minas del litoral selvático”, para revalorarlos como verdaderos pioneros de las formas de resistencia e insurgencia de las cuales aún hoy son actores.¹¹

Recoge también esta antología un conjunto de ensayos que se han considerado como pertenecientes a ciertas perspectivas teórico-filosóficas, muy relacionadas con los debates siempre presentes en sociedades como la nuestra, en especial con los retos planteados por la contemporaneidad.

Lo preside Gerardo Molina R. quien, además de su presencia en el escenario político como dirigente alternativo al establecimiento bi-

10 Ver Facebook, 7 de junio de 2012.

11 Ver Arocha Rodríguez, Jaime, en reseña bibliográfica de la autora en la Biblioteca Virtual del Banco de la República, en <www.banrepcultural.org>.

partidista, en su periplo vital aportó con creces a los valores esenciales de la universidad, poniendo en necesaria relación el clásico principio de la autonomía con el rumbo de la sociedad, tal y como lo ilustra el ensayo incluido como parte de la antología. Como concienzudo y laborioso profesor, no concebía la universidad “sino como un mecanismo puesto al servicio de la nación y de la democracia, animado del propósito de contribuir a la liberación del pueblo y a la solución justa de las cuestiones que a cada minuto estorban nuestros movimientos”, y rechazaba “el concepto tradicional de que la universidad ha de tener por encargo satisfacer los anhelos egoístas de perfección intelectual que puedan sentir algunas unidades, para las cuales la alta cultura es apenas ornato, o manera de hacerse a grandes entradas o piedra inmovible en que descansa el edificio de la injusticia económica”.¹²

Obviamente, no podía faltar en este grupo el filósofo autodidacta Estanislao Zuleta, cuyo impacto en la formación y en los debates centrales de la sociedad colombiana durante tres décadas es innegable. Como pedagogo insistía en que antes que todo había que aprender a pensar, sin que para leer se requirieran elementos previos o prerrequisitos. *El Capital* de Marx no demanda conocimientos previos, sino la capacidad de saber pensar por sí mismos. El método, decía, es pensar, interpretar, criticar. En tal sentido la educación es un sistema de prohibición del pensamiento, pues se considera como algo dado, petrificado. La lectura no es recepción, es necesariamente interpretación, que no es la simple aplicación de un saber o de un conjunto de conocimientos a un texto. El saber no es la posición de un sujeto neutral, sino la sistematización de una lucha contra una fuerza específica de dominación. En este sentido, para conocer el marxismo hay que leer el contexto de la lucha contra la explotación.¹³ Estos postulados recorren en buena medida el ensayo *Elogio de la dificultad*, que se convirtió en canónico en el medio universitario, e igualmente el texto sobre marxismo, educación y universidad, ambos incluidos en esta antología.

Por su reconocida significación en las disciplinas filosófica y ética, también hemos considerado a Guillermo Hoyos V. como integrante de este grupo de pensadores críticos. Más allá de su especial consagración en el conocimiento y difusión de la Escuela de Frankfurt y, en particular, de la obra de Jürgen Habermas, *Guillo* —como nos acostumbramos a llamarle— desempeñó un papel en el desarrollo de la ciencia social crítica en Colombia y en todo el continente. Una de sus

12 Ver Moncayo, Víctor Manuel. Presentación de la obra “Gerardo Molina y la Universidad Nacional de Colombia”, Universidad Nacional, Bogotá, 2001.

13 Zuleta, Estanislao, *Sobre la lectura*, Cali, 1982.

últimas intervenciones, poco tiempo antes de su sensible fallecimiento, dibuja muy bien su perfil de compromiso con la urgente necesidad de interrumpir el prolongado conflicto violento. Acude a Derrida para plantear el perdón de lo imperdonable, a partir de la consideración de que la cultura del perdón tendrá que llegar a ser virtud cívica, sin dejar de ser para muchos sólo virtud religiosa, y para denunciar que “Desafortunadamente, entre quienes están por la reconciliación que nos lleve a la paz, la mayoría piensa que la memoria que buscamos y la verdad que reclamamos es solamente para la reparación de las víctimas y para que se castiguen todos los delitos. Pero resulta que memoria y verdad también pueden llevar a reconocimiento de culpa por el victimario, a justicia transicional acompañada de perdón, que no siempre significa olvido, como piensan algunos al identificar perdón y olvido”. Y agrega: “Creo que en este momento lo más importante es que los colombianos nos preguntemos qué tan alta tenemos la virtud cívica de la cultura del perdón. Si llegamos a la actitud de querer poder perdonar lo imperdonable o si pensamos que el tema de la impunidad es asunto de justicia, no como equidad, sino como castigo, traducida en años de cárcel.”¹⁴

En el conjunto de la intelectualidad de nuestro acuciante presente, ante la imposibilidad de incluir las múltiples voces que, a pesar de todo, logran expresarse, hemos encontrado una entre ellas que por su verticalidad permite representar con mucha fuerza el quehacer imperativo del pensamiento crítico en la actualidad colombiana. Es la savia joven de Renán Vega Cantor, quien no solo ha hecho aportes definitivos en el universo de las ciencias sociales y de los procesos de paz en curso, sino que ha tenido el valor de “preguntarse qué función tiene el pensamiento crítico en una sociedad como la colombiana, en la cual se ha impuesto, tal vez como en pocos lugares del continente, el pensamiento único de clara estirpe neoliberal, impulsado por los medios de comunicación, las clases dominantes y las multinacionales, todo lo cual, junto con la violencia, ha llevado al arrinconamiento y a la asfixia de la intelectualidad de izquierda, la mayor parte de la cual fue cooptada por el propio capitalismo en las últimas décadas”, como lo explica y desarrolla en el ensayo que forma parte de esta selección antológica.

Y finalmente, este esfuerzo de escogencia, forzosamente no objetiva, se cierra volviendo la mirada hacia quienes se han adentrado en nuestra lacerante realidad desde el discurso literario y de la captación de la vida a través de la crónica y el relato.

14 Hoyos V., Guillermo, “El perdón es de lo imperdonable”, artículo publicado en el diario *El Tiempo*, Bogotá, 23 de octubre de 2012.

Entre muchos, en nuestro criterio los más destacados por su proximidad con los actores y los procesos, en momentos vividos recorriendo paso a paso nuestra geografía, son indudablemente Arturo Alape (Carlos Arturo Ruiz) y Alfredo Molano. El primero fue definitivamente un cronista de su tiempo, como lo evidencian sus trabajos sobre el 9 de abril-El Bogotazo, el Frente Nacional o los movimientos cívicos de la década del setenta. Cultivó el novedoso género literario de la ficción documental, esa extraña mezcla entre periodismo y novela, sin ninguna formación universitaria, pues “sus temas y su estilo no estuvieron sujetos a las reglas disciplinares o metodológicas de la academia, sino a sus inquietudes intelectuales que, a su vez, guardan una estrecha relación con su posición política”.¹⁵ Y el segundo, nuestro contemporáneo Alfredo Molano, a quien quisiera ponderar con todo lo que el lenguaje pudiera, pero que en esta ocasión la cercanía humana que nos une nos inhibe para hacerlo. Prefiero más bien recordar sus recientes palabras en “La Nacho” al recibir el doctorado *honoris causa*, para tratar de retratarlo y mostrar cómo sus experiencias de vida con colonos a orillas del río Ariari lo hicieron tomar la opción de “contar lo que me habían contado” o mejor “lo que me habían confiado”, riñendo con la naturaleza objetiva y aséptica de la ciencia. “La cuestión no era de método sino de ética”.¹⁶ Ya entonces, quizás, empezaba a comprender que “la gente no habla en conceptos, a menos que quiera esconderse”, como es el título del ensayo que pertenece a esta antología.

En fin, la antología concluye con la recuperación de los trabajos de Laura Restrepo¹⁷, producidos mucho antes de su quehacer literario exitoso, pero que estimamos esclarecedores de nuestra circunstancia colombiana en la traducción propia del lenguaje literario, tal y como, a su manera, lo hizo el Nobel García Márquez. Estando ahora muy cercano a las reflexiones y preocupaciones que nos acompañan en relación con el proceso de paz de La Habana, reencontré en esos ensayos un entendimiento que es hoy necesario para ponerle fin al conflicto. Aquella Violencia —bautizada así con mayúsculas— de las décadas del cuarenta y cincuenta, despojaba el fenómeno de sus connotaciones políticas y ocultaba su carácter de enfrentamiento de cla-

15 Ver sobre el particular *Elementos para una valoración de la obra de Arturo Alape*, Camilo Jiménez/Colorado State University, en <www.colombianistas.org>.

16 Ver Molano, Alfredo, discurso al recibir el doctorado *honoris causa* en la Universidad Nacional de Colombia.

17 Nos referimos al ensayo incluido en esta antología y al texto “Historia y Creación Literaria en García Márquez”, publicado en *Revista Cuadernos Colombianos*, N° 2, Bogotá, segundo trimestre de 1973.

se. Y en el terreno de la literatura, marcada por ese acontecimiento durante decenios, pueden apreciarse esos niveles de realidad que ella permite aflorar y recrear, así sea en el reino de la ficción.

Como el lector podrá apreciar, esta ha sido la respuesta ciertamente insuficiente, injusta y excluyente, al desafío de construir una antología de quienes como intelectuales han sido actores centrales, durante el período antológico, de las múltiples expresiones de la controversia y confrontación del orden social vigente.

Gabriel García Márquez

LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA*

ANTONIO PIGAFETTA, UN NAVEGANTE florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar

* Discurso en el acto de recepción del Premio Nobel 1982.

Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30.000 campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetus que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de Estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 mi-

llones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200.000 mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100.000 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de 1.600.000 muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se podría hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de la Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual éste colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortunada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarlas. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez

más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 300 años para construir su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de incertidumbre durante veinte siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa con soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12.000 lansquenetes a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma, y pasaron a cuchillo a 8.000 de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental.

No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3.000 leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74

millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me presentan hoy como sombras tutelares, pero también como el compromiso, a menudo agobiante, que se adquiere con este honor. Un duro honor que en ellos me pareció de simple justicia, pero que en mí entiendo como una más de esas lecciones con las que suele sorprendernos el destino, y que hacen más evidente nuestra condición de juguetes de un azar indescifable, cuya única y desoladora recompensa suelen ser, la mayoría de las veces, la incomprensión y el olvido.

Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en ese trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud el inventario abrumador de las naves que numeró en su *Ilíada* el viejo Homero está visitado por un viento

que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las Alturas de Machu Picchu de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos.

En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía. Muchas gracias.

I. Pensamiento y acción política

.CO

Camilo Torres

LA VIOLENCIA Y LOS CAMBIOS SOCIALES*

INTRODUCCIÓN PARA LOS PROFANOS

LA CIENCIA, COMO TODO elemento humano, es ambivalente. Es un instrumento de comunicación más profundo y más sólido con aquellos que están «iniciados», pero con aquellos que no lo están, ya sea por cultivar otras disciplinas o por no tener una formación científica, puede ser un instrumento de separación, de malos entendidos y por lo tanto de conflicto.

El autor del presente estudio es un sacerdote que a la vez es sociólogo; sería interesante hacer una amplia demostración sobre las relaciones que tienen estas dos actividades como, en general, mostrar las diferencias y las aplicaciones de lo sagrado y lo profano.

Para enfocar este problema deberíamos plantear en toda su extensión las aplicaciones psicológicas, sociológicas e históricas de la Encarnación de Dios con todas sus consecuencias. Sin embargo, estas consideraciones se salen del objeto principal de la presente introducción.

Para poder ejercer las funciones de puente entre los colegas sacerdotes y los colegas sociólogos, creo que basta con hacer unas consideraciones rápidas sobre la distinción entre lo normativo y lo positivo.

* *Pensamiento crítico*, Centro de Estudios Latinoamericanos, La Habana, febrero de 1967, N° 1, pp. 4-53, en <<http://www.filosofia.org/derechos.htm>>.

La ciencia positiva es básicamente inductiva, parte de la observación empírica para llegar a generalizaciones de primer grado de abstracción, es decir a generalizaciones que nos den una certidumbre metafísica que está en el tercer grado de abstracción y se basa en la esencia inmutable de los seres. Las ciencias normativas como la moral, la política, el derecho, se tienen que basar en alguna certidumbre metafísica. Las ciencias positivas constatan los hechos, hacen generalizaciones lógicas y están sometidas a las verificaciones empíricas para corregir, ampliar y si es el caso abolir las generalizaciones.

El presente estudio pretende ser un trabajo de sociología positiva. Como lo explicaremos más adelante, no está fundamentalmente sustentado por un análisis de campo; toma las experiencias directas de otros y las observaciones no estandarizadas del autor para enunciar una serie de hipótesis de trabajo.

Desde el punto de vista metodológico y científico este sistema es incompleto, pero no erróneo. Aunque, como dijimos antes, la ciencia positiva se tiene que basar fundamentalmente en las observaciones empíricas cuando ellas tienen suficiente desarrollo, como en el caso de la sociología, es necesario relacionar la observación con una teoría general. Por otra parte, para enriquecer la teoría general se requiere lanzar hipótesis que solamente la intuición del científico puede preservar de que sean gratuitas. En teoría son, por definición (ya que son hipótesis) básicamente gratuitas. Precisamente se plantean para que sean verificadas por la investigación positiva. En otras palabras, los trabajos científicos de generalizaciones y que corren el riesgo de ser gratuitas para llegar a constataciones empíricas; o partir de estas constataciones para llegar a generalizaciones que tienen el carácter de leyes científicas.

No obstante la evolución de la sociología, especialmente en los últimos años, tenemos que reconocer que es una ciencia joven. Como tal, sus conceptos, su terminología, sus métodos y sus leyes no están aún suficientemente estructurados. Algunos sociólogos, principalmente de fines del siglo pasado y principios del presente, optaron por una posición sectaria. Unos defendían la teoría y los planteamientos generales contra las investigaciones empíricas de escasa trascendencia teórica pero de mucha precisión técnica. Los sociólogos europeos, en general, adoptaron esta posición.

Otros, por el contrario (entre los que se contaron muchos sociólogos norteamericanos) se dedicaron a minuciosas investigaciones sobre el terreno atacando las generalizaciones gratuitas.

Se ha dicho que la sociología europea es más interesante que verdadera y que la sociología norteamericana es más verdadera que interesante. Sin embargo, podemos afirmar que hoy en día en términos

generales, esta dicotomía ha sido superada, y podemos hablar de una sociología universal. Actualmente, el método inductivo y el método deductivo (de lo general a lo particular o de lo particular a lo general) son valaderos mientras se acepte que son complementarios, que ninguno de los dos es verdaderamente científico si excluye al otro. Con todo, el avance de la ciencia es paulatino y exige contribuciones parciales que también deberán ser complementarias.

En el caso de la “sociología colombiana” encontramos una tradición que no podemos clasificar dentro de la sociología positiva. Hasta hace pocos años solamente se podía hablar de filósofos sociales. En los últimos tiempos hemos visto surgir la sociología positiva en nuestro país. Por inspiración norteamericana al principio, complementada posteriormente con influencias europeas. El aspecto empírico de la sociología empieza a prevalecer entre nosotros con una orientación tal que se puede correr el peligro de consagrarse únicamente al estudio de este campo descuidando las generalizaciones.

No es posible hacer una sociología colombiana aparte de la sociología universal. Sin embargo, es necesario hacer sociología colombiana en dos sentidos: 1) aplicando la teoría y los métodos sociológicos generales a nuestra realidad concreta y específica; 2) contribuyendo a esta teoría y métodos con el análisis de las situaciones nuevas, que nuestra realidad pueda sugerir. Esta sociología colombiana se vería frustrada en su estructuración tanto si faltara la investigación empírica como si prescindiera de la generalización teórica. El presente estudio pretende ser una contribución a este último aspecto.

Aunque como sacerdote el autor debe desaprobador los hechos sociales que estén en oposición a la moral cristiana, como sociólogo no se puede permitir la emisión de juicios de valor so pena de caer en el error metodológico de mezclar las ciencias positivas con las ciencias normativas. Por eso, no es de extrañar que se describa un “fenómeno como el de la *violencia*” —que, en términos generales, no puede justificarse desde el punto de vista moral— como un factor de cambio social importante, sin pronunciarse sobre la bondad o la maldad de ese cambio y sobre la moralidad de sus consecuencias. Al decir “importante” no se quiere decir “constructivo”. Ese vocablo se utiliza solamente en el plano de los fenómenos positivos que si por causa de la violencia han sido profundamente transformadores, tienen una importancia sociológica indiscutible.

Las observaciones anteriores podrían situar al lector que no esté familiarizado con los análisis positivos de las realidades sociales, en el terreno propicio para valorar los planteamientos que se hacen en este trabajo dentro de las limitaciones de la ciencia empírica que no puede pretender generalizaciones normativas.

1. ALCANCE DEL ANÁLISIS

Para poder precisar la magnitud de un cambio, es necesario determinar bien claramente tres aspectos:

- a. La situación antes del cambio.
- b. Los factores que influyen y la manera en que influyen en el cambio.
- c. La situación posterior a la acción de dichos factores.

Sin embargo, es necesario anotar que en un cambio socio-cultural los anteriores puntos de referencia son mucho menos precisos que en el caso de un cambio físico. Las variables sociales poseen una dinámica constante y por eso es imposible considerar situaciones estables dentro del cambio social.

Con todo, la sociedad rural colombiana antes de pasar por el fenómeno de la “violencia”¹ era una sociedad relativamente estática, como trataremos de describir a continuación. Esto facilita en parte el establecimiento del cambio ocurrido. A pesar de ello, es necesario limitar el fenómeno de cambio a algunas variables, ya que, por su complejidad, no podría describirse nunca en forma exhaustiva.²

Muchas de las variables que consideraremos no son de ninguna manera exclusivas de la sociedad colombiana. En muchos textos de sociología las encontramos como criterios determinantes de cualquier sociedad rural. Las hemos escogido aquí por considerar que han sido afectadas especialmente por el fenómeno de la violencia.

El presente análisis se refiere casi exclusivamente a la descripción hecha por Monseñor Germán Guzmán en el primer tomo del libro *La violencia en Colombia* y a los trabajos efectuados en relación a la sociedad rural colombiana, antes de haber sufrido el impacto de la violencia.³

1 Al fenómeno de la violencia en Colombia podemos definirlo como un tipo de conflicto social que se manifiesta por la acción armada de grupos, especialmente en vecindarios campesinos, generalizada geográficamente en “Colombia” y de carácter endémico, ya que se ha prolongado por varios años sin solución de continuidad. Para mayor explicación *cfr.* Germán Guzmán C., Eduardo Umaña Luna, Orlando Fais Borda, *La violencia en Colombia*, edición Monografía Sociológica, Fac. de Sociología, U.N. Bogotá, 1962, pág. 368.

2 Es de notar también que en el presente estudio no consideramos sino las áreas que han sido afectadas, en algún momento, por el fenómeno. Sin embargo, de acuerdo con los estudios realizados, especialmente por Mons. Germán Guzmán, casi todas las áreas rurales colombianas (*cfr.* *La violencia en Colombia* —Estudio de un proceso social— Tomo 1, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962) han sido afectadas por la violencia.

3 Gustavo Pérez, *El campesino colombiano, un problema de estructura*, Centro de Investigaciones Sociales, Bogotá, 1962; Orlando Fais Borda, *Campesinos de los An-*

Aquí trataremos de estructurar los datos de los trabajos mencionados dentro de un esquema teórico adaptado a la descripción del cambio ocasionado por la violencia. Su valor objetivo dependerá de la objetividad de dichos estudios y muchas de las afirmaciones no podrán tener un sentido más amplio que el de ser simples hipótesis de trabajo que deberán ser sometidas a ulteriores investigaciones sobre el terreno para llegar a ser debidamente comprobadas, como lo explicamos ampliamente en la introducción.

Con estas observaciones podemos entrar de lleno al análisis del cambio sociocultural, considerando:

1. La situación de las variables seleccionadas, antes de la violencia.
2. La forma en que fueron afectadas esas variables por el fenómeno de la violencia.
3. El resultado final.
4. Clasificaremos a las variaciones en tres grupos:
 1. Aquellas que son comunes a toda sociedad rural.
 2. Aquellas que son propias de las sociedades rurales de los países subdesarrollados.
 3. Aquellas que son características de la sociedad rural colombiana.

Naturalmente que la división anterior no deja de ser artificial. La tomamos para ordenar mejor el análisis pero trataremos de hacer las aplicaciones concretas a Colombia, aun en las dos primeras categorías de variables.

2. VARIABLES CONSIDERADAS

1. Variables comunes a toda sociedad rural
 - a. Falta de división del trabajo, de especialización y escasez de roles.
 - b. Aislamiento social.
 - c. Importancia de los vecindarios en la vida social.
 - d. Individualismo.

des, Editorial Iquelma, Bogotá, 1961; *El hombre y la tierra en Boyacá*, Editorial Antares, Bogotá, 1956.

- e. Conflicto con el extra-grupo.
 - f. Sentimiento de inferioridad.
2. Variables propias de las sociedades rurales de países subdesarrollados
 - a. Ausencia de movilidad vertical ascendente.
 - b. Agresividad latente.
 3. Variables características de la sociedad rural colombiana
 - a. Sectarismo político.
 - b. Falta de conciencia de clase.
 - c. Respeto a la propiedad privada.

3. CAMBIOS SOCIO-CULTURALES OCURRIDOS EN CADA UNA DE LAS VARIABLES CONSIDERADAS

1. VARIABLES COMUNES A TODA SOCIEDAD RURAL

a) Falta de división del trabajo, de especialización y escasez de roles

La actividad agropecuaria del cultivo de la tierra y del ganado es prácticamente la exclusiva del campesino colombiano. En general, toda otra ocupación está condicionada por ésta: el mercado, la actividad religiosa, familiar, etc.

La violencia plantea al campesino nuevas necesidades y con ellas la imposición de una división del trabajo y de una especialización. Para los grupos activos además de las necesidades requeridas en toda acción bélica, surgen aquellas específicas de la guerra de guerrillas, tales como las de espionaje, comunicaciones clandestinas, abastecimiento, asistencia social, relaciones públicas, etc.⁴

Respecto de los grupos pasivos, también debemos comprobar la aparición de nuevas necesidades, tales como las de vigilancia, colaboración, tanto entre sí como con los grupos guerrilleros, todas aquellas impuestas en el caso de las migraciones forzadas, etc.

Para cada una de estas necesidades ha sido indispensable destacar elementos de la comunidad rural para que las ejerzan habitualmente, llegando así a un género de especialización que, aunque rudimentario, es importante respecto de las relaciones sociales.

Estas relaciones en la sociedad rural, como consecuencia de la falta de división y especialización del trabajo, son de características

4 Cfr. Guzmán, Umaña, Fals Borda, *La violencia en Colombia*, Monografías sociológicas N° 12 - Facultad de Sociología, U.N. Bogotá, 1962, pp. 147 *et passim*.

más íntimas, frecuentes y personales. Este tipo de relaciones conduce a un tipo de sociedad folk, también descrita por Redfield:

“Esta sociedad es pequeña, aislada, iletrada y homogénea, con fuerte sentido de solidaridad. El modo de vida está convencionalizado dentro de un sistema coherente que llamamos ‘una cultura’. La conducta es tradicional, espontánea, acrítica y personal. No hay legislación, hábito de experimentación ni reflexión para fines intelectuales. El parentesco, sus relaciones e instituciones son del tipo de categorías empíricas, y el grupo familiar es la unidad de acción. Lo sagrado prevalece sobre lo secular. La economía es de autoconsumo más bien que de mercado.”⁵

Todas estas características se aplicaban exactamente a nuestra sociedad rural antes de haber pasado por la violencia.

Dentro de esto tenemos que señalar: la conducta tradicional, espontánea, no crítica y personal como un efecto de la preponderancia de las relaciones secundarias. Ahora bien, la falta de división del trabajo y de especialización lleva a esta preponderancia, ya que la persona que realiza muchas funciones es la base de la interacción social mucho más que la función misma. La falta de especialización hace que no exista una exigencia ni una expectación social respecto del progreso por la instrucción formal.

La solidaridad de grupo es otro efecto de la falta de división del trabajo, si nos referimos a la solidaridad mecánica dentro de la teoría durkheimiana.⁶ Esta solidaridad mecánica produce naturalmente un sistema coherente de vida basado en la tradición y el sentimiento.

Dentro de la teoría de Tonnies nuestra sociedad rural se acerca mucho más a la comunidad (*gemeinschaft*) que a la sociedad (*gesellschaft*). Por otro lado, la economía de autoconsumo estimula mucho más las relaciones primarias que secundarias y es una de las causas de la falta de división del trabajo.

Los efectos de estos fenómenos sobre la actitud respecto del cambio social son de una gran importancia. La predominancia de las relaciones primarias sobre las secundarias comienza a desaparecer por la mayor división del trabajo, la mayor especialización y por consiguiente la multiplicación y diversificación de los roles sociales.

En las comunidades afectadas por la violencia, las interacciones sociales comienzan a basarse más en las funciones de las personas que en la persona misma. La solidaridad de grupo comienza a ser más or-

5 Robert Redfield, *The Folk Society*, *The American Journal of Sociology*, 52 (enero de 1947), p. 293.

6 E. Durkheim, *De la división du Travail Social*, 1902, XXXII.

gánica que mecánica, es decir, más basada en la complementariedad de los roles diversos que en la homogeneidad de éstos. Las relaciones sociales comienzan a basarse más en la razón que en la tradición y el sentimiento. La conducta deja de ser tradicional y espontánea y pasa a ser crítica e impersonal.⁷ La «comunidad» se transforma en «sociedad». Podríamos decir que nuestra sociedad rural afectada por la violencia comienza a urbanizarse en el sentido sociológico, en el sentido de que comienza a adquirir un comportamiento urbano.

Este proceso de urbanización se realiza exclusivamente por la aparición de actividades terciarias (servicios personales, comercio, transporte, servicios bélicos, etc.) sin ninguna conexión con la actividad secundaria de industrialización.

Los efectos socio-económicos son evidentes: el modo de vida urbano implica una actitud racional, anti-tradicional respecto del cambio social. Sin embargo, en este caso esta actitud no va acompañada de una industrialización que permita elevar los niveles de vida. En una palabra, podemos decir que en la sociedad afectada por la violencia tenemos las actitudes urbanas sin los instrumentos propios de una sociedad urbana.

b) Aislamiento social

Dentro de las variables comunes a todas las sociedades rurales encontramos el aislamiento social, elementos que incluye Redfield dentro de la sociedad folk (*Cfr.* Supra).

Este fenómeno ecológico es debido a la baja densidad demográfica y a la ausencia de comunicaciones que caracteriza las sociedades rurales. En los países subdesarrollados el aislamiento social se encuentra agudizado por la falta de transporte y la ausencia de comunicaciones de toda índole. En Colombia, en particular, el aislamiento es aún mayor. La población colombiana está concentrada en la zona montañosa y en los valles separados por montañas. Las veredas o vecindarios rurales se encuentran aislados no solamente de las ciudades sino también de la cabecera del municipio y de las otras veredas.

La violencia incrementó las migraciones rurales no solamente a la ciudad sino también entre las diversas localidades campesinas. Las Fuerzas Armadas, además de sus sistemas propios de comunicación, fueron un conducto humano de transmisión de noticias, de valores so-

7 Para ampliar la teoría sobre la transformación de la sociedad-folk en sociedad urbana debido a la división del trabajo, es útil consultar E. C. Hughes, *Personality Types and the Division of Labor*, *American Journal of Sociology*, 1928/33, 754/768 y Leopold Von Wiese and Howard Becker, *Systematic Sociology* (Nueva York, John Wiley & Sons, 1932), pp. 222-225 *et passim*).

ciales, de normas de conducta, establecido entre la ciudad y el campo y entre los diversos vecindarios rurales.

Como resultado, las poblaciones rurales han entrado en contacto tomando conciencia de necesidades comunes y adquiriendo una solidaridad de grupo, al enfrentar el conocimiento de su realidad socioeconómica con el conocimiento de otros niveles de vida superiores, tanto rurales como urbanos.

Los patrones culturales locales comienzan a difundirse y se produce un fenómeno de asimilación de dichos factores, comenzando así un proceso de gestación de una subcultura rural colombiana. Respecto del cambio social, el hecho de haber creado una solidaridad de grupo (que Marx llamaría conciencia de clase) hace que el campesinado colombiano comience a constituirse en un grupo de presión en la base de la pirámide social. Grupo de presión que, mediante una organización, puede llegar a ser importante en las transformaciones de las estructuras sociales, políticas y económicas de Colombia.

c) Importancia de los vecindarios en la vida social

Dado el aislamiento antes descrito, es lógico que el vecindario en la vida social de la comunidad rural sea de la mayor importancia. La actividad humana en esta sociedad tiene una referencia directa a la localización geográfica. La falta de la división del trabajo excluye casi completamente la necesidad de desplazarse a otro lugar. Por lo tanto, el vecindario desarrolla con la familia, la institución de control social más eficaz en la sociedad campesina. La sanción aprobatoria o condenatoria del vecindario tiene una gran influencia en la conducta del campesino.

Sabemos que hay una relación estrecha entre la fuerza del control social y la estandarización de los patrones de conducta. Los fenómenos de anomia se presentan rara vez en una sociedad aislada y de control fuerte. En esta comunidad se encuentra entre sus individuos poca capacidad de asimilación, ya que para poder llevar la vida en sociedad les ha bastado acomodarse mecánicamente a los patrones tradicionales de conducta. De ahí viene la coherencia del sistema de la sociedad folk del que habla Redfield; de ahí también la falta de experimentación y la falta de reflexión para fines intelectuales. La conducta es más espontánea que reflexiva y por eso la capacidad de asimilación es menor.

La violencia rompe los marcos del vecindario rural. Los grupos guerrilleros comienzan a convertirse en nuevos elementos de control a una escala más regional que veredal. La presión oficial se manifiesta en muchas ocasiones por primera vez, en las áreas rurales, ejerciendo presiones de todo género (desde la violencia física hasta los halagos económicos) a escala regional, sobre las comunidades rurales. También la posibilidad y en algunas ocasiones la necesidad de emigrar

libera a los grupos rurales del control social de la comunidad vecinal. Los grupos de referencia para el control social se multiplican; además de la familia existen los grupos guerrilleros; además del vecindario propio hay grupos de campesinos perseguidos más o menos beligerantes; el ejército militar y los grupos de ejércitos civiles, los grupos urbanos que intervienen directa o indirectamente en la violencia y por ella en las comunidades rurales. Todos estos grupos con sus diferentes patrones y valores de conducta relajan el control social en una forma semejante a lo que ocurre en las ciudades. El campesino habituado a actuar sin reflexión ni crítica, de acuerdo con patrones, pierde toda norma de conducta y se irá adaptando, en cuanto le sea posible, a los diferentes grupos de referencia. La conducta anómica se generaliza en esta forma dentro del conglomerado campesino como un efecto del rompimiento del aislamiento social del vecindario. Las comunidades rurales que han sufrido el fenómeno de la violencia están abiertas a toda clase de contacto cultural.

El rompimiento de su aislamiento social ha hecho perder importancia al vecindario de la vida social del campesino y ha establecido nuevas instituciones a la escala regional y nacional que caracterizan la nueva subcultura originada por la violencia.

En forma similar a lo ocurrido con el aislamiento social se produce en el área rural un relajamiento del control social local por la multiplicación de controles que son independientes del lugar geográfico. Esta multiplicación de controles diversos se explica por la diversificación de las actividades rurales. Sin embargo, dicha diversificación no obedece a un fenómeno de desarrollo de la productividad económica, sino a actividades de destrucción, de defensa o simplemente de subsistencia, difícilmente enmarcables dentro de un plan de desarrollo socioeconómico para el país. Podemos decir también en este caso que encontramos fenómenos sociológicos de urbanización, sin los fenómenos concomitantes de industrialización y de creación de ciudades.

Los nuevos organismos de control y la relajación de éstos, han llevado a una conducta más reflexiva y más crítica, pero de acuerdo con una escala de valores completamente patológica.

d) Individualismo

El aislamiento produce en general la existencia de grupos y sociedades cerradas. Sin embargo, cuando a ese aislamiento se une el trabajo aislado de cada individuo, el individualismo surge como una secuela lógica.

Este es el caso en las sociedades rurales de estructura minifundista o de ocupación estacionaria de las cosechas. Los intereses son entonces individuales y la colaboración sólo surge en función de éstos.

Instituciones como “la minga”, “la mano vuelta”, “el convite”, tienen un carácter transitorio y no contradicen sino que confirman la conducta individualista en cuanto ésta se entienda como *resultante de la búsqueda de objetivos en función de intereses predominantemente personales*. El individualismo es una actitud que se define por motivación. Sin embargo, la conducta social es un índice, y a veces el único conocido y conocible, de la motivación de los individuos.

Dado el predominio del minifundista y del cosechero dentro de la población campesina colombiana, podemos asegurar que la actitud individualista es bastante generalizada, especialmente en las áreas más aisladas. Los hábitos colectivistas que tenían algunas comunidades indígenas, puede decirse que han desaparecido dentro de la mayoría de los campesinos colombianos.

La violencia rompe en gran parte el individualismo campesino. Las fuerzas oficiales introducen sistemas de conducta donde se hace indispensable el trabajo en equipo. En forma similar son organizadas por el gobierno las llamadas “guerrillas de paz”, para combatir a los bandoleros.

Las fuerzas de guerrilleros, *formal e informalmente* constituyen elementos de trabajo colectivo que también quebrantan el sentido individualista de nuestro habitante rural.

Formalmente se establecen «Normas Organizativas de las Fuerzas Guerrilleras»⁸. En ellas los intereses colectivos priman sobre los intereses individuales.

Informalmente, los guerrilleros debían trabajar en equipo para todas sus labores tanto bélicas como de subsistencia. Inclusive se establecen grupos como el de Pato, en donde por esfuerzo colectivo se construyó un trapiche, se sembró una huerta, se organizó la producción de panela y la rocería de los campos, así como las siembras, el deshierbe y las cosechas.

La solidaridad de grupo propia de toda comunidad marginal y en especial de todo grupo considerado fuera de la ley, se verifica plenamente dentro de los grupos guerrilleros.

Dentro de los campesinos la violencia crea circunstancias por las cuales ellos tienen que romper con su individualismo; las migraciones conjuntas, la defensa de las comunidades rurales, la organización para la producción, etc., crean una mentalidad de cooperación, de iniciativa y de conciencia de clase, tenemos una situación social nueva en la comunidad rural colombiana, que hace que dicha comunidad constituya un elemento social con cohesión interna, con iniciativa y con dinamismo frente a las posibilidades del cambio social.

8 *La violencia en Colombia, op. cit.*, p. 142.

e) Conflicto con el extra grupo

Los grupos rurales descritos con las características anteriores son necesariamente cerrados “con un fuerte sentido de solidaridad”, según la descripción de Redfield⁹, solidaridad interna que está generalmente en relación directa con el grado de conflicto respecto de los elementos extra grupo.

Nuestras comunidades rurales tienen, en efecto, una actitud de desconfianza respecto de las instituciones, de los líderes y en general de las personas que no pertenecen a su grupo social.

A las *instituciones* pertenecientes al extra grupo podemos clasificarlas en oficiales, eclesiásticas y privadas. Es necesario hacer notar que muchas de las instituciones oficiales, eclesiásticas y privadas pertenecían al mismo grupo campesino, en el sentido de que eran identificadas con la comunidad rural mucho más que con el gobierno, la iglesia u otra entidad de nivel nacional. El empleo del pronombre personal de primera persona en plural, “nuestro”, en relación a la iglesia (como edificio) al palacio municipal y algunas de las haciendas, nos revela ese sentimiento de solidaridad con dichas instituciones.

Sin embargo, la actitud respecto a instituciones oficiales a un nivel superior al municipal, no era una actitud de conflicto abierto sino más bien de reserva y aun de desconfianza; lo mismo podemos decir de la actitud respecto a entidades eclesiásticas y particulares no pertenecientes a la localidad.

No obstante, es indispensable distinguir en el área rural dos tipos de comunidades muy diferentes: la perteneciente al pueblo y las pertenecientes a las veredas. Dentro de estos dos tipos existía, antes de la violencia, una relación de acomodación en la cual las comunidades veredales estaban subordinadas a la comunidad del pueblo; esta acomodación algunas veces se convertía en conflicto, especialmente por razones políticas. Razones políticas que posiblemente eran un símbolo para manifestar un conflicto latente ocasionado por la situación de inferioridad de las veredas respecto de la cabecera del municipio.

Entre las diferentes veredas encontrábamos también una relación de competencia que en ocasiones se resolvía por un conflicto, rara vez violento. Sin embargo, pocas veces encontrábamos una relación de acomodación entre una vereda y otra, y el conflicto común con la cabecera del municipio hacía que las tensiones veredales disminuyeran y se creara una relación de solidaridad entre las mismas veredas.

Con la violencia las relaciones humanas entre la sociedad rural se transformaron fundamentalmente. Las instituciones oficiales, eclesiásticas y civiles, aun de carácter local, fueron consideradas en mu-

9 *Op. cit.*

chas ocasiones como instituciones extra grupos rompiendo la integración de éstas al grupo campesino. Como por otro lado las relaciones con las mismas instituciones al nivel departamental o nacional se hicieron de conflicto abierto y muchas veces violento, también con estas instituciones al nivel local, se estableció una relación de conflicto.

La acomodación respecto del gobierno, la iglesia y los patronos se destruyó. Esta misma relación de acomodación entre la vereda y el pueblo también sufrió un cambio. Algunos elementos del pueblo se aliaron con las instituciones oficiales, eclesiásticas y civiles que estaban en conflicto con el grupo campesino y otras se solidarizaron con este grupo en contra de los anteriores. Los elementos del “pueblo” entraron en una relación de cooperación con los elementos de la vereda por una parte o con las instituciones extrañas por otra.

Las relaciones entre las veredas han tenido varias etapas; los ligeros conflictos anteriores a la violencia se agudizaron, adquiriendo un cariz netamente político al comienzo. El campesinado de base se agrupó bajo los símbolos de los partidos tradicionales, liberal y conservador, en actitud de conflicto violento. Los grupos comunistas surgieron como tercer elemento, en ocasiones como grupo campesino de aquellos que no deseaban un conflicto con otros campesinos sino con las autoridades formales e informales.

El primer efecto de la violencia fue dividir al campesinado. A medida que el estado de violencia se hizo crónico, se presentó un importante fenómeno de cambio social; en el caso de que la presión violenta del extra grupo disminuye y las necesidades socioeconómicas crecen, se crea un nuevo tipo de solidaridad entre los campesinos liberales, conservadores o comunistas. Esto ocurrió, por ejemplo, en el Valle del Cunday a principios del año 1961.

Este nuevo tipo de solidaridad es más orgánico que mecánico, más racional que sentimental y borra no solamente las divisiones existentes entre los grupos campesinos antes de la aparición de este fenómeno.

En relación a los líderes, antes del fenómeno de la violencia se encontraba en las sociedades rurales una concentración del liderazgo en el “pueblo” o cabecera del municipio. Allí se encontraban los líderes burocráticos, tradicionales y carismáticos¹⁰. Algunos de estos últimos se encontraban también en las veredas, pero no tenían mucha influencia en las decisiones oficiales, en el gobierno de la comunidad rural a la escala municipal, reservándose una pequeña cuota de poder informal a la escala “veredal”.

10 Clasificación tomada de Max Weber, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica de México, que es la aceptada por la generalidad de los sociólogos.

La estructura del liderato campesino cambió con la implantación de la violencia. Los líderes carismáticos de la vereda adquirieron una importancia muchas veces mayor que la de los líderes del “pueblo” o cabecera municipal. Los líderes tradicionales o gamonales del pueblo, que se adhirieron a las instituciones patrocinadoras de una violencia adversa perdieron su liderazgo dentro del resto del campesinado, lo mismo sucedió a los líderes carismáticos y por lo tanto dejaron de ser líderes carismáticos en el sentido propio del concepto.

Es muy lógico que en los procesos electorales haya surgido un nuevo tipo de gamonalismo veredal con el cual necesariamente tienen que pactar los directorios políticos, en vista a obtener una colaboración de la masa campesina.

Con relación a otras personas del extra grupo, podemos afirmar que el sentimiento de solidaridad o de desconfianza con respecto a ellas estaba estrechamente condicionado a la actitud que éstas observaron durante la violencia. En efecto, muchos elementos extra grupo, inclusive de clase alta y origen urbano fueron aceptados dentro del grupo campesino, siempre y cuando se manifestaran solidarios en su lucha armada; y muchos elementos genuinamente rurales fueron rechazados si se manifestaban solidarios con grupos adversos en esta misma lucha.

La solidaridad con las personas se hizo más a base de intereses comunes que de origen ecológico, mucho más por motivos racionales que por motivos tradicionales.

El conflicto con los elementos extra grupo y la reestructuración de las relaciones sociales en las comunidades rurales cambia fundamentalmente la estructura de nuestro campesinado, creando un nuevo tipo de solidaridad campesina más racional y que es la base de un conflicto con los elementos extra grupo que no se identifican con los intereses de esta comunidad.

f) Sentimiento de inferioridad

El sentimiento de inferioridad del campesino respecto de los habitantes urbanos ha sido generalmente aceptado por los estudiosos de los fenómenos sociales. Este sentimiento ha sido habitualmente descrito como un fenómeno psicológico individual. Sin embargo, en el caso de que este fenómeno represente una actitud colectiva podemos aplicarlo, haciendo las salvedades conceptuales del caso, en análisis psicológico social. El sentimiento de inferioridad del campesino se ejercía fundamentalmente respecto de las instituciones y de los individuos pertenecientes a la sociedad urbana, traduciéndose por diferentes tipos de relación, ya de acomodación, ya de conflicto. La violencia dio a los campesinos una seguridad en la acción en contra de elementos

urbanos, de instituciones, personas y patrones de conducta, que los campesinos referían a la comunidad urbana. En realidad los grupos guerrilleros de campesinos no han hecho nunca incursiones directas en las grandes ciudades colombianas. Con todo, el sentimiento de inferioridad, en materia bélica, ha sido suplantado por el sentimiento de superioridad. En la “guerra de guerrillas” los campesinos tienen la conciencia de que han vencido sobre el ejército, de que han logrado derrotar una institución de tipo urbano, que constituye la base de la defensa de nuestras ciudades.

Haciendo caso omiso de la verdad o falsedad objetivas de este nuevo sentimiento, tenemos que constatar el cambio psicosocial que implica, ya que un elemento esencial para constituir un grupo de presión es que ese grupo tenga seguridad en la acción respecto a aquellos grupos sobre los cuales considera necesario el ejercicio de la presión social.

2. VARIABLES PROPIAS DE LAS SOCIEDADES RURALES DE PAÍSES SUBDESARROLLADOS

a) Ausencia de movilidad vertical ascendente

La movilidad social ha sido siempre considerada como un elemento de cambio social. Sin embargo, nos parece necesario distinguir entre una movilidad social simplemente material y una movilidad socio-cultural. La movilidad social material consiste en el simple paso de individuos de un grupo social a otro, de un área geográfica a otra, de un estatus o de una clase social a otras.

La movilidad social cultural implica necesariamente el cambio de las estructuras de los valores, de la conducta, y por ende de las instituciones sociales, como consecuencia de la movilidad material. La relación entre la movilidad social material y la movilidad socio-cultural es evidente, tanto desde el punto de vista cuantitativo como desde el punto de vista cualitativo.

Cuantitativamente, si el paso de individuos de un grupo a otro o de un área a otra se realiza en forma masiva, es muy difícil evitar que en el proceso de asimilación se produzcan cambios socio-culturales, tanto en los individuos que llegan como en los individuos que reciben. El conformismo de los que pasan no puede ser debidamente controlado.

Por el contrario, si el paso lo realiza un grupo pequeño y en forma lenta, es muy probable que los patrones socio-culturales de la sociedad que recibe permanezcan prácticamente inmutables y los elementos nuevos sean los únicos transformados por la movilidad social, ya que en este caso se impondría el conformismo como requisito para la aceptación de los elementos.

Cualitativamente, es necesario distinguir el tipo de individuos que se movilizan. No es lo mismo el ascenso de un líder que el ascenso de una persona sin influencia en su grupo social. También es necesario distinguir los requisitos de la movilidad social. Es posible que para una movilidad horizontal no existan exigencias de parte de la comunidad receptora, mientras que para una movilidad vertical ascendente sea necesario ajustarse a los patrones de ascenso social de las instituciones que controlan ese ascenso, es decir, sea necesario el conformismo.

En el presente análisis consideramos la movilidad social no solamente desde el punto de vista material, sino desde el punto de vista socio-cultural, por cuanto en nuestro parecer este aspecto es el que más directamente interesa al estudio del cambio social. No obstante que la movilidad social en el campo con relación a la ciudad es una característica general, en los países subdesarrollados presenta caracteres más agudos.

Es difícil hacer esta constatación respecto de la *movilidad horizontal*, si por ella entendemos la corriente migratoria hacia los centros urbanos. El rápido crecimiento de las grandes ciudades de los países subdesarrollados, debido fundamentalmente a la migración del campo, es un indicio de que la movilidad horizontal rural en estos países es mayor que en los países desarrollados. Además, a pesar de las deficiencias de los transportes, los factores de expulsión del campo y de atracción a la ciudad tienen una mayor importancia en los países no industrializados.

En cuanto a la *movilidad vertical descendente*, dada la existencia de círculos viciosos descendentes, dentro de la estructura socioeconómica de los países en desarrollo, es mucho más fuerte en éstos que en los desarrollados, especialmente en lo que a áreas rurales se refiere. El aumento de población rural no puede ser seguido por el aumento de la productividad. La subdivisión de la tierra recrudece el problema del minifundio, y aumenta con cada nueva generación. La mano de obra se abarata con el aumento de la población que no va acompañado de un aumento proporcional de oportunidades de trabajo y de productividad.

En lo que hace a la *movilidad vertical ascendente*, trataremos de analizar la situación en los países subdesarrollados, basándonos en un análisis de los canales de ascensión social en estos países.

Consideramos que este análisis nos permite ver tanto el aspecto cuantitativo como el aspecto cualitativo, para así tratar de determinar los requisitos impuestos por las instituciones que controlan el ascenso, requisitos que están estrechamente ligados al aspecto cuantitativo, a causa del volumen de población que pasa de una clase a otra.

Dentro de estos canales queremos considerar los siguientes como los principales: el canal económico, el cultural, el político, el burocrático, el militar y el eclesiástico.

Canal económico

La posesión de bienes de producción y bienes de consumo constituye, en general, un medio rápido de ascenso en la escala social. En un régimen de empresa privada, la habilidad para enriquecerse es absolutamente relativa a la calificación como empresarios que tenga el promedio de la población. En otras palabras, la competencia para ascender en lo económico, no requiere necesariamente una calificación a largo plazo, como es el caso en el terreno de lo cultural, lo militar o lo eclesiástico. La competencia en la posesión y utilización de bienes y servicios no requieren más calificación que la relativa, sin ninguna exigencia por parte de la naturaleza misma de este canal de ascenso.

Poseer y utilizar es algo que todo el mundo sabe hacer. Es mucho más fácil aún que administrar o mandar. Por eso el canal económico es, en sí mismo, aún más rápido que el burocrático y el político.

Por otra parte, del ascenso económico dependen las necesidades vitales del hombre en un régimen de empresa privada y aun en un régimen colectivista en lo que a los bienes de consumo se refiere.

Por estas dos razones, entre otras, la oclusión del canal económico para el ascenso social constituye una de las más serias frustraciones sociales, especialmente en los países subdesarrollados en donde la calificación humana es baja y el ingreso nacional es reducido. Cuando esta frustración se hace consciente y se abren posibilidades de solución, aparece el verdadero “problema social”. Ahora bien, una de las características de los países subdesarrollados es la de concentración de los bienes y de los servicios en pocas manos. Los pocos poseedores, en general, obstruyen los canales de ascenso económico mientras el abrirlos no les aporte una ventaja. Los que comienzan a salir de su mentalidad feudal de poseer en lugar de producir, los que comienzan a tener una mentalidad capitalista, de mayor productividad, abrirán los canales económicos a aquellos que puedan llegar a ser mejores consumidores. Los abrirán también en la medida en que una presión social de abajo hacia arriba haga peligrosa la estructura económica de la que estos pocos poseedores usufructúan. Sin embargo, estas dos circunstancias (mentalidad de productividad y presión social de base) son dos índices de comienzo de desarrollo. En donde no existen, la obstrucción del canal económico de ascenso es casi total. Esta oclusión es mayor en las áreas rurales; la baja productividad de la empresa agropecuaria y la economía de subsistencia en las áreas rurales de los países subdesarrollados, hace que la demanda efectiva de productos

aumente más lentamente con el aumento de ingresos per cápita que lo que aumenta en las áreas industriales. Además, el tradicionalismo rural impide el cambio rápido de los hábitos de consumo en la población campesina. Esto hace que, aunque exista la mentalidad entre los poseedores de abrir canales de ascenso económico para aumentar el consumo y la demanda, los habitantes del campo sean los últimos en ser considerados como futuros clientes.

Respecto del miedo a la presión social, los campesinos también están en condiciones de inferioridad. El aislamiento social, el individualismo, el tradicionalismo, hacían difícil que el campesino se constituyese en un grupo de presión. Sin contactos sociales que desencadenaran cambios de esas y otras variables, el campesinado no constituirá un peligro para la estructura económica vigente.

Como lo anotamos atrás, la violencia hace que el campesinado comience a constituirse en un grupo de presión. La violencia que dio a éste conciencia de sus necesidades, conciencia de sus propios recursos humanos para superarlos, lo saca de la pasividad tradicional y lo organiza con la solidaridad de grupo para fines bien específicos. Desarrolla el conflicto respecto del extra grupo y lo institucionaliza.

En lo que se refiere directamente al ascenso social por el canal económico, la violencia tuvo dos efectos primordiales: en primer lugar creó los contactos necesarios para despertar la conciencia campesina respecto de su miseria, agudizando ésta en todas las áreas en donde el fenómeno se produjo; en segundo lugar y simultáneamente, introdujo instrumentos para lograr fines económicos en todas las escalas de la jerarquía social. Desde el efecto político-económico de asegurar un botín burocrático para la clase gobernante, pasando por la adquisición de grandes fincas devaluadas por la violencia¹¹ por la confiscación de las cosechas, la abstención de pagos de deudas a personas públicas y privadas, hasta el negocio de tráfico de armas, la confiscación de animales y pequeñas propiedades, etc. El campesino, junto con la conciencia de su miseria, adquirió por fenómeno de la violencia instrumentos considerados como anómicos por la sociedad colombiana, pero que resultaban eficaces para el ascenso social. Tanto en este canal como en los que analizaremos a continuación, veremos cómo la oclusión de las vías normales de ascenso, siempre y cuando exista una presión en la escala social para subir, produce la creación de canales anormales o patológicos, si estos canales se presentan como más eficaces.¹²

11 *La violencia en Colombia, op. cit.*, p. 274 *et passim*.

12 Empleamos las palabras normal y anormal con relación a los patrones culturales aceptados formalmente por la mayoría de la sociedad colombiana.

Después de la violencia el campesino ha tomado el hábito de buscar su ascenso económico o al menos su subsistencia por cualquier canal. Aceptando la existencia de una criminalidad definida entre los grupos guerrilleros, las nuevas generaciones de campesinos podrán combatir eficazmente la violencia si no se abren canales normales de ascenso económico que resulten eficaces para la mayoría de la población rural.

*Canal cultural*¹³

Cuando hablamos de ascenso social cultural queremos referirnos a la adquisición de aquellas formas culturales que pertenecen a una clase o estatus social superiores. Estas formas se pueden adquirir directa o indirectamente.

Indirectamente, si se ha llegado a un determinado estatus o clase por un canal distinto al cultural y se adquieren esas formas por integración y asimilación a la nueva clase o estatus. Directamente por la integración y asimilación formal de los nuevos valores e instituciones que se realiza mediante la educación institucionalizada.

Así queremos referirnos a esta última forma de adquisición directa.

a) Enseñanza primaria

Dada la escasez de planteles educativos y de maestros para la enseñanza primaria en los países subdesarrollados (alto grado de analfabetismo), dada la concentración urbana de la enseñanza, dado el ausentismo escolar, debido principalmente a razones económicas, las posibilidades de adquirir nuevas formas culturales están limitadas a una parte de la sociedad y en una proporción desfavorable para el campesino. En Colombia, el sistema rural de escuela alternada agrava aún más esta situación. La escasez de planteles y de horas de clase y la concentración urbana hacen que, en general, haya una correlación positiva entre estatus económico y nivel de escolaridad primaria. Esta correlación se hace mayor si consideramos que el ausentismo escolar, debido en gran parte a la necesidad de hacer trabajar a los niños, tiene una gran influencia en la escolaridad.

En esta forma vemos cómo la oclusión del canal de ascenso económico tiene una influencia importante en la oclusión del canal de ascenso cultural en esta fase primaria.

13 Por "cultura" entendemos el conjunto de valores, patrones de conducta e instituciones que se transmiten de una generación a otra, dentro de una sociedad. No incluye ningún juicio de valor favorable.

b) Enseñanza secundaria

La incidencia del factor económico sobre el canal cultural se hace predominante en el nivel secundario de enseñanza, en aquellos países en los cuales, como en Colombia, la enseñanza secundaria privada y eclesiástica representa una mayoría de la enseñanza secundaria (82% de los alumnos). Es lógico que ésta, sin subsidios y sin controles eficaces, es costosa y se hace patrimonio casi exclusivo de la clase económicamente alta. Los escasos colegios oficiales o de bajas pensiones constituyen una minoría. Sin embargo, aun dentro de estos mismos planteles, las influencias provenientes de los detentores del poder económico impiden la capitularidad total de dichos establecimientos. Respecto al resto, la influencia de lo económico es claramente predominante.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el ascenso cultural, en esta etapa secundaria de la escolaridad, está determinado por las posibilidades de ascenso económico. Si éste está obstruido, lo estará también aquél.

c) Enseñanza universitaria

La enseñanza universitaria en los países subdesarrollados no es especialmente costosa en cuanto a pago de pensiones se refiere. Las instituciones privadas no tienen tanta importancia como para que el promedio por matrícula y derechos de estudio que deben pagar los estudiantes sea demasiado alto (en Colombia aproximadamente un 50% de los estudiantes). Esto no excluye la existencia de pensiones altas para esa minoría de universitarios que asisten a las universidades privadas.

La oclusión de esta etapa del canal cultural se produce más por las limitaciones cuantitativas y las limitaciones a la capilaridad de la etapa anterior (de la enseñanza secundaria). El cupo es generalmente muy reducido con relación a la demanda. En Colombia, donde tenemos un freno tan acentuado en la enseñanza secundaria, de 16.000 estudiantes que se presentaron como aspirantes a ingresar a la universidad en 1958, solamente lograron hacerlo 9.800. Además se calcula que de los ingresados solamente el 40% llega al final de la carrera¹⁴. Esta restricción cuantitativa hecha a base de selección perfeccionista tiene múltiples causas (dentro de las cuales está el burocratismo). Sin embargo, es necesario reconocer que la pobreza de las universidades oficiales con relación a la necesidad de dirigentes que tienen los países subdesarrollados, es bastante notoria. Esto hace que el factor

14 Datos tomados de la *Estadística de la Educación Superior*, 1958, Asociación Colombiana de Universidades, Bogotá, D. E., 1961.

económico determine en buena parte la oclusión del canal cultural en esta fase. Con todo, es necesario llevar el análisis más adelante. El perfeccionismo en la selección y la especialización en que insisten los programas universitarios, representan en parte instrumentos de la élite intelectual para obstruir el canal cultural de ascenso y descartar lo más posible la competencia que pondría en peligro sus privilegios. Sabemos que toda especialización, al diversificar la competencia, la debilita. Esto explica por qué, no obstante, aunque ni la estructura de los países en desarrollo ni las tendencias universitarias actuales lo aconsejen, se insista tanto en especializaciones propias de países industrializados y en seleccionar un mínimo de futuros profesionales basándose en criterios perfeccionistas. Como conclusión, podemos afirmar que el canal cultural de ascenso en esta fase superior, se encuentra obstruido por factores económicos y culturales.

Es necesario hacer notar que en el nivel profesional es muy difícil poder ascender sin un criterio conformista respecto de las élites culturales en los países en desarrollo. Estas élites, por tener el control de ascenso, es raro que lo toleren por individuos que quieran mermar ese control. Claramente vemos en la universidad cómo el nivel de conformismo asciende a medida que se acerca el fin de la carrera y se necesita ser aceptado por la élite profesional que se mantiene como tal gracias a las estructuras vigentes.

Estos requisitos de ascenso hacen que la movilidad social por este canal sea más de carácter material que de carácter sociocultural, lo que implica una ausencia de cambio en las estructuras sociales del país.

Respecto de las áreas rurales, sería interesante hacer un estudio más a fondo del porcentaje de estudiantes de origen campesino que está en la universidad¹⁵ y en la enseñanza secundaria. Dada la estructura antes descrita, podríamos afirmar que es una minoría. En esta forma, la obstrucción del canal cultural es aún más profunda respecto del campesinado. No obstante algunas exigencias esporádicas de instrucción formal que los grupos guerrilleros hacían a sus miembros, no podemos decir que la violencia hubiera constituido un nuevo canal en el ascenso social por la vía cultural formal. Por el contrario, la ya precaria instrucción de nuestras zonas rurales fue afectada por la destrucción de las escuelas, la fuga de los maestros y la imposibilidad de los niños para asistir a los planteles educacionales. Sin embargo, es importante anotar que, después de haber sufrido el proceso, los campesinos tienen una conciencia mayor de la necesidad de educarse

15 Robert Williamson, "El estudiante colombiano y sus actitudes", Fac. de Sociología, Monografía N° 13, Bogotá, 1962. Trae un porcentaje de 6,2 de hijos campesinos.

y si, por los otros factores antes anotados, el campesinado se ha constituido en un grupo de presión, esa necesidad sentida de instrucción y de progreso será uno de los objetos primordiales de su acción.

Durante las encuestas hechas para llevar a cabo proyectos de reforma agraria, se ha podido constatar como quizá la primera necesidad sentida por el campesinado colombiano de las zonas de violencia, es la necesidad de una escuela para poder mandar a sus hijos. La violencia no ha constituido un progreso en la instrucción formal del campesino sino por la reacción que ha producido y por el deseo de progreso que ha sembrado entre los campesinos azotados por el fenómeno.

Canal político

Como el canal de ascenso cultural, al canal del ascenso político lo encontramos también dividido en niveles diferentes y en sus aspectos de formal e informal. Por ascenso político entendemos, en general, el ascenso en el poder de un gobierno coercitivo sobre las personas. Este gobierno coercitivo puede hacerse dentro del Estado o por medio de las presiones individuales y colectivas. Nosotros tomaremos el concepto restringido del poder político, considerándolo como “acción política en cuanto tal”, es decir, *dentro de la estructura del Estado*, como acción política formal.¹⁶ Ahora bien, esta acción política formal se ejerce por medio de funciones del Estado. Por eso nos limitaremos a examinar la posibilidad de ascenso en las posiciones políticas del gobierno, excluyendo de este canal la administración (que está considerada en el canal burocrático). Dentro de estas posiciones encontramos las del nivel nacional, departamental y municipal.

Las de nivel departamental y nacional están prácticamente vedadas para la masa campesina en los países subdesarrollados. Fuera de algunas pocas excepciones en donde existen verdaderos partidos agrarios de raigambre popular, y de fuerza electoral, el campesinado está excluido de cargos a estos niveles.

Respecto de los cargos a nivel municipal, debemos analizar los procesos de ascenso y sus requisitos para constatar la capilaridad del canal político, aunque sea en esta primera etapa. En general podemos decir que estos criterios de selección de los funcionarios oficiales en los países subdesarrollados y en América Latina, en especial, no se hacen a base de criterios objetivos de eficiencia profesional y administrativa, sino basándose en criterios económicos, sociales y electorales.

La institución del “gamonalismo”, aunque es más una institución informal de acción políticamente orientada¹⁷ que una institución po-

16 Cfr: Max Weber, *op. cit.*

17 Cfr: Max Weber, *op. cit.*

lítica formal, tiene una gran influencia en los criterios para proveer los cargos oficiales. El «gamonal»¹⁸ es un candidato en sí mismo o es un elemento decisivo en la elección del candidato o consejero, alcalde, juez o cualquier otro cargo a escala municipal. Su influencia está basada en la superioridad económica y social que tenga trascendencia en los fenómenos electorales.

Aun en países en donde (como en Colombia) la elección de la mayoría de los funcionarios municipales es más administrativa que electoral, la influencia sobre los votos es un criterio decisivo en la elección de éstos. Sin embargo, dentro de este canal no consideraremos los funcionarios que no tengan un poder de decisión de carácter coercitivo sobre los ciudadanos, para diferenciar el cauce burocrático del canal político. Dentro de los funcionarios formalmente políticos tenemos a los consejeros municipales, al alcalde y al juez (para el caso colombiano). A los militares no les consideraremos como funcionarios y por eso dedicaremos un análisis especial a ese grupo social. Los otros funcionarios municipales pueden tener una influencia política pero no son funcionarios políticos en el sentido explicado arriba.

En algunos países subdesarrollados, como en Colombia, ciertos funcionarios políticos municipales son nombrados por las autoridades regionales y centrales. En este caso, el nombramiento se hace principalmente a base de la adhesión que los candidatos presten a la política gubernamental, siempre y cuando esta adhesión esté unida al prestigio social en su comunidad. Son, pues, definitivos en este caso, como factores de ascenso político, aquellos que determinan los criterios de los mandatarios centrales y aquellos que constituyen el prestigio social a escala municipal.

Naturalmente que para hacer afirmaciones fundamentadas sobre dichos factores sería necesario hacer investigaciones detalladas y científicas. Con todo, a manera de hipótesis de trabajo podemos afirmar que los que detentan el poder, por ser una minoría, que en general no ha ascendido gracias a calificaciones y criterios objetivos de selección, tendrán como características:

1. La actitud conservadora respecto de las estructuras vigentes.
2. La inseguridad social.
3. La agresividad respecto de los miembros del extra grupo.

1) Al hablar de las estructuras vigentes, nos referimos aquí principalmente a los canales de ascenso social que ya analizamos: los canales

18 "Gamonal" se llama en Colombia al líder tradicional a la escala local.

económico y cultural. Creemos que la minoría política está interesada en los mecanismos de obstrucción de esos canales porque en su modificación va su propia cabeza, si no como individuos, ciertamente como clase privilegiada. Por esto, únicamente a los conformistas les es otorgado el ascenso social.

Si esta élite política no es en sí misma poseedora de los bienes de producción, depende estrechamente de la élite económica de la cual es subsidiaria en su vida pública y por lo tanto en su vida personal, ya que la política económica, tan básica en política general de los países subdesarrollados, no podrá llevarse a cabo sin la colaboración de esa élite.

Además, si pertenece a la élite cultural (lo que generalmente debe ser el precio que paga el jefe político a la clase dirigente por no pertenecer a la élite económica), la influencia del poder económico también se ejerce directa e indirectamente, como lo explicamos al hablar del canal cultural, de ascenso social.

2) La inseguridad social en la posición directiva es un resultado de la subjetividad en los criterios de ascenso. El individuo que asciende depende de otra persona y no de requisitos objetivos e impersonales, que le aseguren su estabilidad ocupacional.

3) La agresividad es un resultado natural de la situación como minoría y como minoría insegura.

Las características de la élite política que consideramos atrás, producen una oclusión del canal político de ascenso social para los funcionarios políticos que dependen de su designación, de la minoría política, más aún, de las personas mismas de esa minoría que ejerce el poder central. Dentro de los factores de oclusión, el factor económico con y por el cultural parece predominante. El criterio fundamental para el ascenso político tiene que ser, por lo tanto, el conformismo respecto de las personas de la clase dirigente, claro está que ante una igualdad en el grado de conformismo, se escogerá al más capacitado. Sin embargo, esta estructura del ascenso político hace que la movilidad vertical sea puramente material y que las estructuras socio-culturales se preserven de todo cambio social.

En cuanto al prestigio social a la escala municipal, vemos que el factor económico es igualmente predominante. En la influencia política del gamonal debemos considerar este factor como básico. La simpatía personal, la habilidad, deben estar subordinadas a un respaldo económico propio o ajeno. Sin embargo, a la escala municipal las dos primeras cualidades tienen una relativa importancia, ya que las relaciones primarias también la tienen; más aún en el área rural.

El prestigio social no es solamente la base de la selección de los funcionarios nombrados en forma jerárquica sino de aquellos elegidos en forma democrática. Por eso, estos criterios de prestigio social rigen también el ascenso político de los funcionarios elegidos.

Con todo, la influencia del factor económico no actúa únicamente a través del prestigio, sino directamente respecto de los funcionarios elegidos. El proceso electoral se hace bajo una serie de presiones económicas tales como la amenaza de despido o la promesa de alguna prebenda. Las elecciones, en los países subdesarrollados, aun sin mencionar el fraude electoral, son dirigidas por las minorías a través de los directorios políticos centralizados y de los gamonales, a través de presiones económicas, sociales y religiosas que tiendan a procurar el respaldo a las estructuras vigentes, a consolidar la oclusión de los canales de ascenso social. Es decir, presiones que hagan seleccionar únicamente a los elementos conformistas.

De esta forma vemos cómo el canal político de ascenso social está obstruido, en los países subdesarrollados, para una mayoría de la población que no tiene recursos económicos ni amistad personal con los detentores del poder económico, ni cultura formal suficiente unida al poder económico y/o a la amistad en referencia: amistad que está ligada estrechamente al conformismo respecto de las estructuras vigentes.

La violencia estableció un nuevo sistema de gobierno informal en las áreas campesinas en donde surgió. Aunque sería difícil determinar el porcentaje de antiguos líderes tradicionales o gamonales dentro del nuevo liderazgo guerrillero, es evidente que muchos de estos nuevos jefes no hubieran nunca logrado el poder que adquirieron por medio de la violencia¹⁹ dentro de las estructuras normales de ascenso social.

Los campesinos a quienes había sido vedada toda posibilidad de influjo en el gobierno de su propio destino y de los destinos del país, encontraron en las diversas escalas del nuevo poder establecido por la violencia la oportunidad de ascender.

Se ha hablado de la existencia de repúblicas en el interior del país, se sabe que hay zonas controladas por jefes guerrilleros. El hecho es que a la escala regional ha surgido un gobierno informal y anónimo que tiene, en ocasiones, más poder que el gobierno legal.

Como dijimos antes, no es de extrañar que los directorios políticos traten de pactar con los nuevos líderes. El gamonalismo tradicional comienza a perder influencia en favor de un liderazgo guerrillero, mucho menos conformista. Esta transformación de poder ha influido sobre la estructura social de nuestras comunidades rurales. La clase media que habita en los núcleos centrales de los municipios (“pue-

19 *La violencia en Colombia, op. cit.*, capítulo VI, “Semblanzas de jefes guerrilleros”.

blos” que usufructuaba los beneficios del poder, de la administración y del control económico y social en general, ha perdido su fuerza por la importancia adquirida de esos grupos periféricos capitaneados por nuevos jefes en las veredas de los municipios.

Podemos decir que, en cierta manera, el poder político informal se ha democratizado en nuestras áreas rurales y ha adquirido una actitud francamente anticonformista, actualmente en forma patológica y anónima. Sin embargo, constituye una base para la promoción del campesinado veredal que hasta entonces había sido un grupo marginal, tanto respecto del país como de la misma comunidad rural.

Si la Acción Comunal, la Reforma Agraria y los demás movimientos populares encauzados por el gobierno dentro de las comunidades agrícolas no logran abrir canales normales (claro está indirectamente) para el ascenso político de los líderes campesinos de base, la violencia seguirá siendo el único canal político de ascenso efectivo para el campesinado colombiano no conformista.

De todas maneras, aunque surjan nuevos canales de ascenso normal la estructura de éstos será necesariamente diferente de la de los canales actualmente existentes. El requisito para el ascenso futuro no podrá ser más el conformismo político; los nuevos pactos con los líderes campesinos tendrán que ser hechos a base de la influencia popular que éstos tengan. Influencia que, a la vez, estará cimentada más en la eficacia que en criterios subjetivos.

Canal burocrático

El canal burocrático de ascenso social es el que se realiza a través de los cargos exclusivamente administrativos como en parte lo explicamos antes. Es decir, con cargos que tengan funciones ejecutivas dentro de normas preestablecidas y en el campo de la organización tanto pública como privada. Por lo tanto es necesario considerar el ascenso burocrático dentro de la administración pública y de la privada.

Burocracia pública

Los criterios de ascenso social dentro de la burocracia oficial siguen (como los definimos en el caso del canal político) criterios más subjetivos que objetivos como sucede en los países subdesarrollados en general, y muy especialmente en los latinoamericanos²⁰. Dentro de estos criterios subjetivos está el de la influencia política, social y económica que pueda tener el candidato a empleado a los ojos del funcionario empleador. No quiere decir que estas influencias no puedan

20 Cfr. Handlin, “Clases sociales en América Latina”, Ciencias Sociales. Unión Panamericana, Washington, D. C.

ser controladas objetivamente, por ejemplo por medio del número de votos puestos en la zona de influencia, por el prestigio familiar, por el ingreso per cápita, etc., etc. En lo que tratamos de insistir aquí es en que esos criterios se reflejan a través del sujeto que hace la elección. También entran dentro de estos criterios subjetivos la simpatía personal del candidato, la afinidad ideológica y los compromisos familiares y de amistad.

Del concepto de criterio subjetivo se excluye el de la calificación profesional relativa a la función por llenar. No queremos en ninguna forma excluir totalmente los criterios objetivos de los criterios de movilidad ascendente. Lo único que queremos establecer es la prioridad de los criterios subjetivos. Dentro de éstos creemos que los que están condicionados por la influencia política y económica son los más importantes para el ascenso social. La burocracia es, en los países subdesarrollados, el medio más común para trabajar. En ella encontramos el porcentaje proporcionalmente más fuerte de inversiones del presupuesto nacional²¹ y la menor exigencia de calificación profesional. Por esta razón el número de candidatos a la burocracia oficial excede al número de oportunidades. Este excedente en la oferta de trabajo es aprovechado por el empleador mediante la exigencia de aquellas cualidades en el candidato que le den una seguridad respecto a la estabilidad de su propio empleo.

Como explicamos con anterioridad, las posiciones ocupadas gracias a criterios subjetivos son posiciones inseguras por depender más de las personas que de los requisitos universales preestablecidos (como sucede en los países desarrollados, en donde hay una carrera administrativa relativamente estricta y eficaz). Las calidades que dan más seguridad son las provenientes de la influencia política y de la posición económica del candidato al empleo.

La influencia política del empleado garantiza al empleador el respeto de los políticos que participan en el gobierno directamente como funcionarios, e indirectamente por los órganos de los partidos de los cuales depende su propia posición.

La influencia económica, además de obrar indirectamente sobre los políticos (según lo vimos cuando tratamos el canal político) garantiza una posibilidad de ascenso dentro de la empresa privada, en el caso de retiro de la burocracia pública.

Podemos concluir que, especialmente en los países subdesarrollados, el criterio económico de los que otorgan los puestos influye predominantemente por y con el criterio político. Esto produce el hecho

21 En 1961 el presupuesto para burocracia es aproximadamente el 30% del Presupuesto nacional. En Bogotá es aproximadamente el 60% para el mismo año.

de que en estos países gran parte de la lucha política esté motivada por la perspectiva de reparto del botín burocrático y de que la ideología política de los empleados oficiales siga los vaivenes de los resultados electorales y políticos en general. Es interesante, desde el punto de vista de la sociología política, el efecto producido en Colombia por el establecimiento de la paridad administrativa. La lucha burocrática se desplazó al seno de cada uno de los partidos tradicionales, produciendo escisiones profundas en éstos con claras consecuencias burocráticas para las fracciones internas.

En esta forma, el ascenso social por el canal burocrático está condicionado por las oclusiones existentes en los canales económico y político, es decir que el ascenso burocrático oficial depende, en gran parte y en última instancia, del conformismo con la minoría que detenta los poderes económico, político y cultural.

Burocracia privada

Para establecer los criterios de ascenso dentro de la burocracia privada es necesario distinguir el género de empresa privada en que ésta se emplee. Si se trata de una empresa de carácter más feudal que capitalista, los criterios serán más subjetivos que objetivos.

Si se trata de una empresa de carácter más capitalista que feudal, los criterios serán más objetivos que subjetivos. En este sentido los criterios subjetivos tendrán una orientación más negativa que positiva, es decir que se usarán más criterios de exclusión que de promoción. Dentro de éstos, uno de los principales es el conformismo del candidato. Sería bastante difícil que un individuo calificado pero inconformista lograra ascender en la escala burocrática privada. Esto nos hace concluir que aun a esta escala, la minoría privilegiada mantendrá el control de la situación sosteniendo la estabilidad de las estructuras actuales e impidiendo el ascenso que no establezca su propia posición.

De los efectos principales que tuvo la violencia sobre la administración pública, queremos anotar los tres siguientes: 1º) establecimiento de un sistema militar administrativo informal; 2º) descentralización de la administración; 3º) Aparición de nuevas presiones para controlar los cargos administrativos.

a) Establecimiento de un sistema militar administrativo informal

Las guerrillas tuvieron un sistema militar administrativo informal. Como nos lo narra el libro *La violencia en Colombia*, había diversos niveles en la organización guerrillera, desde la guerrilla propiamente dicha o escuadra, hasta la sección, la compañía, la agrupación guerrillera y la división guerrillera. Toda la administración militar tuvo que desarrollarse dentro de esta jerarquía y se crearon cargos

no militares de administración como el de Comisario Político, jefe de la Comunidad, Parcelador, Responsable de cada Vereda y Secretario General²².

Las normas impuestas a los guerrilleros contenían, además de prescripciones bélicas, una serie de principios administrativos elementales. En los establecidos por el Frente Democrático de Liberación Nacional de Colombia, se exigía para ascender al grado de oficial, además de los conocimientos militares, conocimientos políticos de tipo marxista, saber leer y escribir, tener nociones mínimas de ortografía y saber las cuatro operaciones de aritmética, además de disponer de buena conducta en su vida pública y privada.

La administración de justicia comienza a practicarse entre los guerrilleros, y aun dentro de aquellos grupos campesinos que eran objeto de la impunidad. Los códigos informales sobre sanciones y estímulos eran formas militares y administrativas de controlar a la población campesina en general y en especial a los grupos de combatientes.

Posteriormente se han multiplicado en Colombia las llamadas “Repúblicas Independientes”, a las que la autoridad oficial no tiene acceso; dentro de ellas se ha organizado una administración paralela a la administración oficial, con nuevos cargos y nuevas funciones.

Esta nueva administración informal ha constituido un canal de acceso burocrático, con criterio selectivo diferente, basado en la calidad bélica, en el sectarismo político y en una habilidad elemental para la administración como líder carismático.

b) Descentralizado de la administración

La administración informal anteriormente descrita comienza a gozar de una gran autonomía regional. Los comandos revolucionarios se establecen con criterios eminentemente prácticos en relación a las condiciones locales y a la actividad guerrillera.

La violencia en Colombia nos describe los Comandos existentes durante la primera etapa:

- Comando de las Fuerzas Revolucionarias de los Llanos Orientales.
- Comando Revolucionario de Santander.
- Comando de las Fuerzas Revolucionarias de La Palma y Yacopí.
- Comando de las Fuerzas Revolucionarias del sur del Tolima.

²² *La violencia en Colombia, op. cit.*, capítulo V.

- Comando del Oriente del Tolima.
- Comando de Sumapaz.
- Comando de Pavón.
- Comando de las Fuerzas de Autodefensa de Gaitania.
- Comando de las Fuerzas de Autodefensa del Tequendama.
- Comando de Río Chiquito y Símbola-Páez.
- Comando de Nare.
- Comando de Anorí.
- Comando Guerrillero de La Rivera.

Como dice Mons. Guzmán: “Estos comandos, con excepción de algunos de los Llanos, no lograron nunca coordinarse ni ejecutar acciones combinadas”²³.

La descentralización es pues autónoma y no coordinada. Las comunidades periféricas y locales adquieren una mayor importancia que los grupos centrales administrativos de la administración oficial. La oportunidad de esta descentralización y la movilidad descendente se incrementa respecto de los estratos más bajos de la sociedad rural colombiana.

c) Aparición de nuevas presiones para controlar los cargos administrativos

La administración oficial, como vimos antes, además de un cierto grado de competencia exige un conformismo riguroso para el ascenso burocrático. Este conformismo garantiza el control jerárquico de las clases dirigentes hasta los últimos grados de la administración pública. En la nueva administración informal los cargos y los ascensos comenzaron a otorgarse con criterios distintos, muchos de ellos considerados antisociales, pero en todo caso basados en valores más fácilmente asequibles para la mayoría de la población. La selección se hacía más por presiones de base que por decisiones de grupos descentralizados y lejanos. El mismo jefe guerrillero estaba sujeto a las presiones de aquellos con quienes convivía y de quienes dependía en su prestigio, en su seguridad y en su vida. Para el ascenso dentro de esta administración informal, el conformismo con las estructuras vigentes era un obstáculo y se exigía otra clase de conformismo: el acuerdo irrestricto en la actitud revolucionaria.

No solamente sobre esta administración informal se ejercieron las presiones de los nuevos grupos campesinos organizados. Sabemos

²³ *La violencia en Colombia, op. cit.*, p. 163.

cómo en la administración de justicia, en el cambio de funcionarios judiciales, influye decisivamente la presión de los grupos guerrilleros. Igualmente sabemos que muchos otros cargos tienen que respetar las opiniones de los grandes jefes regionales de los grupos bélicos.

Como resultado de la violencia, podemos afirmar que muchos campesinos en diversas escalas de la jerarquía administrativa se han acostumbrado a ejercer presiones. La masa campesina afectada por el fenómeno también se ha acostumbrado a ejercer presiones sobre la administración, ha encontrado un canal de ascenso burocrático a su alcance que no tenía dentro de la estructura administrativa oficial.

En el caso de que la administración pública no fije criterios suficientemente objetivos y no cree los instrumentos para que la mayoría de nuestra población pueda ajustarse a dichos criterios, la administración informal seguirá siendo un canal más eficaz para el ascenso burocrático en la escala social.

Canal militar

El canal militar de movilidad social ascendente está constituido por todo el escalafón formal del Ejército, la Marina, la Aviación y la Policía. La función de las instituciones militares es la de la conservación del orden establecido. En los países subdesarrollados es la élite minoritaria la más interesada en conservar ese orden del cual dependen sus privilegios. Por otra parte, la vida económica del Ejército depende del presupuesto oficial aprobado por el Parlamento y, en ocasiones como en Colombia, los grados más altos son conferidos o aprobados también por éste. En esta forma las Fuerzas Armadas también dependen, en un aspecto capital, del grupo dominante y éste a su vez dependerá del Ejército para el mantenimiento del orden. En general, por estar en condiciones inferiores en lo político, lo cultural, lo económico y lo burocrático, las instituciones militares han sido el instrumento de los grupos dominantes. Como habitualmente estos grupos no son verdaderamente populares y no cambian las estructuras que no favorecen a la mayoría, los disturbios del orden público en los países en desarrollo son bastante frecuentes. Es necesario, entonces, cambiar popularidad por bayonetas. Cuando la primera no existe se recurre a la segunda. Naturalmente que los jefes militares pueden escoger el subgrupo político al que quieren apoyar dentro de esta élite. Cuando ejercen directamente el poder gubernamental lo hacen siempre apoyados por un sector de los poseedores, y el gobierno militar caerá cuando este apoyo cese y no sea reemplazado por otro. De esta forma, el control de la minoría dirigente se realiza mediante unos compromisos con el poder militar. La élite política, económica y cultural estará dispuesta inclusive a dar el gobierno del

país a las Fuerzas Armadas, a condición de que se conserven las estructuras vigentes. Los militares harán respetar a la clase dominante hasta el punto en que sus privilegios sean otorgados en forma proporcional a la urgencia que haya en lo relativo a su intervención. En caso de guerra internacional o civil, en caso de recrudescimiento de la violencia en el país, estos privilegios tendrán que ser mayores que los otorgados en casos normales. Si no aumentan proporcionalmente, habrá un conflicto que podrá culminar en un golpe militar. Con todo, aun en este caso, el único canal que se rompería, por lo menos a corto plazo, sería el canal político. Si ese poder político se emplea en contra de los intereses de la minoría económica, ésta urdirá todas las maquinaciones necesarias para que caiga. Ya hemos resaltado la importancia de la fuerza económica sobre la política.

De esta suerte vemos cómo el canal militar está controlado por la minoría económica, política y cultural, que también controla el poder burocrático. Sin embargo, es necesario anotar algunos rasgos de independencia del canal militar respecto de los canales económico y cultural. Aunque existe una valla cuasi infranqueable entre los grados de suboficiales y de oficiales por motivos económicos y sociales, más que por criterio de calificación funcional, la educación militar superior (para los oficiales) presenta algunas grietas para el ascenso social, a través de las oclusiones económicas y culturales.

La educación militar es bastante barata en relación con la educación privada en general. Además, hay una remuneración simultánea que ayuda eficazmente a descartar el freno económico. Estas facilidades producen un ascenso social de las clases bajas, inclusive hasta la clase media, con criterios que escapan relativamente a la estructura general económica y cultural. A esta última, por lo menos a partir de la educación secundaria. Sin embargo, aunque por este canal, en forma excepcional hay más posibilidad de ascenso, el control de las minorías dominantes no se descarta. Por el contrario, a todas las escalas, hay una exigencia que culmina en el “conformismo contractual” de que tratamos arriba en lo más alto de la jerarquía militar.

La violencia tuvo varios efectos respecto de la estructura del ejército colombiano. Sin embargo, aquí consideramos los efectos que tuvo sobre la sociedad campesina como ganadora de un canal militar informal de ascenso social. En este aspecto tenemos que los efectos más importantes para el cambio socio-cultural fueron:

- a. La creación de un ejército informal.
- b. Los criterios nuevos que rigen los ascensos dentro de este nuevo ejército.

a) Creación de un ejército informal

Como lo referimos al hablar del canal administrativo, el ejército guerrillero tuvo una estructura bien establecida, copiada de la estructura del ejército regular, mezclada con una estructura administrativa informal y adaptada a las necesidades de la “guerra de guerrillas”. Además de los grados tradicionales existieron otras funciones que permitieron el enrolamiento de mujeres y niños.²⁴

b) Criterios nuevos que rigen los ascensos dentro de este ejército

A pesar de que en toda institución militar el conformismo a los superiores es un criterio básico para el ascenso, es necesario analizar si la institución militar misma es una institución conformista respecto de las estructuras vigentes.

Como analizamos antes, el ejército en un país subdesarrollado tiene como primordial función mantener el orden interno, lo que traducido al campo político significa mantener las estructuras vigentes. El ejército guerrillero tiene un objeto precisamente contrario: transformar esas estructuras. Por esto, los criterios de ascenso deben ajustarse a la eficacia revolucionaria del ascendido.

Además de esos criterios básicos tenemos algunos otros como el de lealtad, el grado de crueldad, la valentía, el espíritu de servicio, etc.²⁵ Con todo, es necesario anotar algunos criterios intelectuales y políticos que se han tenido en cuenta en las guerrillas para efectuar los ascensos, y además la estructura más democrática, por el contrario, entre los superiores e inferiores y por la institucionalización de la crítica y de la emisión de opiniones por parte de los inferiores.

Los campesinos encontraron un canal de ascenso social dentro del ejército informal que no hubieran hallado nunca dentro del ejército regular de nuestro país. Jefes guerrilleros, a cuya extracción social nos referimos antes, difícilmente hubieran podido llegar a tener los títulos que hoy ostentan, tales como el de general, coronel, capitán, etc.

En la primera edición del libro *La violencia en Colombia*, encontramos retratos como el de “Mariachi” vestido de uniforme de general, pasando revista a sus tropas. Es muy poco probable que Mariachi hubiera llegado siquiera al grado de oficial dentro del ejército regular, y si lo hubiese hecho habría sido adaptándose a los criterios de conformismo con las estructuras vigentes y con el necesario apoyo económico y político de las clases dirigentes para llegar a los últimos grados.

24 Cfr. *La violencia en Colombia*, op. cit., pp. 163-164.

25 *La violencia en Colombia*, op. cit., pp. 158-159. “Mandamientos del buen guerrillero” y “Condiciones para ascender al grado de oficial”.

La violencia abrió en esta forma otro canal de ascenso social. En éste, como en el caso de los canales anteriormente analizados, podemos afirmar que la necesidad de ascenso se crea por vías anómicas o patológicas cuando es imposible realizarla por vías normales.

No podemos afirmar que la creación de un auténtico ascenso masivo y popular por el canal militar sea la solución para evitar la creación de estos ejércitos informales. Como lo repetiremos en la conclusión, lo importante es ver la necesidad general de ascenso que, cuando se ve obstruida por las vías normales, busca vías anormales, sin que la clase de canal sea muy importante para realizar ese ascenso.

Respecto del cambio social, es necesario anotar que las estructuras mismas de ese ejército informal cambiaron los valores, las actitudes y la conducta, no solamente de los campesinos que en el ejército han participado, sino de los campesinos que han tenido contacto con ese ejército.

Las guerrillas han impuesto disciplinas exigidas por los mismos campesinos: han democratizado la autoridad, han dado confianza y seguridad a nuestras comunidades rurales, como lo mencionamos al tratar del espíritu de inferioridad, desaparecido en las áreas campesinas en donde el fenómeno de la violencia se ha manifestado. Todas estas transformaciones socio-culturales en el campesinado lo disponen a ser un grupo de presión para un cambio general de estructuras, como analizaremos más adelante.

Canal eclesiástico

El canal eclesiástico de ascenso social está constituido, en los países subdesarrollados de Latinoamérica, por los diferentes grados y dignidades establecidos por la Iglesia Católica. Dada la poca importancia social institucional de los otros canales dependientes de una institución religiosa, no los tomaremos por ahora en cuenta. Por otra parte, es necesario distinguir entre los grados oficiales y aquellos que atañen a la escala social propiamente dicha.

Dentro de ésta podemos establecer los grados de seminarista, coadjutor o capellán, párroco rural, párroco urbano de barrio obrero, de barrio residencial, monseñor o canónigo, obispo auxiliar, obispo principal, arzobispo y cardenal.

Dentro de cada una de las anteriores categorías puede haber una oscilación de estatus bastante considerable. Sin embargo, como clasificación tentativa proponemos la siguiente como promedio para cada estrato:

- Seminarista. Clase media baja.
- · Coadjutor o Capellán. Clase media media.

- Párroco rural. Clase media media.
- Párroco urbano (obrero). Clase media media.
- Párroco urbano (barrio residencial). Clase media alta.
- Monseñor o Canónigo. Clase alta baja.
- Obispo auxiliar. Clase alta media.
- Obispo principal. Clase alta media.
- Arzobispo. Clase alta media.
- Cardenal. Clase alta media o alta, según la extracción familiar.

Aunque la clasificación anterior (como toda clasificación, más aún en sociología y con el agravante de no estar fundamentada sino en la observación participante), pueda resultar un poco arbitraria, lo que tratamos de afirmar fundamentalmente es que el canal eclesiástico es un canal muy efectivo de movilidad social ascendente. Esto se hace aún más notorio si consideramos que la mayoría (en términos absolutos) de los eclesiásticos son de extracción rural. Sin embargo, la clase social rural de origen es más bien clase media media (comerciantes, pequeños hacendados, maestros, etc.)²⁶, lo que no significa un paso de ascenso al comienzo del canal eclesiástico. Una de las particularidades de éste es su relativa independencia del canal económico. Creemos que no erramos al afirmar que es el canal que tiene una mayor independencia de las minorías económicas, por las siguientes razones:

- a. Las bajas pensiones de los seminarios, tanto menores como mayores.
- b. El número de becarios, generalmente superior al de los pensionados.

En este último factor influye en alguna medida el nivel económico, por cuanto los candidatos preferidos para las becas son los que tienen un nivel social de origen superior. Este nivel social está estrechamente ligado al nivel económico y cultural, como lo describimos antes.

El canal de ascenso, en su primera etapa (el seminario) tiene un carácter predominantemente cultural formal. Ese ascenso se efectúa generalmente desde la escuela primaria (escuela apostólica) hasta la escala universitaria (Seminario Mayor). Los criterios de ascenso en

²⁶ Cfr. Gustavo Pérez, *El problema sacerdotal en Colombia*, Editorial Rivadeneira, Madrid, 1962.

esta etapa son predominantemente los de capacidad intelectual y conformismo en la conducta²⁷.

En las etapas siguientes, el criterio primordial de ascenso en la estructura actual de la Iglesia latinoamericana es el conformismo. Por ejemplo, en algunos países los obispos no son elegidos sin la aceptación del candidato por todo el episcopado nacional. Esto implica una nivelación del candidato sobre la base del conformismo, principalmente.

Creemos que el canal eclesiástico no es más utilizado como canal de ascenso social, en los países latinoamericanos, por dos razones fundamentales:

1. La lentitud de ascenso en la primera etapa (6 a 7 años de Seminario Mayor).
2. La alta mortalidad educacional (en Colombia más o menos el 50% de los ingresados al primer año de Seminario Mayor).

Estos frenos hacen que se necesite un grado alto de conformismo y de madurez intelectual y emocional en la familia de origen o en el individuo (si se trata de un candidato adulto).

El ingresar a un seminario supone una serie de patrones culturales (deseo de cambio, de progreso, de liderazgo), que se deben realizar a largo plazo. Estos patrones, como promedio, no se encuentran en la clase baja. Se necesita partir de la clase media baja o clase media en general. De todas maneras, podemos concluir que el canal eclesiástico de ascenso social es un canal eficaz, con oclusiones más culturales que económicas, políticas o burocráticas.

Sin embargo, es necesario medir el alcance de las oclusiones culturales; las exigencias de competencia intelectual son exigencias objetivas, aunque siempre limitadas por el género de exigencia que se haga. Si la prueba se hace basándose en un sistema no apto para las necesidades actuales, triunfar en ella no es tan significativo de eficiencia, como si se trata de un sistema apto.

Las exigencias de conformismo pueden crear, en un país subdesarrollado, una movilidad social material y no socio-cultural. En otras palabras, puede ser que un individuo de clase media baja, o aun de clase baja, llegue a ser arzobispo o cardenal. Sin embargo, es fácil que solamente se le tolere en ese cargo a costa de un conformismo absoluto con los valores de la minoría dominante. Entonces tendríamos que

²⁷ Aunque formalmente se habla de "virtud" en el sentido de "autodominio" en la práctica, como promedio, se trata de "conformismo".

el canal eclesiástico de ascenso social resultaría ser más material que socio-cultural. Esto se agrava en aquellos países en que tiene una injerencia formal o informal el poder político sobre los nombramientos de los obispos y sobre la pastoral general de la Iglesia.

No es que en los países desarrollados el cambio de clase no implique un cambio de valores; sin embargo, no es la condición *sine qua non* del cambio como parece serlo en el canal eclesiástico.

Obviamente, el análisis anterior es bastante simplista. Los factores económicos, familiares, políticos, culturales y burocráticos inciden en diversos grados y en diferentes composiciones con el canal eclesiástico de ascenso. Sin embargo, quisimos únicamente destacar los rasgos que parecen principales.

Actualmente la presión popular influye poco en el ascenso por el canal eclesiástico. Es cierto que la aceptación del sacerdote en una determinada comunidad o el rechazo por parte de ésta tiene alguna influencia para el ascenso. Sin embargo, es necesario anotar que antes del fenómeno de la violencia la aceptación o rechazo que eran tenidos en cuenta para el ascenso o descenso social no era la de la mayoría de la comunidad sino, fundamentalmente, la de los líderes tradicionales o burocráticos de ésta. Es fácil que un sacerdote popular entre la mayoría de sus fieles sea trasladado por la presión de una minoría influyente.

Este fenómeno se produjo especialmente porque la mayoría del campesinado no constituía un grupo de presión y porque su actitud respecto del sacerdote, especialmente en las áreas rurales, era pasiva y carente de crítica.

Naturalmente que la unión de intereses entre la alta jerarquía y la clase dirigente produce que los ascensos eclesiásticos tengan como uno de los criterios básicos el conformismo con las estructuras, que se manifiesta en la escala local en el conformismo con los grupos minoritarios dirigentes de las comunidades de base.

Durante la violencia asistimos a la muerte de varios sacerdotes²⁸, a profanaciones y a actos iconoclastas, lo cual revela un cambio en la actitud del campesinado respecto de la institución eclesiástica.

Es muy posible que la desafección del campesino a esta institución no sea producida solamente por aquellos elementos del clero que estimularon en alguna forma las matanzas de campesinos. Sería interesante hacer un estudio sistemático sobre las actitudes religiosas del campesinado colombiano en las áreas de violencia.

Sin embargo, como hipótesis de trabajo, podemos decir que el campesinado colombiano tuvo una actitud de rechazo al sacerdote en

28 Cfr. *La violencia en Colombia, op. cit.*, p. 171.

esas áreas en donde no encontró esa solidaridad franca por parte de éstos respecto de los intereses campesinos.

Es muy posible que los criterios de popularidad del sacerdote en las comunidades rurales hayan cambiado. Y no basta que éste sea un buen administrador o que no haga nada malo. Es necesario que el campesino lo sienta solidario con sus intereses.

En el caso de que la mayoría del campesinado se constituya en grupo de presión, es muy posible que a largo plazo los criterios de ascenso por el canal eclesiástico hayan cambiado. Sin embargo, para un cambio fundamental en los criterios de ascenso, es necesario que los criterios de la alta jerarquía no estén necesariamente ligados a los criterios e intereses de las clases dirigentes y, por lo tanto, al mantenimiento de las estructuras actuales.

Si el grupo de presión campesino, además de llegar a ser el más efectivo por la expresión de su aprobación o rechazo del sacerdote, llegara a producir un divorcio entre los intereses de la clase dirigente y los intereses de la Iglesia, cambiaría fundamentalmente la estructura del ascenso social por el canal eclesiástico, imponiendo para el ascenso social criterios basados en los intereses campesinos en lugar de los criterios basados en los intereses de la clase dirigente.

A nadie escapa la trascendencia que para el cambio social tiene, en un país como Colombia en el cual la institución religiosa tiene aún mucha influencia, el hecho de que los dirigentes eclesiásticos tengan una actitud de cambio basada en los intereses de la mayoría.

Como conclusión general podemos afirmar:

- 1°. Que en los países subdesarrollados, en los latinoamericanos y en Colombia en particular, los canales de movilidad social ascendente están estructuralmente obstruidos para la mayoría de la población.
- 2°. Que el factor que condiciona en forma más determinante la oclusión y el control de los demás canales es el económico.
- 3°. Que la minoría de la población que controla la movilidad social ascendente está interesada en mantener la obstrucción de los canales de ascenso y por eso el conformismo es una condición indispensable para que ésta se efectúe.
- 4°. Que la movilidad social ascendente es más de tipo minoritario que masivo, más material que sociocultural y, por tanto, sin efectos a corto plazo sobre el cambio social.
- 5°. Que esta inmovilidad se presenta en forma más aguda en las áreas rurales de dichos países.

- 6°. Que la violencia simultáneamente produjo una conciencia de clase y dio instrumentos anormales de ascenso social.
- 7°. Que las estructuras del ascenso anormal establecidas por la violencia cambiaron las actitudes del campesinado colombiano, transformando el campesinado en un grupo mayoritario de presión.

B) AGRESIVIDAD LATENTE

La agresividad puede ser individual o social. La agresividad individual es el resultado de un deseo de destrucción originado en una frustración. La destrucción se busca como una compensación y como un medio de reconstrucción de lo que no se ha logrado.

La agresividad social tiene las mismas características pero extendidas al grupo social. La agresividad puede ser manifiesta o latente, según el deseo de destrucción se pueda realizar o no.

La agresividad social en general se encuentra en aquellos países en los cuales hay frustración de aspiraciones. Si esa frustración de aspiraciones forma parte de la conciencia social y dentro de las instituciones sociales encontramos instrumentos violentos y eficaces de realización²⁹, la agresividad se hará manifiesta.

Según lo expuesto anteriormente, en las áreas rurales de los países en desarrollo encontramos una gran inmovilidad social ascendente que produciría una frustración de aspiraciones en el caso de que haya conciencia de ella. Esa conciencia se adquiere por un cambio social inducido. Cuando las comunicaciones humanas se extienden y aumentan, la conciencia social aumenta y si se conocen puntos de comparación, las frustraciones aparecen.

Ahora bien, si existe la conciencia pero no se conocen los instrumentos institucionales de realización, la agresividad seguirá en su estado latente. Si los instrumentos institucionales eficaces se conocen y esos instrumentos están dentro de las estructuras vigentes, la agresividad latente se resolverá en una acción institucional que no violenta las estructuras. Si, por el contrario, los instrumentos institucionales que se conocen están contra las estructuras vigentes, la agresividad latente se convertirá en agresividad manifiesta. Esta agresividad manifiesta se hará tanto más intensa cuanto más conciencia haya de las frustraciones y cuanto por un lado sean más eficaces los instrumentos contra las estructuras y, por otro, menos eficaces los instrumentos de acuerdo con éstas.

29 "Realización" en el sentido que explica T. Parsons de "performance" (Cfr. T. Parsons, T. Bales, R. F. and Shils. E. A., "Working Papers in the Theory of Action", 1953, Cp. V. Sec., V; Parsons y N. J. Smelser, *Economy and society*, Routledge and Kegan, Paul, Londres, 1956.

En las áreas rurales de los países latinoamericanos encontramos los diferentes grados de frustración y de conciencia y las diferentes combinaciones de instrumentos normales y anormales (de acuerdo o no con las estructuras). En todo caso la falta de movilidad social en estas áreas es un elemento de agresividad latente.

En Colombia la agresividad social latente se ha vuelto manifiesta en forma intermitente a todo lo largo de su historia. Desde las guerras precolombinas entre los indígenas, pasando por las luchas de la Conquista, las revueltas de la época colonial, la guerra de Independencia, las guerras civiles posteriores a ésta y las manifestaciones de violencia que se ha solido llamar política (como la del año 1930) hasta el fenómeno de violencia actual que hemos definido tentativamente al principio de este estudio.

Ya se ha visto, al considerar las variables anteriores, cómo la violencia introdujo simultáneamente:

- La conciencia de la frustración.
- La agudización de la frustración.

Los instrumentos eficaces, pero anormales, para resolver la frustración. La acción armada de las fuerzas oficiales fue el elemento de cambio social inducido por el cual se produjeron los tres efectos anteriores.

Podemos por lo tanto afirmar que el fenómeno común a las áreas rurales subdesarrolladas descrito como agresividad latente se ha expresado en nuestras comunidades campesinas haciéndose agresividad manifiesta en el fenómeno de la violencia.

3. VARIABLES CARACTERÍSTICAS DE LA SOCIEDAD RURAL COLOMBIANA

A) SECTARISMO POLÍTICO

Lo que se ha solido llamar “sectarismo político” es una forma de agresividad de grupo y, en concreto, de un grupo que forma parte de una organización que ejerce o pretende el poder estatal. Además del elemento de agresividad, debemos incluir en la expresión “sectarismo político” las nociones correlativas de seguridad intragrupo e inseguridad extragrupo.

Toda pertenencia a un grupo es un efecto y una causa a la vez de la necesidad de seguridad social que tiene todo individuo. Esa función de seguridad que da el grupo, será tanto más intensa cuanto mayor sea la inseguridad de permanencia fuera del grupo. En los países desarrollados, además, existen instituciones que garantizan la seguridad

social en forma independiente de la pertenencia a un grupo. Por esto, la necesidad de pertenencia a grupos es mucho menor en estos países que en los nuestros. Como por otra parte la agresividad social es mayor en el país subdesarrollado porque las frustraciones son en general mayores, podemos afirmar que el sectarismo político es un subproducto de la falta de desarrollo socioeconómico.

En los países no industrializados la pequeña minoría que detenta el poder constituye un grupo en sí bastante cerrado, como vimos antes, y que tiene la mayor cuota de seguridad dentro de la sociedad. La única forma de perder esta seguridad sería el cambio de estructuras que acarrearía la pérdida del control social.

Evidentemente, dicho cambio no podrá provenir sino del extragrupo, es decir, de la mayoría de la población que no puede ascender. Con todo, el hecho mismo de ser una minoría constituye un elemento de inseguridad en el caso de que la mayoría se muestre descontenta. Por consiguiente, es necesario algún mecanismo que satisfaga a la mayoría, mantenga las estructuras y, si es posible, haga peligroso cualquier cambio de éstas.

El partido político puede cumplir con las funciones anteriores, siempre y cuando llene determinados requisitos: en primer lugar, debe dar algunas satisfacciones suficientes para evitar el descontento. En segundo lugar, debe relacionar las satisfacciones de necesidades al mantenimiento de las estructuras, y en tercer lugar debe crear sistemas para hacer peligroso el cambio de éstas.

El partido político en Colombia es un instrumento para la satisfacción de algunas necesidades de la mayoría de los colombianos. Dada la importancia del botín burocrático en un país subdesarrollado (con mano de obra poco calificada, alto porcentaje de ingreso nacional dedicado a la administración y pocas exigencias técnicas por parte de ésta), el partido político es una importante fuente no solamente de subsistencia de muchos colombianos ya que de él depende la repartición de este botín. En otras palabras, muchos más dependen de los empleos públicos, aunque no los ejerzan, por la expectativa que tienen de ejercerlos. Por lo tanto, son muchos los colombianos que dependen directa o indirectamente del partido político.

Sin embargo, para que esa dependencia implique a la vez una garantía para el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas, es necesario que exija una dependencia a la clase dirigente. Por esta razón, para que el partido sea un instrumento apto de conservación para esta clase, debe ser poli-clasista, es decir, debe estar estructurado en base a la pertenencia de todas las necesidades sociales a esa clase dirigente. Como es lógico, si la pertenencia no trae ventajas técnicas ni racionales es necesario buscar motivaciones sentimentales que la

justifiquen. De allí la base tradicional o sentimental que tienen los sistemas de partido, ya que el botón burocrático, que de hecho es repartido por la clase dirigente, podría ser administrado por la mayoría de la población en forma más técnica y racional.

Para que este mantenimiento de las estructuras sea sólido y duradero, es necesario que su rompimiento entrañe un peligro para la clase que no se beneficia con el sistema vigente. El sectarismo político es el instrumento por el cual la clase dirigente logra que esa mayoría encuentre una seguridad intragrupo, proporcional a una inseguridad extragrupo.

En resumen, el partido político tiene funciones respecto tanto de la clase dirigente como de la mayoría de los dirigidos; para la clase dirigente constituye un elemento de conservación de las estructuras por el sentimentalismo partidista y por el sectarismo político, y no permitiendo la reestructuración de los partidos sobre bases racionales que transformen las estructuras implantando el gobierno de las mayorías.

Para la clase dirigida el ambiente social de inseguridad que produce el sectarismo político, el partido constituye un grupo de refugio y el único capaz de relacionarlo con la clase dirigente, es decir, con la fuente de su propia seguridad. Esta relación debe establecerse con la condición indispensable del conformismo respecto del propio partido. Conformismo que se demuestra y se afianza más con manifestaciones de sectarismo contra el partido contrario. El sectarismo político es pues el instrumento de doble filo que refuerza el conformismo de la clase dirigida y garantiza la estabilidad de las estructuras a la clase dirigente.

La violencia fue desatada como un instrumento del sectarismo para que cumpliera las funciones que hemos atribuido a éste. De ahí que la violencia no se produjo entre las clases dirigentes, sino entre la masa de los campesinos sentimentalmente divididos en los partidos tradicionales, padeciendo una mayor inseguridad social, que los afe-r-raba aún más a esos partidos.

Por eso también una vez hecha la unión política entre las clases dirigentes, la violencia ha continuado para garantizar el sectarismo necesario que impide la reestructuración de los partidos sobre bases racionales capaces de transformar las estructuras. Dentro de esta política es lógico que cualquier individuo que se arriesgue a disentir de las directivas y de los partidos tradicionales, sea considerado como marginal y casi como fuera de la ley. Es sintomática la aparición de las sociedades macartistas, compuestas por elementos de la clase dirigente de ambos partidos. La función formal de estas sociedades es la de perseguir al comunismo y la función informal es la de marginar

a todo individuo o movimiento anticonformista que aparezca en el escenario político, social o económico. La violencia, por lo tanto, no favorece a uno u otro partido político en particular; en ocasiones, puede favorecer más a un partido minoritario nivelando con el terror las fuerzas políticas desniveladas por diferencias electorales. Sin embargo, la violencia favorece fundamentalmente a toda la clase dirigente de cualquier partido que ésta sea.

A pesar de todo, la violencia ha desencadenado un proceso social imprevisto por las clases dirigentes. Ha despertado la conciencia del campesino, le ha dado solidaridad de grupo, sentimiento de superioridad y seguridad en la acción; ha abierto posibilidades de ascenso social, y ha institucionalizado la agresividad, haciendo que los campesinos colombianos comiencen a preferir los intereses del campesinado a los intereses del partido. Esto tendrá como efecto la constitución de un grupo de presión social, económica y aun política capaz de cambiar las estructuras en la forma menos prevista y menos deseada por la clase dirigente. Es muy posible que, debido a la violencia, el sectarismo político se cambie por sectarismo de clase como se ha visto en muchas áreas rurales colombianas.

B) FALTA DE CONCIENCIA DE CLASE

Escapa a los fines del presente análisis entrar en disquisiciones sobre la definición de clase social. Para nuestros objetivos basta tener una definición generalmente aceptada. Cuando hablamos de la clase campesina nos referimos a un cierto grupo social del estatus económico más bajo dentro de la sociedad colombiana. Consagrado a una ocupación dentro del sector primario de la producción, localizado predominantemente en las áreas rurales del país. Conciencia de clase es la que existe respecto de una serie de relaciones sociales existentes dentro del grupo antes definido, relaciones de tipo exclusivo respecto del extragrupo. Cuando esta conciencia de clase se une a la iniciativa en (y a la) organización para la acción del grupo que la posee, es capaz de influir en las decisiones gubernamentales y, por lo tanto, es capaz de volverse un grupo de presión.

En muchos países subdesarrollados el campesinado se ha organizado en diversas formas. Los movimientos agrarios en Latinoamérica han tenido una importancia que contrasta con la que han tenido en nuestro país.

El carácter más pronunciado de las variables arriba señaladas, especialmente la del individualismo y la del aislamiento, han hecho que el campesinado colombiano no haya tenido una conciencia de clase. Por otra parte el aislamiento cultural de nuestro país, junto con el atraso en el equipo técnico de comunicaciones, han impedi-

do las interacciones culturales necesarias para un cambio social capaz de crear una conciencia de clase. La ausencia de contactos ha producido una falta de conciencia sobre las propias necesidades, por falta de conocimiento de otros grupos de referencia. La falta de movilidad social ascendente ha tenido por efecto la institucionalización de un fatalismo respecto de la solución de algunas pocas necesidades sobre las cuales hay conciencia. Aun en el caso en que, por alguna circunstancia, haya conciencia de las necesidades y el fatalismo haya sido reemplazado por una actitud de iniciativa en la acción, generalmente esto ha sucedido a escala individual. Los conflictos con los extragrupos campesinos han impedido la creación de una solidaridad rural, y el sectarismo político ha agudizado la desunión.

Aun después de la aparición de la violencia, podemos observar las comunidades rurales que no han sufrido el influjo de ésta ni directa ni indirectamente y encontramos las características de conciencia respecto de las necesidades, fatalismo ante el progreso y falta de seguridad colectiva entre los campesinos.

Al considerar los efectos de la violencia sobre la creación de la conciencia de clases en el campesinado colombiano, podemos recapitular el análisis sobre los cambios acaecidos de las otras variables.

La demasiada importancia del vecindario local, el aislamiento, el individualismo, los conflictos intra y extragrupo, el sentimiento de inferioridad, la ausencia de movilidad social vertical ascendente, la agresividad latente, implican una falta de conciencia de clase. La violencia, al alterar las anteriores variables, comienza a crear una conciencia de clase; generaliza las relaciones sociales entre los campesinos de casi todo el país, da conciencia de que esas relaciones son exclusivas del grupo campesino, y además da solidaridad para la acción comenzando a influir informalmente en las decisiones gubernamentales y por medio de pactos políticos en las estructuras vigentes. De la falta de esa conciencia de clase, el campesino está pasando paulatinamente a ser un grupo de presión que será definitivo en el cambio social de las estructuras colombianas.

C) RESPECTO A LA PROPIEDAD PRIVADA

De los diversos informes de los Cronistas de Indias, los historiadores de la colonia y de los historiadores latinoamericanos, podemos concluir que la forma de propiedad más generalizada dentro de las comunidades indígenas era la forma de posesión colectiva de la tierra.

La obra colonizadora española no afectó decisivamente la mentalidad indígena respecto de la propiedad. Las organizaciones rurales colectivas continuaron bajo nuevos patrones eclesiásticos, militares o

civiles³⁰. Con el movimiento emancipador se introdujeron las ideas liberales, dentro de las cuales la idea de la propiedad privada como base de la estructura política y social colombiana. El respeto a la propiedad privada pasó a ser patrimonio de los valores culturales colombianos. Antes de la violencia, nuestro campesinado tenía un respeto formal a la propiedad privada, respeto que informalmente era desconocido en algunas ocasiones por la conducta de éste. Durante la violencia se introdujo la institución del *jus primo possidentis*³¹.

Las expropiaciones ejercidas a menor precio, las invasiones, el control sobre cosechas y mercadeo, ejercidas por los grupos guerrilleros, hicieron perder a nuestros campesinos ese valor cultural que habían adquirido en el último ciclo.

En las comunidades en donde surgió este fenómeno se han organizado invasiones de tierras, con una facilidad que no solamente puede ser explicada por la presión económica, sino que tiene como base la práctica, durante la violencia, de hacer uso de la propiedad ajena para los fines inmediatos de subsistencia. Aunque este efecto de la violencia es accesorio y aparentemente intrascendente, es importante respecto del cambio social; si, como vimos antes, el campesinado se está constituyendo paulatinamente en un grupo de presión, es importante conocer los patrones culturales de ese grupo. Si el respeto de la propiedad privada ha dejado de ser un elemento dentro de esos patrones, es muy posible que en el cambio de estructuras que pueda llevar a cabo la presión de este grupo se ataque directamente la estructura de la propiedad.

CONCLUSIÓN

Basados en el análisis anterior, podemos decir que la violencia ha constituido para Colombia el cambio socio-cultural más importante en las áreas campesinas desde la conquista efectuada por los españoles. Por conducto de ellas las comunidades rurales se han integrado dentro de un proceso de urbanización en el sentido sociológico, con todos los elementos que éste implica: la división del trabajo, especialización, contacto sociocultural, socialización, mentalidad de cambio, despertar de expectativas sociales y utilización de métodos de acción para realizar una movilidad social por canales no previstos por las estructuras vigentes. La violencia además ha establecido los sistemas necesarios para la estructuración de una subcultura rural, de una

30 Como estudios sobre la evolución del concepto de la propiedad en Colombia, consúltese Alfonso López Michelsen, *Introducción al estudio de la Constitución de Colombia*.

31 *La violencia en Colombia, op. cit.*

clase campesina y de un grupo de presión constituido por esta misma clase, de carácter revolucionario. Sin embargo, la violencia ha operado todos estos cambios por canales patológicos y sin ninguna armonía respecto del proceso de desarrollo económico del país.

Aunque es muy difícil predecir, es muy poco probable que haya cambios estructurales lo suficientemente profundos, realizados por la sola iniciativa de la clase dirigente actual, para encauzar todas esas fuerzas anómicas dentro de un proceso de desarrollo planificado técnicamente. Sin embargo, la orientación hacia los problemas agrarios que han tenido los últimos gobiernos podría producir el efecto de la creación de un liderazgo de base capaz de dirigir las presiones del campesinado hacia objetivos de desarrollo social y económico. Si estas presiones se ejercen en forma suficientemente técnicas y enérgicas, podrían cambiar la estructura de nuestra clase dirigente, siempre y cuando ésta sea capaz de valorar a tiempo el peligro de una transformación que la destruya completamente, por no haber podido adaptarse a un cambio social que se presenta como inevitable.

MENSAJE A LA OLIGARQUÍA*

DIRIGIR UN MENSAJE A LOS QUE no quieren ni pueden oír es un deber penoso. Sin embargo es un deber, y un deber histórico, en el momento que la oligarquía colombiana quiere llegar a hacer culminar su iniquidad en contra de la patria y en contra de los colombianos.

Durante más de 150 años la casta económica, las pocas familias que tienen casi toda la riqueza colombiana, han usurpado el poder político en su propio provecho. Han usado todas las artimañas y trampas para conservar ese poder engañando al pueblo.

Inventaron la división entre liberales y conservadores. Esta división, que no comprendía el pueblo, sirvió para sembrar el odio entre los mismos elementos de la clase popular. Esos odios ancestrales transmitidos de padres a hijos han servido únicamente a la oligarquía. Mientras los pobres pelean, los ricos gobiernan en su propio provecho. El pueblo no entendía la política de los ricos, pero toda la rabia que sentía por no poder comer ni poder estudiar, por sentirse enfermo, sin casa, sin tierra y sin trabajo, todo ese rencor lo descargaban los liberales pobres contra los conservadores pobres y los conservadores pobres contra los liberales pobres. Los oligarcas, los culpables de la mala situación de los pobres, miraban felices los toros desde la

* Publicado en el periódico *Frente Unido*, año 1, número extraordinario, 9 de diciembre de 1965.

barrera, ganando dinero y dirigiendo el país. Lo único que dividía a los oligarcas liberales de los oligarcas conservadores era el problema de la repartición del presupuesto y de los puestos públicos. El presupuesto nacional, las rentas públicas, no alcanzaban para dejar satisfechos a los oligarcas conservadores y liberales reunidos. Por eso peleaban para llegar al poder, para saldar las cuentas electorales dándole puestos públicos a los gamonales adictos y repartirse el presupuesto excluyendo totalmente a los del otro bando político.

Durante cuarenta años los liberales no tuvieron puestos y después les sucedió otro tanto a los conservadores durante dieciséis años. Las diferencias políticas y religiosas ya habían cesado. Ya no se peleaba entre los oligarcas sino por la plata del gobierno y por los puestos públicos. Mientras tanto, el pueblo se daba cuenta de que su lucha por el partido liberal o por el partido conservador lo hundía cada vez más en la miseria. Los ricos no se daban cuenta de que el pueblo estaba harto de ellos. Cuando apareció Jorge Eliécer Gaitán enarbolando la bandera de la restauración moral de la República, lo hizo tanto en contra de la oligarquía liberal como de la conservadora. Por eso las dos oligarquías fueron antigaitanistas. La oligarquía liberal se volvió gaitanista después que la oligarquía conservadora mató a Gaitán en las calles de Bogotá.

Ya iniciada en el camino de la violencia para conservar el poder, la oligarquía no parará en el uso de esa violencia. Puso a los campesinos liberales a que se mataran con los conservadores. Cuando la agresividad, el odio y el rencor de los pobres se desbordaron en una lucha entre los necesitados de Colombia, la oligarquía se asustó y propició el golpe militar. El gobierno militar tampoco sirvió en forma suficientemente eficaz a los intereses de la oligarquía. Entonces el jefe de la oligarquía liberal, doctor Alberto Lleras Camargo, y el jefe de la oligarquía conservadora, doctor Laureano Gómez, se reunieron para hacer un examen de conciencia y se dijeron: “Por estar peleando por el reparto del presupuesto y del botín burocrático, casi perdemos el poder para la oligarquía. Dejémonos de pelear por eso haciendo un contrato, dividiéndonos el país como quien se divide una hacienda, por la mitad, entre las dos oligarquías. La paridad y la alternación nos permiten un reparto equitativo y así podemos formar un partido nuevo, el partido de la oligarquía”. Así nació el Frente Nacional como el primer partido de clase, como el partido de la oligarquía colombiana.

El pueblo vuelve a ser engañado y concurre a las elecciones a votar el plebiscito, a votar por Alberto Lleras, por el Frente Nacional. El resultado, naturalmente, fue peor: ahora era la oligarquía unida la que gobernaba en contra del pueblo. Por eso todo lo que esperaban los colombianos salió al revés. El Frente Nacional ofreció paz y los

campesinos siguen siendo asesinados; se realizaron matanzas obreras de los azucareros y de Santa Bárbara, se invadieron las universidades y se aumentó el presupuesto de guerra.

El Frente Nacional dijo que remediaría la situación financiera, y duplicó la deuda externa produciendo tres devaluaciones (hasta ahora) y con ellas la miseria del pueblo colombiano por varias generaciones. El Frente Nacional dijo que haría la Reforma Agraria, y no hizo sino dictar una ley que garantiza los intereses de los ricos en contra de los derechos de los pobres.

Le impuso al país un candidato inepto para la presidencia de la República. El Frente Nacional logró la mayor abstención electoral de nuestra historia y ahora, ante su fracaso total, ¿qué está haciendo la oligarquía? Vuelve a recurrir a la violencia. Declara el estado de sitio. Legisla por decreto. Vende el país a los Estados Unidos. Se reúne en un lujoso hotel y decide sobre el próximo presidente. Desde los salones resuelven sobre el país entero. Están completamente ciegos.

Como último grito de alarma quiero decirles:

Señores oligarcas, el Pueblo ya no les cree nada a ustedes. El Pueblo no quiere votar por ustedes. El Pueblo está harto y desesperado. El Pueblo no quiere ir a las elecciones que ustedes organicen. El Pueblo no quiere a Carlos ni Alberto Lleras ni a ninguno de ustedes. El Pueblo está sufriendo y resuelto a todo. El Pueblo sabe que ustedes también están resueltos a todo. Por eso les pido que sean realistas y que si quieren engañar al Pueblo con nuevas componendas políticas, no vayan a creer que el Pueblo les va a tener fe. Ustedes saben que la lucha irá hasta las últimas consecuencias. La experiencia ha sido tan amarga que el Pueblo ya está decidido a echar el todo por el todo. Desgraciadamente los oligarcas aislados, ciegos y orgullosos parecen no querer darse cuenta de que la revolución de las masas populares colombianas no parará ahora sino hasta lograr la conquista del poder para el Pueblo.

PROCLAMA AL PUEBLO COLOMBIANO*

COLOMBIANOS:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía intentó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponían la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creará nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado

* Publicado en el periódico *Frente Unido*, año 1, número extraordinario, 9 de diciembre de 1965.

y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestido y, sobre todo, dignidad. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes, con su ejemplo y su presencia, den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no le he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades caminando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya todo está preparado. La oligarquía quiere organizar otra Comedia de elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no sólo son viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos? Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, la base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionalistas. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busquen liberar al pueblo de la explotación, de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto debemos estar alerta. Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, drogas y provisiones para prepararnos a una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo, en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar, pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución nos encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente

Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado, porque la jornada es larga.

Colombianos: no dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido: hagamos una realidad nuestras consignas:

¡Por la unidad de la clase popular, hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular, hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular, hasta la muerte! Hasta la muerte, porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria, porque un pueblo desde que sea se entrega hasta la muerte siempre logra la victoria.

Hasta la victoria final, con las consignas del Ejército de Liberación Nacional.

Ni un paso atrás... ¡liberación o muerte!

Camilo Torres Restrepo
Desde las montañas, enero de 1966.

Antonio García

Seis

TESTIMONIO DE PARTE

MI VIDA COMO PENSADOR SOCIAL Y MILITANTE REVOLUCIONARIO*

MI INICIACIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Mis ensayos sobre el proceso histórico de la América Latina constituyen un testimonio de parte, ya que señalan los problemas, los difíciles cambios de rumbo, las penosas búsquedas de instrumentos teóricos y metodológicos para acercarse críticamente a la realidad circundante y las duras etapas en la formación de un pensamiento social y político, en las adversas condiciones de una sociedad tan petrificada, provinciana y escolástica como la Colombia de los años veinte y treinta. A diferencia de lo ocurrido con los economistas, sociólogos, filósofos o escritores europeos contemporáneos —que han nacido *dentro* de una tradición de cuatro siglos de esfuerzos de pensamiento teórico y han crecido en el ámbito de una cultura que se ha expresado en tan altos valores como Descartes, Hegel y Marx— los latinoamericanos de países que llegaron más tarde a estas formas del conocimiento y a estas expresiones superiores de la cultura científica, tuvimos que partir casi de cero: de la pétrea fraseología escolástica y, a lo más, de las peque-

* Este ensayo autobiográfico forma parte del libro *El Proceso Histórico Latinoamericano*, Editorial Nuestro Tiempo, 1979. Con el propósito de facilitar su lectura el texto se ha subtitulado, tratando de resaltar cada una de las experiencias que Antonio García consideró importantes en su trayectoria vital como pensador social y militante revolucionario.

ñas audacias del positivismo compeano. En la República señorial y autocrática de la Colombia de 1930, no sólo estaban proscritos Marx, Engels, Lenin, Kautsky o Bujarin, sino también Hegel y Kant. La Bogotá del siglo XIX fue llamada la “Atenas suramericana” por uno de los más notables pontífices del colonialismo idiomático —Menéndez y Pelayo— porque uno de sus presidentes más reaccionarios tradujo impecablemente a los clásicos latinos, otro escribió una ortografía en verso mientras las tropas norteamericanas penetraban en el istmo de Panamá y dos excepcionales filólogos realizaban en París —en virtual exilio— uno de los estudios más profundos sobre la genialidad y estructura de la lengua castellana.

LA UNIVERSIDAD EN LOS AÑOS TREINTA

Si bien la República Liberal se inició en 1934, la universidad conservaba el espíritu de los esclerosados institutos que profesaban oficialmente el *tomismo*, condenaban un marxismo que sólo podían entrever a través de las versiones falseadas y apocalípticas de los discípulos del Padre Jaime Balmes y no conocían más ciencia social que la importada con Say y Bastiat desde los albores de la Independencia. Con esta carga de supersticiones y falseamientos conceptuales, tuvimos que enfrentarnos a la *realidad* de nuestras sociedades latinoamericanas, a la práctica política, a la complejidad de la lucha social, sin armas teóricas ni métodos de conocimiento científico: las gentes, como yo, estaban obligadas a *inventar la ciencia* frente a una *realidad social* extremadamente conflictiva y que aparecía más como una desbordada selva amazónica que como un racionalizado universo griego.

EL ESTUDIO DEL PROBLEMA AGRARIO, UNA CONSTANTE EN MI VIDA

El campo que yo conocí —en los Andes del Sur de Colombia y en los Valles interandinos de Boyacá y Cundinamarca— no se parecía a esas haciendas idílicas que sirvieron de escenario al poema romántico de “La María”, ya que conservaban aún intactas las relaciones de servidumbre y las obligaciones de trabajo gratuito, el concertaje y las *formas señoriales* de dominación social. Así que primero debí participar en las luchas —tan desiguales y duras— del campesinado indígena contra el terraje, contra los despojos, contra la implacable hegemonía latifundista, y luego pude estudiar los problemas de la comunidad indígena, del latifundismo de colonato, de las relaciones serviles y pre-capitalistas.

Mi conocimiento teórico no se inició en los libros o en la academia, sino en la lucha social de las ligas campesinas e indígenas del Cauca. *La necesidad de comprender* los términos de la lucha entre la

aristocracia latifundista y el campesinado, entre el sistema político de dominación y las primeras formas organizativas de terrazgueros, comuneros y peones, me empujó al estudio del problema agrario: se inició así una de las constantes de mi vida. El testimonio de lo que vi en esta Colombia de los campesinos, los obreros, los colonizadores de la selva, los artesanos de los talleres en bancarrota, lo expresé en un primer libro escrito cuando aún era estudiante de la Universidad del Cauca y participaba en la fundación del primer Centro de Estudios Marxistas: se llamaba *Colombia, Sociedad Anónima*. Su importancia radica en que iniciaba una tradición de denuncia, de desenmascaramiento y de protesta. En carne propia, tenía que seguir el camino que ha recorrido el conocimiento social en la mayoría de los países latinoamericanos: primero, el relato, la novela, el conocimiento vertido en forma literaria; luego el ensayo, el intento de ordenación e interpretación de los datos sobre la realidad, entre lo literario y lo filosófico, y por último la ciencia social crítica, una vez armada de una concepción teórica y de un método de conocimiento dialéctico de la sociedad y de la historia.

En el Centro de Estudios Marxistas de Popayán no tuvimos iniciadores ni maestros: estuvimos obligados a emprender solos —en el corazón de una de las universidades más tradicionalistas de Colombia— la tremenda proeza de estudiar desordenada e intuitivamente las obras de Marx, Lenin, Trosky, Kautsky, Rosa Luxemburgo y Bujarrín, las que llegaban casi secretamente desde la España republicana, en traducciones tan excelentes como las de Wenceslao Roces.

DESCUBRIENDO LOS GRANDES VALORES LATINOAMERICANOS

La necesidad de comprender el problema agrario en nuestro país nos condujo al apasionado descubrimiento de José Carlos Mariátegui; y a través de Mariátegui de Haya de la Torre, H. Castro Pozo, Moisés Sáenz, Miguel Othón de Mendizábal, Pío Jaramillo Alvarado, Chávez Orozco, José Ingenieros, estudiamos el problema agrario de América Latina. Nuestra preocupación fundamental por el problema campesino e indígena, encontró la más acertada respuesta en la revista *Amauta* y en los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Semejante contacto con el pensamiento científico social y revolucionario del Perú, de México, de Ecuador —país en el que habían hecho sorpresiva irrupción las grandes figuras de su novelística indigenista como Jorge Icaza, Gallegos Lara, José de la Cuadra, Jorge Cuesta y Cuesta— determinó algo que ha ido afianzándose y profundizándose a lo largo de mi vida: *la preocupación central por las formas latinoamericanas de pensamiento, de expresión y de cultura*.

NECESIDAD DE UNA FORMULACIÓN SOCIAL DEL PROBLEMA INDÍGENA

Esta preocupación me indujo a realizar un primer viaje de exploración y descubrimiento, no sólo del problema del indio y del latifundio señorial en la sierra ecuatoriana, sino del vitalísimo y militante pensamiento indigenista de los años treinta, iniciando así lo que sería una ininterrumpida sucesión de viajes de exploración y descubrimiento de esa realidad tan singular y compleja llamada América Latina.

Expresión de esa nueva visión de América y de la necesidad de una formulación social del problema indígena (que en última instancia se relacionaba con la necesidad de explicar la formación étnica de las clases sociales en América Latina, fue mi libro *Pasado y presente del indio*, editado en Bogotá en 1939). La invitación que me hizo el gobierno del presidente Cárdenas a participar en el primer Congreso Indigenista Interamericano, realizado en Pátzcuaro, me suministró nuevos instrumentos para ampliar la visión de los problemas campesinos e indígenas y para entrar en relación directa con la revolución mexicana —esto es, con el centro de interés más importante y atractivo en la América Latina de los años treinta— y con algunas de sus grandes figuras intelectuales y políticas. Significación especial tuvo para mí la amistad con Enrique González Aparicio, la relación con la Universidad Obrera y el contacto fraternal con uno de los maestros y precursores del marxismo en Venezuela, exiliado entonces en México y director de una editorial clásica en la difusión del pensamiento marxista en América Latina: Salvador De la Plaza. De la Plaza, Eduardo Machado, Carmen Fortoul —de la clase alta caraqueña, como el Libertador Bolívar— constituyeron la más brillante y eficaz vanguardia en la introducción del socialismo marxista no sólo en México y en América Central sino en Colombia y Venezuela.

LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DE CAMPO ME ENSEÑÓ LO QUE NO PODÍA ENSEÑARME LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

De 1935 a 1937 tuve la excepcional oportunidad de realizar —gracias al estímulo de los Contralores Nacionales que organizaron la Estadística Nacional y promovieron el estudio de las regiones colombianas— la primera investigación de campo. Esa investigación no sólo me introdujo en el conocimiento de una realidad concreta a través de la versión directa de los más importantes y desconocidos actores de la historia —los campesinos, los aldeanos, los trabajadores de las minas y de los talleres, los artesanos y la pequeña burocracia municipal— sino que me permitió comprender la dinámica de la movilización de campesinos sin tierra que, desde finales del siglo XIX, colonizó las laderas boscosas de la cordillera andina, creó un sistema de fincas fa-

miliares y una red de poblados cuyo piso de sustentación fue la plantación cafetalera, y organizó —a espaldas del Estado Señorial y de la aristocracia latifundista— la primera forma histórica de agricultura exportadora. Dos años estuve recorriendo plantaciones, fondas, caseríos, comunidades indígenas, centros mineros: esta investigación directa me enseñó lo que aún no podía enseñar la universidad colombiana —ni posiblemente ninguna en la América Latina de entonces— y sirvió de base a mi primera obra científica, en la que tenían que mezclarse problemas de economía, de demografía, de organización social, de ordenamientos fiscales, de articulación del poder, de penosas expresiones de la cultura: la “Geografía Económica de Caldas”, editada por la Contraloría Nacional en 1937.

LAS ENSEÑANZAS DE ESTA PRIMERA INVESTIGACIÓN DE CAMPO

Esta experiencia tuvo para mí varias enseñanzas excepcionalmente valiosas: *la primera*, acerca de la naturaleza fundamental del trabajo de campo en América Latina y especialmente en relación con el difícil conocimiento científico del problema agrario; *la segunda*, acerca de la necesidad de integrar los métodos de conocimiento científico-social, con el objeto de trazar visiones globales y de ir en busca de la perspectiva del bosque antes que del análisis taxonómico de los árboles; *la tercera*, acerca de la enorme y desconocida trascendencia del *conocimiento propio*, expresado en las descripciones y reflexiones de los viajeros, exploradores y filósofos sociales del siglo XIX, que en el caso de Colombia tuvo manifestaciones clásicas como la del *Ensayo sobre las revoluciones políticas de las Repúblicas Colombianas* de José M. Samper; y *la cuarta*, acerca de la gravitación del colonialismo ideológico que posibilitó que fenómenos como el de la *colonización antioqueña* de las laderas andinas del centro y del occidente, sólo se hubiese tomado en cuenta cuando la estudió un científico social norteamericano quince años después.

EL REENCUENTRO DE UNA VALIOSA TRADICIÓN INTELLECTUAL IGNORADA POR LA REPÚBLICA SEÑORIAL Y LA ARISTOCRACIA LATIFUNDISTA

Resultaba para mí sorprendente que mientras en la escuela y en la universidad se habían identificado, memorísticamente, hasta las más opacas figuras de la Colonia española, se desconocían las grandes figuras del pensamiento liberal en el siglo XIX —consideradas heréticas— como Manuel Murillo Toro, Manuel M. Madiedo o Manuel Ancizar: precisamente mi incorporación al profesorado de la Universidad Nacional —en 1938, en pleno auge de la República Liberal— hizo posible que emprendiera la tarea de descubrir y analizar esta rica e invisible

tradición intelectual, sepultada durante la hegemonía de la República señorial y la aristocracia latifundista.

Por otra parte, este tipo de investigación directa sustentó y amplió mi conocimiento del campesinado, de los obreros y los artesanos de los poblados, de los trabajadores de la tierra y del centro minero, de las nuevas clases medias de los campos y de las pequeñas ciudades. A la inversa de lo que ocurrió con las gentes de mi generación que se iniciaron en la ciencia social, en el marxismo y en la lucha política en Bogotá, yo debí recorrer el largo camino que va del campo a la ciudad, del campesinado a la clase obrera.

MI INCORPORACIÓN A LA DOCENCIA Y A LA ASESORÍA ECONÓMICA SINDICAL

En 1938 me incorporé, simultáneamente, a la docencia en la Universidad Nacional y a los servicios de consultoría económica de la Confederación de Trabajadores de Colombia, por entonces la *central única* del movimiento obrero. Mi introducción a la cátedra y a la actividad universitaria estuvo acompañada por un seminario de metodología de la ciencia social, dirigido por un gran maestro: el profesor Fritz Kartsen, ex director en Berlín de la Escuela Karl Marx. Era el momento cenital de la reforma universitaria —en el fugaz ciclo de auge de la República Liberal— en la que los profesores socialistas representábamos la vanguardia más dinámica y eficaz con Gerardo Molina, José Francisco Socarrás, Nieto Arteta, Gómez Pinzón y Juan Francisco Mújica.

CÓMO FUNDÉ LA PRIMERA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA PARA LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS ECONÓMICAS

Empujado por las fuerzas desencadenadas en este proceso de reformas, en 1943 fundé la primera institución universitaria de investigación y enseñanza de la ciencia económica en Colombia: el Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, posteriormente transformada en Facultad de Economía y núcleo de las escuelas de sociología, antropología, etc. La necesidad de dar una visión de perspectiva del capitalismo mundial —como economía, como organización política y como cultura— desde el punto de vista de los países atrasados y dependientes y en particular de la América Latina, me indujo a trabajar, durante cinco años, en *Bases de la Economía contemporánea - Elementos para una economía de la defensa*, editado en Bogotá en 1948, en un momento trágico de iniciación de la violencia contrarrevolucionaria, del asesinato de mi amigo Jorge Eliécer Gaitán —de quién fui compañero de lucha y asesor en sus proyectos de reforma social y económica—, del desplome de la República Liberal y de

la brutal inserción de Colombia —y de América Latina— en el campo minado de la Guerra Fría.

LA CONTRARREVOLUCIÓN FALANGISTA

No es ocasional el hecho de que tres días después de asesinado Gaitán y de realizado el más implacable baño de sangre —atribuidos por el gobierno de los Estados Unidos a la acción del comunismo soviético— se hubiese fundado la OEA, se hubiesen roto colectivamente las relaciones con los países socialistas y se hubiese abierto el trágico periodo de la *Guerra Fría* y de la *doctrina norteamericana de las fronteras ideológicas*.

La Contrarrevolución culminó con el gobierno *falangista* de Laureano Gómez, quien ganó el apoyo militar y financiero de los Estados Unidos (no obstante que, durante la guerra, había defendido la causa de Hitler, Mussolini y Franco), ordenando el envío de tropas colombianas a Corea e iniciando el ciclo histórico en que se combinaron el más agresivo *absolutismo político* con el más ortodoxo *liberalismo económico*: dentro de este marco se constituyó la nueva hegemonía de las corporaciones transnacionales en el mercado interno.

MI EXPULSIÓN DE LA UNIVERSIDAD

En este proceso de violencia —que le costó al pueblo colombiano cerca de 300.000 muertos, esto es, mucho más que la totalidad de las guerras civiles en el siglo XIX— corrí la suerte de los militantes revolucionarios: fui expulsado de la universidad, secuestrado por la policía y destruido mi libro *Bases de la Economía Contemporánea*. Posteriormente he podido comprobar que esa experiencia no tuvo visibilidad alguna en América Latina y que se la consideró como una explosión patológica de fuerzas internas comprimidas y no como el producto —enteramente racionalizado— de una estrategia imperialista de *contrarrevolución preventiva*, o sea aquella destinada a prevenir e impedir una revolución social. Desde luego, el problema de la violencia resultaba más extraño e incomprensible para el repertorio de países más *civilizados* y *europizados* del cono sur: Argentina, Chile y Uruguay.

Debo agregar algo que considero importante: a mi libro *Bases* pertenecen los ensayos “Coyunturas revolucionarias del capitalismo” y “Capitalismo y feudalismo en la América Colonial Indo-Española”, el *primero* producto de una bibliografía marxista y weberiana (y quizás habría que agregar *laskyana* y *schumpeteriana*); y el *segundo*, de una revisión de analistas latinoamericanos sobre la historia hispanocolonial y de un penoso trabajo en archivos coloniales, bajo la dirección del profesor J. M. Ots Capdequi. Circunstancialmente conocí la metodología weberiana por medio de un seminario

que sobre “Economía y Sociedad” realizó el Profesor José Medina Echevarría en la Universidad Nacional. En última instancia, lo que pretendía era dar una visión de la sociedad colonial desde el punto de vista de su práctica, de su especificidad histórica, no de las instituciones y de las leyes.

UNA NUEVA POSIBILIDAD DE PROFUNDIZAR EN EL ESTUDIO DE LOS PROBLEMAS INDÍGENAS Y AGRARIOS

Esta investigación en *documentos de archivo* me abrió la posibilidad de profundizar en problemas como el de la comunidad indígena, la estructura agraria latifundista, las formas de la *mita* y del salariado, los alcances de la esclavitud y de la servidumbre, las modalidades históricas de este tipo específico de capitalismo colonial y de economías señoriales. A esta época corresponden —junto con obras eminentemente políticas como *La Democracia en la Teoría y en la Práctica* y *La Rebelión de los Pueblos Débiles-Salariado Señorial y Salariado Capitalista en la Historia Latinoamericana* y *La Comunidad Indígena en Lucha por la Tierra*, editadas en 1948 y en 1952 por el Instituto Indigenista Interamericano, en México. En realidad, este indigenismo era una forma de militancia social y política, no sólo por la orientación ortodoxamente *hispanista* y colonialista de la dictadura de Gómez, sino también por su vinculación directa con la lucha social librada por las comunidades indígenas y por el campesinado. Es necesario recordar que entre 1948 y 1953 se desató y llegó a su más alto nivel el movimiento guerrillero campesino, que tuvo caudillos militares como Guadalupe Salcedo y que —si bien no llegó a integrarse militar y políticamente y a superar la dispersión en diez o doce frentes— realizó la proeza de movilizar treinta mil hombres en armas.

A esta época corresponden algunas obras de análisis e interpretación revolucionarias de la sociedad colombiana, como *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, *Problemas de la nación colombiana*, *El Cristianismo en la teoría y en la práctica*, editadas por una cooperativa de trabajadores socialistas.

MI PRIMERA VISITA A BOLIVIA. EL CICLO ASCENDENTE Y TRIUNFALISTA DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL POPULAR

En 1955 fui invitado por primera vez a Bolivia, precisamente en el ciclo ascendente y triunfalista de la revolución nacional-popular: me sacudió profundamente la visión de un pueblo movilizado, en el sentido militar y político. Destruído físicamente el aparato represivo, el país estaba bajo el control directo de las milicias obreras y campesinas. En Cochabamba visité el cuartel general de las mili-

cias campesinas, a donde iban —en peregrinación— los emisarios de las comunidades indígenas de la sierra del Perú, para ver con sus propios ojos el milagro de las casas de hacienda ocupadas por los sindicatos de los antiguos pegujaleros. Era sorprendente que un pueblo desorganizado y en armas no hubiese hecho justicia por sus propias manos y hubiese confiado en la legalidad del Estado emergente de la revolución. Desde luego —sin unas clases trabajadoras preparadas políticamente para el control del Estado y para la estructuración del partido revolucionario— no podía siquiera preverse que en ese instante se había perdido la revolución y se había iniciado el proceso contrarrevolucionario. La experiencia de un gobierno en manos de una alianza política de clases trabajadoras de la ciudad y del campo —proletariado minero y fabril, campesinado, artesanado, clases medias— me decidió a regresar a Bolivia a finales de 1957, no sólo para estudiar *desde dentro* el proceso revolucionario —reforma agraria, nacionalización minera, cambios sociales y políticos— sino para compartirlo. Este es un aspecto —el de la vivencia, el de la internalización en la conciencia de estos fenómenos de tan decisiva influencia en la historia de los pueblos latinoamericanos— al que he atribuido siempre una importancia radical y he asignado una categoría más alta y prioritaria que la de la academia. La práctica me ha enseñado esa verdad elemental de que primero es la práctica, en sus diversos niveles, y que ahí se inicia la cadena dialéctica en el proceso de creación y recreación del conocimiento teórico.

MI TRABAJO EN LA CEPAL COMO ECONOMISTA CONSULTOR

Durante 1957 trabajé una corta temporada en la CEPAL, como economista consultor, en un momento en que se realizaban análisis muy sistemáticos sobre problemas del desarrollo latinoamericano, país por país. A veces se ignora —cuando se menciona el pensamiento cepalino— cuál ha sido la contribución real de la CEPAL en el estudio sistemático de los problemas de la industrialización, de las relaciones internacionales de intercambio, de la inversión extranjera, del endeudamiento externo, de la distribución social del ingreso nacional, etc., cuando la mayor parte de los informes y análisis sobre América Latina eran entonces de economistas o científicos sociales europeos y norteamericanos. La verdad es que, en esta época —antes de entrar a desempeñar el papel de academia superior de la ideología desarrollista— en CEPAL se concentró una notable élite de jóvenes científicos sociales latinoamericanos que empezaba a pensar sobre América Latina a la que pertenecían Pedro Vuscovic, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, José Antonio Mayobre, Aníbal Pinto Santacruz, Celso Furtado, Juan Noyola, Pedro Paz, Henrique Cardoso y Gonzalo Martner, entre otros.

MI INCORPORACIÓN AL TRABAJO EN BOLIVIA. MI AMISTAD CON EL PRESIDENTE HERNÁN SILES ZUAZO

Desde finales de 1957 hasta 1960 me incorporé al trabajo en Bolivia —esto es, a su vida, a sus preocupaciones, a sus dramáticos problemas— tanto en los Ministerios de Agricultura y de Asuntos Campesinos como en el Consejo de Reforma Agraria y en la Presidencia de la República, muy cerca de mi amigo personal, el presidente Hernán Siles Zuazo. En este periodo se produjo el desgajamiento de la alianza política de clases trabajadoras, la ruptura del sindicalismo obrero con el M. N. R., la frustración de la reforma agraria, el bloqueo de la nacionalización minera y el sorpresivo afloramiento del proceso contrarrevolucionario, que culminó —durante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, de 1960 a 1964— con la desmovilización y el desarme de las milicias obreras y campesinas y con el restablecimiento de las Fuerzas Armadas como el único poder político militar de decisión dentro de la sociedad y dentro del Estado. Mi análisis y testimonio de ese proceso están contenidos en un libro aún no publicado —*Nacionalización y reforma agraria en Bolivia*— al que pertenece el ensayo “Los sindicatos en el esquema de revolución nacional popular”: desde la perspectiva de hoy, ese ensayo me parece un tanto injusto y pesimista, posiblemente porque también fui víctima del sentimiento colectivo de frustración.¹

CONTINÚAN MIS INVESTIGACIONES SOBRE LOS PROBLEMAS DEL CAMPO Y DEL DESARROLLO RURAL

Durante la década del sesenta continué las investigaciones sobre los problemas del campo y del desarrollo rural, trabajando como consultor en los organismos de reforma agraria de México, Ecuador, Chile, Perú y participando en investigaciones de campo y en tareas de capacitación de campesinos y profesionales en reforma agraria en Argentina, Brasil, Chile, Perú y Ecuador, así como en algunos países centroamericanos y antillanos. Estas experiencias han sido ampliadas y articuladas —teóricamente— con las investigaciones y análisis que he podido realizar en la actual década de los años setenta, tanto en países centroamericanos como Costa Rica, Honduras y Panamá, como en países andinos como Venezuela y Ecuador. Algunos de esos análisis y reflexiones están contenidos en los trabajos realizados como investigador visitante en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM (“Reforma agraria y desa-

1 Antonio García rehízo totalmente este ensayo bajo el título “Bolivia: Revolución y Contrarrevolución”, obra inédita que será publicada próximamente con un epílogo, escrito por uno de los ideólogos del Movimiento al Socialismo Boliviano (MAS).

rrollo capitalista en América Latina” y “El nuevo problema agrario de América Latina. Los casos de Venezuela y de América Central”), en el que se han reunido científicos sociales del más alto nivel crítico como Alonso Aguilar Monteverde, Fernando Carmona de la Peña y Jorge Carrión.

MI EXPERIENCIA EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO CHILENO

La radicación en Chile entre 1964 y 1970, me permitió conocer a fondo el proceso de movilización popular y los primeros pasos organizativos del campesinado, dentro del Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria del que formaban parte la Universidad Central, Naciones Unidas y el Gobierno. La intensa actividad del Instituto —al que pertenecían Solon Barraclough, Almino Alfonso, Paulo Freire, Plinio Sampaio, Hugo Zernmelman, Armando Mattelart— y en el que formaron su capacidad investigativa y crítica jóvenes científicos chilenos como Andrés Pascal Allende, Pedro Hidalgo, Alejandro Saavedra, Jorge Echenique y Jaime Gazmurri, no sólo se expresó en la posibilidad de un conocimiento sistemático de la totalidad de la estructura agraria chilena, sino en la participación en las tareas de capacitación del campesinado y de los cuadros profesionales que actuaron, desde los múltiples organismos de reforma agraria y desarrollo rural, hasta el momento de producirse el golpe fascista y el brutal derrocamiento del presidente Salvador Allende en 1973. Al mismo tiempo que la investigación de campo me dio la oportunidad de conocer por dentro al pueblo chileno —desde los valles norteños de Arica hasta la península de Chiloé— los debates intensos y permanentes realizados en ICIRA o en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile (al que asistían Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Marcos Kaplan, Claudio Véliz, Juan Somavia, entre otros), posibilitó la sedimentación de las preocupaciones conceptuales y la confrontación crítica de las maneras de ver los problemas estructurales de las sociedades latinoamericanas. Debe recordarse que en la década del sesenta, Santiago de Chile constituyó el más importante centro de concentración y asilo de la *ciencia social crítica*, exiliada de los países en que fueron instaurándose, paulatinamente, gobiernos militares reaccionarios o francamente contrarrevolucionarios. Del Brasil, de Argentina, del Paraguay, del Perú, de Bolivia, de la América Central, fueron llegando estos contingentes intelectuales que hicieron de Chile un foro de debate teórico de tan singular trascendencia latinoamericana como lo es actualmente México y en particular su universidad pública: en ese foro se hicieron presentes Sergio Bagú, Theotonio Dos Santos, Marcos Kaplan, Francisco Weffort, además de los anteriormente mencionados.

HACIA UNA IMAGEN TOTAL Y COHERENTE DE LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA

Dentro de este contexto histórico escribí varios libros sobre problemas del desarrollo latinoamericano —como *La estructura del atraso en América Latina* editado en Buenos Aires en 1967²— o sobre problemas específicos de reforma agraria y desarrollo rural, como *Dinámica de las reformas agrarias en América Latina* editado por ICIRA en 1968, *Reforma agraria y economía empresarial* editado en 1967 por la Editorial Universitaria de Chile, fundamentos de libros posteriores como *Sociología de la reforma agraria en América Latina* (editado en Buenos Aires por Amorrortu en 1973), *Reforma agraria y dominación social en América Latina*, editado al año siguiente también en Buenos Aires por la Sociedad Interamericana de Planificación y anteriormente por el Instituto de Estudios Peruanos.³

LA INFLUENCIA DE TRES GRANDES ACONTECIMIENTOS LATINOAMERICANOS

En estos libros —como en otros posteriores— se advertirá la influencia de tres grandes acontecimientos latinoamericanos: la Revolución Cubana, el gobierno de la Unidad Popular en Chile y la primera fase del gobierno nacional-revolucionario del general Velazco Alvarado en Perú. Desde luego, una visión de la reforma agraria en relación con los modelos políticos de desarrollo —tal como la di en el Seminario Latinoamericano de reforma agraria realizado en la ciudad peruana de Chiclayo, en 1971— hoy no sólo puede parecer exageradamente optimista y utópica, sino extraordinariamente lejana. Releyendo ese y otros ensayos contemporáneos, a mí también me han parecido optimistas y lejanos: pero eran, en 1971, una expresión de lo que estaba ocurriendo en América Latina y que sirvió, por cierto, para desencadenar esa articulada y metódica contraofensiva imperialista que sometió a bloqueo a la heroica Cuba, sustituyó al general Juan José Torres por el general Hugo Banzer en Bolivia, *desestabilizó* económica, política y militarmente al gobierno de la Unidad Popular en Chile —en la operación de mayor envergadura estratégica en el hemisferio—, promovió el derrocamiento del general Juan Velazco Alvarado por medio de un golpe interno dentro de las Fuerzas Armadas del Perú, derribó en el Ecuador a un tímido reformador social como el general Rodríguez

2 El Convenio Andrés Bello en el año 2006 publicó la 4ª edición de *La Estructura del atraso en América Latina* y la 1ª edición de *El Realismo dialéctico en la Historia*.

3 El Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, publicó en 1985 la primera reimpresión de *Modelos Operacionales de Reforma Agraria y Desarrollo Rural*.

Lara e inició la cadena de golpes militares que habría de conducir a Honduras desde la conciliación gubernamental con el ascendente movimiento campesino hasta su implacable desmantelamiento actual.

NUEVAMENTE EL PROBLEMA AGRARIO. LA REFORMA AGRARIA ESTRUCTURAL

Al Seminario de Chiclayo asistieron los estados mayores de la reforma agraria en Cuba, en Chile y en Perú, esto es, los países que habían emprendido audazmente el *nuevo camino*: de ahí que aún los representantes de los organismos de colonización y reforma agraria de los otros países latinoamericanos —incluyendo los más alérgicos no sólo al hecho de la reforma sino a su más simple enunciado formal como Argentina, Uruguay y Brasil— fueron asimilados por esta atmósfera triunfalista y convertidos, así fuese circunstancial y episódicamente, a la doctrina de que sólo las reformas agrarias estructurales, drásticas y profundas, tenían validez en las grandes luchas latinoamericanas contra el latifundismo y el subdesarrollo. En esto consiste el valor como testimonio de *Reformas agrarias y modelos políticos de desarrollo* y también sus limitaciones, si cualquiera de estos ensayos es leído fuera de su contexto histórico.⁴

LA SECUENCIA DE UNA LÍNEA DE CONDUCTA A TRAVÉS DE MI VIDA Y DE UNA MILITANCIA SOCIAL REVOLUCIONARIA

Ante una propuesta tan honrosa como la que me han hecho los compañeros Alonso Aguilar, Carmona de la Peña y Jorge Carrión —orientadores e impulsores de la Editorial Nuestro Tiempo, tan representativa del nuevo espíritu revolucionario de la América Latina y de México— he pensado si valdría la pena reeditar estudios, trabajos, investigaciones, formulaciones, que no sólo corresponden a otras fases y otros contextos de una historia tan sorprendente y tan acelerada como la de esta contemporánea América Latina, sino con los que, por lo menos en ciertas apreciaciones fragmentarias, hoy no me siento de acuerdo. Pero reflexionando sobre este hecho, llegué a la conclusión de que, en definitiva, de lo que se trata es de mostrar no la completa articulación lógica de un pensamiento, sino la secuencia de una línea de conducta a través de una vida y de una militancia social. En última instancia, esto es lo que cuenta, ya que este esfuerzo por mostrar descarnadamente la propia obra a lo largo de cuarenta años, constituye un acto de humildad de quien se siente un científico social y un mili-

4 Consúltese Antonio García, *Viabilidad Política de una Reforma Agraria de Inspiración Socialista Democrática (Socialismo Democrático y Reforma Agraria)*, CEDAL, San José de Costa Rica, 1981.

tante revolucionario, dispuesto siempre a aprender de las renovadas enseñanzas de la historia y a participar siempre, cueste lo que cueste, en las tareas de transformación revolucionaria de la patria grande que es América Latina.

Antonio García
Xochititla, Tepoztlán, 26 de agosto de 1978

Tercera parte

LA DEMOCRACIA Y LA CRISIS DEL CAPITALISMO*

¿CRISIS DE LA DEMOCRACIA O DE LA DEMOCRACIA BURGUESA?

En el área de los países capitalistas del mundo, es un lugar común el juicio de que la democracia está en crisis. Pero, *¿cuál* democracia? *He ahí el verdadero nudo del problema.* Hace un siglo los ideólogos comunistas se burlaban de la democracia, porque la identificaban con la carne y espíritu del sistema capitalista. Parecía como si la democracia no pudiese tener sino un solo apellido de clase: “la democracia burguesa”.

Las revoluciones nacionales y socialistas que modificaron la fisonomía política del mundo en el siglo XX y establecieron nuevas reglas del juego, introdujeron nuevos y originales esquemas de organización democrática. Es a partir de estas experiencias —tan enriquecidas por la praxis histórica— cuando se reelabora la concepción misma de *la democracia*, se afinan teóricamente las *nociones sectoriales de democracia* (en sus dimensiones económica, social y política) y se define *una concepción socialista de la democracia*. La concepción china de “democracia popular” o la concepción yugoslava de una sociedad fundamentada en la autogestión social y en la plena democratización del

* Este apartado forma parte del libro *Dialéctica de la democracia. Sistema, medios y fines: políticos, económicos y sociales* 2013 (Bogotá: Ediciones Desde Abajo).

poder político, son elementos polares de un proceso moderno orientado hacia la revisión de la teoría clásica sobre la democracia, la “dictadura del proletariado” y la organización estatal. En las concepciones chinas de “democracia popular”¹, se sustituye el concepto de “dictadura del proletariado”, por el de “República de la unión de las clases revolucionarias” (proletariado, campesinado, intelectuales y pequeña burguesía constituyen la fuerza principal del nuevo tipo de Estado democrático), característica de los países coloniales y semicoloniales enfrentados a un proceso de revolución nacional popular.

En la concepción yugoslava de democracia socialista², se integran los procesos de democratización del poder político (en la forma de un sistema pluralista de estructuras de participación popular en la conducción de la Federación de Repúblicas Yugoslavas) y de organización de una economía fundamentada en los principios de la autogestión social. “Con el desarrollo de las relaciones socialistas, dice Edward Kardelj³, debemos suponer que el mecanismo de la democracia burguesa clásica, tal como la conocemos, se transformará gradualmente en un sistema de democracia más directa, basado en la realidad de la vida. Entonces, los hombres no estarán motivados por su adhesión a tal o cual partido, sino por las actitudes que adopten de manera independiente y como trabajadores sociales conscientes, frente a los problemas concretos que le salgan al paso en la esfera social. Incluso dentro de tal sistema de democracia directa, la comunidad de ideas seguirá teniendo por resultado que los individuos se agrupen por la consecución de un objetivo común. Tales agrupamientos no tienen por qué asumir, necesariamente, el carácter de rígidas formaciones partidarias. Más aún: la diferencia esencial entre el mecanismo de la

1 “El proletariado, los campesinos, los intelectuales y la pequeña burguesía —dice Mao Tse Tung en “La Nueva Democracia China” (suplemento de *La China Popular*, Pekín, 1951; edic. colombiana, Bogotá, 1952, Edit. Centauro, p. 74)— constituye la fuerza principal que determinará el destino de la nación. Y estas clases, bien sea que hayan despertado o estén despertando, serán ciertamente elemento del Estado y del poder político de la República democrática china. La República democrática que nosotros queremos actualmente establecer, no podrá ser sino aquella en donde la dictadura es ejercida por la unión de todos los elementos antiimperialistas y anti-feudales. Es la “República de la Nueva Democracia”. La estructura del nuevo poder democrático ha descansado sobre el sistema de asamblea popular, desarrollándose en todos los niveles de la sociedad china.

2 *La práctica de la democracia socialista en Yugoslavia*, Edvard Kardelj, Los Marxistas, C. Wright Mills, Era, México, 1964, pp. 377 y ss.; *33 Questions, 33 Responses sur l'autogestion ouvriere en Yugoslavie*, Jugoslavija, Beograd, 1956, p. 95; (*Qu'est-ce que la democratie directe*) *Sur la dictature du prolétariat*, Jean-Paul Maryin, Quatrième Internationale, N° 2-4, París, 1953, p. 46.

3 La práctica de la democracia socialista en Yugoslavia, *ob. cit.*, p. 385.

democracia burguesa *indirecta* y el sistema de democracia socialista *directa*, reside en el hecho de que la democracia burguesa, aún en su forma clásica, afirma la autoridad centralizada del Estado, mientras que la democracia socialista, basada en la creciente autogestión social, representa la extinción gradual del Estado, concebido como instrumento político de una clase”. Lo original, en este enfoque, consiste en la *integración práctica* de las dimensiones o estructuras sociales, económicas y políticas de la democracia.

En el caso de la Revolución Rusa, ha sido evidente el conflicto entre la socialización de los medios de producción y la centralización del poder político en un tipo de Estado absolutista, administrado dictatorialmente por el Partido Comunista a nombre del proletariado. En la práctica histórica de la estrategia stalinista de desarrollo, el “centralismo democrático” se transformó en “centralismo burocrático” y la “dictadura del proletariado” entró a funcionar como una dictadura de la burocracia comunista. Semejante estructura no sólo ha servido para diferenciar Estado y sociedad en la Unión Soviética —retrasando los procesos de organización de una *democracia socialista*— sino para conservar un esquema de clases en el que la hegemonía política no la ejerce el proletariado industrial sino la “inteligencia” de las clases medias.

No han pasado aún treinta años de la época de esplendor del fascismo italiano, cuando una buena parte del mundo llegó a impregnarse psicológicamente de algunos de sus carteles de propaganda: el de la crisis de la democracia parlamentaria, el de la pérdida de toda vigencia histórica de la libertad, el de superación del capitalismo liberal por medio del Estado totalitario. Desde antes del fascismo, un sector del pensamiento católico más ortodoxo, diagnosticaba acerbamente la crisis de la democracia entendida como un sistema esencialmente inorgánico, sometido a los caprichos cuantitativos de la multitud y cuya deleznablez ha consistido en su falta de bases ontológicas. Pero a la historia no pasan los eslogans políticos sino los hechos: ni el Estado totalitario fue una superación del capitalismo —ya que sólo fue un capitalismo organizado sin democracia— ni la libertad perdió vigencia histórica, ni la crisis de la “democracia burguesa y parlamentaria” fue una crisis general de la democracia. Una vez más, era evidente que se tomaba una parte por el todo y que se confundía un *principio en desarrollo* con las especies o formas que puede adoptar a lo largo de la historia. Han bastado unos pocos años —menos quizá de los que son necesarios para ver transformarse a un hombre— para tener una perspectiva adecuada frente a los problemas que de algún modo se propuso agitar y deformar el fascismo. Hoy sabemos en qué consisten y cuál era su verdadera dimensión. E incluso es posible afirmar que

la derrota militar del fascismo no resolvió la crisis de la democracia capitalista, simplemente porque el capitalismo *ha dejado de ser un sistema económico favorable a la democracia*, particularmente en los países atrasados de América Latina, Asia y África. No se trata de negar que el capitalismo estimuló históricamente el desarrollo del *principio democrático* —dándole una categoría universal y definida en el progreso humano— ni de afirmar que la crisis de la democracia *en el capitalismo* es la crisis total de la democracia. Una cosa es la democracia como forma política dentro del capitalismo, otra cosa la democracia como principio, como sistema de vida cuyo desarrollo está articulado al proceso de creación de una nueva sociedad sin explotación colonial ni clases opresoras.

La historia ha convertido en polvo y en ceniza la gigantesca construcción teórica de los agitadores comunistas de hace un siglo o de los conquistadores fascistas de hace tres décadas. No era la democracia la que había hecho crisis, sino *una* democracia. Pero de todos modos, era tan fundamental entenderlo en el sentido de que el *principio seguía* en pie —en espera de un nuevo desarrollo en la historia— como en el de que había hecho crisis una forma burguesa de la democracia.

La llamada “democracia burguesa” ha dejado de *vivir* como una auténtica democracia, porque ha reemplazado la libertad económica por los grupos de poder y la cerrada construcción de los monopolios; porque ha matado la ética de solidaridad con la implacable moral de la ganancia privada, porque ha sustituido el principio del servicio por “el evangelio del éxito”; porque ha sacrificado la libertad al privilegio; porque ha vaciado y alienado la conciencia del pueblo por medio de los mecanismos de la publicidad y del control ideológico sobre los medios de comunicación de masas. Dentro de este marco histórico, la “representación popular” deja de ser un método de consulta para transformarse en una técnica de manipulación política de un *mercado electoral*, siguiendo las normas psicológicas que tipifican a la moderna sociedad de consumo. En el plano de la persona humana, la democracia burguesa ha invertido siniestramente el orden de los valores, imponiendo un grosero materialismo que consiste en avaluar a los hombres no por *lo que son* sino por *lo que tienen*. El materialismo capitalista ha convertido las *relaciones humanas en relaciones entre cosas negociables*, dando a todo lo que toca una franca u oculta naturaleza de mercado y sustituyendo toda ética de posesión excluyente de bienes. La crítica fundamental del marxismo al sistema capitalista radica precisamente en que abandona el destino el hombre a las fuerzas ciegas del mercado, en vez de perseguir la liberación del hombre por medio del control social de los medios productivos y la planificación del desarrollo económico. Una de las mayores sorpresas

para los historiadores del futuro, será la de encontrarse al cristianismo combatiendo por la causa del más corruptor de los materialistas éticos: el que está encargado en el sistema capitalista del siglo XX. La ética de Cristo vino al mundo como una ética de superación humana: esto es fácil de entender para quien se acerque ingenuamente al pensamiento de Cristo —San Francisco de Asís o Juan XXIII— y de los pocos cristianos que han tomado seriamente el papel transcendental de su doctrina. No se necesita siquiera ser cristiano para entenderlo. ¿Cómo entonces el “cristianismo contemporáneo” se ha convertido a una ética pagana que aminora o desconoce los *valores esenciales* del hombre y que sitúa la defensa de la propiedad en el mismo plano de sus altares? La respuesta sólo puede darse en el sentido de que el “cristianismo contemporáneo” —el que no ha sido transformado por los mensajes del Concilio Ecuménico— no tiene el espíritu desprendido de los bienes materiales porque ha intentado construir también su reino en este mundo.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA

La crisis de la democracia burguesa no reviste el mismo carácter en todas las áreas capitalistas del mundo: mientras en las más poderosas naciones imperialistas y en su constelación de naciones satelizadas esa crisis se profundiza y acelera —accionada por los conflictos característicos de todo sistema de poder a escala mundial— en las evolucionadas naciones del occidente europeo (particularmente Italia, Francia, Inglaterra, Suecia, etc.) se intenta superarla por medio de la apertura del Estado y de los cambios cualitativos en la estructura de la representación política. Desde luego, en este tipo de países en los que ha ido formándose una poderosa estructura de organización y movilización popular y en los que se ha modificado la correlación política de las clases (sindicatos revolucionarios, cooperativización de sectores de la economía nacional, partidos socialistas y comunistas), queda el interrogante de si por la vía de las transformaciones de la democracia política será posible llegar a la democracia económica y social, esto es, a la total abolición de la estructura burguesa de poder, a la modificación radical de las clases y de las relaciones sociales y a la socialización —total o funcional— de los medios productivos. La relación de fuerzas sociales existente en esos países occidentales de más elevada cultura política, se ha ido expresando en una cierta *independencia institucional* del Estado, en una ampliación de los principios de representatividad y en una clara definición de las reglas del juego. Dentro de este contexto, los problemas de la representación, de la participación, de la responsabilidad política, de las libertades, del

Estado de derecho, se ventilan y resuelven en niveles no conocidos en Estados Unidos y muchísimo menos en América Latina, Asia o África.

En Estados Unidos —el único país americano con verdadera y larga tradición democrática— la organización política ha tenido que sufrir la creciente influencia de tres interrelacionados fenómenos: la acentuada concentración y “conglomeración” de la economía, la formación de un poderoso complejo militar-industrial y la configuración de un sistema de capitalismo monopolista de Estado. Ninguno de estos procesos ha conllevado una racionalización de la vida política y social y antes bien — pese a la actitud pragmática y conformista del proletariado industrial y al inusitado auge de los patrones normativos de la *sociedad de consumo*— se han profundizado los conflictos internos y han aflorado, violentamente, los nuevos factores que están conmocionando y desgarrando el “sistema norteamericano de vida”. El análisis objetivo del actual proceso de la economía norteamericana, permite confirmar la teoría marxista acerca de la concentración y monopolización económicas (Lenin, Trotski, Rosa Luxemburgo, P. Baran, Sweest, Huberman, Mandel, etc.) así como el carácter apoloético de formulaciones como la de W. Rostow en *Etapas del crecimiento económico*. No sólo se ha acelerado la dinámica de las fusiones de todo tipo —horizontales y verticales— sino que se ha consolidado el diversificado aparato de los “conglomerados” (estudiados recientemente por diversos economistas latinoamericanos como Furtado, Sunkel, P. Paz, Fernando Carmona, A. Aguilar, etc.) y se ha efectuado una acelerada expansión de los procesos de monopolización en todas las esferas de la economía capitalista (producción, comercio, transporte, estructuras financieras, medios de comunicación colectiva, etc.).

El proceso de fusiones y la instalación de un sistema de capitalismo monopolista de Estado, ha promovido en América Latina una oleada de *liberalización económica*, una integración o asociación de firmas locales a los consorcios y conglomerados norteamericanos y una mayor dependencia de las oligarquías latinoamericanas a las modernas estructuras de monopolización económica. Mientras han ido ampliándose las formas del capitalismo monopolista de Estado en la nación hegemónica, la creciente liberalización económica en los países dependientes de la América Latina se ha orientado en el sentido de provocar el desmantelamiento defensivo del Estado, de sus órganos de gestión y de conducción económicas.

Finalmente, debe señalarse el efecto que sobre la economía y la organización política de la América Latina ha tenido la formación de un moderno complejo militar-industrial en los Estados Unidos y el papel que la economía de guerra desempeña en el ritmo de desarrollo y los recientes procesos de expansión externa.

Este hecho central explica tanto el aumento de la participación militar en la política externa de los Estados Unidos, como la decadencia de los programas de “ayuda no militar”, los tipos de “asistencia” norteamericana a las fuerzas armadas de la América Latina y el resquebrajamiento espectacular del *modelo kenediano de desarrollo* que inspira la creación de la Alianza para el Progreso.

Es dentro del marco de estos cambios operados en la nación hegemónica, que es posible comprender los actuales fenómenos de abolición o distorsión sustancial de los esquemas liberales de “democracia representativa” en América Latina, bien sea por medio de la instalación de gobiernos militares contrarrevolucionarios o de gobiernos civiles que aplican el principio de “absolutismo político y liberalismo económico” o de gobiernos populistas que no cuestionan ni intervienen las estructuras de dominación y dependencia. Uno de los efectos de la militarización de la economía norteamericana y de la estrategia de intervencionismo global en el mundo de posguerra, ha sido la carrera armamentista y la orientación de los aparatos militares latinoamericanos en tres grandes direcciones: *el alineamiento en el sistema político-estratégico de los Estados Unidos, la constitución de un cordón de seguridad frente a la Revolución Cubana y la aceptación de un papel eminentemente represivo y contrarrevolucionario.*

Los procesos de concentración económica, de penetración y consolidación de los consorcios y “Conglomerados” norteamericanos en las áreas neurálgicas del crecimiento de América Latina, de agotamiento y crisis de las estructuras características del capitalismo dependiente y de asoladora gravitación de los fenómenos que expresan esos desajustes estructurales —como la inflación y el desempleo— han precipitado y profundizado la crisis de los modelos tradicionales de “democracia política”, al agudizar el conflicto esencial entre la estructura oligárquica y colonialista del poder económico y la democratización del poder político lograda por medio de los gobiernos populistas de clases medias y la presión de las masas en las grandes ciudades metropolitanas. Sin embargo, es fundamental insistir en la importancia histórica de los cuatro países latinoamericanos que actualmente experimentan originales modelos de creación de nuevos tipos de Estados populares en América Latina, desmontando la estructura de la dependencia y del poder oligárquico: Chile, Cuba, Perú y Bolivia.

Ahora bien: ¿cuál es el futuro de los Estados absolutistas que habiendo demolido las estructuras de la representación democrática y habiendo dislocado transitoriamente la presión de masas (en ciudades que crecen a tasas del 5 o del 7% anual), han sido incapaces de resolver la problemática del desarrollo económico? ¿Hasta dónde podrán sostenerse esos Estados que por preservar las estructuras de dependencia y

dominación oligárquica, han barrido —en todo o en parte— las instituciones de la democracia política y han eliminado los mecanismos institucionales que harían posible los juegos de opinión, la participación de las nuevas fuerzas sociales y los cambios estructurales necesarios a la aplicación de una eficiente estrategia de desarrollo? El horror de las oligarquías —tradicionales o modernas— a la revolución popular, las ha llevado no sólo al abandono paulatino de los esquemas liberales de democracia política (negando todo aquello que había inspirado las Guerras de Independencia y los proyectos de Estado representativo), sino a la renuncia a una auténtica estrategia de desarrollo en cuanto ésta exige, perentoriamente, *cambios de estructura*. El dilema de última instancia a que han debido enfrentarse las oligarquías contraloras del poder en América Latina, ha sido el de *statu quo vs. desarrollo*: no es posible, económica y políticamente, aplicar una estrategia de desarrollo conservando el *statu quo*, ni es posible conservar el *statu quo* y aplicar una estrategia de desarrollo. De ahí que el problema no sólo consista en la abolición progresiva de las formas características del Estado representativo y la democracia política, sino en la incapacidad de emprender esa enorme tarea de movilización de recursos y energías en que consiste el desarrollo. La ecuación política es la de conservación absolutista del *statu quo* (estagnación económica). Este constituye el callejón sin salida de los gobiernos absolutistas y oligárquicos en América Latina. Se comprende así su espíritu colonialista y su estrategia defensiva fundamentada en los préstamos, la inversión directa y el apoyo político-militar de los Estados Unidos. Pero ¿hasta donde los Estados Unidos han de jugar sus relaciones con América Latina a la carta única de apoyar incondicionalmente los gobiernos absolutistas y oligárquicos de la región? “No parece haber duda —dice el sociólogo Jorge Graciarena— en que la mayoría de las oligarquías latinoamericanas está dispuesta a mantener a sus países en la situación de dependencia semicolonial en que se encuentran respecto de los Estados Unidos y a seguir proporcionándole un amplio margen de facilidades políticas, estratégicas y económicas. Esta buena disposición a reconocer las necesidades norteamericanas, a diferencia de lo que ocurrió en el pasado, ahora no basta por sí misma para producir una estrecha coincidencia entre sus diferentes intereses. Esta coincidencia resulta mucho más difícil de lograr, porque América Latina ha entrado en un proceso de cambio que impide que tal coincidencia pueda ser obtenida nada más que por mutuo acuerdo y concesiones recíprocas”⁴. Es evidente que

4 *Desarrollo y Política, Algunas consideraciones sobre dominación oligárquica y Alianza para el Progreso en América Latina, América Latina, Ensayos de interpretación sociológico-política*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1970, p. 300.

el límite del apoyo norteamericano a los gobiernos oligárquicos de la América Latina no sólo se define por los intereses de los “conglomerados” y consorcios que actualmente controlan las áreas neurálgicas del crecimiento latinoamericano, sino por las exigencias del sistema estratégico de defensas de los Estados Unidos. De allí que pueda operar una política de nacionalizaciones como la que se adelanta en Perú o la que se diseña en Chile, sin que se produzca una ruptura con el gobierno norteamericano: la razón se encuentra en el hecho de que ni la revolución nacional peruana ni la revolución popular de Chile se han alineado en un bloque estratégico contrario a los Estados Unidos. Chile o Perú representan —como también Cuba (pese a su adhesión defensiva al bloque soviético)— *un camino latinoamericano*, no adscrito a los bloques de poder que se disputan el dominio del mundo. En consecuencia, una “vía latinoamericana” no puede ser, por su misma naturaleza, ni antinorteamericana ni antirrusa, sino antiimperialista y anticolonialista.

Vale la pena examinar el problema de la vigencia histórica de los gobiernos de fuerza (en cuanto se proyectan como sustitutos de las revoluciones populares) a la luz de la propia experiencia latinoamericana. La dictadura del general Porfirio Díaz, en México, tuvo una duración de treinta años y pareció haber consolidado una estructura colonialista y señorial y un sistema fundamentado en el principio clásico “absolutismo político, liberalismo económico”. Sin embargo, no hubo estructura de fuerza capaz de contener la primera revolución nacional y social de la historia latinoamericana. Otro tanto ocurrió en Bolivia, donde el Estado era un aparato bajo el control directo de la aristocracia latifundista y la oligarquía minera. La revolución nacional de 1952 destruyó físicamente el aparato represivo y abrió las puertas del Estado a los campesinos, los obreros, el proletariado urbano, las clases medias, el estudiantado. El nudo del problema boliviano no ha consistido en que no hubiese quebrado la estructura de dominación, sino en que no supo proyectar la revolución nacional popular en el aparato del Estado y en la organización de una economía nacional no capitalista. En el caso de Cuba, la dictadura pretoriana del general F. Batista fue literalmente destruida —lo mismo que la estructura de dominación y dependencia— por el Ejército Rebelde de Fidel Castro, fundamentado en la alianza entre el campesino y una joven élite revolucionaria de las clases medias. Estas experiencias latinoamericanas demuestran varias cosas: a) que no existen aparatos de fuerza invulnerables, en cuanto estos intentan preservar las estructuras tradicionales de dominación y dependencia; b) que la revolución armada es la forma que adopta la revolución en los países sin alternativas institucionales y democráticas de cambio; c) que no existe estructura

de fuerza capaz de destruir y aplazar, indefinidamente, la revolución popular; una vez que los pueblos toman conciencia de su poder, de sus necesidades y de sus derechos políticos en la creación y conducción del Estado nacional.

La crisis de la democracia burguesa en América Latina sólo puede resolverse por la vía de la *revolución popular*, esto es, del acceso directo al Estado de las clases populares (proletariado urbano, clase obrera industrial, campesinado, estudiantado, clases medias). Carece de sentido hablar de “revolución proletaria” —de acuerdo a las formulaciones políticas de los movimientos trotskistas— y menos aun hablar de “revolución democrático-burguesa”, de acuerdo a las tesis oficiales de los partidos comunistas prosoviéticos en América Latina. El modelo de revolución democrático-burguesa no va más allá del que inspira la frustrada Alianza para el Progreso y cuyo arquitecto no fue la burguesía latinoamericana sino el presidente Kennedy.

Cada nación latinoamericana definirá *su* modelo de revolución popular, ya que la revolución es la expresión más original y auténtica de la historia de cada pueblo. Pero lo que constituye una especie de común denominador —como en la época de las Guerras Libertadoras— es el actual proceso de movilización de los pueblos, la rebelión de las nuevas generaciones y la formación de *un pensamiento*, de una capacidad reflexiva y crítica de la nueva “inteligencia” de América Latina. Son estos los tres ingredientes plásticos de la revolución popular, los que entran a operar en el contexto de una época —el decenio de los años setenta— en la que han dejado de existir la Iglesia y el Ejército como *cuerpos monolíticos* e incondicionalmente al servicio de las estructuras de dominación y dependencia. En la Iglesia y en el Ejército —como cuerpos sociales— se están proyectando los desgarramientos que sacuden a todas las sociedades latinoamericanas y también *los nuevos caminos* que se orientan hacia la creación de una nueva sociedad latinoamericana.

¿CRISIS O DERRUMBAMIENTO DEL CAPITALISMO?

Hace aproximadamente un siglo que algunos grandes teóricos comunistas —por desconocimiento de la naturaleza social y la dinámica de la crisis— han esperado la aplicación de su “teoría del derrumbamiento del capitalismo”, por el impacto combinado de las depresiones económicas y de las guerras. ¿Por qué, después de haber sufrido el capitalismo las más grandes y profundas depresiones —además de dos guerras totales— no ha funcionado la teoría del derrumbamiento? ¿Se demuestra que el sistema capitalista readquirió su curva de ascenso? No, creo que el problema no está en una vitalidad secreta del capitalismo, sino en un equivocado diagnóstico sobre la natura-

leza de la crisis del sistema. La verdad es que ni Marx ni Engels —ni posteriormente Lenin o Trotski— tuvieron oportunidad de estudiar dialécticamente el efecto de las depresiones cíclicas y de las guerras: y los economistas soviéticos que se ocuparon de las depresiones cíclicas, como Eugene Varga, debieron aceptar la teoría oficial stalinista del derrumbamiento. Los análisis clásicos del marxismo son generalmente exactos en cuanto a los *efectos negativos* de la depresión y de la guerra: la miseria, el despertar del espíritu revolucionario, la intensificación de las batallas de clase, la formación del “ejército de desocupados”. Pero la inexactitud, desde el punto de vista dialéctico, consiste en que no han estudiado críticamente la otra cara del problema: los *efectos positivos* de la depresión y de la guerra, en cuanto han significado un poderoso reto para el sistema. Así como Marx o Proudhon veían sólo la cara oscura de las crisis cíclicas, otros se han dedicado a ver solamente la cara optimista y positiva: la que considera las depresiones como un *mecanismo de desahogo* del sistema capitalista, por medio del cual elimina o reajusta las instituciones y elementos que no resisten el conflicto, la lucha darwinista en que “triunfa el más apto”. Este es el punto de vista de Werner Sombart en su obra clásica *El apogeo del capitalismo*.

He ahí, frente a frente, dos concepciones antitéticas: una que ve en las depresiones y en las guerras una *coyuntura de derrumbamiento del capitalismo*, otra que ve en ellas sólo un *principio de selección natural*. Lo cierto es que con ambos análisis es posible diseñar un punto de vista correctamente dialéctico, porque las depresiones y las guerras han tenido unos y otros efectos, los negativos y los positivos, los que minan el sistema y los que aportan nuevos recursos o mecanismos de subsistencia.

Precisamente lo que *ha aprendido* el capitalismo en las guerras y en las depresiones económicas es lo que nos explica el “*secreto*” de su *actual subsistencia*: ese aprendizaje no le ha servido para resolver el problema de su crisis histórica, del agotamiento de la curva de ascenso como sistema de vida para los países atrasados y dependientes del mundo, pero le ha dado una flexibilidad, un enriquecimiento de recursos políticos y sociales que no pudieron sospechar los teóricos liberales y comunistas hace un siglo.

Guerras y depresiones han servido para expresar y desatar los más enérgicos y revolucionarios conflictos, pero también para aprender a “manejarlos políticamente” y a someterlos a un régimen de ordenación institucional. Por el camino de los grandes conflictos armados se ha ido a la Revolución Rusa y a la Revolución China —los más decisivos acontecimientos del mundo contemporáneo— pero también se han descubierto nuevas estrategias y metodologías de revisión y

corrección del capitalismo, incluyendo la posibilidad del paso sin armas y sin sangre del capitalismo al socialismo, en países europeos (Inglaterra, Italia, Francia, Suecia) en los que la democracia política se sustenta sobre una amplia y moderna estructura de partidos revolucionarios y organismos de participación popular. Si esa experiencia llega a su culminación, demostrará que la *evolución consciente* es un sustituto de la *revolución armada*. Y un sustituto no menos revolucionario. “El gobierno por medio de la persuasión, escribía Laski en la Crisis de la Democracia, es invariablemente una aventura mucho más creadora que el gobierno por medio de la violencia”.

De la economía de guerra salió el concepto de planificación, que en muchos aspectos puede aplicarse parcialmente *dentro* de naciones capitalistas: cierta planificación de inversiones, planificación de una región geográfico-económica como la Hoya del Tenesse, planificación de servicios locales. Y esta planificación de los factores sociales, supone un mejor empleo técnico de hombres, energía, materias primas, capitales, recursos, por parte del sector público o del sector privado.

La organización monopólica del capitalismo y sus fuerzas de impulsión imperialista han conducido a las depresiones, a las guerras, a las grandes batallas sociales, y en última instancia a la eliminación de las formas políticas de la democracia representativa: *pero también* le han dado las llaves de un nuevo dominio: el de la organización de economías en gran escala, el de la técnica de integración de grandes unidades, el de la formación de conglomerados y empresas multinacionales. Todo esto es destrucción y construcción, desbarajustes y victorias. Muchos pasos atrás pero también algunos adelante.

La “economía de depresión” no ha sido menos creadora: en ella se formó el pensamiento del más grande economista del capitalismo contemporáneo, John Maynard Keynes, autor de la obra fundamental *Teoría General de la Ocupación, el interés y el dinero*, y propiciador de la llamada “política de pleno empleo”. Independientemente de los alcances del autor y de su teoría, su significado práctico es el de un aporte a *las posibilidades de racionalización y subsistencia* del capitalismo. Y eso mismo quieren decir las contribuciones doctrinarias de Joseph Schumpeter o de Alvin Hansen: no es que sirvan para desatar el nudo ciego de los conflictos, pero han hecho posible la formación de un tipo de capitalismo social, en el que se han combinado los mecanismos públicos y la iniciativa privada, los conglomerados multinacionales y el Estado que no es sólo una estructura de poder sino un embrionario aparato de servicios asistenciales. En Inglaterra, el laborismo —armado con teorías socialistas y con técnicas keynesianas— es un *sistema de transición*, en el que se hace posible la regulación de cierto tipo de mercados, la redistribución social del ingreso

nacional en forma de servicios y de inversiones. Por la presión de las fuerzas internas y de las grandes corrientes originadas en el sector socialista del mundo, el capitalismo se transforma socialmente para sobrevivir. Aún no sabemos cuáles son los alcances de esa transformación: pero lo que sí puede decirse es que ha evitado la rápida agonía del capitalismo.

DIMENSIONES DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO

De acuerdo a los anteriores enunciados, a la expresión “crisis del capitalismo” no se le atribuye un sentido catastrófico sino el de agotamiento de las posibilidades de un nuevo ciclo de superación histórica. No dramatizo las crisis hasta convertirlas en un callejón sin salida, ni las idealizo —a la manera de Werner Sombart— hasta atribuirles la categoría de *mecanismo de racionalización del sistema capitalista* o de “prueba histórica” por medio de la cual opera el principio de la selección natural.

En el examen de la naturaleza de la crisis, será necesaria la aplicación de una verdadera filosofía dialéctica: la que no se compromete con ningún cerrado determinismo, ni renuncia a su facultad de ver simultáneamente las caras positivas o negativas de los hechos, lo que destruye y lo que construye, lo que frena o lo que acelera, lo que precipita el descenso o lo que renueva y suministra nuevos principios de vitalidad. Este es el método de conocimiento histórico que nos permitirá entender en qué consiste la crisis del sistema capitalista y por qué esa crisis no es agonía.

Cuando hablamos de crisis del sistema capitalista, no estamos afirmando su agotamiento literal, sino el *agotamiento histórico de la curva de ascenso*. Estamos en presencia de un sistema todavía fuerte, pero cuyo balance actual da más pérdidas que adquisiciones o ventajas, en la triple esfera de la economía, la cultura y la organización política. ¿Pero cabe salir de esta encrucijada, cabe desatar este nudo de la historia contemporánea sólo adquiriendo una conciencia de esta dramática eliminación de posibilidades? ¿Puede afirmarse que si el capitalismo ha traspasado el punto más alto de su evolución, ya no tiene vigencia histórica? Sería, indiscutiblemente, la más ingenua de las hipótesis, ya que el *proceso de decadencia* —una vez pasada la línea histórica del cenit— es también un *proceso vital*.

Es necesario insistir en el hecho de que *la crisis es un proceso* y de que —a pesar de su apariencia y de sus leyes íntimas— carece de *sentido catastrófico*. La noción biológica del colapso nada tiene que hacer en el estudio de la sociedad, ya que las sociedades no *viven y mueren* como las personas físicas. Y bien, ¿en qué consiste esa crisis? Veamos sus expresiones económicas, políticas, culturales y éticas.

Desde el punto de vista económico, esa crisis del capitalismo consiste en que ha dejado de ser un sistema favorable a la mayoría de los hombres —pertenecientes a naciones, clases y razas explotadas del mundo— no empleando sus enormes recursos en resolver los problemas de bienestar y seguridad de todos los pueblos, sino en robustecer el poder económico, cultural y político de las grandes potencias imperialistas y de las minorías nacionales que controlan los recursos del desarrollo. Los desajustes del sistema capitalista están originados en el hecho de que no es una economía *para hacer mejor la vida humana* —sin discriminaciones de país o de clase— sino *para hacer mejor el mecanismo de rentabilidad de los capitales* y mejorar la acumulación de poder en las grandes potencias. Por esa causa, la mayoría de los hombres —no sólo en Asia, África, Oceanía y América Latina, sino en las regiones atrasadas de Europa, no pueden participar de los bienes de la cultura humana: esto es, forman parte de pueblos exiliados en el propio mundo que habitan. Y la eficacia de un sistema económico no puede medirse exclusivamente por el refinamiento de los mecanismos de rentabilidad y de poder, sino por la capacidad de satisfacer las necesidades del hombre y de dignificar su vida. El capitalismo logró su apogeo con la universalización de la economía y de la cultura tecnológica, pero llegó a *su punto muerto* al no adaptarse a las necesidades y problemas del “hombre universal”: el mundo podía ser considerado como mercado —en cuanto representa una capacidad de intercambio de mercancías y servicios— pero *podía tratarse solamente como un mercado*; el error del capitalismo ha consistido en subordinar todo concepto de *comunidad mundial* al concepto de *mercado mundial*.

Desde el punto de vista político, esa crisis ha tenido dos expresiones confluentes: una consiste en que el capitalismo *no ha creado un orden político universal después de crear un mercado universal*, vale decir, no ha constituido una autoridad que pueda desatar los conflictos internacionales de la economía capitalista, como economía conflictiva de competencia y de poder. La otra fase de la “crisis política” es la que se refiere a la mediatización de las formas representativas y democráticas que no son compatibles con la economía de privilegio: o el capitalismo monopolista destruye a la democracia política como sistema de representación popular auténtica y libre, o la democracia política destruye al capitalismo monopolista, especialmente en el ámbito de los países atrasados y dependientes.

Hace mucho tiempo que este dilema ha dejado de ser puramente teórico —como en el momento de formularse por las mejores inteligencias del socialismo, de Laski, Cole, a J. Strachey, M. Dobb y Paul Baran— para convertirse en un problema cotidiano de la praxis histórica. Por no haberlo comprendido la “república popular” alemana

de Weimar, fue reemplazada por una dictadura totalitaria, dando al capitalismo monopolista *su propio y adecuado sistema político*.

En el orden político internacional, el capitalismo conserva el sentido más restrictivo de la nación como una muralla contra el mundo, por lo mismo que sus intereses no son los de un socio sino los de un competidor. Dentro de esta sociedad de naciones, ¿puede existir “un orden mundial”? No, porque ese orden exigiría la creación de un Super-Estado que allanase o subordinase el poder individual de todas las naciones. No es por ese camino que se ha buscado la constitución de un “orden político mundial”, sino por el antiguo camino maquiavélico del absoluto predominio de una gran potencia o por el reparto del mundo entre grandes potencias. Es el rumbo que tomó Inglaterra hace un siglo; el que guió la política del nazismo alemán; y el que hoy preside la lucha de las superpotencias. Pero ya el “orden mundial” no puede establecerse por la vía del predominio total de un Estado, porque ya no es históricamente posible un orden al estilo de la *Pax Romana*: todo puede hacerlo una técnica poderosa al servicio de un gran imperio, menos volver la historia hacia atrás.

Existe otro aspecto de la crisis del capitalismo como sistema político: el de que, después de acoger las tesis sobre regulación jurídica de la vida internacional —como comunidad de naciones iguales— haya regresado a las épocas de simple legalización de los sistemas de fuerza. No es justo afirmar que “la política de poder” —propia de los Estados absolutistas de hace dos y tres siglos— sea una política enteramente superada por el nuevo orden mundial. Es cierto que existe la Organización de las Naciones Unidas y que esa organización es una conquista humana, una estructura defensiva de los países débiles y un reconocimiento de que el mundo aspira a vivir como una comunidad sometida a reglas de derecho: pero también es cierto que dentro de esa estructura se reproduce la sorda lucha por el predominio del más fuerte.

Desde el punto de vista moral, esa crisis del capitalismo se revela en el hecho de que todas las antiguas aspiraciones humanistas han quedado aplastadas por un implacable materialismo ético, que no sólo tasa monetariamente todos los valores, sino que ha ido matando en el hombre los tres resortes de su vida moral: el sentido de servicio, la necesidad de realizarse solidariamente y el anhelo de superación como especie. Si el capitalismo trata a los hombres como cosas, ¿pueden los hombres crearse una ética superior a su propia vida?

Desde el punto de vista de la cultura, la crisis se expresa en el hecho de que no ha ido ampliándose el área mundial de países y clases que pueden beneficiarse con los mejores aportes culturales del capitalismo, en razón de que la cultura funciona como un simple mercado.

Los “países atrasados” no solamente son los que están atrás en el proceso de difusión de la cultura de Occidente, sino los que carecen de posibilidades e instrumentos de difusión y asimilación de esa cultura. Dentro de este panorama, el hombre aparece como un ser culturalmente frustrado porque lo importante no es que existan las condiciones materiales para el desarrollo universal de la cultura, sino que todos los hombres puedan utilizar esas condiciones en la medida de su propia capacidad. Hay una sola manera de que las conquistas del arte, de la filosofía, de las ciencias, de la técnica, sean conquistas del hombre: cuando *se incorporan* a su propia vida y la han impregnado hondamente. Sólo en esto puede consistir la *asimilación humana* de la cultura: no en que todos los hombres sean como Miguel Ángel o Watt sino en que los hombres que tengan la facultad de Miguel Ángel o Watt dispongan de todos los medios para serlo. Realización del hombre, en todo lo que es: en eso consiste el objetivo final de la socialización de la cultura.

ESQUEMA DE LA CRISIS DEL CAPITALISMO

No es mi intención la de profundizar en ninguno de los aspectos del esquema, ni en otros nuevos, siendo la vida del hombre infinitamente rica en problemas: mi tarea no es la de perderme en un análisis exhaustivo de los factores que acompañan una crisis —cambiando la perspectiva del bosque por la visión analítica de los árboles— sino la de fijar sus contornos históricos, hasta donde sea críticamente posible. Tengo plena conciencia de una obligación frente a la historia: la de nunca perder la perspectiva del bosque y el móvil horizonte de las épocas. Esta será la mejor adquisición de toda filosofía de la historia.

En desarrollo de esta necesidad de hacer esquemas, bien podemos efectuar un escrutinio final: el de todos aquellos aspectos fundamentales del capitalismo que se hayan convertido en *principios de crisis*. No es una nueva exploración del mundo tal como lo hemos visto, sino un escrutinio de los factores determinantes de la crisis:

I. En el sistema capitalista se aplica el concepto darwinista de la “lucha por la vida”: su error consiste en considerar como principio selectivo y de mejoramiento social el de supervivencia o predominio de los más fuertes. El sentido de “competencia biológica” aplicado a la economía, es la negación de los conceptos de justicia y de cooperación: justicia es todo lo contrario de dar según el poder de cada uno, y cooperación no es subordinación de los débiles a los fuertes.

II. El sistema capitalista se basa en la competencia entre pequeños o entre grandes: la economía de monopolios o de oligopolios

no modifica esta actitud esencial, sino que transfiere la competencia del campo de la cantidad al de la calidad, de la lucha dispersa entre millones de personas débiles al de la lucha centralizada entre centenares de personas fuertes. La competencia capitalista siempre lleva envuelto un principio de *no cooperación*: por eso conduce a la *agresión y al desorden*: la agresión es el camino político para imponer unos intereses con exclusión forzosa de otros; el desorden es la incapacidad de someter a un plan o a una integración diversos intereses en concurrencia.

III. La agresión y el desorden suponen un gigantesco desperdicio de bienes y energías, en un mundo que no se ha emancipado económicamente: mientras la mayoría de los pueblos del mundo no han conquistado niveles humanos de bienestar, el capitalismo realiza la práctica malthusiana de mantener en desempleo —o en empleo inadecuado, que es sólo una forma relativa del desempleo— grandes reservas de capital, materias primas, alimentos, energías naturales y tierras.

IV. El desorden de la producción capitalista —en relación con los medios de compra de las naciones y clases trabajadoras del mundo— ha ocasionado las depresiones del ciclo económico: y las depresiones cíclicas tienen como expresión de mayores alcances políticos el *paro forzoso*, la desocupación absoluta y creciente de hombres: el porcentaje de población desocupada tiende a ser mayor en cada nueva depresión del ciclo universal.

V. El capitalismo no es favorable a la mayoría de los hombres, pertenecientes a naciones, razas y clases débiles: no se explica el que haya hombres fuera de las posibilidades de beneficio de la cultura humana, si es que toda cultura es una adquisición trascendental y universal del hombre.

VI. No obstante la continua multiplicación de medios de comunicación e intercambio entre todas las regiones del mundo —situándolas en el mismo universo de posibilidades— aún es pequeña el área de países y clases que han incorporado las adquisiciones culturales del capitalismo a su sistema de vida. Los países atrasados que mejor asimilan esas conquistas son aquellos que han dado una estructura socialista a su economía. El empleo de energía natural en el accionamiento de máquinas, la organización científica del trabajo y el pensamiento racional, son factores culturales que apenas conoce y asimila un pequeño circuito del mundo capitalista.

VII. El capitalismo ha malversado las enormes posibilidades de investigación científica de la naturaleza, de la sociedad y del hombre, en busca de una verdadera emancipación humana: aun cuando la física nuclear conocía la ecuación de Einstein, sólo los objetivos de

guerra determinaron la inversión de 10.000 millones de dólares en el descubrimiento de la técnica de desintegración del átomo. La investigación científica no está respondiendo las más vitales demandas de la necesidad humana, precisamente por cuanto el capitalismo no estimula sino las investigaciones comercialmente rentables o militarmente necesarias.

VIII. El capitalismo no sabe utilizar la totalidad de sus grandes experiencias políticas: la guerra le enseña a organizar el Estado como una empresa racional de servicios y a planificar la economía pública, y abandona esas conquistas en la paz, desmantelando su propia organización para el trabajo y el servicio.

IX. El capitalismo ha creado un mercado universal pero no le ha dado *un orden político*, un sistema de dirimir los conflictos sin necesidad de los recursos de fuerza: de ahí que la guerra continúe siendo *la política de última instancia*: esta es la verdadera herencia de los hijos de Edipo, la que consiste en tener que dirimir con el hierro todos los conflictos.

X. El capitalismo es un sistema que excluye la cooperación de clases, ya que *subordina* las clases débiles al poder económico de las fuertes, condicionando su capacidad y sus derechos a la situación del mercado de trabajo: en este régimen, el reconocimiento de las facultades y derechos del hombre —al bienestar, a la seguridad, a la cultura, a la participación en la dirección política— depende de una condición económica como es la de ser propietario de capital. Como es obvio, la subordinación basada en la debilidad económica y en las necesidades insatisfechas de los grupos humanos no propietarios, no conduce a un sistema de “cooperación de clases”, sino de “lucha de clases”: el concepto de que es en la economía capitalista en la que residen todos los factores de la lucha de clases —y no en la teoría revolucionaria de Marx, Proudhon o Bakunin— se reafirma con el hecho de que las clases capitalistas no alteran las remuneraciones del trabajo o las condiciones de vida y seguridad de los trabajadores, sino en *virtud de las luchas políticas o sindicales libradas por éstos*: es una verdad histórica la de que el *progreso social* —medido en niveles de salarios, en organización de la seguridad social, en mayor acceso a las vías de la cultura— no es el producto de las concesiones graciosas y del sentido de justicia de las clases altas, sino la dura conquista ganada en siglos de lucha por las clases trabajadoras. La existencia del “derecho de huelga” demuestra que las relaciones de clase en la sociedad capitalista no son relaciones de cooperación, sino relaciones de fuerza.

XI. El capitalismo encarna la más irrefrenable tendencia materialista, puesto que trata a los hombres como cosas y sustituye la moral

de ayuda y servicio por la moral de lucro: si el hombre no es el fin de la actividad económica y política, de la cultura y de la moral, no sólo ha desaparecido la base de todo idealismo ético, sino de toda política o concepción humanista de la vida.

XII. En la lucha por influir y orientar la mentalidad de los pueblos, el capitalismo ha reemplazado el pensamiento por la propaganda, las tesis racionales por los eslogans que destruyen o petrifican las facultades de raciocinio.

XIII. El capitalismo ha envilecido la cultura —sobre todo en sus más altas manifestaciones de arte, filosofía y ciencia— situándola detrás de la cortina deformante del mercado: la existencia misma de un mercado del arte o de las ciencias supone una doble frustración, la de la cultura y la del hombre: si el mercado define en última instancia el valor de las obras de cultura, el artista o el científico no podrán apartarse de las normas o los ideales que impone el mercado: por un heroico Gauguin que debe exiliarse a vivir como los primitivos en una isla —para salvar su independencia artística— miles de pintores deben subordinarse a la estética de las clases ricas.

XIV. El capitalismo ha forjado *un sistema de seguridad* para las clases no propietarias, el que consiste —como lo ha expresado Clement Attlee— en sacrificar el presente para construir una pequeña y endeble fortaleza de seguridad personal en el futuro: no habrá *sistema de seguridad social* mientras los riesgos que comprometen la vida y la capacidad de trabajo de todos los hombres no sean cubiertos sin sacrificio del bienestar presente.

XV. En un sistema en el que la propiedad ocupa el trono de su vida institucional —rodeada por un cinturón de garantías jurídicas y supersticiones sociales— sólo una minoría de la sociedad está compuesta por propietarios. Si la propiedad no se ha universalizado, echando raíces en los intereses de todas las clases, no puede aspirarse a que el reinado de la propiedad individual tenga vigencia cuando los electores no propietarios adquieran conciencia de sus intereses y responsabilidad en el ejercicio del sufragio. La debilidad del sistema capitalista reside en que, manteniendo la propiedad como un privilegio de clase, aspira a que los débiles continúen dando sus votos y su sangre por la defensa de un *derecho exclusivo* de los grupos dominantes.

XVI. El capitalismo mantiene la moral maquiavélica de que “el fin justifica los medios”: este es el principio que preside los conflictos entre las naciones y los conflictos entre las clases. Si no *hay medios adecuados a los fines*, la cooperación entre clases y naciones se reduce a una estrategia de engaño: este es el más terrible principio que aprendió Marx de Maquiavelo y que tomó el nacional-comunismo del capitalismo.

XVII. En cinco siglos de vida política, el capitalismo no ha emancipado al hombre entendido como conciencia individual: el “individualismo” carece aún de sentido histórico, puesto que ha negado a la mayoría de los hombres la facultad de *realizarse individualmente*. Por una dramática paradoja —ya que la paradoja no es sino la expresión literaria de un conflicto dialéctico— en una *sociedad individualista* los pueblos son *formaciones gregarias* y la *individualidad* no puede realizarse por regla sino por excepción: en esta tesis se apoyaba Wilde para afirmar que al verdadero individualismo no podía llegarse sino por la vía del socialismo.

XVIII. El capitalismo ha sido ortodoxante individualista en el reparto de las ganancias, pero ha empleado una política de socialización de las pérdidas y los sacrificios.

XIX. El capitalismo ha dejado de ser favorable a los ideales de la representación popular y de las libertades políticas: la razón se encuentra en el hecho de que las clases ricas —o más estrictamente, las oligarquías que se forman dentro de esas clases— no arriesgan ni juegan sus intereses económicos ni sus privilegios sociales, poniéndolos en manos de otras clases que, no teniendo sus intereses ni privilegios, constituyen “el poder de la mayoría”. La estrategia de las clases ricas se ha orientado, en los últimos años, hacia este objetivo: neutralizar o desbaratar “el poder de la mayoría” por medio de la coerción psicológica, de la corrupción o de la fuerza. La coerción se realiza por medio de una propaganda impulsada por todos los resortes de la vida social y que opera sobre la psicología primaria y desarmada de un hombre sin factores culturales de resistencia. La corrupción y la fuerza son recursos estratégicos que el mundo ha tenido la oportunidad de conocer a través del capitalismo liberal o del capitalismo totalitario.

La gravedad de este conflicto consiste en que el capitalismo no puede escoger: si *deja hacer* a las tendencias que persiguen la formación política de los electores y el perfeccionamiento de los sistemas de representación popular, el desenlace es el socialismo chileno, incorporado a la vida nacional por el camino del sufragio libre. El otro camino —el de la conservación pura y simple— no puede recorrerse sino con un pueblo mudo, sordo y ciego: esto es, con la anulación —grande o pequeña, al final se llega a la misma encrucijada— de la democracia representativa y liberal. Como es claro a la inteligencia más lerda, este no es un problema de “simpatías ideológicas”, sino un problema de conservación del capitalismo como sistema universal o como sistema de algunas regiones del mundo. Si Europa y Asia están viviendo o empiezan a vivir dentro de *un mundo no capitalista* —de un carácter u otro— quiere decir que el problema de supervi-

vencia del capitalismo, *como sistema regional*, agrava aún más las dificultades para resolver este conflicto y para enfrentarse a una doble línea de presiones: la interna, originada en las competencias y luchas de las naciones y clases subordinadas, y la externa, alimentada por la competencia con sistemas de vida que no admiten los principios del lucro individual, la libertad económica y el Estado como órgano de una clase privilegiada.

Diego Montaña Cuéllar

**LOS PROBLEMAS
ESTRATÉGICOS Y TÁCTICOS
DE LA REVOLUCIÓN EN COLOMBIA**

**(TESIS EN DISCUSIÓN, SOMETIDA AL COMITÉ
EJECUTIVO DEL PC DE COLOMBIA)***

I.

El cumplimiento de las tareas que impone la Revolución Agraria Antiimperialista no es un problema de un partido o de una clase, ni únicamente del proletariado, sino de todo el pueblo, entendiendo por tal el conjunto de clases que lo constituyen: los trabajadores obreros asalariados, los campesinos asalariados, los campesinos aparceros, los artesanos urbanos y rurales, los asalariados de la producción de servicios, los pequeños comerciantes, los pequeños y medianos propietarios agrícolas, los pequeños y medianos industriales, y los industriales no ligados al imperialismo.

Las tareas de liberación nacional forman un todo con la revolución agraria y se hallan insertas en la revolución proletaria mundial, iniciada por la revolución de octubre, que abre la época del paso del capitalismo al socialismo.

El problema en Colombia no es tanto de conocimiento teórico de la ciencia revolucionaria contenida en el marxismo-leninismo, como de su aplicación práctica al estudio de las condiciones

* Este texto fue publicado originalmente en . “Cuaderno N°2” del periódico *Hora Cero*, enero de 1968.

histórico-concretas de la realidad nacional y el hallazgo de las formas estratégicas y tácticas que permitan unificar las fuerzas de la revolución.

El problema de la revolución colombiana no radica en la fortaleza de las clases dominantes, inferiores cuantitativa y cualitativamente y destituidas de posibilidades históricas, sino en la dispersión y anarquía de las fuerzas llamadas a derrocarlas, empeñadas en una lucha vana por la hegemonía, que sirve más a las clases explotadoras que a la revolución misma.

La clave para resolver este problema fundamental está en la unidad, construida sobre la lucha dialéctica que depure las fuerzas revolucionarias de las tendencias oportunistas generadoras de ilusiones pequeño-burguesas, en el perfeccionamiento reformista del sistema oligárquico-imperialista, y de las tendencias anarquistas que impiden la planificación y la organización al nivel del carácter prolongado que la lucha tiene en nuestro país.

El deber de todo revolucionario es salir al encuentro de las contradicciones internas para superar las divergencias que impiden unificar las fuerzas destinadas a conducir la revolución.

II.

El fin del imperialismo y la marcha hacia la conquista definitiva de la libertad y el bienestar de nuestro pueblo, rompiendo las cadenas de la dependencia, se presentan como una perspectiva concreta de trabajo y de lucha. Las posibilidades efectivas de vastos éxitos y de grandes progresos en esa dirección se hacen evidentes.

En Colombia, cuatro veces se ha presentado a nuestras puertas una situación revolucionaria y ahora estamos viviendo la más clara y definida, en el sentido leninista del concepto.

I.

Una situación revolucionaria se define cuando se reúnen los cambios objetivos señalados por Lenin:

Para la revelación no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de vivir como antes y reclamen cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir ni gobernar como antes. Sólo cuando las “capas bajas” no quieren lo viejo y las “capas altas” no puedan sostenerlo al modo antiguo, solo entonces puede triunfar la revolución.

En otros términos, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis general que afecte a explotados y ex-

plotadores...”¹. En la creación de una situación revolucionaria obran factores internos y externos: los factores internos son determinantes. Las revoluciones no se hacen por encargo; sin la decisión y la acción insurgente del pueblo contra el orden social y sus condiciones de vida, no es posible ninguna revolución.

Los pueblos se levantan solamente al impulso de móviles profundos que nacen de sus condiciones sociales, los cuales no pueden crearse desde fuera, ni dictarse para satisfacer deseos subjetivos.

La presencia de factores externos obedece a que en nuestra época todas las revoluciones tienen un carácter nacional en cuanto derivan de una crisis nacional concreta, al mismo tiempo que un carácter de lucha de clases trascendente de los límites nacionales. El Internacionalismo proclamado por Marx, no es un principio abstracto: es el reflejo político y teórico del carácter mundial de las fuerzas productivas y de la lucha de clases, creado por el desarrollo del capitalismo en su fase imperialista.

La situación revolucionaria es el conjunto de condiciones objetivas que preceden a una revolución. No es la revolución misma, entre ella y el asalto revolucionario al poder media un proceso. No todas las situaciones revolucionarias desembocan en la revolución. Algunas terminan en contrarrevoluciones o desviaciones del curso histórico revolucionario.

El desencadenamiento de la guerra mundial de 1914 a 1918, hizo entrar a la humanidad y en particular a los países capitalistas de Europa en una situación revolucionaria. Pero esta situación no provocó la revolución sino en Rusia que era, dentro de la situación objetiva revolucionaria general, el país donde se acumulaban las mayores contradicciones históricas. Rusia se encontraba en retardo de una revolución burguesa y al borde de una revolución proletaria. Mientras otros partidos europeos se equivocaron, Lenin vio claro y forjando las condiciones subjetivas en ese formidable instrumento que fue el partido bolchevique, creó el medio para el asalto a la fortaleza del poder del Estado.

Esta experiencia demuestra que, en general, no basta que la “revolución esté al orden del día”. Para que se produzca la ruptura que las clases dirigentes sean incapaces de soldar, es preciso que por sobre las condiciones objetivas determinantes, exista una fuerza sobre-determinante, capaz de realizar la acumulación de circunstancias y corrientes, y fusionarlas en una unidad de acometida que las clases dirigentes y su aparato de fuerza sean incapaces de resistir.

1 Lenin “Enfermedad Infantil del Izquierdismo en el Comunismo”, *Obras Escogidas*, t. IV, p. 313 (Ed. Lenguas Extranjeras), Moscú, 1944.

2.

En Colombia hemos tenido situaciones revolucionarias sobre la base de la crisis general que afecta desde 1945 a explotados y explotadores; de la decisión y acción de las masas populares de no seguir tolerando el pillaje de las clases oligárquicas; y de la imposibilidad en que se encuentran estas de sostenerse al modo antiguo con las instituciones que habían servido de marco a la vida social.

a. Primera etapa. Se inicia dentro de la crisis en que estallaron las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Término de la era ascensional del capitalismo ordenado, austero, con exigente moral y comienzo de la época del capitalismo monopolista de grandes asociaciones industriales y financieras que capturan abiertamente y sin escrúpulos la actividad económica y la actividad política. Políticamente se expresa en la crisis que condujo a la derrota de la “República Liberal” (inspirada en la República Española) y el regreso de la reacción conservadora (revestida con el ropaje del fascismo que le prestó el falangismo español.

De la contradicción entre las masas populares y los partidos políticos tradicionales (liberal y conservador) que las explotaban, surgió un movimiento popular contra las oligarquías, la corrupción política y el estado de castas y grupos privilegiados que capitaneó el gran caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán, de ideología socialista, aunque no rigurosamente marxista. A pesar del triunfo electoral del conservatismo, el movimiento Gaitanista movilizó el “país nacional” de campesinos y obreros contra el “país político” y controló, una a una, las corporaciones públicas de elección popular. Entonces, mediante un aparato represivo reclutado entre homicidas y reos y organizado por técnicos españoles de la falange, se inició una sangrienta acción terrorista, encaminada a destruir los cuadros dirigentes y los contingentes electorales de la oposición. Gaitán fue asesinado en las calles de Bogotá el 9 de abril de 1948, en momentos en que se reunía la Conferencia Panamericana para constituir la OEA y planear la intervención abierta del imperialismo en la vida política, económica y social de Latinoamérica.

Ante el asesinato de Gaitán, las masas populares se insurreccionaron en todo el país; gobiernos revolucionarios populares se constituyeron en la mayoría de los municipios y capitales de provincia. Sólo en Bogotá se mantuvo el poder presidencial prisionero del asedio popular y desprovisto de respaldo en su propia policía y en el ejército que se mantuvo perplejo, a la expectativa. En el momento decisivo faltó la fuerza dirigente y aglutinante que condujera la ira de las masas hacia el asalto final. El PC no tenía audiencia entre las multitudes

alzadas por haber estado en lucha contra Gaitán, influido por el Browderismo que creó las utópicas esperanzas en la colaboración de clases, a escala nacional e internacional.

Las masas populares entregadas en Bogotá a la embriaguez de su instinto destructor, sin dirección ni capitanes, dieron tiempo para que las capas dominantes “sellaran la unión sagrada”, para establecer “el orden”, con el apoyo de la embajada norteamericana. Esta situación revolucionaria terminó en violenta represión popular por un gobierno burgués de “unión nacional” liberal-conservador.

b. Segunda etapa. Esta segunda etapa de situación revolucionaria se desprende de la violencia represiva que siguió a los sucesos del 9 de abril de 1948.

Intimidadas las masas urbanas, dividida la clase obrera, con tácticas minuciosamente copiadas del falangismo español y del hitlerismo, la violencia se lleva a las provincias campesinas económicamente más débiles y culturalmente más atrasadas. Miles de campesinos son asesinados en actos de provocación para despojarlos de sus tierras y posesiones. Genocidio de poblaciones enteras, destrucción de sembrados, incendios de casas y haciendas, violaciones y mutilaciones de las personas, describen la cobarde guerra del Estado Fascista contra los campesinos inermes que en diez años deja un saldo de 300.000 muertos.

La masacre de miles de familias determina la insurgencia de grupos armados guerrilleros en los Llanos Orientales, el Tolima, Santander, Antioquia y las márgenes del Río Magdalena. Pero las guerrillas orientadas por un sentimiento puramente liberal carecen de coordinación, organización e ideologías revolucionarias. En el momento en que hubiera sido determinante la educación política, los dirigentes revolucionarios permanecieron en las ciudades. Surgen disputas y celos en los comandos guerrilleros, aparecen divisiones internas estimuladas por el enemigo, se incurre en errores sectarios. Sin embargo el régimen resulta impotente para dominar las guerrillas y cuando se proponía institucionalizar en una carta constitucional la orientación fascista de su ideología, es derrocado por un golpe militar.

c. Tercera etapa. La tercera etapa de situación revolucionaria comienza cuando se descorre el velo que cubría las falsas promesas de “paz, justicia y libertad” hechas por el régimen militar. Cuando la mayoría de los grupos guerrilleros habían entregado sus armas y disuelto sus organizaciones, bandas de forajidos armados reanudan el negocio de despojo violento de los campesinos y de apropiación de las cosechas y ganados. En el sur del Tolima y en la región de Sumapaz (Cundi-

namarca) una nueva guerra es desencadenada para arrebatarse a los campesinos posesiones en tierras baldías. La lucha guerrillera renace, esta vez con orientación política revolucionaria impulsada por el Partido Comunista. El ejército regular lanzó violenta ofensiva contra los campesinos armados en el período de noviembre de 1954 a mayo de 1955. La ofensiva fracasa en razón del amplio respaldo popular campesino. Contra la región denominada Villa Rica se ejecuta una fuerte operación militar con artillería y bombarderos. Millares de familias ametralladas, perseguidas y bombardeadas, inician su éxodo a las cumbres nevadas. Sin embargo las guerrillas no pudieron ser vencidas. La violencia llega nuevamente a las ciudades, donde la resistencia a la dictadura militar crece. Una nueva situación de insurgencia general se organiza, pero dirigida por elementos civiles de la alta burguesía que había entrado en contradicciones con el régimen militar.

Tras las banderas de la “concordia política” y del “restablecimiento del orden constitucional”, destruido en 1948, la oligarquía arrastra a estudiantes, obreros, comerciantes e industriales. Una huelga general iniciada por los patrones dio por tierra con la dictadura militar debilitada por la súbita baja de los precios del café y por la pérdida del apoyo del imperialismo norteamericano.

El “Frente Nacional” oligárquico, conjunción de las altas capas burguesas, crea el sistema bipartidista conservador-liberal, que se alterna cada cuatro años en la presidencia de la República, se reparte las cámaras legislativas, el ministerio ejecutivo y el órgano jurisdiccional, paritariamente.

La creencia equivocada en la posibilidad de obtener cambios fundamentales en la estructura social, dentro del falso y amputado régimen civil instaurado por el frente oligárquico, así como los anhelos de paz del pueblo colombiano, deseo de salir de la tenebrosa época de la violencia, marcaron la orientación reformista trazada en el VIII Congreso del PC, reunido en 1958.

El Congreso señaló la errada vía del reformismo pacífico considerando que “podrían abrirse perspectivas para el desarrollo por la vía pacífica de las luchas por las transformaciones fundamentales que exige la crisis de estructura económica y política de Colombia...”².

Esta línea condujo, por una parte, a desmovilizar a las guerrillas orientadas por el Partido que se desplazaron con sus organizaciones a zonas despobladas donde formaron unidades de trabajo agrícola pacífico, y por otra, a la elaboración del concepto “autodefensa de masas”, para la mera acción defensiva, con base en la tesis de que “a diferencia de las fuerzas reaccionarias, el pueblo no amenaza con la violencia ni

2 PC de Colombia: “Declaración Programática del VIII Congreso del PC”.

con la guerra civil. Pero tiene que prepararse para responder adecuadamente a las clases dominantes cuando estas se lanzan definitivamente a gobernar por medio de la violencia y el terror”.³

d. Cuarta etapa. Una etapa cualitativamente nueva se inició dentro de la crisis general del pueblo colombiano: en 1959 se produce la inesperada y maravillosa victoria del pueblo cubano contra una de las dictaduras más corrompidas y enajenadas al imperialismo norteamericano.

El triunfo armado del pueblo de Cuba modificó sustancialmente viejos esquemas sobre la conducta de las masas populares en América Latina, demostrando la capacidad del pueblo para derrocar gobiernos agentes del imperialismo por poderosos que sean los aparatos militares de que se hallen dotados.

La Revolución Cubana confirmó en forma original y por una vía específica la ley puesta en evidencia por la Revolución China y la lucha libertadora de Vietnam: que las fuerzas populares convertidas en ejército popular son más poderosas que los ejércitos regulares, a pesar de las desventajosa correlación de fuerzas, cuando están dirigidas por una estrategia liberadora antiimperialista y armadas con la doctrina marxista-leninista; que existiendo las condiciones objetivas de una situación revolucionaria, las condiciones subjetivas pueden ser creadas con una consecuyente, clara y audaz dirección revolucionaria; y que en todos los países atrasados de América Latina la lucha comienza por los sectores campesinos, los más explotados y oprimidos, símbolo viviente del atraso impuesto por el imperialismo.

Lo fundamental fue que la Revolución Cubana puso en evidencia la unidad esencial de la revolución latinoamericana, la dimensión común de los problemas de miseria material y cultural de las mayorías populares, el freno que para el desarrollo histórico representa la dependencia del imperialismo norteamericano y la posibilidad de construir en la propia órbita del imperialismo una sociedad de tipo socialista.

A partir de la Revolución Cubana el huracán de la segunda independencia sacude el continente. Los ideales de Martí, Bolívar, Artigas, San Martín, O’Higgins, Morelos Benito Juárez, Pancho Villa, Zapata y Sandino reverdecen con la fuerza histórica que les da el arma descubierta por Carlos Marx y hecha omnipotente por Lenin.

Fidel Castro y los dirigentes de la Revolución Cubana poseen todos los atributos de los grandes conductores y libertadores americanos. Su filosofía política humanista y libertaria era la reanudación de la inconclusa empresa ideológica de la independencia de España y su

3 PC de Colombia: “Resolución Política del IX Congreso”.

realización socialista, lo que requería América Latina para reiniciar su proceso histórico detenido cuando al separarse de España cayó bajo la dominación neocolonialista.

La Revolución Cubana abrió una etapa cualitativamente nueva de significación continental. América Latina entró con ella en una situación revolucionaria. Luego de Cuba y en la época del tránsito hacia el socialismo, el curso de la revolución latinoamericana es irreversible. Ni el imperialismo puede vivir como antes, ni los pueblos latinoamericanos tampoco.

La presencia de la Revolución Cubana en la vida política y social de Colombia es desde entonces inevitable: las masas populares y las clases dominantes entraron en una etapa nueva. Las masas renovaron la búsqueda de la vía hacia el poder y las oligarquías echaron por la borda su falsa legalidad burguesa para reanudar la violencia contra el nuevo impulso revolucionario.

Para evitar “una nueva Cuba” la misión militar norteamericana y los medios criollos vendidos al imperialismo decretaron la liquidación de las organizaciones revolucionarias de autodefensa campesina, calificadas con el sugestivo apelativo de “Repúblicas Independientes”.

En julio de 1964, el Movimiento de Autodefensa de Marquetalia denunció la presencia de una nueva guerra contra los campesinos y anunció la toma de la vía armada guerrillera para la liquidación de la vieja crisis nacional no resuelta y la consecución del fin estratégico de la toma del poder para el pueblo.

“Nosotros somos el nervio de un movimiento revolucionario que viene desde 1948. Contra nosotros, campesinos revolucionarios del Sur del Tolima, Huila, Cauca y Valle, sobre el nudo de la Cordillera Central, desde 1948 se ha lanzado la gran fuerza del latifundio, de los grandes ganaderos, del gran comercio, de los gamonales de la política oficial y de los comerciantes de la violencia. Nosotros hemos sido víctimas de la política de ‘sangre y fuego’ preconizada y llevada a la práctica por la oligarquía que detenta el poder.”

“Contra nosotros se han desencadenado, en el curso de quince años, cuatro guerras. Una a partir de 1948, otra a partir del 18 de mayo de 1964 cuando los mandos militares declararon oficialmente que ese día había comenzado la ‘operación marquetalia’... Nosotros somos revolucionarios que luchamos por un cambio de régimen. Pero queríamos y luchábamos por un cambio de régimen usando la vía menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de masas, las vías legales que la Constitución de Colombia señala. Esa vía nos fue cerrada violentamente y como somos revolucionarios que de una u otra manera jugaremos el papel histórico que nos corresponde, nos tocó buscar otra vía: la vía revolucionaria

armada, para la lucha por el poder. Desde hoy 20 de julio de 1964 somos un movimiento guerrillero...”⁴

Tal proclama procede no de un grupo aislado y de significación local, sino de las más avanzadas organizaciones del Partido Comunista, fruto de una larga y paciente labor de adoctrinamiento de los sectores campesinos violentados y desposeídos, cuya expresión política eran.

Este acontecimiento histórico señalaba un salto cualitativo en el proceso revolucionario: la concepción pasiva de la “autodefensa” meramente defensiva quedaba atrás; en la guerra contra los campesinos participaban ahora y abiertamente los altos mandos militares norteamericanos en conformidad con un plan preventivo contrarrevolucionario.

La agresión a Marquetalia, núcleo dirigente de la “autodefensa” campesina, fue seguida de agresiones contra los campesinos del Sur del Tolima, de la región de Río Chiquito, “El Pato” y “Guayabero”. Ante estas agresiones criminales, ante los bombardeos y ante el ataque masivo con tropas del régimen, estos movimientos campesinos y revolucionarios respondieron tomando el carácter de organizaciones guerrilleras.

La Segunda Conferencia Guerrillera del Bloque Sur coordinó todos los movimientos guerrilleros, constituyendo las “Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia” (FARC), con su Estado Mayor y con el objetivo fundamental de la toma del poder, al tenor de la siguiente proclama:

“En los campos colombianos los imperialistas y reaccionarios desencadenan contra el campesinado una sucia guerra de exterminio, se la denomina ‘guerra preventiva, contrarrevolucionaria’, bajo los lineamientos del ‘Plan Laso’, inspirado en la nueva filosofía de la guerra irregular que practica típicos procedimientos fascistas, como la ‘acción cívico-militar’, dentro de una guerra psicológica por la conquista de las masas, para desarrollar luego la táctica de guerra contra-guerrillera. Frente a todo lo anterior los destacamentos guerrilleros del Bloque Sur nos hemos unido en esta Conferencia y constituido las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que iniciará una nueva etapa de lucha y unidad con todos los revolucionarios de nuestro país, con todos los obreros, campesinos e intelectuales, con todo nuestro pueblo para impulsar la lucha de las grandes masas hacia la insurrección popular y hacia la toma del poder por el pueblo”⁵.

4 Declaración del Movimiento guerrillero de Marquetalia.

5 Proclama de Constitución de la FARC.

Se trata en consecuencia de una guerra popular proyectada hacia la insurrección para la toma del poder, de una prueba total de las fuerzas materiales y morales del pueblo colombiano contra las fuerzas del imperialismo.

En el vasto territorio del departamento de Santander, surgió y se consolidó el Ejército de Liberación Nacional (ELN), comandado por intelectuales revolucionarios que han sabido dar una moderna organización a la lucha campesina guerrillera, en el propio corazón de la industria petrolera controlada por el imperialismo. El Ejército de Liberación ha realizado operaciones de gran aliento pese a la concentración de contingentes militares del régimen y de “expertos contra-guerrilleros”.

El Ejército de Liberación ha establecido un programa que se inspira en la plataforma elaborada por el “Frente Unido” y preconizada por el sacerdote revolucionario Camilo Torres, quien cayó combatiendo en las filas del ELN. El martirio de Camilo Torres marcó la línea de separación entre dos épocas: la de los revolucionarios predicadores y la época de los predicadores revolucionarios que realizan la consigna de Marx: transformar las ideas en fuerza material y “el arma de la crítica social armada”.

La guerra de guerrillas en Colombia no es un mero ensayo experimental, es floración necesaria y consecuente de la climatología política. Está fundamentada en sólidas tradiciones campesinas de resistir con armas en la mano los excesos de los gobiernos latifundistas. La nueva etapa tiene un carácter definido y más elevado, en el sentido de que tiene un contenido antiimperialista y revolucionario irreversible: la toma del poder.

La lucha armada guerrillera no es un medio táctico, sino la vía estratégica de la revolución colombiana. El PC ha venido sosteniendo, como concepción táctica, la necesidad de la combinación de todas las formas de lucha, que es una línea correcta si se entiende según la formulación de Lenin:

“Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas... y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Pero esto no es justo. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son los partidos y jefes que no saben o no quieren... aplicar los procedimientos ilegales de lucha en una situación, por ejemplo como la guerra imperialista de 1914 a 1918... Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales con las formas legales, son malísimos revolucionarios”.⁶

6 Lenin, *Obras completas*, Cartago, tomo 31, p. 91.

Sin embargo, en el PC se ha pasado de esta formulación a planteamientos ambiguos que encubren tendencias reformistas no liquidadas e ilusiones sobre cambios pacíficos en la estructura social y política del país.

“La lucha armada se desarrolla en Colombia, en su modalidad campesina guerrillera, aun antes de que se pueda definir una situación revolucionaria del país...”⁷

Tal concepción atribuye a la lucha guerrillera un carácter sola y simplemente táctico; la confunde con un medio de lucha de los que pueden ser usados alternativa o conjuntamente con otros medios legales; le resta el valor estratégico de vía para la toma del poder; la subordina a las luchas legales de masas y permite que los obreros y sectores urbanos la miren como forma distante, extraña y exótica, como producto de una violencia circunstancial, de la ausencia de libertades democráticas burguesas, cuya conquista dentro del sistema actual la haría desaparecer.

Semejante concepción de la lucha armada implica, por otra parte, aislar el proceso revolucionario de Colombia de la situación revolucionaria continental abierta por la Revolución Cubana, negar su influencia determinante y exonerarlo del deber de coordinarse y participar directamente en las luchas libertadoras de los pueblos de Latinoamérica.

Finalmente, sustrae el combate de los campesinos y revolucionarios colombianos en armas, de la lucha mundial por el socialismo cuya prueba decisiva se libra en el Vietnam heroico, donde el imperialismo norteamericano aplica todo su poder expansionista y toda su capacidad de crimen para demostrar a todos los revolucionarios que las guerras de liberación no “pagan” y que si pretenden recurrir a ellas, les costará lo que les ha costado a los vietnamitas el haber escogido el socialismo como meta de su independencia, su liberación y su progreso. La lucha guerrillera no es un medio táctico, es la expresión nacional de una guerra continental como lo fue en el siglo pasado la guerra de independencia de España.

III. LA VÍA DE LA REVOLUCIÓN EN COLOMBIA

La vía de la revolución en Colombia es la guerra nacional-libertadora, iniciada por las guerrillas campesinas.

7 Documento del Décimo Congreso del Partido Comunista de Colombia, “Por el Frente Patriótico de Liberación Nacional”, 1966, p. 65.

1.

La perspectiva de realizar cambios revolucionarios por medio de la lucha pacífica de masas, no sólo ha sido clausurada en Colombia desde hace varios lustros, sino que constituye una utopía liberal destinada a hacerles olvidar a las masas campesinas sus métodos de lucha y a encubrir el deseo egoísta de falsos dirigentes obreros a compartir los privilegios de la burguesía.

Es el reflejo de la dominación que ejerce la ideología burguesa sobre los medios urbanos y que presenta la faz urbana como la característica fundamental del país y la actividad industrial como la actividad económica esencial.

En Colombia se ha hecho la definición de la población urbana de manera acomodaticia para maquillar la desproporcionada explotación del campo. Con este criterio la población urbana estaría compuesta en Colombia por las “cabeceras de municipios y centros con más de 1500 habitantes”. Semejante criterio cuantitativo, sin correspondencia con la vida económica y social de la vida aldeana, incluye dentro de la población urbana a la que vive en las aldeas cuyos hábitos son campesinos y cuya actividad económica es agropecuaria.

Tomando el criterio ocupacional de la distribución de la población según datos del DANE, tenemos los siguientes resultados:

- a. Entre 1958 y 1964, la población en edad no-activa (de 0 a 15 años y de 64 en adelante) representaba casi la mitad de la población total, el 46,9%. Así, el 53,1% tiene, en razón de la ineficiencia de los servicios de cultura y sanidad, la exorbitante carga de sostener a esa otra mitad inactiva.
- b. En 1964, la población en edad activa era de 9.166.000 habitantes, de los cuales solamente el 56% correspondían a fuerza de trabajo ocupada, o sea que el 44% de la población en aptitud de producir se hallaba desempleada.
- c. De la fuerza de trabajo ocupada, el 51,5% era fuerza de trabajo rural, o sea la mayoría. Del 48,5% que constituía la fuerza de trabajo ocupada urbana, el 21,1% era artesanal y solo el 11,4% fabril.
- d. El 67,5% de la fuerza de trabajo urbana ocupada corresponde a ocupaciones no directamente productivas (burocracia, militares, clero, estudiantes, etc.).

2.

Desde el punto de vista del origen del Producto Interno Bruto (a costo constante de factores de 1958), en 1965 fue el 36,5% generado en

el país rural, solamente el 21,7% en las ciudades⁸. El 41,8% restante correspondió a servicios generales que se producen tanto en la ciudad como en el campo.

3.

Lo que los capitalistas llaman valor agregado fabril es, con relación al producto bruto nacional, solamente el 19,1% y esto al elevado costo de una fuerte y creciente proporción de importaciones.

La proporción del valor CIF de los insumos importados directamente con relación al valor agregado en pesos (tasa de cambio 1958) fue del 32,4% en 1964. Esto quiere decir que para producir un peso de valor agregado en la industria fabril se necesitan 33 centavos de insumos importados. La estimación de los insumos importados para la industria fue en 1964 de 247 millones de dólares, lo cual representa el 58% del valor bruto de la producción fabril y casi el 50% del valor total de importaciones⁹. De esta forma la famosa “sustitución de importaciones” es una falacia.

4.

Tradicionalmente el sector primario rural tiene la ponderosa carga de obtener un superávit para sostener el déficit industrial.

El total de las exportaciones de la industria fabril solamente constituyó el 7,1% de las exportaciones nacionales en 1964, y la industria fabril sólo fue capaz de exportar el 1,3% de su producción bruta. Tal es la explicación del atraso industrial del país y la característica de su artificialidad. Lo anterior revela no solamente la importancia económica del sector rural sino su misión política.

Para que el país alcance su desarrollo industrial es necesario liberar la industria de la dependencia en que se encuentra, lo que significa romper las estructuras sociales de explotación agraria y demoler la superestructura imperialista. Tal es la tarea histórica de las masas populares con el sector rural primordialmente, en el marco de la revolución proletaria y por medio de la guerra popular.

5.

Ninguna revolución hasta el presente ha sido pacífica. Marx consideraba que la línea general sería la insurrección armada, aunque admitía excepciones en aquellos países donde las instituciones democráticas

8 Se ha contabilizado la producción fabril, artesanal, construcciones, electricidad, gas y agua.

9 Banco de la República (Departamento de Investigaciones Económicas). “Cuentas Nacionales 1950-61 y 1962-65”, pp. 15 y 32.

se mantenían sólidamente. Engels consideraba toda revolución como un acto por el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte a tiros de fusil, bayonetas y cañones. Lenin previó que en la época del imperialismo, la vía principal es la violenta y recogiendo las experiencias de 1905 luchó por la línea de la revolución armada.

En Asia, después de la Primera Guerra Mundial, la revolución nacional democrática del pueblo chino, bajo la influencia de la Revolución de Octubre, tomó formidable impulso y se lanzó a la lucha armada durante decenas de años. Fue en la guerra popular revolucionaria donde nació y creció el Ejército Popular de Liberación que dio origen a la República Popular China.

Durante 15 años de lucha el ejército campesino de Vietnam se convirtió en el Ejército popular que ha tenido la tarea de conquistar dos veces la independencia de Vietnam.

Quien mire el continente americano en su cuadro general de sus últimos tiempos: la revolución minera de Bolivia, el derrocamiento del gobierno de Arbenz en Guatemala; el golpe militar brasileño; los cruentos y prolongados sacrificios de vidas colombianas, las agresiones armadas, las incesantes expediciones, criminales atentados contra Cuba de que es responsable el Gobierno de los Estados Unidos; la complicidad y tolerancia de la mayoría de los gobiernos de Latinoamérica; el celestinaje de la OEA; quien examine las doctrinas de Johnson, Mac-Namara, los acuerdos sobre intervención armada global contrarrevolucionaria tomados por los representantes de las Fuerzas Aéreas en Caracas y por los estados mayores de los ejércitos gubernamentales en Bogotá, en 1967, tiene que llegar a la conclusión de que en nuestro continente la línea general de la revolución será necesariamente la de la lucha armada.

Esto no implica que en todos los países a la misma hora y en las mismas condiciones se dé comienzo a la lucha armada, ni cierra la posibilidad excepcional de que tal o cual país pueda beneficiarse de la correlación de fuerzas dentro del continente. Tampoco es la negación de las formas legales de lucha cuando sean posibles, ni hasta donde sean posibles, ni de la necesidad de la lucha política civil y reivindicativa en coordinación con la guerra popular; ni se está excluyendo la posibilidad de otras formas de lucha armada revolucionaria distintas de la guerrilla.

Pero cuando el movimiento revolucionario, como ocurre en América Latina, debe llevar una lucha de larga duración, el modelo de la revolución soviética de 1917, basada esencialmente sobre la insurrección del proletariado urbano, no es válida. La creación de bases revolucionarias en los campos para una lucha prolongada es una necesidad como lo fue en China, en Vietnam, en Cuba y en Argelia. Los

campesinos explotados tienen que ser los elementos predominantes en las organizaciones revolucionarias, las batallas se desarrollan en los campos para ganar gradualmente las ciudades.

IV. LA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

De que las bases revolucionarias se forman en el sector rural y los campesinos constituyen el elemento primordial de la guerra popular, no puede concluirse que los campesinos solos hacen la revolución y que la clase obrera y la pequeña burguesía de las ciudades deban ser pasivamente liberadas.

En los países coloniales y neocoloniales, según escribió Lenin, “la liberación nacional no hace sino un todo con la revolución agraria”¹⁰. El campesinado como clase solo no puede hacer la revolución. Esto no significa negar la capacidad revolucionaria del campesinado, ni subestimar su papel histórico, ni la importancia de la revolución agraria, sino reconocer el hecho de que en la época del imperialismo la revolución agraria no puede resolver su problema histórico sino en el marco de la liberación nacional, parte integrante del tránsito del capitalismo al socialismo. La dimensión moderna de la abolición del capitalismo y el triunfo de la sociedad socialista únicamente puede aportarla el proletariado.

La clase obrera en los países coloniales y neocoloniales, por lo general, debido a su situación social en ascenso sobre el resto de las clases pobres, suele no dar el impulso inicial a la revolución nacional liberadora. Pero esto no le resta su papel dirigente, en cuanto el proletariado es la verdad de la historia por ser en sí la fuerza destinada a realizar la verdadera sociedad que surge de la revolución socialista. Como dice Marx, “aquí no se trata de lo que tal o cual proletariado pueda a veces proponerse como objetivo; se trata de lo que es, de lo que históricamente se verá obligado a hacer conforme a este ser...”.

El conocimiento de este ser del proletariado es un conocimiento que el proletariado no posee por sí mismo. Es la vanguardia revolucionaria la que se lo descifra. La conciencia de clase no es un mero estado de alma, es una praxis, una posibilidad que nace de la unión de la teoría y la práctica. Es la actividad crítico-práctica cuya concreción es el partido que aparece como la expresión ideológica de la clase obrera.

De hecho, las bases revolucionarias rurales son dirigidas por revolucionarios, por un partido formado en las ciudades y que van a modelar el mundo campesino a su imagen. Los campesinos no imponen sus concepciones sino que al ser incorporados en esta escuela de los

10 Lenin, *Tesis complementaria al II Congreso de la Internacional Comunista (Oeuvres Choisis)*, Ed. Langues Etrangères, Moscú, 1954.

obreros, de los intelectuales venidos de las ciudades reciben la ideología proletaria sin la cual no es auténtica, no es posible la revolución que deben poner en movimiento.

V. EL PARTIDO

El partido como expresión teórica de la ideología proletaria, solamente lo es en la medida en que se haga aceptar por la clase obrera. No se trata de un mito que se imponga a los obreros por el hecho de existir, ni la alienación de la existencia política del proletariado. El reconocimiento del partido por el proletariado no es un juramento de fidelidad a las personas sino que tiene como contraparte el conocimiento del proletariado por el partido. El proletariado debe ser convencido, no simplemente consultado.

Para que un partido determinado sea la expresión ideológica del proletariado, no basta que se llame obrero, comunista o marxista-leninista. Es necesario además que esté realmente pertrechado con la ciencia marxista-leninista, que la lleve a la práctica, que mantenga y practique la crítica y la autocrítica y que esté realmente unido a las masas populares.

Hay ejemplos de partidos que por no haber entendido los cambios en la historia se han quedado rezagados, como ocurrió en la segunda década del siglo XX al partido marxista de Alemania, partido modelo en el mundo entero, que bajo una dirección que Lenin apostrofó, se puso al servicio de la monarquía y de la burguesía al dar su apoyo a la guerra imperialista.

En sus tesis sobre la Cuestión Nacional y Colonial, Lenin advirtió:

“la necesidad de combatir resueltamente la tendencia que tienen los movimientos de emancipación democrático-burgueses de los países atrasados a camuflarse con colores comunistas; la Internacional no debe sostener los movimientos nacionales democráticos en las colonias y en los países atrasados, sino a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios sean comunistas no solo de nombre, sino agrupados y educados en el espíritu de la misión particular que les incumbe: luchar contra movimientos democráticos burgueses en el seno de la nación...”¹¹.

Teóricamente, la dirección revolucionaria corresponde al partido de la clase obrera. Pero en la práctica, especialmente en los países atrasados donde las clases sociales no aparecen claramente diferenciadas ni como un todo acabado y cuya definición se hace gradualmente, no

11 Lenin, “Tesis sobre la Cuestión Nacional y Colonial para el segundo Congreso de la Internacional Comunista”, Moscú, 1953, pp. 473-478.

sólo en cuanto a la distribución de los medios de producción al nivel de la propiedad sino también en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas; donde las clases sociales se interpenetran unas a otras (comerciantes-industriales, industriales-latifundistas, proletarios-campesinos, y obreros-artesanos-pequeño burgueses), puede ser neutralizada la ideología verdaderamente proletaria y los partidos comunistas quedarse a la zaga del desarrollo histórico.

Tal cosa ocurrió en Cuba. Desde 1953 hasta mediados de 1958 el partido comunista (Socialista Popular), no obstante sus eminentes servicios anteriores prestados en la organización y la lucha del proletariado, se mostró indiferente y a veces severamente crítico sobre el Movimiento 26 de Julio. No fue sino hasta después de que Fidel Castro y su movimiento se hallaban en la mitad del camino hacia la victoria, cuando el partido envió un emisario a la Sierra Maestra ofreciendo su apoyo. Para entonces ya los dirigentes se habían hecho veteranos de la revolución, habían adquirido en el proceso de la lucha la ideología proletaria y no era lógico que cedieran la dirección a los comunistas rezagados en las ciudades. Cuando llegó el momento de convertir el ejército de campesinos y revolucionarios rebeldes en un organismo político capaz de cohesionar y expresar la relación entre las masas y sus dirigentes, mantener la disciplina y el trabajo revolucionario de los niveles locales y regionales, tal necesidad no pudo ser llenada por los comunistas, sino por los dirigentes originales de la revolución. El fracaso de las maniobras de Aníbal Escalante, comprobó cruelmente en contra de los viejos y abnegados comunistas cuán grave es sentarse a esperar que otros hagan el trabajo revolucionario para después aprovecharse de él.

A escala continental el problema de las diferencias entre el partido comunista de Cuba y algunos partidos latinoamericanos, tiene su raíz en la actitud dogmática y esquemática con que se ha visto el salto dialéctico de la Revolución Cubana. Al cambio cualitativo que trajo aparejado la Revolución Cubana, en la situación política continental, no ha correspondido un cambio de calidad en algunos partidos adheridos a viejos esquemas de trabajo y dirección, más próximos a las exigencias de los antiguos partidos obreros europeos, que a las de los pueblos americanos.

Sobre el postulado cierto de que son los revolucionarios de cada país quienes determinan el rumbo y las tareas concretas que conduzcan a su propia revolución, como mejores conocedores de la realidad en que actúan, y sobre una infundada desconfianza en la juventud de los camaradas cubanos, aceptando formalmente la solidaridad por la Revolución Cubana, se discute su inevitable proyección continental, su derecho y su deber de dar apoyo a todos los movimientos libera-

dores que surgen en Latinoamérica. La Revolución Cubana es realmente, no sólo en la forma, la revolución de los pueblos de América Latina y la revolución de estos pueblos es esencial al desarrollo de la Revolución Cubana. Los cubanos tienen derecho a participar en esa revolución, como los revolucionarios latinoamericanos tienen el derecho y el deber de participar en la defensa de la revolución socialista de Cuba. Tan erróneo es generalizar todos los episodios y coyunturas del proceso cubano como individualizar al máximo sus experiencias y menospreciar su aporte.

La particularización aislacionista de cada lucha revolucionaria y la afirmación excesiva de su especificidad, son el pretexto para eludir los riesgos que acarrea el internacionalismo proletario. La lucha proletaria solamente es nacional por su forma. El Manifiesto Comunista proclama: “por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional...”.

En el momento presente, tanto en Vietnam como en Cuba y como en Medio Oriente, se libra la lucha total del socialismo. El ácido corrosivo que amenaza al campo socialista hunde sus raíces en el nacionalismo pequeño-burgués.

La solución está en regresar a las tesis de Lenin sobre la cuestión nacional:

“El reconocimiento verbal del internacionalismo, al cual se sustituye de hecho en toda la propaganda, la agitación y la actividad práctica del nacionalismo y el pacifismo pequeño-burgués, más profundamente anclados, adquiere una importancia tanto más grande cuanto más actual es el problema de la transformación de la dictadura del proletariado nacional (es decir existente en un solo país e incapaz de determinar la política universal) en internacional (es decir en dictadura del proletariado, por lo menos, de varios países avanzados capaz de ejercer una importancia decisiva en toda la política mundial).”

“El nacionalismo pequeño-burgués restringe el internacionalismo al reconocimiento, tan solo, de la igualdad de las naciones (sin hablar del carácter verbal de este reconocimiento) dejando intacto el egoísmo nacional, sin embargo de que el internacionalismo exige: 1. la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha a escala internacional; 2. de las naciones que realizan la victoria sobre la burguesía, la aptitud y el consentimiento a los más grandes sacrificios nacionales con miras a derrocar el capital internacional”¹².

12 V. I. Lenin, “La lucha de los pueblos de las Colonias y países dependientes contra el imperialismo”, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú.

En este sentido la fórmula de crear muchos Vietnams para detener la agresión del imperialismo norteamericano y la ejemplar conducta de Ernesto Guevara, revolucionario sin fronteras y ciudadano honorario de América Latina, revive el espíritu de Lenin y es guía para la acción de todo revolucionario honesto y consecuente.

VI. LA GUERRILLA Y EL PARTIDO

La lucha armada guerrillera y su transformación en el ejército popular tienen como función ejecutar las tareas políticas de la revolución. La guerrilla no se limita a combatir; además de combatir, para destruir las fuerzas militares del enemigo, cumple tareas propagandísticas entre las masas, las organiza, las arma, les da un poder revolucionario y hasta establece organizaciones del Partido.

El problema es que hoy se discute en América Latina sobre la sujeción de la guerrilla al partido o del partido a la guerrilla, solamente existe cuando la dirección política del partido no está en la guerrilla. Sobre la base de que no puede haber guerrilla revolucionaria sin dirección política revolucionaria, la dirección política debe estar donde esté la guerrilla; el partido no puede cumplir su papel de organizador y educador de la guerrilla si no marcha con ella, si no participa en sus riesgos y sus triunfos.

Las fuerzas armadas revolucionarias nacen y crecen en la lucha de clases. Para convertirse en el ejército del pueblo, es necesario que dentro de sus filas se hallen los elementos de selección de las clases revolucionarias, no solamente del campesinado, sino de la clase obrera y de los intelectuales revolucionarios para quienes hay una tarea amplísima en el frente político y cultural de la guerrilla.

Es una ley de la lucha guerrillera que ésta no puede ser dirigida a control remoto, desde los centros urbanos. La unidad y concentración de mando es una exigencia de las condiciones de existencia de la guerrilla: "Movilidad permanente, desconfianza permanente, vigilancia permanente".

En Colombia, durante la ofensiva represiva del 10 de marzo de 1967 contra los dirigentes del PC y del movimiento popular, puso en evidencia lo incongruente que es el doble comando revolucionario y la debilidad que ofrece ante el enemigo la dirección urbana responsable de la lucha armada. Un principio de autocrítica, aunque no dirigida hacia el fondo del problema, consta en el documento del Comité Ejecutivo del PC, fechado el 31 de mayo de 1967:

"El 10 de marzo, creyendo encontrarse ante un plan operativo de acciones guerrilleras coordinado y sincronizado en distintas regiones del país, el gobierno precipitó el desarrollo de ese plan represivo y cometió

una serie de errores tácticos que nos favorecieron políticamente... Es injustificable que no estuviéramos debidamente preparados para esto, sobre todo cuando la situación, en vista de las sucesivas acciones guerrilleras en el campo, evoluciona rápidamente y eran de esperarse las medidas represivas exigidas por los altos mandos militares enfurecidos por su impotencia ante el movimiento de resistencia campesino..."¹³

El problema de fondo no es el de estar o no preparada la dirección política para recibir los contragolpes del enemigo, sino dónde deben hallarse los dirigentes cuando la lucha armada se hace fundamental y sus acciones tienen proyección política nacional. Es cierto que no todos los dirigentes valiosos para el partido reúnen las condiciones físicas necesarias para portar las armas. Demos paso a los jóvenes para los puestos de dirección y cumplamos los intelectuales que carecemos de aptitudes físicas la grande y honrosa tarea que nos corresponde en esta época: formar nuevos cuadros dirigentes, trabajar en la propaganda y en la organización, armar a las masas con la teoría revolucionaria.

Por otra parte, la dirección de la lucha armada en Colombia no puede ser centralizada en un partido. Es una lucha en la que participan diversas clases y grupos políticos representativos de ellas. Es absurdo que un grupo quiera arrogarse la facultad exclusiva de dirigir y de constituirse en "vanguardia única" de lo que es un frente de masas; por tanto debe confiarse la dirección de este frente a quienes llevan la mayor responsabilidad y que se encuentran en la línea de combate.

En nuestro país existen dos experiencias igualmente válidas en la lucha armada revolucionaria: el vigoroso y probado movimiento de las FARC, nacido de la transformación de la autodefensa en guerrilla, y el ELN, generado por un foco de intelectuales revolucionarios que ha hecho conciencia en núcleos obreros y campesinos explotados por los monopolios petroleros. Es evidente que la coordinación de sus operaciones y de la acción unitaria planificada resultará un extraordinario progreso revolucionario en Colombia. Luchemos porque el Frente Unido que buscamos todos se haga en torno del organismo coordinador de las FARC y el ELN. Tal organismo tendría el respaldo de todos los grupos y partidos revolucionarios y, sin sustituir a sus respectivas direcciones, realizaría la gran obra de unir al archipiélago de grupos en que hoy se dispersan las fuerzas revolucionarias para mayor provecho y regocijo del enemigo común.

13 PCC, "Comunicado del Comité Ejecutivo", 31 de mayo 1967 (*Mimeo*).

Orlando Fals Borda

LA SUBVERSIÓN JUSTIFICADA Y SU IMPORTANCIA HISTÓRICA*

EL MUNDO DE LAS PALABRAS encierra cosas insospechadas, a veces tan sutiles que su verdadero sentido no se revela sino a escritores geniales o a aquellos devotos de la lingüística que hacen de esa fascinante búsqueda la razón de ser de su existencia.¹ Al acceso del lego queda un universo simplificado de palabras en que los objetos se interpretan según pautas transmitidas de padres a hijos por la tradición. Muchas veces los términos señalan contrastes profundos —lo negro, lo blanco—, y como la tradición es fuerte, esos contrastes

* Texto extraído de *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 8-58.

1 Cómo cambia el sentido de las palabras a través de los años es materia de interesantes estudios, pues este proceso refleja el desarrollo social. Por ejemplo, véase lo ocurrido con el concepto de “antropología”. Cómo se entendía este concepto en España a principios del siglo XIX queda constando en el *Diccionario de tropos y figuras de retórica* de Luis de Igartuburu, publicado en Madrid en 1842. Se definía así a la antropología en aquella época: “Término introducido por los teólogos en el lenguaje gramatical, por el que se entiende aquella especie de prosopopeya o personificación, por la cual los hombres se ven obligados, hablando de Dios, a atribuirle partes corporales, un lenguaje, gustos, afecciones, pasiones y acciones que sólo pueden convenir a los hombres” (p. 30).

primarios se trasladan al campo de lo moral. Aparecen entonces vocablos que tienen que ver con “lo bueno” y “lo malo”, “lo apropiado” y “lo condenable”, a través de los cuales se le enseña desde pequeño a comportarse.

Pero generalmente no se entrena para buscar otros tonos y dimensiones que la vida real pudiera ir produciendo. Esto es natural, por el proceso simplista de la enseñanza del niño. Lentamente, ya en la adolescencia, empieza a dibujarse ese indefinido universo de lo ambiguo y de lo inclasificable. Al entrar a ese mundo inasible, se descubre, perplejo, que el contacto con la realidad puede volver tornasol el colorido simple de los conceptos y de las ideas de las cosas que transmiten las palabras, dejando muchas veces sin sentido los vocablos aprendidos.

Al perder el fondo tradicional, el lenguaje se vuelve entonces confuso, de tal forma que una palabra dicha por una persona puede no entenderse en el mismo sentido por otra, aunque posea una cultura semejante.² Cuando esto ocurre —cuando en la comunidad empiezan a hablarse lenguajes diferentes, aunque el idioma sea el mismo—, aparece el cisma ideológico que distingue una profunda transición social: los gobernantes se aíslan en aquella fraseología vacua de todos conocida; los pobres murmuran de su “lucha” y su “necesidad” en un contexto difícilmente aprehensible a los intelectuales; los jóvenes adoptan una jergonza propia que abre aún más la brecha entre las generaciones; los sacerdotes gesticulan en el púlpito sin llegar a la mente de los feligreses; muchos profesores no logran hacer despertar el talento de sus estudiantes, cuyo universo real se sitúa más allá de la imaginación de los preceptores rutinarios. Y así en otras expresiones comunes de la vida en sociedad.

La Torre de Babel de ideas que es síntoma de la transición social profunda lleva muchas veces a hacer revaluaciones de aquello aprendido en la niñez, es decir, de las creencias relacionadas con asuntos fundamentales y con la orientación personal. El impacto del cisma, el descubrimiento de la ambigüedad, la aparición de la perplejidad, van llevando a una redefinición de la vida. Es como si se volviera a nacer y se sintieran otra vez las tensiones del crecimiento. Pero esta vez se puede tomar una dirección distinta, adquiriendo el hombre dimensiones que quizá no plazcan a sus mayores y que a la vista de éstos pudieran parecer deformaciones. Pero he ahí la esencia del

2 Algunos sociólogos han entendido bien este problema. Por ejemplo, Camilo Torres Restrepo preparó una lista de palabras que se entendían de manera diferente por las clases superiores y los grupos de trabajadores y campesinos colombianos. Publicó esa lista en *El Espectador* de Bogotá a mediados de 1964. Está reproducida en la edición de sus obras por el Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca (México, 1967) y en la edición francesa *Écrits et paroles*, París, 1968, pp. 171-172.

asunto: en ese momento, lo que es monstruoso, inmoral, malo o negro para aquellos dejados atrás inmersos en la tradición, podrá ser moral, conveniente o blanco para aquellos otros que añadieron nuevas dimensiones a su vida y enriquecieron el vocabulario vital.

Son muchas las palabras que tienen ese tinte tornasol y que cambian de color según el ángulo desde el cual se miren, especialmente cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas: violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, herejía, subversión. Puede verse que son conceptos arraigados en emociones, que hieren creencias y actitudes, y que inducen a tomar un bando definido. Por eso son valores sociales; pero pueden ser también antivalores, según el lado que se favorezca durante el cisma de la transición. Cada uno de esos conceptos lleva en sí la posibilidad de su contradicción: no se justifican sino en un determinado contexto social. Bien pueden entenderse según la tradición, pero también pueden concebirse y justificarse con referencia a hitos colocados hacia el futuro que impliquen un derrotero totalmente distinto a aquel anticipado por la tradición.

Ésta es la posibilidad relativa, contradictoria, flexible, futurista, que no se enseña en la niñez cuando las cosas son más bien blancas o negras. Quizá el entrenamiento en la contradicción desde niño sea insufrible y no produzca sino esquizofrénicos o locos. Pero ocurre que la desadaptación surge en la sociedad, quiérase o no, cuando ésta se halla inmersa en momentos de conflicto y tensión como los actuales. Evidentemente, no se entrena para anticipar estas tensiones ni para vivir en mundos tan conflictivos. Si así fuera, sería fácil entender la naturaleza real de la “subversión” que ocurre hoy por campos y ciudades, en universidades y entre intelectuales, en las clases altas y en las bajas, y de cuyas consecuencias se lee a diario en los periódicos de todo el mundo.

Pero la palabra *subversión* es una de aquellas que no se entienden sino para referirse a actos que van en contra de la sociedad, y por lo tanto designa algo inmoral. Sin embargo, llega el momento de preguntarse: ¿cuál es la realidad en que se mueve y justifica la llamada *subversión*? ¿Qué nos enseña sobre este particular la evidencia histórica? ¿Qué nos dicen los hechos actuales sobre los “subversores”, “antisociales” y “enemigos de la sociedad”?

Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos, aparece aquella dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así cómo muchos subversores no pretenden “destruir la sociedad” porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas y si-

guiendo determinados ideales o “utopías” que no acoge la tradición. Como lo observaba Camus, el rebelde es un hombre que dice *no*, pero que no renuncia a su mundo y le dice *sí*, por cuanto en ello va el sentido de la conciencia de su lucha.³ Esta falta de congruencia consciente con la tradición puede ser muy positiva, y hasta constructiva. ¿No ocurre a veces que la falta de moral y el sentido encubierto de la destrucción se hallan precisamente en la tradición?

Como en épocas pasadas, cuando hubo similares cismas ideológicos, este esfuerzo de reconstruir a fondo la sociedad es penoso, contradictorio, violento y revolucionario; asimismo va contorneando y forjando en su yunque al nuevo pueblo y al nuevo hombre. Éste, en el fondo, será un rebelde, y sus actitudes girarán en torno a la rebeldía. El acto de la revuelta, con el movimiento contrario que implica la palabra, hace al hombre andar por nuevos senderos que antes no había vislumbrado, le hace pensar y le hace dudar, y así adquiere, quizá por primera vez, la conciencia de su condición vital. Esta conciencia es subversiva. Además, como la rebelión implica esta conciencia, y aquella en sí misma es constructiva, el subversor rebelde adquiere una actitud positiva hacia la sociedad: no puede dejarse llevar por el resentimiento —en el sentido de Scheler—, que es una intoxicación de uno mismo y que no proyecta una imagen futurista. Lejos de consumirse como un resentido, el subversor se sacrifica por el grupo y se torna un gran altruista. Por eso, al fin de cuentas, la conciencia del subversor rebelde es una conciencia de la colectividad que despierta y que lleva a todos a una inusitada aventura existencial.

Con el correr del tiempo y el descubrimiento de las nuevas perspectivas sociales, los llamados “subversores” pueden llegar a ser héroes nacionales o mártires y santos seculares. Por eso luego se canonizan o veneran. Recuérdese al monje Savonarola, tan subversivo y herético en sus días, que hubo de ser quemado vivo. Hoy es respetado y va en camino a los altares. Recuérdese a los otros rebeldes de la historia —Jan Hus, Lutero, Espartaco, Moisés, para hablar de los más antiguos—, a quienes hoy se adscriben funciones positivas de regeneración o renovación social. Reléase la historia de las naciones y véanse los casos concretos de la llamada “subversión” que en los momentos de su aparición no fueran arduamente criticados, acerbamente incomprendidos, mil veces cruentamente sofocados por personajes de la tradición cuya estatura moral no alcanzaba ni al tobillo de los revoltosos, y cuya causa de defensa del orden no podía ser justa. En estos casos los antisociales no podrían ser los subversores, sino

3 Albert Camus, *L'homme révolté*, París, 1951, pp. 25-36.

aquellos que defendieron el orden injusto, creyendo que era justo sólo porque era tradicional.

Sin ir tan lejos, puede ilustrar esta tesis lo ocurrido a los jóvenes del Nuevo Reino de Granada que se atrevieron a traducir *Los derechos del hombre y del ciudadano* en Santa Fe de Bogotá, y a pensar distinto en 1794: se les expulsó de las universidades y seminarios, se les encarceló, se les desterró. El chantre de la Iglesia neogranadina de aquellos días de cisma les llamó “ociosos, libertinos y dedicados a la moderna por sus perversas máximas, inclinados y propensos a la subversión”.⁴ Y luego se registra, para vergüenza de la Iglesia y del chantre mismo, que aquellos jóvenes “libertinos y subversivos” eran en realidad los campeones de una nueva libertad. Pero esto no se aceptó de veras sino en 1819, cuando el movimiento de Independencia se había fertilizado con la sangre y vigorizado con la persecución de aquellos llamados “subversores” de unos años atrás. De seguro este conflicto se ha venido repitiendo periódicamente, cada vez que aparecen rebeldes verdaderamente motivados hacia la transformación social y que poseen una nueva visión de las cosas. Así irrumpen en la historia aquellas personas que ponen en duda, con razón y justicia, la herencia del ancestro y el acervo tradicional.

El período que se vive hoy en muchas partes del mundo es un momento histórico subversivo en el mismo sentido futurista, constructivo y positivo que tenían los fundadores de las repúblicas americanas en el siglo XIX. Muchos lo han sostenido y documentado ya: vivimos el momento decisivo de una subversión histórica en que se sientan las bases de una nueva sociedad.

Volvamos, pues, a preguntarnos: ¿qué hay detrás de la palabra *subversión*? Quizá pueda verse ahora que esta palabra tiene una significación infundida por la realidad social y la relatividad histórica. No es un concepto blanco, ni tampoco es negro. Surge del proceso de la vida colectiva como un hecho que no puede negarse y al que es mucho mejor mirar de frente para entenderlo en lo que realmente es. No es moral ni inmoral, porque su naturaleza no proviene sólo de la dinámica histórica del pasado, sino de la proyección utópica que tiene la acción subversiva hacia el futuro.

Esta posibilidad de la función positiva de la subversión (problema epistemológico en el fondo) se olvida periódicamente por los pensadores ortodoxos que tienden a saturarse de la tradición. El análisis de las experiencias latinoamericanas (y de otras partes) prueba que muchas transformaciones significativas y profundas de la sociedad han sido posibles por efecto de la acción subversiva y el pensamiento rebelde. Esto en sí no es nuevo. Pero al llevar la tesis al período ac-

4 Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez (eds.), *El Precursor*, Bogotá, 1903, p. 50.

tual, para poder entender estos momentos decisivos de la colectividad, es necesario darle al concepto de *subversión* aquella dimensión sociológica que permita una explicación menos deformada e interesada, y menos nebulosa, que la ofrecida por publicaciones periodísticas y la influyente literatura “macartista”. Esta explicación sociológica no puede ser otra que la basada en la comprensión de hechos sociales, como las ideologías, las motivaciones, las actitudes, las metas y la organización de los subversores mismos. Por supuesto, estos hechos van cambiando con los tiempos, porque las causas por las cuales se rebela se van modificando. Pero la explicación sociológica podría ofrecer respuestas y evidencias que de otra forma serían imposibles de alcanzar en este campo.

Muchos de estos hechos sociales que causan la subversión, o que la conforman, escandalizarán a aquellos miembros del “sistema” tradicional que se benefician económica y políticamente en las incongruencias y las inconsistencias del orden social existente, y que son expuestas al sol por los subversores. La aprobación de los grupos privilegiados no puede esperarse cuando los cambios propuestos son tan profundos que echan por tierra sus intereses creados. En todo caso, para comenzar a entender este asunto, tómense como punto de partida las motivaciones y pretensiones de los rebeldes. Cuando la rebeldía nace del espectáculo de una condición propia, injusta e incomprensible, o cuando surge de observar en otros los efectos degradantes de la opresión, o cuando a través de la rebelión se busca la solidaridad humana como defensa de una dignidad común a todos los hombres, así, con todo esto, el ser subversor no puede convertirse sino en algo positivo para la sociedad.

Dentro de esta filosofía de la subversión justificada podrán entenderse otros conceptos sociológicos relacionados: cambio marginal, cambio significativo, antiélite, guerrilla. Estos conceptos tratan de representar elementos de una sociedad parcial que se transforma en el seno de otra que persiste en la tradición: son una “contrasociedad”, pero con elementos que van mucho más allá de aquella postulada por Mendras.⁵ Así, la subversión se descubre como una estrategia mayor y un proceso de cambio social y económico visto en toda su amplitud, y no sólo como una categoría para analizar la conducta divergente o los grupos marginales producidos por la industrialización.

5 Henri Mendras, “Pour une sociologie de la contre-société”, en *Revue Française de Sociologie*, CIII, 1967, pp. 72-76. Mendras se basa en la investigación de un tugurio parisiense realizada por Jean Labbens en 1964, en la que se plantea el problema de las relaciones entre miembros de ese tugurio, considerados como marginales y *deviant*, y la sociedad mayor, de naturaleza industrial, que lo engendró.

Sociológicamente puede entonces ofrecerse una definición de *subversión* que traduzca la realidad actual, ya que ésta no se anticipa en los textos comunes o en la enseñanza familiar. La subversión se define como aquella condición o situación que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas (*utopía*) que una sociedad quiere alcanzar.⁶

Al articularse la subversión como una condición particular en el seno de una sociedad, se integran sus componentes para contradecir o contraatacar aquellos otros que se articulan por su parte, y se integran a la vez, alrededor de la tradición. Así, a los valores de la tradición se contraponen los antivalores de la subversión; a las normas de la tradición, las contranormas de la subversión; a la corriente organización social, la organización rebelde, subversiva o revolucionaria; y a la tecnología heredada, la innovación tecnológica correlativa de la subversión. Esta articulación de la subversión como condición social puede diagramarse de la siguiente manera:⁷

Orden social (condicionantes) utopía

Valores	Antivalores	Normas
	Contranormas	
Organización social	Organización rebelde	(“disórganos”)
Técnicas	Innovaciones técnicas	
(Tradición)	(Subversión)	

Según la evidencia histórica disponible, un país puede cambiar de verdad sólo cuando se integran todos los componentes subversivos mencionados y persisten por más de una generación. Si por alguna causa el proceso del cambio se detiene por un tiempo prudencial, ocurre naturalmente una frustración. Por eso, como se dijo antes, la tarea de la transformación integral es dura: en Colombia, por ejemplo, no ha habido sino dos revoluciones exitosas en toda su historia.⁸ Tal esfuerzo de cambio requiere una combinación de factores y mecanismos sociales para asegurar el éxito, entre los cuales descuella la persistencia y el fervor permanente por los ideales de la subversión.⁹

6 O. Fals Borda, *La subversión en Colombia*, Bogotá, 1967, pp. 28-29. Véase la edición inglesa, *Subversion and Social Change*, Nueva York, Columbia University Press, 1968.

7 Este diagrama se basa en el presentado en el libro de O. Fals Borda *La subversión en Colombia*, *op. cit.*, p. 244.

8 *Ibid.*, p. 249.

9 *Ibid.*, pp. 92-93.

El hecho de no haber tenido los rebeldes suficiente conciencia de las complejidades inherentes a la transformación subversiva de la sociedad parece ser una causa de que en la historia de América Latina se registren hoy revoluciones dejadas a medio camino. Conocer tales problemas del cambio profundo, por lo tanto, debe ser un elemento importante dentro de la lucha por la reconstrucción de las sociedades. La latinoamericana no es excepción. Nuestro pueblo ha visto negadas sus esperanzas de redención, los talentos de nuestras gentes se han despilfarrado y el ideal del progreso que les ha animado en muchas ocasiones se ha desvanecido en la humareda de guerras civiles caóticas y sin rumbo.

Esto es menos de lo que nos merecemos en América Latina como herederos de grandes civilizaciones. ¿Podremos los latinoamericanos volver a conceptualizar y articular en palabras e ideas las metas valoradas del nuevo hombre? ¿Podremos llevar las palabras a la acción? He aquí las cuestiones que permitirán determinar si la revolución que se avecina quedará o no inconclusa como otras que han pasado.

EPÍLOGO A LA SUBVERSIÓN EN COLOMBIA*

EL CLÍMAX: GUERRA Y URIBISMO

El propósito de este epílogo *post-scriptum* es actualizar el análisis histórico precedente que, por obvias razones, se detuvo en el año 1965.

1. Un examen resumido de la historia reciente, a partir del régimen del Frente Nacional para llegar al año 2008.
2. Un análisis de la política de “seguridad democrática” vista como clímax sumatorio y saturante de la problemática de la violencia múltiple en Colombia.
3. Una propuesta para la construcción de un nuevo orden social, el quinto de la serie histórica.

MÉTODO Y PERTINENCIA

Para realizar estas tres tareas, como es de rigor, seguiré empleando el marco teórico que ha seguido mi análisis de la historia de Colombia a partir de los aborígenes, marco comparativo que incluye cuatro elementos: los valores sociales, las normas, las instituciones y las tecno-

* Texto extraído de *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, pp. 249-275.

logías, cómo se fueron presentando y variando en las épocas determinadas. En los capítulos 9 y 10 intento proyectar estos elementos, con resultados insatisfactorios por falta de desarrollos objetivos: no consideré necesario eliminar estos dos capítulos, porque teóricamente llevan al esquema triangular que explica el paso de un orden social a otro, empleando la teoría de retractación de la utopía de Gustavo Landauer. Me propongo retomar este esquema, ya con bases reales provistas por la reciente historia, como aparece en la última sección de este epílogo.

Para el análisis de la historia más reciente a partir del Frente Nacional, que aquí he bautizado como *orden social-burgués*, los cuatro elementos constitutivos del orden se encuentran, en general, vinculados unos a los otros. Sin embargo se pueden enfatizar aspectos de uno u otro según la naturaleza de los procesos recludos en las presidencias a partir de Guillermo León Valencia (1964), para terminar con Álvaro Uribe Vélez (2008). En el caso de este último, he dado prevalencia a los factores valorativos relacionados con la característica principal de su gobierno, como es el “guerrerismo”, política cobijada bajo el manto de una “seguridad democrática” que seguramente combina los cuatro elementos teóricos aquí presentados. Lo he hecho así por el gran peso que tienen el belicismo, el armamentismo, las Fuerzas Armadas, los guerrilleros, los paramilitares, el narcotráfico y las mafias para la supervivencia de Colombia como país civilizado y respetable en el conjunto de las naciones. Además, por los peligros que el guerrerismo uribista tiene por la deformación del *ethos* cultural afectado por la inhumanidad del conflicto, causada por la violencia que hemos venido sufriendo los colombianos.

Es, pues, conveniente que al hacer la lectura de este epílogo no se olviden las imbricaciones elementales que afectan normas, valores, instituciones y técnicas y que cualquier plan alterno, como el quinto orden, tendrá que tomar en cuenta para la reconstrucción nacional.

De esta manera, no sólo se da coherencia a este libro, a pesar de haberse comenzado hace 40 años, sino que sigue siendo también para los estudios de la antihistoria, o la historia vista desde las bases populares, pertinente con los métodos y conceptos de aquella época, adaptados al presente. Se abre la posibilidad de utilizar los mismos conceptos y métodos de análisis, aunque hayan cambiado de nombre en algunos casos, como expliqué en el prólogo. Paso entonces a rememorar los tiempos recientes.

Como miembro de la generación de la Violencia —nacido en 1925— me he preguntado muchas veces, junto a otros, si en el largo período de 60 años de conflictos internos palpables y agudos, Colombia ha perdido definitivamente su reconocido temple de nación tran-

quila, progresista, sin guerras fronterizas, en una sociedad más bien bucólica y culta, sencilla aunque señorial de postín, para convertirse en un pueblo bélico, espartano, cruel e insensible a los horrores de enfrentamientos fatales, de delincuentes, criminales y mercaderes de la muerte.

¿Habremos llegado a tales profundidades culturales para sentir que la guerra y el conflicto son cosas tan frecuentes y aceptables que se han convertido en expresiones normales de la vida colectiva, sin que produzcan mayores preocupaciones? ¿Quedan aún resquicios de órdenes sociales anteriores donde la cooperación, el altruismo, la construcción, el amor y el respeto a la vida y heredad humanas puedan todavía ser recuperados y activados?

Verá el lector que ha habido períodos desiguales en los que el belicismo florece, seguido de otros caracterizados por búsquedas afanosas de la paz. Se dirá que ello puede ser lo usual en toda sociedad humana. Pero el caso de Colombia es único en el contexto latinoamericano, y ello no deja de ser motivo de preocupación. Porque 60 años de guerra casi continua puede ser un récord mundial, algo de lo que no podemos enorgullecernos. Por lo menos sería conveniente abrir el compás para entender si seguimos hoy aceptando una “normalización de la violencia” con todas sus aberraciones y distorsiones de cultura y personalidad, o si ya hemos tenido suficiente suplicio y merecemos llegar a la etapa de la reconstrucción social, moral, política y económica que nos merecemos.

Como desarrollo en este epílogo, creo que vamos en esta segunda dirección a causa de fenómenos de saturación guerrerista y acumulación criminosa de los últimos períodos, en especial el actual de “seguridad democrática”, para plantear lo que puede ser el *Kaziyadu* o renacer de un orden nuevo, y satisfacer el quinto orden de la serie histórica que analicé en los capítulos precedentes.

EL RITMO DE LA HISTORIA RECIENTE

El Frente Nacional (*orden social-burgués* de los capítulos 7 y 9) quiso ser un acuerdo de paz entre los dos partidos principales. Hubo gestos conmovedores. Sin embargo, esta alianza para repartirse el gobierno resultó su talón de Aquiles: fue freno para el cambio social necesario y raíz de la corrupción estatal que hasta hoy vuela impune por todos los niveles del Estado. Además coartó la plena expresión democrática de los partidos.

En vez de paz, se intensificó el conflicto interno con la absurda decisión del gobierno de Guillermo León Valencia (1964) de perseguir y bombardear a los grupos campesinos desplazados en Marquetalia, ya con la experimentada dirigencia de Manuel Marulanda o

Tirofijo. De nada valieron los constructivos oficios de una comisión universitaria ante el Gobierno y la Iglesia. Aquel irracional y fútil ataque selló el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de los reductos sureños de donde las FARC nunca volvieron a salir.

El belicismo como política de Estado, al afectar la estructura de valores, empezó a armar sus toldas, y las guerrillas anteriores, lejos de terminarse, pasaron a nuevas etapas de actividad.

Después del análisis parcial sobre la presidencia de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), ofrecido en el capítulo 9, se pueden ver ahora, en perspectiva, las limitaciones reales que tuvieron los gobiernos: el de Lleras Restrepo, el de Misael Pastrana (1970-1974) y el de Alfonso López Michelsen (1974-1978). A aquella descripción se pueden añadir los siguientes desarrollos:

1. En cuanto a Lleras, su importante papel en reconocer el problema agrario como fundamental, creando la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que recibió por un tiempo, de manos del presidente, las llaves del arca de la paz. No fue una iniciativa cualquiera: respondía a una vieja inquietud desde la década de 1920, cuando en Colombia empezó la migración del campo a las ciudades, lo que llevó a fraguar las primeras iniciativas sobre reforma agraria que culminaron en sucesivas leyes frustradas.

La primera Violencia, que se alimentó de esta falla, produjo los desplazamientos, forzados por la política, de una vereda a otra, según voluntades partidistas. Con el correr del tiempo y sin soluciones, el desplazamiento se fue convirtiendo en problema mayúsculo, hasta hoy (2008). Sin embargo, el campo se fue tecnificando más y más, empezando con haciendas tractorizables.

Al recordar la primera ANUC, se habrían visto con buenos ojos aquellas batallas por la tierra que casi cubren el mapa de Colombia. Yo mismo participé de aquel prodigioso esfuerzo, cuando se combatió el latifundio y la pobreza rural, y se pusieron bases para concretar la “investigación telética”, hoy IAP. Era el mejor momento del desarrollismo oficial, al que algunos dirigentes siguen llamando *reformismo*. Pero las fuerzas reaccionarias revivieron ante el gran surgimiento popular de la Anapo de Gustavo Rojas Pinilla (descrito en el capítulo 9), cuyo triunfo electoral de 1970, frustrado por el “chocorazo” ministerial de medianoche, dio el triunfo a Misael Pastrana. Al mismo tiempo alentó la formación de otra importante guerrilla, la del Movimiento 19 de Abril (M-19), de origen urbano y de clases medias. Una vez en el gobierno, Pastrana adoptó su “Operación Colombia” prourbes e impulsó a los terratenientes con el Pacto de Chicoral, y

se desató la guerra contra la ANUC, que provocó la división de ésta. El conflicto general siguió, y se multiplicaron los desplazados de la tierra. Para estos fines se utilizaron elementos tecnológicos y nuevas normas con las que se definió el orden social existente.

2. En cuanto a las antielites posibles, como se figuraban en 1967, se desató lo ocurrido con la disidencia liberal de La Ceja, que en 1966 volvió a las toldas del “lopismo” e ingresó al gobierno de López Michelsen (1974-1978). Allí pudieron constatar el desastre del paro nacional de septiembre de 1977, reprimido con furia y sin contemplar ni respetar los justos motivos económicos de la protesta. Hubo, pues, crisis en el desarrollismo-reformismo de la época. Los otros disórganos analizados de 1967, que daban cierta esperanza para la subversión neosocialista, apenas si mostraron esbozos de su acción, tales como la antielite universitaria, los grupos progresistas en las Fuerzas Armadas, el interés por la teología de la liberación en las iglesias y en los grupos estimulados por la Alianza para el Progreso del gobierno de Kennedy. Sin embargo, su repunte puede registrarse con más claridad hoy en los movimientos neosocialistas hacia el *quinto orden* presentado más adelante. Lo más lamentable fue que la guerra siguió.

Presidentes como Belisario Betancur (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990) comprendieron los componentes valorativos del orden y buscaron la paz, a pesar de los primeros fuertes ataques del narcotráfico. Sufrieron el asesinato de cuatro candidatos presidenciales (los meritorios Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Luis Carlos Gálan, Carlos Pizarro, además de Manuel Cepeda, entre otros). En noviembre de 1985 el país horrorizado observó cómo el Ejército Nacional, enardecido por ideologías reaccionarias y por un triunfalismo ciego, ignoraba la Constitución y desobedecía al presidente Betancur buscando erradicar al M-19, que había tomado el Palacio de Justicia en Bogotá. Este inútil error se pagó con la muerte de los guerrilleros y los magistrados de la Corte Suprema, y con la ruptura de los procesos de paz. Ocurrió el implacable genocidio de la Unión Patriótica, evidente crimen de Estado.

Turbay Ayala (1978) no ayudó con su represivo Estatuto de Seguridad. César Gaviria (1990-1994) auspició la Asamblea Nacional Constituyente, de la cual nació un nuevo pacto por la paz y el progreso: la Constitución de 1991. El desarme y retorno a la civilidad de un buen número de guerrillas fueron tareas sobresalientes de la necesaria pacificación: Movimiento 19 de Abril (M-19), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame, Corriente de Renovación Socialista (CRS). Sólo el ELN y las FARC no se plegaron en parte por un inoportuno bombardeo a

La Uribe (Meta), sede de éstas. Poco después se crearon las “autodefensas” o “paramilitares”, con cuya actividad se intensificó la guerra.

Sin embargo, el desarrollismo asumió entonces su papel beligerante en la forma más salvaje del neoliberalismo capitalista. Los propósitos prácticos y regionalistas de la nueva Carta fueron quedando archivados, y las tentaciones del narcotráfico fueron corrompiendo la política, convirtiéndola en un travestismo inaceptable, el de la “parapolítica” de hoy, alimentando así la vieja espiral de la violencia que tres autores en 1962 habíamos descrito como una gigantesca boa constrictor que apretaba y ahogaba a la sociedad y la cultura colombianas. Y la guerra siguió.

Los presidentes Ernesto Samper (1994-1998) y Andrés Pastrana (1998-2002) también se acercaron a las metas valorativas de la paz. Por primera vez se concedió suficiente espacio y tiempo a tan vital empresa. Hubo canjes y recuperación de secuestrados.

En la zona desmilitarizada del Caguán los colombianos pudimos estudiar 10 asuntos estratégicos con los comandantes de las FARC. A éstos se les vio desarmados e informales. Con varios de ellos se pudo discutir sobre la crucial cuestión agraria. Fue, pues, una rica oportunidad para recordar y retomar los principios ideológicos que habían dado origen a las guerrillas colombianas en general, y a las FARC en particular, cuando el paso de guerrilleros por una zona se acogía con beneplácito por las bases, con gestos de cooperación y mutuo beneficio, sesiones de formación política y avivamiento de esperanzas. Estos hechos serían ensombrecidos por posteriores errores de desinformación, inmadurez o arrogancia que no dejaron de tener dolorosas consecuencias en la eficacia militar y política, las que en el Caguán se habrían podido empezar a corregir con honestidad y valentía, en apoyo de los objetivos superiores y éticos de la lucha armada. La experiencia se extendió demasiado, exasperó al público que esperaba decisiones, y se observaron abusos de poder y manejo que desacreditaron el esfuerzo y abrieron la puerta a nuevas y más extremas soluciones.

RAÍCES, GRIETAS Y PERSPECTIVAS

Los decibeles de la violencia fueron subiendo año tras año, a partir del susurro del ministro conservador Montalvo en el Senado, en 1949, cuando impartió con bendiciones episcopales de hoy venerables beatos, la troglodita consigna de arremeter “a sangre y fuego” contra los oponentes liberales. El susurro se convirtió en grito en cuello con la orden presidencial de no “dejar ni la semilla” (hijos) de los “enemigos de la patria”, orden a “pájaros” que inventaron entonces el “corte de franela” y el de “la corbata” con filudos machetazos. Y la espiral violenta fue subiendo con exquisita técnica para intimidar a la so-

ciudad, al convertir los machetes en motosierras para facilitar los descuartizamientos y desplazamientos territoriales.

Chapinero (en Bogotá) y Medellín, centros magnos de descuartizadores, descubrieron nuevas técnicas: con cuchillos, martillos y palas; a pedacitos con trinchas, como lo hizo una madre con su hijito. A la senadora Piedad Córdoba, a raíz de sus bienvenidos esfuerzos en pro de la liberación de los secuestrados, una caterva de gobiernistas energúmenos la recibió con insultos a bordo de un avión. “Una sobrecarga de la violencia a bordo”, comentó un cuerdo periodista, sobresaturado de lo mismo. No fue sorprendente que a raíz de la marcha del 4 de febrero de 2008, los reaccionarios cavernícolas que siempre han usado el magnicidio como política de Estado —maldición del país durante el siglo XX, a partir del asesinato, en 1914, de Rafael Uribe Uribe por herético y socialista— hubieran amenazado de muerte al presidente del Polo, Carlos Gaviria Díaz, “si se atrevía a salir a la Plaza de Bolívar a exponer las políticas pacifistas de su partido”, amenaza que obligó a los medios a recalcar la necesidad de la “tolerancia”, para evitar desbordamientos incontrolables.

Las razones son claras: después del llamado “fracaso pacifista” de Pastrana, el péndulo de la opinión pública se inclinó hacia la intensificación de la guerra. Los electores encontraron un paladín en el ex gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, donde habían nacido, con su venia, los nuevos “pájaros” o “chulavitas”, ahora llamados “paramilitares”, para imponer orden y control. No hubo pausa para sopesar mejor esta polémica experiencia.

Pero los proyectos continuaron. El país, con Uribe al mando, se embarcó en la más intensa y dura opción bélica de los últimos tiempos. Y este paso fue complejo e intenso, dibujándose como un proceso acumulativo y saturante de todo el instrumental e historial de violencia que provenía del siglo XX, con su trágica espiral. La pregunta es si seguimos paralizados por el monstruo de la violencia, si estamos normalizando todavía su existencia, o si podremos darle el vuelco necesario.

Hay dos perspectivas nuevas que ahora parecen permitir mayor esclarecimiento. La primera es la sensación de que el conflicto interno colombiano no puede dar más, y que ha llegado al punto de decantación sociocultural, económica y política más allá del cual puede por fin ocurrir la temida descomposición nacional interna de tipo estructural y superestructural, con pérdidas de soberanía, algo parecido a una balcanización territorial-regional o a una disolución estatal, con o sin autogolpe, con o sin guerra civil. A estas temidas posibilidades se puede añadir la guerra externa con los vecinos Venezuela y Ecuador; que a los *war mongers* guerreristas nacionales y

extranjeros satisfaría sobremanera por permitirles ensanchar sus negocios, peligro con el que se ha cortejado de manera ligera en meses recientes. ¡Vaya opciones!

Hace poco más de una década, a causa de los proyectos sobre regionalización que preparaba la Comisión de Ordenamiento Territorial, se me acusó de estar propiciando el fraccionamiento del país. Y con esa torpe campaña sólo se consiguió aplazar las disposiciones constitucionales sobre la materia. Hubo, no obstante, el significativo experimento de creación de la primera Región Administrativa y de Planificación (RAP) entre 2000 y 2004, por voluntad de los gobernadores de seis departamentos —Tolima, Huila, Nariño, Cauca, Caquetá y Putumayo—, que lograron demostrar ante el país y en el exterior las ventajas de la regionalización: la región surcolombiana, con sus provincias, sigue viva con su Secretaría en la Gobernación de Nariño. La vanguardia de este movimiento ha pasado ahora (2008) a la región Caribe, con la elección del gobernador del Atlántico, el ex delegado Eduardo Verano de la Rosa.

Pero sigue habiendo obstáculos en la sombra, indicios de que se está llevando a cabo, casi a la fuerza, un ordenamiento territorial que refleja toda la violencia existente. Muchos han reparado en los peligros de disolución nacional que ahora se originan con el control del territorio, como es el caso, por ejemplo, de la alianza que vienen construyendo ciertos dirigentes de la costa atlántica y Antioquia, desde hace muchas décadas con la compra de tierras en Córdoba, ahora a través de grupos armados que buscan reforzar intereses de lucro y poder; con la posible autonomía de una región nueva: la costa paisa, con centros en Caucasia y El Carmen de Bolívar; y con el sombrero vueltiao y el carriel como símbolos. Es una vergonzosa expansión paramilitar, guerrerista y mafiosa a la que le fue fácil imponerse sobre la gente costeña, cuyo *ethos* cultural había sido conformado por los valores de la paz, la apertura, la tolerancia y la alergia a lo castrense.

Mancillada por la violencia andina, la clásica región costeña entró en crisis. De poco sirvieron las previsiones sobre este asunto que hicimos con el notable periodista Armando Benedetti Jimeno, en Sincelejo, durante la campaña presidencial de 2002. Difícil defenderse en el contexto del belicismo. Pero detener esta tendencia bélica sería un esfuerzo regional reconstructivo y digno, sin esperar apoyos del Gobierno central ni del interior de la república, a menos que cambien su tono y dejen de jugar con la suerte del país que va quedando.

Sesenta años de guerra, un récord mundial, parecen ser más que suficientes. *¡Enough is enough!* decía Churchill en 1945, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Aunque a veces no se vea, tal puede ser el sentimiento mayoritario colombiano de 2008. “¡Estamos ahítos de

la actual situación de milicias, guerras y violencias!”, decimos aquí. Y ello puede ser índice de que la disolución nacional es hoy más posible que antes, a causa del autoritarismo imperante. Ahora hay una sumatoria en el destructivo proceso de nuestra violencia múltiple, que sólo se pagaría con la pérdida de las libertades. Quedaría la oportunidad reconstructora de la subversión moral en el punto crucial de interacción instrumental de nuestra sociedad, como adelante lo detallo. A menos que se quiera, de manera criminal, desbordar el conflicto interno y convertirlo en internacional.

La segunda perspectiva esclarecedora es que está ocurriendo lo que parecía más difícil: un comienzo de articulación del neosocialismo en su modalidad autóctona, raizal o radical, como solución *in extremis*, al abrirse paso un *quinto orden*, según nuestro esquema analítico general. Y en ello está envuelta la política de “seguridad democrática” del uribismo, en su sentido real y no aparente o manipulado, como se ha ejercido aquí.

Para empezar con el primer motivo, recapitulemos un poco: las referencias a la necesidad de rebeldes y herejes para trabajar por la paz y la pronta transformación socio-política, económica y cultural son recurrentes en este libro y tienen actualidad. Está aún vigente el sacro derecho a la rebelión justa. Con excepción parcial de lo que empieza a hacer el Polo Democrático Alternativo, sus adláteres y predecesores, ¿cómo no han podido llegar al poder y desplazar a los responsables de la tragedia? ¿Y por qué no se destapan las “causas objetivas” de los conflictos, a lo que se refirió el presidente Betancur? Es fácil descubrirlo: con la violencia múltiple sembrada desde los palacios, la masacre premeditada, el magnicidio, el narcotráfico y el paramilitarismo camuflado, como el que se está organizando peligrosamente en las ciudades. Además, dejando que las mafias secuestren a los gobiernos, tanto los locales como el nacional.

Añádanse otros índices de violencia y conflicto, como los usuales sobre delincuencia, pobreza, hambre, desplazamiento, violencia intrafamiliar; etc., más innumerables campos minados, fosas comunes y los patéticos ríos de sangre y cadáveres, y obtendremos un tétrico retrato de la realidad colombiana actual, empeorada desde hace por lo menos dos generaciones. Así nunca habría seguridad ni democracia, ni la ilusoria paz de las carreteras, apuntalada por tanques y tropas para solaz de bañistas e industrias de turismo.

EL CLÍMAX DE LA VIOLENCIA ACUMULADA

En efecto, puede verse que el régimen del Frente Nacional (*orden social-burgués* que sigue hasta hoy) no cumplió su promesa pacificadora, y que la guerra continuó, adoptando nuevas formas de violencia.

Ya ésta no era sólo bipartidista: ahora adquiría dimensiones económicas, religiosas y de narcotráfico. La pobreza rural que afectaba a todos los elementos del orden social-burgués se alivió y se frustró la reforma agraria por enésima vez, haciendo que el campesino se refugiara en los cinturones de pobreza de las ciudades y acudiera más y más a las urnas. Se levantaron en guerrillas contra el sistema y el régimen dominantes. Las políticas neoliberales empeoraron la situación, sin crear suficientes empleos, pero abrieron cauces para la introducción e inversión de dineros ilegales que fueron apoderándose de las industrias nacionales y del Estado.

La delincuencia y criminalidad se agudizaron y llegaron a índices nunca vistos. De poco valieron las reformas constitucionales de 1991, que se dirigían a aliviar, por lo menos, las peligrosas situaciones creadas, como en el reordenamiento territorial que buscara un equilibrio regional e interregional. Y el fracaso del Caguán dramatizó que sus gobiernos habían perdido el rumbo. Sólo la violencia, ahora múltiple, subía en intensidad, formas y efectivos. Se movía hacia un clímax saturante en el que la militarización de la nación y la socialización de la guerra eran políticas aceptadas por gran parte de una población que prosperaba materialmente, pero que se empobrecía espiritualmente. En esta transición empezó a deformarse el *ethos* cultural y a destruirse el alma del colombiano reconocido.

Con estas nuevas tendencias probélicas en pleno auge, apareció en el año 2001 la candidatura presidencial del doctor Uribe. Él había sido denunciado en 1997 por la revista *Alternativa* como fundador e impulsor de las cooperativas Convivir, que se convirtieron en guaridas de paramilitares, los más temibles criminales conocidos del país, en adelante empleados para combatir las guerrillas con la anuencia directa o indirecta del Gobierno. Llenó la copa de la expectación y barrió con las otras candidaturas en la elección de 2002. Pero aquellas dudosas decisiones en Antioquia con sus muestras de ilegitimidad han perseguido al presidente, que no ha podido descartarlas, como si fuera el trágico destino del desgraciado navegante a quien le seguía, día y noche, la sombra del albatros, el pájaro de la muerte, según el poema de Coleridge. La posesión del cargo fue premonitoria: cayeron morteros en el Palacio de Nariño, con la acusación renovada de tratarse ahora de un régimen ilegítimo de origen, lo que quedó aún más claro en la reelección de 2006, dominada por los paramilitares y congresistas hoy en la cárcel. Y la violencia subió de nivel, y el orden social-burgués se vio en peligro de disolución, por quedarse con un Congreso Nacional sin solvencia moral.

Las tendencias a la intensificación de la guerra estaban marcadas, y el presidente Uribe se encargó de traducirlas a la práctica gubernamental.

mental con relativa eficacia. Se reforzaron las Fuerzas Armadas. Las dos guerrillas —ELN y FARC— se replegaron a las selvas y al mismo tiempo se militarizó el espacio nacional con pleno cubrimiento, con ayuda de los Estados Unidos. También aumentó la presencia del capital subterráneo y la guerra entre mafias, que pasaron al dominio político y al control territorial. Las grandes comunidades afrocolombianas creadas en el Chocó empezaron a ser invadidas por los “paras”, fenómeno que fomentó la expansión de la pobreza y del desplazamiento.

Las tensiones estructurales del orden no se aliviaron, y sus grietas se abrieron todavía más. La militarización de la sociedad procedió a su plenitud, con el beneplácito de mayorías electorales que acudieron a reelegir al presidente. Algo inusitado, porque era apenas el segundo de cinco casos a partir de Rafael Núñez, en que un mandatario lograba pasar a un segundo período. Semejante logro fue el premio adjudicado a quien ya personificaba a la nueva oligarquía que, apoyada con armas y narcóticos, creía haber encontrado la mejor salida a su crisis secular: Álvaro Uribe fue reelegido en 2006, y el conflicto continuó con fuerza. Veamos algunos de los principales factores involucrados en este proceso.

SOCIALIZACIÓN DEL GUERRERISMO

1. Con el mandato de la “seguridad democrática” refrendado en las urnas, el nuevo régimen uribista empezó a irradiar desde la Casa de Nariño los valores sociales adecuados a sus fines. El primero y más notable ha sido el del *autoritarismo*. Éste se ha afirmado fácilmente en la tradición nacional del padre duro y gritón. Tal fue la imagen que el presidente proyectó, en especial, durante el primer período.

2. Se ha empleado un *lenguaje sibilino* inspirado en George Orwell y su novela *1984*, para convencer a las masas sobre las bondades del régimen cuando éste en realidad sólo trataba de mantener el *status quo* y defender intereses creados. Hay elocuentes ejemplos de ello, como los siguientes:

En primer lugar, ha sido la manipulación del clásico concepto del “delito político” ligado a la idea de sedición, que quiere poner en el mismo plano la resistencia y la rebeldía como, por ejemplo, Moisés y Espartaco, ambos culpables de delitos políticos de alta motivación moral. Ahora la situación gubernativa colombiana es peor, y las motivaciones tienden a nublarse. Este gobierno olvida o pasa por encima de doctrinas ortodoxas como las de la guerra justa de Santo Tomás de Aquino, las motivaciones bélicas de un Cromwell, las luchas de la Gaitana de Chocontá en la Independencia, seguidas por las fuerzas

de Nariño, Bolívar y Santander —*bandas* según los realistas—, que eran los subversivos de la época, hasta cuando, con su triunfo, quedaron consagrados como Libertadores. No pueden cortarse con la misma tijera al Padre Torres y a Jorge 40. Los gobiernos han estado terrible y quizás dolosamente desorientados. No parecen tener un norte ético.

Otra manipulación de informática es la del indiscriminado empleo del término *terrorismo* que, como se sabe, fue ideado y utilizado hace muchas décadas para fines concretos de guerra en los países del Norte. De allí se exportó al Sur; y en Colombia lo repiten como loros. Puede haber sinónimos castizos más sonoros y específicos, menos vacíos de sentido.

El paroxismo presidencial sobre “terroristas” aplicado a las FARC, ELN y otros grupos armados viene de hace tiempo, pero de manera obsesiva en el caso de recuperación de presos o rehenes en el Guaviare por helicópteros venezolanos (enero de 2008). Casos como éste son índices de la supina ignorancia de nuestros gobiernos colonos. Las autoridades mundiales sobre este tópico están en el Norte. Dejémosles a ellos esa dudosa distinción, con lo que disimulan sus crímenes de Estado actual (quedarían incursos de terrorismo al imponer las fumigaciones con glifosato sobre población y naturaleza, porque son causa de grave destrucción y muerte); el gobierno ha cometido crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza, comparables a los de Al Qaeda en Afganistán y ETA en España. Recordemos que en esos países —incluso en California— el gobierno norteamericano no ha permitido el uso de ese veneno. En cambio, hay que especificar en cada caso de qué hechos o actos se trata, y de sus motivaciones. Y dejemos la famosa lista internacional en la pila de desechos que merece en la historia.

Resultó positivo emplear a fondo la labia convincente del “culebrero” paisa, apoyado por expertos mediáticos guiados por las técnicas del Gran Hermano que todo lo ve, en cuyo Estado la verdad es mentira y la mentira es verdad. Para ello los medios de comunicación colaboraron sin ambages.

Además se inventaron consejos comunitarios en los municipios, que se constituyeron en mecanismos de control gubernamental. Allí quedó en evidencia la gran capacidad de trabajo del presidente Uribe y su extraordinaria memoria (le ganó a Turbay Ayala). Se han diferenciado de los Consejos Comunales inspirados en la IAP (investigación-participativa), en los que la regla es proceder de las bases hacia arriba, privilegiando y respetando a los dirigentes locales auténticos.

3. La situación guerrerista se encaminó en diversas direcciones, para asumir representaciones y *valores bélicos*, como es la creación de sol-

dados campesinos, política que ha destruido la esencia de la familia rural; la mezcla de lo formal e informal en la sociedad al asumir patrones abiertos o encubiertos, como en una presidenta del Congreso Nacional que aparece con uniforme de capitán del Ejército con los despachos oficiales; el auge de universidades y colegios militares; la bendición de sables por capellanes eclesiásticos; la vigilancia privada; la promoción de la carrera militar como supremo sacrificio patriótico; el éxito a la veneración de vírgenes de sicarios con el culto de los capos y bandidos regionales, tales como San Pablo Escobar en Antioquia y San Efraín González en Santander y Cundinamarca.

4. *Auge del armamentismo*, expresado en el aumento desmesurado de recursos fiscales para las Fuerzas Armadas, que ha alcanzado casi a la mitad del presupuesto nacional, en detrimento de las obligaciones constitucionales para la educación, la salud, la vivienda y otras necesidades de los pueblos. Evidentemente, cómo equilibrar esta tendencia y poner riendas a la maquinaria de guerra que vive del conflicto y de su permanencia, es parte del problema que lleva al clímax trágico en el que estamos, y peso muerto para el desarrollo.

5. *El inaceptable silencio* que sobre estos aspectos han mostrado las más respetables instituciones, como las iglesias, las academias, las cortes y las cámaras, con algunas excepciones, además. El Congreso Nacional se ha desacreditado por la “parapolítica” y ha perdido su autoridad moral.

6. *Las guerrillas asediadas* —antes partes del paisaje— en sus reductos han venido perdiendo su antigua eficacia militar y política, envueltas en problemas estructurales que desbordan su personalidad e ideología. Así han dejando inconclusa su histórica misión de cambio social y están dejando un vacío socializante difícil de llenar.

SATURACIÓN DEL GUERRERISMO

Se empiezan a expresar con fuerza las grandes mayorías que ya están cansadas de los procesos de socialización bélica atrás descritos. Hasta el momento, las mejores pruebas de esta positiva reacción se observaron en las marchas del 4 de febrero y 6 de marzo de 2008. Por varias veces repetidas, la manipulación mediática oficial recibió la tunda que ha venido mereciendo.

El pueblo llano fue más suelto y auténtico: descubrió que estaba aún vivo y que podía pensar y actuar. Resultó más maduro de lo esperado. Su presencia activa hizo imposible la controlada maniobra que ha buscado mostrar el unanimismo de otras campañas. Ahora se oye un grito que proviene del magma histórico. “No más guerra”, “quere-

mos el acuerdo humanitario”. Así, inesperadamente se despolarizó el país en instantes inolvidables. Es lo que en sus comentarios, algunos notables periodistas llamaron “el nuevo consenso”.

Por último, y para fines de reedición de este libro, está más claro que nuestro viejo conflicto interno no sólo ha llegado a su clímax en estos seis años de régimen uribista, sino que ha alcanzado a hacer erupción como un volcán para salpicar y llegar a países vecinos. Aunque esta extensión del conflicto venía de mucho antes, en especial en forma de refugios guerrilleros y actos de retaliación oficial, contrabando de armas y drogas, los peligros quedaron en evidencia por el incidente fronterizo entre Colombia y Ecuador; por el ataque de las Fuerzas Armadas de Colombia al campamento del comandante Raúl Reyes, el 1° de marzo de 2008. Este hecho demostró que el conflicto interno ya había desbordado las fronteras nacionales y que se había abierto el cráter del clímax de la violencia acumulada y saturante. El manejo diplomático subsecuente, que debía destacar los principios universales de soberanía y defensa de los Estados, sólo dramatizó que se abría paso el inevitable anticlímax.

ASOMOS DEL ANTICLÍMAX

Lo que hemos visto parece demostrar que la violencia y el guerrismo se han aclimatado entre nosotros, como resultado de la socialización del conflicto. Hemos transformado y deformado nuestro *ethos* cultural. Pero se puede también interpretar como síntomas de una saturación patológica. Cada hecho o acto que afectan los cuatro elementos analizados (valores, normas, instituciones y técnicas) llevan consigo cargas recónditas de contradicción y rechazo de las conductas implicadas. Por eso se palpa el cansancio de las rutinas anteriores, el rechazo consciente a la “normalización de la guerra”. En cambio, se perciben los síntomas positivos del anticlímax, los que serían nuestros pasos tácticos siguientes. Los últimos incidentes son prueba de las incompetencias de los gobernantes colombianos, que dejaron crecer el monstruo de la violencia y dejaron que abortaran las posibles soluciones. El presidente Uribe recibió la herencia envenenada de aquellos fracasos anteriores, y no pudo detener la ola del *tsunami* creado por la acumulación patológica.

De allí el inevitable estallido de la violencia secular que se ha observado durante su mandato. Cabe esperar que estas aguas torrenciosas se vayan quietando ante todo dentro de nuestras fronteras, porque aquí está la fuente originaria de los desastres, y que los acuerdos políticos y diplomáticos cumplan su cometido. La otra posibilidad es la reducción de la erupción del clímax para revertir su energía a las rampas circundantes del sosiego colectivo interno, el progreso

general con justicia social y la paz política, posibilidad que también sentimos proceder con la reacción popular no manipulada de las mayorías.

Así lo vimos en las grandes marchas, y en el más bello asomo del anticlímax por la paz, que fue el gigantesco concierto por “Paz sin Fronteras”, ejecutado el 16 de marzo de 2008 en Cúcuta por siete maestros de la música popular, todos de fama mundial. Los signos antibelicistas fueron claros: no se invitó a los presidentes, y los discursos, así breves, enfatizaron las consignas de todos los artistas, encabezados por Juanes, que seguramente hicieron a los obdulios guerreristas y manipuladores orwellianos de la Casa de Nariño castañetear los dientes de pura furia: “No queremos guerras”; “Queremos que los soldados y policías vuelvan a sus hogares”; “Vamos a una nueva era, como hermanos”. Doscientas mil personas vitorearon estas positivas consignas. Los pueblos quieren la paz como nunca; ahora debemos exigir de los gobiernos mayor respeto por las aspiraciones y necesidades de los pueblos.

“Vamos a una nueva era”, según los cantantes de Cúcuta. Y para ello debemos prepararnos desde ahora con generosidad, reparación y perdón. Es lógico que la dirección y la administración del anticlímax deben quedar en manos de un equipo político y humano distinto de aquel que ha dirigido y administrado el clímax guerrerista. Y hay asuntos de orientación valorativa, normativa, institucional y técnica que recomiendan este traslado. Un cambio en el Congreso Nacional, hoy sin ninguna autoridad moral, incluyendo nuevas elecciones en todas las entidades territoriales sin las coacciones y aberraciones que convirtieron en ilegítimas a las corporaciones vigentes. Y adelantar con sobriedad y respeto por los valores fundantes una nueva elección presidencial, que permita con justicia remover al actual titular. No deberá ser difícil si se sigue el ejemplo del presidente Pedro Justo Berrío en Antioquia, en 1874, cuando hizo abortar la campaña de su segunda reelección porque, como lo dijera, “él [Berrío] no era indispensable” (véanse las conferencias que dictó Fals Borda en 2004 en la Universidad de Antioquia, p. 7). Pruebas de grandeza, honestidad y verdadero patriotismo son las que se están necesitando para sortear tan difícil cruce de caminos.

La notable revista británica *The Economist* vio con claridad el peligro subyacente al sostener que, aunque “Uribe sigue siendo visto por millones de colombianos como salvador, al punto de que pueda ser demasiado popular para el bien del país”,¹ no podemos dejarnos engañar con estadísticas y encuestas manipuladas, porque la popu-

¹ Citado por *El Tiempo*, 20 de abril de 2008.

laridad no confiere legitimidad, como nos lo recuerda el jurista Rodolfo Arango.

Una Asamblea Nacional Constituyente con los lineamientos mínimos de la de 1991, que era un acuerdo de paz, como lo ha propuesto el Polo Democrático Alternativo, sería indispensable.

Con todo el homenaje y el respeto que merezcan los anteriores y actuales mandatarios, a pesar del dolor y las protestas que este paso pueda inducir en quienes han sido beneficiados por las políticas descritas, el país, apenas en convalecencia, no soportaría semejante desplante. Por eso, en este libro me atrevo a proponer pasos y medidas de transición que considero posibles, como explico más adelante. Paz para Uribe, paz a las guerrillas, paz a Colombia y sus pueblos.

Por estas coyunturas dramáticas corre su curso el presente año de 2008, que cierra la presente obra. No puedo menos que pensar que la dinámica desatada lleve a la cúspide del clímax hacia la esperanza de solución de nuestro viejo problema. Su continuación es intolerable.

De allí el tono positivo con el que cierro estas páginas y abro la discusión sobre el futuro dentro del marco teórico de los órdenes sociales intercalados por subversiones morales. Es consecuencia lógica de lo que viene descrito, y espero que el problema quede claramente esbozado. Es el primer paso para su solución.

Según el esquema teórico adoptado en 1967, creo que el orden social-burgués, aún vigente, no ha logrado sus objetivos de paz y progreso; por lo mismo, estamos entrando a otro período de transición, a lo que Camilo Torres Restrepo llamaría *la subversión neosocialista*. Así se prepararía el advenimiento de un quinto orden que, según nuestro esquema global, incluiría los cuatro elementos mencionados atrás. El juego de estos elementos es el que examino en la siguiente y última sección de la obra.

¿HACIA UN QUINTO ORDEN?

Semienterrado el pluralismo camilista por la incomprensión y la represión, cerrado el Frente Unido y clausurado su periódico, sólo tuve espacio para reiterar la utopía (capítulo 9) y esbozar la llegada de un cuarto período subversivo moral, el “neosocialista”. Hasta aquí pudo llegar la profecía, una vez rota la ortodoxia. Y la profecía pudo apenas mencionar la llegada de un quinto orden postsubversivo que —muchos sospechan— puede identificarse con la reciente concepción política de un “socialismo del siglo XXI”, distinto del socialismo real que hemos conocido.

Aunque he criticado este mote por lo indeterminado, me sorprende que haya ocurrido semejante coincidencia en la idea. El “socialismo del siglo XXI” puede ser el que no alcancé a detallar, sino apenas a

recomendar en 1967. Pero por algo han corrido 40 años de nutrida historia, y por algo la teoría de la subversión moral se ha sostenido ante la crítica, ya incorporada en algunas enciclopedias filosóficas.

Por lo tanto, no voy a dejar aquel vacío y procederé a tomar lo esencialmente clarificado como punto de partida. Uno es la definición formal del término *subversión* como “aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiera alcanzar”, definición muy distinta de la de “desarrollo socioeconómico” enseñada por la tradición. Otro punto de partida que proviene del capítulo 10 es el referente a los tres mecanismos de compulsión: hegemonía política, habilidad directiva, y difusión social y diáspora de elementos rebeldes. No sobra recalcarlo para los nuevos movimientos políticos, como el Polo Democrático Alternativo (PDA).

Un importante fundamento histórico para estos fines es el hecho de que el socialismo no es nuevo en nuestro país. Desde mediados del siglo XIX hay dos períodos subversivos en los que los condicionantes del cambio van inspirados por esta ideología.

Desde los artesanos, estudiantes y campesinos, de Lorenzo María Lleras y el ejército de José María Melo, en 1854, cuando llegaron al poder estatal, hasta los obreros de Francisco de Heredia, Luis Eduardo Mahecha y María Cano en 1927, hay que sumar al pionero Rafael Uribe Uribe, quien en 1904 predicó el socialismo, el grupo de Los Nuevos, y del Café Windsor, la antielite crítica de la época, constituida por las luminarias evocadas en el capítulo 7, encabezadas por don Luis Cano, León de Greiff, Carlos Lozano —el egregio suicida— y Germán Arciniegas, antielite a la que pronto se uniría la juventud anticentenario de Jorge Zalamea Borda y compañeros, más el contingente que hacia finales de la década apareció con Jorge Eliécer Gaitán, Gerardo Molina y Antonio García. Nacieron así los primeros partidos socialistas (1924) y comunistas (1930), sin los cuales el Partido Liberal no hubiese accedido al poder.

No seré plañidera porque aquellos primeros esfuerzos se afectaron por las ofertas y tentaciones de la cooptación, por la dura represión y errores de estrategia y cálculo. Los trabajos y desvelos por el pueblo de muchos de estos líderes y otros se palpan y aprecian todavía. Colombia no sería la misma sin aquellos aportes: sería peor. No es éste el sitio para hacer cargos ligeros, sino para reconocer sumatorias. Por eso, a la espléndida lista de pioneros colombianos del socialismo conocido, podemos ahora añadir el nombre de Camilo Torres Restrepo como fundador de la nueva modalidad del socialismo, el de nuestro siglo, el de raíces propias, inspirado en los logros de

nuestros pueblos originarios del trópico y preocupado por buscar su felicidad y progreso.

En lo que a juicios, evaluación y cargos se refiere, hay que ser justos, así a veces pueda resultar doloroso. Me refiero al reconocimiento de los aportes y esfuerzos que en nuestro país han hecho por décadas disórrganos connotados, como las guerrillas ideológicas y grupos armados inspirados en causas superiores o justas en beneficio de nuestro pueblo, tal como expliqué antes. Para el claro e inobjetable advenimiento del *quinto orden* se hace necesario que desde ahora mismo, sobre la marcha o en pasos escalonados o finales de procesos activos, se hagan cortes de cuentas al personal involucrado, exámenes serios de idoneidad moral y ejercicios similares hasta en lo administrativo y comunicativo.

Es también motivo para intensificar los estudios propios y con personal externo comprometido sobre la experiencia guerrillera y sus líderes, más de lo que se ha hecho hasta ahora, como por Arturo Alape y Joe Broderick. Hay que estudiar y usar la cabeza, habría dicho Ingrid Betancourt, la más distinguida de los presos y retenidos de las FARC.

No son suficientes los consejos de guerra que por razones de jerarquía no son eficaces, tanto en las guerrillas como en las propias Fuerzas Armadas. Se necesitan veedores internos y/o externos de temple ético e idoneidad técnica que, a semejanza de comisiones de la verdad en otros países, aíslen, identifiquen y recomienden castigos por violencia y crímenes de lesa humanidad, con base en los propios idearios originarios o en leyes nacionales y disposiciones internacionales, que corrijan y rehabiliten la memoria de las organizaciones históricas y sirvan de puente para el enriquecimiento del *quinto orden*.

Suficiente con recordar estos antecedentes y trabajos que destruyen prejuicios de los grupos de la reacción. La tesis se enriquece ahora con tales hechos y con la utilización de la hipótesis sobre refracción del orden social-burgués, el cuarto de muestra cuenta. Y que los condicionantes para la aparición del quinto orden, una vez cumplan la etapa subversiva del neosocialismo, ya pueden definirse e identificarse con mayor claridad que hace 40 años.

ELEMENTOS DEL QUINTO ORDEN

En efecto, hay vestigios todavía de los valores clásicos positivos y de importantes expresiones vivas de normas fundantes de nuestros pueblos originarios, tales como la solidaridad de los indígenas, el libertarismo de los afrodescendientes, la dignidad de los campesinos y comuneros, y la defensa de la autonomía de los patricios y colonos internos. Éstos son los verdaderos conformadores de la

nacionalidad colombiana, aun soportando los abusos de las castas dominantes europeizantes y desaliños de foráneos explotadores. Son los grupos clave de la nueva subversión. Pueden ser pocos y parecen inermes, pero tienen el potencial de lo que Arnold Toynbee llamó “minorías creadoras”. Se hallan ya alertas y activas en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Perú, México, Nicaragua y Paraguay.

Hasta en los Estados Unidos ha aparecido, como un rayo, un “candidato de la esperanza y del cambio”, Barack Obama, que propone trabajar de las bases hacia arriba, con y por los más pobres, que se precia de no ser “ciudadano de Washington” y de ser bisoño en política, y otras tesis muy conocidas por nosotros los tropicales. El reto de Obama a los políticos tradicionales es fuerte y directo, en lo que le acompaña la juventud ante abstencionistas. “Acompáñeme”, dice Obama, y la multitud ruge como antes sólo había hecho con Martin Luther King.

Tal es por lo menos la esperanza de quienes desde las izquierdas democráticas radicales de todos estos países hemos querido sembrar las semillas de la comprensión y de la tolerancia, de la participación y la democracia directa, el mutuo respeto y el respeto por la vida y por la naturaleza, el cariño por nuestros ancestros y la recuperación de la historia olvidada de los pueblos. Porque para nosotros ser de izquierda significa comprender y amar.

Hemos querido construir la sociedad con ideales compartidos. Y para ello nos hemos valido de fundamentos, movimientos, partidos populares, desde el Frente Unido de 1965 hasta Colombia Unida en 1987, Alianza Democrática-M-19 en 1990 hasta el Frente Social y Político y el Polo Democrático Alternativo en 2002, hoy afortunadamente presidido por el ex magistrado y profesor Carlos Gaviria Díaz, capitán de su unidad y guía de sus avances y triunfos como la gran fuerza política nacional.

En el nuevo orden hay que dar prioridad al retorno a la tierra para todo el campesinado víctima de la guerra, en particular para los millones de desplazados por los paramilitares, desde su aparición como “pájaros”, y por su criminal usurpación de las mejores tierras productivas, como las del minifundio. Ni el actual ni los anteriores gobiernos prestaron atención a lo que desde la década de 1950 se llamó *reforma agraria*, excepción hecha durante el cuatrienio de Lleras Restrepo. La situación del campo es hoy peor, siendo que la cuestión agraria ha sido abrevadero principal de las violencias, desde el fiasco de la Ley 200 de 1936.

A esa fuente de conflictos hay que volver los ojos y respetar, además, nuestra vocación agrícola tropical y autoalimentaria, y dejar de

pensar que el “desarrollo” agrícola se hace enriqueciendo a los capitalistas del campo. Los gobernantes que así piensan y actúan traicionan la esencia de la identidad nacional y demuestran que no tienen ceñimientos, como quedó demostrado en la vergonzosa entrega de los terrenos de “Carimagua” a intereses multinacionales ligados al neoliberalismo presidencial. Así pudiera haber razones técnicas en aquella decisión, no podía haber excusas. El gobierno uribista mostró así tener corazón pequeño y bolso grande. Allí sus preferencias políticas deben ser reconvenidas por las cortes y la Procuraduría, y sustituidas lo más pronto posible por virtud de nuestras leyes.

A los desplazados debe dárseles toda la reparación necesaria, de los recursos que hoy monopolizan las Fuerzas Armadas para continuar las políticas bélicas. Mantener la propiedad de la tierra concentrada en pocas y muchas veces ensangrentadas manos es aberrante, injusto y peligroso. Seguirían avivando indefinidamente la causa original de la violencia secular de nuestro sufrido país.

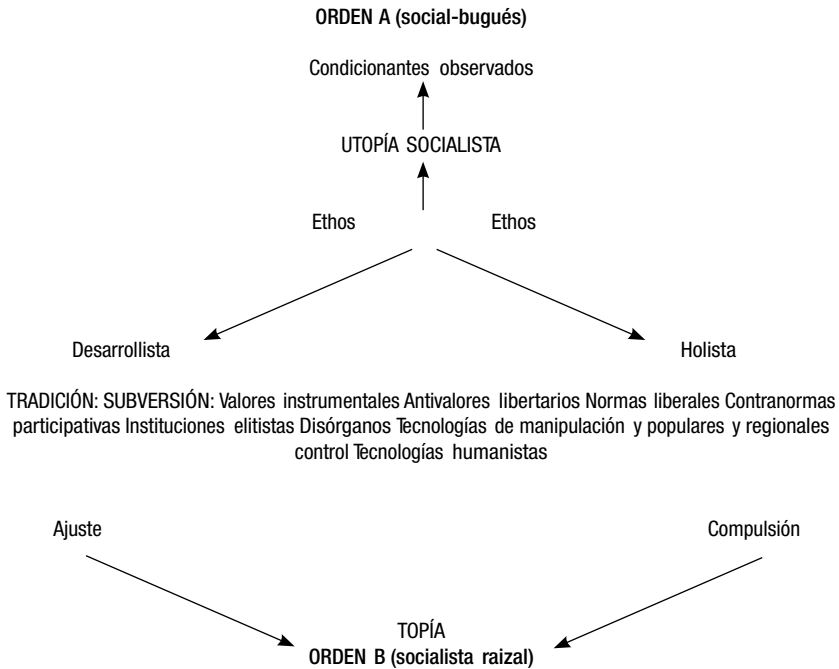
El aporte del Polo en esta estratégica materia, como grupo clave de la subversión moral hacia el neosocialismo, viene a ser fundamental, en espera de que logre resolver sus dos tensiones: la interna que permita mantener las mayorías que favorecen el cambio social y político, y la externa, que busca atacar al radicalismo de izquierda democrática y aplicar la visión del pragmatismo cortoplacista.

* * *

Siguiendo el marco telético de la subversión moral en su cuarta expresión neosocialista colombiana, podemos representar la refracción del orden social-burgués vigente por el impacto de la *utopía socialista raizal*, que como hemos visto se ha venido discutiendo desde hace tiempo.

Para plantear esquemáticamente el advenimiento del quinto orden contamos con la gráfica introducida al final del capítulo 10, que muestra cómo, en teoría, se refracta el orden vigente en sus elementos condicionantes: valores instrumentales/antivalores libertarios; normas/contranormas participativas; instituciones elitistas/disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/ disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/tecnologías humanistas. Se crean así dos columnas opuestas: una, la de la tradición, y la otra, la de la subversión moral. Las fuerzas sociales que inciden sobre el proceso son el ajuste y la compulsión, que vienen suficientemente documentadas para crear la nueva *topía*.

Dos *ethos* se enfrentan: el desarrollista o reformista que defiende el orden, y el holista que busca transformarlo. El esquema se replica de la siguiente manera, para llegar al quinto orden.



Tales han sido los marcos, teorías, métodos y propósitos centrales del presente libro, como “visión del cambio social en la historia” de Colombia y de otros países colonizados por Europa. Queda una duda lacerante que se ha planteado muchas veces sobre el ritmo generacional y el papel de grupos clave para el cambio. Llevamos dos generaciones frustradas por el inconveniente cambio realizado por los dirigentes. Es necesario revolcar no sólo a los gobiernos sino al proceso cultural y educativo desde sus cimientos e insistir en ellos con diversos medios eficaces por otros

30 años. Colombia no puede seguir siendo el desgraciado Prometeo, condenado por los dioses a que aves de rapiña devoraran sus entrañas hasta el fin de los tiempos. ¿Lo soportaremos? La tarea en el fondo es también ética. Por eso conviene refrendar la gran consigna de Jorge Eliécer Gaitán y trabajarla: “Por la restauración moral de la república, ¡a la carga!”.

Nuestras deidades no son tan crueles como las griegas. Apelemos a su ancestral compasión y a nuestros grandes héroes y heroínas populares, tales con los retos para grupos clave como el Polo y sus componentes con el revolcón radical necesario. Sí, a menos que sigamos con

un pragmatismo corto y con la fatal mentalidad de borregos aguantadores, víctimas del manipuleo mediático. Por fortuna, hay ciertos hechos nuevos que permiten una pizca de optimismo: comentaristas cada vez más críticos, valientes, afanados por la rutina fatigante de la acumulación belicosa; la presencia masiva de participantes serenos e independientes en la marchas de 2008, ciudadanos serios que no se dejaron impresionar por el sectarismo del régimen; el despertar de la juventud abstencionista, que está entrando cada vez con mayor fuerza en la lid política que debe ser corregida; la presión internacional por el respeto humanitario que rompa el absurdo aislamiento de nuestro país por causas que los colombianos hemos visto con justificada desconfianza; el retorno a la tierra como vocación natural de nuestro pueblo tropical.

El magma refrenado por decenios empieza a hacerse visible en erupciones sucesivas. El magma es vida, es síntoma de reconstrucción. El país está dando muestras de cansancio ante los excesos guerrerristas y paramilitares. Si las tendencias pacíficas continúan, como parece probable en lo que va corrido del presente año, habría espacio para tener alguna esperanza de que Colombia vuelva a los ritmos de su vena civilizatoria y cultural.

Por eso —ojalá no sea víctima del deseo— al cerrar la presente obra no puedo menos que gozar imaginándonos libres de la boa constrictor de la guerra, deteniendo la espiral de nuestra violencia ancestral. Dos generaciones hemos resistido la tragedia nacional: es suficiente el castigo. El cambio viene y el quinto orden puede llegar. Y recordemos que, según nuestros abuelos, no hay quinto malo.

II. Los análisis político-económicos

.CO

Darío Mesa

PARA UNA POSICIÓN DEL PUEBLO

TREINTA AÑOS DE HISTORIA COLOMBIANA (1925-1955)

ESTE TEXTO SE PUBLICA AHORA, de nuevo, en su integridad, tal como apareció (salvo una nota de introducción relativa a la caída de Rojas Pinilla) en el número dos de la pequeña *Revista Horizontes*, publicada legalmente por un grupo de oposición avanzada. La revista *Mito* publicó paralelamente un fragmento con el título de “Treinta años de historia de Colombia”, divulgado luego en medios universitarios. La primera parte, que señala la atmósfera y los movimientos políticos de entonces, tiene la percepción de tendencias de nuestra realidad. En todo caso, retiene momentos de ese tiempo hoy casi olvidado.

Las últimas declaraciones y posiciones de los partidos tradicionales y de sus distintos grupos nos incitan a pensar en lo que realmente acontece en el país. La observación de los últimos sucesos nos convence de que los movimientos de la oposición y del gobierno son apenas el reflejo en la superficie política de procesos más complejos y dinámicos de lo que aparece en las palabras de los dirigentes. Uno puede convencerse de ello analizando los manifiestos y las declaraciones y, sobre todo, examinando la naturaleza social de sus firmantes.

* Extractado de la revista *Mito* N°13 (1957).

En esos documentos se dice esencialmente: a) es necesario restaurar el viejo orden institucional; b) hay que impedir la reelección; c) los partidos tienen que unirse para ello. Bien, el hombre común está de acuerdo; pero una vaga inquietud y cierta intuición, que más parece ser la voz de su experiencia política, lo llevan a preguntarse: ¿nada más que restaurar? ¿Restaurar qué? En el manifiesto de los partidos, publicado el 23 de marzo, se declara que entre ellos “hay un entendimiento que fundamentalmente reposa en los principios y preceptos de la Constitución” y que tienen “también la voluntad de no volver a incurrir en la locura, siendo notoriamente equivalentes en su cuerpo numérico, de prescindir uno del otro, o de tratarse como enemigos sujetos a la rendición incondicional o destinados a la victoria totalitaria”. Luego se enumeran algunos de esos principios y preceptos constitucionales que los dos grandes partidos se proponen restaurar. Parece indudable, por ejemplo, que nadie en Colombia quiere una guerra religiosa que, en último término, vendría a fortalecer los poderes antinacionales y antipopulares; y es por eso por lo que todos aceptamos las normas constitucionales que “reconocen y respetan las creencias religiosas de nuestros compatriotas”. Mas sería un funesto oportunismo el hecho de que nuestro pueblo dejara de repudiar con la mayor energía la agresiva intervención del clero en política y particularmente la actitud de la jerarquía que, con su actuación ambigua o su adhesión entusiasta, le ha prestado al régimen el “apoyo de los báculos”¹. Un día creemos leer o escuchar una condenación

1 Debe tenerse en cuenta que estas notas fueron escritas antes de la gran ofensiva nacional contra la dictadura. En ella estuvo la Iglesia entre los combatientes, y puede decirse que dirigió la lucha junto a la burguesía industrial. Ello, a nuestro entender, se debió a la presión de la casi totalidad del clero menor —entre cuyos componentes se reflejó vivamente el descontento popular— sobre la Jerarquía; a la debilidad patente del gobierno, cuya bancarrota temía compartir ese mismo clero tanto como los jefes; a los puntos de antagonismo con el régimen, especialmente en cuanto al monopolio de la beneficencia (el punto décimo del programa de la Junta Militar dice: “La política de acción social será encomendada para su dirección y orientación a una Junta compuesta de tres miembros que representen al Gobierno, a la Iglesia y a las entidades de beneficencia”); a la adhesión al principio de la empresa libre, contra la cual hicieron los militares, en los últimos días, declaraciones de suma gravedad; al propósito de participar —cuando la situación estuviese bien clara, naturalmente— en el derrocamiento de la dictadura. Esto último haría olvidar en el pueblo sencillo la participación de un vasto sector de sacerdotes en la violencia antipopular y el respaldo activo a los militares; y, sobre todo, daría a los eclesiásticos su antiguo prestigio y la consecuente influencia sobre las masas, a quienes habría que contener después. El clero, por otra parte, participa de la tradición civilista del país y de los aspectos culturales que llevan casi siempre al pueblo a oponerse a los militares. Dejemos transcurrir unos meses, sin embargo, y veremos a la mayoría de ese clero en la vanguardia de la lucha contra las clases trabajadoras y sus aliados y contra los avances democráticos en el país. Desearíamos estar equivocados en

de ciertos hechos o de algunas tesis por parte de los jerarcas, pero al siguiente encontramos en la práctica la colaboración con quienes realizan esos hechos o sostienen esas tesis. Hay en el campo religioso espíritus que advierten la cima hacia donde el clericalismo —definido como la inclinación codiciosa del clero hacia el poder terrenal— está conduciendo a la iglesia. “Es de temer que cuando el país cumpla esta expiación —escribió el Dr. Laureano Gómez— la iglesia colombiana haya perdido su ascendiente sobre el pueblo que buscó en ella orientación y estímulo en el tiempo de la servidumbre y no lo halló” (carta de Laureano Gómez, fechada en Barcelona el 14 de marzo de 1956, en *Información*, Bogotá, 20 de marzo de 1956). Podríamos pensar que el Dr. Gómez escribió estas palabras movido por alguna consideración táctica y tal vez no nos equivocáramos en ello; pero el que las escribiera y su palabra hallara eco es algo que debe hacer revisar la posición de los dirigentes democráticos ante el clero antidemocrático y antinacional. Estamos ante un lastre cultural y político de la vida colombiana, consideración que parece compartir también el Dr. Gómez: “El partido conservador no puede ignorar —escribe en la misma carta— que el desfallecimiento de la jerarquía ha creado una situación insostenible; porque habiendo propugnado que la enseñanza de la juventud y la guarda de la moralidad debían ser dirigidas o por lo menos vigiladas por la jerarquía espiritual, ahora ya no podría sostener esa posición sin que las gentes le tacharan de inconsecuencia. Si yo me dirigiese ahora a los colombianos en campaña política como tantas veces lo hice, ¿podría repetir cuanto solía afirmar sobre la sensatez y discreción de sus pastores para señalar el bien y condenar el mal? ¿No me haría callar cualquiera aduciendo hechos incontestables y notorios?”. La complicidad antidemocrática y antinacional de casi todo el clero colombiano es tan evidente y políticamente tan nefasta que, en la circular de la Comisión Nacional de Acción Conservadora fechada el 23 de marzo de 1957, hombres como Guillermo Salamanca, Álvaro Gómez Hurtado y Juan Uribe Holguín se sienten obligados a escribir: “Grande ha sido nuestra sorpresa ante la participación activa de jerarcas y sacerdotes de la iglesia en el intento personalista de la ‘reelección’ en forma tan decidida y notoria que el pueblo colombiano podría

ello, y quisiéramos que el clero colombiano participara en la democratización de la sociedad colombiana; pero las tendencias clericales dentro de la Iglesia son tan fuertes, y la vinculación de la clerecía con la reacción política y social es tan vigorosa, y su poder es tan grande entre nosotros, y su actitud ante las fuerzas democráticas ha sido siempre tan turbia en Colombia, que no podemos escribir otra cosa. Las masas populares no deben confiar sino en su propia capacidad organizativa y en su propia orientación. Y, saludando con respeto a los aliados del momento, deberían prepararse para lo que sigue.

tomarla como una actitud oficial. En efecto, se ha visto cómo no pocos eclesiásticos encabezaron delegaciones provinciales o distribuyeron gallardetes entre los campesinos [...] como ocurrió en Boyacá. Con la venia complaciente de los párrocos se nos ha dicho cínicamente que las directivas políticas lo que pretenden es recuperar el poder para ponerlo al servicio de personales ambiciones, como sucedió no hace mucho en Arbeláez [...]. No deseamos ser causa de trastornos ni provocar una situación más caótica, distinguiendo entre la actitud de muchos prelados y escasos sacerdotes, y la de la casi unanimidad de estos últimos. La eficacia del apoyo eclesiástico ha sido cabalmente comprendida por el candidato a la ‘reelección’ [...]. Este imprevisto obstáculo para la acción de los partidos no fue debidamente valorado por nosotros en un principio, pues creímos que se trataba de episodios aislados con limitados efectos sobre la opinión pública. Pero la persistencia de esta actitud de nuestros jerarcas nos ha convencido de que no es todavía el momento de emprender en forma concreta, y de firmes y precisos perfiles, el desarrollo de las recomendaciones de Benidorm”.

Ante esta situación, perceptible por todos los grupos y partidos, consideramos imprescindible afirmar que acatamos las “normas que reconocen y respetan las creencias religiosas de nuestros compatriotas”, pero pensamos también que es necesario subrayar nuestro rechazo a todas las formas del clericalismo. Es probable que muchos de nuestros amigos se sientan movidos a objetarnos que una actitud así va a alejarnos del pueblo; mas pensamos que otra distinta equivaldría a sacrificar intereses tácticos inmediatos, principios fundamentales que deben inspirar la acción libertadora del pueblo. Ello sería exactamente una posición oportunista, fuera de que, bien vistas las cosas, nos dejaría muy atrás de lo que el pueblo está sintiendo y pensando ahora, en lugar de situarnos adelante, que es donde debemos estar. Nadie, por otra parte, podría alegar que asumimos así una posición antirreligiosa o más propiamente anticatólica. Los padres de la iglesia y los pensadores modernos del catolicismo han sido frecuentemente más enérgicos frente al clero antirreligioso que las mismas fuerzas políticamente radicales. “El clericalismo —escribía, por ejemplo, Etienne Gilson en *Por un orden católico* (París, 1931)²— no es la religión ni la Iglesia, y menos aún el dogma católico; es, al contrario, una de las peores corrupciones que los amenazan: la utilización del orden espiritual con vistas a fines temporales, la explotación del orden temporal bajo la capa de la religión. No enseñaré nada a nadie diciendo que los

2 Citado por José Bergamín, *Detrás de la Cruz*, pp. 25-26, Editorial Séneca, México, 1941.

católicos consideran el laicismo como un enemigo; pero sorprenderé tal vez a muchos y de varios lados diciendo que, entre el laicismo y el clericalismo, nuestro peor enemigo no es el laicismo. No entiendo sólo por ello que el clericalismo es una torpeza, una falla política que se paga, y que, en consecuencia, sería hábil evitar, sino más bien que es una inversión religiosa propiamente sacrílega. Ciertamente aquel que quiere tiranizar nuestras conciencias en nombre del Estado nos es odioso; ¡pero cuánto más odioso aquel que trafica con las cosas religiosas para la satisfacción quién sabe de qué intereses! Todas las injurias que el odio de Voltaire le ha hecho verter contra los curas estamos dispuestos a repetir las contra el clericalismo; somos tal vez los únicos que incluso podamos dar de ello una justificación teológica. De todos los anticlericalismos que conozco, el de mis amigos sacerdotes y religiosos es el más sólido y, con mucho, el más inteligente. No se trata aquí de paradojas fáciles ni de liberalismo baratos, sino de principios no menos esenciales para la Iglesia que para el Estado y de hechos que cualquiera puede comprender”.

EL EJÉRCITO, EL RÉGIMEN PRESIDENCIAL Y LA CLASE OBRERA

Está bien que se trate de restaurar el principio constitucional sobre la “institución armada” como lo indica el manifiesto; pero un programa de política democrática no puede dejar de anotar al mismo tiempo que esa restauración, si ha de ser eficaz para la estabilidad institucional del país, debe implicar una reforma educativa en el seno del ejército, un nuevo criterio en la selección de cuadros y, sobre todo, una nueva política militar que tome en cuenta las realidades de nuestro tiempo lo mismo que la soberanía nacional y nuestra capacidad financiera.

Debemos aplaudir que se exalte en el manifiesto “el límite para la función del gobernante, que evita el abuso, que lo hace responsable ante sus compatriotas [...] estimula sus virtudes y no lo eleva por encima del Parlamento y de los jueces [...]”. Sí, pero un movimiento político que busca democratizar el país en su vida pública no puede eludir el planteamiento de una de nuestras más graves fallas institucionales: el régimen presidencial que de hecho coloca al presidente por encima del Parlamento y le permite obrar, como lo vimos en 1949, a la manera de un gobernante absoluto. De modo que, si es cierto que el pueblo ha de apoyar las tendencias restauradoras de los caudillos de la oposición, debe decir también con toda claridad que no está conforme con un simple regreso; sino que quiere y exige que ese residuo de las monarquías absolutas llamado régimen presidencial ceda su sitio a una forma democrática de la organización del Estado, en cuya estructura tendrá que ser el Parlamento el centro determinante. Y debe decir igualmente que el Parlamento en que está pensando tendrá que ser, en

lo posible, el reflejo más fiel de la nación en lugar de ser, como hasta hoy, una asamblea cuantitativa y cualitativamente controlada por las clases dirigentes a través de una vasta maquinaria electoral y periodística a su servicio. Debe decir, asimismo, que anhela tener un control directo sobre el Parlamento por su derecho de revocar el mandato de sus representantes cuando éstos se nieguen a defender los programas a que se comprometieron o resulten indignos de su confianza. El pueblo debe decir que quiere saturar al Estado de su propio espíritu, que es diferente del de quienes han gobernado hasta el momento.

El manifiesto anota que en la “Constitución está también la garantía para los trabajadores de que pueden realizar, bajo las normas de un derecho privilegiado, la lucha ordenada y libre para obtener el mejoramiento de sus condiciones, la elevación de su nivel de vida y la gradual prosperidad de su clase y de sus familias”. La Constitución, es verdad, establece ciertas normas que permiten la “lucha ordenada y libre de los trabajadores”. Los obreros colombianos se preguntan, sin embargo, movidos por su experiencia, hasta qué punto y en qué campos van a poder luchar por sus derechos. “La lucha ordenada y libre...”: ¿Qué significación real tienen estas palabras para los obreros del río Magdalena que vieron su última gran huelga pacífica convertida en movimiento ilegal reprimido por la fuerza pública? ¿Qué acepción exacta tiene la palabra *ordenada*? ¿La que le confieran los patronos, la que le den los trabajadores, la que le atribuya el Estado? Los obreros del petróleo realizaron huelgas ordenadas que no lo fueron para el gobierno que empezaba a considerar ese sector de la producción como servicio público, un concepto que implicaba la prohibición de movimientos huelguísticos en las petroleras. ¿No era ordenada la huelga del río Magdalena? No se destruyó ningún barco, no se hundió una sola lancha, no se produjeron choques entre la población activa y los huelguistas; pero el señor presidente de la república declaró que se trataba de una subversión del orden público y que la autoridad del Estado estaba allí para impedirla. Experiencias similares tienen los choferes, los mineros, los trabajadores textiles y, sobre todo, los campesinos. ¿Cuántas huelgas campesinas hubo en el país que no chocaran con la represión? Es todo esto lo que el pueblo colombiano debe recordar para decirles a los jefes de la oposición que, ciertamente, está de acuerdo con ellos en que se debe volver a la vigencia del derecho de huelga, pero que no acepta ya la limitación patronalmente arbitraria de ese derecho y que exige una garantía de que su “lucha ordenada y libre” no va a ser vista por un gobierno vinculado a los grandes negocios como subversiva y, por ello, merecedora de la represión. Y hay algo más que deben exigir las masas trabajadoras: el respeto del Estado a sus organizaciones sindicales. La experiencia del movimien-

to obrero colombiano le enseña, por ejemplo, que cuando su “lucha ordenada y libre” está tomando un impulso reivindicativo demasiado fuerte para la sensibilidad de los empresarios y de sus voceros políticos en el Estado, aparecen ciertos movimientos divisionistas inspirados, dirigidos y pagados por poderes extraños pero conocidos. En los medios proletarios que tienen aún viva la memoria de los sindicatos y de su eficacia se recuerda bien la actividad de algunos funcionarios del Ministerio del Trabajo, empeñados en dividir el movimiento sindical por la insinuación de sus patronos, que eran frecuentemente los empresarios fabriles afectados o simplemente el gobierno que les era afín. Se recuerda también en esas zonas —allí donde habitan “las clases menos favorecidas de la fortuna”, para emplear la frase inefable de nuestros estadistas burgueses— la figura y la actividad de Serafino Romualdi, el agente del Departamento de Estado que viajó por América Latina con la misión de sentar las bases para la división de un proletariado militante que, según los observadores de Washington y las comunicaciones de su emisario, estaba obstaculizando los planes estadounidenses para la defensa continental. Los trabajadores sindicalizados de Colombia conocieron por entonces una carta dirigida a Romualdi en que se le prometía hacer todo lo posible por dividir la organización sindical, como lo habían acordado Romualdi y el firmante, a cambio del apoyo prometido. Todo indicaba que este apoyo era el respaldo del Departamento de Estado a los dirigentes liberales que buscaban la reconquista del poder. ¿Quién firmaba la carta? No hay para qué mencionar nombres ahora, pero quienes estábamos entonces, como hoy, en las posiciones de la clase obrera lo sabemos: era, en todo caso, uno de los tres o cuatro dirigentes principales del partido liberal.

Y bien, a esto no quiere volver el pueblo trabajador de Colombia. Admite que esas maniobras resultaron eficaces fundamentalmente a causa de la propia debilidad interna del movimiento obrero, pero se da cuenta también de que los dirigentes antigubernistas de ese tiempo aceleraron la desintegración de los organismos obreros para ganar la simpatía de la clase rica y del Departamento de Estado. Esa operación resultó, sin embargo, como el lanzamiento del bumerán: los jefes opositoristas contribuyeron a destruir las organizaciones sindicales y asistieron jactanciosos a su desaparición casi absoluta; pero más tarde tendrían que dolerse de haber liquidado con ellas su primera línea de defensa, la avanzada más vigorosa en la lucha contra la dictadura y la única fuerza que hubiera podido evitar lo que estamos padeciendo. Los abogados patronales —entre ellos algunos que habían sido Ministros de Trabajo— pudieron litigar fácilmente desde entonces los asuntos de sus clientes, satisfechos de que el régi-

men considerara, desde 1949, el problema social como un problema de policía; pero hasta esos mismos señores iban a quedarse sin oficio desde el momento en que, por razones de orden público, los obreros se vieran impedidos de presentar pliegos de peticiones, de lanzarse a la huelga, de reclamar simplemente; su papel pronto quedó reducido a atender una que otra consulta del empresario o a intervenir en la liquidación de una cesantía. El resto estaba en manos del poder absoluto que, con métodos muy caros a las juntas directivas, decretaba la paz social y aumentaba los dividendos de los accionistas. Definitivamente, a esta clase de restauración no quiere asistir la clase obrera.

PRENSA LIBRE Y VERDADERAMENTE RESPONSABLE

Está muy bien que se declare el propósito de restaurar la libertad de prensa con su necesaria responsabilidad. Casi todos los colombianos estamos sintiendo la asfixia del silencio impuesto y de la información clandestina; pero queremos también una prensa responsable, efectivamente responsable. Tal vez hallemos que nuestros periódicos son excelentes comparados con los que soportan otros países del hemisferio, pero el pueblo tiene derecho de pedir que se le informe objetivamente y no según las directrices de quienes tienen la fortuna y otorgan, por eso, los avisos. El hombre común de Colombia anhela saber lo que pasa realmente en el exterior sin que se vea obligado a ver las cosas a través de la lente deformadora de agencias inspiradas y controladas por los poderes internacionales del dinero. Quiere saber objetivamente lo que sucede en el país. Desea saber, por ejemplo, cómo viven los obreros de Antioquia, qué parte vuelve a ellos de la inmensa producción que crean; necesitan saber, con cifras auténticas, si es cierto que la inversión del capital privado extranjero sobre la base del estatuto de capitales vigentes es, como se afirma, una bendición para Colombia; y quiere analistas especializados que le expliquen lo que sucede en la economía y en la política exterior, en la cultura y en la actividad militar. Nuestro pueblo anhela informarse y casi no puede hacerlo en los diarios que compra, no sólo por la censura oficial sino, a veces principalmente, por la censura de la redacción. El pueblo debe exigir, por otra parte, que se deroguen todas las cortapisas nocivas a la libertad de la prensa, algunas de las cuales, quizás las primeras, fueron establecidas por quienes dirigen ahora la oposición.

LA DEMOCRATIZACIÓN DEL ESTADO Y DE LA SOCIEDAD

Los partidos tradicionales declaran que su programa es “esencialmente, la Constitución colombiana, y se puede restringir a ella, mientras no esté otra vez en vigor, mientras sus garantías, sus frenos, sus límites, los derechos que otorga y las obligaciones que impone a los ciu-

dadanos estén abolidos y el pueblo sea gobernado por una sola voluntad personal y omnímoda”. Creemos comprender exactamente lo que esta declaración significa. ¿Nos opondremos a ella? Debemos expresar que no nos satisface la vigencia formal de una Constitución configurativa de “un Estado que con cierta indulgencia de los términos pudo llamarse democrático, por la apelación frecuente, a veces sincera, al electorado y por la relativa vigencia de las libertades públicas”. Queremos que estas formas políticas operen sobre una realidad social que no desmienta el democratismo de las leyes; porque éstas, hasta 1948, obraban sobre una sociedad que no podía considerarse democrática “por la abismal distancia de las fortunas, por la inseguridad general del empleo y por la consolidación de un patronato que se creía de origen divino” (Gerardo Molina, *Proceso y destino de la libertad*, p. 246, Biblioteca de la Universidad Libre, Bogotá, 1955). El pueblo no debe seguir confundiendo “un Estado democrático y una sociedad democrática”, ni debe volver a creer que los derechos políticos son lo mismo que el poder político. Gerardo Molina (*Ídem*, p. 247) lo ha explicado con palabras que muy bien podrían ser guías de la lucha popular por la democratización de la sociedad y del Estado: “Por haberles concedido a los hombres el uso del voto —escribió— se llegó a pensar cándidamente que era un hecho la instalación de todos los colombianos en el cuarto del timón. Liberales de la mejor calidad humana desearon honradamente que así fuera, pero los conservadores tuvieron mejor estrella porque lograron que el poder real residiera en sus manos, no obstante las algaradas multitudinarias de las plazas. Fue que las derechas aplicaron una verdadera interpretación materialista de la historia, a pesar de sus frecuentes golpes de pecho en nombre del espiritualismo y de los valores eternos, pues se dieron cuenta de que el poder político es sólo una parte de ese gran complejo llamado el Poder, y que dentro de éste los factores económicos tienen mayor peso específico que la propia organización del Estado. Lo que le da cabal imagen a una sociedad contemporánea es el grado de concentración de los capitales, es el modo en que se reparte el ingreso nacional, es el estatuto de las clases. A muchos conservadores les resulta por eso muy fácil llamarse demócratas y reconocerle a la masa algunos derechos en el dominio político, porque la realidad social en que se mueven, medularmente antidemocrática, y el control que ejercen sobre los mecanismos económicos, los inmunizan contra las complicaciones desagradables de esa proclamación doctrinaria”.

Que la Constitución sea el programa está bien, pero que el pueblo no se engañe en cuanto a su eficacia. Tomemos otra vez de Gerardo Molina (*Ídem*, 248) unas palabras que, a nuestro entender, esclarecen lo que ha sucedido y acontece en Colombia: “Uno se pregunta —es-

cribe—, al examinar la historia de Colombia, por qué en varias ocasiones los partidos tradicionales se han puesto de acuerdo acerca del modo de organizar la vida institucional del país, a pesar de que han recurrido tantas veces a las armas para resolver sus disputas. Parecería que no los separaran muchas cuestiones de fondo y que fuera muy parecida su idea del Estado. Algo de esto es lo que ha ocurrido. Las grandes colectividades históricas han quedado adscritas, cuál más cuál menos, a la escuela que ve en la democracia no más que una forma de gobierno, una manera de ser de la Constitución. Lo que haya detrás y por debajo, en los estratos donde se fermenta la vida cotidiana, los ha dejado indiferentes, aunque es preciso reconocerle al liberalismo una mayor preocupación por el pueblo. Las preguntas eran: ¿Cómo debe organizarse el Poder? ¿Cómo se toman las decisiones políticas? Y en cambio las otras, las verdaderamente vitales, como las relativas al orden social que se creaba, permanecían sin formulación y sin respuesta”. La oposición está luchando, pues, sobre una línea jurídica meramente formal; no hay duda de que el pueblo la sostiene en la batalla, pero éste debe exigir que quienes dirigen, por lo pronto, el combate conciban una estrategia que, incluyendo los objetivos jurídicos, tome en cuenta fundamentalmente lo que necesita alcanzar la nación real. El hombre común de Colombia no ha de contentarse con que se le asegure el regreso a la Constitución; éste sería apenas un movimiento táctico de considerable importancia, pero sólo un movimiento táctico. “Los que ganan la vida por sus manos” deben, en cambio, señalar a su acción una meta estratégica: la democratización de la sociedad colombiana.

DOS OBJETIVOS Y UN SOLO FRENTE

Si los directores actuales de la oposición tienen el restablecimiento de las viejas instituciones como finalidad estratégica, el pueblo, si desea obrar en su propio beneficio, tendrá que esforzarse por alcanzarla con ellos; pero cometería el más grave error político que le fuera dado cometer ahora si también él tuviera el retorno al antiguo orden institucional como fin estratégico. Para el pueblo, debemos repetirlo, ese regreso no podrá ser benéfico sino considerado como objetivo táctico que le sirva de apoyo para avanzar hacia su punto estratégico.

De ello se desprende que la masa popular no debe negar su apoyo a la posición presente de los dos partidos sino, por el contrario, reforzarla y prestarle toda su fuerza ofensiva; pero no debe aceptarla incondicionalmente. A nuestro parecer, una actitud acertada sería la de respaldarla y, al mismo tiempo, señalarle sus fallas. Creemos que es necesario luchar por ella, aunque sólo como una base de sustentación que nos lleve a plantear los problemas cardinales del país y sus

soluciones posibles. Estamos de acuerdo, por ejemplo, con que se restablezca la libertad de reunión, pero se debe exigir una garantía constitucional de que no será violada y se hará materialmente posible en todo caso para cualquier grupo, asociación o partido democrático; el precepto constitucional de educación gratuita y obligatoria debe pasar de la declaración a los hechos siquiera en el nivel, por el momento, de la enseñanza primaria (y ello sin agregar la urgencia de que se le dé a la escuela una orientación científica y nacional); estamos de acuerdo en que se declare la soberanía del pueblo, pero pensamos también que hay que declarar y afirmar en la práctica la soberanía del Estado en las relaciones internacionales; nadie deja de aclamar hoy a quien pida una dirección mejor de los gastos públicos de acuerdo con los intereses de la nación, pero debemos pedirles a los dirigentes opositoristas que fijen su criterio frente a los pactos militares que obligan al Estado colombiano a mantener determinado nivel de Fuerzas Armadas y, por lo tanto, a invertir una alta proporción del presupuesto en el sector improductivo y de hecho ineficaz de la defensa continental. Cada principio y cada precepto constitucional debe ser llevado a la práctica y ampliado hasta adecuarlo a lo que demanda el país. Sólo así podrá el pueblo esperanzarse en que la vigencia de la Constitución va a implicar para él un paso hacia adelante. Para ello, desde luego, la masa popular de todos los partidos deberá participar ardentemente en la batalla sin esperar a que la llamen ni pedir permiso; debe frustrar con su vigilancia militante toda tentativa de alejarla de la solución política; y debe ante todo tratar de organizarse en toda forma para que, en la hora decisiva, pueda aparecer con un peso específico que determine la orientación del país hacia la democracia real.

LOS COMIENZOS DE LA CRISIS

Hemos dicho que la posición de los partidos tradicionales se mantiene sobre el frente del formalismo jurídico. Ellos han puesto el país real entre paréntesis. En vano buscaremos allí una palabra acerca del problema agrario, o de los obstáculos con que está tropezando el nacimiento de nuestra industria pesada, o de la inversión de capitales, o de la acumulación capitalista y sus consecuencias en la vida del pueblo. ¿Qué reformas básicas tienen en mente los directores de la oposición? Tal vez el hombre común tenga algo que decir sobre ellas; para poder expresarse quiere contar con instrumentos legales, pero está dispuesto a emplearlos para avanzar y no para quedarse al nivel del pasado. Su experiencia política le enseña muchas cosas, entre otras que debe utilizar la estructura jurídica para fortalecerse orgánicamente. No supo hacerlo en años anteriores, pero todo indica que ha aprendido la lección, particularmente la de estos últimos 30 años de cambio radical.

El hombre trabajador colombiano se pregunta, perplejo, qué es lo que ha ocurrido en la vida nacional que pudiera acarrear este desastre en que vivimos. Los predicadores religiosos, los editorialistas, los sociólogos de la universidad oficial le dicen que nos abruma una ola de inmoralidad. Pero la gente colombiana no parece satisfecha con explicación tan fácil. Es probable que, si tuviera tiempo para ello, si la cadencia del trabajo en las fábricas, en los talleres, en las oficinas y en el campo le dejaran intacta alguna fuerza, el trabajador colombiano descubriera que su situación presente tiene raíces en una historia reciente, en un momento en que empezaron a gestarse su sufrimiento actual y, al mismo tiempo, los elementos de su libertad inminente. La gran conmoción se inició en realidad después de la Primera Guerra Mundial; más el año clave, el que nos permite una medición del proceso, es quizás 1925. Nunca ha tenido el país un desarrollo moderno más rápido que el experimentado entre 1925 y 1929. La deuda pública³ aumentó de forma alarmante, sin duda, pero los 200 millones de dólares invertidos durante este período en lo que llaman los economistas equipo básico (carreteras, ferrocarriles, energía eléctrica, etc.) empezó a destrozarse la organización colonial que tuvimos hasta entonces. Las viejas formas culturales quedaron convertidas en cenizas en los hornos de las fábricas y en las oficinas de los primeros organismos financieros. El coeficiente de inversión (la relación entre la inversión fija y el ingreso bruto) alcanzó el 21%, cifra cuya magnitud podremos apreciar si consideramos que nuestro auge de la segunda posguerra sólo logró un coeficiente de inversión del 19%. En 1930 veíamos ya una poderosa industria tabacalera nacional que había desalojado prácticamente al producto extranjero (menos del 5% por peso, cuando había sido del 95% años atrás). En 1923 teníamos unos 1.600 telares y algo así como 30.000 husos; en 1926 contábamos con 1.900 telares y alrededor de 60.000 husos; a fines de 1930 había 3.686 telares (1.140 automáticos) y 40.000 husos (Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia (1810-1930)*, pp. 415-418, E.S.F., Medellín, 1955). “A pesar de su deficiencia —escribe el señor Ospina Vásquez en su excelente libro, p. 418— estos datos dan una idea del estado de la

3 En 1930 había en el país unos 540 millones de dólares (a precios de 1950) como capital extranjero invertido; representaban aproximadamente un octavo de todo el capital de Colombia y constituían un guarismo 2.3 veces mayor que la cifra de 1925. Pero en 1930 la deuda pública representaba entre la mitad y los dos tercios de esa inversión y al petróleo correspondía menos del 20%. En 1950 cambia la composición, como se verá. Entre 1930 y 1945, la inversión de capital extranjero “desempeñó un papel menor si no negativo en la financiación del desarrollo económico colombiano”. (Ver un estudio detallado del problema en “The Economic Development of Colombia”, tomo I, p. 253 y ss.).

industria textil al cerrarse el período que consideramos: como equipo, producción y mano de obra empleada el conjunto correspondía a los de una fábrica de buenas dimensiones (lo mismo pasaba en la cervecía, la producción de cemento, y otras”. Las estadísticas de ese período podrían ser, por otra parte, una lección para el presente: de 1925 a 1929 el 80% de la inversión del sector público se empleó en servicios de transporte productivo y el resto en obras públicas municipales.

Esos fueron los años decisivos. “Los años 1925-29 —anotaron los expertos de la CEPAL— atestiguaron una fase de crecimiento económico acelerado que se reflejó en cambios radicales en la composición de la población activa y en la producción y la distribución de capital por sector de la actividad económica. Durante este período el promedio anual de crecimiento del producto bruto *per cápita* fue de 5.2%. El volumen de las exportaciones se expandió más que el de las importaciones, y las disponibilidades de bienes y servicios *per cápita* aumentaron a un promedio anual de 4.6%” (CEPAL, *The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 27, *Mimeo*, Bogotá, agosto de 1955. Hay traducción española en mimeógrafo).

Sí, fueron los años del enriquecimiento; en las crónicas se les recuerda como “la danza de los millones”. ¿Millones para quién? Creció la nación en conjunto, pero las millonadas quedaron en las manos de los millonarios fuertemente protegidos por un Estado que controlaban fácilmente. La CEPAL apunta que en 1925 el ingreso bruto *per cápita* tenía un promedio de 311 pesos, o sea 117 dólares anuales (empleando un tipo de cambio de 2.70 pesos colombianos por dólar, calculado sobre la base del poder de compra equivalente). Este bajo ingreso *per cápita* era concomitante con un bajo coeficiente de inversión y de una baja productividad. Las disponibilidades de bienes y servicios *per cápita* aumentaron desde entonces, como se anotó antes, a un 4.6% anual. Mas “el consumo *per cápita* —escribe la CEPAL— aumentó a la proporción más moderada de 2.1%, mientras que la inversión *per cápita* se había duplicado prácticamente. Se debe subrayar que durante estos años no se registró un mejoramiento muy considerable en el nivel del consumo *per cápita*. Los cambios fundamentales se realizaron principalmente en la estructura de la inversión, debido al alto coeficiente de inversión en transporte, actividades industriales y servicios” (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 27). El país crecía, pues, a un ritmo que no ha tenido repetición posteriormente; pero la masa de nuestro pueblo permanecía al nivel de la miseria de 1925 ¡y hasta descendía de ese punto en los prósperos años de la posguerra! El crecimiento capitalista de Colombia ha determinado la aparición de la tendencia al empobrecimiento del pueblo trabajador; como puede comprobarlo quien examine la Tabla 1-5 de la CEPAL sobre bienes y

servicios disponibles para el consumo de 1925 a 1953 (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 28). El consumo alcanzaba a 85% en 1925, a 86.6% en 1930, a la misma cifra en 1935, a 81.3% en 1940, a 73.1% en 1945, a 80.9% en 1950 y a 78.4% en 1953.

¿Cuál fue la parte de los salarios en la renta nacional? He aquí un dato que difícilmente hallaremos en la estadística oficial o en los estudios del gobierno; no obstante podemos deducir de los niveles de consumo que ha sido relativamente baja y experimenta la tendencia a disminuir. La Misión Currie —que realizó uno de los mejores estudios sobre la renta nacional de que podemos disponer hasta ahora— anotó que “aunque no puede negarse que tanto los agricultores como los trabajadores están hoy día en mejores condiciones que antes de la guerra, el avance no se manifestó en un mejoramiento excepcional en las condiciones de la clase trabajadora”, y que uno “de los problemas que debe afrontarse [...] reside en los gastos relativamente grandes en casas, automóviles y otros artículos suntuarios que realizan los grupos de renta que obtienen ingresos insuficientes para permitirse tales gastos no esenciales” (“Bases de un Programa de Fomento para Colombia”, Informe de la Misión Currie, tomo I, pp. 61-62, Imprenta del Banco de la República, Bogotá, 1950).

LA DÉCADA DEL TREINTA

La expansión del país viene, pues, de 1925, y con ella la tendencia al empobrecimiento de las masas, que hubiera sido mayor sin la resistencia militante de los trabajadores sindicalizados y de sus vanguardias políticas. En 1930 ya tenemos la base de una industria moderna, los cuadros financieros y una mano de obra que adquiriría constantemente mayor calificación profesional (ver Ospina Vásquez, *op. cit.*, p. 419). Estábamos también en plena crisis económica con su secuela de paro forzoso, de miseria obrera y de inquietud política. Dos años después nos hallábamos comprometidos en una guerra dudosa. Aparte del desbordamiento patriótico y de la incorporación de Nariño a la vida nacional, lo que nos dejó la reyerta con el Perú, sumada a la crisis, fue un aumento de la circulación monetaria de 50% en 1933 con relación a 1932 y la consecuente desvalorización real de la moneda. Gran parte del activo de la balanza comercial de esos años se empleó en la importación de armamentos, con lo que el país, a las dificultades de la crisis, agregó las de su comercio exterior (ver G. Sinani, “La Crisis, la Depresión y el Movimiento Obrero en la América del Sur y el Caribe”, p. 17, Ediciones Luchador del Caribe, sin fecha ni lugar de edición).

En 1931 se había aprobado la primera tarifa proteccionista, y ya la industria, a pesar de las dificultades del momento, parecía en buenas condiciones de desarrollo, aunque, por diversos factores que no

cabe analizar ahora, el producto bruto *per cápita* aumentara sólo a un promedio anual de 1.5% y el coeficiente medio de inversión no sobrepasara el 9.3% (fue de 14.0% para toda la década).

En 1936 se había salido de la crisis, aun cuando sería más acertado escribir que se estaba haciendo lo posible por remediar sus efectos. La industrialización continuaba a ritmo relativamente lento, pero existía ya en las ciudades una clase obrera que empezaba a adquirir conciencia de su propio papel en la vida nacional. La población campesina tendía a disminuir para engrosar la población urbana, particularmente en los sectores proletarios; y, ante el avance de la gran industria, se hacía sentir la ruina creciente de una clase media productora de actividad artesanal y dueña de propiedades medianas en los campos.

¿Cómo iría a expresarse políticamente esta nueva realidad social? El país necesitaba un cambio básico que incluyera un impulso decisivo a su producción moderna. La clase obrera se hallaba descontenta con su baja capacidad de consumo; la pequeña burguesía productora se estaba empobreciendo; la nueva clase industrial buscaba ascender más firmemente y las viejas clases poseedoras de grandes extensiones de tierras oponían una resistencia sistemática y casi siempre agresiva a todo intento de reforma. El proletariado urbano, sin embargo, carecía en el momento de estructura orgánica y de capacidad política, a pesar de su espíritu de ofensiva, para acaudillar una gran transformación; tampoco podía esperarse tal hazaña de la clase media. Quedaban, entonces, las clases ricas de todos los sectores de la producción enfrentadas al problema de hallarle al país una nueva senda. ¿Cuál era la situación de estas clases? La deficiencia de nuestra estadística, sobre todo la falta de un estudio relativo al ingreso nacional, dificulta sobremanera la fijación concreta de este período. Acudamos, pues, a las investigaciones de la CEPAL y de la Misión Currie para hallar alguna luz. “Las actividades —escribe la CEPAL— de más rápida ratio de crecimiento durante el período 1925-53 fueron la industria, el transporte, la energía y los servicios públicos. El producto bruto de cada una de estas actividades aumentó a ratios anuales de 7.8%, 9.1% y 8.7%, respectivamente. Gracias a estas altísimas ratios de crecimiento, se duplicó el producto bruto de industria, transporte y energía por tres veces, una entre 1925 y 1936, de nuevo entre 1935 y 1945 y otra vez entre 1945 y 1953” (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, pp. 37-38). En 1936 tenemos, según esto, una producción mayor en la industria, en el transporte y en la energía, dato que debemos retener en la memoria para tratar de entender ciertos hechos del momento. La Misión Currie anotó, por su parte (*op. cit.*, p. 133 y ss.), que hubo un fuerte impulso hacia la industrialización entre 1930 y 1933, cuan-

do se fundaron 842 establecimientos industriales. “Hacia 1934, se habían iniciado casi todas las actuales industrias colombianas básicas. El rápido desarrollo desde esa fecha ha sido en gran parte la expansión de lo existente y la creación de un número de pequeñas plantas manufactureras que trajo una mayor diversificación de la industria [...] La magnitud de la expansión puede ilustrarse con los aumentos ocurridos entre 1934 y 1938 de 400% en la producción de cemento, de 200% en la transformación de azúcar y de 400% en la producción de energía eléctrica”. Ello tenía que determinar la aparición de un nuevo tipo de empresario, del industrial moderno, inclinado a los grandes proyectos fabriles, a la vinculación con los bancos y a la técnica avanzada; y, de manera concomitante, el surgimiento de una modalidad distinta en las relaciones entre trabajador y patrono. En las empresas de ese tiempo no podía haber lugar ya para el trato patriarcal de los talleres artesanales; el único vínculo entre el dueño de la fábrica y el obrero era el salario que éste recibía por su fuerza de trabajo; entre el trabajador y la junta directiva o el gerente. No existía ya la antigua relación personal, pero en cambio se vinculaban por una escala de capataces y de altos funcionarios, que empezaron a engrosar la clase media parasitaria.

En la agricultura no acontecía lo mismo. Si es cierto que la producción agrícola aumentó más rápidamente que la población en el período de 1925 a 1934, de este año al 1944 se desarrolló casi a la misma ratio de la población. La razón de ello se halla quizás en la baja inversión total de la década del treinta (*The Economic Development of Colombia*, tomo II, Agricultura, p. 41). El coeficiente promedio de inversión total fue de 21.0% de 1925 a 1929, pero el de la agricultura fue por esos años sólo de 6.8; de 1930 a 1934, el coeficiente promedio de inversión total fue de 9.3 y el de la agricultura apenas de 4.0, cifra que permaneció invariable de 1935 a 1939, cuando el coeficiente promedio de inversión total fue de 13.1 (*Ídem*, p. 42). Ello puede ponernos sobre el camino de comprender determinadas resistencias y ciertos descontentos de los terratenientes ante el gobierno del Dr. López que, además, les puso encima una reforma tributaria que lesionaba sus viejos privilegios. La estructura de la propiedad agraria permaneció intacta, lo que, indirectamente, vino a agravar la crisis política puesto que los dueños de las grandes fincas lanzaron a la contienda todo el peso de su poder real. La lucha de clases llegaba a alta tensión en el campo, pero las masas de peones, colonos y aparceros, a veces en combate armado, no lograron conquistas de importancia considerable y permanente debido, antes que nada, a las fallas ideológicas y tácticas de su dirección política que, entre otras cosas, no supo en ningún momento forjar la alianza del movimiento agrario con el proletariado militante de las ciudades.

Los comerciantes importadores tenían razones para contarse también en el bando de los insatisfechos. A su gran hora de 1925 a 1929, que no iba a ser superada sino en la posguerra, sucedió el período de 1930 a 1934, cuando el volumen de las importaciones descendió hasta cerca del 50% por debajo del nivel del quinquenio anterior y su valor declinó en más de 60%. Para complicar las cosas, las reservas de oro y divisas cayeron de 73 millones de dólares en 1929 a 17 millones a finales de 1931 (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, pp. 290-91). En los años siguientes hubo cierta mejoría en el comercio de importación, pero los grandes señores de este sector añoraban los buenos tiempos de la “danza de los millones”.

Parte de estos sectores de la economía y de la sociedad se unificaron alrededor del Dr. Olaya Herrera en 1930. Olaya llegó al gobierno no sólo sobre los hombros del pueblo liberal, sino también al impulso de las alteraciones en la estructura del país. Se veía ya una nueva composición de la población económicamente activa; disminuía la mano de obra agrícola, pero, como contrapartida, aumentaba en las ciudades y elevaba el ritmo de la urbanización. Bastaba leer los periódicos de esos meses para ver el grado de ebullición revolucionaria en que se hallaba la clase obrera de las explotaciones coloniales y de las nuevas fábricas; y los mismos patronos modernos o sus voceros en la política pugnaban por un viraje que amortiguara los golpes de la crisis. Mas parece difícil demostrar que el Dr. Olaya cambió alguna cosa de modo fundamental. El desenvolvimiento económico —los 842 establecimientos industriales de que habla la Misión Currie, *op. cit.*, p. 133— a que asistimos durante su gobierno se debió, aunque produzca escozor, a lo que se había construido anteriormente. El señor Ospina Vásquez puede tener muchos motivos para afirmarlo, pero está en lo cierto: “La condición de este proceso estaba en lo realizado en esos años anteriores [...] se había salvado la era de los ‘pioneros’: montar una fábrica era ya un negocio, no una aventura. Un negocio que dependía de la continuación de cierta política económica” (*op. cit.*, p. 419).

No podemos negar que el pueblo llano vio mejorar las bases y la atmósfera legales para su acción política, pero nada de ello fue gratuito, sino por el contrario bien ganado en las intensas batallas de clase del quinquenio precedente. Esas contiendas clasistas tuvieron la virtud, entre otras, de despertar definitivamente a vastos sectores de la clase trabajadora, sobre todo desde el momento en que el débil organismo sindical empezó a ser penetrado por una ideología obrera, todavía vagamente asimilada pero lo suficiente ya para intentar la búsqueda de un rumbo nuevo e independiente.

En torno del Dr. Olaya Herrera se dio lo que podemos llamar el combate antifeudal; pero éste se libró a medias, siempre con el cuida-

do de que las masas populares no se movilizaran demasiado por su propia cuenta; y, sobre todo, cuidando de que el enemigo transitorio no perdiera todas sus posiciones. A pesar de ello, hay que leer el lenguaje de los escritores liberales de esos años para comprender lo que hemos perdido en osadía y en realismo, en franqueza y en estilo, en conciencia nacional y en anhelo reformista.

La burguesía industrial que acaudillaba el Dr. López llegó a 1936 con la gran tarea de liquidar la colonia y aupar al país hasta los tiempos modernos. De ello había una conciencia clara. “Hay que reconstruir la estructura económica del país sobre bases más sólidas y democráticas —declaraba la Convención Liberal Nacional de 1935— y... demoler la economía colonial que establecieron los españoles y que la República en sus primeros tiempos ha venido consolidando” (citado por Luis Ospina Vásquez, *op. cit.*, p. 438, nota); y, como para que no quedara duda de lo que quería agregaba: “El partido reconoce que para obtener un mayor nivel de cultura en las masas y una cultura más sólida en las fuerzas dirigentes es necesario modificar los modos de producción actuales y alcanzar previamente formas superiores y más variadas de trabajo [...] Enriquecerá y diversificará el trabajo nacional con la implantación de nuevas y más altas formas de empleo y defenderá el artesano y la industria familiar; sin estorbar el proceso de industrialización del país [...]”. (*Ídem*, p. 466, nota). Nos hallábamos ante un vigoroso movimiento de ideas en que se percibían las influencias más disímiles y, desde luego, las formulaciones más nítidas junto a las más inasibles. Hubo grupos que osaron acudir al pueblo en solicitud de apoyo al frente antifeudal; y no era raro que los escritores gobiernistas sustentaran su argumentación en el marxismo recién descubierto. Una actitud de izquierda saturaba el ambiente; y bajo su estímulo se escribieron libros como el de Jorge Zalamea sobre el departamento de Nariño, en cuyas páginas se descubría de modo casi brutal la realidad del país agrario y se intentaba hallarle un sentido.

Ya no es difícil descubrir en la base de todo ello el ascenso de la burguesía industrial. El Dr. López la encarnaba como nadie; la encarnaba en todo, hasta en su desenfado y su audacia. Él sabía por qué motivos era inevitable una reforma en el Estado y en la sociedad si se quería eludir algún estallido de naturaleza revolucionaria. Con él lo sabían muy pocos: el resto de las clases dirigentes prefería ignorarlo todo y añorar las fuerzas armadas de los viejos tiempos a ceder una brizna de sus privilegios. La contraofensiva de esas clases adquirió una violencia inusitada, particularmente desde el día en que el clero tomó partido por ella. Los latifundistas, descontentos con la situación de la agricultura y lesionados por la reforma tributaria; los burgueses temerosos del ímpetu del pueblo y quejosos también de la nueva tri-

butación; los comerciantes importadores insatisfechos con las tarifas proteccionistas y la difícil situación de la balanza, se lanzaron en brigada contra el gobierno de López, que se apoyó determinadamente en las masas de las ciudades encuadradas por el movimiento sindical. En ese instante, hasta cierto punto, los intereses de la parte avanzada de la burguesía industrial coincidieron con los de la masa de trabajadores y, en esencia, con los de la nación. Pero sólo hasta cierto punto. Lo que no supo esa masa, singularmente sus conductores, ni siquiera tras la experiencia de un Frente Popular que no pudieron orientar y menos controlar, fue dónde estaba ese punto. Las masas populares se hicieron incondicionalmente lopistas y quedaron de este modo dirigidas en la práctica por el más capaz de los dirigentes burgueses. Por otra parte, el Dr. López no halló en su clase la fuerza social que requería para adelantar su “revolución en marcha”, que era, simplemente, un programa de reformas moderadas. Una cosa decían él y sus amigos izquierdistas y otra determinaban los poderes del dinero. Sin la sustentación decidida de la burguesía industrial para quien estaba trabajando y apenas con el respaldo de un pueblo que se hacía cada vez más exigente y despierto, ¿hasta cuándo podría resistir el Dr. López? Un día pronunció su gran discurso del Hotel Granada, pero sólo los hombres más avanzados de su clase comprendieron qué quería decir él cuando afirmaba que el país no podía seguir siendo productor de “frutos y raíces raras”. A la altura de 1938 se podía advertir ya que la debilidad social y el reaccionarismo ideológico de la burguesía estaba conduciendo a una pausa en las reformas. La pausa fue el Dr. Santos.

¿Qué éramos económicamente en esos años? En 1930-44 — escribe la CEPAL— las restricciones a la importación de bienes de capital condujeron a una reducción drástica en la ratio de crecimiento económico. Las consecuencias de la disminución de importaciones fueron tan adversas para Colombia en la Segunda Guerra Mundial como en los años treinta. A lo largo de todo el período de 1930-1944 el coeficiente promedio de inversión permaneció en 14.0% (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 30). Y si de 1929 a 1938 el producto bruto *per cápita* había aumentado a una ratio anual de más de 1.5%, de 1938 a 1945 se elevó apenas a un promedio de 0,9% (*Ídem*). Por lo que al pueblo atañía, el nivel de consumo *per cápita* —ya lo hemos anotado— permaneció casi inalterable desde 1925 (*Ídem*, p. 34). Era, en realidad, la pausa. Todo indicaba que el Dr. Santos aunaba en torno suyo a los moderados, partidarios de un alto en las reformas; con López estaban los burgueses más audaces y de mentalidad más moderna. Ello era evidente. Ni siquiera en actitudes aparentemente similares tenían afinidad real estos dos caudillos del liberalismo. El Dr. Santos, por ejemplo, durante su gobierno mantuvo siempre una

actitud digna frente a los Estados Unidos y ante las presiones de los diplomáticos norteamericanos; pero nunca se le ocurrió decir o hacer lo que dijo e hizo el Dr. López al respecto, ni menos pronunciar palabras como las de este último en el discurso del Granada. López era un conductor nacionalista de la burguesía; Santos fue un dirigente liberal. Santos era un hombre de ayer, nacido y educado en la etapa y en el ambiente pastoril del país; López, en cambio, nació y fue educado en la atmósfera de los grandes negocios y, por supuesto, se hallaba acostumbrado a su fértil pestilencia.

DE LA GUERRA A LA REACCIÓN

En 1941 nos comprometimos oficialmente en la guerra. ¿Qué papel hicimos en ella? Nos sumamos a su fragor, en todo caso, sin reparar demasiado en lo que hacían el gobierno y los grupos monopolistas de los Estados Unidos con nuestro país. Nuestra participación fue casi incondicional; y no sólo le otorgamos carta franca a la policía secreta americana en el territorio colombiano, sino que también colaboramos en la persecución del capital estadounidense contra sus rivales alemanes y japoneses. Creímos ingenuamente en las declaraciones; y la ebriedad llegó a tal punto que ni siquiera el movimiento obrero, huérfano como estaba de conductores lúcidos, fue capaz de descubrir en las ideologías del momento los fines que en la guerra buscaba cada bando y cada grupo. El pueblo colombiano creía estar peleando por la libertad, y éste era sin duda su objetivo; pero en realidad, parafraseando las palabras de Anatole France a Marcel Cachin, resultó combatiendo por los intereses más reaccionarios de los monopolios norteamericanos, que afectaban también a la burguesía nacional. Esta tenía bien determinadas sus finalidades específicas en el momento, como se pudo ver en los buenos negocios que llevó a cabo. Mas la masa popular no alcanzó a ver estas cosas; en cambio, entontecida por una ilusoria colaboración obrero-patronal, se dejó desarmar organizativa e ideológicamente hasta quedar casi indefensa. El pueblo, en fin, no tuvo tácticos que le indicaran cómo respaldar la beligerancia colombiana y sustentar el frente aliado combatiendo, al mismo tiempo, las deformaciones que el capitalismo extranjero y nativo introducían en la alianza; no alcanzó a establecer una diferencia clara entre su meta y la otra. Puso el entusiasmo y el esfuerzo, pero sólo le quedó la fatiga; los otros, por el contrario, llegaron a la posguerra con el fruto muy concreto del descuido del pueblo en la guerra.

Solo la incapacidad de la dirección política y sindical de la clase trabajadora podría explicar por qué se pasó inadvertido tanto abuso y aún se contribuyó a ejecutarlo. El economista mexicano Puig Casauranc ha mostrado, por ejemplo, cómo por cada jefe de familia alemán

que accedíamos a deportar a los Estados Unidos, destruíamos una célula de nuestra sociedad y fortalecíamos otra norteamericana; y ello era así porque el gobierno estadounidense intercambiaba prisioneros con el Eje, y en la transacción prefería rescatar a jefes de familia norteamericanos. El pueblo, por otra parte, no se dio cuenta de que nuestra presencia en el conflicto nos imponía la renuncia a una masa ingente de recursos financieros, como lo ha señalado el Dr. Antonio Álvarez Restrepo. “Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial —escribe— en septiembre de 1940 el precio es sólo de nueve centavos para la libra de café Manizales. Las demandas de consumo de los ejércitos y el afán de abastecimiento que demuestran los tostadores hace que los precios principien a recuperarse hasta llegar a los 16 centavos en julio de 1941. En este momento la oficina reguladora de precios y mercados en los Estados Unidos fija el precio tope para la libra de café, medida que ha de prolongarse durante todos los años de la guerra hasta octubre de 1945, mes en el cual el mercado recobra su libertad. Esa medida [...] representa para Colombia un sacrificio de mil millones de dólares” (Antonio Álvarez Restrepo, “Hechos Olvidados en Economía Cafetera”, suplemento económico del *Diario Oficial*, Bogotá, 29 de agosto de 1956). No veíamos nada. Estábamos borrachos de antifascismo en vez de ser lúcidamente antifascistas. Esa borrachera nos impidió comprobar cómo los monopolios estadounidenses, con nuestro aplauso inconsciente y con la satisfacción de la burguesía nativa que esperaba enriquecerse con ello, aniquilaba en Colombia los negocios competidores y nos ataba no sólo aún más, de esta manera, a su mercado, no sólo para el tiempo de guerra —lo que dada las condiciones geográficas y nuestra situación semicolonial, era probablemente inevitable—, sino para la posguerra. Construimos, entre tanto, algunas empresas importantes, varias de ellas con capital mixto, que era la nueva forma de penetración de los inversionistas norteamericanos entre nosotros, y acumulamos divisas obligados por las restricciones del gobierno de los Estados Unidos sobre la exportación, especialmente cuando ésta se componía de bienes de capital que podían transformar las economías coloniales y disminuir, por eso, la zona de venta de sus productos.

El pueblo colombiano padecía su miseria tradicional. Ello se veía bien en las estadísticas, pero se apreciaba mejor en novelas naturalistas como las de J. A. Osorio Lizarazo, que ponían al desnudo los horrores de la acumulación capitalista y del empobrecimiento de las masas. Estas, sin embargo, habían adquirido mayor fortaleza orgánica en 1945. En ese año nos encontramos con una nueva burguesía nacida de los negocios de la guerra; siendo en lo fundamental como la precedente, se diferenciaba de ella por una audacia más desenfadada

en la proyección de su actividad y, de modo especial, en la especulación financiera; y, sobre todo, era consciente ya de su poder social. En sus manos tenía 180 millones de dólares como reserva, y se apercebía para gastarlos en forma que acreciera su poderío económico sin pensar, por lo pronto, en lo que pudiera resultar de ello. Entonces se inició su segunda edad de oro. El coeficiente medio de inversión se elevó de 14.0 a 19.0; había sido superior, como se recordará, de 1925 a 1929; pero, tras el estancamiento relativo de la guerra, 19.0 era una cifra excelente. La renta nacional, según la Misión Currie (*op. cit.*, p. 48), era de 3.239 millones de pesos en 1947 cuando había sido apenas de 1.000 en 1939. Parte de la cifra se debe a la inflación de los años de guerra y de posguerra; sin embargo, el avance real se hizo perceptible. La Misión calculó que “La producción industrial en las plantas que producían más de seis mil pesos en artículos en el año 1944-45, se elevó de 407 millones en 1939, a 830 en 1944-45 y a 2.120 en 1948”. (*Ídem*, p. 135). Las actividades rurales que producían 448 millones de pesos en 1939, produjeron 1.308 en 1947. La relación entre estas dos fuentes de la renta nacional se había alterado, evidentemente. No disponemos de datos sobre la parte de los asalariados en la renta nacional, pero los índices de consumo dan una cifra que no rebasa en ningún año el nivel de 1929 (ver *The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 28).

¿Iba a quedar intacta, entonces, la vieja forma del país? Los nuevos sistemas de producción determinados por la técnica avanzada habían empezado a presionar sobre las formaciones jurídicas y políticas de Colombia desde la década del veinte. Esa presión fue aliviada a medias por la reforma constitucional de 1936, en cuyo texto se advertían los compromisos de la burguesía con las otras clases (el Dr. Pedro Juan Navarro, que tenía por qué saberlo, declaró que la falla fundamental de la reforma de 1936 era “la mala redacción del Artículo 10, referente a la propiedad, que por un pueril criterio de transacción —de las derechas con las izquierdas —resultó un guirigay inoperante”, citado por Gustavo Samper Bernal, *Breve Historia Constitucional y Política de Colombia*, p. 229, impreso en la Litografía Colombia, Bogotá, 1957); pero, en los primeros años de la posguerra, el desarrollo de las fuerzas productivas era de tal naturaleza que chocaba ya violentamente con todas las relaciones de propiedad establecidas, con todo el sistema jurídico, con todas las normas de la sociedad, con todos los planos de la cultura. La contradicción entre el país agrario y semicolonial y la nación moderna y predominantemente burguesa empezaba a llegar al clímax; y no fue por pura coincidencia, por lo que se hizo inaplazable otra reforma constitucional en 1945 con el objeto, entre otros, de solucionar problemas pendientes desde 1936: Congreso, rama ejecutiva, justicia, régimen político y municipal, hacienda, etc. Todo demandaba

cambio, todo; mas la clase dirigente que, entre tanto, resistía a la ofensiva de las masas, no llegaba a ponerse de acuerdo sobre el alcance de las reformas. El cambio constitucional de 1945 fue, por eso, inferior a lo que acontecía, de hecho, en la sociedad. Las fuerzas productivas continuaron su ascenso relativamente impetuoso, como se puede comprobar por la evolución de la renta nacional a partir de 1945. Las cifras publicadas al respecto en los informes del gerente del Banco de la República modifican un poco los cálculos de la Misión Currie, pero son probablemente más exactas: si en 1945 la renta nacional fue de 2.178.800.000 pesos, en 1946 llegó a 2.628.500.000, en 1947 a 3.212.500.000, en 1948 a 3.974.100.000, en 1949 a 4.584.400.000 y en 1950 a 5.456.400.000. En ese crecimiento, no vayamos a olvidarlo, tenemos que contar los cien millones de dólares (al precio de 1950) que, en forma de inversiones extranjeras, constituyeron el 8% de la formación de capital doméstico en ese entonces (ver *The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 255).

La contradicción entre las fuerzas productivas del país y sus relaciones de producción llegó, de esta manera, a su clímax. Era ya un antagonismo. Lo que se veía en la superficie, no obstante, era la lucha de los partidos tradicionales por el control del Estado. La burguesía estaba dispersa en ambos, como el pueblo, y se hallaba carente de partido propiamente suyo; pero un ojo más o menos entrenado podía descubrir el forcejeo, dentro de cada partido, de los sectores burgueses que pugnaban por imponer sus normas en el poder político. El espíritu de partido, determinado por la predominancia de los grupos burocráticos y por la fuerza de caudillos que no percibían claramente el cambio estructural de la nación y trataban, por eso, de someterla a esquemas más cercanos a la organización medieval que al capitalismo, impedía frecuentemente su vinculación; pero ello no era óbice para que en Antioquia, por ejemplo, donde se concentra el núcleo más consciente de la burguesía, surgieran movimientos de concordia, como se llamaban, y se vieran reforzados con ecos favorables en Bogotá y en otras zonas socialmente avanzadas. Los “odios heredados” se apoyaban en las vastas regiones donde la agricultura y, en parte, la sociedad permanecen al nivel del siglo XVI.

Mas las vinculaciones de la burguesía no lograron evitar el desmoronamiento de un aparato estatal envejecido, reparado a medias por dos reformas constitucionales y deformado por el fortalecimiento del régimen presidencial; tampoco tuvieron tiempo de modernizar en lo ideológico y en lo organizativo sus partidos, que seguían siendo aglomeraciones sentimentalmente aglutinadas. Los sectores burgueses de ambos partidos se hallaban básicamente de acuerdo en la dirección de la economía, en la política exterior, en el problema religioso, etc.; pero

las diferencias de personalidad, incluida aquí la educación, y el influjo de vigorosos dirigentes políticos separaron a la burguesía conservadora de la liberal, a pesar de los esfuerzos que por impedirlo realizaron los conductores más alertas. Fue una separación transitoria y meramente política, desde luego. Pero ella agudizó la lucha violenta por el control del Estado hasta el punto del aniquilamiento físico. Asistimos, así, a lo que se llamó francamente una guerra civil no declarada.

El antagonismo entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas ya había derruido los fundamentos del mundo antiguo; la lucha violenta de los partidos redujo a polvo los escombros. La honradez comercial y la privada eran sólo materia de anécdota del tiempo campesino; la ordenación patriarcal de la familia se destrozó al impacto de las fábricas y las oficinas y por primera vez en nuestra literatura empezamos a leer libros que testimoniaban la desintegración moral de las familias de la clase dirigente; el abogado, el poeta, el sacerdote no eran ya figuras claves en la sociedad: en su sitio estaba el técnico, limitadamente eficaz y culturalmente bárbaro; el antiguo desinterés y la vieja generosidad quedaron convertidos en lo que *El Espectador* llamó “la fiebre del oro” que eleva al rango de profesión anhelada “la de especulador” (17 de diciembre de 1955); el gusto por la literatura pastoril con sus romances púdicos dio paso al documento y a las primeras tentativas de “poesía social”, pero también a un arte abstracto en que el artista parece, en ocasiones, refugiarse o expresar su temor o su desdén por un mundo irracional que, en todo caso, no ama ni denota comprender; la prensa, dedicada en otros años a la divulgación de una literatura más o menos inofensiva, empezó a reflejar cada día más un mundo desgarrado e incitante; y el clero, tan sedentario hasta entonces, se enroló en la acción sindical y, en ciertos sitios —en Medellín, por ejemplo— les dio la mano abiertamente a los patronos.

Teníamos un gobierno formalmente conservador y realmente burgués; nunca se había hablado en el país de “gabinete de gerentes”; y si antes hubo en la dirección del Estado testaferros del capital extranjero, jamás se pudo hablar concretamente, como en los años en que las compañías foráneas invertían cien millones de dólares especialmente en petróleo, de “ministros petroleros”.

La burguesía estaba rica, y ansiaba enriquecerse más aún. El proletariado había crecido. La Misión Currie calculaba para 1945 unos 115.000 obreros y 20.000 empleados trabajando en la industria; no tenemos datos exactos a la mano, pero, a juzgar por el coeficiente medio de inversión, eran en 1950 un tercio más; tres años después había 200.000 obreros industriales. La clase capitalista, entre tanto, ganaba lo bastante como para permitirse la táctica bien probada de crear, por

medio del salario, una “aristocracia obrera”, un pequeño grupo de trabajadores bien pagados que, además de ser fuerza amortiguadora en la lucha de clases, opacara la realidad dramática de la pauperización del proletariado.

La represión política y social, el papel corruptor de la “aristocracia obrera”, el esfuerzo de la burguesía por mantener a la clase trabajadora encuadrada por partidos sin orientación clasista, la debilidad del aparato sindical, la incapacidad de las vanguardias proletarias: he aquí apenas unos pocos de los muchos elementos que condicionaron el embotamiento de la conciencia de clase en vastos sectores de las masas e impidieron que otros llegaran a ella. Es cierto que Gaitán había avivado el sentido de clase del pueblo y lo había elevado a la más alta tensión de combate; pero el caudillo liberal no despertó realmente de su conciencia y lo dejó, solo, en manos de una oligarquía que no acaba de vengarse aún de su pavor del nueve de abril. Políticamente, Gaitán agrupó en su contra a la oligarquía al mismo tiempo que unificaba al pueblo en torno suyo. Muerto, su movimiento amorfo quedó también acéfalo. Enseguida se anarquizó y después se dispersó. Tal vez está esperando. Es probable que hoy esté, en lo fundamental, al lado de los dirigentes liberales que combatió en otros años; pero es difícil que deposite en ellos su fe política. El Partido Comunista, por su parte, no había logrado, por motivos muy complejos pero principalmente por la ineficacia ideológica de su dirección y por su desconocimiento del país, penetrar en las grandes masas; y era solamente una vanguardia abnegada y a veces heroica, consecuyente y fiel con el pueblo pero demasiado adelante de éste un día y, al otro, por debajo de sus impulsos. En raros momentos fue efectivamente un destacamento de avanzada. El pueblo, pues, combatía solo, orgánicamente deshecho e ideológicamente desarmado.

Así llegados a 1950, 5.456.400.000 pesos valía la renta nacional de Colombia; la industria tenía en esa cifra cerca de tres mil millones; sus contradicciones con el comercio importador y con la clase terrateniente persistían, pero sin la agudeza de los años pasados: era que el comercio distribuía ya predominantemente los productos nacionales y los hacendados prosperaban y frecuentemente se veían vinculados a la industria. La burguesía casi no osaba ya plantear la necesidad de una reforma agraria, quizás porque el mercado existente le bastaba; mas ello no eliminaba esa necesidad que se palpaba, entre otros fenómenos, en la carestía de los víveres. El estallido de abril había contribuido también a aglutinar a la clase dirigente.

La clase media productora se arruinaba evidentemente; y junto a ella se desarrollaba una clase media parasitaria que englobaba a los altos funcionarios de la industria, del comercio y de la administración

pública, a los comerciantes, al clero, a los militares, a los capataces rurales, etc. Los partidos tradicionales se hallaban lastrados por fuertes grupos burocráticos para quienes el poder era un botín presupuestal. Ello se comprende claramente cuando uno analiza los egresos de los presupuestos municipales y ve que en Chinchiná, por ejemplo, se gasta el 47% del presupuesto local en dirección administrativa; que en Mistrató y Quinchía se invierten respectivamente el 22% y el 30% en el mismo renglón, y que éste fluctúa en todo el resto de Caldas entre el 9% de Calarcá y el 47% de Chinchiná (ver “Caldas-Estudio de su situación geográfica, económica y social”, tomo I, p. 221; monografía elaborada por el Departamento Técnico de la Seguridad Social Campesina, Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1956). Si esto tenemos en Caldas, considerado como uno de los departamentos mejor desarrollados y dirigidos del país, con vastos frentes de trabajo y nivel de vida relativamente alto, ¿qué estará ocurriendo allí donde no hemos sobrepasado aún el siglo dieciséis? Y bien, instigada por esos grupos burocráticos se desarrolló la violencia política. Sobre sus fuertes olas llegó el Dr. Laureano Gómez al poder.

LO QUE OSPINA LEGÓ A GÓMEZ

El país que iba a regir el Dr. Gómez se parecía muy poco al de 1930 y todavía menos al de don Marco Fidel Suárez. La inversión de los 180 millones de dólares acumulados en el curso de la guerra, el aflujo del capital extranjero, la política proteccionista y el crédito bancario otorgado principalmente al comercio⁴ elevaron la renta nacional de \$ 2.628.500.000 en 1946 a \$ 5.456.400.000 en 1950. ¿Cuál era, en realidad, la gente próspera? Rafael Baquero, que ha escrito el estudio tal vez más penetrante y franco acerca del enriquecimiento y de la pauperización en esos años, demostró que, mientras el costo de la vida subía 80% en Bogotá y 89% en Medellín, el valor real de los salarios disminuía permanentemente. Los salarios nominales aumentaron, en efecto, de junio de 1945 a agosto de 1949, en 38.9% para los trabajadores de Medellín que ganaban menos de ciento veinte pesos mensuales, y disminuyeron 13.1% para los que devengaban más; en Bogotá se registraron aumentos de 25.4% y 3.8% respectivamente. “Pero se debe tener en cuenta —advierde Baquero— que [...] se considera úni-

4 Los bancos prestaron en 1945 \$ 445.036.000; en 1948 llegaron los préstamos a \$ 855.958.000; en este año, el 50.1% de esa suma fue prestada al comercio, a la industria sólo el 20.9%, a la ganadería el 11.6%, a la agricultura el 5.2%, y lo demás a entidades oficiales, construcciones y otros renglones. Ver sobre este hecho un examen, en general acertado aunque un poco unilateral porque no analiza la composición de las importaciones, en Gilberto Vieira, *Hacia el Frente Democrático de Liberación Nacional*, p. 54 y ss., Editorial Cultura, Bogotá, 1949.

camente el salario nominal, esto es, la suma que el trabajador recibe, sin tener en cuenta su poder adquisitivo. Si se considera éste, como debe hacerse, las cosas cambian. En efecto, entre las fechas citadas el costo de la vida aumentó en 71.6% en Medellín y en 58.2% en Bogotá, lo que quiere decir que el peso perdió el 41.7% y el 36.8% de su valor en las respectivas plazas.

Si tenemos en cuenta este hecho vemos que el salario real de los trabajadores que ganaban menos de \$ 120.00 en el Valle de Medellín, esto es, los \$ 74.02 de 1949 sólo representan \$ 43.15 y que los \$ 220.50 de los trabajadores que ganaban más que esa suma, se habían reducido a \$ 128.55. Esto significa que el salario real, el poder de compra de lo que el obrero recibe, se había reducido en octubre de 1949 al 81.0% de lo que ganaba en 1945, en el primer caso, y al 50.7% en el segundo. En Bogotá el salario real para el primer grupo se había reducido a \$ 40.53 y a \$ 154.73 para el segundo, es decir que solamente representaba el 79.2% y el 65.6% de lo que los respectivos grupos ganaban en 1945. Únicamente para sostener el poder adquisitivo de los trabajadores, el salario medio debía haber resultado cuando se hizo la segunda encuesta de \$ 91.42 para el primer grupo y de \$ 453.17 para el segundo, en Medellín. En Bogotá, los promedios debían haber dado \$ 80.87 y \$ 373.00 respectivamente. Pero, como se ve, los resultados efectivos están muy lejos de estos guarismos” (Rafael Baquero H., *La Economía Nacional y la Política de Guerra*, p. 12 y ss., Editorial Labor, Bogotá, 1951).

Esa pauperización absoluta de la clase trabajadora era una de las condiciones del enriquecimiento aún mayor de la clase rica, bien segura con el régimen absoluto del Dr. Ospina Pérez. Hubo empresas de transformación con utilidades que llegaban a más del ciento por ciento del capital pagado, antes de pagar impuestos. Cinco empresas con un capital de 54 millones de pesos obtuvieron utilidades de 123 millones durante tres años, o sea de 226% sobre el capital pagado. La Compañía Colombiana de Tabaco logró un porcentaje de utilidades de 360% y Fabricato de 289%. Baquero anota que “la recuperación media del capital resulta del 75% al año, nivel que seguramente no conocen los industriales más rapaces de otros países” (*Ídem*, pp. 15-16).

A Baquero le debemos otros datos que ponen más en claro el fortalecimiento de la “élite del poder”. En 1948, aplicando el censo de 1938, había en Colombia aproximadamente 3.815.000 personas económicamente activas; de este número sólo 101.817 presentaron declaración de renta. Ello indicaba que había más de 3.700.000 cuyos ingresos eran tan bajos que no se hallaban obligados a denunciarlos. “Y entre los declarantes —escribe Baquero— más de la mitad perciben sumas inferiores a \$ 2.000 al año, cifra que representa apenas un

ingreso de \$ 170.00 al mes. Solamente el 1.1% de la población activa tiene ingresos superiores a esa suma. Pero por encima de esa masa de trabajadores explotados, en la cima de la pirámide social, hay 256 personas que reciben más de \$ 100.000 al año y que en realidad constituyen el grupo para el cual trabaja el pueblo colombiano [...] (*Ídem*, p. 17). Pero es el número de millonarios el que nos señala prácticamente el grado de concentración de la riqueza en esos años. Por la declaración del patrimonio sabemos hoy que en 1945 había 43 millonarios, 53 en 1946, 99 en 1947 y 136 en 1948. En el mismo lapso, el número de sociedades con más de un millón de pesos pasa de 118 a 214. “Pero lo que resulta verdaderamente escandaloso —observa Baquero— es la utilidad obtenida y la acumulación del capital en manos de un centenar de personas y de doscientas sociedades. Puede apreciarse [...] que la riqueza en poder de las personas que tienen más de un millón de pesos aumentó solo durante 1948 en más de 125 millones y la de las sociedades en 434 millones. Por otra parte, el patrimonio denunciado por 136 millonarios en 1948 equivalía al 11.7% del patrimonio total denunciado por personas naturales y el de las 214 sociedades representa el 86.5% del que tienen todas las sociedades existentes en Colombia. Esas cifras muestran con claridad indiscutible que el pueblo colombiano trabaja y se empobrece cada día para beneficiar a 136 millonarios que seguramente no integran ni otras tantas familias” (*Ídem*, pp. 17-18).

De modo, pues, que cuando el Dr. Gómez llegó al gobierno, el país no sólo nadaba en sangre sino estaba en una etapa de ascenso vigoroso del capitalismo. Las instituciones existentes no alcanzaban a conformarse ya a la expansión inusitada, y una clase dirigente medrosa de un pueblo a la ofensiva, que había combatido el nueve de abril y estaba sublevado en los campos, no podía concebir un perfeccionamiento real del sistema democrático. Es probable que ello hubiera encauzado de manera relativamente pacífica el descontento, pero habría hecho posible también el desarrollo de la lucha de clases con una intensidad que la burguesía y los terratenientes unificados temían por sobre todo. La temían no tanto por lo que llamaban “excesos democráticos” y “desafueros del pueblo”, sino porque ella, dada la miseria progresiva de las masas, se libraría primordialmente en el terreno económico y, por lo tanto, sus ganancias corrían el riesgo de reducirse un poco. La combatividad de la clase trabajadora, por otra parte, de haber contado con una atmósfera democrática, hubiera determinado quizás una orientación distinta del Estado que llevara a la democratización de la sociedad; y ello era incompatible, no sólo con las ganancias de la burguesía, sino también con los intereses estratégicos, políticos y económicos de los grupos monopolistas que controlaban

la política de los Estados Unidos en Colombia. Como se dijo antes, de 1945 a 1950 habían llegado al país cien millones de dólares, 50% de los cuales fueron invertidos en petróleo (*The Economic Development of Colombia*, tomo I, p. 255) en condiciones que un régimen de veras democrático no podría tolerar.

El Dr. Gómez advertía que la vieja estructura estatal demandaba una transformación. ¿En qué sentido? Este era el problema capital. El dirigente conservador, formado ideológicamente en las enseñanzas de la derecha monárquica de Francia y España, radicalmente antiburguesas, como es sabido, pero desde el punto de vista del régimen feudal inspirado, en el momento, en pensadores católicos que abogaban por “una nueva Edad Media” como solución de la crisis contemporánea; y estimulado por la experiencia portuguesa y española en que él, condicionado por su personalidad reaccionaria, veía especialmente lo que consideraba el orden perfecto, con sus jerarquías medievales, con su clero arrogante y poderoso pero sumiso al Estado, concibió una reforma constitucional dentro de cuyo esquema, extraño a la nueva realidad nacional, se propuso encerrar el país. Mas el Dr. Gómez no vivía solamente en el reino de las ideas reaccionarias, sino también en una tierra que estaba conquistando el capital. Él podía decir cuanto quisiera contra la Revolución Francesa y los financieros que no participaban en los debates políticos; pero el espíritu burgués saturaba a su partido y allí estaba buena parte de quienes lo encarnaban y creaban. Podía detestar a los capitalistas antioqueños que militaban en el conservatismo; podía anatematizar su tendencia al compromiso, a la concordia, al entendimiento de clase con sus congéneres del partido liberal; y, sin embargo, había de tolerarlos si deseaba mantener el vigor y la unidad de su partido. Los conservadores de otros departamentos, sobre todo los que vivían en el espacio social del siglo XVI, le eran más afines, es cierto, y se hallaban psicológicamente más dispuestos a entender y aceptar las ideas constitucionales del Dr. Gómez; pero ¿quién de ellos tenía verdadera experiencia en los negocios?, ¿quién, entre ellos, podía ayudarle eficazmente a moverse en el plano económico? Ninguno de sus amigos del pasado entendía mayormente esas cosas de que hablaban los hombres de las cuatro o cinco ciudadelas del capitalismo colombiano. El Dr. Gómez, por otra parte, era hombre de ciertos gustos y maneras derivados, naturalmente, de su educación, pero así mismo de su concepto de la sociedad jerarquizada al modo medieval. Se sentía el más complacido, por ejemplo, con la presencia del Dr. Juan Uribe Holguín, persona sofisticada, entre aristócrata y burguesa, que con la compañía taciturna y campechana del Dr. Salamanca o del Dr. Del Hierro parecía reflejarse en sus relaciones con hombres de otras clases. Probablemente era cortés con los dirigentes

medios que le daban prueba de fidelidad pero carecían de elevada posición social y de fortuna; mas se afirma que siempre fue frío con ellos. Podía, en cambio, abominar del Dr. Urdaneta, del Dr. Zuleta, del Dr. Ospina, pero ¿quién puede negar que no los sintiera más cercanos a su mundo, por lo menos a ese mundo semiaristócrata y burgués al que quiso siempre pertenecer? El Dr. Ospina fue su aliado y su candidato; el Dr. Urdaneta, el Dr. Zuleta, el Dr. Pérez y otras “raposas jurídicas” fueron repetidamente sus consejeros; sus compañeros, sus enemigos más atendidos y sus ministros más escuchados. A través de ellos le llegaba la influencia del capital. Que redactara proyectos constitucionales: ¿y qué? Lo fundamental era que, al mismo tiempo, mantenía la política económica del Dr. Ospina y gobernaba con la “élite del poder”. Las 256 personas de cien mil pesos de renta anual, entre las cuales se contaban, desde luego, los 136 millonarios, formaban parte decisiva sea como fuese de la cima de la pirámide que sostenía “el inepto vulgo”, donde estaban seguramente los 3.700.000 trabajadores que, a causa de sus bajos ingresos, no se veían obligados a declarar la renta, y donde uno descubría fácilmente a los cincuenta mil colombianos que vivían con menos de dos mil pesos al año. El Dr. Gómez buscó introducir la realidad del país dentro de un esquema ideológico. Sin el realismo que los negocios le habían dado al Dr. López ni los elementos intelectuales que le permitieran penetrar en la dinámica contemporánea, fue incapaz de advertir la inoperancia histórica de ese esquema en que la retórica fascista se había esforzado por modernizar las líneas medievales; y, peor que todo, su vida pública no le dejó tiempo quizás para meditar despaciosamente en ciertas cosas que suceden en la historia, entre otras el que sea la realidad social la que condiciona las ideas y no las ideas a la realidad social, como él posiblemente aprendió de sus maestros. No se trataba, en ese tiempo, de idear una Constitución e imponérsela al país a sangre y fuego, como le agradaba al Dr. Montalvo; nos veíamos ante una exigencia más grave: encontrar las formas ideológicas que la nación moderna estaba esbozando ya para expresarlas en una Constitución; el asunto no consistía en inventar unas relaciones de producción, sino en tomar en cuenta las que la vida estaba determinando y reflejarlas en el Estado. El Dr. Gómez no lo hizo; tampoco podía hacerlo. Su gobierno, a pesar de las ideas, fue un gobierno capitalista a cargo fundamentalmente de capitalistas, de dueños de bienes reales y de fábricas y haciendas, a quienes el Dr. Gómez ingenua, eufemística o cautelosamente llamaba *técnicos*.

La violencia política, mientras tanto, parecía ocultar la lucha de clases; pero ésta en realidad asumía frecuentemente las formas de aquélla. Primero había sido la represión al movimiento sindical; luego fue el asalto a ciudades como Cali, donde la clase obrera había perma-

necido a la ofensiva en la década anterior; y, al mismo tiempo, bandas armadas y oficialmente toleradas e inspiradas asolaban los campos. La violencia en las ciudades y en las regiones campesinas pudo tener finalidades electorales en un principio; después esos fines se hicieron más complejos, y en esa complejidad era posible entrever, en algunas provincias, la guerra de los hacendados contra los aparceros, los colonos y los campesinos pobres; y, en las explotaciones agrarias de tipo capitalista, la persecución de los patronos contra las organizaciones sindicales. En los centros urbanos populosos, en cambio, casi no se veía nada excepto el descontento y la indiferencia aparente del proletariado que expresaba su protesta en el proceso mismo del trabajo. La violencia política, a la vez que destruía zonas de producción y por lo tanto limitaba el mercado, enviaba a las ciudades sus masas de exiliados. Tal vez la burguesía los contemplara acongojada; ya en los hechos, esos hombres y mujeres aumentaron la oferta de fuerza de trabajo, hicieron posible el nivel de salarios que tenemos y quizás contribuyeron a debilitar el movimiento obrero. El pueblo, en la hora de Gómez, se hallaba ya anarquizado y disperso. Actuaban las guerrillas, pero éstas eran esencialmente “acción sin ideas” y, sobre todo, formaciones agrarias sin respaldo combatiente ni dirección política de la clase obrera. Se podía adivinar su fin.

El partido liberal se batía en retirada. Era fuerte en las ciudades, pero éstas, una fuerza de choque a los ojos del General Amadeo Rodríguez, no podían serlo realmente sino movilizadas por la vanguardia sindical. ¿Dónde estaba esa vanguardia? Ya sabemos lo que acontecía con ella desde 1945; su última acción importante pudo ser en noviembre de 1949, cuando se la llamó a una huelga general, que impreparada y orientada en la práctica por gente ajena a la clase trabajadora y sin interés efectivo en una acción revolucionaria, fue fácilmente controlada por el gobierno. Este tuvo así un pretexto más para actuar contra una masa desmoralizada por derrotas sucesivas, por la división y por aventuras constantes. Ideológicamente el partido liberal carecía de rumbo; estaba viviendo aún del recuerdo de sus caudillos. Su prensa divulgaba las ideas más contrarias; un día era faro Karl Manheim, otro Stevenson y al siguiente la Carta de los Derechos Humanos. Era difícil, ciertamente, crear de la noche a la mañana un pensamiento político; mas uno piensa que, estando allí, claramente escritos, los libros de Rafael Uribe Uribe y de Alejandro López y los mensajes y declaraciones del Dr. Alfonso López, o simplemente la plataforma de la Convención de 1935⁵ bastaba adherirse a su esencia y

5 Es la que cita el señor Luis Ospina Vásquez. Se encuentra, completa, en Gustavo Samper Bernal, *op. cit.*, p. 220 y ss.

obrar consecuentemente; pero ¿estarían los editorialistas de la prensa liberal interesados en llamar a la lucha por la reforma agraria, por la liquidación de la colonia, etc., etc.? No habíamos pasado en vano por la pausa.

El entendimiento de los dos partidos sobre la orientación del Estado parecía imposible a esa altura. ¿Qué podría resultar entonces de esa guerra civil no declarada? Un elemento nuevo entraba en juego. Las Fuerzas Armadas —que habían reprimido el alzamiento del 9 de abril, cuando el Dr. Gómez les pidió que asumieran el poder, y contaban con ministros en el gabinete— se sentían ahora más vigorosas que en 1948, tanto política como organizativamente. El partido liberal y los grupos disidentes del conservatismo clamaban por un golpe de Estado. “¡General, salve usted la patria!” llegó a ser una frase popular. Pero, sobre todo, el pacto de “estandarización” de los ejércitos americanos, aprobado en 1948, había elevado, bajo la dirección de una misión estadounidense, el poder de fuego del nuestro, su capacidad de maniobra, su calificación profesional y su espíritu de cuerpo. El gobierno conservador, asediado por las guerrillas, por la oposición de las ciudades y por el descontento popular, fue entregándose a los militares palancas decisivas. Al estallar la guerra de Corea, el presidente de Colombia, como contribución a la “defensa de la democracia”, pero en realidad para buscar un apoyo más decidido de los norteamericanos, se hizo beligerante el mismo día en que resolvió hacerlo el rey de Abisinia. Fue la única nación latinoamericana con tropas en Corea, si se exceptúa a Puerto Rico. Ello reforzó los cuadros militares del país. Viajes de inspección, entrenamiento, vinculación con oficiales extranjeros en campaña, asimilación de técnicas modernas; etc., les dieron un sentido de su poder que antes no tenían. Eran, por otra parte, los únicos que, en ese momento de la Guerra Fría, dados su prestigio y su vigor, se hallaban en condiciones de asegurar en Colombia el cumplimiento de los planes del Pentágono para la defensa continental: supresión de los movimientos populares, militarización de los puertos, seguridad en los sitios de producción estratégica como las petroleras, etc.

Entonces, impulsados por diversos acontecimientos de la política interna, entraron a arbitrar el diferendo. El pueblo hubiera podido hacerlo a condición de que se hallara firmemente organizado y dispusiera de una recia y hábil dirección política. Ya sabemos que nada de ello existía. No había más árbitro, por lo pronto, que las Fuerzas Armadas. Se diría que actuaron al principio con cierta timidez: insinuaciones, resistencias, fotografías junto a algunos políticos de oposición; luego aumentó la audacia y le dijeron al presidente que mejorara las cosas o entrarían ellos a hacerlo. Y llegaron al gobierno. Había en ellos un

poco del embarazo del recién llegado, sin embargo, visible en que pidieran al Dr. Urdaneta que siguiera gobernando; pero a poco se desvaneció el azoramiento inicial. Al lado de los triunfadores estaban el Dr. Ospina Pérez y su estado mayor; el júbilo invadía las redacciones de la prensa liberal; y, en un espectáculo para nosotros trágico, las masas llenaron ilusionadas las calles y las plazas para aclamar al salvador. Los terratenientes veían despejado el porvenir, y así los comerciantes y así los industriales. Las clases dirigentes, que con excepción de sus grupos políticos liberales habían considerado nefasto el Parlamento porque obstaculizaba, entre otras cosas, las altas tarifas proteccionistas e imponía leyes sociales, estaban satisfechas de renunciar a este embeleco de sus años mozos, cuando apoyándose en el pueblo no corrían más riesgo que el de ganarlo todo. Ahora era distinto, ahora se trataba de enriquecerse.

EL CRECIMIENTO Y SUS PROBLEMAS

El enriquecimiento está a la vista. La renta nacional, que en 1950 era de \$ 5.456.400.000, fue en 1951 de \$ 6.105.200.000, en 1952 de \$ 6.726.200.000 y en 1953 de \$ 7.564.500.000. Sobra decir, porque todos lo palpamos, que la parte del león en esas sumas quedó en manos de las clases dirigentes. Los centros industriales de 1945 y 1953 indican que el valor del producto de la industria de transformación pasó de 641 millones de pesos en 1945 a 3.917 en 1953. Las ganancias alcanzan cifras sin precedentes. El Dr. Luis Ángel Arango anotó en su último informe que las utilidades totales ascendían. El capitalismo penetraba ya profundamente en vastos sectores del campo; de 3.821 tractores que teníamos en 1938 pasamos a 16.493 el año pasado⁶; y de acuerdo con el informe más reciente de la Gerencia del Banco de la República, las utilidades totales de la actividad agrícola eran preponderantes en la renta nacional. De 1950 a 1953, por lo demás, habían entrado al país, fundamentalmente a los petróleos, como en el quinquenio anterior, otros cien millones de dólares. Los salarios reales, en cambio, se reducían a causa de su estancamiento, de la inflación y del costo de la vida. El costo de la vida de la clase obrera en Bogotá tenía un índice de 420.9 en 1953; en 1954 era de

6 Datos tomados de la Misión Currie, *op. cit.*, tomo I, página 108, y de Alberto Charry Lara, "Las Estadísticas Agropecuarias", *Economía Colombiana*, Volumen 13, N° 36, p. 60, Bogotá, abril de 1957. Para una visión general del problema agrario en Colombia en este momento, ver especialmente *The Economic Development of Colombia*", tomo II, *Agriculture*; Misión Currie, *op. cit.*, tomo I, p. 95 y ss.; la información publicada en *La Paz*, p. 6, Bogotá, 29 de diciembre de 1955; y el comunicado que, como resumen de un informe del Banco Mundial sobre el desarrollo agrícola de Colombia, publicó el mismo diario (27 de junio de 1956, p. 5).

457.4; en 1955 de 453.9 y en junio de 1956 de 490.1. El índice para la clase media se había elevado también: de 347.3 en 1953, pasó a 369.3 en 1954, a 378.7 en 1955 y a 400.2 en junio de 1956. La Dirección Nacional de Estadística, anexa al Palacio Presidencial, decidió cambiar las bases de esas cifras y establecer un nuevo índice de 100 para 1952; mas sobre ese fundamento se aprecia también lo que tiene que soportar la clase trabajadora: en 1953 el costo de la vida había subido a 109.8, en 1954 a 121.9, en 1955 a 116.7 y en agosto de 1956 a 129.7. El hecho es de tal magnitud, pues, que ni siquiera la utilización política y clasista de las estadísticas alcanza a ocultar en las cifras el empobrecimiento real de nuestro pueblo (ver sobre el problema un análisis interesante, por su objetividad y por venir de la derecha, en Belisario Betancur, "El escrutinio", *Prometeo*, N° 20, p. 184 y ss., Bogotá, diciembre de 1956).

El desarrollo nacional, que como hemos visto encerraba toda clase de contradicciones en los años precedentes, se hizo aún más dramáticamente contradictorio a partir de 1953. No sólo había empezado a obrar en la vida política la fuerza del ejército que, sociológicamente, podría considerarse como el ascenso al poder del sector más vigoroso de la pequeña burguesía parasitaria; sino que la nación había alcanzado una complejidad social y económica que no conoció antes. Era dueña ya de una alta tecnología en las ramas decisivas de la industria ligera —textiles, cemento, cigarrillos, etc.— y se encontraba con ese ciclo de la producción prácticamente terminado; se apercibía, entonces, para iniciar la creación de su industria pesada, cuyas bases se edificaban afanosamente con el ánimo de sustituir importaciones. Todo ello, como es obvio, requería una alta especialización, no solamente en la dirección de las empresas, sino también en el Estado. Era claro que, en tales condiciones, no se podía improvisar una política en Hacienda, ni realizar ensayos con el sistema bancario, ni dejar el control de cambios y las Aduanas en manos inexpertas, etc. Era necesario, por parte, transformar sustancialmente la universidad de modo que pudiera atender al mismo tiempo a las urgencias técnicas y científicas del país, en lugar de dejarla al cuidado de quienes casi no tenían relación vital con la técnica, ni con la ciencia, ni con el país verdadero. No creemos, por lo demás, que el gobierno, dadas su composición y su línea de acción práctica e ideológica, hubiera podido realizar transformación alguna de importancia. Las antiguas contradicciones subsistían e iban asumiendo una violencia inusitada, y han llegado a hacerse antagonismos insolubles por los métodos que indica el pensamiento político tradicional.

Asistimos hoy a la antinomia entre un Poder Ejecutivo militarmente respaldado y la nación acaudillada por la burguesía industrial.

Esta se ha enriquecido, sin duda; mas su mismo crecimiento la ha hecho entrar en pugna con el régimen. No está de acuerdo con él en cuanto al sistema tributario, por ejemplo, para cuya regulación exige un Parlamento que, despreciado y temido en otras ocasiones, considera imprescindible; no acepta tampoco sin reparos esenciales el manejo presente de los fondos públicos; quiere controlar directamente la política de importaciones y, en su sector agrario, se inquieta especialmente por la importación de sobrantes de la agricultura estadounidense; y se halla descontenta por los obstáculos cada vez mayores con que tropieza en el abastecimiento de materias primas. Este último aspecto es especialmente grave para ella. Las empresas que trabajan con materias primas del primer grupo, ante la negativa de los bancos a conceder cartas de crédito mientras no se solucione el problema de la deuda comercial, se han visto obligadas a comprar dólares libres. A ello se agrega el aumento del impuesto de timbre, que no es ya de 10 sino de 40 para ese grupo; y a esta carga hay que sumar el depósito previo a la importación. Los empresarios, así, han tenido que constituir un fondo rotatorio para importar, y éste debe cubrir cuatro meses. He aquí cómo explica *Intermedio* —de donde tomamos la información evidentemente escrita u orientada por persona vinculada a la industria— la operación: “En efecto, en todos los registros pertenecientes a los grupos preferencial y primero aparece en un sello destacado la siguiente leyenda: ‘Reembolsable 120 días después de utilizado el presente registro por el despacho de la mercancía’. Suponiendo —continúa— que el registro y el despacho de la mercancía se obtuvieran inmediatamente después de la consignación en el Banco de la República del depósito previo y del impuesto de timbre, lo que en la práctica no ocurre, las empresas industriales se ven obligadas a financiar sus importaciones a base de dólares libres para el transcurso de los cuatro meses siguientes. Teniendo en cuenta los hechos anteriores una empresa que necesite realizar importaciones promedio de cien mil dólares mensuales, se ve obligada a constituir un fondo rotatorio para importaciones de cerca de cuatro millones de pesos por los siguientes factores:

- Depósito previo del 60% sobre cien mil dólares, o sea sobre doscientos cincuenta mil pesos: \$ 150.000.
- Impuesto de timbre de 40% sobre cien mil dólares, o sea sobre 250.000 pesos: 100.000.
- Compra de cien mil dólares en el mercado libre a siete pesos por dólar: 700.000.
- Total para financiar cien mil dólares mensuales: \$ 950.000.

- Financiación de los cuatro meses mínimos para obtener el reembolso de los dólares oficiales, o sea \$ 950.000 por cuatro: \$ 3.800.000.

Posteriormente —agrega el periódico— a la realización de la importación, las industrias reciben el depósito previo y la diferencia entre el dólar libre y el oficial pero tienen que continuar financiando sobre la misma base expuesta sus importaciones posteriores, por lo cual el fondo rotatorio para tal fin adquiere un carácter permanente” (*Intermedio*, pp. 1-10, 21 de abril de 1957). La información —puede ser útil anotarlo— empezaba con estas palabras, políticamente tan reveladoras como las cifras: “El cuantioso fondo rotatorio que deben crear las empresas en la actualidad, constituye una de las causas más visibles de su descapitalización...”. ¿Podríamos extrañar, después de esto, el que se diga en la revista *Bancaria* (Nº 57, p. 27, febrero y marzo de 1957), órgano de la Asociación Bancaria, con un sentido perfecto de la síntesis, que la industria se encuentra inquieta y próspera? Luego de enumerar las ganancias halagüeñas, en efecto, advierte la revista que “al pie de estos guarismos está, sin embargo, una no disimulada inquietud y un temor creciente por la orientación que se dé a la economía nacional en los próximos meses. Dentro de sus informes, un número considerable de gerentes, significaron este hecho que corresponde, en último término, a la forma en que el gobierno, dentro de sus programas actuales, logre la fórmula fácil, aceptable, para que la industrialización del país no sufra demoras ni tropiezos que paralicen en forma grave el proceso económico actual”.

La burguesía nacional, ya completamente unificada por los golpes de las dificultades económicas, sociales y políticas reflejadas en la actitud del gobierno, quiere el poder político para sí. Es hoy más rica que nunca; y si su capacidad política, debido tal vez, entre otros factores, a su debilidad social, no fue nunca extraordinaria, su talento directivo y financiero quizás no tenga nada que envidiar a los otros centros industriales de América Latina (*Business Week*, p. 130, 12 de enero de 1957, habla de Colombia como país que cuenta con “algunos de los mejores talentos financieros y directivos de América Latina”).

No debemos olvidar, sin embargo, que la clase rica en conjunto tiene también determinadas afinidades con el gobierno —la represión del movimiento obrero y popular; la defensa arancelaria de su producción, etc.— y se esforzará seguramente porque el régimen que siga las conserve sin alteración sensible. Mas, por el momento, sus puntos de antagonismo con el gobierno militar —a los cuales tendríamos que sumar ciertos matices culturales que llevan a la burguesía y, en general, al pueblo colombiano a desconfiar y en cierta medida a desdeñar

a los militares— tienen ahora un peso específico mayor en la política que sus afinidades.

Podemos afirmar que la burguesía se ha unificado por la crisis y que su propio desarrollo está determinando sus problemas. Esa unificación y ese vigor la sitúan a la vanguardia del pueblo, sobre cuyas masas se apoya cautelosamente. De modo más claro, confía, en el curso de su acción, en el descontento popular, mas no se atreve a avivarlo hasta el punto en que éste amenazara convertirse en protesta de clase. Sería ingenuo, por lo demás, esperar que obrase de otra forma.

La clase trabajadora, en cambio (empobrecida, anarquizada y dispersa, inculta y dueña apenas de una ínfima conciencia de clase pero, al mismo tiempo, poseedora de una alta calificación técnica en algunos sectores importantes de la producción), se halla a un nivel de ebullición que, carente de organismos de combate y de dirección política, podría llevarla a estallidos aventurados de carácter local. Una derrota que sufriese podría desmoralizarla transitoriamente, pero todo indica que se acerca el comienzo de un nuevo ascenso de su espíritu de ofensiva. Si ella llegare a combatir, en todo caso, el pueblo debe aunarse en torno suyo y fortalecer su frente y su poder de iniciativa, además de aprovechar los lapsos que duraren los combates para crear organizaciones operantes, desde juntas de vecinos contra la carestía hasta sindicatos.

¿EL PODER PARA QUÉ?

Sí, la burguesía busca el poder. ¿Para qué lo quiere? He aquí el problema. Lo quiere sin duda para fortalecerse económica y políticamente. La clase trabajadora colombiana, a estas horas de su vida y a esta densidad de su miseria, no podrá hacerse ilusiones sobre el reino de la paz y de la justicia que, según le dicen, vendrá con los nuevos salvadores. Si ha de mejorar su situación actual deberá prepararse para las grandes batallas de clase que se avecinan; pero habrá de entender que no va a poder pelear en ellas eficazmente y con todo su vigor sino a condición de que sume a la oposición presente toda su fuerza combativa para alcanzar el fin táctico de la democracia política.

El pueblo haría mal en olvidar, por otra parte, que la burguesía nacional se enfrenta hoy no solamente al gobierno militar; tiene también a enemigos extranjeros que el Dr. Alfonso López señala cuando lo siente oportuno. No podríamos pasar por alto la frase antinorteamericana de su declaración, porque en ella se sugiere el problema capital de nuestro país y de nuestro pueblo: la independencia nacional y la soberanía de su Estado. Sin ellas, que sólo se lograrán en un proceso muy complejo de construcción económica y de afirmación política y cultural, la liberación social de los colombianos quedará

relegada al sitio de sus sueños. Mas sería funesto olvidar también que nuestra burguesía tiende a dimitir ante las presiones de los monopolios estadounidenses; y tiende a hacerlo por circunstancias bien reales. Su inclinación hacia la entrega puede estar condicionada, en determinados instantes, por el ascenso revolucionario de las masas. De ello no se trata ahora. Hoy, en cambio, esa tendencia podría estar condicionada por el monopolio estadounidense casi total del mercado colombiano; por el peso específico de los comerciantes importadores en el conjunto de la clase burguesa; por los halagos de la empresa mixta, etc. No olvidemos tampoco, sin embargo, que en el plano de las contradicciones, los capitalistas colombianos empiezan a mirar con justificada sospecha las inversiones del capital privado extranjero en Colombia y preferirán que vinieran las de capital público a través del Banco Mundial, aun cuando éste suscita en ellos ya cierto recelo a causa de sus exigencias políticas. Los precios del café constituyen otra zona de escaramuzas y lo mismo acontece con la doble tributación. Tendremos que reconocer, entonces, que nuestra burguesía resiste, a su modo, a la ofensiva extranjera que, como hemos visto, cuenta ahora con un apoyo estatal que le asegure su predominio estratégico, político y económico. Todo ello vendría a convertir la lucha que hoy dirige la burguesía colombiana en una lucha de nuestro pueblo por la independencia nacional. El movimiento de oposición así adquiere las dimensiones de un movimiento anticolonialista. Pensemos en lo que éramos en 1925 para comprender lo que seríamos sin una clase capitalista que, ideológicamente reaccionaria, rapaz y todo lo que se quiera, ha hecho imposible, con su presencia creadora, que se afirme entre nosotros un régimen antillano. El pueblo caería en el más fatal de los sectarismos si no comprendiese precisamente ahora que una derrota política de los industriales y de sus voceros equivaldría probablemente a la mayor tragedia histórica de la nación.

Consideramos, por eso, que la posición del pueblo en esta crisis ha de ser la de apoyar ardientemente la lucha dirigida por la burguesía industrial; y, al mismo tiempo, luchar contra todas las deformaciones que ésta trate de introducir en el frente de oposición con el fin de evitar la democracia real entre nosotros. El pueblo debe unirse con la burguesía, pero no debe confundirse con ella. El pueblo debe combatir por la finalidad estratégica de la burguesía, pero ha de pensar siempre que aquélla, para él, es sólo un fin táctico en que va a apoyarse para seguir hacia su propio objetivo estratégico.

Vamos a unirnos a la oposición. Sepamos, eso sí, que la clase industrial colombiana anhela desarrollar el país a su manera, que no incluye, desde luego, pasos decisivos hacia la democratización de la sociedad; mas el pueblo haría bien en prepararse para imponerlos.

Si la experiencia histórica nos va a servir para algo, pensemos desde ya que las clases dirigentes no van a otorgar gustosamente los salarios que necesitan nuestras familias, ni las escuelas que requieren nuestros hijos, ni la amplia democracia que permita la extensión de nuestra lucha. Las masas colombianas tendrán que conquistar esos derechos día tras día, en contiendas implacables; pero, repetimos, para ello les es indispensable una atmósfera de libertad política de que carecen desde hace casi diez años y que la burguesía siente inaplazable. Esta es hoy su aliada. Su deber es combatir junto a ella; pero deben, también, combatir su tendencia hacia la entrega, sus maniobras antipopulares, su explotación de las masas obreras y su reaccionarismo ideológico. Es en esta operación sobre dos frentes, en sus avances y en sus retrocesos, en sus zig-zags y en sus líneas rectas, donde el pueblo trabajador puede pasar a dirigir la transformación social de Colombia.

Mario Arrubla Yepes

ESQUEMA HISTÓRICO DE LAS FORMAS DE DEPENDENCIA

1. DE LA COLONIA AL SEMICOLONIALISMO

No existe una historia nacional. Se trata de una mistificación que encuentra su origen en el hecho de que nuestros países han vivido pasivamente la conformación de sus estructuras sociales por fuerzas que operan primordialmente desde el exterior, que han sufrido sus cambios sociales más bien que promoverlos ellos mismos y que se han visto empujados a sus transformaciones estructurales por grandes cambios en la correlación de las fuerzas imperialistas, cambios en los que como es natural han tenido poco que ver¹. Paradójicamente, la

* Este texto integra el libro *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* 1974 (Medellín: Libros de bolsillo de la Carreta).

1 Por supuesto, esta conformación de las estructuras internas por fuerzas que actúan desde afuera es un hecho relativo y cuyo grado se ve modificado por la evolución histórica. Así, tales fuerzas actúan necesariamente en función del ambiente socio-económico y geográfico que encuentran en el país dominado. De otra parte, veremos cómo, a través del desarrollo histórico del colonialismo, el papel desempeñado por las características socio-económicas de los países dependientes tiende a ser cada vez más activo, de tal modo que el contacto entre estos países y las potencias colonialistas cobra progresivamente las características de una interrelación conflictiva: las nuevas realidades que surgen en los países sometidos van a obligar a los imperialistas a cambiar las modalidades de su dominación, de manera parecida a como los cambios ocurridos en el campo imperialista van a promover nuevas modificaciones en el seno del mundo colonial.

actitud de acomodamiento pasivo a fuerzas que actúan desde afuera, al inhibir todo discernimiento, conlleva en el plano de la conciencia la ilusión contraria: la de autogeneración de las propias características, en lo que éstas tienen de fundamental. Y así se habla de una historia nacional. Y se cree poder dar cuenta de los más importantes acontecimientos sociales, políticos y culturales, manteniéndose más acá de las fronteras colombianas o latinoamericanas. Pero son precisamente los hechos más decisivos los que sólo encuentran su explicación cuando nos remontamos a un plano histórico-universal. Así, la independencia americana únicamente puede comprenderse en el marco del hundimiento del sistema colonial mercantilista que encabezó España y que se fundaba en el control *directo* de las colonias para su explotación por medio de tributos y de un comercio reglamentado. La crisis de las manufacturas españolas, que no resistieron las presiones inflacionarias desencadenadas por el traslado ininterrumpido a la metrópoli del oro y de la plata americanos, hacía cada vez más insoportable para los criollos de las colonias el monopolio que sobre su comercio exterior ejercía España, tanto más cuanto que esos mismos metales preciosos habían impulsado el desarrollo de las industrias manufactureras de Inglaterra y Francia, que podían así ofrecer mejor calidad y más bajos precios. En efecto, el mismo torrente de oro y plata americanos que llegó durante siglos en calidad de botín a la metrópoli española y que secó sus fuentes industriales, pasaba a Inglaterra y Francia en buena parte a cambio de manufacturas y en general vigorizando la industria de estos países². Finalmente, las manufacturas que España entregaba a sus colonias a través de un comercio reglamentado eran en buena parte producidas por la industria inglesa principalmente, y a su carácter de molesta intermediaria la “madre patria” agregaba además progresivamente el carácter de pésimo cliente de los productos agrícolas coloniales, como consecuencia lógica de su decadencia económica generalizada³.

Nota: A fin de que el lector pueda seguir con mayor facilidad el desarrollo lógico de nuestra exposición, hemos preferido colocar al pie de página la mayor parte de los ejemplos e ilustraciones.

2 Ver sobre este punto Fernad Braudel, *El Mediterráneo en la Época de Felipe II*. Solo por contrabando se calcula que a fines del siglo XVI salían a Francia 5 millones y medio de escudos de oro cada año. Estaban además las salidas lícitas por gastos oficiales, considerables bajo Carlos V y fabulosos bajo Felipe II: compras de artillería y pólvora para el sostenimiento militar del imperio, de telas, velámenes, trigo, etc. por todos los canales: contrabando, comercio lícito, finanzas, etc., el oro y la plata americana salen de España dejando arrasadas sus fuentes de producción y animando la vida económica del resto de Europa.

3 Indalecio Liévano Aguirre (*Los Grandes Conflictos Sociales y Económicos de Nuestra Historia*, t. 3, capítulo XVIII) describe así la crisis de la dominación española: “La política colonial del Despotismo Ilustrado comenzó a flaquear cuando el monopolio

La ocupación de España por los ejércitos napoleónicos vino a brindar así la ocasión propicia para convertir en realidad política lo que en términos económicos se venía gestando desde décadas atrás: la independencia con respecto a España y el paso a una forma colonial superior presidida por los imperialistas ingleses. Estos habían desarrollado una industria que no necesitaba del acompañamiento de las armas ni del control político para asentar su supremacía *en los países latinoamericanos*: si la “madre patria” había tenido que recurrir a las prohibiciones mercantilistas para evitar el desarrollo de manufacturas nativas que hicieran competencia a las suyas, y en particular en el siglo XVIII debió imponer el cumplimiento efectivo de las leyes anteriores sobre este punto⁴, a Inglaterra le bastaba y sobraba la “libertad de comercio” para arrasar —como en el caso de las manufacturas del Oriente colombiano— con toda industria nativa. Su dominación podía prescindir de controles políticos directos ya que “los bajos precios de sus mercancías constituían la artillería pesada capaz de derrumbar todas las murallas” (Marx). De otro lado, la misma fuerza de su industria y las grandes masas de sus ciudades le permitían convertirse en un magnífico cliente para las materias primas y productos agrícolas alimenticios que exportaban las colonias, por lo que la política del “librecambio” debía terminar por convertirse en la bandera con la cual habría de reducir a una parte del mundo al papel de exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados. Si bajo el dominio mercantilista español los metales preciosos

del comercio de América se tradujo para los dominios en un abastecimiento deficiente de mercancías, consecuencia lógica de la decadencia de la industria española. Entonces se descubrió que España carecía de la potencia económica indispensable para actuar, con respecto a su inmenso Imperio, como *compradora y vendedora* única y de esta manera se inició el gradual deterioro de las relaciones entre la Metrópoli y los poderosos gremios de comerciantes de ultramar... La función de vendedora única... sólo habría podido desempeñarla España si su industria manufacturera hubiera vivido en una fase de ascenso y no de vertical decadencia, como era el caso del siglo XVIII. El rigor con que se intentó aplicar el monopolio mercantil se tradujo en una crisis endémica de abastecimiento deficiente de los dominios, dada la desproporción que existía entre la capacidad productiva de la industria española y la magnitud de las demandas del mercado americano. Para atenuar sus efectos sin renunciar al monopolio, la Metrópoli se vio precisada, en la segunda mitad del siglo XVIII, a surtir sus colonias con mercancías adquiridas en los países europeos, mercancías que España distribuía por conducto de sus canales mercantiles...”.

4 En 1789, don Francisco Silvestre, que había sido secretario del virrey don Pedro Messía de la Zerda, hacía las siguientes sugerencias a la Corona: “el prever una cierta relación de necesidad de este Reino con los de España para mantener su dependencia es sumamente preciso; y por lo tanto no conviene permitir fábricas de tejidos finos de lana, algodón o seda, como se pretende en Quito” (citado por Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia*, 1955, p. 61).

eran el principal artículo de exportación colonial, en el nuevo sistema de dominación imperialista —fundado en el “librecambio”— las materias primas y productos agrícolas alimenticios iban a pasar al primer plano⁵, brindando así la oportunidad a los terratenientes y grandes comerciantes criollos de desempeñar un papel más orgánico en el comercio exterior y esta vez ante un cliente más próspero. Si se exceptúan los grandes comerciantes españoles favorecidos con la reglamentación mercantilista, todos los poderes económicos de la colonia estaban así profundamente interesados en adaptarse a los vastos cambios operados en la correlación de fuerzas de los países imperialistas y a las nuevas modalidades de opresión que se abrían con el ascenso del capitalismo inglés. El viraje de nuestro país y del conjunto de Hispanoamérica hacia nuevas formas de dependencia colonial, iniciado políticamente con el movimiento de independencia, se vio coronado por la adopción a mediados del siglo pasado del librecambio que, impulsado en nuestro país por un fuerte sector del partido liberal que representaba a la burguesía comercial, abrió definitivamente las puertas a las manufacturas extranjeras con el subsiguiente aniquilamiento de nuestra propia industria y la consagración secular del país al monocultivo y a la mono-exportación. La incipiente división del trabajo entre ciudad y campo que había venido ganando en profundidad principalmente en el Oriente, sufrió un marcado retroceso: la artesanía y la manufactura regresaron a la agricultura, los intercambios regionales se vieron paralizados y el país en su conjunto —el trabajo, los carretables, las vías férreas, etc.— comenzó a mirar hacia el mar. Los productos manufacturados venían de afuera a cambio de nuestros productos agrícolas de exportación, y el imperialismo se las arreglaba, con su demanda unilateral, para especializar a sus colonias y semicolonias en unos pocos productos hacia los que habría de torcerse el trabajo nacional como un solo hombre: tabaco, quina, añil, café...⁶. Y

5 “En el decenio de 1784-1793 las importaciones de España por el puerto de Cartagena montaron a 19.556.526 pesos mientras que las exportaciones fueron de 21.052.594 pesos; los “frutos” exportados no valieron sino 1.843.559. Lo demás era oro... El oro tenía pues una preponderancia abrumadora en nuestro comercio de exportación” (Ospina Vásquez, pp. 38-39). A partir de mediados del siglo pasado el tabaco, el añil, la quina, el algodón, las pieles, etc., comienzan a predominar (ver Nieto Arteta, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, 1942).

6 “Los gólgotas, representantes de los comerciantes, imponen el libre cambio. En esa época de bajísima productividad, el comercio disfruta de hegemonía”: Nieto Arteta, *El café en la economía colombiana*, 1958, p. 37. “Se vive la era del libre cambio. Alimentos y materias primas a cambio de productos industriales de consumo inmediato. Para ello la Gran Bretaña había contribuido con dinero y hombres (la Legión Británica que luchó en las guerras de independencia)”, *Ibid.*, p. 17. Sobre el infantici-

Nieto Arteta muestra muy bien cómo la demografía del país y el tipo de poblamiento se vieron igualmente comandados en buena parte por el producto agrícola de turno en la demanda imperialista: “el café se cultiva en las vertientes de las cordilleras andinas y en el siglo pasado uno de los hechos geográficos del desarrollo histórico de la economía colombiana es el tránsito de la altiplanicie a la vertiente”⁷.

Comenzamos anotando los cambios operados en la economía de Europa occidental y hemos sido llevados a entrever los profundos cambios económicos, sociales y políticos que como ecos de los primeros se sucedieron en nuestros países: paso del mercantilismo español al imperialismo librecambista inglés como fenómeno determinante; liberación nacional y libertad política formal de Hispanoamérica, ascenso de la clase de los grandes comerciantes, hundimiento de los sectores artesanales y manufactureros que retornan a la agricultura, desviación de la agricultura hacia el monocultivo y de la geografía nacional hacia el mar, como fenómenos determinados. La vida de los países dependientes, tanto en sus grandes líneas estructurales como en sus manifestaciones más individuales⁸, permanece completamente inexplicable de atenerse a los “puros fenómenos nacionales” y si no se

dio industrial que propiciaron los librecambistas, ver Paul Baran, *Economía Política del Crecimiento*, Fondo de Cultura, p. 201. En el caso de nuestro país es de tenerse en cuenta que, como anota Nieto Arteta (*Economía y Cultura*) “en alguna época se exportaron productos industriales a la vecina Venezuela y centenares de miles de sombreros de nacuma a las Antillas y particularmente a Cuba”. Lo que ocurrió después de la implantación del libre cambio queda descrito en las palabras del Secretario de Hacienda José Ignacio Márquez: “esta excesiva libertad [la del comercio exterior] ha hecho bajar considerablemente el precio de aquellos géneros [los extranjeros] y los nuestros no han podido competir con ellos. Así es que no tienen expendio, y los pueblos se han visto en la dura necesidad de abandonar sus fábricas, de donde ha resultado igualmente la baratía o más bien el casi ningún consumo de las materias primas con perjuicio de la agricultura y la cría de ganado lanar. Si hay alguno que dude de esta verdad no tiene más que recorrer las industriosas provincias del Socorro, Tunja, Bogotá y Pamplona, antes bastante productoras y hoy abandonadas y pobres” (citado por Nieto Arteta, *Economía y Cultura*, 1942, p. 197). Véase en esta misma obra el resumen de los debates librecambistas y proteccionistas y del alegato de Florentino González sobre la división internacional del trabajo.

7 *Economía y Cultura*, p. 309. Nieto Arteta agrega: “Tan solo en la época contemporánea la economía nacional empieza a organizarse racionalmente ocupando la población los valles de los ríos y las costas. Pero la producción de café, producto de vertiente, ha impedido la realización total de la ocupación de valles y llanuras”. Más tarde, será menos el halago de aquel producto que el cinturón latifundista lo que impida la ocupación plena de estas zonas.

8 Se ha podido ver cómo en Antioquia la curva de matrimonios responde ágilmente a la curva de los precios del café. Es típico de una estructura dependiente: hasta el momento propicio para una declaración de amor en una loma antioqueña se decide en la bolsa de Nueva York.

hace referencia al conjunto de los fenómenos mundiales. Es la totalización dialéctica y progresiva del universo en la que el imperialismo ha cumplido hasta aquí el papel de agente principal y que hace que cada vez resulte más difícil la explicación de cualquier hecho particular, individual o regional sin referirse a los fenómenos económicos, sociales, culturales y políticos del conjunto del mundo. Esa totalización, esa inscripción cada día mayor en el engranaje de la historia universal, ha sido sufrida hasta aquí de manera relativamente pasiva por nuestro país, por América Latina. Y sólo con el socialismo, con la instauración del régimen por el cual los pueblos toman en sus manos sus destinos sociales y nacionales de manera autónoma, los países hasta aquí oprimidos podrán irrumpir activamente en la historia.

2. DEL SEMICOLONIALISMO AL NEOCOLONIALISMO

La gran crisis del mundo capitalista en los años treinta significó para nuestro país y en general para la mayor parte de los países latinoamericanos un verdadero viraje de las estructuras sociales, económicas y demográficas que habían prevalecido durante casi un siglo. A raíz de tal crisis se operaron importantes cambios en el sistema colonial desde el momento en que una buena parte del mundo subdesarrollado había presenciado el surgimiento de nuevas realidades —nacimiento de una industria y de una burguesía nacionales— que suponían a su vez un cambio en las formas de dominación por parte de los grandes países capitalistas⁹. La conciencia nacional que se desarrolló a partir de la reivindicación de su mercado interno por las burguesías nacientes y que encontró su plasmación en casi toda la América Latina en las primeras leyes verdaderamente proteccionistas, no dejó de reflejarse al menos inicialmente en un mayor grado de autonomía política. Nuestros países ya no serían mercados para las manufacturas extranjeras de consumo directo desde el momento en que surgía una burguesía criolla que reclamaba para sí este mercado y lo defendía con aranceles y aduanas, pero el mercado que de esta manera se ce-

9 Cuando hablamos aquí de existencia o inexistencia de una industria, así como cuando más adelante afirmemos la inexistencia de una industria pesada en Latinoamérica, lo hacemos en términos estructurales. Si bien durante la Primera Guerra Mundial hubo ya algún fomento para las manufacturas, lo cierto es que hasta la gran crisis del treinta no surgió una verdadera base industrial (algunos países latinoamericanos menores debieron esperar todavía hasta la Segunda Guerra Mundial). Así, en el caso de nuestro país, y gracias en parte al “proteccionismo geográfico” de Antioquia, surgieron desde los primeros años del siglo las industrias textiles de Fabricato y Coltejer, pero como anota James J. Parsons (*La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia*, 1950, p. 186), “la verdadera expansión (de esas mismas empresas) no partió sino de la crisis de los años treinta, que vio el principio de muchos de los mayores negocios industriales de Antioquia”.

rraba a los imperialistas iba a abrirse por el lado de los bienes de producción. En efecto, el establecimiento de una industria nacional tenía que hacerse con equipos y maquinaria de un nivel técnico semejante al de Occidente, o no habría barreras aduaneras capaces de atajar una competencia ruinosa. Era necesario entonces abastecerse de medios de producción en los grandes países capitalistas, y para ello las jóvenes burguesías sólo contarían con los ingresos en moneda extranjera provenientes de la venta de materias primas minerales y agrícolas en los mercados de aquellos países. De tales necesidades surgía al mundo una nueva forma de dependencia: la neocolonial; un nuevo tipo de opresión sobre el mundo subdesarrollado: el neoimperialismo¹⁰.

Diremos de paso que este viraje significó además el establecimiento definitivo de la supremacía del joven imperialismo norteamericano sobre sus rivales más antiguos, en especial sobre el imperialismo inglés y el francés, que sujetándose a la ley del desarrollo desigual habíanse adormecido sobre las posiciones adquiridas y mantenían hoy por la simple fuerza de las armas lo que ayer conquistaron por la combinación de la economía y de las armas, mientras sus burguesías adoptaban un carácter cada vez más rentista y parasitario. Ahora que la dominación de una parte creciente del mundo subdesarrollado debía tener como base la compra masiva de sus materias primas y el suministro de bienes de producción en términos formales de competencia abierta, se veían abocados a ceder el campo a su rival norteamericano. Si de Latinoamérica fueron prácticamente desplazados a partir de 1930 por el imperialismo yanqui, en los países árabes, asiáticos y africanos el fin de la Segunda Guerra Mundial marcaría el comienzo de un proceso de desplazamiento semejante.

Los mercados coloniales, que hasta aquí constituían salidas para los productos del Sector segundo de la industria monopolista —productor de bienes de consumo directo— pasaban en adelante al control de las burguesías monopolistas del Sector primero —productor de bienes de producción— y en este relevo la industria pesada norteamericana llevaba todas las de ganar sobre sus rivales¹¹. Pero, en

10 Véase sobre lo anterior: Pedro Teichert, *Revolución e Industrialización en América Latina*, Fondo de Cultura. “La revolución en la política latinoamericana... se originó en la quiebra de la economía capitalista mundial. Todos los movimientos de la política económica... de los años 1930 se parecieron en que la industrialización fue el catalizador” (pp. 116-117). “Junto con las medidas exclusivamente económicas se acudió a expedientes de carácter político. Medidas anti-extranjeras y anti-imperialistas reflejaron el creciente nacionalismo de las naciones latinoamericanas en el decenio de 1930” (p. 116).

11 El caso de la India es de los más ilustrativos: en 1938 las exportaciones de los Estados Unidos hacia este país sumaron 33,4 millones, para elevarse en 1947 a 450

términos generales, lo que aquí nos interesa dejar sentado es que el surgimiento de una base industrial en grandes sectores del mundo colonial y semicolonial estuvo lejos de significar una pérdida de mercados para el imperialismo. Como anota Henri Ardant: “las exportaciones de bienes de producción no solamente pueden no destruir los mercados extranjeros, sino que los crean. Este desarrollo económico crea ‘buenos clientes’”¹². Es decir, que para el mundo dependiente el viraje económico y político de los años treinta se expresó al nivel del comercio internacional en un simple cambio —un cambio muy importante en otro sentido, como veremos— de la composición de sus importaciones: los bienes de consumo que antes se compraban al extranjero y que ahora se producen en el país eran sustituidos en el renglón de las importaciones por bienes de producción indispensables para el funcionamiento de las nuevas industrias¹³. Y la CEPAL, refiriéndose a la tan cacareada política de sustitución de importaciones con que nuestra burguesía pretende todavía hoy remediar sus crisis de divisas, trata así de tranquilizar a los imperialistas dando al mismo tiempo la clave de la dependencia neocolonial: “la sustitución de importaciones... no es pues un hecho arbitrario ni conspira contra el comercio internacional. Se trata simplemente de un cambio de composición de las importaciones y no de una disminución de ellas”¹⁴.

millones de dólares. El paso de la India colonial a la India neocolonial ha significado el reemplazo del imperialismo inglés que dominaba sobre un país fundamentalmente agrícola por el neoimperialismo norteamericano y alemán que asienta su dominación a través de canales financieros y de las necesidades de bienes de producción extranjeros de una burguesía nacional cada vez más reaccionaria, como lo demuestran sus aventuras contra la China Popular.

12 Henri Ardant, *Les Crises économiques*, Flammarion, p. 403.

13 Pedro Teichert, en la obra citada, expresa este hecho así para el conjunto de América Latina: “En el pasado, el desarrollo económico se basaba principalmente en la producción de artículos primarios ávidamente buscados por los centros industriales..., las exportaciones eran el medio de obtener importaciones manufacturadas, mientras que en el presente se usan para la adquisición de maquinaria con que realizar el desarrollo progresivo de la producción interior” (pp. 117-118). “El único resultado de las nuevas políticas proteccionistas de la región ha sido el cambio estructural de las importaciones. Ahora ocupan el primer lugar la maquinaria y las materias primas, mientras que en el pasado lo ocupaban los artículos de consumo acabados y los alimentos ya preparados” (p. 126).

14 Revista del Banco de la República, N° 336, p. 1228. Para el conjunto del mundo dependiente este proceso de sustitución que hace subir las importaciones de bienes de producción en detrimento de los bienes de consumo, puede verse en estas cifras (1955=100): la exportación de máquinas y equipos de transporte de los países metropolitanos al “Tercer Mundo” subió de 119 en 1956 a 135 en 1960, mientras que la exportación de otras manufacturas bajó de 109 en 1956 a 108 en 1960, y los textiles de 101 en 1956 a 90 en 1960 (véase Ernest Mandel, *Traité de Economie Marxiste*,

En otro orden de ideas, es necesario observar que no se trata de un cambio cualquiera: en cierto sentido puede decirse que el paso al neocolonialismo, la dependencia con respecto a la industria monopolista para el suministro, no ya de bienes de consumo manufacturados sino de bienes de producción, crea lazos más orgánicos de dependencia, conforma en los países sometidos una estructura socioeconómica más profundamente entrelazada con la economía imperialista. En efecto, si antes de los años treinta una baja de los ingresos de divisas que percibían nuestros países por la venta de sus productos al extranjero incidía directamente en la caída del consumo de textiles, calzado, bebidas, etc. extranjeros, del consumo suntuario y de los gastos en obras públicas (los ingresos del Estado dependían casi exclusivamente de impuestos a la importación y exportación, por lo que las crisis del comercio exterior y las fluctuaciones de este comercio se expresaban inmediatamente en crisis políticas y en una gran inestabilidad de los gobiernos), dentro de la actual estructura neocolonial de Latinoamérica una crisis de divisas tiene resonancias mucho más profundas y globales desde el momento en que se refleja directamente en la tasa de inversión industrial, en creciente desocupación urbana y en un cierre mayor del mercado¹⁵. En otro sentido, no se puede dejar de ver que el neocolonialismo significa, si así puede decirse, un avance inevitable de los países dominados hacia formas sociales más complejas, más universales, más elevadas. Ante todo, se expresa por una transformación demográfica que impulsa, junto con las grandes ciudades, la formación de una clase obrera industrial y de un proletariado urbano numeroso, lo que impone un nuevo marco nacional a las estructuras tradicionales del campo¹⁶. Y en general, las formas de vida —comen-

Julliard, t. 2, p. 124). Para Colombia la CEPAL anota: “los artículos manufacturados acabados solo representan ahora un 25% del total de las importaciones de este tipo de productos (los industriales), en contraste con cerca del 90 por ciento en 1925-29” (*Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico*, t. 3, *El Desarrollo Económico de Colombia*, p. 37).

15 Como señala Teichert (*op. cit.*, p. 43): “toda economía moderna tiene dentro de sí un sector decisivo del que depende el funcionamiento eficaz del conjunto. En las naciones industrializadas —en el centro— esa función la realizan las inversiones, pero en la periferia latinoamericana la realizan las exportaciones”.

16 La velocidad del cambio latinoamericano tiene difícilmente paralelo en la historia. Como anota Teichert (*op. cit.*, p. 53): “las zonas actualmente más importantes desde el punto de vista comercial e industrial apenas estaban habitadas hace menos de un siglo”. Los grandes cambios demográficos que a partir de 1930 hicieron de Colombia un país de ciudades, se expresaron, según estimaciones hechas por Planeación de acuerdo con los censos de 1938 y 1951, en el aumento de la población urbana a un ritmo del 5 por ciento y de la rural de no más del 1 por ciento (*Plan General de Desarrollo Económico y Social*, t. 1, Cuadro 1-16, que en adelante citaremos simple-

zando por la estructura patriarcal de la familia—, las formas ideológicas y culturales propias del país semicolonial entran todas ellas en crisis al empuje de la industria y de la urbanización. En Colombia, como dice Nieto Arteta, un país moderno se levanta al lado de la parcela cafetera. Una industria moderna que se cambia por café y que lejos de ganar progresivamente en autonomía refuerza con el tiempo su dependencia de este solo producto agrícola, condenando por tanto a una buena parte de nuestros campos al monocultivo, al minifundio y al atraso¹⁷. Una industria moderna que al verse obligada a depender neocolonialmente de la industria pesada monopolista y del capital financiero norteamericanos deberá a su turno convertir los campos de su país en una suerte de colonia interior.

3. CONDICIONES DEL VIRAJE DE LOS AÑOS TREINTA

Pero detengámonos un momento a mirar los mecanismos a través de los cuales la gran crisis imperialista de los años treinta se convirtió en la coyuntura mundial que facilitó el paso de una Latinoamérica semicolonial a una Latinoamérica neocolonial. “Las recesiones en los países industrializados van por lo general acompañadas de grandes descensos en sus importaciones de materias primas, que constituyen las exportaciones más importantes de los países subdesarrollados. Sin embargo, el nivel de importaciones de estos [últimos] países tiende, por lo general, a mantenerse e inclusive a seguir creciendo durante algún tiempo, antes que las presiones sobre la reserva de divisas y los ingresos hagan que aquel baje”¹⁸. Por su parte, la CEPAL anota:

mente como Planeación). Este ritmo de urbanización se ha mantenido, por lo menos, con el desarrollo de la tecnificación agrícola en la última década.

17 Ello se expresa en un desarrollo desigual no sólo del campo en relación con las ciudades, sino también entre diversos sectores de la agricultura: las explotaciones capitalistas se establecen al lado de vastos sectores minifundistas. De otra parte, el reforzamiento de la dependencia de los ingresos por café se manifiesta en el ascenso continuado del aporte de este producto al total de las exportaciones colombianas: a partir de un 50,18% en 1941, asciende permanentemente en las últimas décadas hasta situarse en torno al 80% (véase *Boletín de Estadística de la Federación Nacional de Cafeteros*, julio de 1962, Cuadro 21). Por su parte, CEPAL anota: “La dependencia de un solo producto básico y de un solo mercado de exportación ha tendido a aumentar en los últimos años, de modo que después de 1950 las exportaciones de café han representado alrededor del 80 por ciento y los Estados Unidos han absorbido casi idéntica proporción de la totalidad del comercio exterior de Colombia” (*Análisis*, III, p. 28).

18 David L. Grove, *Las fluctuaciones Económicas de Estados Unidos y América Latina*, Cemla, p. 11. El mismo autor anota: “Una recesión en los Estados Unidos tiende a hacer que la balanza comercial sea cada vez más favorable a ese país” (p. 100). “En términos generales..., la balanza comercial de los Estados Unidos tiende a mejorar mientras duran las recesiones. Sin duda este parece haber sido el caso en cada uno de los períodos de recesión analizados” (p. 26).

“la extraordinaria dependencia del sector externo se modificó a partir de 1929 con la brusca disminución de los ingresos en divisas, la que privó al país de una afluencia adecuada de importaciones de bienes y servicios... A partir de entonces se ha estimulado en grado importante la producción primaria e industrial destinada al consumo interno y ha sido necesario un esfuerzo sostenido para movilizar el ahorro interno, a fin de financiar los gastos presupuestarios y de inversiones”¹⁹. Estas dos citas señalan más o menos certeramente los dos tiempos en que se desarrolló el proceso no sólo en nuestro país sino en la mayor parte de Latinoamérica:

1º) El imperialismo se esfuerza por exportar su crisis al mundo colonial. Apoyándose en el control monopolístico que ejerce sobre el comercio de las colonias y semicolonias presiona para que éstas aumenten sus compras a la industria monopolista, que no ha podido planear más tiempo por encima de los límites del consumo y encuentra en la miseria relativa de las masas de la metrópoli un obstáculo para la realización de su producto. El aumento de las importaciones por parte de las colonias, en el mismo momento en que el descenso de la actividad económica y del ingreso de las masas de la metrópoli reducen las exportaciones de materias primas y alimentos, determina una drástica disminución de las disponibilidades de divisas: el conjunto del mundo dependiente ve agotarse en estas transacciones disparejas y más o menos forzosas las reservas acumuladas. Este fenómeno que tiende a producirse en cada crisis imperialista alcanzó con la gran bancarrota de 1929 proporciones catastróficas²⁰.

19 CEPAL, *Análisis*, III, p. 27. Si tomamos el período 1925-29 igual a 100, el valor total de las exportaciones colombianas en dólares corrientes descendió en el período 1930-34 a 72, y en 1935-39 se recuperó un poco: 84. Solo que el volumen de las exportaciones se elevó notablemente, por lo que la baja fue mucho mayor en lo que al valor unitario se refiere: tomando el período 1925-29 igual a 100, el valor unitario descendió a 58,3 en 1930-34, a 55,6 en 1935-39, para llegar a 67,6 en 1940-44 y no recuperar el nivel de antes de la crisis sino en la posguerra. Debe hacerse notar que aquí se tienen en cuenta el petróleo y otros productos explotados por el imperialismo; la baja fundamental corresponde al café, cuyos índices cayeron mucho más que los del total de las exportaciones: en un 50 por ciento durante los primeros años de la crisis. El valor unitario de las importaciones no cayó en igual medida, y ya en los años de la guerra había ascendido por encima del nivel de antes de la crisis: 104 (véase CEPAL, *Ibid.*, p. 33).

20 Para el conjunto de Latinoamérica, el valor en dólares de las exportaciones bajó el 64,3 por ciento entre 1929 y 1939 (ver Teichert, *op. cit.*, p. 46), y esta baja tan vertical con su secuela de crisis económica y política iba a imponer al conjunto de nuestros países el viraje estructural ya iniciado por México y Uruguay en 1910. La falta de amplios análisis marxistas sobre lo que la gran crisis significó para el mundo, sobre los cambios que introdujo en el sistema imperialista y particularmente en los países

2º) Bajo la dependencia semicolonial del imperialismo inglés nuestro país había desarrollado un mercado nacional de relativa importancia. Ello encuentra en gran parte su explicación en el hecho de que el artículo de exportación era un producto agrícola que ocupaba a un importante sector de la población en el cultivo y el transporte, por lo que el conjunto de la economía se vio impregnada por la circulación monetaria. De otro lado, importantes masas de capital habían sido acumuladas en manos de nacionales —agentes del comercio exterior, principalmente— gracias en buena parte al hecho de que nuestro producto de exportación permanecía igualmente en manos de nacionales. Las dos condiciones mencionadas: existencia de un mercado interno de relativa importancia y de capitales acumulados por nacionales, definitorias del tipo de semicolonialismo existente en nuestro país (que más adelante denominaremos Semicolonia de tipo B), faltaron en países de un carácter semicolonial más pronunciado, como Venezuela por ejemplo (que más adelante denominaremos Semicolonia de tipo A), y sometidos a una dominación imperialista más cercana a las modalidades “clásicas” analizadas por Lenin: el producto primario de exportación venezolana —el petróleo— estaba en manos de inversionistas extranjeros que se apropiaban casi todas las ganancias, además de que las características de la explotación permitían ocupar una mano de obra relativamente escasa, por lo que el conjunto del país permanecía en una economía de subsistencia y a espaldas del mercado mundial²¹. La importancia de estas dos condiciones difícil-

dependientes, constituye uno de los índices más alarmantes del estancamiento del marxismo desde la muerte de Lenin. Así, cuando hablan del imperialismo, la mayor parte de los marxistas se contentan con parafrasear e ilustrar con nuevas cifras y ejemplos el análisis leninista de una modalidad de dominación a la que la realidad ha impuesto profundas modificaciones. Con su manera de aferrarse a los clásicos —actualizando la frase de Descartes— hacen como la hiedra que al no poder subir más arriba de los árboles que la sostienen vuelve a bajar cuando ha llegado hasta la copa.

21 Sobre el problema del café en su relación con el mercado interior y la acumulación de capital, véanse las obras de Nieto Arteta: *Economía y Cultura* y *El café en la Sociedad Colombiana*. Los ingresos por café pueden inicialmente dividirse así: a) acumulaciones de exportadores e importadores, de grandes banqueros, prestamistas y comerciantes; y b) ingresos de los cultivadores, estibadores y demás trabajadores portuarios, obreros de los ferrocarriles y de las carreteras y caminos que llevan el café a los puertos fluviales y marítimos; jornales de recolectores y obreros de las trilladoras, etc. La relación directa entre café e industria es por otra parte evidente. Así, en 1945-46 el 50 por ciento de la producción cafetera se concentra en Antioquia, Caldas y Valle, y en esos mismos años también el 50 por ciento del valor de la producción industrial del país corresponde a tales departamentos. Sobre las dificultades que se oponen al surgimiento de un mercado interior y a las acumulaciones de capital por nacionales en aquellos países cuyo producto de exportación es explotado por el capital extranjero, la exposición de Baran es de lo mejor que conocemos.

mente puede sobrestimarse ya que están en la base del viraje con que la mayor parte de nuestros países respondieron a la crisis mundial del capitalismo. Tal viraje puede resumirse, como dijimos atrás, en el surgimiento de una industria manufacturera que vino a cubrir el mercado momentáneamente abandonado por la industria extranjera, o mejor, obligadamente cerrado a ésta industria por la grave crisis de divisas de las economías latinoamericanas. De golpe, graves conmociones sociales y políticas apuntaron en el horizonte cuando en los mercados hasta allí abastecidos por las manufacturas extranjeras faltaron por completo un sinnúmero de bienes y de artículos de consumo corriente y cuando los gobiernos, cuyos ingresos provenían casi exclusivamente de los derechos por exportación e importación a falta de toda actividad industrial, se vieron privados de tales ingresos. De improviso, grandes capitales en moneda extranjera y nacional que habían sido acumulados y que operaban en el comercio exterior perdían su esfera de inversión con la parálisis de este comercio. La urgencia de la demanda insatisfecha y de la crisis política, de un lado, y de otro la vocación de lucro de los capitales de momento inutilizados fueron las condiciones de cuyo encuentro una nueva criatura vino al mundo: la industria colombiana, la joven industria latinoamericana²².

Pero ni el lugar ni los tiempos favorecían el nacimiento de criaturas normales. Desde el primer momento, un observador con sentido común habría descubierto que se encontraba ante una criatura monstruosa. Había un signo inconfundible: le faltaba la cabeza. La industria pesada, ese eje del Sector primero de la economía capitalista “clásica” era la carencia de que adolecería durante toda su vida el capitalismo latinoamericano y que lo conduciría en dos o tres décadas al envejecimiento prematuro contra todas las promesas de su vigoroso impulso inicial. Porque, entre otras cosas, esa carencia era el boquete que serviría de acceso a nuevas formas de dominación imperialista²³.

22 La legislación proteccionista o política “para fabricar fabricantes” con que la mayor parte de las naciones latinoamericanas pusieron fin a casi un siglo de librecambio en la década del treinta —a excepción del Uruguay que se había adelantado en esta materia—, antes que ser el producto de un despertar nacionalista estuvo dictada por necesidades que exigían soluciones inmediatas: el paso de los capitales acumulados en el comercio exterior y en general en la esfera de la circulación a la esfera de la producción —paso que la crisis social y política exigía de manera inaplazable— no sería dado si no se garantizaba a los inversionistas que la imposibilidad de importar artículos de consumo, impuesta por la crisis, sería mantenida por la fuerza de las leyes para cuando aquella pasara.

23 Es necesario insistir en la ambigüedad del término “subdesarrollo”. Los imperialistas y sus principales agentes —las burguesías nacionales—, quieren dar a entender con este término que las limitaciones de nuestros países son de orden cuantitativo

Todo proteccionismo industrial resultaría inútil desde el momento en que el nivel técnico de nuestra industria se colocara muy por debajo del nivel predominante en Occidente. Cualquiera que fuese el sistema aduanero vigente era imposible conservar una industria anticuada a espaldas del mercado mundial. Ningún inversionista estaba dispuesto a invertir sus capitales a niveles bajos de tecnificación cuando resultaba mucho más expedito operar con las técnicas modernas. Antes de comenzar por desarrollar una industria productora de bienes de capital, se trataba de abastecerse ante la gran industria occidental, lo que colocó de entrada nuestras instalaciones industriales a un nivel técnico muy semejante al de los países capitalistas desarrollados. Ese nivel técnico, la potencia de la industria pesada imperialista, había sido no sólo el producto de varios siglos de desarrollo “clásico” (es decir, de una industria que desarrolló progresivamente y de manera hasta cierto punto armónica su Sector primero y su Sector segundo), de experiencias y capitales acumulados, sino también de la expansión de un vigoroso mercado interno y de la apertura de mercados extranjeros, del saqueo de las materias primas coloniales y de los traslados masivos a las metrópolis de la plusvalía extraída a tres continentes. En pocas palabras, las conquistas de la gran industria occidental se habían asentado sobre la base de la sangría de los pueblos metropolitanos y coloniales, del monopolio y del imperialismo, y se trataba además de mantenerlas como monopolio exclusivo de unas pocas naciones por medio del control y la deformación de las economías coloniales. Una constante de esta deformación ha sido la estrechez estructural de los mercados de las colonias y semicolonias. En el sistema “clásico” de dominación imperialista (sometimiento financiero, exportación de capitales para la explotación y el transporte de las materias primas, ocupación territorial y control político directo), el mercado interno resultaba prácticamente inexistente. En el sistema semicolonial (libertad política formal con dos variantes de dependencia económica: 1°. fuentes de materias primas explotadas por el capital extranjero y alguna importación de manufacturas, además del sometimiento financiero —tipo A—; y 2°. principales fuentes de materias primas explotadas por nacionales y que se cambian por manufacturas extranjeras, y dependencia financiera —tipo B—), un mercado interno

y que lo que viene enseguida —simple problema de tiempo— es el cabal desarrollo del capitalismo. Pero si la palabra subdesarrollo puede servir para algo más que para crear mistificaciones, en América Latina no puede designar más que hechos cualitativos y estructurales: países capitalistas cuya industria se ve reducida al solo Sector segundo, productor de bienes de consumo inmediato, dependientes del imperialismo y que lo que pueden esperar no es un desarrollo capitalista sino una revolución social que rompa las estructuras estratificadas.

de alguna consideración podía desarrollarse sobre todo en aquellos países en que el principal producto de exportación era explotado por nacionales y exigía además el empleo de una mano de obra numerosa (condiciones que tienden a darse juntas), pero de todos modos ese mercado resultaba raquítico comparado con el de países capitalistas desarrollados, y perfectamente insuficiente para dar piso a una base industrial amplia. La industria pesada, más que cualquier otra, sólo es rentable con una producción en grande escala, lo que exige una fuerte demanda de maquinaria y equipos por parte de la burguesía del Sector segundo (productor de bienes de consumo). Como veremos más adelante, tan pronto la estructura neocolonial es puesta en pie tiende a girar en círculo: la falta de una industria pesada condiciona un cierre estructural del mercado, el cierre del mercado no permite una ampliación importante de la industria liviana, la escasa extensión de la base industrial liviana no permite el surgimiento de una industria pesada en términos de rentabilidad capitalista. Es el círculo infernal del neocolonialismo que tiene su secreto no —como cree Currie— en el cierre del mercado, que es condicionado, sino en los hechos condicionantes de la dependencia del imperialismo y de la exigencia de rentabilidad particular de la inversión capitalista. Círculo que por tanto sólo puede romperse a través de la lucha de los pueblos por su liberación nacional y por el socialismo²⁴.

4. EVOLUCIÓN DEL IMPERIALISMO Y DESARROLLO DESIGUAL

Esquemáticamente, la evolución histórico-estructural del mundo imperialista y colonial puede dividirse en cuatro grandes períodos. El primer período se inicia con lo que Mandel denomina “la más importante transformación en la historia de la Humanidad desde la revolución metalúrgica”: es la revolución comercial que se abre con el descubrimiento de América, el pillaje de México y Perú, la circunnavegación del África, el establecimiento del contacto marítimo con la India, Indonesia, China, Japón, etc., revolución que transforma por completo la vida de Europa. Tres siglos de predominio del capital comercial van a echar los cimientos de la gran industria capitalista. Los últimos años del siglo XVIII presencian un nuevo giro decisivo en la

24 “El subdesarrollo económico de los países coloniales y semicoloniales es un producto de la penetración y de la dominación imperialistas; es al mismo tiempo mantenido, conservado y reforzado por esta dominación. Eliminarla es la condición primordial para abrir la vía hacia el progreso y tiene incluso prioridad sobre la eliminación de las clases dominantes autóctonas, *aunque los dos procesos estén generalmente ligados el uno al otro*” (Ernest Mandel, *op. cit.*, t. 2º, p. 117, el subrayado es nuestro). La experiencia de la lucha de clases en cada país y la reflexión teórica pueden solamente informarnos sobre el grado de esta ligazón.

historia mundial: es el fin del período del capitalismo mercantil y la declinación del sistema colonial por él creado. Se abre la época de la gran industria occidental y con ella la lucha encaminada a reducir al resto del mundo, por medios económicos y por las armas, al papel de exportadores de materias primas y de mercado para las manufacturas europeas²⁵. El ascenso del capital financiero y de los monopolios a fines del siglo XIX reemplaza en importancia la exportación de manufacturas por la exportación de capitales: comienza entonces el tercer período del imperialismo, marcado por las guerras de rapiña, el reparto de las fuentes de materias primas y la ocupación territorial del mundo dependiente. En 1914, seis potencias imperialistas habían ya convertido en sus posesiones coloniales 65 millones de kilómetros cuadrados con un total de 523 millones de habitantes²⁶. A partir de la gran crisis del capitalismo en los años treinta y de la Segunda Guerra Mundial se inicia el cuarto período del mundo imperialista y colonial, bajo el predominio del gran capital de la industria pesada: la exportación de capitales, aunque se mantiene, es superada en términos de importancia estructural por la explotación de los pueblos a través de un comercio controlado en forma monopolista y cuyas condiciones son ahora la exportación de materias primas por las neocolonias y su importación de bienes de capital, y ya no de manufacturas de consumo inmediato. Son estos términos de intercambio los que desde un punto de vista estructural van a presidir en el nuevo período la dominación financiera y la inversión imperialista y a abrirles el campo²⁷.

25 “La supremacía industrial lleva consigo la supremacía comercial. En el verdadero período manufacturero sucedía lo contrario: era la supremacía comercial la que daba el predominio en el campo de la industria. De aquí el papel que en aquellos tiempos (primer período de nuestro esquema) desempeñaba el sistema colonial (mercantilista). Era el “dios extranjero” que venía a entronizarse en el altar junto a los viejos ídolos... y que un buen día los echaría a todos de un empujón. Este dios proclamaba la acumulación de plusvalía como el fin último y único de la humanidad” (*El Capital*).

26 Lenin, *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*.

27 “El sistema de dominación indirecta —el neocolonialismo o neoimperialismo— no es solamente una concesión inevitable por parte de la burguesía metropolitana hacia la burguesía colonial. Corresponde también a una transformación económica en las relaciones entre estas dos clases: *La industrialización de los países coloniales y semicoloniales es un proceso irreversible... En el seno de las burguesías imperialistas los intereses de aquellos que miran la industrialización de los países subdesarrollados como el reforzamiento de un concurrente potencial se chocan con los intereses de aquellos que la miran sobre todo como la aparición de un cliente potencial. En general, estos conflictos tienden a ser decididos en favor del segundo grupo, que es el de los grandes monopolios fundados sobre la producción de bienes de producción*” (Ernest Mandel, *op. cit.*, t. 2º, p. 123, el subrayado es nuestro). “Es evidente que tanto el imperialismo como su *modus operandi* y su ropaje ideológico no son, actualmente, lo que eran hace cincuenta o cien años. De la misma manera que el pillaje descarado del mundo se

Nada mejor para corregir la mistificación de un capitalismo occidental que genera sus propias formas sociales y económicas independientemente del resto del mundo, así como la mistificación todavía más monstruosa que mira al mundo dependiente autogenerando el conjunto de sus estructuras internas, que repasar, aunque no sea sino en sus líneas más generales, la historia universal en los últimos cinco siglos²⁸. El esquema que sigue y los comentarios que a continuación haremos sobre la ley de tendencia del desarrollo desigual intentan construir una visión panorámica cuyas deficiencias resultan secundarias en la medida en que pueda servir de marco para posteriores desarrollos y correcciones.

ESQUEMA DE LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO IMPERIALISTA Y DEL MUNDO COLONIAL		
1. ÉPOCA DEL MERCANTILISMO (siglos XVI, XVII, XVIII) Predominio del Capital Comercial		
Principales países dominantes	Principales características de la dominación	Principales regiones dominadas (generalmente colonias)
España Portugal Holanda etc.	Explotación por medio de un comercio reglamentado. Saqueo tributario. Búsqueda de oro y plata. Ocupación territorial, establecimiento de factorías, comercio abierto por las armas.	América África occidental Asia oriental India, China ^a
2. ÉPOCA DEL LIBRECAMBIO (siglo XIX) Predominio del Capital Industrial		
Principales países dominantes	Principales características de la dominación	Principales regiones dominadas (Semicolonias y colonias)
Inglaterra Francia Bélgica	Países dominados generalmente libres en términos formales. "Libre comercio" impuesto muchas veces por las armas. Materias primas por manufacturas.	América Latina Asia oriental India, China ^b

transformó en un comercio organizado con los países subdesarrollados —comercio que, a través de un mecanismo de relaciones contractuales 'impecables' ha rutinizado y perfeccionado el saqueo—, la racionalidad de un comercio que funciona sin fricciones se ha convertido en el sistema moderno de explotación imperialista, que es todavía mucho más avanzado y mucho más racional... La forma contemporánea del imperialismo contiene y conserva sus modalidades primitivas, pero las eleva a un nuevo nivel" (Paul Baran, *op. cit.*, p. 224). "Lo que caracterizaba al mercantilismo era una relación de comercio reglamentado entre la colonia y la metrópoli... El imperialismo en nuestros días repite esta característica de la explotación por el comercio" (Maurice Dobb, *Economía Política y Capitalismo*, F. de C., p. 157).

28 Si bien las estructuras capitalistas de Europa Occidental se formaron dentro de una relación de dominación con el mundo dependiente, y en términos histórico-concretos no pueden pensarse por fuera de esta relación, tales estructuras adquieren sin embargo un grado tan marcado de diferenciación y de autonomía relativa que resulta posible proceder con cierta lógica rigurosa a un análisis de su evolución a partir de las formas más simples hasta las más desarrolladas, haciendo abstracción de sus relaciones con el mundo "exterior" no capitalista. Otro es el caso para los países dependientes.

3. ÉPOCA DEL IMPERIALISMO (desde fines del siglo XIX) Predominio del Capital Financiero

Principales países dominantes:	Principales características de la dominación:	Principales regiones dominadas: (Colonias y semicolonias)
Inglaterra Francia Japón Alemania etc.	Ocupación territorial y control político directo, generalmente. Exportación de capitales y sometimiento financiero. Reparto de fuentes de materias primas.	África Asia oriental China, India Medio Oriente América Latina ^c

4. ÉPOCA DEL NEO-IMPERIALISMO (A partir de 1930 en unos países y de la 2ª Guerra Mundial en otros) Predominio del Capital de la Industria pesada

Principales países dominantes	Principales características de la dominación	Principales regiones dominadas (neocolonias)
Norteamérica Inglaterra Alemania etc.	Países dominados formalmente libres y soberanos. Materias primas y alimentos por bienes de producción. Continúan sobre nuevas bases la exportación de capital y el dominio financiero.	América Latina Numerosos países de África y Asia, en particular India. ^d

a. El superior desarrollo manufacturero de la India y China obligó a los ingleses a intervenir abiertamente en estos países, imponiendo su gobierno a la primera y desatando varias guerras comerciales contra la segunda, a fin de acabar con sus manufacturas. A fines del siglo XVIII comienza en efecto la introducción del opio en la China —mantenida en el siglo siguiente por las guerras del opio— y se establecen por un tiempo términos de intercambio insólitos: opio por manufacturas.

b. La India mantiene su carácter colonial y sigue siendo víctima de la explotación tributaria y comercial. Al igual que China, luego de ser arrasadas sus manufacturas en el periodo anterior, se convierte en importadora de productos manufacturados ingleses. China debe sufrir por la fuerza de las armas la imposición de toda suerte de tratados comerciales libremercantistas.

c. América Latina mantiene sus características semicoloniales (soberanía nacional y libertad política formal), aunque aumentan con particular fuerza hacia esta zona las exportaciones de capital y la penetración financiera imperialista (en 1913 a América Latina correspondía cerca de la mitad de las inversiones inglesas en el mundo entero, y la tercera parte de los capitales franceses invertidos fuera del "imperio". Estados Unidos iba a reemplazarlos pronto). Sus fuentes de materias primas continúan siendo de propiedad nacional —y en parte su exploración corre igualmente por cuenta de nacionales—, por lo que representa un punto intermedio entre la época segunda (libremercantista) y la tercera (imperialista "clásica").

d. Muchos países de África y Asia, después de conquistar su independencia formal, se encuentran hoy en un periodo de tránsito hacia el neocolonialismo. Sin embargo, uno de los fenómenos más importantes de los últimos veinte años ha sido la liquidación casi general de la forma colonial de dominación directa: 900 millones de hombres de las colonias y protectorados han accedido a la independencia política, a menudo después de largas y sangrientas guerras de represión (Indonesia, Malasia, Indochina, Argelia). Sólo 50 millones de hombres quedan hoy sometidos al colonialismo abierto, 12 millones de ellos en las "provincias de ultramar" portuguesas (Angola, Mozambique, Guinea portuguesa, etc.). Tanto Inglaterra y Francia como los Estados Unidos se esfuerzan por reducir la significación de los movimientos de liberación nacional a un simple traspíe que, a través de las burguesías nacionales, haga pasar a los países dependientes a la nueva época: el neocolonialismo.

La historia del mundo en los últimos cinco siglos, abarcada en sus líneas más generales, se nos presenta como un proceso de interrelación creciente o estructuración expansiva que no deja de tener sus grandes retrocesos para cobrar luego un impulso renovado, por el cual los destinos de cada parte, de cada país y continente, dependen cada vez más estrechamente de los fenómenos que se juegan al nivel del conjunto. En este proceso por el cual el mundo adquiere una unificación cada vez mayor, por el que se rompen a la vez que las economías naturales las diversas formas del provincialismo y del localismo, y por el que las diversas historias particulares confluyen en una sola gran corriente histórica, la violencia y la rapiña abiertas o ligeramente disfrazadas

son el hilo rojo cuya dirección puede cambiar pero que se mantiene a todo lo largo como una constante. Marx comparaba el progreso humano que se efectúa en condiciones de explotación a “ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo de los sacrificados”, y pocas imágenes reproducen más certeramente las características de estos siglos prehistóricos de la evolución de la Humanidad.

En la alborada del capitalismo, a finales del siglo XV y en el siglo XVI, Europa occidental se lanza a los mares, enrumba sus energías hacia el gran comercio exterior y presencia la formación de grandes Estados nacionales que apoyan con su fuerza centralizada las conquistas coloniales, la rapiña y la piratería, y mantienen maniatadas las regiones oprimidas para su saqueo sistemático por el gran capital comercial²⁹. Paradójicamente, la miseria de Europa —la falta de productos indispensables como las especias, la crisis del oro y de la plata que siguió a la suspensión de los abastecimientos del Sudán y de Alemania, y la atracción que sobre ella ejercían las manufacturas de las Indias Orientales— fue el aguijón que la lanzó a la conquista del mundo, a las grandes guerras comerciales que convirtieron en su escenario al conjunto del planeta en un momento de la historia en el que la supremacía comercial era la base para que a la larga se estableciera la supremacía económica y particularmente la industrial³⁰.

29 El mercantilismo comporta dos necesidades: aumentar el numerario interior comprando lo menos posible al exterior, y desarrollar las industrias para exportar el máximo posible. En Asia, las potencias mercantilistas buscan preferentemente ocupar posiciones comerciales y establecer factorías: Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia se disputan el terreno. En África se establecen simples puestos de trata para procurarse esclavos destinados a las plantaciones y minas americanas; no se penetra en el continente pero se ocupan 3.500 kilómetros de litoral. Cien mil cautivos eran exportados cada año a fines del siglo XVIII. América fue el dominio fundamental de la colonización mercantil. Esta tomó tres formas diferentes: en el norte, en el Canadá y las colonias inglesas, colonización de poblamiento que transfiere al Nuevo Mundo los diversos elementos de la sociedad europea —campesinos sin tierra que se convierten en pequeños propietarios y granjeros, artesanos, burgueses comerciantes e industriales y nobles propietarios terratenientes; los indios fueron despiadadamente exterminados (a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX el capitalismo va a verse en aprietos para proletarizar a esta masa de pequeños propietarios y establecer la explotación asalariada (véase el capítulo XXV de *El Capital*). En el sur, los españoles constituyeron una aristocracia todopoderosa que explotaba a las civilizaciones indígenas ya existentes con métodos señoriales. En fin, la América Central, desde las costas del Brasil hasta Luisiana y Virginia, y englobando toda la región del Caribe, fue el dominio de las plantaciones y de la esclavitud (véase Alain Plenel: “Liberation Nationale et Assimilation á la Martinique et á la Guadeloupe”, en *Les Temps Modernes*, N° 205).

30 Correlativamente, como señala Mandel, “fue el grado superior de fertilidad del suelo y la expansión mayor de su población lo que condenó a [las] civilizaciones [precapitalistas no europeas] a detenerse en mitad de camino de su desarrollo” (*op.*

Como dice Marx: “el descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista”³¹. Y Mandel agrega: “Es por incursiones en tierra extranjera, operaciones de bandidaje y de piratería, como los primeros mercaderes navegantes reúnen su pequeño capital inicial. En todas partes, el comercio marítimo se confunde en sus orígenes con la piratería... La acumulación de capital-dinero por mercaderes italianos, que dominaron la vida económica de Europa del siglo XI al siglo XV, provenía directamente de las Cruzadas, enorme operación de rapiña como pocas... Más tarde, en los siglos XV y XVI, la acumulación originaria de capital-dinero por los mercaderes portugueses, españoles, holandeses e ingleses tendrá exactamente la misma fuente”³². El monopolio del comercio colonial permite en efecto una acumulación de capitales intensificada: “Bajo el sistema colonial prosperaban como planta en estufa el comercio y la navegación. Las ‘Sociedades Monopolia’ (Lutero) eran poderosas palancas de concentración de capitales. Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas que brotaban por todas partes mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluye a la metrópoli para convertirse aquí en capital”.³³

Pero si la acumulación de grandes capitales en Europa occidental no puede ni por un momento mirarse como el resultado de un proce-

cit., p. 149. Véanse los desarrollos que sobre este punto hace Mandel en el tomo 1º, aparte final del capítulo IV).

31 Marx, *El Capital*.

32 Mandel, *op. cit.*, t. 1º, pp. 119-120.

33 Marx, *El Capital*. El monopolio del comercio se asentaba por todos los medios. Así, los mercaderes holandeses, cuyas ganancias dependían del monopolio de las especias obtenido gracias a la conquista del archipiélago indonesio, procedían a la destrucción masiva de las plantas de canela en las islas Molucas cuando el precio comenzaba a bajar en Europa. La Oost-Indische Companie de los Países Bajos, la East India Company y la Hudson Bay Company de Gran Bretaña, compañías por acciones, combinaban el monopolio del comercio de esclavos con el de especias. De 1783 a 1793 los negreros de Liverpool vendieron 300.000 esclavos por 15 millones de libras, de las que una fracción importante contribuyó a levantar numerosas empresas industriales. Entre 1790 y 1810, las manufacturas de algodón de Lancashire y de Escocia en pleno crecimiento —era el comienzo de la Revolución Industrial— cubrieron el 70 por ciento de sus necesidades de algodón con importaciones de las Antillas inglesas.

so interior sino como el producto de la rapiña ejercida sobre el resto del mundo al amparo del sistema colonial mercantilista, tampoco el abrimiento del mercado y la creciente división del trabajo europeos pueden explicarse sin tener en cuenta el comercio exterior. Fueron las necesidades de este comercio en continua expansión las que llevaron a los capitales acumulados por los grandes banqueros, los comerciantes, los usureros y piratas a invertirse en la producción e impulsar la formación de nuevas villas manufactureras que se incrustaron como un cáncer en la estratificada organización feudal de la vieja sociedad: “el régimen feudal, en el campo, y en la ciudad el régimen gremial, impedían al *dinero capitalizado* en la usura y el comercio *convertirse en capital industrial*... Las nuevas manufacturas habían sido construidas en los puertos marítimos de exportación o en lugares del campo alejados del control de las ciudades antiguas y de su régimen gremial”³⁴. Tiende a ser un hecho de validez general el que el desarrollo de una producción mercantil interna reciba su impulso de los intercambios de mercancías que se establecen en la periferia, de los intercambios con organismos económicos exteriores. Así, las nuevas ciudades manufactureras orientadas al gran comercio de exportación vinieron a precipitar en toda Europa el proceso de descomposición del régimen feudal. Al constituirse como un mercado importante para los productos agrícolas dieron poderoso impulso a la comercialización de la agricultura —tanto de artículos alimenticios como de materias primas—, promovieron fuertemente la transformación del excedente agrícola de renta en especie en renta en dinero, con lo que ampliaron el terreno de la circulación mercantil y aceleraron el proceso de licenciamiento de las huestes feudales, de la expropiación y proletarización parciales de la población campesina. De esta manera el impulso que a fines del siglo XV y en el siglo XVI había lanzado a Europa a la conquista del mundo y que alcanzó su primera forma de estructuración bajo el sistema colonial mercantilista, no solo trajo consigo una modificación profunda en la vida del mundo colonizado sino que provocó también transformaciones decisivas en las estructuras económicas y sociales de los países metropolitanos, transformaciones que encontraron su plasmación definitiva con el surgimiento de la gran industria capitalista³⁵.

34 Marx, *El Capital*.

35 “La industria de paños inglesa, la industria de seda lionesa, la industria metalúrgica de Solingen, la industria textil de Leyde, de Bretaña y de Westfalia, trabajando para los mercados internacionales, comprendidos los de las colonias de ultramar, deparan el estado de la manufactura de lujo. Esta extensión del mercado aceleró la acumulación de capital... y creó una de las condiciones para la eclosión de la industria capitalista” (Ernest Mandel, *op. cit.*, t. 1, p. 130).

Ya señalábamos anteriormente cómo no fueron los países que encabezaron el sistema mercantilista —España y Portugal inicialmente, Holanda en las fases finales— los que tomaron la dirección del mundo cuando al desmoronamiento de este sistema continuó, sobre la base de la gran industria, el sistema librecambista. En las nuevas condiciones el predominio de Inglaterra resulta casi indiscutido. Y últimamente anotábamos cómo el período manufacturero, lejos de tener como base las ciudades que habían alcanzado un mayor desarrollo en la época feudal, tomó su impulso con la formación de nuevas ciudades en oposición abierta a las reglamentaciones de las ciudades medievales³⁶. Este desarrollo desigual, más que constituir una excepción, se nos presenta como una ley de tendencia que rige a través de largos períodos el desarrollo histórico de aquellas sociedades cuyo motor propulsor se encuentra en las contradicciones cambiantes que oponen los dos grandes polos de la vida económica: las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Es decir como una ley que ha regido hasta aquí. El esquema que del desarrollo del mundo imperialista y del colonial hemos trazado atrás, bien puede seguirse en sus más grandes líneas a la luz de la ley de tendencias del desarrollo desigual. Permítasenos transcribir aquí las ilustraciones que Ernest Mandel, en su *Tratado de Economía Marxista*, presenta de tal ley:

“La ley del desarrollo desigual, cuya validez ha querido limitarse a la sola historia del capitalismo, cuando no a su sola fase imperialista, es más bien una ley universal de la historia humana. En ninguna parte de la tierra hay una evolución rectilínea del progreso comenzando por las primeras fases de recolección de frutos hasta la industria capitalista (o socialista) más avanzada. Los pueblos que han alcanzado el grado más elevado de desarrollo de las fuerzas productivas en la fase de recolección, de la caza y de la pesca —los esquimales y sobre todo los indios de la Costa del noroeste de América— no inventaron la agricultura. Esta aparece primero en los valles abundantemente provistos de agua de Abisinia, de Anatolia, de Afganistán, de la Transcaucasia y de la India del noroeste. Pero tampoco es aquí donde nace la civilización que surge de la irrigación. La civilización agrícola alcanza su fase más avanzada en Egipto, en Mesopotamia, en la India y en China, pero no es en estos países, sino en Grecia, Roma, Bizancio y en la Europa medieval (Italia y Flandes) donde los progresos de la productividad del trabajo agrícola encuentran su coronación en el surgimiento del artesanado y del comercio más evolucionados dentro de los cuadros de la pequeña producción mercantil. Para que la pequeña producción

36 Como dice Marx (*El Capital*), “de aquí la lucha rabiosa entablada en Inglaterra entre los *corporate towns* y los nuevos viveros industriales”.

mercantil produzca la Revolución Industrial y el modo de producción capitalista, es preciso sin embargo desplazarse todavía más hacia el norte, hacia Inglaterra, país que permaneció durante largo tiempo retrasado desde el punto de vista artesanal y comercial y que en el siglo XVII estaba lejos de contarse entre los más ricos del mundo o de Europa. Sin embargo, tampoco fue en Gran Bretaña, ni en otro país capitalista avanzado, donde el capitalismo fue derribado primero, sino en Rusia, país típicamente atrasado a comienzos del siglo XX³⁷.

La justificación teórica de la ley del desarrollo desigual puede formularse provisionalmente así: dentro de la configuración general de un complejo de relaciones socio-económicas, ciertas regiones adquieren un grado particular de adaptación e integración al complejo de que se trate, de modo tal que las contradicciones que se generan al nivel del conjunto y que promueven nuevas formas de vida social encuentran en tales regiones, en la estratificación por ellas alcanzada y en su equilibrio relativo, un terreno que dificulta su expresión. Correlativamente, esas contradicciones que tienen su origen en el conjun-

37 Se sabe que el *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS presenta una imagen muy distinta del desarrollo histórico y social. Se ve allí un esquema rectilíneo según el cual cada sociedad debe desarrollar al máximo las potencialidades productivas que tal o cual forma de organización económica lleva en su seno, antes que pueda pasarse a una forma superior. Esto que es perfectamente falso en términos histórico-universales se convierte en fuente de errores particularmente graves en el caso de sociedades coloniales deformes. Así, es común que los partidos comunistas de los países neocoloniales insistan en la fórmula de que “no se puede saltar etapas” ya que del deficiente desarrollo del capitalismo se desprende la necesidad de un cabal desarrollo capitalista que termine con los rezagos feudales. La existencia de tales estructuras feudales ni siquiera se duda ni es objeto de estudio: su deducción lógica del esquema de la Academia de Ciencias de la URSS basta, además de que cuadra perfectamente —a la manera en que se corresponden entre sí los distintos elementos de un delirio coherente— con la tesis de la burguesía nacional “progresista”, que es la llamada a cumplir el desarrollo pleno. Como anota Mandel: “los vulgarizadores del marxismo han provocado, en este dominio, una confusión inmensa con su teoría de los estados sucesivos... aunque [agrega en nota] es preciso señalar que desde hace algunos años los historiadores de la República Popular China han puesto seriamente en cuestión este dogma no marxista” (*op. cit.*, t. 1º, p. 19). Pero la mejor refutación del *Manual de Economía* de la Academia de Ciencias de la URSS se encuentra ya en Marx, en la carta que dirigió a fines de 1877 a la publicación rusa *El Memorial de la Patria* que tergiversaba de manera parecida el pensamiento marxista: “Mi crítico se siente obligado a metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que se encuentre... Pero le pido a mi crítico que me dispense. Me honra y me avergüenza demasiado”. Y en la misma carta presenta algunos ejemplos históricos ilustrativos y anota explícitamente que Rusia cuenta “con la mejor oportunidad que le haya ofrecido jamás la historia a una nación” de saltar etapas y escapar a las fatales vicisitudes de un desarrollo en condiciones capitalistas.

to y que lo comprometen tienden a expresarse con particular fuerza en las regiones poco diferenciadas o eslabones débiles de la cadena, menos capaces de sustraerse a esas contradicciones impulsando su desplazamiento a otras zonas —“exportación de la crisis”—; en estas regiones, además, el menor desarrollo alcanzado por las antiguas estructuras que hoy han hecho crisis permite que las nuevas formas de vida, igualmente generadas al nivel del conjunto, prendan preferentemente aquí y desarrollen con mayor libertad sus gérmenes.

El caso ya comentado de la España mercantilista es bastante dicente: la era de la gran industria, cuyas bases había ayudado a crear de manera preponderante, encontraría en la península ibérica un terreno perfectamente estéril: su posición de predominio en la alborada del capitalismo, que le hizo recibir el impacto directo del torrente de los metales preciosos americanos, había desencadenado un proceso inflacionario en el que naufragaron sus manufacturas y que sólo dejó a flote a la aristocracia terrateniente³⁸. Pero tampoco Inglaterra, que había encabezado las etapas sucesivas del libre cambio y del imperialismo fundándose para ello en su predominio industrial y financiero, mantendría su posición de liderato en la época del neoimperialismo fundado en la gran industria pesada y en el control de las grandes finanzas internacionales³⁹. Ya Marx preveía a mediados del siglo pasado el papel preponde-

38 “Por causa de la balanza comercial deficitaria de España, del estancamiento y del declinamiento de su artesanado, la masa de estos tesoros de oro y de plata pillados o adquiridos por el esclavizamiento de indios y de negros, terminó por encontrarse en las manos de la burguesía de Europa occidental, de Alemania, de Francia, de los Países Bajos y de Gran Bretaña” (Mandel, *op. cit.*, t. 1º, p. 126).

39 Véase sobre este punto Eugenio Varga, *Problemas Fundamentales de la Economía y de la Política del Imperialismo* (Ed. Cartago), en particular el capítulo tercero. El predominio inglés en la época del librecambio y del imperialismo fue muy notorio: “A mediados del siglo XIX, después de una larga lucha contra los *landlords*, fueron suprimidos los derechos aduaneros sobre los cereales. La burguesía inglesa proclamó la ‘libertad de comercio’ en el mundo entero a fin de tener la posibilidad de exportar, sin abonar impuestos aduaneros, sus mercancías industriales; impuso la ‘libertad de los mares’ para que sus barcos pudieran penetrar sin obstáculos en todas partes, y el ‘mundo de Bretaña’ para salvaguardar con la ayuda de sus naves de guerra el ‘orden’ necesario para el acrecentamiento de su capital” (pp. 142-143). Corroborando la fórmula con que Marx definía la injusticia de toda ley en un mundo de explotación: la igualdad entre desiguales es el derecho de los fuertes, la libertad de comercio impuesta en condiciones de desigual desarrollo industrial debía terminar por arrasar la industria de los países más débiles, convirtiéndolos en países agrícolas y mercados para las manufacturas inglesas. Ya en la época del imperialismo, Inglaterra tenía como colonias suyas más de la mitad del territorio y de la población del mundo dominado por las seis primeras potencias (33,5 millones de kilómetros cuadrados con 393,5 millones de habitantes dominados por los ingleses sobre 65 millones de kilómetros cuadrados con 523,4 millones de habitantes dominados por las seis grandes potencias en 1914; Lenin, *El Imperialismo*). Ya para la época del neoimperialismo

rante que llegarían a ocupar los Estados Unidos en el mundo, basándose para ello en el hecho de que allí el sistema de producción capitalista, trasplantado directamente desde Europa, no sólo contaba con grandes potencialidades naturales sino que resultaba favorecido por la ausencia de las trabas que las supervivencias estratificadas de la organización feudal le oponían en el Viejo Mundo. Como anota Varga, el predominio de Inglaterra en el sistema imperialista la había llevado a descansar en el saqueo y los traslados masivos de plusvalía de los territorios ocupados y dominados directamente, más que en el desarrollo de sus fuerzas productivas y de sus técnicas industriales. La evolución social que no dejaría de levantar a los pueblos oprimidos contra estas formas de explotación tan cercanas a la esclavitud, y que cobró particulares fuerzas en África y Asia a partir de la Segunda Guerra Mundial, iba a exigir que todo nuevo sistema colonial habría de fundarse en formas más sutiles e indirectas de dominación, respetar los sentimientos nacionales avivados y sustituir una vez más —como sucedió en América Latina en su paso del mercantilismo al librecambio y el movimiento de independencia que lo marcó— el control político y económico directo por un tipo de dominación económica que permitiera cierto margen de libertad política formal. Que reemplazara un control económico cuya caducidad histórica lo hacía fundarse cada vez más abiertamente en el control por las armas y la intervención política directa, por un control económico que estuviera a la altura de los tiempos y retomara su lugar condicionante en relación con lo político. Ello exigía de los nuevos países imperialistas determinadas condiciones. La modernización creciente de la industria y el desarrollo de una poderosa base industrial pesada decidirían el orden de predominio en el nuevo sistema⁴⁰. No sólo los

Varga anota: “La decadencia del imperialismo inglés constituye una de las manifestaciones del efecto de la ley del desarrollo desigual del capitalismo y de la crisis de este último. Hace apenas cien años Inglaterra era la potencia mundial preponderante. En la actualidad ha llegado a la situación de un Estado al que el capital monopolista norteamericano reserva el papel de socio menor...” (*op. cit.*, p. 141). Y más adelante: “Su posición monopolista como ‘taller del mundo’ y los inmensos beneficios obtenidos mediante la inversión de capital en el extranjero, dieron lugar al recrudescimiento de la *putrefacción* y del *parasitismo* del capitalismo inglés. Esto se traducía ante todo en el descenso sistemático del porcentaje de la población productiva. En 1851, un 23% de toda la población del país estaba ocupada en las ramas principales de la industria inglesa; en 1901 sólo un 15%...; los países capitalistas más jóvenes sobrepasaban paulatinamente a Inglaterra por el volumen de la producción industrial...” (p. 143).

40 En la época del neoimperialismo, el capital industrial retoma en efecto su lugar preponderante en relación con el capital bancario y puede prescindir relativamente de las combinaciones financieras con éste. Como anota Sweezy: “Pasados sus días de gloria, el capital bancario retrocede a una posición subsidiaria del capital industrial, restableciendo así la relación que existía antes del movimiento de las combinaciones” (*Teoría del Desarrollo Capitalista*, Fondo de Cultura, p. 295). Esto significa que el mo-

Estados Unidos de América resultaban favorecidos con tales condiciones económicas. Hechos políticos y culturales estaban igualmente en su favor desde el momento en que el ascenso nacionalista de los pueblos oprimidos se había realizado en oposición a los viejos países líderes: Inglaterra, Francia, Bélgica, etc. No será raro ver entonces a los Estados Unidos impulsando en las colonias africanas y asiáticas de aquellos países el proceso de desmoronamiento del viejo sistema imperialista y el paso a las formas neocoloniales de opresión de los pueblos⁴¹.

5. COLONIAS Y SEMICOLONIAS

El esquema de las estructuras de la dependencia colonial y semicolonial nos permitirá ilustrar mejor las condiciones del paso al neocolonialismo, del tránsito de la fase tercera a la cuarta de nuestro cuadro. Este esquema de la transición, acelerada en América Latina y otros países como Egipto por la gran crisis del capitalismo mundial en los años treinta y en África, Asia y Medio Oriente por la Segunda Guerra Mundial, completará nuestro breve esbozo de la evolución histórico-estructural del mundo imperialista y colonial.

napolio, en vez de fundarse en el capital financiero (fusión o coalición del capital bancario y del industrial), se funda ahora en el dominio de una capa superior de grandes capitalistas industriales, particularmente de la industria pesada. Esta adquiere en la etapa final del imperialismo una expansión excepcional que puede deberse en parte a la política adoptada por el capitalismo desde la experiencia de 1930 tendiente en su conjunto a evitar una nueva crisis y recargar todo el desarrollo productivo sobre la producción de bienes de producción que no choca de manera inmediata con las limitaciones del consumo de las masas (Los “bienes de destrucción” —carrera armamentista— juegan todavía más cabalmente el papel de evitar estas limitaciones). El poderío de los grandes monopolios de la industria pesada en general y en particular de la industria de guerra alcanza un grado tal que dejan de depender de los bancos para su financiamiento. El financiamiento interno o la inversión proveniente de fondos de reservas y de utilidades no distribuidas prima cada vez más sobre las fuentes externas de financiamiento, es decir, sobre los créditos y los nuevos aportes de capital. El “caballero de la industria” predomina de nuevo sobre el banquero inversionista.

41 Como anota Varga: “Estados Unidos de Norteamérica, carente formal y jurídicamente de colonias, creó después de la Segunda Guerra Mundial el más grande imperio de países dependientes” (*op. cit.*, p. 33). Si la gran crisis de los años treinta asentó la dominación neocolonialista indiscutida de los Estados Unidos en América Latina, la Segunda Guerra Mundial precipitó la decadencia de los viejos imperios coloniales: “El debilitamiento económico de Inglaterra en el curso de la guerra, el progreso industrial de los dominios durante y después del conflicto, el tempestuoso ascenso del movimiento revolucionario de liberación de las colonias y, finalmente, la política de los Estados Unidos encaminada a acelerar la desintegración de [este] imperio, deben computarse como causas primordiales de esa decadencia” (Varga, *op. cit.*, p. 153). El desgaste material y moral del capital fijo de la industria civil de Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., durante la guerra, sobre todo en comparación con el vigor de la industria norteamericana y en el momento en que se operaba un progreso industrial notorio en los países dependientes, iba a facilitar el paso de estos países al dominio del neoinperialismo norteamericano.

En el esquema que sigue, tanto como en el cuadro que trazamos anteriormente, no hemos hecho más que aislar formas puras que, en la realidad económica y social, se combinan o se degradan y deforman en medidas diversas. Como dice Ernest Mandel: “reducir la historia económica a una serie de ‘etapas’ o a la aparición sucesiva de ‘categorías’ es mecanizarla al extremo, hasta el punto de hacerla irreconocible. Pero suprimir del estudio histórico toda referencia a fases sucesivas de organización económica y toda alusión a la aparición progresiva de ‘categorías’ es hacerla simplemente incomprensible”.

Cuadro del mundo dependiente (antes de la crisis de 1929)

COLONIAS	SEMICOLONIAS DE TIPO A	SEMICOLONIAS DE TIPO B
Ocupación territorial. Subyugamiento político.	Soberanía nacional e independencia política relativas y más o menos formales.	Soberanía nacional e independencia política relativas y más o menos formales.
Riquezas naturales de propiedad extranjera.	Riquezas naturales y fuentes de materias primas de propiedad de la nación.	Riquezas naturales y fuentes de materias primas de propiedad de la nación.
Explotación de las riquezas naturales por el capital extranjero.	Principales productos de exportación explotados por el capital extranjero.	Principales productos de exportación explotados por nacionales.
Las ganancias acumuladas quedan en manos de los monopolios extranjeros. Generalmente, se expropia a la población nativa para obligarla a vender su fuerza de trabajo en las peores condiciones en las granjas y en las minas.	La gran masa de las ganancias va a manos de los monopolios extranjeros. Solo una casta restringida de terratenientes, militares y burócratas se beneficia con parte del botín. Las regalías e impuestos se consumen en obras públicas que sirven al capital extranjero, en consumo suntuario, etc.	Una buena parte de las ganancias provenientes de la exportación va a manos del Estado, terratenientes e intermediarios y sobre todo de los grandes comerciantes ocupados en la importación y exportación. También aquí la renta nacional se consume o invierte improductivamente.
Mercado estrechísimo para manufacturas, casi exclusivamente conformado por la demanda de los empleados extranjeros y que es abastecido generalmente por la industria extranjera establecida en la metrópoli o en la colonia.	Mercado estrecho para manufacturas, constituido sobre todo por la demanda de los empleados extranjeros y por el consumo suntuario del Estado y de los terratenientes. Generalmente abastecido por la industria extranjera establecida dentro o fuera del país.	Mercado de relativa importancia que está constituido por la demanda suntuaria del Estado, los terratenientes, los grandes comerciantes, pero además por la demanda de artículos corrientes de la población ocupada en la producción y el transporte del producto de exportación. Abastecido por la industria extranjera.
<i>Conclusión:</i> No se operan acumulaciones de capital en manos de nacionales ni se abre un mercado interno para los productos manufacturados. Economía natural al lado de la producción para la exportación.	<i>Conclusión:</i> Se realizan algunas acumulaciones de capital por parte de particulares, aunque lo fundamental de los ingresos va a manos de una casta burocrático-militar. Amplias zonas de economía natural. Mercado interno estrecho para los productos manufacturados.	<i>Conclusión:</i> Se operan acumulaciones de capital por nacionales: banqueros y burguesía comercial al lado del consumo improductivo de Estado y terratenientes. Mercado interno de relativa importancia. Economía en buena parte comercializada.

La división que aquí hacemos del mundo dependiente en colonias, semicolonias de tipo A y semicolonias de tipo B corresponde a la época anterior a la aparición del neocolonialismo y busca precisamente determinar las condiciones que, dentro de las estructuras económicas y sociales conformadas en estos países a través de una opresión secular, obstaculizan o facilitan el paso a la formación neocolonial. La obra de Paul A. Baran *Economía Política del Crecimiento* constituye uno de los pocos intentos de describir, no ya las formas de penetración del imperialismo, sino las estructuras internas creadas por esta penetración en los países dominados (no ya la fuerza y las modalidades del golpe, sino el impacto que causa sobre su blanco). A pesar del aporte valioso que representa la obra de Baran, es notoria la debilidad de su análisis —o mejor, la inexistencia de todo análisis— sobre la forma neocolonial de interiorización y estructuración de la opresión imperialista. A ello corresponde en la misma obra la ausencia de toda diferenciación de lo que aquí denominamos semicolonias de tipo B, en las que, además de la libertad política formal y del mantenimiento de los principales productos de exportación como propiedad nacional (condiciones que adoptamos aquí como definitorias del semicolonialismo), estos productos son explotados igualmente por nacionales. Es en estas semicolonias de tipo B donde van a darse las condiciones más favorables para el tránsito hacia la forma neocolonial de dependencia y donde el neoimperialismo va a poder levantarse con menores dificultades. Y también el fenómeno del neoimperialismo —uno de los problemas fundamentales de la historia que viven hoy los pueblos del mundo— se mantiene en la sombra en la obra que comentamos y solo algunos atisbos permiten vislumbrarlo.

Así pues, si las descripciones de Baran “constituyen la mejor referencia que podemos dar al lector sobre la formación colonial y la semicolonial de tipo A, la diferenciación exhaustiva de la estructura semicolonial de tipo B queda todavía por realizar, puesto que aquí anotamos apenas algunas de sus características fundamentales. En cuanto a la estructura de dependencia neocolonial, se trata de un tema en el que confluyen actualmente una enorme importancia práctica y muy poca claridad teórica. A él dedicaremos nuestro próximo trabajo.

Desde el momento en que el anterior esquema apunta a determinar las condiciones que favorecen o dificultan en las estructuras coloniales y semicoloniales el paso a la forma neocolonial de sometimiento como respuesta a los cambios operados en el campo imperialista, hemos querido presidir su ordenamiento de acuerdo con los problemas de la acumulación de capital y del abrimiento de un mercado interior para los productos industriales, bases principales para el surgimiento eventual de una burguesía industrial nativa. Así, hemos

comenzado por dividir a los pueblos sometidos en colonias y semi-colonias, según se hayan encontrado o no bajo el dominio político directo y la ocupación territorial del imperialismo. Se sabe que gran parte de África, Asia y Medio Oriente pueden inscribirse en el campo de las colonias, en tanto que América Latina, particularmente América del Sur, constituye para la época que tratamos una región predominantemente semicolonial. En las colonias propiamente dichas, donde las exportaciones de capital y el saqueo de materias primas se acompañan de la dominación política directa —ya que “para el capital financiero la *subordinación* más beneficiosa y más ‘cómoda’ es la que trae aparejada consigo la pérdida de la independencia política de los países y de los pueblos sometidos”⁴²—, la acumulación de capital por parte de nacionales resulta prácticamente inexistente desde el momento en que tanto la producción como el comercio de exportación permanecen en manos del capital extranjero, mientras la parte de la población que escapa a una explotación despiadada en las minas y plantaciones se mantiene dentro de las formas sociales más atrasadas, cuando no simplemente tribales⁴³. Asimismo, tampoco un mercado interior logra desarrollarse: la escasa demanda de manufacturas por parte de los empleados, de las compañías y de los pocos nativos relacionados comercialmente con ellas, es generalmente satisfecha por la industria de la metrópoli o por unas pocas empresas que funcionan con capital extranjero. Si a pesar de todas estas desventajas una industria nativa logra surgir es objeto de toda clase de discriminaciones económicas y legales por parte de los ocupantes extranjeros⁴⁴. Es lo

42 Lenin, *El Imperialismo*.

43 Véase el magnífico libro de Jack Woddis, *África, las Raíces de su Rebelión*, Ed. Platina. Después de que la población nativa fue desalojada de sus tierras y cargada con impuestos de capitación, a fin de obligarla a trabajar para los europeos en las plantaciones y en las minas, fue necesario todavía imponer el trabajo forzoso ya que los africanos preferían morir de hambre en la desocupación que trabajar bajo el látigo del colono. La sentencia del coronel Ewart S. Grogan, dirigente de los colonos blancos de Kenia, llegó a ser válida para todo el continente africano: “Les hemos robado la tierra. Ahora tenemos que robarles los brazos... El trabajo obligatorio es el corolario de nuestra ocupación del país” (*From Cape to Cairo*, por Ewart S. Grogan y Arthur H. Sharp, Londres, 1902; citado por Woddis).

44 La teoría del “puñado de arroz” (“pueden vivir con un puñado de arroz por día”) con que se quiso justificar antes de la guerra los salarios de hambre de los obreros de la India y China, rige la política de los colonizadores europeos en África. Los jornales de uno o dos chelines diarios que se pagan en las granjas europeas de África convierten el puñado diario de arroz en el elemento casi exclusivo de la dieta: el promedio de vida de 30 años y a veces menos y las tasas de mortalidad infantil de cien por mil para arriba son prueba suficiente de ello. Con jornales más bajos que los ingresos de un trabajador británico en una hora, el porcentaje de la población que trabaja por un salario no puede así constituirse en un mercado para las manufacturas. Como anota

que hace que en las colonias las burguesías industriales nativas —necesariamente débiles y generalmente poco diferenciadas de la masa del pueblo— tiendan a participar activamente en los movimientos de liberación nacional y a jugar un papel progresista, sobre todo cuando su misma debilidad no les permite ponerse netamente a la cabeza del movimiento y aspirar a levantar con alguna autonomía su propio sistema de explotación⁴⁵.

En lo que se refiere a las semicolonias, las hemos caracterizado aquí por su independencia política y su soberanía nacional más o menos formales. Especiales circunstancias históricas explican el hecho de que hayan podido mantener tal independencia a despecho de su subordinación económica. En el caso de América Latina, región semicolonial por excelencia, la existencia de una poderosa aristocracia criolla descendiente de los conquistadores y colonizadores españoles,

el informe Carpenter: “Hemos encontrado muy pocos testigos dispuestos a decir que el actual jornal mínimo es adecuado para cubrir el costo de la vida de un hombre soltero que viviese en condiciones urbanas” (citado por Woddis). En cuanto a las dificultades que los opresores extranjeros oponen en las colonias al surgimiento de una industria nacional, véase el capítulo final de la obra de Jack Woddis, aquí citada. La torpe insistencia de los colonialistas europeos en el sentido de controlar por la fuerza los recursos naturales y en general la vida económica de los países dependientes va a abrirle la puerta a sus competidores norteamericanos que a través del sistema ne-imperialista alientan el surgimiento de la burguesía industrial —que es la que generalmente se denomina nacional— y se aseguran el mercado de bienes de producción y el dominio financiero; además de que con este sistema mucho más flexible resulta posible evitar que los movimientos nacionalistas encabezados por el pueblo terminen en una pérdida irreversible para el imperialismo mundial, como estuvo a punto de suceder en el Congo. Las burguesías nacionales representan en este sentido, en la fase actual de la historia del colonialismo, la última esperanza de los imperialistas.

45 En nuestros tiempos, con la burguesía nacional sucede lo más curioso: su progresismo tiende a establecerse en proporción inversa al grado de su existencia como clase. En efecto, generalmente el aumento del peso específico de la burguesía nacional, tanto en términos económicos como sociales y políticos, si bien acelera la independencia política de las colonias, tiende a comprometer el contenido histórico de su liberación y a conferirle un carácter más que todo formal. Los pueblos terminan cambiando la dominación directa y casi exclusiva de los opresores extranjeros por la opresión ejercida por los explotadores nacionales y la dominación indirecta, reconstruida a través de estos, de los imperialistas. Con el fin de darles alguna satisfacción y a la vez hace abortar los movimientos antiimperialistas en ascenso, los más conscientes entre los imperialistas estimulan el avance de la burguesía nacional. Como dice Jack Woddis para ciertos países de África: “Esta influencia de la burguesía nacional sobre el conjunto del movimiento, inclusive, en grado considerable, sobre el movimiento obrero y sindical, surge en parte del hecho de que los gobernantes imperialistas conceden cierto estímulo a esta clase, en la esperanza de que se muestre más dispuesta a pactar, y en parte debido a la etapa a que ha llegado el movimiento de la clase obrera africana...” (*op. cit.*, p. 265). Los imperialistas han aprendido la lección de la historia. ¿Cuándo la aprenderán los Partidos Comunistas que continúan haciendo planes sobre el papel progresista que están llamadas a cumplir las burguesías nacionales?

las características de la quiebra del sistema mercantilista en este continente que trajo consigo la formación de una conciencia nacional a través de las guerras de independencia y del desarrollo de Estados nacionales, y en particular la rivalidad naciente entre el joven capitalismo norteamericano y las potencias europeas⁴⁶, explican en buena parte el que haya escapado a una vasta operación de conquista en la fase del capital financiero. Pero, de todos modos, en aquellos casos en que la dominación semicolonial ha sido particularmente estrecha —en especial los países cuyo producto de exportación es explotado por el capital extranjero (Semicolonia de tipo A)—, el sometimiento político apenas si es disfrazado por el gobierno de una casta burocrático-militar y alcanza grados que difieren realmente muy poco de la dependencia colonial abierta⁴⁷. En tales países son escasas las posibilidades de que surjan acumulaciones de capital y un mercado nacionales, aunque una casta burocrático-militar, una clase de terratenientes y un núcleo de comerciantes nativos se beneficien de una parte del botín imperialista. La ausencia relativa de estas dos condiciones tiende a impedir que los movimientos nacionales se expresen en lo económico por un auge manufacturero y en lo social por el desarrollo de una burguesía industrial, lo que si bien resta fuerzas inicialmente a estos movimientos les confiere a la larga un carácter mucho más radical. Es lo que sucede igualmente en algunas colonias, en las que la dominación imperialista anuló, junto con las condiciones para el surgimiento de una burguesía industrial, la posibilidad de canalizar las luchas nacionales hacia una solución neocolonial. No es raro entonces ver hoy a los imperialistas impulsando artificialmente —por medio de inversiones mixtas— el surgimiento de una burguesía industrial en ciertas colonias y semicolonias, en la convicción de que en tales burguesías van a encontrar el principal apoyo para levantar las formas neocoloniales de sometimiento antes de que una torpe obstinación en las viejas formas precipite un desenlace irreversible.

Pero al lado de las anteriores semicolonias hemos colocado otras —semicolonias de tipo B— cuya diferencia fundamental proviene del hecho de que el producto por medio del cual han ingresado al mercado mundial es, además de propiedad de la nación, *explotado y ge-*

46 Como recuerda Varga (*op. cit.*): “En 1823, Estados Unidos se sintió lo suficientemente fuerte como para proclamar la famosa ‘Doctrina Monroe’, que so pretexto de defender el continente americano contra los imperialistas europeos, proclamaba prácticamente a dicho continente como monopolio de Estados Unidos y lo convertía de hecho en su ‘esfera de influencia’”.

47 Así, para la época que tratamos, Venezuela y Bolivia (semicolonias de tipo A) se hallan mucho más cerca en términos estructurales de Cuba (colonia) que de Colombia, Argentina, Brasil, etc. (semicolonias de tipo B).

neralmente colocado en los puertos por nacionales. En una gran parte de los casos se trata de un producto que no exige grandes inversiones de capital y es explotado en pequeñas haciendas familiares o grandes haciendas latifundistas, al revés de lo que ocurre en las semicolonias de tipo A en las que la explotación de las riquezas naturales se hace generalmente en grandes plantaciones capitalistas o en instalaciones mineras altamente tecnificadas⁴⁸. Si en las semicolonias de tipo A la materia prima de exportación sale al mercado mundial en condiciones cercanas a las del saqueo o a cambio de escasas regalías derrochadas por burócratas y terratenientes en consumo suntuario, en gastos militares y obras públicas destinadas a servir al imperialismo, en las semicolonias de tipo B la venta de materias primas al extranjero se expresa por un ingreso constante y relativamente importante de divisas que, si bien se gastan en buena parte de manera improductiva, abren en el país un mercado de relativa extensión para las manufacturas extranjeras. La fórmula: materias primas o alimentos por manufacturas extranjeras alcanza aquí su cabal desarrollo y la mayor pureza, y se vuelve definitoria de estas semicolonias. Es en estos países donde un importante sector de la agricultura se comercializa de acuerdo con los términos de la demanda mundial⁴⁹ y expande de contragolpe la economía monetaria en zonas importantes del país (zonas agrícolas que producen para aquellas otras que se especializan en el producto de exportación, sectores artesanales que elaboran ciertas mercancías toscas para unas y otras zonas y que a su vez constituyen un mercado para los productos alimenticios, grupos de intermediarios que se inscriben en el cruce de todos estos intercambios, etc.), a despecho de las tendencias monoproductoras. La apertura de un mercado de relativa importancia corre aparejada con la formación de capitales por parte de grandes comerciantes, principalmente de banqueros y terratenientes. El imperialismo no muestra aquí su garra tan abiertamente como en otras partes: su dominación sobre las masas se ejerce a través de la burguesía comercial, de los terratenientes y los burócratas, lo que al hacer más compleja la tela de la explotación adormece fácilmente la conciencia nacionalista y dificulta la ubicación sencilla del enemigo por parte de las masas⁵⁰. De otro lado, la existencia de un mercado

48 Jack Woddis (*op. cit.*, p. 261) señala cómo actualmente en África, cuando las materias primas son explotadas por nacionales, se trata generalmente de productos agrícolas y solo en casos muy excepcionales de minerales.

49 La producción mercantil puede crecer aquí manteniendo una fuerte tendencia a la monoproducción: la demanda exterior actúa como determinante.

50 Cuando en las semicolonias de tipo B se agrega a la explotación del primer producto de exportación por nacionales, la explotación de otros productos por el capital

y de capitales nacionales, el mayor desarrollo alcanzado en general por estas semicolonias, van a ahorrar al imperialismo, en el momento de la crisis de las viejas formas de dominación, el peligro de posibles cambios radicales que le hagan perder definitivamente el control sobre tales países⁵¹. Aquí, la vía hacia el neocolonialismo está abierta: sobre los hombros de la nueva burguesía nacional (la industrial) el imperialismo va a levantar un tipo renovado de dominación.

En América Latina —para la época que tratamos, anterior a los años treinta— Colombia y Brasil constituyen ejemplos privilegiados de esta forma de semicolonialismo⁵². Venezuela es uno de los ejemplos más típicos de la semicolonia de tipo A, mientras que en algunos países antillanos y centroamericanos encontramos los modelos más cercanos a la colonia pura y simple. Antes de su liberación, Cuba, si bien oscilaba entre estos dos últimos tipos, tenía más características coloniales⁵³. Fue en las semicolonias de tipo B, entre las que se conta-

extranjero (petróleo, oro y banano en Colombia, por ejemplo) la tradición de lucha de los obreros ocupados en estas explotaciones marca muy bien la diferencia de actitud política que determina la dominación directa o indirecta del imperialismo. En efecto, las batallas libradas por los trabajadores del petróleo, por los mineros de Segovia y por los trabajadores del banano constituyen la mejor fuente de inspiración con que cuenta el pueblo colombiano.

51 Basta comparar a este propósito el tránsito relativamente fácil de Latinoamérica semicolonial al neocolonialismo en los años treinta y las convulsiones que marcan este mismo tránsito en África y Asia coloniales desde la Segunda Guerra Mundial.

52 Con todas las diferencias estructurales que resultan de la explotación minifundista del producto de exportación en el primer caso, y su explotación en latifundios capitalistas en el segundo.

53 A través de las anteriores páginas hemos hecho diversas anotaciones sobre la “burguesía nacional”. Pocos temas revisten en el mundo actual una importancia teórica y práctica como éste. Nuestra insistencia en la ley del desarrollo desigual apunta igualmente en el mismo sentido: la ignorancia de esta ley lleva a muchas gentes a deducir del atraso del capitalismo en un país la necesidad de un cabal desarrollo capitalista, y del subdesarrollo y el carácter dependiente de la burguesía la función progresista que esta debe cumplir contra un feudalismo muchas veces inexistente —al menos en el sentido de un rezago mantenido por la fuerza del pasado— y contra los imperialistas. En efecto, de acuerdo con la ley *de tendencia* del desarrollo desigual, cuanto más atrasado en términos capitalistas se encuentre *en nuestros tiempos* un país dependiente, tanto mayor es la posibilidad de que una crisis sociopolítica se resuelva en un viraje radical. Y al revés, cuanto mayor haya sido la evolución socioeconómica alcanzada, tanto mayores son las resistencias a un cambio revolucionario que ponga fin a la crisis social. Así, por ejemplo, la bancarrota de los regímenes dictatoriales de Colombia (país neocolonial), Venezuela (país semicolonial en tránsito hacia el neocolonialismo) y Cuba (país predominantemente colonial), se resolvió a fines de la década pasada de acuerdo con esta ley: donde más fuerte era la burguesía y más desarrollado estaba el capitalismo —en nuestro país—, se operó un simple cambio en las formas políticas de la explotación; donde más débil era la burguesía nacional y más endeble el capitalismo surgió un país socialista. Lleras Camargo,

ba nuestro país, donde el neocolonialismo prendió con toda su fuerza a raíz de la gran crisis de los años treinta, a pesar de que el nacimiento de una industria manufacturera tendiera a manifestarse como un fenómeno continental.

Octubre de 1963

Larrazábal y Fidel Castro representan muy bien las gradaciones de la profundidad del cambio. Una enseñanza más para todos aquellos que hablan de que “no se puede saltar etapas” y viven esperando el pleno desarrollo del capitalismo para entonces sí iniciar la lucha por el socialismo.

Augusto Ángel Maya

***DESARROLLO SOSTENIBLE
O CAMBIO CULTURAL***

INTRODUCCION

ES BUENO SITUAR LA DISCUSIÓN sobre la posibilidad del desarrollo sostenible en el campo de la interrogación, porque creo que todavía no existe ninguna seguridad sobre la respuesta. No sabemos si será posible alcanzar la sustentabilidad a nivel planetario. Creo que deberíamos partir del presupuesto de que alcanzar el desarrollo sostenible no es un proceso que funciona automáticamente. Por el contrario, es necesario readaptar el desarrollo en una dimensión tal, que no sabemos si las fuerzas sociales en juego están dispuestas a aceptarla .

Ese es el reto de la crisis ambiental del mundo moderno. Si el proceso actual de desarrollo no logra readaptarse, al final del camino -y posiblemente es un camino cortono nos espera el cataclismo universal anunciado por los profetas del desastre ecológico, sino un cambio cultural mucho más profundo que el que se encierra en el concepto de “desarrollo sostenible” y, por lo tanto, más radical que el que estamos dispuestos a aceptar.

* Introducción al libro *Desarrollo Sostenible o Cambio Cultural* 1997 (Cali: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente, Fondo Mixto Para la Promoción de la Cultura y las Artes del Valle del Cauca).

En esta breve charla pretendo desarrollar algunas ideas sobre la manera cómo surge el concepto de desarrollo sostenible y de sus posibles acepciones y ambigüedades. Parto del presupuesto de que la manera como surgen los conceptos y se imponen a la conciencia pública, no es de ninguna manera gratuita. Obedece, la mayor parte de las veces, a razones estratégicas, que no son captadas generalmente como procesos conscientes, pero que recorren los extraños caminos de la formación de las ideologías. Entiendo por ideología, no necesariamente la conciencia falsa, sino el ropaje simbólico con el que se cubre una determinada cultura y sirve a su vez para ocultar y para revelar, para buscar la verdad y para ocultarla. Los procesos de formación ideológica no se pueden situar en forma maniquea en el campo del bien o del mal. Si el mundo se dividiese en esa forma, no sería necesaria la ciencia, ni sería posible el diálogo.

Estas aclaraciones son necesarias para orientar una búsqueda sobre el concepto de desarrollo sostenible que se base sobre los presupuestos históricos. Ningún concepto representa en sí el mal absoluto, pero su manejo tampoco debe hacerse con la inocencia despreocupada de la ingenuidad política. Por lo general, los conceptos se mueven dentro de extremos contradictorios de optimismo y pesimismo, de aceptación de las condiciones sociales o de búsqueda de nuevos horizontes incluso metafísicos. Estimo que la nueva idea de democracia y de participación que se viene impulsando a nivel mundial, exige una mayor capacitación de la conciencia pública en el manejo crítico de los conceptos. Este es el único objetivo que pretende este ensayo.

1. LAS PERSPECTIVAS AMBIENTALES

Tal vez una de las impresiones más persistentes para quien estudie la formación de los conceptos ambientales en la actualidad, es el persistente vaivén entre el pesimismo escatológico y el optimismo ingenuo o entre el ecologismo salvaje y el desarrollismo desmesurado. La conciencia ambiental no es un bloque homogéneo, sino la conjunción de múltiples acercamientos disciplinarios, forjados dentro de los caminos que ha seguido la consolidación de la ciencia moderna. Vamos a simplificar este panorama, caricaturizando, si se quiere, las diferentes posiciones.

Ante todo tenemos a los ecologistas radicales. Esta perspectiva viene principal pero no exclusivamente de las ciencias naturales, que, por disposición de las orientaciones epistemológicas del pensamiento moderno, han excluido al hombre de su campo de análisis. De allí resulta una visión optimista sobre la naturaleza y pesimista sobre el hombre. El resultado es el conservacionismo a secas que tanto ha desorientado la conciencia ambiental y de cuyo ámbito apenas empezamos a salir. Por fin, los ecologistas empiezan a comprender que el

hombre también existe y que quizás hace parte de la naturaleza. Vale decir, que el análisis de la naturaleza exige igualmente un estudio sobre el lugar del hombre en el mundo.

La mejor solución ambiental para los ecologistas a ultranza sería prescindir del hombre mismo. Lo sienten como un estorbo que invade el orden de la naturaleza. Aprecian el orden natural, pero no comprenden el orden humano. Estudiando incluso a uno de los ecólogos que más se ha acercado a la comprensión de los sistemas productivos como Odum, podemos encontrar al final de cada capítulo una lamentación contra el hombre. Este sentido fundamentalista de la conservación, propio de algunas corrientes ambientales, ha perjudicado mucho la comprensión de lo que significa la problemática ambiental, que muchas veces se ha visto reducida al primer capítulo, que es el análisis del orden ecosistémico.

Desde las ciencias sociales, las primeras preocupaciones surgieron posiblemente dentro del análisis económico. La preocupación de Malthus por la relación entre la población creciente y los recursos escasos, ya se puede considerar al menos como una formulación pre-ambiental. El estudio de las corrientes de pensamiento económico vistas desde la perspectiva ambiental deja una sensación de desconcierto. Se pasa fácilmente desde un desaforado optimismo tecnológico sobre las posibilidades del desarrollo, hasta un pesimismo sin esperanza. Estos ciclos coinciden generalmente con los momentos de euforia productiva o de crisis económica. Los neoclásicos reaccionan contra el pesimismo malthusiano, pero la crisis de la Primera Guerra Mundial y de la gran recesión hace aflorar de nuevo la desesperanza. Los vaivenes se prolongan a lo largo del presente siglo.

Las ciencias sociales han intentado superar el sobrenaturalismo filosófico, basado en el concepto kantiano de la libertad, por el camino fácil del reduccionismo. La sociología y el urbanismo intentan desde los años treinta, acercarse al análisis ambiental acogiéndose acríticamente a los métodos elaborados por la ecología. Surge en esta forma la Ecología Humana, que a mi modo de ver ha sido más un camino de frustraciones que de

éxitos analíticos. Ni siquiera la renovación de esta tendencia por Hawley, quien corrige las aristas más duras del reduccionismo propio de la escuela de Chicago, logra cimentar un análisis sociológico de la problemática ambiental.

2. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LO AMBIENTAL

Antes de aplicar las preocupaciones que venimos exponiendo al concepto de desarrollo sostenible, creo necesario formular algunas ideas acerca de la manera como entiendo lo ambiental.

Si duda alguna, la primera página de los estudios ambientales debe ser la comprensión de las leyes fundamentales que rigen el sistema vivo, antes de que el hombre intervenga en su dinámica. El estudio de la ecología es, por tanto, indispensable, para quien desee entender la problemática ambiental. Por desgracia, muchos de los ambientalistas, no han pasado por esta escuela y su discurso no pasa de ser un receta casi moral de buenas intenciones. Sin embargo, la ecología es sólo la primera parte del análisis ambiental. El que haya concluido el estudio de las leyes del ecosistema no tiene todavía los elementos suficientes para entender el problema.

De una manera un poco radical, se puede decir que el ecosistema no tiene problemas ambientales en el sentido moderno del término. Me parece indispensable hacer la distinción entre lo que se denomina ambiente en ecología y la problemática ambiental propia de los sistemas culturales. No es necesario hacer conferencias internacionales para impedir el vulcanismo o la deriva continental.

Mientras no se hayan comprendido las complejas articulaciones del sistema social, no es posible entender la naturaleza en su conjunto, tal como existe hoy en día. Ello significa que el orden natural incluye igualmente en la actual etapa evolutiva, el orden humano. Ahora bien, el orden humano no coincide necesariamente con el orden ecosistémico ni tiene porque coincidir. La solución al problema ambiental no consiste en encajar al hombre dentro del ecosistema. No consiste, por tanto, en saber “conservar”, sino en aprender a “transformar bien”. La especie humana no tiene ninguna alternativa evolutiva, sino la transformación del orden ecosistémico.

La especie humana no tiene nicho ecológico. Esta es una conclusión cada vez más aceptada en los círculos científicos, tanto sociales, como “naturales”. Ello significa que la adaptación humana no se realiza a través de transformaciones orgánicas, sino a través de una plataforma instrumental compleja y creciente que llamamos “cultura”. Esta plataforma de adaptación no incluye solamente las herramientas físicas de trabajo, sino también las formas de organización socio-económica y esa compleja red de símbolos que cohesiona los sistemas sociales. Así, pues, también las formas de organización social y de articulación simbólica son estrategias adaptativas de la especie humana.

El problema ambiental consiste, a mi modo de ver, en que los equilibrios culturales tampoco pueden traspasar ciertas barreras. La cultura tiene también límites de resiliencia, que aunque no coinciden exactamente con los límites ecosistémicos, no por ello dejan de existir. La transformación tecnológica de los ecosistemas tiene que crear nuevos equilibrios en los que sea posible la continuidad de la

vida. Ello no significa, como lo veremos, plantear la posibilidad de un desarrollo sostenible, sino afirmar la exigencia de la cultura como estrategia adaptativa.

Creo que es indispensable liberar el ambientalismo de los temblores cuákeros que anuncian cíclicamente el fin del mundo. De hecho las crisis ambientales que ha sufrido periódicamente el hombre no han significado el diluvio universal o el naufragio del planeta. Han significado más bien la necesidad de profundas transformaciones culturales. La historia está llena de cementerios culturales y apenas ahora empezamos a comprender hasta que punto, en muchas ocasiones, la muerte cultural ha sobrevenido por el predominio de estrategias desadaptativas.

El diálogo ambiental se hace, por tanto, como lo recomienda Prigogine, al interior de la naturaleza y no desde un Olimpo que desdeñe las veleidades terrenas. Estamos hechos, como dice Valery, “de luna y de rosas”, o quizás, hablando en forma más estricta, de sol y tierra. Comprender las especificidades de la cultura es tan importante para descifrar el enigma ambiental, como entender las leyes que rigen el ecosistema.

Querámoslo o no, la totalidad de la naturaleza y, por tanto, el proceso evolutivo depende cada vez más del insumo tecnológico. Desde el momento en que aparece o se consolida la cultura, la naturaleza ha venido siendo sometida a una constante transformación. No es, por tanto, un fenómeno atribuible solamente al desarrollo moderno. Puede decirse incluso que las transformaciones tecnológicas del neolítico, con la invención de la agricultura y la domesticación de los animales, significó, al menos en algunos aspectos, un cambio ambiental más profundo que los inducidos por el desarrollo moderno. La segunda gran revolución neolítica apenas empieza con la biotecnología, por medio de la cual el hombre penetra hasta la misma raíz genética de los sistemas vivos.

En estos presupuestos se basa la crítica que pretendo hacer al concepto de desarrollo sostenible. Este concepto, tal como ha sido diseñado en la última década, está hecho para paliar los profundos cambios culturales que exige la crisis ambiental contemporánea.

3. LA CRÍTICA AMBIENTAL AL CONCEPTO DE DESARROLLO.

Este ensayo intenta afrontar el análisis ambiental desde la perspectiva cultural. Preferimos utilizar el concepto de cultura y no el de desarrollo, por varios motivos. El término desarrollo lleva consigo la connotación de “crecimiento continuo”, que no encuentra verificación en el proceso histórico. Allí lo que encontramos son más bien procesos de auge productivo, de estancamiento y de recesión en forma alternada,

o, dicho en otras palabras, momentos de centralización y descentralización de la producción cultural.

El término “cultura”, en cambio, abarca cualquier estrategia adaptativa de la especie humana, a lo largo de su historia. Por cultura se entiende, de acuerdo con la definición de Taylor el conjunto de instrumentos técnicos, formas de organización económica social y política y acumulación científica y simbólica que una generación transmite a las siguientes. La base adaptativa del hombre no es solamente la tecnología, sino la totalidad de la estructura cultural y para un análisis ambiental es tan importante estudiar los instrumentos técnicos, como la organización social y la adaptabilidad simbólica de una determinada cultura.

En el período de la posguerra, el optimismo tecnológico crece hasta los años setenta y la mayoría de los teóricos rechazan las medidas y las amenazas malthusianas. Después de ellos, reaparecen los malthusianos, cuyo surgimiento coincide con la aurora del pensamiento ambiental moderno. Ehrlich anunciaba “la bomba poblacional”, como la mayor amenaza de la humanidad. Por su parte Commoner coloca la crisis ambiental en el desenfreno del desarrollo tecnológico, que produce bienes cada vez más peligrosos para el equilibrio de la tierra. Goldsmith considera el crecimiento como una aberración de la cultura occidental y Daly pensaba que la desarrollomanía engendra los mismos problemas que pretende solucionar.

Otros autores rechazan sobretodo las consecuencias sociales del desarrollo, vinculándolas con la crisis ambiental. Para Mishan y Roszak lo que se llama desarrollo tiende a disminuir los verdaderos satisfactores del hombre. Schumacher se preocupa sobretodo por la desigualdad entre los individuos y los pueblos engendrada por el mismo desarrollo. Heilbroner alertaba sobre la manera como las reglas del mercado internacional estaban exportando pobreza y desarreglo ambiental hacia los países del Sur.

Si queremos conservar el concepto de desarrollo dentro de la discusión ambiental, es necesario exorcizarlo. Se requiere un fino análisis para distinguir los aspectos que podemos aceptar y los que definitivamente no coinciden con los ideales de una sociedad ambiental. El ambientalismo se ha inclinado con facilidad a una crítica generalizada al desarrollo tecnológico. Habría que empezar planteando que el hombre es un animal tecnológico por destino evolutivo y que no es posible ni quizás deseable regresar al ecosistema. No nos es dable y quizás no vale la pena, aferrarnos de nuevo a los árboles con la cola prensil.

Pero el hombre no es, sin riesgo, un animal tecnológico y ese riesgo es lo que llamamos problema ambiental. Toda tecnología trae

consigo algún tipo de impacto y se puede decir quizás que el camino tecnológico va en contravía del camino evolutivo. La tecnología es necesariamente simplificadora, mientras que la evolución ha ido multiplicando y diversificando el sistema vivo.

Aunque la tecnología sea una herramienta necesaria para el hombre, no toda tecnología puede considerarse como ambientalmente adecuada o socialmente justa. Ante todo, la tecnología no debería considerarse como un aditamento de la cultura, sino como parte esencial de la misma. Es un brazo articulado del sistema social. Es este sistema el que orienta y define la dirección del desarrollo tecnológico. El inmenso desarrollo de la tecnología de guerra, con presupuestos inmensamente superiores al de la salud, o la educación, han sido definidos por la voluntad política.

El desarrollo tecnológico no es, sin embargo, el único soporte de la producción. La ampliación del mercado se logra por otros caminos menos ortodoxos. Uno de ellos es la disminución de la vida útil de los productos. Si el consumo no puede ampliarse con la colonización de nuevos sectores poblacionales, hay que ensanchar sus fronteras haciendo que los que consumen lo hagan en forma más vertiginosa. Para ello, la mejor estrategia es disminuir la vida útil de los productos. De hecho esa ha sido una de las estrategias básicas del capital desde la Segunda Guerra Mundial y es seguramente una de las causas de la crisis ambiental.

Otra de las estrategias consiste en ampliar los márgenes de las necesidades básicas, más allá de los límites de las exigencias biológicas o culturales. La sobredosis de dieta cárnica en los países desarrollados tiene que ver con esta última estrategia. La civilización de la hamburguesa corre el peligro de praderizar el mundo, barriendo los últimos reductos de la vida silvestre.

Hay todavía una estrategia más perversa, si es que cabe usar este adjetivo demasiado duro y moralístico en este contexto. Se puede incrementar el consumo de satisfactores que son nocivos dentro de determinados ambientes culturales, como el alcohol o los sicotrópicos. El desarrollo moderno, basado sobre la conquista de nuevos mercados y la reproducción del capital, tiene que cargar, a su espalda, el pesado lastre del narcotráfico, que de todas maneras está actuando dentro de lógica de la ampliación del mercado y de la reproducción del Capital.

La crítica al desarrollo puede llevar, sin embargo, al ambientalismo demasiado lejos. La exigencia de crear las condiciones necesarias para perpetuar el sistema vivo no deberían significar un rechazo al proceso tecnológico, sino un rechazo al concepto actual de desarrollo. La crítica debería acentuarse sobre los mitos del desarrollo, que han impulsado el sobreconsumo como ideal de la producción

y sobre las doctrinas que lo sostienen o que lo toleran. La crítica al desarrollo no se puede confundir, sin embargo con la crítica a los sistemas culturales.

4. LA TIERRA LA ENVENENAN LOS OTROS

La crisis ambiental no es un problema que pueda solucionarse solamente con inventiva tecnológica. Hay que contar igualmente con los recursos que asigna el sistema de acuerdo con la prioridad del gasto. Ante la crisis hay que preguntarse hasta qué punto la sociedad está dispuesta a volcar recursos para evitarla o está dispuesta simplemente a dejarse consumir en ella. Adams decía en el momento del auge norteamericano: "Somos hijos del carbón y moriremos con él". Si el problema ambiental es la consecuencia de una forma de entender y de practicar el desarrollo, hay que contar sin duda con las resistencias que provienen desde los intereses adquiridos.

Ello se puede percibir con mucha claridad en las discusiones que van desde Estocolmo a Brasil-92. Los que tienen sus intereses acomodados en la producción y comercialización de la energía fósil están dispuestos a defender la tierra, amenazada por la destrucción de los bosques y los países que basan su economía en la explotación de los bosques, están dispuestos a formar fila contra la contaminación por energía fósil. Todos somos partidarios de la defensa del medio ambiente, pero en el terreno que no contradice nuestros propios intereses.

El problema ambiental es eminentemente político, entendiendo por esta ambigua expresión, la capacidad de orientar el rumbo de la cultura. Con esta palabra mágica, sin embargo, no se soluciona de por sí la ambigüedad del problema. Lo político puede significar por una parte, las tendencias que orientan el desarrollo desde el poder actual y por otra parte las tendencias contestatarias que no se conforman con los actuales gestos de buena voluntad y están convencidos de que por el camino de los compromisos políticos que desembocaron en Brasil 92, lo único que se logra es prolongar un poco más la agonía.

Casi ninguno de los estudiosos cree que los esfuerzos actuales sean suficientes para superar la crisis ambiental, pero muchos de ellos estiman que dentro del actual estilo de desarrollo es posible encontrar la salida. A la cabeza de este ejército de buena voluntad están Ward y Dubos, quienes exigen sin embargo transformaciones profundas para superar la crisis. En el campo contrario dirigen la batalla Pirage y Ehrlich, para quienes "el modelo actual no logrará superar ni la crisis social ni la crisis ambiental, a pesar de los maquillajes a los que se les someta".

En esta orilla se ubica igualmente, el Primer Informe del Club de Roma, intitulado "Los Límites del Crecimiento", y escrito por un

grupo de científicos dirigidos por Meadows. El Informe preveía que si el desarrollo continuaba al ritmo actual, los límites se alcanzarían en cien años. Para detener la catástrofe, era necesario estabilizar la población en 1975, detener el crecimiento del capital en 1990, reducir en un cuarto el consumo de recursos en 1975 y otra medida igualmente utópicas. Aunque las críticas al Informe no se hicieron esperar, los autores, pertenecientes al prestigioso Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), no han modificado sino ligeramente sus conclusiones.

Es en esta atmósfera en la que se reúne la Conferencia Internacional de Estocolmo, en 1972. La balanza estaba decididamente inclinada hacia la necesidad de detener el desarrollo. Esta tesis, sin embargo, difícilmente podía ser aceptada por los delegados del Tercer Mundo y las conclusiones de la conferencia deben verse como un compromiso político entre posiciones encontradas. Para conciliar las posiciones de los países tecermundistas era necesario colocar en el otro platillo de la balanza, la necesidad de impulsar el desarrollo de los países pobres.

El compromiso se basó en un supuesto que ha dominado hasta hoy la conciencia del ambientalismo político y que diferenciaba entre los problemas ambientales de los países desarrollados, ocasionados por la riqueza y los impactos ambientales de la pobreza, predominantes en el Tercer Mundo. La pobreza entraba, por tanto, en la discusión política y la conclusión era que, lejos de frenar el desarrollo, había que impulsarlo en los países más pobres, para evitar el deterioro ambiental ocasionado por la pobreza. ¿Estarían dispuestos los países ricos a detener su propio desarrollo de manera unilateral?

5. EL AMBIENTALISMO ENTRE LA POBREZA Y LA RIQUEZA

Los argumentos esgrimidos por los países pobres en Estocolmo, se volvieron contra ellos en Brasil 92. La impresión que dejan las discusiones de Río es la de que los países industrializados están luchando por conservar los beneficios del desarrollo actual y no están dispuestos de ninguna manera a colocarlo en la mesa de negociaciones. La delegación de Estados Unidos lo dijo muy claramente en las reuniones preparatorias de Brasil 92. Planteó como un desafío una frase que ha recorrido el mundo: El patrón de consumo al que han llegado los países industrializados no está en discusión. Es un derecho adquirido.

La respuesta evidente de los países pobres es que ellos también tienen derecho a gozar de ese derecho. El haber llegado un poco tarde al convite del desarrollo no los excluye de sus beneficios. En medio de todas estas discusiones interminables se introducen las coletillas ambientales que se resumen en el término acuñado o, por lo menos, canonizado por el Informe Brundtland de "desarrollo sostenible". ¿Qué significa en último término este nuevo concepto que ha hecho

carrera política? Implica ante todo que este desarrollo puede hacerse sostenible. No se sabe exactamente cómo, porque tampoco se ha hecho el estudio de lo que esto significa. La Agenda XXI aprobada en Brasil-92 establece un programa de acción, pero no sabemos todavía si esta agenda es o no viable y si con ella se hace efectivamente sostenible el desarrollo.

La crítica que hemos hecho a las tesis ambientalistas de Estocolmo, prolongadas en la voces oficiales a lo largo de estos veinte años es que simplemente el problema está mal diagnosticado y que a malos diagnósticos siguen malos pronósticos. Lo que hemos llamado el “sofisma de Estocolmo” consiste en considerar la pobreza como un estado original previo al desarrollo. Se es pobre o porque no se ha tenido la voluntad para superar la pobreza o simplemente porque no se han dado las circunstancias favorables para salir de ella. Se puede superar la pobreza mundial con los recursos tecnológicos y económicos actuales. Esa es la premisa que no tiene discusión ni puede tenerla en la orilla oficial de las propuestas.

Esta concepción tiene sin embargo a sus espaldas el enemigo de la historia. Reposo sobre lo que Marx llamó el “fetichismo de la mercancía”. Se supone arbitrariamente que la riqueza surge en forma mágica del dinero. Desplegando trabajo y buena voluntad individual, el dinero crece por obra de esta nueva fotosíntesis calvinista. La riqueza de las naciones, sin embargo, no ha nacido así. La riqueza, dentro del desarrollo moderno, es necesariamente un proceso de acumulación desigual y sólo con base en la desigualdad puede darse la acumulación. Ello significa que la riqueza engendra la pobreza y el desarrollo el subdesarrollo. La utopía de una tierra íntegramente desarrollada no pasa de ser una ilusión.

Por esta razón la historia del desarrollo moderno ha dividido la tierra a lo largo del trópico de Cáncer. Las explicaciones ambientales tienen que contar con esa profunda herida. La pobreza del Sur no se explica por la pereza cultural engendrada en las condiciones geográficas del trópico.

Hay de por medio quinientos años de dominio y de explotación de sus riquezas. Oro, azúcar, minerales, petróleo, sin olvidar la acumulación de fuerza humana en los sistemas esclavistas.

Sin embargo, la acumulación basada sobre la desigualdad no es sólo un recuerdo del pasado. La brecha entre países pobres y ricos no ha tendido a disminuir sino que se sigue abriendo como un abismo cada vez más difícil de rellenar. En esta conclusión pesimista están de acuerdo todos los informes internacionales, desde el Primer Informe del Club de Roma, pasando por el Informe al Presidente Carter, hasta el último Informe de Naciones Unidas “Nuestro Futuro Común”. A

pesar del cautivante título, parece que el futuro no es tan común. Este mismo informe plantea con un rasgo de sinceridad apreciable que el mayor problema ambiental del mundo contemporáneo es la creciente brecha entre países pobres y ricos.

Llevamos casi veinte años de esfuerzos de buena voluntad por cerrar esta peligrosa brecha, desde el momento en que los países pobres propusieron en el seno de Naciones Unidas, la formulación y puesta en marcha de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Es inútil repasar la odisea de esperanzas y decepciones que ha significado su discusión. Nada ni nadie ha podido detener la marcha del desarrollo, tal como se da por la voluntad de la mano invisible del mercado, sostenida evidentemente por la voluntad política de los países desarrollados, al mismo tiempo que, cuando hace falta, por sus ejércitos.

Pobreza y subdesarrollo se está engendrando todos los días en los países al sur del Trópico de Cáncer que tienen que vender sus productos en condiciones desventajosas en el mercado internacional y que tienen que sufrir la imposición de los términos financieros. La pobreza, sin embargo, no se fabrica solamente en el Sur. En Estados Unidos la concentración de la propiedad y de los ingresos durante los últimos veinte años ha crecido a un ritmo sin precedentes y al mismo ritmo ha crecido la pobreza en las grandes ciudades. Al parecer se está construyendo un Tercer Mundo, al interior del Primero.

Pero la preocupación fundamental desde el punto de vista ambiental no es tanto la miseria creciente, engendrada por el desarrollo, sino la certeza de que no es posible extender el patrón de consumo de los países industrializados a todo los habitantes actuales del planeta. La tierra simplemente no resiste una presión de consumo semejante, al menos en las condiciones del paradigma tecnológico actual. Las conclusiones demasiado optimistas del Informe Bariloche están bien planteadas desde el punto de vista de la estrategia política en la lucha contra las imposiciones imperiales del Norte, pero no coincide con los datos crecientes de la contaminación ambiental. Si todos los habitantes del planeta estuviese consumiendo energía fósil al nivel de los ciudadanos norteamericanos, la tierra ya hubiese perecido de asfixia. Algo similar se puede decir con relación a la acumulación de toda clase de desechos tóxicos, sobre todo de origen nuclear.

Queda, por lo tanto, la duda sobre la eficacia de las medidas que se imponen desde el actual estilo de desarrollo para superar la crisis ambiental. Estas medidas son sin duda importantes y preparan el camino para transformaciones más profundas, pero es muy posible que nos tengamos que preparar para un cambio de piel cultural. Esta receta no es demasiado drástica. La historia de la humanidad ha tenido que pasar muchas veces por estas profundas transformaciones, en

los momentos en que los sistemas culturales han dejado de ser adaptativos. La historia, como decíamos antes, está llena de cementerios culturales y muchas de ellas han muerto por desadaptación.

6. ¿ES SOSTENIBLE EL DESARROLLO?

Por los antecedentes planteados se puede ver cómo surge el concepto de desarrollo sostenible. La atmósfera que rodeó las discusiones de Estocolmo estaba cargada hacia la necesidad de detener el desarrollo. Era la posición predominante no sólo entre los grupos ambientalistas, sino incluso, como vimos, en muchos de los científicos. El “compromiso” de Estocolmo no fue suficiente para detener la avalancha del crecimiento cero. Los países del Tercer Mundo no estaban dispuestos a aceptar esa nueva receta calvinista de la abstención, en el momento en que estaban colocando todos sus esfuerzos por superar la pobreza.

En esta atmósfera, el ambientalismo se podía identificar con un movimiento de contracultura, similar al hipismo o a cualquiera de los otros movimientos opuestos a los ideales del desarrollo moderno. Estas circunstancias podía perjudicar seriamente el intento de penetrar la conciencia ambiental de los sectores productivos y políticos. Es entonces cuando empieza una reacción que tiene varias vertientes. Por una parte, la biologización del problema ambiental, que empieza a tratarse predominantemente como un problema ecológico, sin connotaciones políticas. Por otra parte, la insistencia en armonizar medio ambiente y desarrollo.

Es una curiosa lucha, cuya historia no creo que se haya trazado todavía. Poco a poco se fue desplazando el concepto de “ecodesarrollo”, impulsado por Maurice Strong, en la primera época del PNUMA y por científicos como Ignacy Sachs. El término de ecodesarrollo tenía una connotación mucho mas regional. Se refería al posible desarrollo dentro de las circunstancias ecológicas de cada región. Quería romperle la columna al desarrollo unidimensional. Estaba interesado en experiencias regionales, con tecnologías alternativas y con amplia participación de los pueblos.

El concepto de desarrollo sostenible, por el contrario, busca las estrategias para hacer que este desarrollo sea viable desde la perspectiva ambiental en todos los rincones del planeta. Ojalá fuese posible. Es un deseo legítimo y pienso que todas las culturas han hecho lo posible por autoperpetuarse. Ninguna de ellas lo ha logrado. Desde el momento en que traspasan ciertos márgenes de resiliencia ambiental, el camino es irreversible. Puede ser que la experiencia histórica no se repita en este caso. Puede ser que el dominio científico y tecnológico de la época moderna no tenga reverso, pero el problema no es solo tecnológico. Hay que contar con el aumento progresivo de la pobreza

a nivel mundial. ¿Es sostenible socialmente este proceso de acumulación? Sin embargo, el planteamiento ambiental va más allá. Se basa sobre los límites de la tierra. Lo que está planteando la crisis ambiental es que el nivel de consumo alcanzado por los países desarrollados no es extensible a nivel mundial. El actual modelo de desarrollo es necesariamente selectivo y ello no sólo por razones sociales, sino también por presupuestos ambientales.

La problemática ambiental plantea el conflicto no sólo en una perspectiva de desarrollo social, como la exigía el socialismo, sino en el terreno de las posibilidades ambientales de este desarrollo como alternativa viable para todos los pueblos. No se trata solamente de repartir mejor la riqueza, sino de las posibilidades mismas de la riqueza. Es evidente que la riqueza actual puede ser mejor repartida, tanto entre los pueblos como entre los individuos. Ese es un principio de equidad a mi modo de ver inmodificable, aunque muy difícil de llevarlo a la práctica. Además, la riqueza acumulada no alcanzaría para satisfacer las necesidades de todos los habitantes de la tierra.

Un ejemplo puede confirmar quizás la verosimilitud de esta afirmación. La producción de grano a nivel mundial sería suficiente para alimentar a toda la población del planeta. Se podría exigir, y así se ha hecho en los distintos foros, que se reparta mejor esta riqueza alimentaria. Este argumento sencillo olvida sin embargo, que el 60 % del grano se dedica en Estados Unidos al consumo animal.

La repartición simple del alimento, por tanto, no parece viable dentro de la actual estructura de la producción mundial. Habría que exigirle a los países del Norte que disminuyan drásticamente su dieta cárnica. ¿Están dispuestos a hacerlo? Si queremos extender ese nivel de consumo cárnico a todos los habitantes de la tierra, habría que praderizar todo el planeta y posiblemente desocupar los mares. El optimismo tecnológico podrá replicar que se encontrará la receta. Ello es posible, pero no seguro. En ello consiste la incertidumbre ambiental. En muchas circunstancias históricas el hombre no ha encontrado la salida tecnológica. Lo mismo podría decirse con relación al consumo energético o de productos manufacturados. No se trata, por tanto, de una distribución alicuota. El problema es más radical y complejo.

El desarrollo, sin duda, está cambiando de signo a paso acelerado, y es importante tener en cuenta en un análisis ambiental las características contemporáneas, que parece se van a afianzar en el futuro. Una de ellas y no la de menor importancia, es que cada día será menos importante la división del capital por países. Los países del Tercer Mundo ofrecen una oportunidad sin precedentes al capital para disminuir los costos de producción y aumentar en esta forma la rentabilidad. Ello se puede lograr o trasladando las

industrias al Tercer Mundo o diferenciando los salarios al interior del Primer Mundo, entre nativos e inmigrantes. Ambas estrategias están en marcha. En esta forma el Tercer Mundo se está extendiendo por todo el planeta.

He venido hablando de Tercer Mundo. Es una palabra sonora que todavía guarda ciertas resonancia para la generación de los sesenta. El término, sin embargo, ya no es válido. Ante todo, desapareció el Segundo Mundo, aunque ello no parece habernos dado derecho a subir de peldaño. Por otra parte, la acumulación del Capital, como ya se dijo, se está acelerando a un ritmo sin precedentes, empobreciendo grandes masas en los países ricos. Por otra parte, algunos sectores de lo que era el Tercer Mundo, se está viendo impulsado también en forma acelerada por las nuevas estrategias. Estamos ante una nueva división del trabajo.

CONCLUSION

He querido plantear algunas dudas personales sobre el concepto de desarrollo sostenible y en general, sobre la manera como se vienen manejando los conceptos ambientales, que necesariamente están teñidos de tendencias ideológicas. En la conclusión que planteo a continuación no puedo ir más allá del signo interrogativo. No tengo certezas sino preocupaciones y algunas de ellas surgen posiblemente en el lector de este documento.

No es lo mismo, según creo, impulsar a las comunidades por el callejón, a mi modo de ver sin salida, del desarrollo sostenible o por el camino de la construcción de una cultura ambiental. Olvidamos a veces que los términos son instrumentos ideológicos de una gran eficacia. Estamos ante circunstancias mundiales que requieren aguzar la imaginación en la búsqueda de salidas a la crisis. Esta crisis está inextricablemente vinculada a la crisis social y política de los pueblos.

La lección que deja la prolongada historia del hombre es la de que las crisis ambientales acaban sorteándose o enfrentándose con grandes cambios culturales. Posiblemente una de los momentos más difíciles de la humanidad fue la crisis del hombre cazador. Fue un momento quizás más crítico que el actual y la especie humana se vio mas de cerca amenazada por la extinción. Si no se hubiese construido otro sistema cultural impulsado por la revolución neolítica, posiblemente la especie humana no hubiese podido superar la crisis.

Igualmente, los grandes momentos de expansión y de centralización de la cultura, momentos que bien o mal llamamos civilización, fueron seguidos de crisis profundas que no significaron la persistencia

de las líneas culturales básicas. La unificación del mundo mediterráneo iniciada por los griegos y coronada por los macedonios y los romanos, se vio abocada a la crisis, por causas no solamente culturales, sino igual o paralelamente ambientales. El sistema de latifundio esclavista dio al traste con la fertilidad de los suelos y la erosión, como lo reconoce la actual historiografía, fue una de las causas de la caída del imperio romano. Muchas de la crisis de las culturas americanas, que no han sido suficientemente estudiadas desde la perspectiva ambiental, nos podrían dar lecciones de profundos cambios culturales.

Si se hubiese advertido de la crisis y de la decadencia de la civilización a un habitante de la Roma de Trajano, se hubiera sonreído despectivamente. Un contemporáneo de Constantino hubiera reaccionado igualmente con escepticismo, a pesar de que los signos eran más claros. Algunos visionarios, como Horacio, vieron desde lejos la tempestad. Varios siglos después, Roma pasaba de ser una ciudad de más de un millón de habitantes a formar una humilde aldea medieval. La historia parece seguir siendo un proceso cíclico de sístole y diástole, de momentos de centralización y acumulación y momentos de receso y de descentralización.

Es muy difícil prever cual será el futuro ambiental del hombre. Hay que construirlo. Los teóricos se dividen de acuerdo a sus esperanzas ideológicas. Para las corrientes impulsadas por la transnacionalización de la economía, la única manera de vencer el fantasma ambiental es a través de una rígida centralización del sistema productivo y por tanto de los sistemas políticos. El tercer Informe del Club de Roma, se hace eco de esta tendencia. En el otro campo están los que se aglutinan en lo que O'Riordan llama "el neotribalismo ambiental", que exigen la descentralización de la economía y del poder.

En la actualidad se pueden ver signos hacia ambas direcciones. Por una parte, una cada vez mas rígida centralización del proceso económico. Por otra, signos de consolidación de las autonomías culturales. Creo, sin embargo, que el futuro hay que construirlo cada vez mas conscientemente, para no ser arrastrados por la crisis. Es necesario ubicarse y luchar por las alternativas del futuro.

Creo, por tanto, que en vez de soñar con un desarrollo eterno en expansión, deberíamos preparar a las comunidades para el cambio cultural. Para ello es necesario señalar con mucha claridad los sitios por donde se está resquebrajando el edificio, pero más allá, es necesario educar para la creatividad cultural.

Qué significa, desde la perspectiva ambiental este tipo de educación. Por una parte, un regreso al estudio detenido de las circunstancias geográficas y ecológicas en las que se construye la cultura. Sin este fundamento "ecológico", es imposible construir culturas adapta-

tivas. Pero no basta esta visión, porque el conocimiento de los sistemas ecológicos no indica como debe construirse la cultura. Es necesario fortalecer la imaginación cultural.

Como puede verse, el propósito de estas páginas es estimular el debate. No puedo ofrecer ninguna conclusión segura. He querido sólo acercarme a algunas preocupaciones que surgen con el concepto ambiguo de “desarrollo sostenible” y he querido probar que los términos no son ingenuos. Espero que al menos haya logrado este propósito.

Arturo Escobar

ECOLOGÍA POLÍTICA DE LA GLOBALIDAD Y LA DIFERENCIA*

INTRODUCCIÓN

*Sea mentira o sea verdad
se abra la tierra
y se vuelva a cerrar
que el que lo está oyendo
lo vuelva a contar.*

Refrán popular que, usualmente, se dice al comienzo de una ronda de narración de cuentos en los ríos del sur del Pacífico colombiano.

Este artículo trata sobre diferentes aspectos sociales, culturales y biológicos de la vida actual, que se encuentran estrechamente interrelacionados. Se ocupa, principalmente, de temas basados en el lugar y de las expresiones o articulaciones regionales en contextos de la globalidad. Esto implica, por un lado, introducirse en la conversación relacionada con los procesos regionales y con hechos basados

* Traducción de Iván Carroll, edición de Héctor Alimonda. Este artículo fue publicado originalmente en *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*, 2011, Buenos Aires, CLACSO/Ciccus.

en el lugar; y, por otro lado, con las múltiples dinámicas del capital y la cultura. Esta conversación trata sobre una experiencia establecida histórica y espacialmente, que es promulgada y negociada por cada lugar y región del mundo, de tal modo, que los indicadores escalares (local, regional, global, etc.) resultan la mayor problemática.

La historia, el cuerpo, la sangre y la inspiración de este artículo vienen de una región particular de Latinoamérica, el Pacífico colombiano. Dos posiciones opuestas surgen en esta región, que ejemplifican bien el rango de respuestas locales a la globalidad. La primera proviene de una reunión realizada del 18 al 22 de junio de 1995, en Puerto Tejada, un pueblo al sur de Cali, donde la población mayoritaria es negra. Esta reunión contó con la participación de 45 líderes y activistas que representaban a los más importantes movimientos sociales de indígenas y negros. Los objetivos de la reunión fueron examinar la situación social y ambiental del Pacífico, discutir las relaciones interétnicas y proponer estrategias conjuntas de negociación con el Estado sobre distintos planes y políticas. Bajo el encabezamiento de *Territorio, etnia, cultura e investigación en el Pacífico colombiano*, los activistas dejaron claro, en el ambiente impetuoso del momento, que lo que estaba en juego iba más allá de la situación presente, que pretendían involucrar la definición de la vida misma, en particular la defensa de lo que llamaron *las cosmovisiones* de los grupos indígenas y negros. Fueron identificados tres principios de relaciones interétnicas y de relaciones con el Estado: a) el hecho de que el Pacífico sea “un territorio ancestral de grupos étnicos” hace que estos grupos sean culturalmente diversos y que persigan el respeto a sus diferencias, y de éstas con la sociedad colombiana; b) que a partir de esta situación de mutuo respeto y de diferencia, asuman la coordinación de la defensa de sus territorios; c) que sus conocimientos tradicionales son fundamentales en su relación con la naturaleza y su identidad y que, por lo tanto, deberían ser reconocidos como tales. De ahora en adelante, los análisis y conclusiones se refieren a la defensa del territorio, la cultura y la identidad. La noción de que el Pacífico es un territorio de “asentamientos étnicos” formulada al principio de esa reunión, dio lugar a que, un par de años después, se estableciera una concepción sofisticada del Pacífico como una “región-territorio de grupos étnicos”.

Por ese mismo momento, la recién establecida “Gerencia de Proyectos para el Litoral Pacífico Vallecaucano” mantuvo una reunión, de todo un día, en un lujoso hotel de la ciudad de Buenaventura. Esta ciudad de población mayoritariamente negra, es el puerto más importante del país y se encuentra cerca de Cali. En esta reunión se presentaron algunos proyectos económicos y sociales para la subregión, que surgieron debido a una dramática expansión de la inversión con la ayuda del

capital internacional, y que incluye proyectos para el manejo de aguas residuales, abastecimiento de agua, educación y salud, y una panoplia de proyectos industriales y de infraestructura en electricidad, servicios portuarios, carreteras, un aeropuerto local, turismo, servicios de pesca a gran escala, industria maderera, y así sucesivamente. El propósito era crear el “clima de inversión perfecto” con el fin de transformar a Buenaventura –incluyendo los múltiples ríos y sus vastas áreas rurales– en un “polo de desarrollo” para la nación. La reunión, con una asistencia de más de 200 personas entre representantes del gobierno y del sector privado, respondió a una naciente retórica sobre la “era del Pacífico”, en la cual, esta extensa y rica región de bosque húmedo tropical fue vista como la plataforma para una agresiva estrategia neoliberal para la integración al país de la deprimida economía del Pacífico.

Menciono también que la reunión de los activistas era anunciada bajo el subtítulo *Conceptos de los Pueblos Indígenas y Negros del Pacífico Colombiano*. La idea de que las poblaciones indígenas y negras pudieran tener conocimiento, menos aún “conceptos”, era todavía nueva, aunque se estaba volviendo más usual, gracias a la discusión sobre conocimiento local en los debates alrededor de la conservación de la diversidad biológica, particularmente después de la Cumbre de la Tierra (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desarrollo y Medio Ambiente) realizada en Río de Janeiro en 1992. Sobra decir que nada de este conocimiento fue contemplado en la reunión de Buenaventura. Pero el hecho es que los grupos como los activistas indígenas y negros del Pacífico colombiano no sólo producen su propio conocimiento sobre las situaciones que encaran, sino que también este conocimiento construye esquemas sofisticados, que no pueden pasar por alto en cualquier discusión de globalización, ya sea desde las perspectivas económicas, culturales o ecológicas. Más aún, estos esquemas son parte integral y decisiva para la efectividad de las luchas montadas por los grupos subordinados sobre los términos de la globalidad.

LUGARES Y REGIONES EN LA ERA DE LA GLOBALIDAD

El examen de los procesos regionales y de los procesos basados en el lugar ofrece nuevas oportunidades para el entendimiento de diferencias y semejanzas de las políticas que acompañan a la globalidad, desde las perspectivas económicas, ecológicas y culturales en sus diferentes niveles. Con base en algunos argumentos, las diferencias y semejanzas de las políticas actuales todavía están profundamente moldeadas por los mitos de la universalidad y de la superioridad cultural, que desde el surgimiento de la modernidad –la conquista de América por Iberia desde 1492– permitió a Occidente definir la identidad de los otros. Desde entonces, un conjunto de fuerzas culturales modernas de Occiden-

te (incluyendo visiones particulares de la economía) no ha cesado de ejercer su influencia –su continua dominancia– en la mayoría de las regiones del mundo. Estas fuerzas continúan operando a través de las formas de interacción –en continuo cambio– del pensamiento y la cultura europea, consideradas universalmente válidas y que aparentemente mantienen una subordinación perpetua de los saberes y prácticas culturales de la mayoría de los grupos no europeos de todo el mundo. Así la globalidad eurocéntrica tiene una contraparte obligatoria en el acto sistemático de *encubrimiento del otro*; y para usar la expresión del filósofo latinoamericano Enrique Dussel (1992), en una especie de “colonialidad global”. De una manera muy abstracta pero con sentido real, la dinámica de una globalidad imperial y su régimen de colonialidad constituye uno de los rasgos sobresalientes del sistema mundial del colonialismo moderno a comienzos del siglo veintiuno. Hay también una geopolítica del conocimiento. ¿Cuál es el conocimiento válido? ¿Cómo se relaciona con el lugar, con la cultura y con el poder?¹.

Habitualmente descrita como una selva pobre y olvidada, caliente y húmeda, entrecruzada por innumerables ríos y habitada por grupos indígenas y negros –definida como un *litoral recóndito* por Sofonías Yacup, una politóloga de origen local, en la década del treinta– ciertamente el Pacífico colombiano ha sido integrado a la economía mundial desde principios del período de la post conquista a través de la exploración, la esclavitud, la explotación de oro, y el sometimiento o eliminación de los habitantes indígenas. Es así como hubo ciclos de auge y decadencia, que tuvieron lugar en los pasados dos siglos, atados a la extracción de materia prima (oro, platino, madera preciada, madera para construcción, caucho y más recientemente biodiversidad), cada uno dejando una huella indeleble en la figura del lugar, en el ámbito social, económico y ecológico.

Sin embargo, sólo a comienzos de la década del ochenta la región fue sometida a una estrategia global y explícita de incorporación en las esferas nacionales e internacionales en nombre del desarrollo. Como resultado, a principios de la década de noventa se convirtió en el escenario de un intenso debate político-cultural, que trajo consigo expertos en desarrollo, activistas negros e indígenas, defensores de la conservación y la biodiversidad, capitalistas, buscadores de fortuna, oficiales del gobierno (servidores públicos) y académicos, dentro de un tenso espacio de diálogo, negociación y confrontación donde los movimientos locales

1 Aquí también tengo en mente, los trabajos de los autores tales como Dipesh Chakrabarty (2000) y Ranajit Guha (por ejemplo, 1988). Para un tratamiento mas completo de los conceptos de globalidad imperial y colonialidad global, ver Escobar 2004, y el capítulo sobre desarrollo.

y sus aliados hacían un esfuerzo valiente y brillante por proveer una alternativa viable. Otros dos factores fueron cruciales para contextualizar este complejo encuentro: la decisión de abrir la economía nacional a los mercados del mundo después de 1990, bajo los preceptos neo-liberales y la reforma de la Constitución Nacional en 1991 la cual, entre otras cosas, dio origen a una ley que concedió derechos culturales y territoriales a las comunidades negras (Ley 70 de 1993). No obstante, en los últimos años de la década del noventa el régimen de la globalidad imperialista se había reafirmado con fuerza y la región se vio sumergida en un lodazal de violencia, en una expansión capitalista despiadada y en un desplazamiento masivo de poblaciones, afectando así a las comunidades indígenas y negras y al medio ambiente, con una virulencia particular en la reafirmación del conocimiento, del poder y de la naturaleza de la colonialidad.

Al emerger desde esta materialidad histórica se superponen las intersecciones increíblemente complejas entre la naturaleza y la cultura, entre el espacio y el lugar, entre el paisaje y la acción humana, entre la cultura y la identidad, entre el conocimiento y el poder, entre la economía y la política, y las diferencias y semejanzas establecidas por los procesos de la globalidad imperialista y la colonialidad global en un rincón particular del mundo. También se trata de lo que ha sido llamado geografías desiguales de la pobreza y de la subsistencia, relacionadas con la economía política histórica y con los patrones flexionados culturalmente por la intervención del desarrollo (Bebbington, 2004). Represento estas geografías gestionables, mediante un diseño particular, en función de seis conceptos básicos: Lugar, Capital, Naturaleza, Desarrollo, Identidad y Sistemas de redes.

Un conjunto de condiciones históricas y ecológicas convierten al Pacífico en un mundo socio-natural particular: las políticas estatales de desarrollo y pluriculturalidad crearon condiciones para el surgimiento de movimientos sociales de indígenas y negros, y estos esfuerzos de los movimientos han guiado a la región en direcciones peculiares. Los intentos de capitalistas de apropiarse de la selva húmeda tropical para actividades extractivistas; los intentos de desarrolladores para llevar a la región directo hacia el camino del progreso y de la modernidad; los intentos de biólogos y otros por defender esta increíble riqueza de biodiversidad *hot-spot* (lugar de discusión política continua) de las mas predatorias actividades de capitalistas y desarrolladores; y por supuesto, los intentos de académicos, activistas e intelectuales por entender el conjunto de problemas, dado que este complicado proceso los toma por sorpresa y los encuentra ampliamente improvisados en términos de estudios y aproximaciones políticas. Abordando estas preguntas se resalta el tremendo valor del conocimiento activista, tanto para el entendimiento como para la acción. Pero se trata también,

por esta verdadera razón y por encima de todo, sobre la diferencia y sus políticas, y la diferencia que éstas puedan hacer, o no, en lugares tales como el Pacífico colombiano. De la misma manera ¿qué es lo que los teóricos llaman modernidad? ¿Todavía es un proyecto viable en regiones tales como el Pacífico colombiano? O, por el contrario, dado los eventos sucedidos ¿se sugiere que la modernidad tiene que ser dejada atrás de una vez por todas? Finalmente, se trata de la etnografía y de la teoría social y de sus esfuerzos por responder más efectivamente a las dinámicas del mundo de hoy: ¿Estas nuevas aproximaciones de la teoría social, proveen mejores informes de esta observación? a lo mejor porque ¿éstas no sólo se basan en epistemologías inclusivas, sino también en diversas ontologías? Si lo último fuera el caso, estaríamos enfrentándonos a una reorientación significativa de la teoría.

UNA ECOLOGÍA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA

Joan Martínez Alier (2002) define a la ecología política como el estudio de los conflictos de distribución ecológica. Se refiere a conflictos sobre el acceso y el control de los recursos naturales, particularmente como una fuente de subsistencia, incluyendo los costos por la destrucción del medio ambiente. Como veremos en la siguiente sección, “los conflictos de distribución ecológica” existen en el contexto de diferentes economías, culturas y formas de conocimiento, junto, obviamente, a los ecosistemas. En muchas partes, los grupos locales se involucran en luchas en contra de las fuerzas translocales de diversos tipos para defender su lugar. No es fácil conceptualizar esta defensa en todas sus dimensiones, y ésta es una parte importante de la historia. Se sostiene que la gente se moviliza en contra de los aspectos destructivos de la globalización desde la perspectiva de lo que ellos han sido y de lo que son en el presente: sujetos históricos de culturas, economías y ecologías particulares; productores particulares de conocimiento; compromiso de individuos y colectividades con el juego de vivir con los paisajes, con los seres vivos y no vivos, y de manera particular entre sí. Podríamos decir que en las regiones tales como el Pacífico la gente se compromete con la defensa del lugar desde la perspectiva económica, ecológica y la diferencia cultural, que sus paisajes, culturas y economías personifican en relación con los sectores dominantes de la sociedad. Esta constelación de conceptos provee unas bases para un esquema de ecología política enfocado en la diferencia.

LUGAR

¿Por qué empezar con el lugar? Por tres razones principales. La primera y más inmediata, porque las movilizaciones de las pasadas dos décadas en el Pacífico colombiano han sido vistas localmente como luchas sobre

la cultura, el territorio y el lugar. Los movimientos de indígenas y negros ven como el propósito de sus luchas el control de su territorio; por eso, no es descabellado considerar a estos movimientos como expresiones ecológicas y culturales apegadas al lugar. De hecho, los activistas indígenas y negros aparecieron juntos a mediados de la década del noventa, con una conceptualización del Pacífico como un “territorio y región de grupos étnicos”, convirtiéndose en un principio de gravitación de las estrategias políticas como también de las políticas de conservación. En términos generales, las luchas basadas en el lugar relacionaron el cuerpo, el medio ambiente, la cultura y la economía en toda su diversidad (Harcourt y Escobar, 2005). Segundo, más filosóficamente, porque el lugar continúa siendo una importante fuente de cultura e identidad; a pesar de la dominante transnacionalización de la vida social, hay una personificación y un apoderamiento del lugar que ningún ser humano puede negarse. Esto ya está siendo reconocido por la gente, tales como los grupos de indígenas y negros del Pacífico, quienes mantienen prácticas más apersonadas e incrustadas de la existencia social y ecológica. Tercero, porque, en las pasadas dos décadas, las becas en muchos campos de estudio (geografía, antropología, economía política, comunicaciones, etc.) han tendido a restarle importancia al lugar y, por el contrario, a resaltar el movimiento, el desplazamiento, el viaje, la diáspora, la migración, etc. Existe así, la necesidad de una teoría correctiva que neutralice esta eliminación del lugar, la asimetría que surge por darle mayor importancia a lo “global” y menor al “lugar” ¿Podríamos aprender a no ser tan suspicaces sobre la retórica de la diferencia y del lugar? Hay que proceder a un repaso del carácter histórico profundo de esta región –en todas sus dimensiones geológicas, biológicas, culturales y políticas– y cómo estas dimensiones han sido siempre objeto de negociaciones. Esto contradice el antecedente de la larga duración de la vida biológica, el paisaje y los asentamientos humanos, razón por la cual en día tienen mucho sentido las luchas culturales, económicas y ecológicas.

CAPITAL

En los últimos siglos, el capitalismo ha sido el gran transformador de los lugares en todo el mundo. Hay pocos ejemplos tan vívidos de esto como la transformación del ecosistema de la selva húmeda tropical, que es tan complejo y organizado en sí mismo, en un rígido paisaje monocultural, como continúa pasando en algunas partes del Pacífico, con la expansión de las plantaciones de palma africana para la producción de aceite, o el reemplazo de los manglares arraigados y sin orden, por una sucesión monótona de piscinas rectangulares para el cultivo industrial de camarones. La economía política marxista ha sido el cuerpo principal de la teoría que intentó esclarecer estos procesos.

Es bien sabido que al marxismo no le fue muy bien negociando con la cultura, y no mucho mejor negociando con la naturaleza. La alianza del marxismo con la cultura y con la naturaleza, en las décadas recientes, ha sido muy productiva; aplicando estos nuevos esquemas a las preguntas del lugar nos permitirán ver, bajo una nueva perspectiva, las acciones del capital en el Pacífico colombiano. De todas formas, ésta es la mitad del retrato; la otra mitad tenemos que observarla en la abundancia de las prácticas económicas, que los grupos locales han mantenido en un proceso largo y difícil. ¿Podrían actualmente algunas de estas prácticas ser vistas como no capitalistas? ¿Cómo podría uno decidir? Tal y como veremos, la tendencia general de la economía política ha sido incapaz de ver economías no capitalistas por lo que son. Por otro lado, las prácticas económicas orientadas hacia la autosubsistencia, como cultivos de camarones implantados por cooperativas locales, en una significativa confrontación con los cultivos industriales, pueden ser vistas en términos de economías no capitalistas. ¿Puede ser esta reinterpretación una ingenua presunción en las mentes de los grupos sociales comprometidos? o aún peor: ¿estaría el analista engañándose a sí mismo? ¿Podría haber algo real en estas prácticas, que los esquemas capital-céntricos han hecho previamente invisibles? Finalmente, ¿podrían los teóricos y activistas considerar, de una forma convincente, el proyecto que promueve la economía de la diferencia, particularmente de economías no capitalistas? Una respuesta positiva a esta última pregunta podría llevar las perspectivas académicas y activistas a un plano diferente.

NATURALEZA

Muchos ambientalistas argumentan que existe actualmente una crisis ecológica generalizada. Estamos destruyendo nuestro medio ambiente biofísico, a una velocidad pasmosa y en una magnitud sin precedentes. Pareciera como si la modernidad capitalista hubiera declarado guerra a cada ecosistema del planeta, y pocos lugares ejemplifican la escala de esta destrucción como el Pacífico colombiano desde mediados de la década del noventa. Ecologistas con perspectiva filosófica argumentan que la crisis ecológica es una crisis de los sistemas modernos de pensamiento. No sólo la ciencia y la tecnología moderna contribuyen con una desenfrenada destrucción, sino que tampoco parecieran proveer soluciones viables a los problemas. Por esta razón, las preguntas epistemológicas son fundamentales cuando se están discutiendo temas de naturaleza; así es, en pocas palabras, una colonialidad de la naturaleza en la modernidad que necesita ser revelada. Nuevamente, ésta es sólo la mitad del retrato y como en el caso de la economía, necesitamos buscar a la otra mitad en las prácticas ecoló-

gicas de la diferencia, basadas en el lugar, que existen en el Pacífico colombiano. Históricamente, en los asentamientos de las riberas, los grupos de negros han representado una gramática del medio ambiente –un modelo local de naturaleza– que exhibe una diferencia sobresaliente en relación con las visiones modernas de la naturaleza. Esta gramática, integrada en rituales, lenguajes y formas de clasificación de los seres naturales, que los modernos podrían ver como extrañas, constituye las bases de la ecología cultural con la que ellos utilizan y cultivan la selva (los bosques). Estos “sistemas de producción tradicional” –como han sido llamados por los activistas y expertos de la biodiversidad a mediados de la década del noventa– han tenido una noción intrínseca de la sostenibilidad, la misma que en las últimas décadas se ha vuelto impracticable debido a una variedad de presiones. Aquí descansa uno de los predicados más difíciles para los defensores y activistas de la conservación: presionados para racionalizar las prácticas ecológicas y del medio ambiente para asegurar la “conservación”, son conscientes de que, al hacerlo, también se están alejando de las prácticas y nociones, basadas en el lugar, existentes desde hace mucho tiempo, las cuales aseguraron un nivel razonable de sostenibilidad hasta las últimas décadas. Todavía, aunque un poco tarde, es posible hacer una argumentación a favor de la “diferencia ecológica”: ¿están los activistas y conservacionistas condenados para siempre a disponer a la naturaleza para el contexto del planeamiento moderno para asegurar la conservación? Y, si así sucede, ¿cómo puede hacerse esto sin reforzar la colonialidad (en este caso, la subalternización o eliminación conjunta de la gramática local y del conocimiento del medio ambiente) tanto en el nivel ecológico como en el cultural?.

DESARROLLO

Junto con el capitalismo, el desarrollo ha sido la fuerza transformadora más importante en el Pacífico. A comienzos de la década del ochenta, el primer plan para el “desarrollo incluyente e integral” del Pacífico colombiano consideró a la región como una “entidad donde se podía dar el desarrollo.” Un tiempo atrás, en la década del setenta, no se daba un peso para el desarrollo de esta región insalubre y atrasada. A comienzos de la década del noventa, hablar sobre desarrollo del Pacífico se convirtió en algo socialmente esperado y, por supuesto, entidades como el Banco Mundial rápidamente saltaron dentro del escenario. Sin embargo, no todo salió de acuerdo con el libreto desarrollista. Mientras muchos de los desarrollos convencionales ciertamente tomaron lugar, en la mayoría de los casos tuvieron consecuencias negativas para la gente local y los ecosistemas; por otro lado, muchos proyectos, especialmente aquellos bajo los esquemas de “desarrollo

participativo”, permitieron hasta cierto punto la apropiación creativa, incluso subversión en términos de metas previstas, por grupos locales. Este fue el caso de un número de proyectos que llegaron a relacionarse con los movimientos sociales en el ámbito de los derechos del territorio y la cultura, que pasaron rápidamente por el Pacífico sur desde comienzos de la década del noventa, como el establecimiento de las cooperativas para la comercialización del cacao y del coco, las asociaciones de mujeres para la comercialización de mariscos, los proyectos de alfabetización junto con la innovación artística popular, que trajeron materiales de impresión y radio de baja tecnología para los grupos locales, a través de los cuáles fueron relacionados creativamente con conocimientos básicos de historia e identidad, y el proyecto de conservación de la biodiversidad para la región, que fue profundamente transformado por los activistas indígenas y negros. Con base en los debates del post desarrollo y la colonialidad, se sugiere que estos actos de los grupos locales pueden razonablemente ser vistos como formas alternativas modernas de producción –aún como diferentes configuraciones modernas culturales, económicas y ecológicas, como también alternativas para la modernidad– que podrían denominarse configuraciones decoloniales de la naturaleza, la cultura y la economía.

IDENTIDAD

La reforma constitucional de 1991 creó condiciones para un intenso periodo de activismo político y cultural por parte de los grupos locales de indígenas y negros. Uno de los aspectos más definitivos del período, fue el indiscutible surgimiento de la categoría de *comunidades negras* como un hecho central de la política y la cultura, de modo tal que colectividades como la red de organizaciones etno-territoriales conocida como *Proceso de Comunidades Negras (PCN)* adoptaron ellas mismas esta categoría, el Estado decretó los planes de desarrollo “para las comunidades negras”, y así en adelante. La categoría tomó fuerza local por lo menos al nivel de los movimientos, las organizaciones no gubernamentales, la Iglesia, y también el aparato del desarrollo. La mayoría de los analistas coinciden con la observación de que ciertamente hubo una verdadera “relocalización de las negritudes en estructuras de alteridad”, como Peter Wade (1997: 36) descriptivamente lo explica. ¿Fueron estas identidades el producto del Estado neoliberal? (por ejemplo la Ley 70 de derechos territoriales y culturales), ¿fueron más bien el resultado de la acción social de los activistas de los movimientos? ¿o tal vez algún espacio intermedio entre el Estado neoliberal y la acción social? Una adecuada respuesta a estas preguntas sólo puede ser intentada por un cuidadoso ir y venir entre la teoría y la etnografía. La teoría contemporánea (el posestructuralismo, la teoría feminista y

los esquemas psicológicos y culturales en diferentes campos) ha dado una gran notoriedad a las preguntas de la identidad como una expresión de la política de la diferencia; los activistas inequívocamente describieron sus acciones en términos del derecho a la diferencia cultural y a una identidad indígena y negra. En términos generales, ¿cuáles son las relaciones entre el individuo y la colectividad, entre la cultura y la política, entre el Estado y la acción del movimiento social, entre el conocimiento del activista y del experto que cuentan para la construcción de identidades particulares en el lugar, aún en situaciones translocales? Más aun, si no hubieran existido antes de 1990 las “identidades étnicas” o “comunidades negras” en la gente local del Pacífico ¿habrían, realmente, tenido algún problema en saber quiénes eran y cómo hablar sobre ellos mismos y los otros que, como el caso de los blancos, sólo lo hicieron conforme con un régimen muy diferente de pertenencia de la representación de la diferencia y la uniformidad? ¿Qué sucedió con estas identidades “tradicionales”, una vez que el régimen modernista, después de 1990, irrumpió dentro del escenario? Tal y como veremos, no hay respuestas sencillas a estas preguntas, y otra vez, pondremos de relieve el conocimiento sobre identidades producido por los movimientos sociales.

SISTEMA DE REDES

La biodiversidad, los movimientos sociales, el capital, el conocimiento, etc., son un conjunto de procesos descentralizados, dispersos y transnacionalizados que operan en muchos niveles y mediante múltiples localizaciones. Una imagen corriente no captura en el presente este estado de las cosas más que en el sistema de redes. El surgimiento del concepto de sistema de redes tiene que ver con los procesos culturales y tecnológicos, alimentado por las tecnologías de información y la comunicación digital –TIC. De seguro, hay mucha exageración en lo que se dice sobre sistemas de redes desde muchos sectores (desde la física y las matemáticas, hasta la ciencia de los sistemas, la sociología, la antropología, la geografía y los estudios culturales), pero también hay muchas ideas interesantes procedentes de los acercamientos de sistemas de redes. Para dar algunos pocos ejemplos: el concepto de biodiversidad, escasamente conocido a finales de la década del ochenta, a comienzos de la década del noventa se convirtió en un sistema de redes transnacional trayendo consigo todo tipo de organizaciones, actores, conocimientos, especies en peligro de extinción, genes y así sucesivamente. Un movimiento organizacional como el PCN, que empezó como una fuerza regional, fue embarcando entre 1995 y 1996 en una estrategia de transnacionalización. A finales de la década del noventa ya existían sistemas de redes de movimientos afro-latinoame-

ricanos y de mujeres activistas afro-latinoamericanas donde escasamente habían existido contactos esporádicos unos cuantos años antes. Pero existen sistemas de redes de toda clase y toda clase de sistemas de redes. ¿Es posible, por ejemplo, diferenciar entre sistemas de redes dominantes y de la oposición (política)? ¿O están todos éstos tan inseparablemente atados que una separación analítica entre ellos podría ser inservible? ¿O será posible diferenciar entre los sistemas de redes locales/regionales y los sistemas de redes transnacionales? ¿Será posible diferenciar los sistemas de redes centralizados y jerarquizados que han caracterizado a las organizaciones más modernas de los sistemas que se organizan a sí mismos de una forma descentralizada y no jerárquica “en forma de malla”, que caracterizan a la mayoría de los movimientos contemporáneos? ¿Y cómo podría uno reconciliarse, estando en el lugar y estando en el sistema de redes? Finalmente, ¿cuáles son las implicaciones del pensamiento del sistema de redes para la teoría social, incluyendo los conceptos de escala, espacio, ecosistemas, y la realidad de uno mismo? Si es correcto lo que algunos teóricos están argumentando, el concepto de sistema de redes, ¿sería el reflejo de una reinterpretación más sustancial de cómo la realidad social viene dentro del ser, siendo así que las nociones de *actor network*, *assemblages* (recopilación), *flat ontology* (ontología plana), *flat sociality* (socialidad plana), intuitivamente apuntan en esta dirección, de tal modo que nos empujan a pensar de forma relacional y contingente, en vez de pensar en términos reales de la forma estructural y del manejo de la ley? Finalmente, ¿obligan estos sistemas de redes a una reinterpretación significativa de las entidades, como el PCN o los movimientos de la biodiversidad, como cierto tipo de agregados?.

PENSANDO DESDE LA DIFERENCIA COLONIAL

De acuerdo con Walter Dignolo, la colonialidad es, por un lado, “aquello que necesita ser descartado y cambiado en el proyecto de modernidad, con el propósito de implantarse a sí mismo como modernidad y –por el otro lado– el sitio de la enunciación donde la ceguera del proyecto moderno es revelado, y simultáneamente, el sitio donde los nuevos proyectos empiezan a revelarse. Colonialidad es [...] la plataforma de pluriversatilidad, de diversos proyectos, que vienen desde la experiencia de historias locales, influenciadas por la expansión occidental; así, la colonialidad no es un abstracto universal, sino el lugar donde la diversidad puede ser pensada como un proyecto universal, donde se vuelven cruciales las preguntas de lenguajes y conocimientos” (citado en Escobar 2004a: 218; ver también Dignolo 2000; Walsh, en prensa). Así, la noción de colonialidad señala dos procesos paralelos: la supresión sistemática de los conocimientos y las culturas subor-

dinadas (el encubrimiento del otro) por la modernidad dominante, y, en el encuentro verdadero, el surgimiento necesario de conocimientos particulares moldeados por esta experiencia, que tiene, por lo menos, el potencial de convertir los lugares de articulación en proyectos alternativos y de permitir una pluralidad de las configuraciones socio-naturales. La perspectiva de la modernidad/colonialidad/decolonialidad (MCD) está interesada en alternativas provenientes de los bordes epistémicos del sistema mundial de la colonia moderna, que podría plantear un reto a las formas de modernidad eurocéntrica. Sucintamente, no está sólo interesada en los “mundos alternativos y conocimientos” sino también en “otras formas de mundos y conocimientos”.

Para dar una entrada más intuitiva a esta noción: el hecho de que el Pacífico de Colombia siempre ha estado conectado con una modernidad euro-andina nacional dominante, ha implicado la persistente supresión (casi siempre exclusión violenta) de las culturas y conocimientos de los indígenas y negros. No obstante, esta situación peculiar ha sido acompañada por una producción continua, por parte de estos grupos, de diferentes conocimientos sobre la naturaleza, la economía, la persona, y el mundo en general. Estos conocimientos son generados en los procesos incesantes de estar viviendo en los límites epistémicos del sistema mundial del colonialismo moderno, como también muchas instancias del pensamiento límite de los habitantes indígenas y negros. Hablando literalmente, los grupos indígenas y negros del Pacífico de Colombia –como seguramente muchos otros grupos en el mundo– han vivido siempre en un conocimiento y una cultura pluriversa; pero lo han hecho, como grupos *dominados*, lo cual hace toda la diferencia. Los activistas de los movimientos locales emergen desde este límite y producen conocimiento, que transborda de atrás hacia adelante, a lo largo de la interconexión entre la modernidad/colonialidad, la universalidad/pluriversalidad. Aún más, este límite constituye un cierto tipo de exterioridad (no fuera de la ontología) hacia la modernidad. Podríamos decir, que estos activistas conducen su lucha desde la diferencia colonial, en este caso, una diferencia colonial que tiene que ver con negritudes o indigeneidad, y con estar viviendo en unos paisajes y ecosistemas particulares².

2 Podría decirse que los antropólogos y ecologistas han convivido siempre con la comprensión sobre la diferencia colonial. Sin embargo, tomado como un todo, la antropología y la ecología – por lo menos en sus formas principales –ha tendido a domesticar la diferencia en lugar de liberar su potencial político y epistémico para el diseño de alternativas socio-naturales (Restrepo y Escobar, 2005). Por ahora hay pocas etnografías de la colonialidad, recientemente tres disertaciones completas de doctorado en antropología han tenido un enfoque parcial sobre la colonialidad; Carmen Medeiros (CUNY, 2005) provee una excelente interpretación de las respuestas

Hay un cierto número de nociones que permiten la construcción de un esquema para pensar teórica y etnográficamente sobre/desde la diferencia colonial. El esquema, abajo presentado, incorpora elementos desde una variedad de propuestas, principalmente de la ecología política, de la modernidad/colonialidad/decolonialidad, de las políticas del lugar, y de las diversas economías. Por ahora, únicamente serán necesarias las nociones elementales del esquema.

He encontrado útil pensar la diferencia colonial bajo tres temas interrelacionados: el económico, el ecológico y la diferencia cultural (Escobar, 2006 [1999]). Esto es así, por varias razones: la primera es que el discurso y la estrategia de los movimientos sugieren que ellos ya no quieren subordinar la cultura a la economía o viceversa y, para muchos de ellos, lo ecológico es de suma importancia. La segunda es que la transformación de las regiones, como el caso del Pacífico colombiano, en la globalidad imperial, es de hecho una triple conquista: implica el cambio de economías locales diversas, parcialmente orientadas a la reproducción de sí mismas y a la subsistencia, a una economía monetizada y manejada por el mercado, la variación de ecosistemas particulares en formas modernas de la naturaleza, y la mutación de las culturas locales, basadas en el lugar, a culturas que cada vez más se asemejan a la modernidad euro-andina. Al mismo tiempo, estas reformas están lejos de ser completadas –de hecho, nunca se detienen. Usualmente los académicos han pensado estos procesos en términos de resistencia, hibridación, acomodación, etc. Éstas han sido nociones útiles. Ahora, por el contrario, ellos han tendido a eliminar de raíz el potencial de la diferencia de los mundos y los conocimientos. Veamos ahora si es posible llegar a una formulación alternativa.

Ya habíamos mencionado la definición de ecología política como el estudio de los conflictos de distribución ecológica, entendiendo estos conflictos en el acceso y en el control sobre los recursos naturales. Al proveer esta definición, Martínez Alier (2002) estaba haciendo una extensión a la definición de economía política, como el estudio de los conflictos de distribución económica –esta categoría de distribución de salud, ingresos, activos, y así sucesivamente– para el campo de la ecología. Esta doble vertiente de la perspectiva de ecología política continúa perdiéndose una dimensión importante del conflicto, llama-

de los campesinos al desarrollo en los Andes bolivianos desde la perspectiva de colonialidad; Mónica Espinosa (2004) considera el líder indígena colombiano Manuel Quintín Lame como un pensador de frontera; y José Martínez (2004) analiza el conocimiento ecológico indígena en Yucatán apelando a la noción de “Colonialidad de la naturaleza”. El trabajo de Freya Schiwy (2002,2003, 2005a, 2005b) con indígenas que producen videos en Bolivia, tiene también sus bases etnográficas.

da la cultura. En otras palabras, es necesario considerar estos conflictos que surgen desde el poder relativo, o de la impotencia, de acuerdo con varios conocimientos y prácticas culturales. Para continuar con el ejemplo mencionado arriba: los conflictos de distribución cultural han sido creados, cuando se privilegia culturalmente el modelo capitalista de la naturaleza (por ejemplo, la plantación) sobre el modelo de ecosistema agroforestal diverso y local, enfocado no sólo hacia un único “producto” y hacia la acumulación de capital. Estos conflictos tienen consecuencias económicas y ecológicas, y viceversa, siendo así que los conflictos de distribución cultural, ecológica y económica están íntimamente entrelazados.

Hay un valor agregado al incluir lo cultural, la neutralización de la tendencia que se atribuye a la importancia predeterminada de la economía o de la ecología, dependiendo del gusto del investigador. En otras palabras, las crisis económicas son crisis ecológicas y crisis culturales. Es importante no separar estas tres áreas, y dejar que se compenetren entre ellas. Cuando se consideran conjuntamente las áreas de la subjetividad y la cultura, la economía y la ecología proveen las bases para el entendimiento teórico sobre cómo reorientar las sociedades, lejos de la angustiada ordenación del presente, a través de las prácticas y singularidades culturales y ecológicas, que pueden constituir alternativas tangibles para las realizaciones y significados capitalistas, fomentando la construcción de nuevos territorios existenciales³.

Unas palabras adicionales sobre la dimensión cultural. Los conflictos de distribución cultural surgen de la diferencia entre el poder efectivo asociado con las prácticas y los significados particulares de la cultura. Éstos no surgen por sí sólo de las diferencias culturales, sino de la diferencia que las mismas provocan en la definición de la vida social, cuyas normas y prácticas dan sentido a las cosas, definen los términos y valores que regulan lo cotidiano y lo trascendental, concerniente a la economía, la ecología, la condición de ser persona, el cuerpo, el conocimiento, la propiedad, y así sucesivamente. El poder habita en el significado, y los significados son un recurso fundamental del poder social; las luchas por el significado son así centrales para la estructuración de lo social y del mundo físico por sí mismo. Este concepto cambia el estudio de la diferencia cultural desde lo que concierne al modernismo con el multiculturalismo, hasta los efectos distributivos de la dominación cultural (colonialidad) y las luchas relacionadas. Si uno fuera muy propenso, uno podría hablar de la justicia económica, ecológica y cultural. Si tradicionalmente los movimientos sociales han tendido a enfatizar en la

3 Esto es lo que Guattari denomina una “ecología generalizada” o *ecosofía* (1990).

primera dimensión, en décadas recientes ellos también se han dirigido hacia la segunda (como en la justicia del medio ambiente y la identidad centrada de los movimientos), poniendo de manifiesto muy a menudo las interrelaciones de la economía, la ecología y la cultura. Pero más que la justicia cultural en el presente, los movimientos enfatizan la interculturalidad. Defino interculturalidad como un proyecto que da lugar a un diálogo efectivo de culturas en contextos de poder. (Escobar, 2006 [1999]). De parte de los movimientos, estos diálogos son usualmente promulgados desde la diferencia colonial. Esto es claramente lo que sucede con grupos como el PCN.

Parecido a la concepción de “las mujeres y políticas del lugar” (Harcourt y Escobar, 2005), el argumento anterior agrupa en un esquema a los discursos y las luchas alrededor de la cultura, el enfoque en lo étnico, en el género y en otros movimientos para la identidad, en cuanto al medio ambiente, el interés de los movimientos ecológicos, y en el caso de las diversas economías, la preocupación de los movimientos de justicia social y económica⁴. Este esquema conceptual ayuda a analizar las interrelaciones creadas junto con las luchas subalternas, alrededor de la identidad (gente negra en el caso del Pacífico), del medio ambiente y de las economías en todas sus diversidades. Así, ayudamos a clarificar la teoría que ignora las experiencias subalternas y el conocimiento de la economía local, el medio ambiente y la cultura, con el fin de reorganizar sus políticas del lugar, como la llave para nuestro entendimiento de la globalización. La mayoría de las luchas subalternas pueden ser vistas hoy, basados en el lugar, todavía en términos de estrategias de localización transnacionalizadas o, más sucintamente, como formas de globalización basadas en el lugar (Osterweil, 2005a). A un nivel teórico-político, el enfoque en la diferencia puede ser también interpretado en términos de la lógica de la articulación, descrita por Laclau y Mouffe (1985): dando lugar a los antagonismos que necesariamente penetran la vida social, la lógica de la diferencia es un medio para ensanchar el espacio político e incrementar su complejidad. La articulación de las luchas, a través de las diferencias, podría inducir a la intensificación de la democracia –si se cuestionan los propios principios de la democracia liberal, concebidos desde la perspectiva de la diferencia colonial. La tabla siguiente resume el esquema (Ver: Escobar, 2006 [1999] para mayores detalles).

4 El esquema “Las mujeres y las políticas del lugar” también incluye el cuerpo (y, por lo tanto, diversas personificaciones) como un elemento central. No desarrollaré esta dimensión en este trabajo. Para el esquema completo, ver: Harcourt y Escobar (2005).

Tabla 1
Una Ecología Política de la Diferencia: Conflictos de
Distribución Económica, Ecológica y Cultural

Contexto / Proceso histórico	Concepto/ Problema	Teoría /Respuesta académica	Intelectual / Proyecto político	Social / Respuestas políticas
Capitalismo global	Distribución económica (Negación de la diferencia económica)	Interiorización de externalidades. Economía del medio ambiente.	Desarrollo “sostenible” capitalista	Gobernabilidad del medio ambiente
Ciencia y tecnología reduccionista	Distribución ecológica (Negación de los procesos ecológicos)	Relevancia de la imposibilidad de medición de la economía y ecología (moderna). Ecología política, económica y ecológica.	Necesidad de reinsertar la economía en la sociedad y los ecosistemas.	Luchas sobre el medio ambiente como fuente de sustento. Preocupación por el medio ambiente de los pobres.
Modernidad / Colonialidad (Sistema del mundo moderno colonial)	Distribución cultural (Negación de la diferencia cultural)	Relevancia de la imposibilidad de medición de la economía (moderna) y la pluriculturalidad; Ecología Política; Política de los esquemas del lugar; políticas articuladoras; des-colonialidad.	Necesidad de reinsertar la economía en la sociedad, en los ecosistemas y en la cultura.	Luchas basadas en el lugar por la diferencia económica, ecológica y cultural. Movimientos sociales de sistemas de redes. Autonomía, contra-hegemonía. Proyectos des-coloniales.

Unas palabras finales sobre porqué tanto énfasis en la diferencia y el conflicto. Primero, como dice el teólogo de la liberación brasileño Leonardo Boff, la valoración de la diferencia implica la aceptación de complementariedades y convergencias construidas a partir de la diversidad de la cosmovisión y las prácticas (2002: 26; ver también Maturana y Varela, 1987). Segundo, mientras se le da importancia al poder, el “conflicto” no debe ser visto como reduciéndolo todo al poder, o reduciéndolo todo al análisis cuantitativo de las desigualdades. El énfasis en el conflicto y la diferencia no es sobre la exclusión o la segregación, como algunos podrían temer. Para continuar con Boff, si nos referimos a la justicia cuando se habla del conflicto y de la interculturalidad, también hay que referirnos al perdón; por ejemplo, si esto comanda las reparaciones (compensaciones), las mismas

se hacen en el sentido del reconocimiento de la injusticia histórica en vez de la venganza. En el mejor de los casos, el lenguaje de los conflictos de distribución implica serias confrontaciones individuales y colectivas con la diferencia, pero sin tener miedo; esto implica la construcción de puentes y tecnologías que atraviesan la diferencia (Anzaldúa y Keatin, 2002). Como lo plantean los biólogos Maturana y Varela: “un conflicto puede resolverse, si sólo nos movemos hacia otro dominio donde toma lugar la coexistencia. El conocimiento de este saber constituye el imperativo social para una ética centrada en el ser humano [...] Como seres humanos, tenemos sólo el mundo, el cual creamos con los otros –‘ya sea que nos guste o no’. De hecho, ésta es la lección de biología mas profunda de estos dos pensadores: ‘sin amor, sin la aceptación de los otros que viven al lado de nosotros, no hay un proceso social, y por lo tanto, no hay humanidad’” (1987: 246).

Este énfasis del marco de trabajo también indica el ampliamente difundido deseo por la paz, que existe en muchos lugares, como en el caso de Colombia. A un orden de la globalidad imperial impuesto a través de la violencia, la ecología de la diferencia responde con un debate en distribución, entendido como la investigación para un sentido compartido de la paz y la justicia. Como un valor, la paz con justicia no pertenece completamente al dominio de la racionalidad, pero sí al de la ética; esto requiere una actitud de transformación, bondad y preocupación ante la diferencia y la injusticia. Paz y justicia deben ser vistas siempre como un proceso, algo que puede sólo acercarse de forma asintótica pero nunca realmente ser alcanzado. Con la declaración de guerra a la naturaleza y a la humanidad por la globalización neoliberal, sólo puede haber una declaración de paz, en la cual la paz es tanto el método como el fin último. A la vista de un sentido planetario de ética y espiritualidad como el encontrado en lo mejor de la ecología y el pensamiento religioso pluralista y en la mejor tradición humanista de la modernidad secular, en la que uno podría encontrar elementos de una estrategia viable para sacar a la paz del reconocimiento del conflicto. Paz –entendida como un conjunto de procesos económicos, culturales, y ecológicos que traen consigo una medida de justicia y balance del orden social y natural– es el significado más profundo de la ecología de la diferencia que de algún modo ayuda a los mundos y los conocimientos⁵.

5 Los escritos de Leonardo Boff son extensos. Un buen lugar para empezar son sus libros recientes relacionados con la crítica del capitalismo con ecología y una noción ecuménica de la espiritualidad (2000, 2002, 2004). En el libro de 2002, Boff desarrolla una teoría del cuidado como una estructura básica ontológica y como las bases para un nuevo paradigma reconectando con las diferencias entre seres humanos y con la naturaleza y el mundo espiritual. Es digno de notar que escritores que pien-

Como lo planteó un activista del PCN, “las diferencias son para enriquecer la acción y el pensamiento”. Para estos activistas, la diferencia es la verdadera fuente de un pensamiento propio, de la diferenciación del pensamiento. Uno de los descubrimientos más comunes entre los intelectuales de los movimientos es la noción de diferencia como el núcleo de la existencia, lo que persiste es la diferencia por sí misma, no cualquier esencia inmodificable. La diferencia es lo que define al ser y lo construye, ya que la diferencia está siempre en el proceso de ser transformada. El opresor, el colonizador, el dominante intenta ocupar el tiempo y la energía del subalterno para prevenir que la diferencia se convierta en una fuerza social activa. Hoy, en lugares como el Pacífico colombiano, esta ocupación del tiempo y del espacio de la diferencia, es el resultado presente de actos brutales de represión y modelos imperiales de guerra, economía y desarrollo. Confrontado con esta situación y con la ideología de un pensamiento único que se extiende a la mayoría del mundo, los activistas intentan crear un camino para la diferencia para tener un respiro⁶.

El esquema de la ecología política de la diferencia (el esquema integrado de diversas economías, ambientes y culturas) es ofrecido aquí, como una contribución a la “descripción global de una política práctica” que funcione para la lectura de eventos mundiales sobre la diferencia, en vez de sólo para la dominación y para las conexiones que se tejen entre idiomas y prácticas de la diferencia económica, ecológica y cultural (Gibson-Graham, 2006: 30). Podría enfatizarse que este esquema no es ofrecido aquí como una aproximación universal; por el contrario, ésta es una teoría de la diferencia que es históricamente específica y contingente; es una respuesta al momento presente que construye los desarrollos políticos e intelectuales en muchos lugares, particularmente en algunas partes de Latinoamérica. Es también, en parte, una respuesta a argumentos teológicos eurocéntricos sobre la supuesta universalización de la modernidad y la globalización. Por encima de todo, es un intento para pensar con los activistas intelectuales, quienes ayudan a ir más allá de los límites de los modelos eurocéntricos, confrontando los

san profundamente sobre diferencia algunas veces concluyen por describir una ética del amor. Ver, además Boff, Maturana y Varela (por ejemplo, 1987); Panikar (1993); Anzaldúa y Keatin (2002). Esta conclusión es más común entre los interesados en el diálogo inter-religioso, pero no solo en estos casos. Los ecologistas enfatizan el principio de la armonía.

6 La primera cita en español es por Carlos Rosero del PCN. Las intervenciones sobre diferencia de tipo mencionadas aquí, son a menudo encontradas en los escritos de intelectuales indígenas y negros, desde Fanon y Césaire. Para las intervenciones recientes desde la perspectiva del pensamiento intelectual radical negro, ver, por ejemplo, Casimir (2004); Bogues (2003).

estragos de la globalización neoliberal y persiguen defender sus culturas y ecologías basadas en el lugar; es, finalmente, sobre proyectos de la decolonialidad en el presente y para el presente.

COLOMBIA COMO UN TEATRO PARA LA GLOBALIDAD IMPERIAL

Podría parecer paradójico hablar sobre la paz cuando el mundo está cada vez más horrible y en caos. Es poco conocido el hecho de que hay tres millones de personas desplazadas internamente en Colombia, de las cuales un número desproporcionado son indígenas y negros. Se podría pensar que tanta violencia, usualmente alimentada por el odio y el racismo, necesita ser confrontada en sus propios términos. De hecho, y para sólo dar un bosquejo básico sobre Colombia –una de las cinco o seis regiones en el mundo donde es más intensa la lucha por la imposición de los términos de la globalidad imperial– digamos que en este país “las pequeñas guerras crueles” (Joxe, 2002) de la globalidad imperial han sido disputadas por varias décadas, y a cada año se esparce mas lejos su fatídica aceptación sobre territorios y dominios de la vida social. Colombia representa patrones de exclusión histórica, encontrados en muchas partes de Latinoamérica, pero rara vez con esa profundidad. Mientras la desigualdad se ha empeorado en los últimos veinte años por los sucesivos regímenes neoliberales, ha tenido una larga base histórica en la estructura de la tenencia de la tierra y el capital industrial. Hoy en día el 1,1% de los dueños de la tierra controlan más del 55% de toda la tierra cultivable (y algo así como un tercio de ésta podría estar relacionada con el dinero de la droga). Además, más del 60% de la población colombiana vive con un ingreso por debajo de la línea de pobreza (US \$ 2 al día). El conflicto armado que afecta al país es bien conocido y reúne un conjunto de distintos actores –principalmente guerrillas del ala izquierda, el ejército y grupos paramilitares del ala derecha– dentro de un complejo conflicto militar, territorial y político, a menudo entrelazado y agravado por adineradas mafias de droga⁷. Desde la perspectiva de la globalidad imperial, todos estos grupos armados pueden ser vistos como máquinas de guerra más interesadas en su propia supervivencia que en soluciones pacíficas del conflicto. Masacres y abusos a los derechos humanos están al orden del día, principalmente por paramilitares, pero también por guerrilleros, y en la mayoría de los casos la población civil está involucrada en el conflicto como participantes renuentes o víctimas sacrificadas.

7 Para tratamientos recientes sobre la situación actual en Colombia, ver Garay, ed. (2002); Ahumada, *et al.* (2000); Uribe (2004); Robledo (2000); Leal (1999); y la edición especial de *Revista Foro* sobre “Nuevos Derechos de Colombia,” N° 46, enero de 2003.

Las dinámicas subnacionales de la globalidad imperial están patéticamente ilustradas por la experiencia de la región del Pacífico. Esta área, de selva húmeda tropical, ha sido la casa de más o menos un millón de personas, 95% de ellos afro-colombianos, con más o menos 50 mil personas indígenas pertenecientes a varios grupos étnicos. Desde finales de la década del noventa, las guerrillas y los paramilitares han estado continuamente moviéndose dentro de la región, con el propósito de conseguir el control de los territorios, que son tanto ricos en recursos naturales como el sitio ideal para los proyectos de desarrollo de gran escala. En muchas comunidades de las riberas, tanto guerrillas como paramilitares han presionado a la gente para plantar coca o marcharse. El desplazamiento ha alcanzado unos niveles dramáticos, con cientos de miles de personas desplazadas de esta región. Empezando a finales de la década del noventa, en algunas áreas, el desplazamiento ha sido causado por paramilitares que reciben dinero de cultivadores ricos de palma africana, con el propósito de expandir sus posesiones e incrementar su producción de aceite para los mercados del mundo. Principalmente, esto se ha hecho en el nombre del desarrollo, con recursos proporcionados por el Plan Colombia⁸. En muchas regiones del mundo similares al Pacífico colombiano, las minorías étnicas habitan territorios ricos en recursos naturales, que son ahora codiciados por capitales nacionales y transnacionales. De todas formas, más allá de esta observación empírica, descansa el hecho de que la globalidad imperial trata también sobre la defensa del privilegio blanco en todo el mundo. Aquí, por privilegio blanco quiero decir no tanto el blanco fenotípicamente, sino la defensa de un modo de vida eurocéntrico que ha privilegiado históricamente a la gente blanca (y, particularmente desde 1950, a aquellas élites y personas de clase media, alrededor del mundo, quienes cumplen con este planteamiento) a expensas de los no europeos y la gente de color de todo el mundo. Esta es la colonialidad global en su máxima expresión.

8 El Plan Colombia es una estrategia multimillonaria basada en Estados Unidos que tiene la intención de controlar tanto la producción de droga, como el tráfico y la actividad de la guerrilla. Encabezada por los gobiernos de Colombia y Estados Unidos, actualmente el Plan Colombia constituye una estrategia de militarización y control de la región andina como un todo (incluyendo la región del Amazonas relacionada con los países andinos). Su primer plan de financiación de 1,3 billones de dólares (2000-2002) fue gastado en gran medida en ayuda militar. Entre los aspectos más criticados del Plan Colombia por las organizaciones colombianas e internacionales están el programa de fumigación indiscriminada, la creciente militarización que se ha fomentado, y el recrudecimiento de todo el conflicto armado como consecuencia. El Plan continúa siendo ampliamente financiado por los Estados Unidos, como una pieza central de ambas administraciones de Uribe (2002-2006; 2006-2010).

Así, el caso de Colombia y su región del Pacífico, refleja las tendencias cruciales de la globalidad imperial y de la colonialidad global. La primera tendencia, es la relación entre la economía y la violencia armada, particularmente, el continuo rol prominente de las guerras nacionales y subnacionales sobre el territorio, la gente y los recursos. Estas guerras contribuyen a la expansión del fascismo social, definido como una combinación de la exclusión social y política, por la cual, cada vez más, un amplio segmento de la población vive bajo condiciones materiales terribles, y con frecuencia sometida a la amenaza del desplazamiento e incluso de la muerte (Santos, 2002; Escobar, 2003a). En Colombia, la respuesta del gobierno ha sido intensificar la represión militar, la vigilancia y la para-militarización, con una concepción de “seguridad democrática”, que refleja la estrategia global de Estados Unidos, como se observó en el caso iraquí: la democracia por la fuerza, y sin el derecho a discrepar –es una disuasión en contra de la gente común.

La segunda tendencia, que Colombia también muestra, es que a pesar de lo que podría verse como una condición excelente para una sociedad pacífica y una democracia capitalista, (por ejemplo, una muy rica dotación natural, una gran cantidad de profesionales altamente capacitados de ambos sexos, un grupo determinado de expertos activistas que continúan enamorados de su trabajo a pesar de las adversidades), lo que ha pasado es lo opuesto. Esto ha sido, en gran parte, porque la guerra local es parcialmente un sustituto para los intereses globales (especialmente de Estados Unidos); por otra parte, existe una élite nacional voraz que se niega a considerar las reformas sociales más significativas, y también la lógica de la guerra (incluyendo las mafias de la droga) ha impuesto una dinámica de autoperpetuarse. Finalmente, el argumento más importante es que el caso colombiano hace evidente el agotamiento de los modelos modernos. Sin duda, el desarrollo y la modernidad, fueron procesos que siempre llevaron inherentes la creación del desplazamiento. Pero lo que se ha hecho evidente, con los excesos de la globalidad imperial en lugares como el Pacífico (pero uno podría pensar en los de Sudán, el Medio Oriente, etc.), es la brecha entre las tendencias de desplazamientos producidos por la modernidad y los mecanismos para evitarlos, que no sólo está creciendo, sino que se está volviendo insostenible –esto es, inmanejable con un esquema de modernidad (Escobar 2003a).

Esto nos devuelve a la pregunta con la cual comencé esta sección: ¿tiene sentido hablar sobre paz en este contexto? y si este es el caso, ¿cómo uno puede tener una expectativa razonable, si finalmente esta discusión no será parte de los diseños del poder? La habilidad de la modernidad para proveer soluciones a los problemas modernos es

cada vez más estrecha, haciendo otra vez factible una discusión sobre una transición más allá de la modernidad. Nuestra pregunta intuitiva por ahora es: ¿la globalización es la última etapa de la modernidad capitalista o es el principio de algo nuevo? Dirigiremos esta pregunta desde la perspectiva de la diferencia colonial, y una política de paz y el lugar en la cual se encontrará su razón de ser.

ALGUNOS CONTEXTOS ACADÉMICOS

Quiero hacer aquí algunas observaciones generales sobre la “literatura”. Comenzaré con la ecología política. Surgiendo en la década del setenta, como resultado de unos esquemas de ecología orientada y de política económica, la ecología política ha sido un campo establecido desde la década del ochenta. Hoy día es un campo interdisciplinario basado en la experiencia de muchas disciplinas (geografía, antropología, ecología, economía ecológica, historia del medio ambiente, ecología histórica, estudios de desarrollo, estudios de ciencia y tecnología) y los cuerpos de la teoría (teoría liberal, marxismo, posestructuralismo, teoría feminista, fenomenología, teoría poscolonial, complejidad, y acercamientos de la ciencia natural como ecología del paisaje y biología de la conservación). Lo más importante es el rango de preguntas con las cuales trata: la relación entre el medio ambiente, el desarrollo y los movimientos sociales, entre el capital, la naturaleza y la cultura, entre el género, la raza y la naturaleza, el espacio, el lugar y el paisaje, el conocimiento y la conservación, la valoración económica y las externalidades, la población, la tierra y el uso de los recursos, y así sucesivamente. Esta variedad de preguntas se refiere a problemas de mucha prominencia, los cuales le dan relevancia a su estudio. Incluyen, entre otros, la destrucción de la biodiversidad, la deforestación, la disminución de recursos, la insostenibilidad, el desarrollo, el racismo del medio ambiente, el control de recursos genéticos y los derechos de propiedad intelectual, la biotecnología, y los problemas globales como el cambio climático, la polución transfronteriza, la pérdida de sumideros de carbón, etc⁹.

Esta perspectiva también está situada junto con dos áreas de investigación de la antropología reciente. La primera es la corriente que empezó en la década del ochenta, con el estudio de la modernidad y que continúa todavía, de forma provechosa, con las propuestas metodológicas y teóricas enfocadas explícitamente en las prácticas del co-

9 Para unas afirmaciones bien conocidas sobre ecología política, ver las compilaciones por Biersack y Greenberg, eds. (2006); Haenn y Wilk (2005); Paulson y Gezon (2004). Ver también Brosius (1999); Bryant y Bailey (1997); Rocheleau (1996); Peet y Watts, eds. (1996); Schmink y Wood (1987).

nocimiento de los expertos (occidentales) en la etnografía. Este acercamiento, empezado por académicos tales como Marilyn Strathern (1991, 1992) y Paul Rabinow (2003), está experimentando un desarrollo particularmente sofisticado en el campo de la antropología y los estudios de la ciencia y la tecnología (STS), incluyendo informáticas y ciberespacio (Hess, 2001; Hakken, 2003). El punto principal aquí es cómo hacer etnografía de situaciones que son fundamentalmente moldeadas por la misma formación del conocimiento, del cual el saber etnográfico es también un producto. Esto ha conducido a nuevas ideas sobre la antropología crítica (Marcus, 1999), formas emergentes de vida (Fischer, 2003), antropología de lo contemporáneo (Rabinow, 2003), estudios de sistemas de redes y distribución (Riles, 2000; Fortun, 2003; Osterweil, 2005b), y agendas reconstructivistas en estudios de ciencia (Woodhouse, 2002; esta última propuesta intenta agrupar las esferas de la producción del conocimiento de académicos y no académicos). Este replanteamiento de la crítica de la antropología modernista es importante para este estudio, ya que éste se centra en gran medida en las prácticas del conocimiento activista –de muchas formas, como veremos, en una empresa modernista. La segunda corriente es la “antropología de mundos”, un acercamiento tendiente a pluralizar la investigación antropológica mediante el aprovechamiento de las prácticas antropológicas no-hegemónicas. Como en “los mundos y conocimientos”, de algún modo, el proyecto de la antropología del mundo intenta fomentar “otras antropologías y la antropología”¹⁰.

Con su reflexividad considerable, el estudio antropológico de la modernidad empuja los límites de la investigación hacia una renovada crítica del modernismo; sin embargo, como yo lo veo, ésta no intenta cuestionar el proyecto de la modernidad, en el sentido en que lo hacen Santos, Boff o Mignolo, ni tampoco hace un llamado para un cambio de paradigma más allá de la modernidad. Por eso preferimos un esquema que ha sido diversamente llamado en las humanidades “geopolítica del conocimiento” (Mignolo, 2000) y en la geografía “geopolítica crítica” (Slater, 2004). Mientras estas propuestas están conectadas con la teoría poscolonial y pos-estructuralista, están basadas en más que eso: en

10 No podré proporcionar incluso un somero comentario sobre las corrientes muy interesantes de estudios de ciencia y tecnología. De estas corrientes, encontré particularmente relevante para mi proyecto la propuesta para “programas reconstructivos” en la noción de la etnografía pos-constructivista en STS y Hess (2001). ¿Qué significa desarrollar “competencia cerca al nativo” en el campo del activismo de los movimientos sociales? ¿En cuáles bases puede el etnógrafo declarar “mejor conocimiento” y cómo puede él o ella llevar este conocimiento a situaciones particulares? Sobre antropologías del mundo, ver WAN Collective (2003); Restrepo y Escobar (2005); Ribeiro y Escobar (2006); y el proyecto en: <<http://ram-wan.net>>.

particular, traen a la escena las contribuciones de la corriente principal de la teoría eurocéntrica, con el fin de poner a consideración estas categorías de teoría; así también, estas tendencias colaboran con el intento de re-imaginar las geografías del mundo de poder y el conocimiento en conjunción con los movimientos sociales, tal como los procesos del Foro Mundial Social. Además, cuestionando los discursos occidentales, estas corrientes prestan atención al potencial epistémico de historias locales, incluidas en la diferencia colonial o que surgen de ésta, encontrando aquí, las fuentes más significativas para la acción política y para las construcciones del mundo alternativo. Estas historias locales han permanecido ampliamente invisibles en la teoría eurocéntrica, precisamente porque activamente han sido producidas como no existentes, como alternativas no creíbles hasta que existen –dentro de lo que Santos (2004) llama “sociología de la ausencia”. El punto es moverse hacia una sociología de surgimientos, que permita la ampliación del rango de conocimientos que podrán ser consideradas alternativas convincentes.

Los estudios culturales son otro contexto académico importante. Más que cualquier otro campo, y después de un período de aparente pasividad, los estudios culturales de hoy día mantienen una reflexión interna en su propia contextualidad. Como Grossberg plantea: “los estudios culturales son un proyecto no sólo para construir una historia política del presente, sino para hacer de esto una forma particular en un sentido radical, para evitar en cierto modo la reproducción de los universalismos (y esencialismos), que con demasiada frecuencia caracterizan las prácticas dominantes de la producción del conocimiento [...]. Los estudios culturales intentan abarcar complejidad y contingencia, y evitar las diversas caras y formas del reduccionismo” (2006: 2). Además siendo contextualistas y relacionales, los estudios culturales están centrados en el estudio de la coyuntura, entendida en términos de articulaciones o sinopsis de contradicciones junto con una formación social dada, que necesita ser evaluada a lo largo de múltiples ejes, planos y escalas. Esta concepción se ajusta bien a nuestro foco sobre las regiones y los lugares en la era de la globalidad, esto es, la coyuntura particular llamada el Pacífico colombiano. El objetivo no es sólo constatar dónde y cómo está actualmente el Pacífico, sino también destacar cómo puede moverse de una coyuntura a otra; de nuevo, éstas tareas necesitan ser desarrolladas en conjunto con los movimientos sociales locales¹¹. Por esta razón es necesario construir

11 En nuestro actual proyecto de reestructuración de los Estudios Culturales en Chapel Hill, aspiramos a desarrollar una pedagogía creativa y unas prácticas de investigación que saquen a colación las interrelaciones entre las culturas de la ciencia y la tecnología, las culturas de las economías, y las culturas de las políticas en una

conexiones entre los estudios culturales y la perspectiva de la modernidad/colonialidad/decolonialidad. Por lo tanto, la perspectiva MCD persigue articular los estudios culturales como un proyecto decolonial, enfocándose en el potencial cultural del conocimiento producido por los movimientos sociales y la fuerza epistémica de las historias locales, tales como aquellas de las comunidades negras del Pacífico¹².

En la última parte, me gustaría situar el estudio de los movimientos sociales. Este campo ha sido ampliamente cultivado por los sociólogos y, en menor grado, por los científicos políticos e historiadores. Los antropólogos son los últimos en llegar (aunque no completamente, ver Nonini, Price y Fox-Tree, 2007), pero hay razones para creer que los acercamientos interdisciplinarios desde la antropología tendrán una influencia destacable en el campo como un todo. Entre otras cosas, las teorías contemporáneas de los movimientos sociales son inadecuadas para explicar las formas corrientes de la complejidad de la acción colectiva – desde la ecología en base al lugar, los movimientos étnicos y de mujeres hacia las protestas de la anti-globalización (Levy Solano, 2003; Osterweil, 2005b; Escobar, 2004b). Por otra parte, un número de énfasis están surgiendo desde los acercamientos antropológicos, incluyendo el enfoque en los activistas como productores de conocimiento (de ahí que la etnografía de la producción del conocimiento ejerce en este contexto); la desaparición de las diferencias entre los académicos y los conocimientos y mundos de los activistas, con lo cual, un número creciente de antropólogos presiona tanto por los intereses teóricos, como por la disposición política; y una serie de conceptos y áreas de investigación que surgen rápidamente de las situaciones y reflexiones antropológicas, o de una forma concreta, tales como la etnografía de sistemas de redes, la etno-cartografía, la cartografía de conocimientos, la etnografía de identidades y los mundos figurados de activistas, la política cultural, la antropología activista, partidista o militante, y así sucesivamente. Algunas de estas nociones son derivadas de encuentros con conocimientos disciplinarios en geografía y sociología o con campos interdisciplinarios tales como los estudios culturales¹³.

forma completamente interdisciplinaria.

12 Las implicaciones de la decolonialidad para los estudios culturales han sido desarrollados principalmente por Walsh (en prensa). Ver el especial de *Estudios Culturales* editado por Walter D. Mignolo (2007).

13 Principalmente estoy reportando aquí, sobre el Grupo de Trabajo de los Movimientos Sociales del UNC Chapel Hill, en: <www.unc.edu/smwg/>. El grupo, conformado en su mayoría de antropólogos, también incluye participantes de sociología y geografía. Actualmente están en proceso alrededor de diez disertaciones de PhD en Antropología enfocadas en movimientos sociales. La noción de “etnografía de siste-

La idea de que los movimientos sociales deben ser vistos como productores de conocimiento es una de las principales perspectivas de esta corriente. Esta perspectiva tiene varias dimensiones, comenzando con un énfasis en la articulación entre el conocimiento y la resistencia establecida por los propios movimientos; la identificación del conocimiento como una herramienta para la lucha; el hecho de que los activistas más que antes incluyan en la investigación sus propias experiencias; a menudo haciendo crítica de las teorías académicas, y por supuesto vinculándolas con las situaciones a mano; la relación entre la producción del conocimiento activista y las genealogías del pensamiento crítico; y el reto que todo lo dicho plantea para los entendimientos convencionales y las instituciones de la producción de conocimiento. Esta corriente está induciendo a compromisos enfocados en las prácticas de la producción de conocimiento con movimientos particulares, en la creencia que el conocimiento está incluido en las prácticas contenciosas locales y en las grandes luchas históricas (Holland y Lave, 2001). La finalidad es estudiar el arraigo del conocimiento en las relaciones sociales, es decir, el conocimiento que es producido en el diálogo, la tensión y la interacción con otros grupos, y cómo este conocimiento es promulgado y trabajado en el sistema de redes¹⁴.

Mi propio intento es construir desde la investigación etnográfica, para identificar el conocimiento producido por los activistas, y usar

mas de redes” en relación con los movimientos sociales está siendo desarrollada por estudiantes de doctorado en antropología desde finales de la década del noventa en lugares como la Universidad de Massachussets, Amherst (por ejemplo: King, 2000) y Chapel Hill (Michal Osterweil, Maribel Casas, Dana Powell, Vinci Daro), y en las recientes disertaciones de antropología por Xochitl Leyva Solano (2002) y Thomas Olesen (2002) sobre los sistemas de redes neo Zapatistas, Chaia Sëller (2004) sobre movimientos en contra de los organismos genéticamente modificados, Jeff Juris (2004) sobre los movimientos sociales en Barcelona para la anti-globalización, y Mary King (2006) sobre los movimientos de la anti-globalización y la biodiversidad. Para un acercamiento reciente a la sociología de los movimientos sociales de sistemas de redes, ver Diani y Mc Adam (2003). Un enfoque actual es la experiencia de asociaciones y el conocimiento construido a través de los movimientos, particularmente en el contexto de la justicia global de los movimientos. Todo esto equivale a lo que uno de los participantes ha mencionado como una *vuelta del conocimiento* tanto en los movimientos sociales como en la investigación de los movimientos sociales (Casas Cortés, 2006a, 2006b; Osterweil, 2005b; Yehia, 2006).

14 Unas palabras adicionales sobre la bibliografía: privilegio los trabajos que no circulan ampliamente en la academia metropolitana escritos en inglés; algunos trabajos actuales en boga están ausentes. Segundo, no ha sido posible actualizar completamente la amplia literatura sobre algunos temas, tales como conservación de la biodiversidad. Solo puedo pedir disculpas a los autores, incluyendo algunos amigos, por no incluir algunos trabajos recientes que deberían estar ahí.

este conocimiento y análisis para construir una perspectiva desde la cual pudiera llevar a cabo mis propios análisis sobre aproximadamente los mismos temas –o, como me gusta decirlo, para construir puentes entre las conversaciones político-intelectuales en los movimientos sociales sobre el medioambiente, el desarrollo, etc., y las conversaciones en la academia sobre los mismos temas. Para aludirlo metafóricamente, como el historiador afro-colombiano Oscar Almarío lo presentó en el discurso de apertura para una conferencia sobre *Afro-Compensaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Social Contemporánea* (Cartagena, 19 a 21 de octubre de 2005), que incluyó un acto de inauguración consumado por un percusionista de tambores de la ciudad donde se celebró: “esto también es un esfuerzo de la academia para estar más cerca de los tambores”¹⁵.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahumada, C. et al. 2000 *¿Qué está pasando en Colombia?* (Bogotá: El Áncora).
- Anzaldúa, G. y Keatin, A. (eds.) 2002 *The Bridge We Call Home* (Nueva York: Routledge).
- Bebbington, A. 2004 “NGOs and Uneven Development: Geographies of Development Intervention” en *Progress in Human Geography*, 28, N° 6: 725-745.
- Biersack, A. y Greenberg, J. (eds.) 2006 *Re-Imagining Political Ecology* (Durham: Duke University Press).

15 Entre las actividades orientadas de los activistas en las cuales he sido involucrado están: la preparación y el funcionamiento de talleres (incluyendo un taller de 7 días sobre el diseño ecológico de la base del río, llevado a cabo en la ciudad costera de Buenaventura en agosto de 1998 con la compañía de alrededor de 25 líderes y activistas comunitarios del río, en el cual he diseñado y trabajado con Libia Grueso del PCN y la diseñadora Camila Moreno, de las cuales han salido nociones más refinadas de territorio y región territorial); la solicitud de subvenciones y la recaudación de fondos para proyectos en el Pacífico Sur (en gran parte a través de ONG holandesas y en menor medida por recursos financiados en Colombia y Estados Unidos); la participación en talleres con ONG implementando proyectos en el Pacífico; ayudar a organizar viajes internacionales de activistas del PCN a eventos académicos y de acción; colaborar en la escritura de artículos y trabajos colectivos con activistas y medioambientalistas; participar con activistas en reuniones del gobierno y de orientación política y en reuniones de derechos humanos, solidaridad y campañas de pedido urgente (por ejemplo, para detener la explotación minera de oro, denunciar las atrocidades de los paramilitares, o dar advertencia sobre situaciones de desplazamiento); difusión de la información; y así sucesivamente. Me gustaría pensar que estas actividades pueden ser vistas adecuadamente como una práctica integral profesional de la persona, por lo menos en un mundo de perspectivas antropológicas.

- Boff, L. 2004 *Ecología: Grito da Terra, Grito dos Pobres* (Río de Janeiro: Sextante).
- Boff, L. 2002 *El cuidado esencial* (Madrid: Trotta).
- Boff, L. 2000 *La oración de San Francisco* (Santander: Sal Terrae).
- Bogues, A. 2003 *Black Heretics, Black Prophets* (Nueva York: Routledge).
- Brosius, P. 1999 "Analyses and Interventions: Anthropological Engagements with Environmentalism" en *Current Anthropology*, 40, N° 3: 277-309.
- Bryant, R. et al. 1997 *Third World Political Ecology* (Londres: Routledge).
- Casas, M. I. 2006 "WAN and Activist Research: Towards Building Decolonial and Feminist Projects" en *Journal of the World Anthropologies Network*, 1, N° 2: 75-89.
- Casimir, J. 2004 *Pa Bliye 1804, Souviens-Toi de 1804* (Port-au-Prince: Imprimerie Lakay Delmas).
- Chakrabarty, D. 2000 *Provincializing Europe* (Princeton: Princeton University Press).
- Diani, M. y Mc Adam, D. (eds.) 2003 *Social Movements and Networks* (Oxford: Oxford University Press).
- Dussel, E. 1992 *1492, El encubrimiento del otro* (Bogotá: Antropos).
- Escobar, A. 2005 *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia* (Bogotá: ICANH).
- Escobar, A. 2004 "Beyond the Third World: Imperial Globality, Global Coloniality and Anti-Globalization Social Movements" en *Third World Quarterly*, 25, N° 1: 207-230.
- Escobar, A. 2003 "Displacement and Development in the Colombian Pacific" en *International Social Science Journal*, 175: 157-167.
- Espinosa, M. 2004 "Of Visions and Sorrows: Manuel Quintín Lame's Indianist Thought and the Violences of Modern Colombia". Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of Massachusetts.
- Fisher, M. 2003 *Emergent Forms of Life and the Anthropological Voice* (Durham: Duke University Press).
- Fortun, K. 2003 "Ethnography In/Of/As Open Systems" en *Reviews in Anthropology*, N° 32: 171-190.
- Garay, L. 2002 *Repensar a Colombia: Hacia un Nuevo Contrato Social* (Bogotá: PNUD).
- Guattari, F. 1990 *Las tres ecologías* (Valencia: Pre-textos).
- Guha, R. 1988 "The Prose of Counter-Insurgency" en Guha, R. y Spivak, G. (eds.) *Selected Subaltern Studies* (Delhi: Oxford University Press).

- Haenn, N. y Wilk, R. (eds.) 2005 *The Environment of Anthropology* (Nueva York: New York University Press).
- Hakken, D. 2003 *The Knowledge Landscapes of Cyberspace* (Londres: Routledge).
- Harcout, W. y Escobar, A. (eds.) 2005 *Women and the Politics of Place* (Bloomfield: Kumarian Press).
- Heller, C. 2005 "From Scientific Risk to Paysan Savoir-Faire: Divergent Rationalities of Science and Society in the French Debate over GM Crops". Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of Massachusetts.
- Hess, D. 2001 "Ethnography and the Development of Science and Technology Studies" en Atkinsons, P. *et al.* (eds.) *Handbook of Ethnography* (Londres: Sage).
- Joxe, A. 2002 *Empire of Disorder* (Nueva York: Semiotext(e)).
- Juris, J. 2004 "Digital Age Activism: Anti-Corporate Globalization and the Cultural Politics of Transnational Networking". Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of Massachusetts.
- King, M. 2000 "Of Unknown Quantity: NGO Network Organizing and Global Environmental Politics". Presentado en *Actors, Networks, Meanings: Environmental Social Movements and the Anthropology of Activism*, AAA Annual Meeting, San Francisco, del 15 al 19 de noviembre.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy* (Londres: Verso).
- Leal, F. (ed.) 1999 *Los laberintos de la Guerra: utopías e incertidumbres sobre la paz* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Leyva, X. 2003 "Concerning the 'Hows' and 'Whys' in the Ethnography of Social Movement Networks". Presentado en *Department of Anthropology Colloquium*, University of North Carolina, Chapel Hill, 17 de marzo.
- Leyva, X. 2002 "Neo-Zapatismo: Networks of Power and War". Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of Manchester.
- Marcus, G. (ed.) 1999 *Critical Anthropology Now* (Santa Fe: School of American Research).
- Martínez, G. 2004 "Critical Anthro-Geographies: Constested Place, Nature and Development in the 'Zona Maya' of Quintana Roo, México". Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of Massachusetts.
- Martínez Alier, J. 2002 *The Environmentalism of the Poor* (Londres: Elgar).

- Maturana, H. y Varela, F. 1987 *The Tree of Knowledge* (Boston: Shambhala).
- Medeiros, C. 2005 The Right “To Know How to Understand’: Coloniality and Contesting Visions of Development and Citizenship in the Times of Neo-Liberal Civility”. Tesis doctoral. Department of Anthropology, CUNY Graduate Center.
- Mignolo, W. 2000 *Local Histories/Global Designs* (Princeton: Princeton University Press).
- Olesen, T. 2002 “Long Distance *Zapatismo*: Globalization and the Construction of Solidarity”. Tesis doctoral. Department of Political Science, University of Aarhus.
- Osterweil, M. 2005a “Place-Based Globalism: Locating Women in the Alternative Globalization Movement” en Harcourt, W. y Escobar, A. (eds.) *Women and the Politics of Place* (Bloomfield: Kumarian Press).
- Osterweil, M. 2005b “Social Movements as Knowledge Practice Formations: Towards an Ethno-Cartography of Italy’s *Movimento di Movimenti*”. Tesis doctoral. Department of Anthropology, University of North Carolina, Chapel Hill.
- Panikkar, R. 1993 *The Cosmotheandric Experience* (Nueva York: Orbis Books).
- Paulson, S. y Gezon, L. (eds.) 2005 *Political Ecology across Spaces, Scales and Social Groups* (New Brunswick: Rutgers University Press).
- Peet, R. y Watts, M. (eds.) 1996 *Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements* (Londres: Routledge).
- Rabinow, P. 2003 *Anthropos Today: Reflections on Modern Equipment* (Princeton: Princeton University Press).
- Restrepo, E. 2005 *Políticas de la teoría y dilemas de los estudios de las Colombias negras* (Popayán: Universidad del Cauca).
- Restrepo, E. y Escobar, A. 2005 “Other anthropologies and anthropology otherwise: steps to a world anthropologies framework” en *Critique of Anthropology*, 25, N° 2: 99-128.
- Ribeiro, G. y Escobar, A. (eds.) 2006 *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power* (Oxford: Berg).
- Riles, A. 2000 *The Network Inside Out* (Ann Arbor, University of Michigan Press).
- Robledo, J. 2000 www.neoliberalismo.com.co. *Balance y perspectivas* (Bogotá: El Áncora).
- Rocheleau, D. et al. (eds.) 1996 *Feminist Political Ecology* (Londres: Routledge).

- Schmink, M. y Wood, C. 1987 "The Political Ecology of Amazonia" en Little, P. y Horowitz, M. (eds.) *Lands at Risk in the Third World* (Boulder: Westview Press).
- Strathern, M. 1992 *Reproducing the Future: Essays on Anthropology, Kinship and the New Reproductive Technologies* (Nueva York: Routledge).
- Uribe, M. V. 2004 *Antropología de la inhumanidad, un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia* (Bogotá: Norma).
- Wade, P. 1997 *Race and Ethnicity in Latin America* (Londres: Pluto Press).
- WAN Collective 2003 "A Conversation about a World Anthropologies Network" en *Social Anthropology*, 11, N° 2: 265-269.
- Woodhouse, E. et al. 2002 "Science Studies and Activism: Possibilities and Problems for Reconstructivist Agendas" en *Social Studies of Science*, 32, N° 2: 297-319.
- Yehia, E. 2006 "Decolonizing Knowledge and Practice: An Encounter between the Latin American Modernity/Coloniality/Decoloniality Research Program and Actor Network Theory" en *Journal of the World Anthropologies Network*, 1, N° 2: 91-108.

María Teresa Uribe de Hincapié

LAS SOBERANÍAS EN VILO EN UN CONTEXTO DE GUERRA Y PAZ*

UN EXCURSO PERTINENTE

Volver sobre el tema de las soberanías en tiempos de globalización económica y de internacionalización del derecho, parecería anacrónico por decir lo menos y, más aún, cuando el Estado nacional —depositario de la soberanía y su representante legal— parecería terminar su ciclo histórico para dar paso a formas nuevas de integración económica y de organización política; a otras territorialidades y a una creciente complejidad y diferenciación culturales que se estarían llevando de calle la pretendida homogeneidad de las sociedades modernas¹. No obstante, ese concepto decimonónico y aparentemente anticuado, puede ofrecer algunas claves para interpretar la gramática de la guerra en Colombia y para situar las perspectivas de la paz en horizontes quizá más realistas.

La particularidad de la confrontación armada en Colombia, la multiplicidad y coimplicación de los actores, la simultaneidad de con-

* En *Estudios Políticos* N° 13. Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre 1998, pp. 11-37.

1 Para ampliar este tema veáse Beiner Roland, "Liberalismo, Nacionalismo, Ciudadanía. Tres modelos de comunidad política", *Revista internacional de Filosofía Política*, N° 10, Madrid, diciembre de 1997, pp. 5-23.

flictos de diferente orden, sus largas duraciones y sus coyunturas de agudización, sus expresiones regionales diferenciadas, su carácter cada vez más civil y las porosidades que hacen posible el cambio de bando de los actores, como si los motivos que los llevaron a empuñar las armas fuesen banales o circunstanciales, conducen necesariamente a pensar de nuevo en Tomás Hobbes.

Este autor británico —el gran teórico de la guerra y de la soberanía— pensaba con cierta razón que la anarquía, la violencia múltiple y desagregada y las confrontaciones civiles, estaban intrínsecamente relacionadas con la ausencia de soberanía, con la inexistencia o la fragilidad de un aparato institucional público que lograra imponerse sobre los grupos y los individuos en conflicto, despojándolos de sus relaciones belicosas, de la hostilidad y las agresiones recíprocas, para instaurar un orden jurídico político con capacidad vinculante, pero ante todo con suficiente poder para dirigir y controlar la vida social en el marco de un Estado de nuevo tipo: el Estado-nación.²

De esta manera, la soberanía estatal —el Leviatán— aparece como la vía para conjurar la guerra, como aquello que podría asegurar la integridad de los sujetos en sus vidas y bienes, como una estrategia para protegerse del miedo, la incertidumbre y la inseguridad que produce el saberse vulnerable ante los ataques de los otros hombres. Sólo el Leviatán, más fuerte y poderoso que todos los demás, podría someterlos a un orden jurídico legal pues únicamente a través de la soberanía se podría definir un territorio propio, pacificar la población que lo habita, poseer el monopolio de las armas y de los recursos bélicos, definir pertenencias y diferencias, agresores y enemigos —tanto internos como externos— y declarar la guerra cuando las circunstancias así lo ameriten.

La presencia omnipotente del Leviatán no hace desaparecer la guerra y la violencia, las estataliza, les pone límites, las domestica y las sitúa en las fronteras geográficas del Estado o en sus límites político-culturales e ideológicos; lo que no se enmarque allí, queda en condición de exterioridad o liminalidad. Para Hobbes, y sobre todo para los polemólogos que siguen su estela, la guerra se manifiesta como fundadora de orden, como fundamento y principio de la soberanía, como justificación moral del Estado y del Derecho, como la manera de ponerle fin a los estados de belicosidad.

Sin embargo, la soberanía no se instaura de una vez y para siempre pues, más allá del contrato social, en el fondo del orden institucional moderno, y a veces coexistiendo con la ley, palpita la guerra y amenaza con su retorno para reinstalar la anarquía, el miedo y la

2 Tomás Hobbes, *Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1980, p. 22 y ss.

barbarie en el ámbito social. Por esto el Estado Leviatán deberá mantener la espada desenvainada, no solo para defender las fronteras de la nación sin para evitar el posible retorno de los estados o situaciones de guerra.³

“Según Hobbes, el Estado es solamente una guerra civil continuamente impedida por una gran potencia”⁴. Es la omnipresencia pero, más que eso, la omnipotencia del Estado en donde reside su soberanía; es decir, en su capacidad para someter a su dominio y control a diferentes sectores sociales, agrupaciones territoriales, bandas armadas, asociaciones religiosas, grupos étnicos, estamentos particulares, poderes locales o regionales e individuos aislados, situándose por encima de ellos y en condición de neutralidad frente a sus disputas y tensiones.

Cuando la soberanía es frágil o de carácter formal, persistirá el estado de guerra, que para este autor no es otra cosa que la voluntad permanente y no declinable de entrar en batalla, de ejercer la violencia y la fuerza bruta hacia el contradictor, de lograr el propio interés sometiendo por las armas y la sangre derramada a todos aquellos que se interpongan en el camino. Sin embargo, el estado o situación de guerra no es todavía la guerra, la confrontación abierta y directa, el humo de las batallas, los cadáveres esparcidos, las ciudades destruidas y el terror pintado en los rostros de los sobrevivientes; esta imagen se corresponde más con la guerra como acción.⁵

La guerra como estado o situación remite, más bien, a una soberanía débil o no resuelta y puesta en cuestión por poderes armados que le disputan el ejercicio de la dominación-sujeción en la que prevalece la voluntad de los diferentes bandos para enfrentarse, para combatir, para utilizar la fuerza y la violencia y para agrupar a los sujetos sociales en grupos capaces de matar y de morir. Lo predominante en el escenario del estado de guerra son las mutuas desconfianzas, las manifestaciones de hostilidad entre las partes, el desafío permanente y la voluntad manifiesta de no reconocer más poder que el propio, prevalidos los grupos concurrentes de la fuerza que otorga la violencia y de su capacidad para usarla en contra del enemigo.

3 En este sentido interpretan la teoría hobbesiana pensadores tan distantes como Carl Schmitt y Michel Foucault. Véase Carl Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado en Tomás Hobbes, México, Amalgama Arte Editorial, 1997*; Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, Madrid, Editorial La Piqueta, pp. 51-63.

4 Carl Schmitt, *op. cit.*, p. 61.

5 Esta distinción entre estado de guerra y guerra como acción pertenece a Michel Foucault, “La guerra conjurada, la conquista y la sublevación”, *op. cit.*, p. 101.

En el estado de guerra, la soberanía está en disputa y existe una tendencia al equilibrio de las fuerzas sobre la base de los desequilibrios. Según Hobbes, los débiles lo son sólo temporalmente pues pueden recurrir a la astucia, a la estratagema, a las sorpresas o a las alianzas para imponer su voluntad y hacer valer sus intereses⁶. Los fuertes o aquellos que coyunturalmente poseen mayores recursos de poder porque, como diría Tilly⁷, han logrado construir un sistema de impuestos, armar ejércitos más poderosos y encontrar apoyo en un grupo social que se vea representado en ellos, preferirán la paz. Sin embargo, tendrán que demostrar que están dispuestos a entrar en guerra, a combatir y a ordenar por las armas el territorio y la sociedad por ellos controlada.

Cuando prevalece el estado de guerra, cuando la soberanía está en vilo, todos tienen el poder que da la violencia. “Ante este poder todos son iguales o como diría Hegel, cada uno es débil frente a los demás y por tanto cada uno es enemigo y competidor de los otros”⁸, de ahí la célebre frase *bellum omnium contra omnes*.

Carl Schmitt, en su texto *El Leviatán en la doctrina del Estado en Tomás Hobbes*, hace una hermosísima descripción del referente simbólico y el significado de la figura del Leviatán, tomado de la ilustración en la portada de la primera edición de este libro, publicado en Inglaterra en 1651:

“Un gran hombre, gigantesco, compuesto de innumerables hombres pequeños, empuña una espada en su mano derecha y en su izquierda un báculo pastoral extendido protectoramente sobre una ciudad pacífica. Debajo de cada brazo, tanto el terrenal como el espiritual, se encuentra una columna de cinco ilustraciones; bajo la espada, un castillo, una corona, un cañón y luego armas, lanzas y banderas y finalmente una batalla; correspondientes en la serie paralela, debajo del brazo espiritual, tenemos una iglesia, una mitra, los rayos de la excomunión, distinciones agudas y dilemas y por último un concilio.”⁹

Esta imagen simbólica de la soberanía estatal, que evoca un poder supremo y omnipotente, extendido sobre todas las esferas de la vida social —desde las profanas hasta las sagradas—, este gran hombre, poderoso y paternal al mismo tiempo, en cuyo cuerpo majestuoso se apretuja la masa de ciudadanos como significando que éstos se han privado de su poder y belicosidad personales para entregarlos, en un

6 *Ibid.*, p. 103.

7 Charles Tilly, *Las Revoluciones europeas. 1492-1992*, Barcelona, Crítica, p. 28.

8 Carl Schmitt, *op. cit.*, p. 73.

9 *Ibid.*, p. 55.

hipotético contrato al Estado soberano, significa, en última instancia, la conjuración de la guerra, la alternativa a la violencia, al terror, al miedo que, a pesar de todo, late y se mantiene como amenaza perpetua de anarquía y revolución. De allí la espada desenvainada, pero también el báculo protector que alude a la dominación cultural y a la dirección intelectual de la condición civil de los ciudadanos, apelando a los componentes de todo poder: la violencia y el consenso.

Esta figura del Leviatán, tan llena de sugerencias y evocaciones, logra al mismo tiempo recrear simbólicamente la historia que la sustenta, poniendo en imágenes, emblemas y composiciones los largos procesos históricos de construcción del Estado-nación: la unificación de poderes y territorios, la pacificación e integración cultural de la nación y la instauración de un marco jurídico legal con capacidad vinculante, para el desenvolvimiento de la vida de los sujetos como ciudadanos.

Esta noción de Estado absoluto y soberanía plena que se desarrolla en la teoría hobbesiana, no presupone ninguna acción ciudadana orientada a la búsqueda de consensos o de acuerdos para fundarla o representarla. Supone un marco institucional de acción estatal que garantice los derechos civiles, pero carece de dimensiones democráticas o de alguna forma de acción republicana o representativa. Para Hobbes, el Estado Nación es la soberanía misma, su encarnación, su expresión inmediata. En cambio, para los contractualistas liberales que siguen el ideal democrático¹⁰, la soberanía es ante todo representación; y más que en la guerra y la violencia está fundada en los consensos, en los acuerdos inter pares, en la cooperación de sectores y fuerzas sociales de diverso orden. Es una soberanía de origen popular y por lo tanto el Estado emana de esa voluntad y carece de la omnipotencia que le asignaba Hobbes pues debe desenvolverse en un marco jurídico que le define límites y controles.

Los contractualistas liberales, tanto los clásicos como los contemporáneos, han desconfiado siempre de las ventajas de la soberanía absoluta y de la capacidad del Estado para garantizar la seguridad ciudadana y evitar la violencia. Hoy, más que nunca, sigue teniendo validez la crítica de Locke a Hobbes según la cual “resultaría insensato pensar que uno puede protegerse de las zorras y las mofetas refugiándose en la jaula del león”.¹¹

10 Francisco Cortes Rodas, “Racionalidad comunicativa y política deliberativa en Habermas”. *Estudios de Filosofía*, N° 12, Medellín, Universidad de Antioquia, agosto de 1995, pp. 107-120.

11 Enrique Serrano Gómez, *Consenso y conflicto. Schmitt y Arendt. La definición de lo político*, México, Interlínea, p. 17.

Cambiar pequeños terrores por el terror supremo en aras de garantizar la seguridad ha sido una mala experiencia histórica, cuyas expresiones más evidentes se pueden encontrar, sin ir más lejos, en nuestro corto y conflictivo siglo XX. Los totalitarismos, los fascismos, las dictaduras militares del Tercer Mundo están ahí para poner de manifiesto los peligros que para los ciudadanos entraña refugiarse en la jaula del león pues el Leviatán enérgico y protector con el que soñaba Hobbes, bien puede convertirse en un monstruo que devora a sus enemigos pero también a sus amigos.

Pero aún para los demócratas y liberales más radicales, el Estado, en tanto que representante por excelencia de la voluntad popular, debe evocar de alguna manera al viejo Leviatán; debe mantener una relativa autonomía frente a los poderes privados —sagrados y profanos—; debe asegurar el dominio suficiente para conservar el monopolio de la violencia legítima, a la sociedad pacificada y desarmada, y al territorio y al conjunto de los pobladores integrados en tanto que ciudadanos al corpus de la nación. Para los contractualistas liberales, se trata de un Leviatán domesticado pero sin que pierda por ello su condición soberana que es su razón de ser y su principio de legitimidad.

De esta manera la soberanía —absoluta o representada— se convierte en el núcleo central del poder político, del orden institucional y, para casi todos, en la condición necesaria aunque insuficiente para el desarrollo de las democracias modernas. Las que hoy se reconocen como verdaderas poliarquías¹², se consolidaron en contextos históricos de sangre y muerte, de guerras intestinas, de violencias disgregadas y moleculares, de largos períodos de inestabilidad política, de revoluciones y contrarrevoluciones, de invasiones y conquistas, de atropellos culturales, lingüísticos, étnicos y religiosos; en fin, de procesos autoritarios de dominación-sujeción a través de los cuales un grupo que se definió a sí mismo como nacional, logró imponerse sobre los demás e instaurar la soberanía en territorios y conjuntos sociales determinados.

Lo que muchas veces se olvida es que si bien los regímenes democráticos tienen como precondition la soberanía del Estado, la construcción histórica de ella tiene poco que ver con la democracia y muchísima relación con la violencia y la sangre derramada.

Desde la perspectiva histórico-social, Charles Tilly¹³ se aproxima a la idea de los estados de guerra de otra manera y los define como

12 Asumimos aquí el concepto de poliarquía elaborado por Robert Dahl y citado por Guillermo O'Donnell. "Estado, democratización y ciudadanía", *Nueva Sociedad*, N° 28, Caracas, nov.-dic. 1993, p. 62.

13 Charles Tilly, *op. cit.*, p. 28. Véase también del mismo autor *Coerción, capital y los Estados Europeos 990-1990*, Madrid, Alianza, 1992.

situaciones revolucionarias. Es decir, como un evento o una sucesión de eventos conflictivos, sucedidos en un arco de espacio y de tiempo, y que ponen de manifiesto la ruptura de la soberanía o la competencia de soberanías múltiples. Las situaciones revolucionarias, según Tilly, no conducen necesariamente a un resultado revolucionario, esto es al establecimiento de la soberanía bajo una nueva dirección, por el contrario, pueden desembocar en el restablecimiento del *statu quo* anterior o diluirse para configurarse tiempo después bajo otras formas de confrontación o bajo otras situaciones revolucionarias.

En lo que coinciden el filósofo y el historiador es en que en los estados de guerra o en las situaciones revolucionarias, lo que está en disputa es la soberanía. Ello ocurre, según Tilly, cuando aparecen contendientes o coaliciones de contendientes, con aspiraciones incompatibles entre sí de controlar el Estado o una parte del mismo; cuando el apoyo de esas aspiraciones es respaldado por parte de un sector importante de los ciudadanos y cuando los gobernantes son incapaces o no tienen voluntad suficiente para suprimir la coalición alternativa o el apoyo de sus aspiraciones.¹⁴

Si la soberanía es el resultado de la construcción histórica del Estado-nación y si ella, expresada en el Leviatán —omnipotente o domesticado— es la manera de superar los estados o situaciones de guerra, tendríamos que aceptar, al menos en el orden hipotético, dos tesis:

- a. Que la naturaleza de las confrontaciones armadas y de la violencia molecular en Colombia expresan estados de guerra prolongados a la manera hobbesiana y develan la existencia de verdaderos dominios territoriales, contraestatales o paraestatales, que no solo mantienen en vilo la soberanía del Estado sino que van configurando ordenes de facto con pretensiones también soberanas.
- b. Los estados de guerra prolongados y las soberanías en disputa, permiten afirmar que el conflicto armado en Colombia se enmarca en las guerras por la construcción nacional. Se trata de guerras por el orden justo; por la representación soberana; por el dominio territorial; por el control institucional de los bienes públicos: por la sujeción de pobladores y residentes. En fin, guerras por la soberanía que se coimplican y se entrecruzan con los conflictos propios de las sociedades modernas devenidos de la complejidad y la diferenciación que les son propias: violencias urbanas, juveniles, de exclusión, y con el nuevo es-

14 *Ibid.*

cenario de la globalización y de la sociedad de consumo en el cual se destaca el fenómeno del narcotráfico.¹⁵

La soberanía es pues el referente analítico de ambas tesis, el concepto que permitiría ir más allá de las causas y de las justificaciones morales de las guerras y desentrañar tanto su gramática como sus dinámicas concretas.

1. LOS ESTADOS DE GUERRA Y LA COMPETENCIA DE SOBERANÍAS

El estado de guerra se expresa en Colombia por una debilidad endémica de la soberanía puesta en vilo, tanto en el pasado como en el presente, por grupos armados de diferente adscripción ideológica, ubicación territorial o condición social. Los rasgos más destacados de estos grupos fueron no reconocer la autoridad pública u otro poder distinto al propio; resistir los intentos de dominación-sujeción realizados desde el Estado y mantener viva la hostilidad y la voluntad de entrar en guerra o de usar la violencia cuando sentían vulnerados o en peligro sus circuitos privados de poder.

Los estados de guerra (Hobbes) o las situaciones revolucionarias (Tilly), no lograban una transferencia de poder a los grupos en conflicto ni la instauración de un orden soberano que los sometiera a todos. La prolongación de estas situaciones en arcos de tiempo indeterminados producen modificaciones significativas en la naturaleza del conflicto armado y en las dinámicas de la guerra.

Los analistas políticos en Colombia han interpretado esta debilidad endémica de la soberanía como ausencia de Estado, pero, más que de omnipresencia, el Estado nacional ha carecido de omnipotencia para tomar la decisión soberana, lo que devela no sólo el fracaso del consenso y de los instrumentos legales para la instauración de una soberanía representada —o Leviatán domado— sino, ante todo, el fracaso en el uso de las armas y de la fuerza para restaurar el orden institucional a través de un Leviatán omnipotente.

Desde hace cerca de cuarenta años, para referirse sólo a la historia reciente, el Estado colombiano ha recurrido a las armas para someter una guerrilla que, en sus inicios, fue débil, campesina y modesta¹⁶; ha usado de manera discrecional y laxa los recursos de la excepcionalidad.

15 Daniel Pecaú, "Estrategias de paz en un contexto de diversidad de actores y factores de violencia". Santafé de Bogotá, ponencia presentada en la Universidad de los Andes, p. 2 (*Mimeo*).

16 En los relatos memoriales de las FARC se enfatiza en este origen modesto, campesino y de resistencia que tuvo esta organización guerrillera. Véase, por ejemplo, el discurso de las FARC en la instalación de las mesas de diálogo. San Vicente del Caguán, 7 de enero de 1999.

dad (estado de sitio) y más recientemente ha tolerado la parainstitucionalidad y otras estrategias privadas para controlar el poder armado de la guerrilla, con lo cual se ha debilitado, aún más, la soberanía y el poder del Estado, agudizando la confrontación y ampliándola a sectores de la sociedad ajenos al conflicto.

Si para Hobbes la soberanía del Estado “es una guerra civil continuamente impedida por una gran potencia”¹⁷, entonces su impotencia o, lo que es lo mismo, la fragilidad de su soberanía, no sería otra cosa que un estado de guerra prolongado e indeterminado en el cual ni el aparato público, ni aquellos que intentan subsanar su fragilidad (los paramilitares), ni sus enemigos reconocidos (las guerrillas), han logrado imponerse sobre los demás para terminar con la belicosidad social, fundar orden y derecho, mantener el monopolio de las armas e instaurar, por fin, alguna forma de soberanía que pueda llamarse así.

Por el contrario, la soberanía ha permanecido en vilo, en disputa por largos períodos. Es decir, se mantienen por tiempo indefinido los estados de guerra, permitiendo que en varias regiones del territorio nacional se configuren ordenes alternativos de facto con pretensiones también soberanas. En estos espacios se definen formas particulares y no convencionales de hacer y representar la política, de usar los recursos colectivos y de fuerza; se trazan fronteras y se delimitan territorios exclusivos; se instalan autoridades y mandos alternativos; se establecen circuitos de poder a través de los cuales se mantiene, en los espacios controlados de esta manera, la capacidad para tomar decisiones soberanas: desplazar población no confiable y concitar obediencia y acato de quienes allí residen, bien sean éstos ciudadanos corrientes o representantes y administradores del poder público.¹⁸

Es precisamente la prolongación del conflicto en un arco de tiempo indefinido, lo que permite que se transite de la debilidad endémica de la soberanía estatal a la competencia de soberanías, donde aquella que representa a la institución legal, coexiste, se superpone o se confronta con otras soberanías alternativas, que controlan territorialidades difusas pero que no logran una transferencia del poder del Estado ni concitar el apoyo decidido de un sector importante de los ciudadanos de la nación¹⁹, manteniendo, eso sí, la incapacidad de los

17 Carl Schmitt, *op. cit.*, p. 61.

18 María Teresa Uribe de Hincapié, “Las dinámicas bélicas en la Colombia de hoy”, en Alfonso Monsalve y Eduardo Domínguez (eds.), *Democracia y paz*, Medellín, Editorial Pontificia Bolivariana, 1999, p. 172.

19 Charles Tilly, en su análisis sobre las revoluciones europeas, distingue metodológicamente entre las situaciones revolucionarias y los resultados revolucionarios; las primeras no siempre desembocan en las segundas. Véase Charles Tilly, *op. cit.*, p. 33.

sucesivos gobiernos para someter los contradictores y hacer obedecer sus normas al conjunto de la nación.

Los estados de guerra prolongados como los que se presentan en Colombia, generan su propia dinámica interna, adquieren lógicas particulares y le dan salida a situaciones inéditas que a veces tiene poco que ver con las razones morales o las justificaciones que llevaron a los contendientes a empuñar las armas. Los estados de guerra o las situaciones revolucionarias que no desembocan en un resultado revolucionario y que se mantienen en un arco de tiempo prolongado, encuentran en su propio devenir las condiciones para su mantenimiento y reproducción, así como para su deslizamiento hacia la guerra como acción. El perfil más destacado del estado de guerra en Colombia es, pues, la competencia de soberanías.

El aparato público mantiene el control sobre la formalidad institucional y desarrolla sus acciones político-militares, administrativas y de gestión, en el marco del ordenamiento territorial vigente pero no es soberano en buena parte de la nación. Según recientes estudios²⁰, para 1995 la guerrilla tenía presencia en algo más de la mitad de los municipios colombianos pero, más allá de las estadísticas que son bastante significativas en sí mismas, esa presencia ha logrado configurar territorialidades más amplias, cuasi regiones que articulan varios municipios vecinos o, al menos, partes de ellos —algunas veces pertenecientes a varios departamentos—, integrándolos y cohesionándolos bajo un mismo mando político militar.

Estas cuasi regiones o territorialidades bélicas tuvieron en el pasado una clara significación estratégica, geopolítica, cuyo sentido era la autoprotección de sus efectivos, la movilidad en el territorio y la consecución de recursos y abastecimientos, acorde con la lógica de una guerra de guerrillas o guerra de movimientos. Estas territorialidades bélicas podían conectarse entre sí por accidentes geográficos: valles y cañones de los ríos, páramos de difícil acceso, crestas de las cordilleras y un intrincado sistema de viejos y nuevos caminos de herradura, conocidos sólo por los lugareños, y que les permitían a las agrupaciones guerrilleras ir rápidamente y sin mayores riesgos de un sitio a otro para mantener en jaque a las fuerzas institucionales.

Entretanto, el país formal, el institucional, el urbano, se movía por otros corredores viales y tanto el departamento como el municipio, con su cabecera y su zona rural, constituían los referentes espaciales para la administración y la gestión públicas o para el control militar.

20 Jaime Zuluaga Nieto, "Dinámica del conflicto interno armado y desplazamiento forzado", Bogotá, 1998, p. 4 (*Mimeo*).

De esta manera, los estados de guerra prolongados configuraron un nuevo mapa de Colombia, una nueva división territorial que desbordaba, con mucho, aquella que se reconocía institucionalmente y con base en la cual se ejercía la administración y la gestión públicas. Se definieron fronteras internas que delimitaban poderes exclusivos y que sólo podían descubrirse desde la gramática bélica; es decir, desde las estrategias puestas en ejecución por los sectores armados y desde los requerimientos exigidos por la confrontación propia de una guerra de guerrillas: autoprotección, movilidad, abastecimientos y recursos económicos.

Los estados de guerra prolongados construyeron otra Colombia, invisible, marginal y distante de los grandes centros urbanos, de las zonas económicas más productivas y de las sedes principales del poder público pero con la suficiente capacidad de mantener en vilo la soberanía del Estado y de construir ordenes de facto con pretensiones soberanas. Otra Colombia donde reinaban las guerrillas societales muy imbricadas con la población residente, que empezó a reconocer en ellas un poder concreto, autoritario y discrecional, es cierto, pero capaz de constituirse en principio de orden, dirigir la vida en común, dirimir las disputas entre vecinos, sancionar las conductas consideradas por ellos como delictivas y ofrecer dominio y protección; y si bien buena parte de estos pobladores, campesinos y colonos en su mayoría no estaban muy enterados de los propósitos políticos o de las razones morales de los insurgentes, su presencia era aceptada porque no perturbaba demasiado la cotidianidad de sus vidas y porque encarnaban una autoridad armada a la cual podían recurrir para dirimir conflictos y tensiones de la vida local.

Es decir, se empezó a reconocerle a las guerrillas soberanía territorial en sus zonas de influencia y alguna forma de representatividad y reconocimiento social. Sin embargo, para otros pobladores, grandes o medianos propietarios, residentes en sus territorios o en sitios aledaños, la acción de las agrupaciones guerrilleras sí se convirtió en un elemento grave de perturbación, y no precisamente por su discurso político o por sus razones morales para alzarse en armas sino, ante todo, por el sistema de impuestos para financiar la guerra que autoritariamente instituyeron a través del secuestro extorsivo y diferentes formas de exacción económica.

El cobro de impuestos de guerra le generó a los insurgentes muchos enemigos y deslegitimó, en buena medida, sus propósitos públicos. Pero, al mismo tiempo, puso de manifiesto la existencia de soberanías alternativas en algunas regiones del país, esto es, la existencia de grupos alzados en armas capaces de obligar el pago de impuestos, controlar territorios, organizar a la población residente y encontrar algún reconocimiento social.²¹

21 Estas son las características que definen, según Tilly, las situaciones de soberanías en disputa. Véase *Las Revoluciones europeas. 1492- 1992, op. cit.*

Este modelo de acción guerrillera y las eventuales incursiones del ejército nacional en persecución de los insurgentes, contribuyeron a crear adhesiones más sólidas entre población residente y guerrilla pues las fuerzas armadas del Estado llegaron a estas zonas apartadas de la geografía nacional como a un territorio enemigo; de ahí que sus prácticas bélicas se asemejaran más a las de un ejército de ocupación en un país extranjero que a las de un organismo representante del poder público y de la soberanía de la propia nación. De esta manera, la acción contrainsurgente —sin proponérselo— contribuyó a fortalecer las soberanías alternativas y a que el aparato administrativo del Estado perdiera pie en las llamadas zonas rojas.²²

En suma, la dinámica del conflicto armado y el contrapunto de acciones y reacciones en un arco de tiempo prolongado, posibilitaron la lenta configuración de soberanías alternativas, de poderes territoriales autónomos, informales, fácticos y autoritarios pero no por ello ineficaces, irrelevantes o no vinculantes. Estas cuasi regiones fueron el resultado de las gramáticas bélicas, configuradas en torno a una conjugación de estrategias contrapuestas: aquellas devenidas de las exigencias de una guerra de movimientos (auto-protección, movilidad, abastecimientos y recursos económicos) y aquellas referidas a las acciones estatales de contrainsurgencia que, en la perspectiva de la teoría de la seguridad nacional, convirtieron en enemigos internos no solo a los guerrilleros sino también a los residentes en las zonas de conflicto, a los disidentes políticos y a la dirigencia de la protesta social.

2. DE LA GUERRA COMO ACCIÓN

El estado de guerra en arcos de tiempo prolongados y territorialmente diferenciados, termina por alimentarse cada vez más de su propia dinámica y cada vez menos de las razones morales o de las causas aducidas para usar las armas en contra de supuestos o reales enemigos. Pero quizá lo más importante es que al prolongarse y diferenciarse el conflicto, no se mantiene congelada o relativamente estable la situación original en la cual éste se produjo. Por el contrario, el contexto o la matriz histórico-política y económica se transforma, se despliega en múltiples direcciones, se redefinen los actores y las poblaciones o grupos de apoyo, lo que se manifiesta en nuevos factores de conflicto o de cooperación, sin relación entre sí y sin que se pueda establecer entre ellos y la situación original cadenas de causalidad o de continuidad.

22 Para ampliar este tema véase Francisco Leal Buitrago, “Las utopías de la paz”, en Alfonso Monsalve y Eduardo Domínguez (eds.), *op. cit.*, p. 115.

Se trata, entonces, de una suerte de situaciones diferentes que terminan propiciando conjugaciones de escenarios, de actores y de eventos violentos, cuyo conjunto configura lo que Tilly llama la situación crítica²³ y lo que en palabras de Schmitt sería la guerra como acción o guerra total.²⁴

En Colombia, en la década del ochenta, se empiezan a manifestar cambios importantes, tanto en las estrategias de los diversos actores armados: insurgentes, gubernamentales y sociales como en el contexto sociocultural y económico en el cual el viejo conflicto se venía desarrollando, lo que cambia los referentes para el accionar de estos grupos y el sentido y la intensidad de la propia guerra. Las modificaciones más importantes en el contexto en el que se venía desarrollando el estado de guerra prolongado tienen que ver con la generalización de la violencia y la irrupción de la economía del narcotráfico. Al mismo tiempo, y no necesariamente ligadas con los cambios en el contexto, se presentan modificaciones considerables en las estrategias de los actores armados en los siguientes aspectos: el tránsito de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones, la apertura de escenarios de diálogo o de diplomacia armada y el giro parainstitucional y privado de una guerra que se va haciendo cada vez más total.

3. LA VIOLENCIA GENERALIZADA

El estado de guerra prolongado se vio sustancialmente modificado con la irrupción de los conflictos que acompañan siempre los fenómenos de la modernización: urbanos, económicos, tecnológicos y de la comunicación mediática; con las exclusiones y las maneras fragmentarias de integración de los sujetos sociales a las urbes y a los nuevos modelos productivos, así como con los cambios culturales abruptos en los valores y en las morales tradicionales.²⁵

Estos cambios multipolares y polivalentes crean climas de complejidad, de diferenciación y de desgarramiento de las viejas sociabilidades en cualquier lugar donde ocurren de manera acelerada. Pero, en el contexto colombiano, se tornaron particularmente violentos y conflictivos debido, en parte, a la vigencia de estados de guerra prolongados que habían debilitado la soberanía estatal y fracturado el aparato institucional haciéndolo inorgánico en su ejercicio adminis-

23 Charles Tilly, *Las Revoluciones europeas. 1492- 1992*, op. cit., p. 28.

24 Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1991, p. 139.

25 A las violencias asociadas con estas transformaciones, las denomina Daniel Pecaút violencias modernas para distinguirlas de conflictos tradicionales y de ámbito predominantemente rural. Véase Daniel Pecaút, op. cit., p. 2.

trativo, ineficaz en el control militar y policial y profundamente ingobernable a la sociedad.

Bajo el ambiguo nombre de violencia generalizada, se agruparon diferentes modalidades de acción armada: juveniles, delincuenciales, interpersonales, domésticas, de barrio y vecindario, de autodefensa y seguridad privada, cuyo perfil era difuso, molecular, cambiante e inestable; modalidades de acción armada sin definición clara de enemigo y que se articulaban de manera bastante irregular y sinuosa con los viejos y nuevos actores del conflicto, entre ellos los dones del tráfico de drogas ilícitas.

Estas violencias difusas obedecían a una pluralidad de causas y de situaciones sin relación aparente entre ellas, pero tenían en común que no se articulaban en torno a una identidad específica preexistente sino a estructuras de patronazgo y clientela, muchas de ellas surgidas de la dinámica de los conflictos librados a su propia suerte. Esta característica las hacía móviles, porosas y de fácil encuadramiento en las gramáticas de los conflictos preexistentes.²⁶

La percepción generalizada era la de un profundo desorden, una suerte de caos social en el cual la autoridad pública parecía estar desbordada por las realidades violentas, permeada por los intereses de la delincuencia organizada y subyugada por la acción guerrillera. Esta percepción de desorden y de caos se acentuaba cuando las interpretaciones tradicionales eran ineficaces para explicar una nueva situación que parecía no obedecer a ninguna lógica pública, haciéndose cada vez más opaca, más mecánica, más automática y más total.²⁷

Esta situación aparentemente caótica y anárquica del universo de lo social, convocó las demandas de seguridad ciudadana, lo que le abrió las puertas tanto a las organizaciones privadas de violencia y justicia, como a reacciones ilegales de las fuerzas de seguridad del Estado, haciendo cada vez más confusas y grises las diferencias entre lo político y lo delincencial; entre lo legal y lo ilegal; entre la violencia organizada y la desorganizada; entre lo societal y lo militar; entre la justicia y la venganza.

A su vez, la estructura de patronazgo y clientela de estas violencias difusas, les permitía adecuarse a las realidades propias de las soberanías en disputa; pasar de una organización armada —delincencial o política— a otra, como si fuesen banales o fútiles los motivos

26 Sobre el accionar de los grupos portadores de estas nuevas formas de violencia, véase Ana María Jaramillo *et. al.* *En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*, Medellín, Corporación Región, 1998, pp. 57-86.

27 Estas son las características que le asigna Schmitt a la guerra como acción o guerra total. Véase *El concepto de lo político*, *op. cit.*, p. 130.

que llevaron a los diversos actores a dividirse en bandos capaces de matar y de morir.²⁸

La dificultad para interpretar las modificaciones que el contexto producía en un estado de guerra prolongado, llevó a los analistas políticos a centrar su mirada en la dimensión cuantitativa pues cada vez era más difícil diferenciar las modalidades de acción violenta, las prácticas militares de cada actor o las razones de tantas muertes. Sólo parecía posible conocer el número de víctimas, el arma homicida y quizá el lugar donde ocurrían los hechos de sangre. “Para tener una idea de la magnitud del problema, baste considerar que mientras en América Latina el promedio de homicidios por cada cien mil habitantes es de veintiuno, en Colombia son setenta y cuatro; que para todo el mundo los homicidios representan el 1% de las muertes mientras que entre nosotros es el 25%, lo que significa que por esta causa mueren más personas que por cualquier enfermedad”.²⁹

Lo que se ponía de manifiesto con esta situación era la expansión del *animus belli*³⁰ a otros espacios y otros actores de la vida social, ajenos o no comprometidos hasta el momento con el conflicto armado; los efectos perturbadores de la estructura patrón clientela, sobre los referentes políticos y públicos de los actores armados y sociales; la conjunción de escenarios de guerra y delincuencia; las porosidades y deslizamientos de los actores armados de un campo a otro y, lo que es más importante, la aparente pérdida de sentido de la guerra misma. En suma, se ponía de manifiesto un cambio cualitativo, no solo cuantitativo del conflicto armado, que consistía en el giro del estado de guerra a la guerra como acción, y que ésta parecía justificarse a sí misma haciéndose cada vez más total.³¹

4. LA ECONOMÍA DE LA DROGA

La economía de la droga modificó, también de manera significativa, el contexto de los conflictos armados. Su irrupción y rápida expansión verificada en los años ochenta, estuvo posibilitada, en parte, por una soberanía estatal frágil, y en parte por el incremento sustancial en la demanda internacional de estupefacientes.

28 Daniel Pecaú, “De la violencia banalizada al terror. El caso colombiano”, en *Controversia*, N° 171, Santafé de Bogotá, Cinep, 1997, pp. 9-33.

29 Jaime Zuluaga Nieto, *op. cit.*, p. 3.

30 Carl Schmitt señala que la hostilidad o el *animus belli* no precede al conflicto; por el contrario, se alimenta de él y en la medida en que este se agudiza, la hostilidad se va haciendo más total. Ver Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, *op. cit.*, p. 139.

31 *Ibid.*, p. 139.

Las manifestaciones del narcotráfico en la vida colombiana son de muy diversa naturaleza, pero en lo que atañe al conflicto armado, fueron de particular significación dos aspectos: en primer lugar, las maneras en que los narcotraficantes se articularon, tanto a los actores tradicionales de la guerra en el mundo rural como a las nuevas modalidades de acción violenta que se desarrollaban en las grandes ciudades y, en segundo lugar, la gran cantidad de recursos económicos generados por el tráfico ilegal, que por canales diversos llegaron a las arcas de los distintos actores armados y al universo de la política tradicional que, dada su estructura de patronazgo y clientela, facilitaba la estrategia de control sobre lo institucional puesta en práctica por estos nuevos actores violentos: los narcotraficantes.

La expansión de la economía del narcotráfico produjo modificaciones paradójicas y contrastantes. Le dio organicidad y potenció las llamadas violencias urbanas, juveniles, delincuenciales, comunes y vecinales, anudando milicias y bandas a sus estrategias de distribución y mercadeo de estupefacientes, así como a las guerras privadas en contra de una gama muy amplia de enemigos y contradictores; y, al mismo tiempo, produjo efectos desorganizadores y dislocadores en algunos sectores de la burocracia estatal de las diversas ramas del poder público, de las fuerzas de seguridad y de ciertos actores de la política partidista, que con su accionar corrupto ponían en vilo la soberanía estatal pero esta vez desde dentro del régimen político y en el ámbito de los órganos de representación, elección y gestión públicas.³²

Esta forma de articulación de los narcotraficantes con los actores legales e ilegales de la vida colombiana, y su doble efecto —organizador en un ámbito y desorganizador en otro— ha estado determinada, en parte, porque unos y otros comparten un sustrato sociocultural similar, donde predominan formas de asociación que se enmarcan en la relación de patronazgo y clientela, donde los vínculos que unen a los asociados no están determinados por identidades culturales, sociales o de clase sino por relaciones bidireccionales de intercambio, centrado en los recursos de poder (institucionales, de fuerza, violencia o control territorial) que posee un patrón en particular.

El personalismo es de la naturaleza de estas asociaciones clientelares. Se obedece a un patrón, se lo reconoce y acata, no por lo que él significa en el ámbito público sino por la cantidad de recursos institucionales, económicos, de violencia o de fuerza que pueda movilizar en un momento dado, para sus intereses privados y los de su clientela. El faccionalismo es otra característica de las relaciones patrón-clientela,

32 El llamado proceso ochomil develó la presencia de los intereses ilícitos del narcotráfico en la burocracia del gobierno y en otras ramas del poder público.

es decir, la tendencia a la división interna, al surgimiento de nuevos patrones, a las escisiones y recomposiciones de las clientelas. A su vez, los personalismos y los faccionalismos tienden a ser descentralizados, de base regional o local, y aunque eventualmente pueden dar pie a alianzas o federaciones de patrones en el contexto nacional, también son frecuentes las guerras a muerte en las que se definen nuevos patronazgos y se realinean las clientelas.³³

La articulación de los narcotraficantes con los sectores armados siguió el mismo patrón diferencial y desregulado. En su condición de nuevos terratenientes rurales en zonas con fuerte presencia guerrillera³⁴ hicieron causa común con propietarios tradicionales quienes venían deslizándose hacia estrategias paramilitares para combatir a la guerrilla y desmontar su sistema impositivo de secuestros y extorsiones. Esta convergencia de intereses coimplicó a las fuerzas armadas —por lo menos a algunos de sus efectivos de diferente rango— dado que, para todos ellos, la guerrilla era el enemigo principal. La alianza táctica permitió que buena parte de las ganancias del tráfico de narcóticos así como sus recursos de fuerza (ejércitos, armas, tácticas de terror) fluyeran hacia algunas organizaciones paramilitares posibilitando su consolidación y extensión.³⁵ Sin embargo, en otras regiones de características diferentes, fuerza pública y narcotraficantes se sitúan en condición de enemigos irreconciliables y se confrontan militarmente con un altísimo costo en vidas para las instituciones armadas.

La situación es totalmente diferente en las zonas de colonización de frontera abierta. En estas regiones ha tenido mayor ocurrencia la expansión de cultivos ilícitos y es donde la articulación de los narcotraficantes con los grupos armados ha seguido un patrón diferente. En estas zonas, la convergencia de intereses tácticos se nucleó en torno a los pequeños cultivadores de coca y amapola. Alrededor de ellos, de sus necesidades y demandas, guerrilla y narcotráfico entraron en contacto, permitiendo la irrigación de las finanzas de la primera a través de la retribución que recibían por servicios prestados, tales como vigilancia de laboratorios, uso común de redes de abastecimiento, de

33 Estas estructuras de patronazgo y clientela presentes en la historia latinoamericana desde el siglo XIX hasta hoy, son las que le han permitido a Fernando Escalante Gonzalbo afirmar que el orden político de estas naciones es “algo a medio camino entre el orden clásico de la Sicilia mafiosa y el tipo weberiano de dominación patrimonial”. Véase “Los crímenes de la patria. Las guerras de construcción nacional en México”, *Metapolítica*, Vol. 2, N° 5, México, Cepcom, 1998, p. 9.

34 Jaime Zuluaga Nieto, *op. cit.*, p. 5.

35 Sobre el tema véase Carlos Medina Gallego, *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia. Origen, desarrollo y consolidación*, Bogotá, Editorial Documentos Periodísticos, 1990.

insumos y armas; además del cobro de un impuesto extorsivo llamado gramaje y cobrado sobre las drogas ilícitas que salen de las regiones de cultivo.³⁶

Esta convergencia de intereses tácticos, diferenciada regionalmente, hace que guerrilleros y narcotraficantes no siempre estén situados en condición de enemigos, y mientras que en algunas zonas se enfrentan a muerte a través de los paramilitares, en otras desarrollan tácticas fragmentarias de cooperación y complementariedad.

En suma, la economía del narcotráfico se benefició de los estados de guerra prolongados, de los ordenes regionales de facto, de las soberanías en disputa. Su articulación con los actores institucionales, partidistas, armados o sociales, se ajustó de una manera muy eficaz al mapa de los conflictos armados y de los poderes fragmentados, así como a las diversas armazones de patronazgo y clientela. Al mismo tiempo, la economía del narcotráfico modificó sustancialmente el contexto del conflicto armado, no sólo porque con sus capitales ilícitos ha financiado a los diferentes ejércitos sino porque amplió el universo de los conflictos y las violencias, haciendo de ellos algo cada vez menos público, más opaco, más privado y con altos grados de complejidad y diferenciación regional.

5. LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA

Además de las modificaciones del contexto sociocultural y económico, que transformaron profundamente las dinámicas bélicas a partir de la década del ochenta, se presentaron cambios significativos en las estrategias de los actores armados, redefiniciones en sus poblaciones de apoyo y el surgimiento de un polo de opinión opuesto a la guerra que empezó a buscar formas de negociación de los conflictos. Es decir, se configuraron escenarios de diplomacia prolongada y guerra generalizada poniendo de manifiesto que se transitaba hacia un momento cualitativamente distinto de la confrontación.

A principios de la década del ochenta se inició, tardíamente por lo demás, el largo y tortuoso proceso de negociación y acuerdos entre las diferentes agrupaciones guerrilleras y el gobierno nacional. Se necesitaron algo más de veinte años de guerra irregular para que los actores del conflicto aceptaran la posibilidad de ensayar estrategias dialógicas y consensuales para ponerle fin a un estado de guerra prolongado, que cada vez se tornaba más complejo y se diferenciaba territorialmente sin presentar alternativas claras de salida, pero más cuando los actores armados se sentaron a la mesa de diálogo, las gramáticas bélicas y las modificaciones del contexto habían creado realidades inéditas

36 Jaime Zuluaga Nieto, *op. cit.*, p. 6.

que superaban ampliamente las causas primeras o las justificaciones morales del conflicto.

Los diálogos fueron multilaterales, con cada agrupación por separado, diferidos en el tiempo, con agendas distintas, tratamientos desiguales para los insurgentes y siempre parciales e incompletos, de tal manera que mientras con unos se firmaba la paz, con los otros se mantenía la guerra. Además, fueron frecuentes las divisiones en las organizaciones guerrilleras y, por lo general, quedaban reductos que se negaban a obedecer los compromisos adquiridos por las cúpulas en las mesas de negociación.³⁷

Los interlocutores gubernamentales tampoco lograron desarrollar una acción coherente y orgánica. Aunque públicamente no hubo oposición a las negociaciones, esta no fue una política que comprometiera a toda la burocracia estatal. Algunos sectores de las fuerzas armadas, la rama judicial, el Congreso y las administraciones territoriales, mantuvieron el *animus belli*, su opción por la guerra como solución y, por acción u omisión, llenaron de obstáculos el camino de los acuerdos.

Las conversaciones se desarrollaron en climas bastante ambiguos, producidos por una mezcla perversa de voluntarismos y desconfianzas. Casi siempre se rompían abruptamente por actos de violencia o de fuerza, seguidos de asesinatos selectivos, secuestros, desapariciones, ofensivas militares, escaladas guerrilleras y acusaciones sobre las responsabilidades de cada cual en el fracaso de los diálogos³⁸. Estos se reanudaban tiempo después, inducidos la mayoría de las veces por nuevos actos de fuerza, instaurando una suerte de diplomacia armada que lleva más de quince años.

De esta manera, el escenario de los diálogos ponía de manifiesto los perfiles más visibles de los estados de guerra: se buscaba la paz pero no se renunciaba a la contienda; se confrontaban varias soberanías pero ninguna de ellas —incluida la estatal— tenían suficiente control y autoridad para hacer respetar los acuerdos suscritos y los compromisos adquiridos a nombre de sus representados y, entretanto, se combinaba magistralmente la diplomacia con la guerra. La garantía para el reconocimiento como interlocutor válido era el despliegue

37 Para ampliar este punto véase Ana María Bejarano, “Estrategias de paz y apertura democrática. Un balance de las administraciones Betancur y Barco”, en Francisco Leal Buitrago (ed.), *Al filo del caos*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990, pp. 27-55; María Emma Wills Obregón, “Las políticas gubernamentales frente al proceso de paz”, en Elizabet Ungar Bleier (ed.), *Gobernabilidad en Colombia. Retos y perspectivas*, Santafé de Bogotá, Uniandes, 1993, pp. 129-185; Jesús Antonio Bejarano, *Una agenda para la paz*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995.

38 María Emma Wills Obregón, *op. cit.*, p. 142 y ss.

de acciones militares. Tanto para las agrupaciones guerrilleras como para el gobierno, los diálogos constituían un escenario de medición de fuerzas, un espacio para desplegar y mostrar el poder de cada cual, para concitar el miedo y el respeto en el enemigo, para doblegarlo y obligarlo al sometimiento.

Lo que estaba en el horizonte de unos y otros se parecía más a la expectativa de una rendición que a una construcción conjunta del futuro. Aunque parezca paradójico, la posibilidad de hacer la paz empezó a depender cada vez más de la capacidad de mover fuerza bélica y de propinarle golpes militares al enemigo para obligarlo a negociar. Pero, al mismo tiempo, ninguno de los actores en conflicto estuvo dispuesto a cerrar definitivamente ese espacio de diálogo, y su apertura ha permitido la recuperación del discurso político y situar las agendas en el horizonte de lo que se podría llamar un proceso de construcción nacional.

Para principios de la década del noventa, de las viejas guerrillas sociales quedaba muy poco. Éstas habían ampliado de manera significativa el número de frentes y de efectivos; habían conformado verdaderos ejércitos disciplinados y bien armados, incursionaron en nuevos territorios de alta productividad económica o de interés estratégico para el desarrollo nacional y, al amparo de los cambios en el régimen político, especialmente el de la descentralización, reorientaron su accionar político-militar hacia el control y la dirección de la vida en las localidades y municipios.³⁹

La nueva estrategia de las organizaciones armadas las vinculó con florecientes economías exportadoras como la del petróleo, el banano, el café, la palma africana, la minería del oro y del carbón, los desarrollos hidroeléctricos. Además, los acercó a municipios con economías comerciales en expansión, a polos de desarrollo regional y a las cuatro grandes ciudades del país⁴⁰. Esta expansión territorial, acompañada del incremento en el número de frentes, efectivos, armas y ampliación de su sistema de impuestos extorsivos, significó, al mismo tiempo, el deslizamiento de la guerra de guerrillas o guerra de movimientos a la guerra regular o guerra de posiciones sin que se abandonaran del todo las tácticas originales.

Las nuevas estrategias guerrilleras ponían frente a frente y en batallas campales al ejército nacional, acosado en sus cuarteles, y a unos ejércitos guerrilleros, disciplinados y bien armados, con capacidad

39 Véase Francisco Leal Buitrago, "Las utopías de la paz", en Alfonso Monsalve y Eduardo Domínguez (eds.), *op. cit.*, pp. 127-136.

40 Camilo Echandía, "Tendencias de Colombia", en *Análisis político IEPRI-UN*, 1996, p. 28 y ss.

de infringirle derrotas significativas a sus enemigos, tomar rehenes y mantenerlos indefinidamente bajo su control soberano. Esta conjugación de escenarios entre diplomacia prolongada y guerra generalizada, significó también la expansión del paramilitarismo a nuevas zonas y territorios. Según estudios recientes, “en 1985, la presencia de estas organizaciones se localizaba básicamente en algunos municipios del Magdalena Medio Boyacence, Urabá y en el sur de los Llanos Orientales, pero para 1993 estaban presentes en 272 municipios, esto es en el 27% de los municipios colombianos”⁴¹. Cinco años después su presencia en las localidades puede ser el doble.

Estos grupos cuyo origen es múltiple y sus alianzas abarcan conjuntos muy heterogéneos de población, han tenido patrocinios y apoyos sociales de muy diverso carácter: algunos están vinculados con la fuerza pública dado que tienen un enemigo común, otros obedecen más a las estrategias del narcotráfico, los hay de origen claramente campesino y autodefensivo, y la mayoría corresponden a la iniciativa de grandes y pequeños propietarios urbanos y rurales, legales e ilegales⁴². Pero lo que define su accionar es su vocación contrainsurgente que crece y se multiplica en la medida en que declina y se opaca la soberanía estatal y se disminuye la capacidad ofensiva y defensiva de las fuerzas militares.

El gobierno nacional, que tiene el poder constitucional para definir el enemigo interno, ha tenido con estos grupos contrainsurgentes una postura ambivalente. Los desautoriza públicamente, sobre todo cuando las presiones internacionales por masacres y violaciones de los derechos humanos lo obligan a ello. En ocasiones, realiza con las autodefensas operaciones conjuntas, dice combatirlos y eventualmente lo hace, pero al mismo tiempo, y por largos períodos, legaliza formas civiles de contrainsurgencia.

Si para el gobierno los grupos paramilitares no constituyen un enemigo interno, para muchos miembros de la sociedad civil, desarmados y supuestamente respetuosos de la ley, la presencia bélica de estos grupos significa una solución viable y pragmática para la garantía de su seguridad individual y la de sus bienes, con lo cual se los sitúa como los principales protagonistas de la guerra contra las guerrillas otorgándole al conflicto armado una dimensión cada vez más civil y más opaca.

41 Jaime Zuluaga Nieto, *op. cit.*, p. 8.

42 Para ampliar este tema véase Jorge Orlando Melo, “Los paramilitares y su impacto en la política”, en Francisco Leal Buitrago (ed.), *op. cit.* Carlos Gallego Medina, *op. cit.* Fernando Cubides, *Los paramilitares y su estrategia*, Santafé de Bogotá, Programa de estudios sobre seguridad, justicia, violencia y paz pública. Documentos de trabajo N° 8, octubre de 1997; Teofilo Vásquez, “Una nueva etapa del paramilitarismo”.

Los grupos paramilitares, a su vez, han optado en su accionar contrainsurgente por una estrategia de guerra de movimientos, similar en su forma a las prácticas de sus enemigos,⁴³ lo que les ha permitido ejercer control sobre algunas zonas de significativa presencia guerrillera, obstaculizar avances, responder acciones, desvertebrar corredores de movilización, centros de abastecimiento, áreas de refugio y retaguardia. De esta manera construyen un enemigo total en las regiones donde tienen presencia, lo que anula en la práctica la diferencia entre armados y desarmados, obligando a la población residente y no confiable —según su criterio— a la diáspora y al éxodo.

La guerra que hoy libran paramilitares y guerrilleros se define en torno a estrategias de conquista y reconquista de territorios, es decir, a propósitos esencialmente militares de acuerdo con la lógica de la guerra como acción. Lo que interesa ahora es la liquidación del enemigo, el exterminio o el desplazamiento definitivo de su población de apoyo, el control absoluto y no compartido de recursos económicos y la disputa a muerte por las zonas de abastecimiento y por las áreas susceptibles para el cobro de impuestos de guerra. De esta manera, la gramática de los conflictos con sus perfiles privados, opacos y la definición mecánica y automática de enemigos está redefiniendo las territorialidades bélicas, poniendo en vilo las soberanías alternativas y transformando los paralelos y los meridianos demográficos y económicos del país, así como la geopolítica de la confrontación que tiende a su internacionalización progresiva.

La conjunción de escenarios de diplomacia prolongada y guerra generalizada ha tenido repercusiones significativas en las poblaciones de apoyo y en los diferentes sectores que componen la sociedad civil. La guerrilla mantiene la simpatía en sus zonas de presencia tradicional, los paramilitares han logrado concitar apoyo tanto en algunos grupos económicos poderosos como en pequeños propietarios urbanos y rurales. Pero lo más novedoso es la aparición de un grupo importante de personas y organizaciones sociales y no gubernamentales, de fuerte arraigo en los sectores profesionales, medios y populares de las grandes ciudades, que constituyen un polo de opinión con capacidad de movilización y de discurso, orientado hacia la crítica de la guerra como estrategia de acción política, que se opone de manera racional y ética a los métodos violentos y autoritarios de los diversos actores armados y que se define por la defensa de los derechos ciudadanos, de la dimensión de lo público y de la construcción de procesos de democratización progresiva.

43 Véase Germán Castro Caycedo, *En secreto*, Santafé de Bogotá, Planeta, 1996, p. 157 y ss.

Esto quiere decir que la conjunción de escenarios de diplomacia prolongada y guerra generalizada ha producido efectos significativos en la redefinición de los diversos sectores que conforman la sociedad civil, que ya no pasan por las viejas sociabilidades o por simpatías de corte clasista, ideológico o clientelar sino por realineamientos cuyo sentido solo puede encontrarse en la gramática de la guerra como acción.

6. LAS PERSPECTIVAS DEL CONFLICTO ARMADO

Lo que devela y pone de manifiesto el tránsito de los estados de guerra a la guerra como acción, es que la soberanía del Estado nacional está opacándose, diluyéndose y es puesta en cuestión desde una triple perspectiva: como dominio territorial, que hoy se disputan guerrilleros y paramilitares, como referente institucional, ya que ha perdido hasta su eficacia simbólica para mantener, así fuera virtualmente, alguna forma de orden público o colectivo, y como representación de la autonomía de la nación frente al exterior que garantice la no intervención de otras naciones en los asuntos internos.

El Estado, representante legal de la soberanía, ha perdido la primacía en la conducción de la guerra que ahora va por cuenta de los civiles. También encuentra grandes dificultades para definir como enemigos internos a los paramilitares y para negociar la paz, porque no controla sus burocracias y porque sectores importantes de la sociedad civil, a los cuales formalmente representa el gobierno, le siguen apuntando a la guerra privada como solución pragmática a sus situaciones particulares de inseguridad.

El tránsito hacia la guerra como acción ha puesto de manifiesto, también, que las soberanías alternativas o los poderes de facto, tanto aquellos que dicen representar las guerrillas como las territorialidades paramilitares, no son ni absolutas ni permanentes. Se mantienen en disputa y el control que se ejerce en una coyuntura puede cambiar radicalmente en otra, manteniéndose estas cuasi regiones sometidas a guerras de conquista y reconquista, lo que hace frágiles y transitorios los dominios allí establecidos, así como el apoyo que pudiesen tener en los sectores sociales, augurando por tiempo indefinido la prolongación de los conflictos.

Los cambios cualitativos que induce la guerra como acción, ponen de manifiesto que estaríamos frente a una confrontación por la construcción nacional, por un orden justo y, ante todo, público y colectivo, por la garantía de los derechos civiles, políticos, sociales y culturales, por la vigencia de una autoridad con capacidad de concitar obediencia y acato por parte de los gobernados. En fin, una guerra por la construcción de la soberanía, guerra aparentemente arcaica, libra-

da en el mundo occidental en los siglos XVIII y XIX, y supuestamente extemporánea en los tiempos que corren.

Por eso no es extraña la seducción que el pensamiento hobbesiano puede tener sobre los analistas de un conflicto con estas características. Sin embargo, vale la pena examinar sucintamente si las fórmulas hobbesianas serían viables y practicables en la Colombia de hoy y si, en tiempos de globalización, sigue teniendo vigencia el propósito de construir soberanía nacional.

Si de lo que se trata es de la construcción nacional, resulta lógico pensar en las soluciones hobbesianas. En el retorno de un Leviatán todopoderoso y quizá también paternal que pudiera estar asociado, bien con la transferencia de soberanía del Estado hacia un grupo o una coalición de grupos insurgentes o hacia la restauración del orden, la autoridad y la seguridad por parte de las fuerzas armadas del Estado, pero siempre en el horizonte de la guerra y de triunfos militares contundentes que derroten al enemigo o lo dobleguen de tal manera que no le dejen más alternativa que la negociación.

Sin embargo, las formulas hobbesianas que para muchos analistas políticos en Colombia siguen teniendo vigencia, se topan con realidades históricas que la hacen impracticable. En primera instancia, las guerras que condujeron a la conformación de soberanías nacionales estatales se libraron en contextos históricos bien diferentes, cuando declarar y hacer la guerra era honorífico y una gran muestra de valor y patriotismo. Hoy las guerras resultan motivos de vergüenza para las naciones que las mantienen o declaran y los organismos supranacionales intentan evitarlas desde 1945.

Era más fácil y más honorífico cometer todo tipo de atropellos y derramar sangre en nombre de la patria cuando no existía la ONU, las convenciones de Ginebra, el Derecho internacional humanitario, las organizaciones no gubernamentales de derechos humanos, las veedurías ciudadanas y, sobre todo, cuando no se habían configurado polos de opinión, tanto en el interior como en el exterior, que demuestren activamente su creciente rechazo y repugnancia por la guerra como alternativa a la solución de los conflictos de diversa naturaleza.

Los Estados nacionales modernos, las poliarquías, surgieron en el silencio, la invisibilidad y la impunidad con que actuaban los guerreros. Al amparo de estas dimensiones propias de las sociedades premodernas y domésticas, de la guerra, de sus horrores y de sus costos, poco se conocía. Los relatos sobre las gestas nacionales poco develaban sobre su verdadera naturaleza pero, en un mundo globalizado e hipercomunicado, donde los medios masivos de comunicación hacen públicos y divulgan para públicos muy diferenciados y complejos los desmanes y desafueros de las guerras, las fórmu-

las hobbesianas se vuelven impracticables y se abren otros caminos para la construcción nacional.

La globalización y la internacionalización del derecho, esa mundialización del mundo que aceleradamente se pone de manifiesto en el último decenio de este siglo, la nueva agenda internacional que mantiene en primer plano la defensa de los derechos humanos, la lucha contra el narcotráfico y la protección de la naturaleza, limita el espacio de maniobra que cada país en particular pueda tener para manejar situaciones de guerra interna y en nombre de la humanidad se le marcan límites al accionar de los gobiernos y de los grupos insurgentes.

Pero no son sólo consideraciones referidas al anacronismo o al destiempo histórico los que hacen impracticables las formulas hobbesianas siendo tan acertadas sus interpretaciones sobre el significado de los estados de guerra. Se trata también, y primordialmente, de la naturaleza de las confrontaciones armadas en Colombia, cuyos des-envolvimientos en arcos de tiempo indefinidos y en espacios diferenciados desataron dinámicas bélicas que escapan al control de los diferentes actores armados y del gobierno mismo y disminuyen tanto el poder que éstos pueden tener como los apoyos sociales que concitan, dando al traste con las pretensiones soberanas de todos los actores.

Por eso no parece razonable suponer que de una guerra de perfiles opacos, privados y diferenciales pueda surgir algún Leviatán que imponga un orden colectivo y público con la fuerza de su espada y a la sombra de su báculo protector. Por el contrario, lo que cabe esperar es que una guerra como ésta continúe prolongándose y recomponiéndose, cambiando sus gramáticas y sus emplazamientos como hasta ahora, y sigan creciendo las estadísticas de muertes violentas, masacres y violaciones de los derechos humanos sin que se vea en el horizonte una derrota militar contundente o un doblegamiento del enemigo, para llevarlo con la cabeza baja a la mesa de diálogo.

En condiciones de predominio privado y de ampliación de las estructuras de patronazgo y clientela, y dada la vulnerabilidad de todos frente a la violencia, las tesis de la negociación del conflicto pueden abrirse paso; y no necesariamente porque se aprecie el valor de la paz, las bondades éticas del consenso o las ventajas comparativas de la democracia sino porque, ante la debilidad política y pública de los implicados en una guerra con estos perfiles, el uso de la fuerza se vuelve ineficiente para casi todos e inconducente en términos de los resultados esperados, y la inclinación a negociar puede sustituir la hostilidad y el *animus belli*.

Lo que no parece razonable es abandonar la idea de la construcción nacional, así los vientos de la globalización parezcan cambiar los rumbos de la historia y algunos contenidos de las soberanías de-

cimonónicas. Lo que se puede esperar de la negociación del conflicto es la conformación de un verdadero orden político, público, colectivo e institucionalizado, con capacidad de sancionar los delitos y de garantizar los derechos ciudadanos, tarea que pese a casi doscientos años de vida republicana, no se ha podido realizar. La construcción nacional tiene que desembocar en un nuevo orden soberano, pues sin soberanía no hay ciudadanía y sin ley, los derechos de todos serían frágiles y vulnerables.

Hoy, la vía para la construcción nacional es más compleja y el reto para esta sociedad no está únicamente en llevar a los actores armados a firmar un acuerdo de cesación de hostilidades. El reto tiene que ver con la transformación de las prácticas patrimonialistas y clientelistas, con el uso privado de los recursos públicos y bélicos para garantizar intereses particulares que han conducido a la profunda debilidad de lo público, y al despliegue del autoritarismo en la vida social. El reto está en construir un orden nacional soberano como condición necesaria y previa al desarrollo de la democracia y a la inserción del país en un mundo globalizado.

III. Etnicidad y perspectiva de género

.CO

Virginia Gutiérrez de Pineda

**CAMBIO SOCIAL,
FAMILIA PATRIARCAL
Y EMANCIPACIÓN FEMENINA
EN COLOMBIA***

CONSTITUYE UN LUGAR COMÚN asegurar que las instituciones y la cultura colombiana han cambiado aceleradamente desde la mitad del siglo y no se puede pronosticar fácilmente su estancamiento o dinámica. Conviene, sin embargo, focalizar áreas de transformación y las ventajas o desaciertos que proyectan en la vida social dichas transformaciones.

La familia y la cultura a ella asociada es un ejemplo crítico del cambio. El hoy se distingue del ayer por las maneras en que se conforman las unidades domésticas en las capas superiores y la aceptación que la cultura les otorga. Confunde al analista la variedad de tipologías que proliferan, hasta el punto de formularse la triple pregunta de si la familia está en proceso de extinción y, si ello no ocurre, qué es familia y a qué tipo habría que otorgársele liderazgo en el país y cómo atender su apuntalamiento.

¿En dónde más se focalizan las transformaciones familiares? Abarcan su estructura total, pero podemos analíticamente identificarlas dentro de las relaciones de los géneros que de una situación dispar, patriarcalismo, intentan su equiparación, movimiento que conmueve los cimientos sociales, y específicamente a la familia. La lucha que

* Este trabajo apareció en la *Revista de Trabajo Social* N° 1, (Colombia) 1998.

busca equiparar los sexos dentro de la estructura familiar recae principalmente sobre los agentes y las tradicionales funciones de la unidad doméstica.

Se percibe mejor el cambio, teniendo como término de comparación el paradigma patriarcal tradicional, modelo que apuntaló nuestra vida sociocultural hasta hace pocos decenios. No quiero decir que haya desaparecido como tal, ocurre sí que frente a los cambios de las funciones, existen vanguardias generacionales que los dejaron atrás, sobreviven rasgos en otras, mientras algunas se aferran angustiosamente a su estructura tradicional, creyendo que su permanencia contracorriente representa la salvación del ideal familiar. Vale la pena decir también que un género avanza con más celeridad, el femenino, mientras el otro, el masculino, oscila en expectante adecuación, definiéndole de esta manera conflictos que generan en parte la violencia intrafamiliar que acosa a algunas familias y las llevan a la ruptura.

Cuatro funciones familiares son sin lugar a dudas las de más visible cambio: la económica, la sexo-reproductiva, la de germinación gratificante y la de socialización y crianza. Reitero que estas transformaciones se encuentran íntimamente definidas o interferidas con los demás cambios institucionales.

La transformación de la función económica familiar es sin lugar a dudas la que mayores repercusiones produce sobre las demás funciones, la estructura familiar y la relación de los géneros.

No es novedad entre nosotros el trabajo productivo de la mujer casada. Fuera de las tareas relativas a la reproducción adscritas a su estatus y género ha intervenido siempre en este quehacer. Fue parte del peonaje agrícola, y en la etapa artesanal mantuvo desarrollos (que desde la Colonia se recuerdan), bien como unidades productivas o como ayudante familiar sin remuneración bajo el comando del marido, condición que le resta figuración a su aporte. Desempeñó la jefatura económica para sustento de su prole, en la viudez, el madresolterismo y el abandono marital o para hacerse cargo de la familia extensa.

Pero es en estos cuatro últimos decenios cuando entra oficialmente al mercado laboral fuera de casa, merced al crecimiento urbano, a su acceso a la educación y a la transformación nacional de la economía de ruoagrícola a urbana industrial y de servicios.

La universalización del trabajo femenino entre nosotros ha sido paulatina. Dos puntas de lanza lo inician: los grupos populares femeninos con numerosa familia, que a instancias de la necesidad, entran a los niveles menos calificados del quehacer productivo.

La segunda oportunidad viene de mujeres de las capas superiores, que a medida que se educan rompen con la tradición patriarcal.

Inicialmente trabajan en su soltería y se retiran al matrimonio luego, hasta el primer hijo. Pero la profesionalización, el cambio cultural ante el trabajo de la mujer casada, la planificación familiar —que redujo sensiblemente el número de hijos por mujer en edad fértil—, el desplazamiento de la crianza a instituciones, apuntaló a la mujer para que permaneciera en el trabajo fuera del hogar.

Con el tiempo, el trabajo femenino (casada y soltera) se va convirtiendo en obligación permanente, por presiones desde diversos campos: cambios en los valores de filiación; autovalidación económica femenina asociada al debilitamiento en el respaldo familiar y a la búsqueda de independencia de la mujer; mayor expectativa de vida y para ella la conquista de seguridad social que la beneficie en la senectud; la inestabilidad de los hogares de procreación; la necesidad de avance en la escala salarial y la creciente profesionalización de la mujer, han convertido en obligatorio el trabajo femenino. Valdría la pena preguntarnos si la búsqueda de equiparación de los géneros no fuerza a la mujer a convertirse en autoválida sociocultural mediante el trabajo productivo.

La ley ha recogido esta sugerencia y ya impone el sostenimiento del hogar mediante el esfuerzo conjunto de la pareja. También ha considerado su participación económica en la formación de la sociedad conyugal, que ahora propugna mejoras que eviten el despojo de su esfuerzo en el momento de la ruptura familiar.

El cambio de agente en la función económica familiar, se asocia a la inestabilidad creciente de la familia: relaciones de pareja inestables, rupturas y repitencias nupciales (mayores en el hombre) han puesto en alerta a la madre para que se mantenga en el trabajo productivo. Por tradición cultural, la madre está llamada a asumir la carga filial en las crisis de la familia. Así lo demuestra la creciente jefatura económica de la mujer urbana, separada o madre soltera. Es evidente que el hombre abandona con más frecuencia y facilidad su obligación progenital que la madre. Las repitencias nupciales dejan sucesivamente binomios de madre-hijos sin su protección, como era común en el complejo litoral fluvio minero colombiano o en los cinturones de miseria que ciñen las ciudades. Y también es cierto que por esta causa se está presenciando la reacción materna de entregar la prole al padre, consciente de que si la conserva a su lado, él no le dará apoyo alguno.

Los hijos puestos en manos del padre sortean también muchas dificultades, porque trae la familia padrastral que no los asimila a cabalidad. Este tipo de familia y la incompleta, en torno de la madre, muestran cambios no sólo en la función económica, sino trastornos en las demás funciones.

Llega el momento de poner énfasis en los problemas que acarrea el cambio de agente en la función económica. Los estudios realizados en diversas ciudades muestran que el espectro de la pobreza se encuentra en los hogares, con madres jefes económicos de la familia, y a pesar de este reconocimiento, que alcanza el carácter de problema de salud pública, la realidad operativa institucional y la presión cultural no están dando solución al conflicto creado por la progeneración irresponsable. Se hace necesario comprobar, si como consecuencia de la coproveduría de la madre, el padre actual se ha hecho irresponsable, o es que ahora, ante la denuncia femenina, se evidencia un problema que en el pasado permanecía encubierto. En las unidades de trabajo femenino de los grupos populares, el abandono económico del padre es realidad dominante. También vale la pena preguntar y responder con investigaciones, si el cambio operado en la función que analizamos estimula negativamente el desempeño del hombre en su papel de providente. Hoy parece que a semejanza de la mujer patriarcal, el padre asume el estatus de *mantenido*, y que valiéndose de su poder tradicional, está tomando ventaja personal del aporte de su pareja para eludir su deber progenerativo.

¿Qué están haciendo y logrando para corregir el problema las instituciones de familia? Con el cambio de agente en la función económica familiar, otros cambios y tensiones se producen en el hogar. La autoridad y el ejercicio del poder del régimen patriarcal se cimentaban en la jefatura económica única del padre, razón que subordinaba a su compañera y los hijos a la obediencia y al respeto como retribución forzosa a su rol de providente.

También legitimaban los privilegios que la familia y la cultura otorgaban al padre por su tarea de providente único. Si este postulado es cierto, la participación de la esposa en el ingreso doméstico como coprovedora le debe dar derecho a la participación en las retribuciones que el jefe recibiera tradicionalmente por igual desempeño. La conquista de esta equiparación transforma la estructura tradicional y conlleva conflicto. El proceso muestra avances sucesivos, como puede observarse en los distintos desarrollos que se encuentran hoy en día.

La familia con cabeza económica única ofrece dos variantes: hombre providente y mujer en el hogar, al frente de los roles tradicionalmente señalados a su género y estatus. En la segunda versión, está la madre en la jefatura económica, como lo estuvo en el ayer, la madre soltera, la viuda, la separada sin respaldo legal, ya citadas.

La otra tendencia es la de ingreso conyugal, que significa el aporte de la pareja: existe el ingreso familiar cuando opera la familia extensa como una unidad de consumo, y los padres e hijos y ramas colaterales contribuyen para el sustento.

El cambio más radical de la función se observa en el “trastrueque de roles”, antítesis del patriarcalismo. El hombre, bien porque no consigue empleo o porque la mujer tiene mejor estatus salarial, o porque está enfermo o porque se niega a trabajar, se queda en casa donde suple las tareas domésticas adscritas a la mujer, mientras ésta se convierte en cabeza económica de la familia. Se presentan casos en que el padre permanece en casa, pero no se ocupa del quehacer doméstico.

Otras modalidades permiten confrontar el pasado y el presente femenino, en remanentes de la estructura tradicional, mezclados con avances de su estatus, propiciados por el cambio en la función económica familiar. La distribución y manejo del presupuesto, de las erogaciones que se adjudican a cada género, evidencia la supervivencia del poder masculino, la lucha de los géneros o su tendencia equiparadora en las nuevas manifestaciones. Existen hogares donde el hombre dejó de trabajar y exige a la mujer que lo mantenga. En empresas familiares no se le paga salario a la esposa, porque se considera que su labor productiva es aporte obligatorio como lo establece la ley, aunque deba simultáneamente cubrir las obligaciones tradicionales de ama de casa. Frente al trabajo asalariado, también se observan variantes: el marido recauda el ingreso de la mujer y lo distribuye a su voluntad exclusiva. En otras, lo capta pero ambos lo reparten. En nueva modalidad, él adjudica los egresos de acuerdo a su voluntad, los de monto variable son femeninos y los estables suyos. En donde la pareja se ha equiparado, existe una bolsa común y un consenso en la distribución de los gastos, versión que tipifica la punta de lanza del cambio en la función económica y una relación integrada de pareja. La mujer en algunos casos abstrae sus ingresos y no participa con ellos en el sostenimiento del hogar. Los eroga para sí y en algunos casos contribuye en gastos extras como cuota de vivienda, vacaciones, manejo, etc. Explica su conducta en razón de que si asumiera el gasto cotidiano, su marido podría perder su responsabilización de cabeza económica, según la tradición.

La transformación de la función económica que promueve la co-participación femenina es fuente de duros conflictos. El más generalizado y actual hace referencia al descargo que el hombre hace de su obligación de cooperación dejando sola a la mujer en la cobertura de la función. Asume dos modalidades: la ya citada de cabeza económica femenina manifiesta y otra forma encubierta cuando la pareja no ha roto su convivencia.

Mediante subterfugios o violencia, el hombre impone a la mujer el sostenimiento global, toma su ingreso como “extrapersonal” y no coopera, o forzosamente colabora en pocos rubros. Este fenómeno ha sido reconocido por su frecuencia entre las mujeres asalariadas del cultivo de flores de la Sabana, sean casadas o en unión libre.

El cambio en la función económica por la coprovidencia femenina repercute también en la relación de pareja, en el manejo de la autoridad, en la fijación del estatus y la distribución de tareas hogareñas.

La relación de pareja se deteriora tanto por el paso forzado a la cooperación económica como por la consecuente participación de la mujer en el ejercicio de las decisiones, y la equiparación en el estatus sociocultural de los cónyuges. En este proceso, el hombre de cultura patriarcal siente que los cambios lo desmejoran sensiblemente y que el avance femenino significa su retroceso. De ahí las trabas que impuso al comienzo y sigue imponiendo a la salida de la mujer al mercado de trabajo asalariado fuera del hogar. Ante la perspectiva de perder su jefatura hogareña, renuncia al apoyo económico de la esposa.

Otro factor entra en juego ante el trabajo remunerado de la esposa: la necesaria colaboración del hombre en las tareas domésticas. La cultura tradicional las discriminó para el sexo masculino y las adscribió a la mujer, subvalorándolas y dándoles a su ejercicio identificación de género. Por otra parte, no ejecutarlas era privilegio del jefe económico y parte de la retribución que se le daba. Romper estos principios explican el rechazo del hombre patriarcal a colaborar en ellas. Los avances en la equiparación de los géneros han ido borrando todas estas expresiones culturales y las parejas jóvenes, que también acuerdan la coprovidencia económica, comparten la ejecución de las tareas domésticas.

Como el cambio no es radical, en las parejas de raigambre tradicional, la mujer trabajadora afronta múltiples jornadas: laboral, social, hogareña, biológica... Como además las tareas adscritas femeninas asumen el carácter de “deberes”, conllevan en su carencia un concepto de “culpa” que se aplica a la mujer que las incumpla y en el que no participa el hombre porque culturalmente no le compete. Este principio normativo trasciende principalmente en la crianza de los hijos y la administración para el consumo hogareño (alimentos, aseo, ropas, etc.), que pese a los cambios sigue adscrito a la mujer. De ahí el conflicto de roles, cuyo peso ha creado trastornos en la biología femenina —sistemas circulatorio y nervioso— como lo reportan los estudios médicos.

Paulatinamente se han ido revaluando los valores negativos asociados a las tareas hogareñas, y en las parejas modernas el hombre colabora en ellas sin demérito de su virilidad, como ocurriera antaño. No obstante, otras parejas no han llegado a este concierto, y se altera la relación hasta llegar a la ruptura. Dentro de las causas de ruptura familiar, se cita la incapacidad del hombre para adaptarse a estas nuevas facetas de la equiparación de los géneros frente al desempeño de las tareas domésticas.

El conflicto de roles se agudiza en las familias incompletas, sea cabeza económica femenina o masculina, porque el miembro presente ha de reemplazar al ausente en todas las funciones. Como la mayor ausencia es del padre, la mujer colombiana cabeza económica de la familia está afrontando a raíz del cambio en la función, que asume sola, una de las mayores dificultades de estos tiempos.

También es causa de conflictos y de ruptura el cambio en el estatus y el manejo de la autoridad, que propicia la coprovidencia femenina. Es difícil el paso del estatus cimero adscrito al hombre por serlo, a uno de equiparados y compartidos roles y privilegios. Es más fácil para la mujer avanzar en ellos, que para el hombre perderlos y aún compartirlos, estando por tradición acostumbrado a otro perfil. Parte de la violencia intrafamiliar obedece, según varios especialistas, a la incapacidad del hombre de adaptarse a nuevos regímenes que considera lesivos de su estatus y provocados por el cambio en la función económica familiar. Sus reacciones agresivas contra la pareja, piensan ellos, son un sistema para mantener vigente su poder, impedir su cuestionamiento y recuperar el poder absoluto.

La función sexual experimenta una transformación debida en buena parte a los avances en la medicina reproductiva y los medios masivos de comunicación, tanto como la educación conscientemente dirigida a transformarla.

El avance médico transformó gran parte de la cultura patriarcal asociada a la función sexual en dos sentidos: la función se dualizó en gratificante y en reproductiva a voluntad, y con un solo ego, lo que significó que la mujer no fuera escindida en mujer para la gratificación y mujer para la reproducción.

El patriarcalismo había establecido dos categorías femeninas: la esposa y la mujer supletoria, con estatus y roles diferenciales. La primera ocupaba el rango superior y la función reproductiva legítima, mientras la gratificante era sometida a pautas de control que restringían su expresión. La concubina, amante, prostituta, eran parte del privilegio que el sistema autocrático masculino concedía al hombre para su gratificación sin fronteras. Con ella la reproducción era un subproducto no buscado.

El estatus diferencial y los privilegios de estas imágenes en cierto modo marginales, era suma de valoraciones culturales antagónicas parangonadas a las imágenes normativas. La ética católica, aunque juzgaba las primeras pecaminosas, las permitía a manera de sacrificio de una contraparte femenina por el bien moral de la otra y de la sociedad y la cultura patriarcales.

Con el cambio, la mujer de hoy se integra en la función sexual como un ego único que gratifica globalmente y exige igual respuesta

de su pareja. Considera la vida sexual como un derecho personal que ejerce a voluntad y que somete a su criterio. Al momento, la mujer exige satisfacción sexual plena, la busca a la par que el hombre y la prodiga sin recriminaciones interiores.

Ante el cambio en la conducta femenina, el varón se va viendo obligado a borrar juicios de subvaloración, implícitos en estas decisiones y en el ejercicio libre de la sexualidad femenina. Los cambios lo obligan a transformar su mentalidad que dualizaba a la mujer: en puesta a su servicio y en mujer normativa. Conformar mediante la función sexual una imagen única de mujer dentro de los cambios actuales, es un reto que muchos hombres no pueden compaginar. Los viejos cánones de medición siguen orientando sus juicios y su comportamiento. Se observa que también en esta función, la mujer es vanguardia de la transformación como en la función económica y que el hombre se rezaga o se dualiza todavía ante el sexo. Pese a todas las contradicciones y modalidades de cambio, la función sexual gratificante pierde su restricción prematrimonial en la mujer, que ha entrado a obtenerla desde edades tempranas. Asociados a este criterio nuevo, la inmadurez de este ejercicio en los grupos juveniles, no familiarizados todavía en la práctica anticonceptiva, ha resultado en el madre-solterismo adolescente y en convertir el cambio en factor de riesgo para la adquisición de enfermedades como el SIDA.

La separación entre gratificación y reproducción en la función sexual ha dado origen a formas familiares que sólo buscan el primer propósito: tales las unidades eróticas-afectivas compuestas por parejas de profesionales, con edades intermedias, que establecen domicilio duolocal y no mantienen obligaciones económicas; el amantazgo y familias formadas por parejas en “amaño” o unión libre, también llenan la función gratificante. Se deben enumerar las parejas de homosexuales o de lesbianas que actualmente salen a la luz pública en forma estable.

La función reproductiva también ofrece cambios frente al modelo original. De involuntaria, e impuesta como obligación por la doctrina católica, deviene en limitada, consciente y objeto de consenso conyugal, por lo cual los principios de filiación dieron un vuelco radical: los valores culturales asociados a la procreación sin limitantes, desdibujan el postulado de que es pecado controlar el proceso y sólo dar vía libre al gratificante. No se plantea como necesaria la descendencia numerosa para apuntalamiento de la vejez de los padres, mantenimiento de la estirpe, perpetuación del apellido y sometimiento a la voluntad divina.

Los avances laborales en la generación de padres, respaldan su tercera edad con la seguridad social y ya poco esperan de los hijos,

que en las ciudades se descargan de la obligación de respaldo al padre anciano desvalido. Hoy no se amerita la virilidad con la progenie numerosa, o de hijos varones. La transmisión del apellido y el concepto de familia prolfica como bendición divina se han revaluado, y tiende a desaparecer el criterio de confiar a la Providencia del futuro de la prole, frente al criterio actual de progenitura responsable a que obliga la ley. La paternidad voluntaria ha ido desdibujando en ciertos grupos la imagen del tradicional hijo “no deseado”. Conjuntamente con esta racionalización definen la función reproductiva consideraciones profesionales de la pareja y especialmente de la madre, que impone la restricción de la reproducción y su condicionamiento en momentos favorables de acuerdo a la vida laboral, que no existían en el ayer casi inmediato. El avance en la escala salarial, en el estatus laboral, en los procesos permanentes de entrenamiento superador, horarios de trabajo y tiempo de servicio para el alcance de una seguridad social en la vejez, imponen restricciones en la función reproductiva.

Desde otro punto de vista, los tradicionales conceptos sobre fertilidad y momento propicio a la reproducción, se transformaron con los avances biomédicos. Ya no se culpa siempre a la mujer de esterilidad o del sexo del hijo. Marido o mujer o ambos pueden no ser fecundos y el género es función masculina. Los logros científicos en el terreno de la infertilidad, la fecundación *in vitro* y los implantes; los bancos de esperma, las madres donantes, las madres nodrizas y las adoptantes han puesto en conflicto el tradicional organigrama de familia y en entredicho la ética y los valores culturales de la familia. Otra revolución se avecina con los procesos de clonación, aún no suficientemente dirigidos a la procreación en parejas senectas.

El exceso de población en ciertas naciones, etnias y capas sociales, ha motivado movimientos de control demográfico que apelan a medios que encienden agitada polémica en la actualidad, en razón de principios éticos, religiosos y culturales. Nuestra sociocultura no se define abiertamente para rechazarlos y su práctica encubierta es un problema de salud pública. Vale la pena mencionar de paso que la avanzada médica permite hoy detectar tempranamente en el feto malformaciones genéticas, por lo que hoy se plantea a los padres el dilema de decidir sobre la vida de un hijo no dotado para asumir una vida normal.

Contra la corriente normal de parejas que restringen a voluntad la función reproductiva, existe otra que se manifiesta en la presencia creciente del madresolterismo deseado, opción de última instancia, en mujeres casi en los límites de su reloj reproductivo con deseo de ser madres. Se trata de solteras autoválidas económicamente, que anhelan llegar a la maternidad pero carecen de compañero. La fecundación

se alcanza por medio de un hombre sin el estatus oficial de “marido” o similar, a quien no se le exige que asuma la paternidad social, sólo la biológica. O se utilizan los bancos de esperma para llegar a la fecundación. Se comprende que para llegar a este tipo de familia incompleta, las progenitoras han tenido que romper con un medioambiente cultural opuesto a su deseo, o que el momento social las favorece en sus metas. La ley se ha adecuado a los cambios de la función sexual: desde equiparar los hijos ante la ley, reconocer la familia de concubinos, favorecer oficialmente la educación sexual en forma abierta y universal y desde temprana edad, hasta llegar a la intimidad de la pareja con la regulación del “débito conyugal”.

El patriarcalismo hacía explícito el derecho sexual del hombre sobre la mujer, a manera de una propiedad privada que no exigía la consulta de su voluntad para imponer el uso. La llamada “obligación” (definición de la función sexual por la mujer antioqueña) ha sido revaluada por el espíritu actual de la ley de familia. Se considera como “violación” y por tanto merecedora de sanción, la relación sexual impuesta por el cónyuge, lo que revalúa los conceptos tradicionales legales-religiosos.

Otra figura jurídica nueva relativa al tema es el llamado “acoso sexual”, expresión del poder ejercido por el hombre en el autocratismo masculino. Aparece asociado a situaciones femeninas de sujeción —bien laborales, sociales o religiosas—, a manera de derecho de pernada en la estructura social arcaica.

El acoso sexual reproduce privilegios varoniles concedidos a su posición cimera, pero permite observar como contraparte una conducta femenina que apela a la seducción, a cambio de prestaciones de diversa índole, y para el logro del manejo del poder mediante la sexualidad.

No obstante los cambios, en la función sexual perduran rasgos del pasado en situaciones del presente. Tal es el manejo de la progeneritura, como responsabilidad derivada de la actividad sexual, cuya responsabilidad ha sido desde el ayer limitado. Se deriva de aquí una de las problemáticas de más trascendencia sobre la salud mental, social y psíquica tanto de las generaciones nuevas como de las parejas de padres. La legislación del menor y la familia intenta reducir el problema sin resultados loables. El hombre es el mayor evasor de su responsabilidad ante el hijo, como señala la multiplicación de la jefatura económica femenina y el permanente fracaso de los agentes de la ley para obligar al padre a serlo cabalmente. Los informes de las instituciones de protección del menor y la familia ratifican la crisis de la función progeneritural.

La insolvencia económica, excusa aducida por el progenitor para satisfacer su obligación, no ha podido ser forzada por la autoridad y

los hijos quedan sin el amparo paternal, algunas veces del materno también, de modo que fuera de las instituciones privadas y públicas que remedian el abandono filial, los hogares sustitutos de abuelos o de tíos han aparecido como una solución. Debemos recordar que la niñez callejera, la prostitución y la mendicidad infantil, pueden encontrar en el abandono progenitural una razón para su existencia.

Retornando a los incentivos del cambio de la función sexual, digamos que los medios masivos de comunicación y la educación formal han contribuido considerablemente a su transformación. La literatura impresa y la imagen han borrado fundamentalmente el principio de intimidad y privacidad de la vida sexual, volcando abiertamente sus incidencias sin reparo alguno. Lo normal y lo que se juzgó patológico, no tienen fronteras en su extraversión, aún para menores de edad. La educación formal, en razón de políticas necesarias de salud pública ha tenido que romper tabúes e imponer la educación sexual desde la infancia.

La socialización temprana y la crianza son funciones que ofrecen cambios profundos. En los hogares de madre trabajadora han sido sacadas de la familia y revertidas al Estado, al sector privado o sujetas a quedarse sin cobertura completa. El desplazamiento obedece al trabajo remunerado de la madre, en parte impuesto por la necesidad de sobrevivencia del grupo. Debemos tener presente, ante la insistencia de los grupos que proponen el retorno de la mujer a las tareas exclusivas femeninas, que son muchas las razones que impiden dicho retorno. Entre otras, reitero la ruptura y la repitencia nupcial, las exigencias de nivel de vida, el profesionalismo materno, la necesidad de los padres de asegurar una vejez dentro del régimen de seguridad social laboral, la limitada responsabilidad progenitural, a veces por la reproducción precoz de los grupos juveniles, etc.

El desplazamiento es más notorio, según los estudios, en los hogares de madre trabajadora pero también es frecuente en las familias incompletas (diadas paterna y materna) porque al progenitor presente no le queda otra alternativa, frente al conflicto de roles, que delegarlas para poder satisfacer su jornada laboral.

Como consecuencia de este desplazamiento, las mujeres retiradas en la tercera edad (sobre 45 años), están cubriendo de nuevo estas funciones con los hijos de sus hijos y las solteras con los de sus hermanas y hermanos. Los hogares de abuelos también se encargan de colaborar en la crianza y socialización temprana de sus nietos, sometidos a estas circunstancias, o grupos de vecindad se comprometen en esta tarea dentro de los sectores populares. Los hogares de bienestar se iniciaron en esta práctica.

Las dos funciones se desplazan más en las capas populares, particularmente entre los recién llegados, empujados por la violencia rural,

o migrantes por un mejor estar. La madre trabajadora de los estratos medios también desplaza la niñez, y con menos insistencia los sectores altos. No siempre el desplazamiento es nocivo para el niño. Los ambientes que se viven en los cinturones de miseria urbana, son superados en las instituciones privadas y públicas; el manejo del infante por un personal calificado es mejor que el que recibe de sus progenitores; las instituciones no viven el conflictivo ambiente familiar, hay mayor espacio vital, y gracias a este desplazamiento el niño encuentra en las guarderías que lo cuidan un aislamiento positivo de su entorno familiar durante la jornada escolar.

Sin el amparo institucional, la calle es el territorio del menor que queda expuesto en el medio público a la explotación por adultos, se organiza en pandillas y delinque con facilidad.

Ante el desplazamiento de las funciones familiares, los analistas plantean aspectos positivos y negativos del fenómeno. Se destaca que el agente de reemplazo de la tarea familiar recae en el maestro, algunos familiares suplentes y el grupo de pares generacionales del niño. Se plantea, en consecuencia, que el cambio produce el rompimiento de las cadenas culturales que la familia transmite. Que se aceleran los cambios culturales dentro de un rápido proceso de adecuación a los ambientes escolares. Podría verse como positivo el influjo del maestro, mientras el segundo no lo es por su inmadurez, particularmente dentro de la etapa preadolescente y adolescente. Se le culpa de la sexualidad precoz y por tanto del madresolterismo juvenil, de la drogadicción, de la vagancia, etc. que viven hoy las ciudades.

Los medios masivos de comunicación también participan supletoriamente. Ofrecen modalidades positivas dentro del campo de la enseñanza y de la recreación, y actúan de acuerdo con la naturaleza de sus contenidos. Sin embargo, nuestra televisión con mensajes comerciales que sólo incentivan el consumo; orientados a exhibir sexo y violencia; con paradigmas personales juveniles o adultos de los programas, mayoritariamente ajenos a nuestro contexto cultural; con acontecimientos que ocurren dentro de normas de comportamiento contrapuestas a la ética civil o religiosa del país, cumplen un papel socializante en contravía con nuestras expectativas culturales. El escolar, en jornadas de medio tiempo y sin el control progenital, queda a merced de estos influjos.

Frente a estas críticas se ha entrado a considerar, que al desplazarse la socialización temprana y la crianza del seno familiar, se fuerza al menor a responsabilizarse prontamente de sí mismo con criterios propios. Se le pone en contacto con personalidades fuera del círculo doméstico, pares y adultos que pueden beneficiar su proceso de socialización hacia el mundo exterior y mejorar sus relaciones sociales.

Las instituciones que captan al menor buscan enseñarle a valerse por sí mismo y a defenderse dentro del territorio social. Se añade que el cuidado que los padres prodigan en el resto del tiempo es suficiente por su intensidad, para suplir su ausencia en la jornada laboral. ¿Habría que pensar y analizar los pros y los contras de este cambio en las dos funciones señaladas?

Un viraje muy atrayente en la función de socialización temprana y de crianza se presenta con la participación del padre en el cuidado del hijo. El patriarcalismo lo había alejado de estos menesteres, por considerarlos como responsabilidad materna, pero la reevaluación del reparto de roles por género en función de la coproveeduría económica de la madre, ha ido rompiendo el alejamiento del progenitor, prescrito en el pasado. Hoy puede asumir su paternidad generosamente, con el resultado beneficioso de su influjo en la crianza y socialización temprana del hijo, no sólo en la proyección psicoafectiva, sino en la formación de imágenes identificatorias por género, que de esta manera adquieren un mejor ajuste al momento actual. La presencia del padre socializante frente al menor, ayuda a borrar contradicciones y linderos culturales tradicionales en el ejercicio de la paternidad dentro de las nuevas generaciones, con lo cual se mejoran las relaciones progenitofiliales, basadas en los sistemas tradicionales sobre el respeto y el miedo y no por el cariño y la amistad como se propugnan hoy. Habría que decir que el padre actual ha encontrado y recuperado al hijo que ahora es compartido en su crianza, desenvolvimiento y goce por ambos progenitores.

Creo que es el momento de entrar en un tema crítico, dentro del proceso de socialización temprana y crianza: los sistemas de moldeamiento mediante los premios y castigos. La tradición legal daba al padre el derecho a la sanción, por cuanto era responsable de la conducta del hijo. Hoy la ley —Código del Menor— se opone a este criterio aunque no se le exonera de responsabilidad.

Paralelamente, el abuso del menor por sus padres es una constante en el cumplimiento del proceso de las dos funciones. ¿Cómo podría compaginarse la función con medios adecuados, y cómo hacer efectivo el proceso para que padres e hijos los asimilen armónicamente?

Creación de un ambiente psicoafectivo y mantenimiento de redes sociales son funciones que también han ido cambiando para adecuarse al ritmo de las demás transformaciones. La creación de un ambiente psicoafectivo en la vida familiar, ligado a las expresiones de afecto y a la recreación, se expresan en modalidades diferentes al patriarcalismo, bajo el cual la relación de los géneros separaba las actividades recreativas por sexo. El padre las realizaba con un grupo de amigos, como un privilegio de su libertad, sin que esposa e hijos participaran.

Aunque en el presente la familia nuclear se congrega en celebraciones del ciclo vital o de feriados y vacaciones, también es cierto que hay un desplazamiento del lugar de celebración a instituciones fuera del hogar y en ellas no es obligatoria la presencia de los miembros de la familia extensa. Los ambientes restringidos de la vivienda urbana y el trabajo remunerado de la pareja, han hecho imposible la atención del anciano, del incapacitado o del enfermo crónico en el hogar. Se ha impuesto su desplazamiento a instituciones supletorias. Las viejas normas de hospitalidad para parientes y amigos casi han desaparecido.

El trabajo de ambos cónyuges y el medio ambiente urbano, imponen a la pareja participar separadamente en celebraciones, y hacen que el vacío de la parentela vaya siendo llenado por compañeros de trabajo, de gremios, de aficiones, zonas, estratos, intereses, clubes... La amistad con la parentela es selectiva, no universal ni obligatoria. Hoy la recreación se desplaza a las instituciones de la vida urbana aún en los grupos populares.

El ambiente psicoafectivo como función familiar puede mensurarse en el grado de entendimiento de la pareja. Quizás la lucha por la equiparación de los géneros, las desiguales alternativas educativas, culturales, regionales de cada uno; los procesos laborales y profesionales de cada sexo; los cambios en los valores que se traducen en cambios de normas y comportamientos; el variable ritmo en que se cumplen y la simultaneidad de vanguardias y retaguardias de la transformación en un mismo escenario social, explique en parte la inestabilidad de pareja y familia en el momento presente. Este clima no propicia la función psicoafectiva del hogar. Dentro de las reiteradas rupturas y los intentos de reconstrucción en nuevas parejas, la presencia de hijos de distintos padres y de una parentela consanguínea y afín cambiante e interviniente, es difícil crear un ambiente gratificante para todos.

Las crisis mayores se presentan en la ruptura de las parejas, crisis que abarcan a la familia. Expresión de estas crisis es la violencia intrafamiliar que se expresa en modos diferentes. La progenitura irresponsable es sin lugar a dudas una de sus expresiones más acusadas. La ley y la cultura han considerado siempre que la familia es una unidad cerrada, de transcurrir íntimo y por tanto de imposible intromisión, ni siquiera por el Estado. Lo que ocurre en ella pertenece a su privacidad que sólo puede ser interrumpida por llamados de ayuda de uno de sus miembros. Estos criterios han favorecido la violencia intrafamiliar. Sin embargo, la educación y el trabajo de la mujer han ido exteriorizando la situación de conflicto. Los trabajos que ha realizado el ICBF, con base en las denuncias que recibe a diario, permiten asegurar que existe hoy en amplias capas de población urbana, de estratos bajos y

medios, un ambiente de crisis psicoafectiva. El maltrato múltiple de la mujer y de los hijos, el incumplimiento marital de sus roles materiales y sociales, de ajustes sexuales y afectivos son las causas mayores que identifican el ambiente doméstico.

Si paralelamente se tienen en cuenta los altos índices de ruptura de la pareja conyugal, tenemos que reconocer que existe una crisis en su relación, que envuelve la descendencia y que se percibe dentro de la pareja y el grupo filial.

La situación producida por los cambios combinados entre las funciones descritas y otras más, la tendencia cultural y el espíritu de la nueva Constitución de favorecer al individuo y en menor grado al grupo social —llamémoslo familia—, exige una reflexión que conduzca a una acción que aclare y ordene estas crisis de relación familiar pero de trascendencia social global.

Florence Thomas

A NUEVA MUJER, NUEVO HOMBRE

*Un país de hombres libres y
de mujeres libres no puede
ser gobernado sólo por hombres.*

Alessandra Bocchetti

Hoy día y desde hace unas décadas, lo femenino y lo masculino se problematizan, se constituyen en verdaderos campos de problematización y a la vez de estudio para todas las disciplinas de las ciencias sociales. Interrogantes que ni siquiera nuestros abuelos y abuelas podían imaginar, hoy se han vuelto recurrentes y la cuestión femenina, seguida de la perspectiva de género, invaden poco a poco gran parte de la problemática sociológica.

En este sentido y antes de entrar en el tema propiamente dicho, quisiera retratar con ustedes algunas de las razones que volvieron prioritarios estos interrogantes sobre lo femenino y lo masculino, y no sólo prioritarios sino de una gran pertinencia ético-sociopolítica.

En una segunda parte esbozaremos lo que puede significar hoy este nuevo devenir femenino que, por supuesto, no puede dejar por fuera la pregunta por lo masculino. A medida que surge una nueva mujer, una nueva ciudadana, ella trastoca obligatoriamente los viejos pilares, los viejos parámetros de una masculinidad tradicional. A nueva mujer, nuevo hombre. Lo uno no puede ir sin lo otro. Y terminaremos con unos comentarios que nos ayuden a visualizar algunos

* Conferencia presentada en el marco de la Cátedra Pública de la Universidad de Antioquia.

obstáculos, algunas resistencias que encontramos en el camino a sabiendas de que las mujeres ya entendieron que ser realistas es pedir lo imposible. Con su particular realismo, pidieron lo imposible y están logrando volverlo poco a poco posible.

SITUEMOS ENTONCES EL TEMA

¿Por qué, al final del siglo XX, se problematizan lo femenino y lo masculino? Existen por supuesto un conjunto de razones tanto sociopolíticas como filosóficas y epistemológicas que nos ayudan a entender el porqué hoy de la pregunta por lo femenino y lo masculino.

De hecho, la visibilización de las mujeres y la construcción y transformación de su condición tanto sociológica como subjetiva, obedecen —desde la segunda mitad del siglo pasado en casi todo el mundo occidental y específicamente desde la década del sesenta en Colombia— a sus propias luchas por los derechos de ciudadanía o sea por una democracia real que las incluya y por igualdad y equidad en todos los espacios de la vida, pero también a grandes coyunturas ideológicas, sociológicas, económicas y políticas del país en general.

Es importante entender que, al lado, o acompañando las luchas de muchas mujeres, sufragistas en los años cincuenta, feministas más tarde e integrantes del movimiento social de mujeres en las décadas del setenta y del ochenta, existe un país que pretende modernizarse y que entiende un poco a poco que no hay manera de modernizarse, industrializarse e incluso hoy internacionalizarse o globalizarse sin la modernización de sus sujetos —hombres y mujeres— sin la inclusión, integración y participación de las mujeres a este proceso. Modernizar una nación significa no sólo nuevas tecnologías y nuevas economías de mercado, significa ante todo secularizar, transformar y modernizar a los hombres y a las mujeres que la conforman. En otras palabras, significa trabajar en el campo de las subjetividades, construyendo nuevas identidades con el fin de generar nuevos sujetos y nuevas sujetas.

Las mujeres de los años treinta, nuestras abuelas, nuestras madres, en su mayoría sin derecho al voto, sin posibilidad de administrar sus bienes, sin acceso o con muy difícil acceso, a la educación formal, sin voz, sin representación política, sin igualdad jurídica y bajo el yugo de la potestad marital, difícilmente podían participar de la dinámica de la modernidad que, por supuesto, fue mucho más rápidamente accesible a los varones. De hecho, sabemos, la gran mayoría de las mujeres del mundo occidental tuvieron que esperar casi dos siglos más que los hombres para que el famoso grito emancipador de la revolución francesa “libertad, igualdad y fraternidad” o el calificativo de ciudadana, tuvieran algún sentido para ellas. Incluso cuando Olimpia de Gouges quiso protestar por la Declaración de los Derechos

del Hombre y del Ciudadano, declaración que no nombraba una sola vez a las mujeres a pesar de su enorme participación en los grandes momentos de la Revolución Francesa, se ganó la guillotina en 1791.

Era necesario entonces transformar a esta mujer, a esta metáfora de lo femenino que una feroz historia patriarcal había construido a lo largo de los siglos; una mujer pasiva sexualmente, dependiente económicamente, frágil subjetivamente y eterno objeto al servicio de los otros, con una existencia bajo la tutela del padre, del hermano mayor o del marido, como sin mayoría de edad, y dotada de un cuerpo disciplinado, tan disciplinado que ausente a ella misma.

Una mujer afuera de los circuitos del poder, del saber y del placer, o sea, afuera de la cultura, generalmente acompañada, si se puede llamar a esto acompañamiento, de un hombre ciegamente cómplice de una cultura androcentrista que lo ubicaba en un espacio privilegiado y le otorgaba múltiples ventajas.

Pero poco a poco y bajo la presión de una dinámica de modernidad del país y de las mismas luchas de las mujeres, ellas, después de obtener el derecho al voto en 1954 y ejercerlo por primera vez en 1957, ingresan al mercado laboral (50% de las mujeres son asalariadas hoy, pero ninguna mujer ha dejado nunca de trabajar pues no nos olvidemos de este otro trabajo invisible que es el trabajo doméstico, bellamente llamado aquí “el oficio”). Ingresan en el ámbito del saber académico después de siglos de un alejamiento forzoso. Entendimos hoy que el saber es poder y sabemos también que el costo de todas las que trataron de acceder de alguna manera a él, antes de tiempo, fue —en el mejor de los casos— el de ser tildadas de locas, brujas o histéricas, pero en el peor, el de terminar encerradas en conventos o manicomios o sencillamente en la hoguera por tanto atrevimiento. Aprenden a controlar su fecundidad y recuperar, aun solo simbólicamente, el control de su cuerpo, lo que les permite separar por fin sexualidad y reproducción y descubrir una sexualidad gozosa que las liberaría poco a poco de este destino anatómico en el cual nos había encerrado una historia profundamente misógina.

Paralela y consecuentemente a la transformación de su condición, las mujeres empiezan a visibilizarse en todos los espacios de la vida, pero particularmente en los espacios *públicos* tradicionalmente reservados a los hombres; empiezan a escribir, a producir ciencia desde una nueva mirada, a hablar y a expresarse después de siglos de silencios. Empiezan tímidamente a participar en política, desafortunadamente no siempre desde otra perspectiva, otra mirada que les permitiera nuevas prácticas del ejercicio de la política, porque es esto lo verdaderamente importante, si no la política seguirá siendo un asunto de hombres con mujeres uniformadas de hombres.

La visibilización de las mujeres y su reconocimiento no se produce sino desde el reconocimiento de sus diferencias existenciales y particularmente de la diferencia sexual; desde el convencimiento de que existen asuntos e intereses que solo las mujeres están en capacidad para pelear. Las mujeres no pueden olvidar que cada una de las cosas que han ganado —el sufragio, la igualdad política y jurídica, el derecho al saber, un mínimo de derechos sexuales y reproductivos entre otras cosas—, las han ganado ellas. Como dicen las feministas italianas, nada les ha sido concedido ni regalado a las mujeres. Y hoy sus voces, sus palabras ya no denotan histeria sino que hacen historia porque la histeria también tiene su historia. Además se sienten cada vez más acompañadas por una enorme producción teórica feminista, por posgrados en Estudios de Género que se abren en todas las universidades del mundo, hechos que les proporcionan una argumentación cada vez más sólida; se sienten también relativamente escuchadas y comprendidas por el Estado y sus políticas que, poco a poco, a partir de la década del ochenta, las incluye, y por supuesto, por una nueva Constitución que por fin las nombra y las reconoce. Sin hablar de las cumbres mundiales en las cuales participan movimientos sociales de mujeres, feministas y ciudadanas cada vez más escuchadas por ser portadoras de proyectos serios para un mundo mejor. No hay una cumbre mundial ahora que no tenga una fuerte participación de mujeres que visibilizan con mucha fuerza y a veces valentía sus propuestas.

Pero también existe en este siglo que comienza todo un clima de pensamiento renovador que resalta la voz de nuevos sujetos en el escenario social. Y con esto me refiero esta vez a las razones de orden filosófico y epistemológico. No obstante todo lo mencionado en el orden sociopolítico que favoreció la transformación de la subjetividad femenina, existe también un contexto de pensamiento y de reflexiones, algo como un telón de fondo que acompaña el surgimiento de las mujeres en cuanto sujetos históricos y de derecho. Se trata esta vez de los aportes de un examen crítico a la cultura patriarcal; una mirada que devela nuevas modalidades de circulación de poder en todos los espacios de la vida y específicamente en el ámbito de lo privado, entre hombres y mujeres. De hecho se trata de una crítica a los discursos de la famosa modernidad, su universalismo y sus discursos, los cuales, bajo una ilusión de simetría, nos querían hacer creer que la categoría de Hombre con H mayúscula era suficiente para nombrarnos a todos y todas.

Y es gracias a esta mirada crítica o mirada de la sospecha — como la nombramos a veces— que pudimos descubrir que detrás de este gran sujeto único y su pretensión de universalismo, se escondía

un varón de raza blanca, burgués, judeocristiano y heterosexual; un varón que se había vuelto el referente único de la gran mayoría de los discursos de la modernidad. Los discursos filosóficos, éticos, políticos, jurídicos, científicos o estéticos escondían siempre una figura masculina y habían sido producidos todos desde un contexto que excluía las diferencias. En otras palabras, todos y todas los y las que no podían reconocerse en esta figura tenazmente varonil y burguesa, tenían que esperar mejores tiempos. Fueron las miradas de grandes feministas de la talla de una Simone de Beauvoir, Carla Lonzi (cuya tesis de doctorado se llamó “Escupo sobre Hegel”), Luce Irigaray, Celia Amorós o el grupo de mujeres de la librería de Milán que demostraron todas, entre otras cosas, la impresionante ceguera de la filosofía occidental en relación con la diferencia sexual o la ausencia casi total de mujeres en la ética y en la política; también historiadores e historiadoras, literatas, psicoanalistas como Julia Kristeva o Christiane Olivier que operan una nueva lectura a la obra de Freud desde la mirada de Yocasta y no tanto de Edipo, por no citar sino algunas europeas. Es así como, gracias a una verdadera crisis de los viejos paradigmas y discursos de una modernidad que no había sido capaz de cumplir con sus promesas, se puede indagar hoy los discursos de la alteridad, los discursos de las diferencias, los discursos de todos los sujetos inesperados —como los llama un filósofo francés de la posmodernidad— que sean la negritud, los indígenas, los homosexuales y las lesbianas, los sin tierra, los habitantes de la calle, los ancianos, los jóvenes y, por supuesto, las mujeres. Las mujeres en cuanto género específico, pero también en cuanto a categoría que atraviesa todos los otros grupos mencionados. No es lo mismo ser negro que negra, obrero que obrera.

De verdad, después de siglos —por lo menos dos— de un universalismo uniformador, homogeneizador, esperemos que el siglo XXI deje aflorar cada vez más las diferencias con el fin de que reencontremos la riqueza de la diversidad y de la pluralidad de lo humano que el Sujeto Único nos había escamoteado. La existencia de grupos capaces de afirmar sus diferencias (étnicas, religiosas, sexuales u otras) es garante del pluralismo cultural y por consiguiente de la vida misma de la sociedad. No lo olvidemos.

HACIA UNA NUEVA CIUDADANA

Es así como las mujeres ocupan hoy nuevos lugares sociales y desempeñan nuevos roles borrando viejas fronteras entre hombres y mujeres, entre lo público y lo privado. Es así como los viejos equilibrios patriarcales se están rompiendo frente a otras prácticas de sí, prácticas hondamente transformadoras de las mujeres que aprenden poco a poco a negar y

subvertir todos los elementos de la vieja metáfora de lo femenino. Este hecho por supuesto problematiza lo que nunca había sido problematizado: lo femenino y lo masculino, el encuentro entre hombres y mujeres y finalmente este famoso devenir de ellas y ellos en cuanto nuevos y nuevas ciudadanas. Porque si bien sabemos que hoy este devenir está al orden del día en el escenario social, esto no significa automáticamente que tenemos todas las respuestas en cuanto a su construcción. Es un proceso que tomará tiempo (por esto me gusta tanto la expresión “devenir”). En este sentido y en esta segunda parte solo esbozaré algunos elementos de este devenir que ya están en construcción enfatizando más el devenir femenino por razones obvias. No me parece lógico que sean las mujeres las autoras intelectuales del devenir masculino. Son ellos, los hombres, estos hombres asustados de principio de siglo, que tienen que preguntarse si quieren seguir al lado nuestro y lo que hay que hacer para esto. Además, las mujeres no queremos incurrir en el mismo error que tanto hemos criticado a los hombres. No queremos decidir por ellos.

Miramos entonces lo que se está trabajando en relación con una nueva manera de ser mujer en el mundo, lo que llamamos “nueva ciudadana frente al nuevo milenio”. Y ahí solo mencionaré dos o tres condiciones psicosociológicas sin las cuales no habría manera de construirse desde parámetros modernos de ciudadanía.

Tal vez lo primero que es necesario deconstruir para dar un nuevo sentido a la existencia de las mujeres y a su participación en cuanto ciudadana, ha sido la milenaria ecuación Mujer = Madre, dando lugar a una nueva, significada esta vez por Mujer = Sujeto, generando así nuevas fertilidades, ya no sólo genealógicas por medio de sus hijos e hijas, sino culturales, que permitan hacer sentido históricamente y entrar en lo que llamé los circuitos de la cultura. Era necesario romper con esta creencia, tan sutilmente naturalizada por siglos de patriarcalismo, de que la maternidad era nuestro *único destino, nuestro único proyecto de vida que* teníamos que asumir como una especie de fatalidad biológica. A partir de una maternidad por opción, ahora posible gracias a los progresos de la medicina y a la legalización del aborto en la mayoría de los países occidentales, la feminidad se enriquece de una dimensión ética sabiendo que solo quien es libre tiene acceso a la ética, y se enriquece de una nueva perspectiva que vuelve a dar su sentido de privilegio a la maternidad en un país en el cual 50% de los embarazos son indeseados y vividos como fatalidad. La ciudadana del nuevo milenio será —si ella lo desea, y sólo si ella lo desea— madre, pero madre liviana, gozosa y desculpabilizada porque sus hijos e hijas tienen también un padre, un padre presente y comprometido en la vida cotidiana, este nuevo padre que aprendió a gozar su paternidad desde el deseo de ser padre y no sólo como prueba de su virilidad; madres que no devoren a sus hijos o

hijas porque tienen ahora diferentes proyectos de vida al único proyecto materno; madres felices porque son mujeres realizadas y participativas, construyendo hijos e hijas, quienes al mismo tiempo que descubren a una madre, reconocen o conocen a una mujer.

Así, para tener la condición de ciudadana del nuevo milenio es indispensable existir desde un ser de sí, abandonando para siempre esta condición de una existencia exclusivamente mediada por los otros, al servicio de los otros. Un ser de sí, con capacidad para actuar sobre sí misma, dejando de ser mujer objeto, mujer florero, hermana de, hija de, mujer de fulano de tal y madre de cuatro hijos. *Única manera de pasar de una condición de subordinación y dependencia o heteronomía a un registro de afirmación de sí misma y de autonomía; autonomía económica por medio de una redistribución de las tareas domésticas entre hombres y mujeres, de las relaciones de poder y de la circulación de dinero; autonomía erótica desde la cual las mujeres se vuelven dueñas de su propio cuerpo y sujetos de su propio deseo, expresan y gozan su sexualidad; adquieren derechos sexuales y reproductivos y su cuerpo deja de ser objeto de abusos y apropiaciones de toda clase. Y, finalmente, autonomía subjetiva que de alguna manera es la resultante de la económica y erótica y que significará, a la larga, una nueva salud mental para las mujeres.*

Sin estas condiciones, únicas en proporcionarnos autoestima, concepto que las feministas reemplazaron por el de empoderamiento, palabra fea que tiene hoy varias acepciones, pero que para mí significa, ante todo, el reconocimiento de la autoridad femenina por parte de las propias mujeres. Si no nos reconocemos a nosotras mismas y no creemos en nosotras mismas en primer término, ¿cómo hablar de ciudadana para el nuevo milenio?, ¿cómo participar políticamente?, porque puede parecer paradójico pero son las mismas mujeres las más difíciles de convencer de su propia autoridad. Sí, ojalá las mujeres sean las primeras en convencerse de esto: su autoridad en cuanto mujer, su reconocimiento en cuanto mujer, su reconocimiento y el de las otras. Reconocer a las otras. Volverse solidarias y cómplices en lugar de seguir siendo eternas rivales tal cual las peores telenovelas venezolanas o mexicanas en las cuales toda mujer es mosquita muerta para la otra, hecho tan bien utilizado por el patriarcalismo —quiero decir por los hombres— quienes, en el fondo, intuyen la fuerza potencial de las mujeres cuando se vuelven solidarias. Y desde la solidaridad construir nuevos espacios para el “nosotras”, para el “ellas”, para que circule nuestra palabra, esta palabra que poco a poco está rompiendo el silencio milenario nuestro y desordena la hegemonía de la palabra masculina y de los discursos patriarcales.

Estas son algunas características de la ciudadana del nuevo milenio. Solo algunas. Ahora bien, y ya lo mencioné anteriormente, esta

nueva ciudadana tendrá lógicamente un nuevo compañero, un nuevo amante, un nuevo ciudadano a su lado. No podríamos seguir hablando de este tan esperanzador devenir femenino sin ubicar paralelamente un nuevo devenir masculino. Pero ahí solo mencionaré algunas características generales porque —repito— no me siento autorizada para trazar el camino de la masculinidad. Solo puedo dejar aflorar mis fantasías, mis ilusiones. Pero serán ellos quienes decidirán sobre lo que quieren ser. Necesitamos, creo yo, compañeros *cómplices*, solidarios, presentes en el ámbito de lo privado y dispuestos en redefinir roles, redefinir sujetos y objetos del deseo, descentrándose y reconciliándose con su feminidad de la cual se habían dejado mutilar por una cultura machista. Necesitamos compañeros de la vida y no amos para un mundo masculino, violento y excluyente. Necesitamos compañeros firmes y sólidos pero tiernos y sensibles, capaces de acompañarnos en esta fantástica aventura de construir futuros más amables para nuestros hijos e hijas. Solas no lo lograremos. Quiero que quede claro que las mujeres, ciudadanas del nuevo milenio, queremos seguir amando a los hombres pero ya no a cualquier precio. Esto es lo que ha cambiado: el precio. Y afirmo esto porque sé que existen dudas. Es que tan pronto las mujeres se atreven a subvertir un orden que las excluía pero tan confortable para los hombres, tan pronto las mujeres hablan desde ellas, desde su subjetividad y sus diferencias y lo hacen públicamente, cuando hace 5.000 años que los hombres hablan sólo de ellos, desde sus vivencias de varones, las tildan de feministas como si este calificativo fuera denigrante o sinónimo de sarampión contagioso que nos hace odiar a los hombres y crecer el bigote, cuando para mí es uno de los más bellos calificativos para una mujer de este principio de siglo. No nos olvidemos de que la revolución de las mujeres es la única triunfante de este siglo en las cuatro esquinas del mundo occidental, la única revolución que sigue caminando y que logró transformar tan hondamente la vida cotidiana sin ejércitos, sin tanques, sin fusiles y sin un solo muerto, y todo esto gracias al feminismo y a las feministas.

Las mujeres del nuevo milenio queremos construir una nueva ética del amor, una nueva *ética de la vida*, una *nueva ética política*, desde nuevos parámetros como lo son la equidad, la justicia social, la igualdad jurídica y política y la valoración de las diferencias. Sólo así seguiremos amando a los hombres.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Todo esto suena lindo, pero tenemos que saber —las mujeres y los hombres de cambio— que el camino es difícil y lleno de obstáculos. Ningún cambio se obtiene sin costo, sin duelo, y tenemos que saberlo y prepararnos para esto. Construirse desde la autonomía y participar tiene su

precio. El precio es la angustia, la angustia que proporciona la libertad, la ética, las opciones; la angustia que proporciona el hecho de abandonar algo conocido, abandonar la compañía y la aprobación social aun cuando esta compañía maltrataba, abusaba y humillaba. Construirse desde la autonomía significa no temer a la soledad, esta soledad sinónimo de riqueza interior, de complicidad, de rebeldía, de desorden y de vida. A toda mujer que prefiere estar mal acompañada que sola, la dejaremos en el camino que escogió, pero existe otro y ella lo sabe, sólo que no está lista todavía para afrontar lo que significa. Sí, este nuevo devenir de ciudadana moderna nos señala un camino que no sólo es de rosas, un camino duro, a veces casi demasiado exigente, pero repito, no existe cambio sin duelo. Es evidente que hay que saber abandonar algo o alguien en el camino si queremos construirnos desde un proyecto de vida que no erradique más la subjetividad nuestra sino que la inaugure en toda su dimensión y su potencialidad. Desordenar imaginarios, desarticular prácticas milenarias, romper viejos consensos y luchar contra ideas muy arcaicas es sumamente subversivo y por consiguiente agotador, pero hay que saber también que muy pocas mujeres, por no decir ninguna, que iniciaron este camino están dispuestas a dar un paso atrás.

Todo o casi todo lo nuestro hoy es inaugural, ¡cómo no va a ser duro! Por supuesto que es duro. Pero también el goce está ahí, este goce que todavía nos da miedo y nos hace sentir culpa... *Y ahí no* me refiero solamente al goce de una sexualidad nuestra, al goce erótico, me refiero también al goce de saber o sea de ser, a este goce existencial que nos había sido prohibido.

Ahora y en cuanto a esta nueva manera de ser en el mundo de las mujeres que traté de esbozar con ustedes, creo que puede ser de alguna utilidad para esta ciudadana frente al nuevo milenio. Pero quiero añadir algunas cosas. Quiero enfatizar que ser ciudadana significa, ya lo habíamos mencionado, ser sujeto político, histórico y de derecho. Pero sin olvidar que lo político y lo histórico se están redefiniendo desde la afirmación tan bella de que lo personal, lo privado, es también político. O sea que no se es político sólo desde el ámbito de lo público y de los espacios tradicionales de la política. Existen hoy (y esto es muy importante para las mujeres) varios sitios desde donde hacer política. Nuevos espacios. Lo político se ejerce desde el patio de atrás, desde la cocina, desde la cama conyugal, desde las prácticas de vida cotidiana en su conjunto y desde una nueva actitud frente a viejas costumbres, viejos hábitos. En este sentido para volvernos ciudadanas del nuevo milenio es imprescindible aprender poco a poco a negar las carencias que la historia nos había atribuido: las mujeres no somos varones mutilados, inacabados, su clítoris no es un pene subdesarrollado, y su manera de habitar el mundo no es ni más ni menos válida que la de los hombres.

Tenemos que aprender a negar nuestra condición de improductividad reconociendo, entre otras cosas, el valor del trabajo doméstico que representa aproximadamente 25% del producto mundial bruto. Además, ¿quién dice que la socialización de niños y niñas es una práctica social improductiva sólo porque no entra en los circuitos de la plusvalía o sea de intercambios comerciales? Tenemos que aprender a negar nuestra invisibilidad, lo que significa seguir trabajando sobre lo simbólico, ser vigilante con el lenguaje, esta herramienta que construye mundos, y recordar siempre que lo que no se nombra no existe. También es necesario reconocer la integralidad de cada cual, negar el carácter secundario de nuestras reivindicaciones. A partir del reconocimiento de las diferencias existenciales de hombres y mujeres no pueden existir reivindicaciones más o menos importantes según el sexo. Tenemos que olvidarnos de la culpa, este obstáculo “maternizante” que paraliza nuestra participación tantas veces. Romper el aislamiento construyendo redes de solidaridad, abriendo nuestra puerta a las vecinas, reconstruyendo una verdadera ética de lo colectivo. Finalmente añadiría no temer nunca más ser lo que deseamos ser y convencerse de que todo lo que es bueno para las mujeres es bueno para los hombres y que cuando las mujeres de un país avanzan, el país avanza.

De verdad, así seremos estas nuevas voces, estas otras maneras de hacer política, de participar, de construir ciudadanía, y de ser portadoras de unas utopías que el nuevo siglo necesita tanto. *¡El siglo XXI será el siglo de las mujeres!* Y si no me creen porque es una mujer quien lo dice, quiero que sepan que muchos hombres lo piensan y lo dicen también, sin miedo, sin hacer chistes sexistas y flojos, con confianza, como lo hace Gabriel García Márquez, que escribió hace poco en la revista *Time* en un artículo que se llama “Más allá del año 2000: la única idea nueva que podría salvar a la humanidad en el siglo XXI es que las mujeres asuman la dirección del mundo...”. Terminaré con una frase de Jacques Lacan que nos implica a todos y a todas frente al nuevo milenio: “No es posible contentarse con darle su lugar a una nueva verdad, pues de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella”. Gracias.

Nina S. de Friedemann

*HUELLAS DE AFRICANÍA
EN COLOMBIA*

NUEVOS ESCENARIOS DE INVESTIGACIÓN

INTRODUCCIÓN

En Colombia, los estudios de grupos negros en el campo de las ciencias sociales aún siguen sufriendo problemas de invisibilidad, entendida ésta como una expresión de discriminación, que se manifiesta en la ausencia académica de programas oficiales de enseñanza e investigación. Los problemas son notorios al examinar el volumen de trabajos que, por ejemplo en el campo de la antropología, se ha dedicado a los grupos indios, que desde hace casi cincuenta años han suscitado el mayor interés de esta disciplina.

Desde luego que durante todos estos años, los estudios de grupos negros contaron con investigadores pioneros que iniciaron la tarea que aún no ha concluido: la de obtener una legitimidad para el tema como objeto de estudio científico.

A partir del decenio de 1940, pioneros como Rogerio Velásquez (1948, 1952, 1957), José Rafael Arboleda (1950, 1952), Aquiles Escalante (1954, 1964) —en el campo de la antropología— y otros estudiosos en ámbitos de la música o de la literatura oral (Zapata Olivella, D., 1962; Zapata Olivella, M., 1960; Abadía, 1962), acogieron los plan-

* Este texto pertenece al libro *Huellas de africanía en Colombia. Nuevos escenarios de investigación* 1992 (Bogotá: Ed Centro virtual Cervantes).

teamientos difusionistas de la escuela de continuidad afroamericana (Herskovits, 1938 y 1945), que en ese momento fueron útiles para reclamar el pasado africano del negro en América, frente a su imagen desnuda de cultura.

No obstante, las barreras académicas se mantuvieron. Con cátedras sobre negros, llamadas electivas, los estudiantes tuvieron la oportunidad de no tomarlas, ya que tampoco se ofrecían como requisito para obtener entrenamientos especializados. Este panorama ha cambiado ligeramente. Los encuentros internacionales y unos pocos a nivel nacional han sido foros activos de reclamo. Sin embargo, es el ejercicio de la etnicidad de variadas agrupaciones de profesionales negros y también de algunas comunidades, el factor que estimula el cambio que se gesta en universidades y otros ámbitos de la educación formal.

Desde 1980, por ejemplo, el Movimiento Nacional Cimarrón trabaja en diversas regiones del país siguiendo normas entre las cuales se destaca la de “rescatar, realzar y desarrollar la identidad étnica, cultural e histórica afrocolombiana” (1984: 2). Así, una que otra escuela de antropología empieza a darle cabida a cátedras específicas sobre poblaciones negras colombianas, y a la posibilidad de ofrecer alguna sobre historia de África.

Pero la ausencia de un esfuerzo continuado en la academia, actualmente reclama la adopción de alternativas metodológicas de encuesta y de exposición de datos. Y desde luego la urgencia de emprender más escrutinios en los viejos terrenos de la investigación: aquellos del tambor, la danza, la procesión o los clásicos archivos. Claro que etnografía y etnohistoria deberían complementarse con investigación arqueológica y más investigación lingüística, particularmente en lugares tan específicos como los asentamientos de palenques o las zonas de minería del oro o haciendas y estancias donde los descendientes de los antiguos africanos todavía comparten los sitios de vivienda y trabajo de sus antepasados.

Así, el encuentro y la precisión de nuevos materiales podrían contribuir a la recuperación y al análisis de la memoria cultural de los grupos negros y de su legado africano, un ingrediente necesario para aclarar problemas de la identidad cultural no sólo en Colombia, sino también en otros países de América. Desafortunadamente, como se dijo anteriormente, aunque el panorama de discriminación académica contra estos estudios ha variado ligeramente, el cambio necesario todavía no es significativo.

REINTEGRACIÓN ÉTNICA Y ETNOGÉNESIS

En trabajos que he publicado en años y en meses pasados me he referido a las huellas de africanía que aparecen en los ámbitos expresivos

de cultura negra en Colombia. Al hacerlo en el campo de la religiosidad (Friedemann, 1988 y 1989) he destacado la compleja dinámica sociocultural de innovación, creatividad y transformación, sin negar la participación de supervivencias. Y entre éstas no solamente las africanas, sino también las europeas y las aborígenes (Friedemann, 1984).

Considero, sin embargo, que en el estado actual del análisis antropológico de grupos negros en Colombia, para hablar de huellas de africanía, es preciso referirse a los procesos de reintegración étnica ocurridos entre los esclavos desde el siglo XVI, de manera simultánea a la trata, cuando gente de igual o similar procedencia cultural volvió a encontrarse en escenarios distintos a los de su cotidianidad africana. Esos procesos de reintegración étnica serían los marcos para la génesis de nuevos sistemas culturales afroamericanos, los cuales debieron haberse iniciado tan pronto como en las factorías de las costas africanas se juntaron a las primeras víctimas del comercio de la trata.

La dinámica de esta génesis ha sido discutida por Mintz y Price (1976) con relación a la diáspora africana. Dinámicas análogas, como parte de una propuesta de explicación teórica sobre control cultural en la formación de grupos étnicos diferenciados, entre ellos los de cultura negra, han sido examinadas por Bonfil Batalla recientemente (1986). A esas dinámicas en las relaciones interétnicas este autor las ha denominado etnogénesis.

A continuación voy a mencionar algunas de las condiciones en que debió desenvolverse la reintegración étnica, que básicamente se define como el reencuentro de individuos de proveniencia cultural idéntica o similar; después de haber sufrido violenta separación de sus grupos. Hay una reintegración pasiva que aparece manifiesta principalmente en los primeros cabildos-nación, y que ocurre en ausencia de poder de decisión de los sujetos víctimas de la esclavitud. Y hay una reintegración activa que ocurre en los palenques, que fueron bandas y grupos de guereos movidos por decisiones conscientes y una planificación de la acción hacia fines concretos. Cabildos y palenques son instituciones que surgen en la colonia en territorios que actualmente son parte de países como Colombia, Panamá, Cuba, Perú y Venezuela, entre otros.

La táctica de desarticular social y culturalmente a los prisioneros siguiendo un patrón de heterogeneidad tribal o regional, buscaba ejercer un dominio del comercio, sin sobresaltos y mediante la atomización de los grupos de esclavos. Con todo, cabe preguntarse el grado del éxito alcanzado, frente a una homogeneidad de condiciones compartidas, que debieron provocar similares reacciones. Con la vida amenazada, la familia destruida, perdida la tierra y sumergidos en la incertidumbre bajo el sol, en la sombra o debajo de la luna, las

víctimas buscaron momentos de interacción. Un primer gesto de compasión mutua pudo convertirse en un hilo de comunicación que con otros similares urdiría la trama de futuros tejidos sociales.

Efectivamente, Mintz y Price (1976: 22) citan testimonios sobre el inicio y la permanencia de relaciones diádicas de sentimiento filial entre compañeros de navío, establecidas en el paso de África a América. Datos como estos sirven para entender vivencias subyacentes a instantes de etnogénesis cultural entre esclavos. Y que muchos años después aparecerían expresadas en vocablos lingüísticos simbólicos de lazos sociales. En Surinam, dicen los autores citados, *Sippi* era el término usado para señalar a individuos que habían compartido navíos de esclavos y que sobrevivió con el significado simbólico de un infortunio común. En el litoral Pacífico colombiano, dentro de la organización social de comunidades pesqueras la amistad entre diadas de hombres es un sentimiento que, aunque paralelo a las relaciones de cada una de las partes con el sexo opuesto, nunca es reemplazado o sobrepasado. El término que en algunos lugares designa la diada es *mano o mi hermano*, y el símbolo es de amistad filial.

Al enfocar momentos cruciales de etnogénesis en escenarios de relaciones interétnicas de imposición y resistencia, es preciso tener en cuenta la condición cultural del grupo sometido al tratamiento asimétrico. Los africanos en la trata, desnudos de sus trajes, armas y herramientas, desposeídos de sus instrumentos musicales y de bienes terrenales llegaron con imágenes de sus deidades, recuerdos de los cuentos de los abuelos, ritmos de canciones y poesías o sabidurías tecnológicas. Es decir, en términos de Gregory Bateson en su libro *Pasos hacia una ecología mental* (1972), lo que trajeron fue un equipaje de información cifrada en lenguaje iconográfico, traducido en sentimientos y aromas, formas estéticas, texturas, colores y armonía, como parte de la materia prima para la etnogénesis de nuevas culturas en América.

ETNOGÉNESIS Y ECOLOGÍA MENTAL

Así pues, en el estado actual de los estudios de las culturas negras, se descarta el hecho de que el bagaje iconográfico traído por los africanos —en su mayoría adultos saludables— hubiera podido ser aniquilado. Más bien empieza a explorarse el proceso de cómo tales iconos o representaciones simbólicas, denominadas en este trabajo *huellas de africanía*, han llegado a reflejarse en los sistemas de las culturas negras.

El propósito es el de conocer la dinámica del control cultural (Bonfil Batalla, 1986) mediante la cual elementos iconográficos de las culturas africanas penetraron el lago del subconsciente de los portadores de las nuevas culturas negras, para surgir en expresiones y

circunstancias sociales que han sido objeto de investigación y que actualmente se someten a análisis comparativos. Fiestas de santos, carnavales, velorios, rituales de funebria o danzas acuáticas en honor a figuras sagradas, celebrados en amplios horizontes geográficos son ricos escenarios sociales.

Pero la precisión de un conocimiento más específico que involucre planteamientos de etnogénesis y ecología mental, sugiere la adopción de unas estrategias de encuesta distintas a las que convencionalmente se han venido usando. Recientemente, por ejemplo, Michaelle Ascencio, antropóloga y escritora haitiana residente en Venezuela, logró encontrar reflejos de tales procesos en los ritmos de su cotidianidad y los plasmó en su libro *Lecturas antillanas* (Caracas, 1989). Aunque ella no especifica el método, sí anota que se trata de una búsqueda de recuerdos en su memoria. Resultado de ese esfuerzo aparece, por ejemplo, en las visiones de la mujer que en Port-au-Prince en un momento corre a mimar a un niño que grita. Lo alza y “al tenerlo en sus brazos —dice— comparte con él el impulso de sus breves pasos cadenciosos que golpean el piso con firmeza imitando el tambor que lleva dentro:

Ah tan tan-tan ran tan
ah tan tan-ta ran tan”.

Ascencio contrapone esta escena a la siguiente, donde ella siendo todavía una niña experimenta la diferencia del ritmo y del movimiento simbólico del tambor; con aquel otro de la ronda francesa que ella tenía que entonar a diario en el colegio:

...sur le pont d'Avignon
-on y danse -on y danse

Ese era el mismo colegio —reflexiona ahora— donde la religión católica y la lengua francesa se imponían al vodú y al creole, su lengua materna.

El trabajo de Ascencio se inscribe en la autoencuesta experimental que con un método específico podría tomar cuerpo entre individuos estudiosos de su propia cultura. Método éste que podría constituir una alternativa de investigación para solucionar, en parte, la ausencia de interés formal y continuo en la academia de las ciencias sociales en torno a los estudios de grupos negros. Efectivamente, Tomás Torres, un estudiante de antropología, oriundo de Neguá, una comunidad negra en el Chocó colombiano, dirigido por el antropólogo Jaime Arocha, tomó la alternativa. Su trabajo de grado consistiría en encontrar una dilucidación cultural sobre la tradición musical de su

región. Él mismo ha sido intérprete profesional del tambor y la explicación que siempre oyó era que “la música le venía por vena”. Igual que a su abuelo, magnífico flautero; su abuela, cantora de alabaos; sus tíos, músicos incansables.

Arocha inició a su alumno Torres en el uso del diario intensivo como instrumento estimulante para la producción espontánea y posterior descripción y análisis de cadenas iconográficas (Arocha, 1989: 2). El diario, desarrollado por el psicólogo Ira Progoff y adaptado por Arocha dentro de la técnica del “informante único”, le dio a Tomás Torres una herramienta singular para su trabajo de grado y además le permitió realzar significados de su identidad relacionados con la cultura en la región del Chocó. Con otras técnicas de investigación logró expresar la cotidianidad de su experiencia en un poblado donde, como dice él, se duerme y se despierta con música y se nace y se muere también con música.

En la monografía *Neguá: música y vida* (MS, 1989), resultado de este experimento, se leen, por ejemplo, los primeros recuerdos de ritmo y percusión con los que Torres inició su viaje hacia la memoria iconográfica. En la escena, su abuela Mamá Chon es el personaje principal que juega con un niño de cinco meses. Lo hace brincar encima de su estómago al tiempo que le canta:

Yo no so pendejo
Yo so sabido.

Cuando Torres recordó esta escena él mismo se sorprendió golpeando el escritorio con el ritmo del tambor y repitiendo el canto de Mamá Chon. Éste, además, fue el momento crucial cuando Torres empezó a asumir el papel de informante, analista y escritor, adoptando, conforme dice Arocha, una identidad inédita en la antropología colombiana (Arocha, 1989: 2; Torres, 1989: 13 y 113).

CABILDOS NEGROS: REFUGIOS DE AFRICANÍA

Volviendo al tema de la reintegración étnica y a las circunstancias en las que tuvo que manejarse la táctica de producir grupos heterogéneos de esclavos, hay que admitir que en ocasiones debieron ser tenues las posibilidades de mantener niveles significativos de diversidad tribal o regional. Veamos. El tráfico transatlántico tenía que ajustarse a las corrientes marinas y a los vientos. Entonces, en no pocas ocasiones, los prisioneros debieron quedarse en las factorías varios meses. Si entretanto otro grupo de capturados llegaba, éste eventualmente podía contener individuos de un mismo origen. A coincidencias como ésta pudieron sumarse otras resultantes del sis-

tema de adquisición de víctimas, que podían resultar de proveniencia común cuando las transacciones cobijaban a un grupo vencido en una guerra intertribal, que luego era conducido a las factorías que alimentaban las naves.

Pues bien, en Colombia hay testimonios documentales de que esta reintegración étnica ocurrió. El historiador Nicolás del Castillo (1982), mediante crónicas de la conquista, materiales sobre la historia del comercio transatlántico, mapas y diccionarios de las lenguas africanas, ha reconstruido un panorama temporal y de predominio étnico que resultó entre los esclavos llegados a Cartagena de Indias durante los siglos XVI al XIX. En efecto, él señala un total de cinco períodos que van de 1533 a 1811, en los cuales anota los grupos prevalecientes en cada uno de ellos:

1. 1533-1580	Yolofos
2. 1580-1640	Angola y Congo
3. 1640-1703	Arará y Mina
4. 1703-1740	Arará y Carabalí
5. 1740-1811	Carabalí, Angola y Congo

Estos datos ilustran específicamente el fenómeno de reintegración étnica en la institución de los cabildos de nación que así se llamaban porque cada uno tenía un dominio grupal. Eran Arará, Bibí, Congo, entre otros. Los cabildos negros en Cartagena principiaron en el siglo XVI escuetamente como enfermerías populares en barracas situadas junto al mar, húmedas y fangosas. Se establecieron con la aquiescencia de las autoridades españolas en el puerto.

¿Qué hacer con los prisioneros agonizantes y con los enfermos? En las barracas quedaban aquellos que no podían caminar o que parecían más extenuados. Y allí los que estaban recuperándose cuidaban de quienes acababan de llegar en el último navío. Pero en este tráfa-go el alivio del infortunio no era sólo físico, porque la desgracia era también cultural. Entonces el cabildo se convirtió en un refugio de africanía y tendió uno de los escenarios tempranos para la génesis de un nuevo sistema cultural en este lado del mundo.

Cuando los cabildos-enfermería dejaron de servir a los esclavistas como estaciones de recuperación porque los hospitales de San Lázaro y de San Sebastián en la ciudad recibieron a los enfermos, se inauguró en diversos lugares de Cartagena el cabildo-nación con el espíritu de las cofradías que desde el siglo XII existían en España y que cobijaban a etnias africanas y a otras etnias. Y aunque personajes del santoral católico fueron entronizados, la función de refugio cultural permaneció vigente. Así, tanto los cabildos-enfermería como los cabildos-na-

ción fueron centros de evocación y afirmación de valores, expresiones lingüísticas o gestuales, de imágenes, musicales o culinarias.

En el tiempo de los cabildos-enfermería, cuando la muerte golpeaba una de las barracas, el acontecimiento propiciaba escenarios activos de reintegración étnica. Plasmados en lamentos, lloros, percusión de tambores y cantos, como parte del complejo de memorias recreadas en torno a recuerdos funerales compartidos, en algunos de sus elementos con grupos del occidente y de África Central. La historiografía africana de ese tiempo y las crónicas de las costumbres de funebria ofrecen abundante información al respecto (Birmingham, 1966; Vansina, 1966).

Los antropólogos que han trabajado en comunidades negras contemporáneas en Colombia han hecho registros copiosos de velorios y entierros de adultos y niños. Tanto en la costa caribe colombiana, como en las tierras occidentales o en las comunidades ribereñas y marinas del litoral Pacífico habitadas por grupos emparentados biológica y culturalmente con descendientes de los africanos.

De todos modos en la colonia del siglo XVII, y cuando Pedro Claver ejercía su misión evangelizadora, estos ritos de funebria, los cantos y los tambores con danza en torno al muerto, ya causaban gran desazón entre las autoridades civiles y eclesiásticas. Tanto que al oír el tambor que retumbaba en la ciudad, Pedro Claver corría a las casas de cabildo y amenazándolos con látigo, les arrebatava las viandas que allí se preparaban para el sacrificio nocturno de acompañamiento al espíritu del difunto en su salida hacia el otro mundo. Llevándose como rehenes a los tambores, exigía un pago de rescate, en tanto que los tambores regresaban al cabildo (Valtierra, 1980).

Es apenas comprensible el forcejeo temprano provocado por estos ritos de la muerte cuando se aprende que en su trasfondo hay símbolos de una cosmovisión donde vivos y muertos habitan un mundo conformado por varios planos relacionados y compartidos. Y el culto a los muertos es un acto para que los habitantes de dos mundos dialoguen. Con razón la defensa y la resistencia de las comunidades negras frente a los embates aniquiladores de la religión católica. Que han sido neutralizados por ejemplo en regiones como el Chocó donde desde muy temprano en el siglo XVII el culto a los antepasados, a los ancestros, de modo inconsciente se disfrazó con los rezos católicos a las almas del purgatorio (Friedemann, 1988).

PALENQUES: ESCENARIOS DE RESISTENCIA CULTURAL

En oposición al gobierno colonial y como parte de las estrategias de huida y enfrentamiento (Carrera Damas, 1977) que han enmarcado los procesos de etnogénesis de la cultura negra en Colombia, la reinte-

gración étnica activa se dio en el cimarronaje. Bandas de esclavos huidos y trashumantes, en un comienzo compuestas por recién llegados, luego con el concurso de esclavos criollos y después hasta con negros libres urbanos, pero todos rebeldes y aguerridos se internaron en los montes. Luchaban por organizarse fuera de la sujeción española.

Aunque los cimarrones al agruparse no remedaran patrones africanos de rebeldía, tampoco podría negarse que memorias de un pasado guerrero y de asentamiento de sus poblados no se expresaran en las decisiones palenqueras. Desde luego que al proceso de formación de los palenques debieron contribuir una serie de nociones, cogniciones y valores con raigambres en los grupos de donde las gentes habían sido arrancadas, pero adaptados e innovados como respuestas a las urgencias del presente. Asimismo, puede hablarse de una impregnación de cultura negra con acentos palenqueros en amplios territorios del área caribeña, discernible en la música y el habla, en los rituales de la muerte o en la tradición oral. Por otro lado, el propio Palenque de San Basilio sigue siendo testimonio vivencial de un proceso de reintegración étnica activa, donde la resistencia sigue teniendo gran protagonismo.

El *cuagro* o grupo de edad que aún puede identificarse en la comunidad resultó posiblemente de una adaptación a la situación de constante defensa y ataque de los poblados. Vestigios del entrenamiento de las cuadrillas hasta hace pocos años podían documentarse en los ritos y juegos de guerra que allí se celebraban durante las fiestas de Navidad y para los días de la Semana Santa católica. En su lengua criolla por otro lado, surgen elementos africanos de origen kikongo, quimbundo, umbundo (Schwegler, 1989). Asimismo en el ritual de la funebria aparecen símbolos donde se perciben huellas de algunas memorias del África Central (Mac Gaffey, 1986). El canto fúnebre *lumbalú* que entona uno de los *cuagros* que en el poblado se conoce como el *cabildo lumblú* —de modo similar a los cabildos de la colonia— tiene como una de sus funciones la solidaridad con los difuntos. Estos dentro de la cosmovisión compartida por muchos grupos negros de América cuando emprenden un largo camino hacia otros mundos. Por ello se les viste con trajes nuevos y bien planchados, y la cara debe estar libre de impedimentos que coarten la posibilidad de hablar y de comer. Con el *lumbalú* se ayuda al alma del difunto a encontrar el camino que lo conduce a ese otro mundo. Llantos y gritos desgarradores conocidos como *lecos* (Simarra, 1988) y una danza donde el vaivén de los brazos por encima del cuerpo del muerto le presta dramatismo al ritual, a tiempo que el canto y el habla de los tambores satura el ambiente funéreo. Huellas de africanía aparecen en los cantos de *lumbalú*, así:

<i>Chi ma nlongo</i>	(soy de) los del Congo
<i>Chi ma (ri) Luango</i>	(soy de) los de Luango
<i>Chi ma ri Luango ri Angola</i>	(De los de Luango de Angola)
<i>Mona mi a bae pa casariambé</i>	(Mi hijo se ha ido para el cementerio)
	(casa de hambre)
<i>Eee calunga lunga manquisé</i>	
<i>Arió negro congo chimbumbé</i>	

Desde luego que el significado simbólico de *casariambé* en el léxico de la funebria palenquera, independientemente de que su etimología sea romance o africana (Schwegler, 1989: 8), es muy importante para el análisis de la cosmovisión palenquera. Conforme el citado autor anota, la historia etnolingüística y las prácticas funerarias de Palenque coinciden. *Casariambé*—que se traduce como “casa de hambre” o “cementerio”—es el albergue de los difuntos con unas necesidades de cuerpo como las de comer. A tal punto que uno de los colaboradores palenqueros de Schwegler le dijo que “por sufrir hambre, los muertos salen en la noche para ir a robarse comida en la casa de sus familiares, y por eso algunas personas dejan restos de comida en el patio antes de acostarse” (*Ibidem*, 9).

COSMOVISIONES Y ESCENARIOS DE FUNEBRIA

Una comparación del ritual de la muerte en Palenque de San Basilio con los de otros lugares, además, muestra coincidencias que hacen referencia a cosmovisiones similares. Así como en Palenque de San Basilio el cuidado en el vestido y el maquillaje del muerto son representaciones tan importantes para iniciar el largo camino de la muerte hacia un mejor mundo, desde donde podrá prestárseles ayuda a parientes y amigos en la tierra (Simarra, 1988: 23), también en Guadalupe (Flagie, 1989: 2) y en Haití se ejerce un control extremo en todos los detalles. Alfred Metraux (1972: 246) relata la escena del baño y del arreglo del muerto de una manera muy reminiscente de la rutina que hasta hace pocos años se seguía en Palenque (Friedemann [1979] 1986: 112). En Haití, el cuerpo se bañaba en una infusión de hierbas aromáticas con poderes especiales, los orificios de la nariz y las orejas se taponaban con algodón, la boca se le sostenía cerrada con un paño amarrado a la cabeza hasta la hora de conducirlo a la tumba. Y la ceremonia de funebria como un acto social, era útil para instaurar un intercambio entre los vivos y los ancestros, entre la tierra y el otro mundo. Los amigos y los familiares aprovechaban la oportunidad para mandar mensajes al otro mundo.

Tanto un ritual como el otro aluden a un universo de planos enlazados por caminos que recorren las almas de los muertos, que a su vez

tienen que encontrarlos con la ayuda ceremonial ofrecida por parientes y amigos vivos. El velorio durante nueve noches cumple esa tarea. Entretanto el espíritu vaga en su casa, cerca a su viuda, a sus hijos, a sus amigos, hasta el último día del rito cuando muchas veces toma su camino tranquilo y contento. Desde luego que hay espíritus que se han quedado en Palenque y aún deambulan por las calles asustando en las noches a sus pobladores, aunque esta situación no alcanza el dramatismo señalado por Flagie (1989: 2-8) en Guadalupe. Allí un número apabullante de espíritus errantes y sin lazos con los vivos saturan la atmósfera cotidiana. Son las almas de muertos por los ciclones, en accidentes, gente que ha sucumbido a la represión política y que nunca pudieron iniciar su camino hacia el otro mundo porque carecieron del ritual tradicional de plegarias, lamento y cantos. Más importante aún, porque no fueron conducidos a una tumba, lugar desde donde el espíritu emprende el viaje por el cosmos.

En esta cosmovisión donde vivos y muertos son protagonistas, la música juega un papel medular. El golpe del tambor abre las puertas a los senderos que conducen a los planos ocupados por Dios y por los santos o entidades asimilables a ellos y también a los otros planos donde permanecen los antepasados, los espíritus buenos, las almas de los niños y los espíritus malos y otros seres, ligados a los vivos. Siendo el tambor un instrumento que a lo largo de los siglos ha permanecido en la ritualidad de las culturas negras americanas, apenas se comprende cómo su ejecución nunca ha dejado de ser piedra de discordia con jerarcas y representantes de las religiones cristianas, dominantes en las relaciones desde hace casi 500 años en Colombia.

Pero otro tanto puede decirse de la marimba y de su música en el litoral Pacífico colombiano. La querrela ha llegado a tal extremo que los sacerdotes católicos han bautizado cada una de sus teclas con el nombre de un ser demoníaco. Ello, porque para las gentes de ese litoral, con el ritmo y el mensaje de la marimba se abren las puertas del cielo donde vive Dios y también las almas de los angelitos. Música con la que los santos bajan a la tierra (Friedemann, 1989).

COSMOVISIONES Y ESCENARIOS DE DIOS Y SANTOS

Pero si la funebria es un escenario rico para la comprensión de la visión cósmica de las culturas negras y el examen de su etnogénesis, otro tanto es la literatura oral. A través de momentos de sueño o de ensoñación iconográfica vertida en décimas, un pescador como Benildo Castillo puede plasmar su conocimiento subconsciente de la cosmovisión de su gente. Y conforme sucedió en una reunión de narradores del litoral Pacífico (Buenaventura, 1986) cuando recitó sus décimas,

logró tal unanimidad de sentimiento compartido que tuvo que repetirlas una y otra vez así:

Una vez en un letargo
soñando que estaba muerto
me subí a los elementos
y anduve un rato paseando.

Yo conversé con la luna
que se hallaba en su aposento
hablé con todos los muertos
sin dificultad ninguna.

Pasé por una columna
donde estaba un dios bajando
y con él estuve hablando
por espacio de una hora.

Y vi a nuestra Señora
una vez en un letargo;
después me fui conociendo
su aposento cerrado.

Llegué donde estaba el rayo,
el relámpago y el trueno
y vi la estrella de Venus
y la rosa de los vientos.

Conversé con San Alberto
y la Virgen del Consuelo
llegué a la puerta del cielo
soñando que estaba muerto.

Vi el palacio central
de los ángeles del cielo
vi a mi padre San Pedro
de rodilla en un altar.

Vi la corte celestial
y conocí los conventos.
Vi a Cristo Señor Nuestro
en un palacio de estrellas.

Y en una noche muy bella
me subí a los elementos
y también al paraíso
que tuvo mi padre Adán.

Vi la corte de Abraham
y todos los artificios
Vi muerte, infierno y juicio
y otros que estaban orando.

Vi a un padre consagrando
con la divina custodia
llegué a la puert'e la gloria
y anduve un rato paseando.

Décimas que también expresan cómo la gente se relaciona con los santos, de modo similar a aquel entre deidades africanas y sus devotos. El hecho, documentado en cultos de Cuba, Brasil y Haití, muestra a *Orishas* y otros personajes sagrados con memorias africanas animando los panteones de santería, candomblé y vodú.

En Colombia, San Francisco de Asís en el Chocó, asimismo, es un santo que vive en la catedral de Quibdó frente al río Atrato. Se convirtió en San Pacho de Quibdó cuando la población negra lo entronizó en altares individuales en sus casas. Durante el terrible incendio que consumió hace unos años las mansiones de balcón de la carrera primera, *hábitat* de las familias blancas, y cuando el fuego como un monstruo satánico enviaba sus coletazos en todas direcciones, las gentes de los barrios aterrorizadas echaron mano de las imágenes de San Pacho y formaron una barricada para atajar las llamas con el santo. El milagro del santo fue palpable. Las casas de los negros se salvaron del fuego. Mientras tanto, San Francisco de Asís, el de la Catedral, a quien los blancos también habían sacado a la calle para protegerse, dicen que esa noche derramó ríos de lágrimas frente a su impotencia (Friedemann, 1989: 142).

En Colombia, donde el terror de la Inquisición se adueñó de la sociedad de Cartagena de Indias y de una amplia región desde 1610, encontrarles las huellas a protagonistas del panteón africano en su diáspora y en la etnogénesis de la cultura negra es una tarea difícil. Es que el impacto de la Inquisición fue dramático, específicamente en el área caribeña, donde no ha sido fácil encontrar muchos indicios documentados que señalen cultos explícitos a personajes sagrados africanos (Price, 1955). En cambio en el litoral Pacífico, donde la Inquisición no golpeó con la misma intensidad, la relativa debilidad del control de la iglesia católica facilitó la reinterpretación y ajuste de cultos de semblanza africana en velorios e invocación de santos y vírgenes. Allí las celebraciones cubren amplios horizontes geográficos: en balsadas a lo largo de los ríos, en procesiones nocturnas en canoas, los santos pasean en medio de regocijos de pólvora, música de tam-

bores, flores frescas y cientos de luces tibias. La Virgen de la pobreza, Nuestra Señora del Rosario, Santa Bárbara, la Virgen Inmaculada, el Señor del Mar, el Señor Ecce Homo, la Virgen de Atocha, San Pedro o San Antonio. Y son frecuentes las ocasiones durante los velorios, cuando con el canto y el habla de los tambores que son parte del ritual de llamado del santo, las puertas del cielo se abren. Y el santo requerido en el velorio desciende de la gloria (Friedemann, 1986).

Aunque aún no conocemos esquemas definidos de estructuras de la cosmovisión de la cultura negra que sustenten sus rituales religiosos para compararlos entre ellos y con aquellos de las culturas africanas (Mac Gaffey, 1986), y tampoco tenemos precisión sobre el estatus y el papel que juegan los protagonistas, la investigación en nuevos escenarios como los aquí propuestos permitirá la restauración de muchas memorias culturales. Del mismo modo que tradiciones orales como las recogidas por Rogerio Velásquez hace tres decenios, han ayudado a dibujar algunas estructuras cosmológicas y perfiles del pensamiento poético de los descendientes de africanos en Colombia:

Un día Dios le permitió a un hombre subir al cielo y contemplar las vidas de los hombres. ¡Qué inmenso mar de luces! Unas son chiquitas y pálidas, casi arrastradas por el suelo. Otras son gruesas, fuertes como la de los ambiles de palma. Muchas son serenas, aunque el viento las azote con fuerza. Hay otras que chisporrotean como las velas de sebo... Las vidas de los hombres son lámparas que arden en el cielo sobre una mesa grande. Cuidando tanta luminaria está el ángel de la muerte, quien a una señal de Dios apaga el mechón.

No obstante, el camino es largo... necesitaremos un inmenso mar de luces.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadía, Guillermo 1962 *Diccionario folclórico y cursillo de folclor* (Bogotá: Radiodifusora Nacional).
- Arboleda, José Rafael 1952 "Nuevas investigaciones afrocolombianas", en *Revista Javeriana*, Bogotá, mayo.
- _____, 1950 *The Ethnohistory of the Colombian Negroes* (Chicago: Northwestern University), Tesis de master.
- Arocha, Jaime 1989 "Etnografía iconográfica entre grupos negros", en Nina S. De Friedemann, *Criele, Criele Son. Del Pacífico negro* (Bogotá: Planeta Editores).
- _____, 1989 "Íconos musicales en el tablado de la cultura negra en Colombia", Prólogo, en Tomás Torres, *Neguá: música y vida* (tesis de grado). Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

- Ascencio Michaelle 1989 *Lecturas antillanas* (Caracas: Universidad Central de Venezuela), en prensa.
- Bateson, Gregory 1972 *Steps to an ecology of mind* (New York: Ballantine Books).
- Birmingham, David 1966 *Trade and conflict in Angola* (Oxford: Clarendon Press).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1987 “La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos”, en *Papeles de la Casa Chata*, México, Año 2, N° 3, pp. 23-43.
- Carrera Damas, Germán 1977 *Huida y enfrentamiento: África en América Latina* (México: Siglo XXI/Unesco).
- Cimarrón, 1984 *Jornada Nacional por los derechos humanos de las comunidades negras*, Pereira, Centro de Investigaciones Soweto, diciembre.
- Del Castillo, Nicolás 1982 *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo).
- Escalante, Aquiles 1964 *El Negro en Colombia* (Bogotá: Facultad de Sociología/Universidad Nacional de Colombia).
- _____, 1954 *El Palenque de San Basilio*, Divulgaciones Etnológicas, III, 5 (Barranquilla: Universidad del Atlántico).
- Flagie, Albert 1989 *Sur les rocines africaines, le rapport à la mort dans la représentation Guadeloupense du monde*, ponencia en la Conferencia Internacional “Persistencia Africana en el Caribe”, San Juan, septiembre de 1989.
- Friedemann, Nina S. de. 1989 *Criele Criele Son. Del Pacífico Negro* (Bogotá: Planeta).
- _____, 1988 “Cabildos negros: refugios de africanía en Colombia”, en *Montalbán*, N° 20, pp. 121-134, Caracas.
- _____, 1986 *Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque* (Bogotá: Carlos Valencia Editores).
- _____, 1985 *Carnaval en Barranquilla* (Bogotá: Editorial La Rosa).
- _____, 1984 “Estudios de negros en la antropología colombiana”, en Arocha y Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*, pp. 507-572 (Bogotá: Etno).
- Friedemann, Nina S. De y Jaime Arocha 1986 *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia* (Bogotá: Planeta).
- Friedemann, Nina S. De y Carlos Patiño Rosselli 1983 *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo).
- Herskovits Melville, J. 1938 *Acculturation, the study of culture contact*, New York.

- _____, 1945 "Problem, method and theory in Afroamerican studies", en *Afroamérica*, Vol. 1, N° 1-2, pp. 5-24.
- Mac Gaffey, Wyatt 1986 *Religion and Society in Central Africa: the Bakongo of Lower Zaire* (Chicago/Londres: University of Chicago Press).
- Metraux, Alfred 1972 *Voodoo in Haiti* (New York: Schocken Books).
- Mintz W., Sidney y Richard Price 1976 *An anthropological approach to the Afro-American Past: a Caribbean perspective* (Philadelphia: Institute for the study of Human Issues).
- Primer Encuentro de Literatura oral del Pacífico 1988 Buenaventura, junio.
- Progoff, Ira 1984 *At a Journal Workshop: the basic text and guide for using the Intensive Journal Process* (New York: Dialogue House Library).
- Schwegler, Armin 1989 «Notas etimológicas palenqueras. "Casariambé", "Tungananá", "Aqué", "Monicongo", "Maricongo" y otras voces africanas y pseudo-africanas», en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Tomo XLIV, N° 1, enero-abril.
- Torres, Tomás 1989 *Neguá: música y vida*, tesis de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Antropología.
- Valtierra, P. Ángel, S. J. 1980 *Pedro Claver, el santo redentor de los negros* (Bogotá: Banco de la República).
- Vansina, Jan 1966 *Kingdom of the Savanna* (Madison: The University of Wisconsin Press).
- Velásquez, Rogerio 1959 "Cuentos de la raza negra", en *Revista Colombiana de Folclor*, N° 3, Segunda época, pp. 1-61, Instituto Colombiano de Antropología.
- _____, 1957 "La medicina popular en la costa colombiana del Pacífico", en *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 6, pp. 195-241.
- _____, 1952 *Memorias del odio* (Bogotá: Editorial Iqueima).
- _____, 1948 "Notas sobre el folclor chocoano", en *Revista de la Universidad del Cauca*, Popayán, N° 12, pp. 21-29.
- Zapata Olivella, Delia 1962 "La Cumbia; síntesis musical de la nación colombiana: reseña histórica y coreográfica", en *Revista Colombiana de Folclor*, Bogotá, N° 7.
- Zapata Olivella, Manuel 1960 "Razones del mestizaje folclórico colombiano", en *Boletín Cultural*, Bogotá, Biblioteca Luis Ángel Arango, Vol. III, N° 3.

IV. Perspectivas teórico-filosóficas

.CO

Gerardo Molina

PASADO Y PRESENTE DE LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA*

TAMBIÉN LA AMÉRICA LATINA tiene sus espectros que la recorren periódicamente. Uno de ellos es la autonomía universitaria. No ha habido hombre de gobierno o director de la opinión que no se haya ocupado de ella, sea para exaltarla o para expresar temor ante sus implicaciones. Al final de tantas controversias y escarceos, las gentes del común se interrogan perplejas: y bien, ¿en qué consiste la autonomía universitaria?

Esa reivindicación ha formado parte entre nosotros de las ideologías de vanguardia. Los conductores de uno y otro partido que ha sido capaces de ponerse al nivel del porvenir, vieron desde el siglo anterior la necesidad de emancipar las Casas de Estudio de la tutela de los intereses políticos, religiosos o económicos que pretenden instalarse en ellas para moverlas en la dirección que les conviene.

Si por necesidades de espacio, limitamos este recuento a lo que va del presente siglo, y en concreto, a la Universidad Nacional, veremos que por un fenómeno de aluvión se ha ido formando un concepto de la autonomía, no ciertamente original, pero poseedor de un asombroso poder de incitación al esfuerzo y a la polémica.

* Tomado de la *Separata de la Revista de la Dirección de Divulgación Cultural. Universidad Nacional de Colombia* N° 1, Oct-Dic. 1968.

URIBE URIBE Y LA AUTONOMÍA

De la pavorosa experiencia de la última guerra, el General Uribe Uribe regresó con el propósito de trabajar únicamente por lo que sirviera a la civilización y a la vida. Los problemas de la educación lo atrajeron de singular manera. Con su lucidez característica, él se daba cuenta de que con el siglo y la paz se esbozaba el tránsito hacia la economía mundial y hacia la sociedad moderna, por lo cual el país necesitaba formar el personal indispensable para hacerle frente a las exigencias del desenvolvimiento. La política educativa de la Regeneración había sido catastrófica. Nada quedaba de lo conseguido en ese momento privilegiado de nuestra cultura que fue la era radical. Uribe comprendió que el punto de partida era liberar a la Universidad de las servidumbres oficiales para poder organizar lo que llamó la *enseñanza combatiente*. “Necesitamos, decía, fundar la enseñanza combatiente: combatiente contra la naturaleza, combatiente contra las leyes adversas de la vida en el trópico y combatiente contra la influencia avasalladora de los núcleos rivales. La reforma debe comenzar por la cumbre del sistema, por la Universidad, y de ahí descender a todos los ramos de la instrucción”.

El proyecto de ley reorgánica de la Universidad Nacional, presentado al Congreso de 1909 por los Representantes Gómez Ochoa, Martínez Santamaría, Eastman y Samper, y el que paralelamente elaboró el representante Cuervo Márquez, sirvieron a Uribe para rendir a la Cámara un informe que conserva su actualidad y su frescura¹. Es muy poco lo que en 1968 podría agregarse a lo dicho ahí en lo que se refiere a la orientación y organización de los centros superiores de enseñanza.

La concepción autonomista defendida por Uribe arrancaba de la doble consideración de que la Universidad no puede transformarse sino a condición de que se desligue del gobierno y de que el liberalismo tal como lo sostuvo en otra de sus obras² debe propiciar todo lo que busque descentralizar y repartir las funciones públicas, en oposición al conservatismo que tiende a centralizarlas. Las circunstancias lo obligaban sin embargo a aceptar el criterio recortado que inspiraba el proyecto. El hecho de que el conservatismo controlara el poder, de que a ese partido no le conviniera desprenderse de la dirección ideológica de la universidad y de que la Constitución en su artículo 20, inciso 5º, dispusiera que “corresponde al Presidente de la República, como suprema autoridad administrativa, reglamentar, dirigir, e inspeccionar la instrucción pública nacional”, todo eso compelmía a los reformadores de entonces a moverse con especial cautela si querían imponer sus tesis universitarias.

1 Labor Parlamentaria. Bogotá, 1910.

2 De cómo el liberalismo colombiano no es pecado. Bogotá, 1912.

Por eso el Ministerio, según el proyecto, intervenía en la creación de facultades, en la expedición del presupuesto y en lo referente a los derechos de matrícula. El consejo superior, formado exclusivamente por personal de la Universidad y de las Academias, ejercía la dirección de aquella en el campo académico, disciplinario y administrativo.

La parte esencial de esa concepción radica a nuestro entender en la conexión establecida por Uribe entre la autonomía y la influencia de los catedráticos. Por muchos aspectos, lo que él y los autores del proyecto recomendaban era una *República de Profesores*. Estos tenían el carácter de vitalicios y formaban una asamblea que elegía al Rector, declaraba la vacante de ese cargo y decidía sobre las cuestiones graves que afectaran a la institución. Los profesores de cada facultad, a su turno, elaboraban la terna de la que el Rector escogía al Decano y designaban a la casi totalidad de los miembros del Consejo, el cual era responsable de la dependencia en sus diferentes órdenes.

En cuanto a la participación estudiantil en el gobierno del claustro, el proyecto establecía que de los cinco profesores que junto con el Decano manejaban la Facultad, uno fuera escogido por los alumnos, y que cuando las tres cuartas partes de los estudiantes inscritos en una asignatura vetaran a un catedrático, el Consejo de Profesores podría declarar la vacante. El proyecto disponía además que los puestos de bibliotecario, Secretario del Consejo y Tesorero de cada Facultad fueran desempeñados por alumnos.

La iniciativa en referencia, a pesar de su moderación, no alcanzó a pasar en las sesiones ordinarias y el Ejecutivo no lo recomendó para las extraordinarias. En 1910 un grupo de estudiantes organizó una manifestación con el objeto de pedir al General Uribe que lo presentara de nuevo ante la Asamblea Nacional. En los momentos en que un universitario dirigía la palabra al esclarecido conductor, un cuerpo de la policía intentó disolver la manifestación. Uribe dijo entonces:

Es muy posible que el proyecto no sea adoptado por la actual Asamblea. Pero deben ustedes estar prevenidos para reclamar su consideración en el Congreso próximo; y si el plan de reorganizar la Universidad tarda diez años, veinte años o más en abrirse camino, otro tanto espacio de tiempo deben ustedes persistir en defenderlo.

Tenga la juventud universitaria la más absoluta confianza de que estaré constantemente a su lado mientras dure la lucha y hasta que vea satisfechas sus justas aspiraciones, de que solo he sido el exponente. Entre sus filas se me verá batirme por el gobierno propio de la Universidad, por la modernización de sus estudios y por la legítima intervención que a los alumnos corresponde en la orientación y disciplina del instituto.

Fiel a esa promesa, en el Plan de marzo elaborado por Uribe en 1911, figuraba este punto: las tres... 3° autonomía de la universidad y reforma general de la instrucción pública.

LA ZONA DEL SILENCIO

A partir de entonces se ensanchó la zona del silencio. Los hombres del régimen se valían de la disposición de la Constitución ya citada para cerrarle el camino a los intentos reformadores. De cuando en cuando se alzaba una voz que pedía modernizar la enseñanza superior. Tal el caso del Representante Demetrio García Vásquez que presentó el las legislaturas de 1915 y de 1921 un proyecto reorgánico de la Universidad. Pero ante la resistencia oficial el concepto de autonomía se fue diluyendo, hasta el punto de que en la iniciativa fechada en 1921 el parlamentario vallecaucano no insistió en la independencia de los institutos superiores sino en los cambios de métodos y en la selección del profesorado. En la exposición de motivos del proyecto correspondiente a ese año trazaba García Vásquez un cuadro escalofriante acerca de la manera como se proveían los cargos en la Universidad Nacional.

También se impone la necesidad de suprimir la inveterada cuanto reprobable costumbre de obsequiar los puestos del Rectorado, obedeciendo a compromisos políticos, simpatías personales o influencias de familia, móviles todos que deprimen la dignidad y desprestigian el nombre del profesorado colombiano. La democracia universitaria y el reconocimiento al mérito auténtico, reclaman la alternabilidad de las rectorías enaltecidas con el voto libre de los profesores; la supresión de los Consejos Directivos inamovibles o formados por la intriga de círculos usufructuarios, de un régimen exclusivista y acaparador de las ventajas del profesorado oficial; suprimir el monopolio de cátedras explotadas por profesores negligentes o desprovistos de las condiciones requeridas para la enseñanza fácil y ordenada de los verdaderos maestros consagrados por el triunfo de la palabra y de la idea...

INFLUENCIA DEL MOVIMIENTO ARGENTINO DE 1918

El poderoso movimiento desatado en la Universidad de Córdoba y propagado enseguida a toda la América Latina no tuvo un origen circunscrito al ámbito universitario. Correspondía, como anota uno de sus mejores intérpretes, quien al mismo tiempo fue actor de la reforma, don Gabriel del Mazo³, a un proceso de rectificación en el seno de la sociedad argentina que empezaba a perder sus perfiles oligárquicos por la irrupción estrepitosa de la burguesía y por obra del sufragio universal, establecidos por el radicalismo. Los líderes estudiantiles

3 La reforma universitaria y la Universidad Latinoamericana. Buenos Aires, 1957.

parecían decir: Un Estado y una sociedad de tendencia democráticas requieren una universidad democrática, y esos tres términos -Estado, Sociedad y Universidad- se interpenetran y ayudan en el esfuerzo ascensional pero desde luego lo más vigoroso del movimiento corresponde a los Institutos Superiores de enseñanza.

Un factor externo trabajaba en la misma dirección. La primera guerra mundial, con su séquito de destrucción y de espanto, rompió la fascinación que ejercía Europa sobre las élites dirigentes. Esa orfandad intelectual permitió que se abriera paso la idea de buscar en las fuerzas terrígenas el soporte para la nueva concepción de la vida. Una universidad reformada pareció ser el mejor camino hacia la autenticidad nacional.

Para que el claustro se renovara debía recurrir a las energías latentes en él. La autonomía, condición de su reforma, apareció ligada en la filosofía del 18 al manejo democrático del plantel por los tres estamentos que la integran. En vez de la Universidad antigua, sustentada en un profesorado que se creía de derecho divino, la nueva buscaba su apoyo y su dinámica en dos sectores antes menospreciados: los alumnos y los egresados. Con razón dice Gabriel del Mazo:

La soberanía de la Universidad reformada, radica en el claustro pleno. Allí está la fuente de su derecho: allí la razón de su autonomía. En un Estado democrático la autonomía universitaria sólo se legitima en la integración de la universidad con todos sus miembros y en el carácter democrático de su gobierno, basado en la universalidad de su soberanía interna.

Debemos retener esta noción de la autonomía: si falla uno de sus soportes, si la intervención de cualquiera de los tres elementos es disminuida o alterada, la universidad pone en peligro su independencia y la capacidad de superarse. Es, sobre todo, la participación de los estudiantes la que garantiza la transformación del establecimiento y la que permite resolver su problema más arduo: la docencia. No debe olvidarse, en efecto que el movimiento de 1918 estuvo determinado por la necesidad de reaccionar contra los profesores deficientes.

Este recuento de la insurgencia de 1918 ayuda a comprender por qué los diversos movimientos que la han prolongado en América, han entrado en colisión con los gobiernos despóticos y autoritarios, los que siempre comienzan por desconocer la autonomía universitaria, y las libertades académicas.

LOS ESTUDIANTES COLOMBIANOS Y LA AUTONOMÍA

A partir de 1918 y hasta 1930 el movimiento estudiantil tuvo en Colombia una importancia decisiva, que se hacía sentir dentro y fuera

del claustro. La incorporación a la economía internacional y el ascenso de las clases medias aceleraban el proceso. El liberalismo y aún ciertos núcleos conservadores estimulaban la beligerancia de los jóvenes, en la que veían un eficaz aliado para echar al suelo el anacrónico andamiaje político y cultural todavía vigente. Acontecimientos internacionales como la revolución mexicana y la soviética, y lo acaecido en la Argentina, estimulaban la inconformidad de la protesta. Los congresos estudiantiles que se sucedían reiteraban como un eslogan obsesivo la necesidad de la reforma universitaria.

También en Colombia el concepto de autonomía aparece ligado a la injerencia de los estudiantes en la conducción de la universidad. El primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en Medellín en octubre de 1922, adoptó entre sus conclusiones el punto relativo a esa intervención. Cuando la administración del General Ospina trajo en 1924 la Misión Alemana con el objeto de que elaborara un plan reformatorio de nuestro sistema educacional, la Federación de Estudiantes logró que en el proyecto respectivo –que el Congreso no quiso aprobar– figurara esa reivindicación.

Una larga serie de intervenciones de las autoridades eclesiásticas y del gobierno en el sentido de impedir que desde la cátedra se expusieran doctrinas que el dogma creía inaceptables, llevó a que se impusiera en la juventud una manera de entender la autonomía, tal vez la más representativa de las aspiraciones reformistas en Colombia: la libertad de cátedra y de investigación. Por eso la federación de estudiantes se oponía vigorosamente al artículo que figuraba en el proyecto de la Misión Alemana, según el cual se permitía la remoción de los profesores cuando explicaran ciertas teorías que pudieran señalarse como heterodoxas.

Estos antecedentes explican por qué el tercer Congreso Nacional de Estudiantes, reunidos en Ibagué en 1928 bajo la presidencia de Carlos Lleras Restrepo, hizo suyo el Informe de Mayoría sobre la Declaración de Principios, que en la parte relativa a la autonomía expresaba:

Esta parte de la declaración de principios que comprende tanto la liberación ideológica como la independización económica, es la base fundamental de la reforma. La Universidad colombiana carece hoy de la libertad suficiente para el examen deliberado de las ideas y la ponderación de los conceptos sobre los cuales la humanidad edifica las nuevas sociedades, sistematiza las aspiraciones filosóficas y valoriza las adquisiciones científicas. Los poderes públicos se han arrogado atrevidamente el derecho de estereotipar las verdades enseñables en nuestros claustros según el concepto metafísico que las supone eternas e inmutables, cuando en realidad su carácter esencial es el estar sometidos al vaivén de la evolución humana en todo orden.

Una demostración de lo dicho nos lo suministra el decreto N° 1135 de 1928 (D.O. número 20.835), dictado por el señor Ministro de Educación Nacional, y que define los programas que la Universidad exige en sus exámenes de admisión. La parte correspondiente a la enseñanza filosófica, prescribe perentoriamente la refutación de principios elevados ya a la categoría de axiomas científicos y pasados por el tamiz de la experiencia, único juez de estas materias. Tal es el caso por ejemplo de la teoría atómica sobre la cual basa la química su estructura moderna, y de los postulados transformistas, negados únicamente por individuos empeñados en prolongar el oscurantismo del medioevo hasta nuestros días en dictar normas filosóficas a la Universidad, cuya filosofía no debe ser otra que la historia del pensamiento humano⁴.

GERMÁN ARCINIEGAS O LA REFORMA UTÓPICA

En 1933, cuando se había iniciado el cambio político que conduciría poco después a la República Liberal, llegó a la Cámara un veterano de las luchas estudiantiles, Germán Arciniegas, quien presentó un proyecto de ley orgánica de la universidad, cuya larga exposición de motivos constituye uno de los trabajos que se han hecho en Colombia sobre la materia⁵.

En lo que mira a la autonomía, Arciniegas estima que estos países han alcanzado el nivel cultural que permite entronizarla sin restricciones, y de ahí que la propusiera en el triple aspecto académico, administrativo y financiero. Para atender al último, el proyecto preveía la concesión de rentas propias a la Universidad. A los ojos del proponente, la autonomía es una cosa que se tiene o no se tiene. No hay términos medios; por eso rechaza el sistema híbrido en que cuajó a la larga el movimiento argentino, consistente en la autonomía académica pero sin autonomía financiera. En cuanto al régimen institucional de la Universidad, él deriva, según Arciniegas, de la acción conjugada de los tres elementos ya conocidos, profesores, estudiantes y egresados. En lo que alude a la atmósfera que ella respira, el conocido escritor, haciéndole honor a la tradición colombiana, la sitúa justamente en las libertades académicas. Para Arciniegas la reforma de la Universidad y el régimen que organiza sus actividades no deben esforzarse con un criterio de partido, y por eso rechaza de antemano el cargo que pudiera formularse de abogar por una autonomía total en momentos en que el liberalismo llegara al poder; y cuando estaba portando en condiciones de beneficiarse de la supeditación del claustro al poder público.

4 Tercer Congreso Nacional de Estudiantes. Bogotá, 1930.

5 "La Universidad Colombiana", Bogotá, 1933, Imprenta Nacional.

Según su pensamiento, la dependencia de la universidad en incompatible con la doctrina liberal y por contraposición son las dictaduras las que avasallan los centros de cultura. Una cosa tan dedicada como la actividad docente, no puede estar vinculada según el autor, a los cambios de régimen y al humor variable de los partidos.

La concepción extrema que estamos exponiendo, atemperada sólo por el control del Estado sobre los títulos universitarios para garantizar cierto mínimo de los estudios profesionales, provenía de la admiración de Arciniegas por las universidades inglesa y norteamericana, que le deben a la autonomía absoluta su espléndido desarrollo. Pero la calidad del modelo hacía utópico el planteamiento. También era y es utópico pensar que en la América Latina el Estado y las clases dirigentes pueden exponerse al riesgo de que a favor del pleno autogobierno los centros de cultura superior tomen un rumbo que ellos consideran peligroso para el orden consagrado.

La propuesta de Arciniegas de que la universidad se gobernara en forma omnímoda a través de los tres estamentos señalados, sirvió para que un hombre de Estado que paradójicamente no era un universitario, le diera en los años siguientes un rumbo inédito y fértil a las aspiraciones de reforma.

EL REALISMO DE LÓPEZ Y LA UNIVERSIDAD

Como hombre de oposición, López había simpatizado con la autonomía. Pero al iniciar lo que llamó *La revolución en marcha* y teniendo el propósito decidido de acometer la transformación de la universidad, él comprendió que carecía de sentido seguir abogando por su independencia. En uno de sus mejores documentos decía⁶:

propugnar por la autonomía universitaria hoy que somos gobierno, a pesar de haberla pedido cuando estábamos en la oposición. Ayer la requeríamos como un posible medio de conseguir la reforma contra un gobierno que la rechazaba. Hoy ese medio es el gobierno y la autonomía debe venir como remate de la reforma. Y no hay, en mi concepto, oportunismo en este cambio de actitud. A un grupo inconexo de escuelas conservadoras, de métodos conservadores, controlado por gobiernos que muchas veces hicieron de ellas un renglón burocrático para pensionar seguidores de la causa conservadora como maestros de la juventud, queríamos emanciparlo de ese tutor político al cual atribuimos, con bastante fundamento, sus principales errores de conformación. Pero esa situación ha cambiado. La llamada universidad sigue siendo defectuosa y, como estamos viendo, atraviesa una crisis en la cual hay progresos sensibles en la cátedra, y no se ha generali-

6 "La Política Oficial". Tomo 2º. Carta a López de Mesa, Julio de 1935.

zado siquiera la libertad que pedíamos para ella hace quince años. Ahora, empero, el gobierno tiene los instrumentos para organizar la universidad, quiere hacerlo y va a hacerlo, con el concurso de las mejores inteligencias...

El pensamiento de López fue expresado en un texto por el representante santandereano Carlos García Prada, quien llevó al Congreso de 1935 el proyecto que llegó a ser la ley 68 de ese año, orgánica de la Universidad Nacional. La autonomía que allí se consagró fue mitigada. El proponente comentaba:

En los últimos años se ha hablado en Colombia y en casi todos los países de la América Española, de la autonomía de la universidad, y se ha afirmado audaz y ligeramente que ella es su mayor necesidad. En nombre de la autonomía absoluta han tenido lugar huelgas y revoluciones a lo largo y a lo ancho del continente, sin que en ningún otro país se haya logrado, al obtenerla, otra cosa más que acabar con algunas universidades que eran una promesa para la ciudadanía. La razón es muy sencilla: La autonomía absoluta de la universidad, en un país como el nuestro es un señuelo revolucionario y romántico, que no conduce sino al fracaso y a la muerte. Como lo afirma el Excelentísimo Señor Presidente, “la autonomía es o un medio para hacer la reforma contra la voluntad del gobierno, o a la conquista tranquila de un derecho adquirido por una universidad económicamente independiente, autónoma en su inteligencia, y rodeada del ambiente general de respeto que le aseguren sus méritos como servidora de la Nación”.

García Prada defendía en consecuencia una autonomía relativa que nos permita lograr en la Universidad Nacional

un mayor equilibrio orgánico entre la ciudadanía que sostiene su existencia, el gobierno nacional que lo dirige y el profesorado y los estudiantes que la forman impidiendo así hasta donde sea posible que a ninguno de sus poderes o elemento prevalezca en absoluto sobre los demás, y dándoles a todos la oportunidad de expresarse y de buscar su propio desenvolvimiento...

La ley 68 garantizó las libertades académicas y reconoció la participación de profesores y de alumnos en la dirección del claustro; desgraciadamente no dejó margen para que los antiguos alumnos se expresaran. El hecho cardinal consistía en que las grandes líneas de la política universitaria eran fijadas o sugeridas por el presidente de la república, pues de los nueve miembros del Consejo Directivo cuatro emanaban de él: el Ministro de Educación, dos representantes directos de aquel y el Rector que era elegido por dicho Consejo de terna

elaborado por el jefe del ejecutivo. Ese régimen ambivalente, en el que había una especie de centralización política educacional y de descentralización académica y administrativa, dio resultados sorprendentes, por una conjunción afortunada de circunstancias. La universidad vivió entonces su hora más radiante.

Quienes tuvimos que ver con su dirección en esos años creadores, sentíamos la presencia estimulante del alto gobierno y al mismo tiempo palpábamos que la institución tenía libertad para todo lo que fuera su progreso. Se realizó entre nosotros en ese lapso la tesis argentina de 1918 de que un Estado dirigido hacia la democracia necesita el complemento de una universidad democrática. El papel conductor de la Universidad Nacional dentro de la universidad colombiana no se discutía en aquellos momentos y el país comprobaba que allí se formaban los cuadros científicos y técnicos que requería para su desarrollo.

LA AUTONOMÍA Y EL ORDEN PÚBLICO

El vendaval que azotó las instituciones nacionales a partir de 1948 no podía detenerse ante la universidad. Ella, disminuida, desecha, fue incorporada al dispositivo hegemónico del día. Al restablecerse 10 años después cierta libertad en el movimiento de las ideas, la reforma universitaria volvió a inscribirse en la tabla de prioridades. Era el tributo que se rendía a los estudiantes, bien reputados social y políticamente a la sazón por su coraje en la lucha contra las dictaduras. Un nuevo estatuto, la ley 65 de 1963, trató de revivir los lineamientos de 1935 en cuanto a régimen interno, pero en el hecho infligió a las aspiraciones de autonomía un golpe severo, pues le dio representación en el organismo supremo a entidades extrañas, como la Curia y las Academias, que con frecuencia hacen valer intereses que entorpecen la marcha del claustro. De ahí la importancia de que se modifique esa norma a efecto de suprimir dicha representación para fortalecer los renglones realmente universitarios.

El impulso hacia la recuperación de la universidad se ha visto debilitado en los últimos años por sucesos de inocultable trascendencia. La administración Lleras Restrepo comenzó por desconocer la representación estudiantil pretendida indolencia ante los desafueros cometidos por algunos estudiantes, que no permitieron –contra toda razón– que el doctor Lleras Restrepo ocupara, cuando aún no era presidente, la tribuna académica. Después la fuerza pública ha sido autorizada para penetrar varias veces en la Ciudad Universitaria, no ciertamente con fines precautelativos sino de abierta represión, como se pudo evidenciar en junio de 1967 cuando el ejército cometió allí desmanes que no guardaban proporción con los excesos atribuibles a una fracción de la comunidad estudiantil.

El comportamiento de las autoridades estatales con la universidad se define hoy de acuerdo con un nuevo patrón: el orden público. La autonomía puede aceptarse siempre que no dé pie para que él corra peligro. Pero acontece que estos países, cargados de insatisfacción y de tensiones, viven en forma tal que todo amenaza el sosiego. Una huelga de estudiantes que se prolonga por cierto tiempo, las protestas por la guerra del Viet Nam o por un alza de precios, pueden mirarse como ataques a la paz. El hecho de que vivamos en lo que la reciente Conferencia episcopal de Medellín describió como la violencia institucionalizada, conduce a que el conflicto, abierto o latente, sea la atmósfera habitual de las universidades. La extensión que hoy conoce el concepto de orden público hace que un gobierno nervioso o que erija el principio de autoridad en canon inflexible, adopte normas de conducta que reducen la autonomía hasta puntos que colindan con su desaparición.

El peligro es mayor si no se analizan los desequilibrios que alimentan la excitación estudiantil. Por primera vez llegan a la Universidad oleadas de muchachos originarios de las clases medias más modestas, lo que quiere decir que ese centro está condenado a que los problemas originados en fenómenos de carencia económica, de inadaptación social, de descomposiciones psíquicas, estallen con los pretextos más fútiles. El hecho es que gran parte de la juventud no se siente integrada a la sociedad y que los dramáticos acontecimientos de nuestra era la llevan a vivir en un estado de secesión moral, de rebeldía contra un orden que no le satisface y que tampoco le asegura un porvenir despejado.

La sacralización del concepto de orden público adquirió hace poco formulación elocuente en el discurso pronunciado por el director de la Policía Nacional en ceremonia cumplida ante el señor Presidente de la República. Con base en hechos estúpidos que no es justo atribuir a todo el estudiantado, el alto oficial se creyó autorizado para enjuiciar la educación superior e inclusive la secundaria del país, para arrojar la responsabilidad de las ocurrencias que censuraba sobre los alumnos, los profesores y el personal directivo de los planteles. Según sus palabras

“los padres de familia son incapaces de educar a sus hijos, los profesores, buscando los caminos de menor resistencia, realizan la más abominable de las demagogias para hacerse a la simpatía de sus alumnos, enseñándoles desde sus cátedras las más inopinadas y contradictorias teorías, mientras que los centros docentes y las universidades en particular, se han convertido, no en templos del saber, sino en oscuros cenáculos de agitación y desorden”.

Como se ve es uno de los ataques más a fondo que se han hecho en Colombia a la libertad de cátedra, a la autonomía de los organismos docentes y desde luego al Ministerio de Educación, el cual queda degradado por decisión de los cuerpos castrenses. Naturalmente el criterio del orden público no podía estar ausente de la filípica. En nombre de él, se pidió por parte del orador “imponer a los centros educativos una sana autoridad a la cual se sometan profesores y alumnos y que sea mantenida, sin contemplaciones, por el rector o director a cuyo cargo se encomienda la orientación de la juventud”.

LOS NUEVOS ELEMENTOS DE LA AUTONOMÍA

Lo grave está en que la noción de orden público se formula hoy en términos internacionales. Una gran noción de un lado, como la otra en su esfera de influencia, se arroga el papel de gendarme y la tarea de señalar cuál es la cultura que nos conviene y dónde están las áreas de peligro. Por obra de la guerra fría, la cultura que se nos recomienda es una cultura de choque, pues debe servir para preservarnos del contagio de otras y para sublimar los valores que la superpotencia considerara buenos. Entre las zonas consideradas como peligrosas está la universidad. Por las gentes que acceden a ella, por las doctrinas que allí se controvierten y por la receptividad de los jóvenes para las ideas que se abren paso en el mundo, la Universidad se ha vuelto “subversiva”.

El enfrentamiento entre universitarios y Fuerzas Armadas, visible hoy a lo largo del hemisferio, se explica entonces por razones que desbordan la esfera de los intereses nacionales. La Zona del Canal es el centro distribuidor de criterios para las operaciones militares y los planes de acción cívica en toda la región. Con el fin de conservar “el orden” en ella, se busca formar un estudiante sin iniciativa, neutral en política, sensible a los reflejos de la autoridad y consagrado a sus cuadernos. La frágil barrera de la autonomía no puede impedir el paso de las cohortes que reparten “la nueva cultura”.

Donde quiera que la correlación de energías favorece a los militares, los conatos de transformación de la Universidad quedan frustrados. Así ocurrió con los experimentos novedosos de Buenos Aires y de Brasilia. Hablando del último, el que fuera eminente Rector del claustro, Darcy Ribeyro, afirma en uno de sus mejores trabajos⁷:

“la preocupación obsesiva del gobierno militar y de sus agentes para subyugar y controlar una Universidad que no comprendían, determinó más tarde la dimisión de todos los profesores que se habían reunido

7 “Política de desarrollo autónomo de la Universidad Latinoamericana”. Montevideo, 1968.

para implantarla. Así se destruyó el proyecto más ambicioso de la intelectualidad brasileña, reduciéndolo a un simulacro de universidad que aguarda su restauración”.

Esto nos hace ver que la autonomía de hoy, a diferencia de la anterior, se inscribe en un contexto internacional. A igual conclusión se llega si se analiza el problema desde el ángulo correspondiente a la creación científica, que es donde la autonomía puede dar la medida de sí misma.

Inmersos como están todos los pueblos en un ambiente científico o tecnológico, pues no hay uno que escape a los efectos de la revolución termo-nuclear, las universidades se encuentran encaradas, quiéranlo o no, al quehacer que brota de esa inmensa mutación.

Si ellas decidieran seguir atendiendo solo el servicio de formar profesionales, estarían condenados de antemano a la parálisis. Partimos por eso del supuesto de que todo plantel, ansioso de influir en la respectiva sociedad, tiene la modernización como política. Las diferencias están en el grado y sentido de la modernización. Pero sucede que ésta, según lo ha indicado el rector Ribeyro, puede ser refleja o autónoma. La refleja se circunscribe a adaptar ciertos procedimientos e innovaciones del extranjero y hacer uso pasivo de los programas internacionales de asistencia. La modernización autónoma exige en cambio un gran esfuerzo interno y el máximo de lucidez, pues para alcanzarla se debe apelar a un planeamiento riguroso del desarrollo y a la elección estratégica de los objetivos. Dentro de esta modalidad, los establecimientos de cultura superior, al mismo tiempo que preparan los cuadros profesionales y técnicos dedican atención y recursos especiales al cultivo de la ciencia, para lo cual crean institutos, forman a los estudiantes dentro de los métodos que conducen al ensanche de los conocimientos, seleccionan los mejores de aquellos para orientarlos hacia la investigación y hacen de los programas de post-graduados pieza maestra de su política.

Sería cándido pensar que en este orden la Universidad puede acometer proyectos grandiosos para los cuales no está acondicionada. Pero al alcance de su mano se encuentran tareas que por providencia se han dejado a cargo de científicos extranjeros, como la de señalar los mejores módulos de nuestro desarrollo, o la de hacer luz sobre el tratamiento de ciertas enfermedades tropicales o sobre la mejor utilización industrial de productos como la papa, el café o los derivados del petróleo.

LA CIENCIA, ¿INSTRUMENTO DE DOMINACIÓN O DE LIBERACIÓN?

La cuestión cardinal es entonces la de cómo se da la entrada a las ciencias en estos países. El punto en que nos encontramos tiene muchas

afinidades con el que conocimos hace más de cien años cuando se discutía acerca de si las nociones nuevas eran aptas para la creación industrial. Los pueblos ricos decidieron que ese alto menester les era privativo. Durante la primera administración Mosquera aceptamos la condición de productores de materias primas y de alimentos, con lo cual cerramos por un largo período la posibilidad de una evolución independiente.

Ahora la división internacional del trabajo se expresa diciendo que sólo unas pocas naciones pueden hacerle frente al desafío excelso de producir ciencia y que las demás deben consumir esos productos. O sea, la ciencia se convierte en instrumento de dominación. Los Estados Unidos están haciendo uso muy inteligente de la superioridad en ese ramo, no sólo de las regiones atrasadas sino de las industriales. En estudio correspondiente a 1965 dice la Unión de las industrias de la Comunidad Europea: “La preponderancia de las compañías de los Estados Unidos respecto de las europeas, desde el punto de vista de las dimensiones y del financiamiento se confirma y refuerza por el extraordinario desarrollo de la investigación”.

Esto se comprende por la desigualdad en los recursos que se destinan al progreso científico. El profesor Oscar J. Maggiolo, rector de la Universidad de Montevideo, a quien le debemos un trabajo luminoso sobre la penetración cultural en la América Latina⁸ aporta los siguientes datos sobre los que se gastó en 1959 por habitante-año en tareas investigativas:

Estados Unidos	U.S.\$	67
Inglaterra	U.S	28
Alemania Federal	U.S	14
Francia	U.S	10
Bélgica	U.S	7.5

El pensamiento que informa los planes de la *Alianza para el Progreso*, de las Fundaciones y de otros organismos conectados con la economía dominante, es el de que a ésta corresponde suministrar los patrones para el desarrollo de estas zonas, mediante el envío de científicos y de

8 “Política de Desarrollo Científico y Tecnológico de América Latina”, Montevideo, 1968.

técnicos, la financiación de ciertos institutos claves, el entrenamiento en sus universidades de jóvenes latinoamericanos que luego han de regresar a cumplir tareas específicas. Insensiblemente se va llevando a las universidades en plan de modernizarse a que se contenten con el modelo “desarrollista”, que si bien provee a estos países de una tecnocracia, deja a cargo de instancias internacionales la fijación de las pautas en cuanto al tipo de cultura más aconsejables y a las investigaciones que deben adelantarse.

Por fortuna la ciencia también puede entenderse como arma de liberación. Lo es si los pueblos que se mueven dentro de una constelación internacional sacuden los reflejos que los inferiorizan y se concretan por medio de sus universidades a una faena de creación que puede dar resultados sorprendentes si se acometen labores como éstas: introducir nuevos métodos a efecto de debilitar la importancia de la cátedra en beneficio de los trabajos dirigidos; librar al alumno de la sujeción al currículum establecido por la facultad que le impide mirar a otras comarcas del conocimiento y que lo obligan a hacer los estudios en un tiempo prefijado; multiplicar los núcleos de investigación y dar facilidades para que en ellos colaboren los jóvenes con vocación científica; aumentar el número de laboratorios y de profesores de dedicación exclusiva aunque no se construyan ciudades universitarias, y buscar acuerdos con universidades de países afines con la mira de establecer centros comunes para tareas de aliento que escapan a las posibilidades de una nación aislada.

Así, nos encontramos de nuevo con el personaje subyacente en éstas reflexiones, la Universidad Nacional, cuya supervivencia, progreso y consolidación deben ser la causa de los mejores colombianos. Amenazada desde dentro por un grupo anárquico que es preciso aislar, mirada con indiferencia o con antipatía por figuras sobresalientes del gobierno, desconceptuada ante considerables estratos de la ciudadanía, ella no tiene otra manera de imponerse que la de elevar sus niveles académicos y la de poner en movimiento una verdadera política de la ciencia. De otro modo quedaría en la condición de una universidad como las otras o la de un Sena para bachilleres. Por eso es de saludar con entusiasmo lo que acaba de decir el Rector Méndez (*El Tiempo*, 11 de noviembre) en el sentido de que es decisión de las directivas replantear el papel nacional de claustro, fortalecerlo en su calidad de “Universidad estatal, popular y de avanzada política”, imponerlo como un sólido mecanismo intelectual del país y emprender programas de investigación en todos los órdenes.

Cuando una universidad define su política propia y se decide a realizarla, puede recibir sin mayores riesgos la ayuda extranjera que

llegaría así en plan de colaboración no de conquista. En otra de sus monografías⁹ el profesor Ribeyro ha dicho con acierto:

“... frente a la generosidad sospechosa de fundaciones, banqueros y gobiernos extranjeros que ofrecen préstamos dadivosos y patrocinan investigación, es suicida tanto una actitud meramente evitativa como una actitud ingenuamente cosmopolita que argumenta con nuestra pobreza y propugna una complementación internacional. Debemos responder al propósito oculto tras esa fachada generosa con la formulación explícita del modelo de universidad y la política universitaria que conviene a nuestros países”.

Si la Universidad Nacional hubiera tenido lo que demanda el lúcido expositor brasileiro, el caso del Departamento de Sociología no revestiría los rasgos dramáticos que ostenta. La Fundación Ford, que lo ha financiado en parte considerable y asistido con profesores, libros, etc., se ha encontrado con las manos expeditas para orientar investigaciones que se relacionan con el desarrollo de la comunidad y para organizar los estudios en un área como las Ciencias Sociales que debe ser privilegio de lo que podríamos llamar la soberanía universitaria del país.

EL ESTUDIANTADO Y LA AUTONOMÍA

De lo dicho hasta aquí resulta que la autonomía facilita el progreso de las instituciones superiores y el mejor desempeño de su oficio. Basta, para comprobarlo, ver la diferencia entre la universidad de hoy y la que describían con angustia y vergüenza los reformadores de la primera mitad del siglo. Pero aquí sobreviene un hecho anómalo: el descenso del interés por esa reivindicación en los sectores más radicales del alumnado. Ellos razonan sobre la base de que la hora actual no es la de las reivindicaciones inmediatas que hicieron la gloria del liberalismo, sino la de los cambios globales de la sociedad. O sea, que la tarea política revolucionaria prevalece sobre la de tipo gremial. Si el Estado en la América Latina interviene en las universidades y las deforma, lo indicado es, según tal criterio, transformar ese Estado por medio de la revolución, y como sub-producto, vendrá el cambio de los sistemas de enseñanza.

Este planteamiento adquirió presentación radical durante el Encuentro Universitario Latinoamericano verificado en Medellín hace dos meses por iniciativa de la joven u promisorio Universidad Autónoma. Una de las conclusiones aprobadas dice:

9 “La Universidad necesaria”. Texto completo publicado en “Horizonte 2.000”, por el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional, Bogotá, septiembre y octubre de 1968.

“Rechazar la posición que plantea como objetivo del movimiento estudiantil la autonomía financiera, académica, administrativa y en general la reforma universitaria, por ser tesis desviacionistas de la meta fundamental, cual es la liberación nacional”.

Ese razonamiento está informado en un radicalismo que por lo extremo se vuelve ineficaz. Todo se reduciría a esperar la gran tarde, la tarde de la revolución si ésta se demora, como es lo más probable, se habrán perdido horas de valor inestimable. Es necesario hacerle comprender a los jóvenes que uno de los mejores servicios que pueden prestarle a esos países es el funcionamiento de una Universidad de altas calidades, la que por ese solo hecho se convertiría en agente decisivo del cambio acelerado. La tesis de Gino Germani viene en nuestra ayuda: para el ilustre sociólogo argentino¹⁰ las modificaciones en el mundo sociocultural tienen un carácter asincrónico, o sea, se producen con diferentes velocidades y aún con diferentes direcciones. Según esto la universidad puede situarse en la vanguardia del respectivo pueblo, para lo cual pueden servir las maltratadas reivindicaciones

En el transfondo de aquella posición estudiantil parece agitarse la superada dicotomía entre reforma y revolución. A medida que una sociedad se sujeta a la dinámica del cambio, toda reforma verdadera tiene un alcance revolucionario, y a su vez, la revolución aparece como una condensación de las reformas.

En ensayo de particular penetración, el dirigente universitario Jaime Caicedo¹¹ critica la concepción idealista, es decir, no coincidente con la realidad, que lleva a unos núcleos juveniles a lanzarse al combate por la toma del poder, sin tener en cuenta las posibilidades y necesidades inmediatas. De ahí el descentramiento de esos núcleos, su radicalismo verbalista, sus afanes que se agotan en la agitación. Por eso Caicedo pide la elaboración por los estudiantes de una concepción científica que los habilite para comprender de manera exacta los problemas de la universidad y del país.

Ese curioso estado de espíritu se manifiesta en varias zonas del hemisferio cuando en otras partes del mundo se observa un creciente interés por las reivindicaciones universitarias inmediatas. En mayo último, la juventud francesa, al mismo tiempo que pedía el poder para la fracción dinámica de la república, abogaba por cambios inmediatos en la universidad. Hasta esa fecha, oír hablar allí de autonomía y de participación estudiantil sonaba a escándalo, pues esas demandas

10 “Política y sociedad en una época de transición” Buenos Aires, 1968.

11 “Notas sobre la ideología en el movimiento estudiantil”. Documentos políticos, N° 71. Bogotá, diciembre de 1967.

eran propias de los países inmaduros de la América Latina. Cuando el Presidente de Gaulle y el Ministro de Educación Edgar Faure se inclinaron ante las banderas que habían ondeado en las barricadas, muchos elementos del gobierno, como el canciller Debré querían que el ejecutivo conservara la iniciativa en el manejo de las Casas de Estudio, y no ocultaban sus temores de que con la autonomía y la co-gestión hubiera tantos soviets como universidades existen. Se necesitó la autoridad del Jefe de Estado para que el gabinete y la Asamblea Nacional aceptaran que aquellas dos tesis básicas fueran incluidas en el nuevo estatuto. Estatuto que es desde luego un compromiso entre lo que reclaman los insurgentes de mayo y lo que era posible obtener de una Cámara en la que hay muchos sobrevivientes de la concepción jerárquica y autoritaria de la universidad, pero que de todas maneras abre la vía para que ella se ponga en movimiento.

CONCLUSIÓN

De este repaso se puede sacar en conclusión que la autonomía universitaria conserva su vitalidad original, pero que es preciso situarla en el nuevo marco diseñado por la evolución contemporánea. Ella no puede entenderse sólo como el derecho de oponerse a la prepotencia de los gobiernos y de las confesiones. Es más que eso. En una época conformada por los intereses de las metrópolis mundiales, la autonomía se convierte en una herramienta que deben usar las gentes de progreso para trabajar por el desarrollo independiente de las naciones débiles, mediante el incremento de una cultura profunda y dinámica, cuyo destino es la promoción de la respectiva sociedad.

Estanislao Zuleta

ELOGIO DE LA DIFICULTAD* **

LA POBREZA Y LA IMPOTENCIA de la imaginación nunca se manifiestan de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad. Entonces comenzamos a inventar paraísos, islas afortunadas, países de cucaña. Una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y por tanto también sin carencias y sin deseo: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrición. Metas afortunadamente inalcanzables, paraísos afortunadamente inexistentes¹.

* Conferencia leída por Estanislao Zuleta el 21 de noviembre de 1980 en el acto en el que la Universidad del Valle le concedió el Doctorado *Honoris Causa* en Psicología, como reconocimiento a sus méritos académicos e intelectuales. Esta versión ha sido tomada de *El elogio de la dificultad y otros ensayos*, Hombre nuevo editores y Fundación Estanislao Zuleta, Medellín, 2005, pp. 13-18. Agradecemos muy especialmente a Yolanda Rodríguez de la Fundación Estanislao Zuleta por permitirnos la reimpresión de esta conferencia.

** Título que resume en una frase concisa el tema central del escrito. En este caso el título condensa la tesis del autor. Los logros significativos de la humanidad siempre han requerido una gran dosis de esfuerzo y compromiso. El facilismo sólo conduce a la irracionalidad y al dogmatismo.

1 Párrafo introductorio realizado en función tanto del desarrollo del tema como de su conclusión. El autor presenta los “antecedentes empíricos” del problema que va a discutir en su escrito, es decir que plantea una situación que, a su juicio, ocurre en la realidad. Muestra que con mucha frecuencia la respuesta que se tiende a dar a los problemas es la más trivial y, en consecuencia, la más pobre e insatisfactoria.

Todas estas fantasías serían inocentes e inocuas, si no fuera por que constituyen el modelo de nuestros anhelos en la vida práctica. Aquí mismo, en los proyectos de la existencia cotidiana, más acá del reino de las mentiras eternas, introducimos también el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales, de las soluciones definitivas. Puede decirse que nuestro problema no consiste sólo ni principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos: que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y por lo tanto, en última instancia un retorno al huevo².

En vez de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de satisfacción, una monstruosa sala-cuna de abundancia pasivamente recibida. En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido. Adán y sobre todo Eva, tienen el mérito original de habernos liberado del paraíso, nuestro pecado es que anhelamos regresar a él. Desconfiemos de las mañanas radiantes en las que se inicia un reino milenarista. Son muy conocidos en la historia, desde la Antigüedad hasta hoy, los horrores a los que pueden y suelen entregarse los partidos provistos de una verdad y de una meta absolutas, las iglesias cuyos miembros han sido alcanzados por la gracia —por la desgracia— de alguna revelación.

El estudio de la vida social y de la vida personal nos enseña cuán próximos se encuentran una de otra la idealización y el terror. La idealización del fin, de la meta y el terror de los medios que procurarán su conquista.

Quienes de esta manera tratan de someter la realidad al ideal, entran inevitablemente en una concepción paranoide de la verdad; en un sistema de pensamiento tal, que los que se atrevieran a objetar algo quedan inmediatamente sometidos a la interpretación totalitaria:

2 Planteamiento del problema. Se trata de una dificultad teórica o práctica cuya solución no puede darse directa e inmediatamente, sino que requiere un proceso de reflexión y/o de investigación. El problema permite orientar el curso de la reflexión o la investigación. El que plantea el autor tiene que ver con la inadecuación que muchas veces se presenta entre lo que se espera lograr en la vida y la forma en que se enfrenta la consecución de dichos objetivos.

sus argumentos no son argumentos sino solamente síntomas de una naturaleza dañada o bien máscaras de malignos propósitos. En lugar de discutir un razonamiento se le reduce a un juicio de pertenencia al otro —y el otro es, en este sistema, sinónimo de enemigo—, o se procede a un juicio de intenciones. Y este sistema se desarrolla peligrosamente hasta el punto en que ya no solamente rechaza toda oposición, sino también toda diferencia: el que no está conmigo está contra mí, y el que no está completamente conmigo, no está conmigo. Así como hay, según Kant, un verdadero abismo de la razón que consiste en la petición de un fundamento último e incondicionado de todas las cosas, así también hay un verdadero abismo de la acción, que consiste en la exigencia de una entrega total a la “causa” absoluta y concibe toda duda y toda crítica como traición o como agresión³.

Ahora sabemos, por una amarga experiencia, que este abismo de la acción, con sus guerras santas y sus orgías de fraternidad, no es una característica exclusiva de ciertas épocas del pasado o de civilizaciones atrasadas en el desarrollo científico y técnico; que puede funcionar muy bien y desplegar todos sus efectos sin abolir una gran capacidad de inventiva y una eficacia macabra. Sabemos que ningún origen filosóficamente elevado o supuestamente divino, inmuniza a una doctrina contra el riesgo de caer en la interpretación propia de la lógica paranoide que afirma un discurso particular —todos lo son— como la designación misma de la realidad y los otros como ceguera o mentira⁴.

El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una identidad exaltada por la participación, separan un interior bueno —el grupo— y un exterior amenazador. Así como se ahorra sin duda la angustia, se distribuye

3 Desarrollo del tema mediante el planteamiento de una tesis o proposición que se sustenta mediante el uso de argumentos. En éste y los párrafos siguientes el autor esgrime argumentos históricos, filosóficos, sociológicos, psicológicos y políticos para sustentar su tesis en contra de las soluciones facilistas y a favor de las bondades del esfuerzo y el compromiso en la construcción tanto de la individualidad como de la sociedad. El autor despliega su reflexión mediante el uso del método de oposiciones argumentativas (método dialéctico): facilidad vs. esfuerzo, seguridad vs. riesgo, permanencia vs. cambio, dogmatismo vs. librepensamiento.

4 Exposición de argumentos a favor de la tesis central de la disertación: el valor de la dificultad. El autor acude a la estrategia dialéctica de presentar las consecuencias negativas que se pueden derivar de adoptar las vías del facilismo, es decir el camino contrario al que está defendiendo en su ponencia.

mágicamente la ambivalencia en un amor por lo propio y un odio por lo extraño y se produce la más grande simplificación de la vida, la más espantosa facilidad.

Y cuando digo aquí facilidad, no ignoro ni olvido que precisamente este tipo de formaciones colectivas se caracterizan por una inaudita capacidad de entrega y sacrificio; que sus miembros aceptan y desean el heroísmo, cuando no aspiran a la palma del martirio. Facilidad, sin embargo, porque lo que el hombre teme por encima de todo no es la muerte y el sufrimiento, en los que tantas veces se refugia, sino la angustia que genera la necesidad de ponerse en cuestión, de combinar el entusiasmo y la crítica, el amor y el respeto⁵.

Un síntoma inequívoco de la dominación de las ideologías proféticas y de los grupos que las generan o que someten a su lógica doctrinas que les fueron extrañas en su origen, es el descrédito en que cae el concepto de respeto. No se quiere saber nada del respeto, ni de la reciprocidad, ni de la vigencia de normas universales. Estos valores aparecen más bien como males menores propios de un resignado escepticismo, como signos de que se ha abdicado a las más caras esperanzas.

Porque el respeto y las normas sólo adquieren vigencia allí donde el amor, el entusiasmo, la entrega total a la gran misión, ya no pueden aspirar a determinar las relaciones humanas. Y como el respeto es siempre el respeto a la diferencia, sólo puede afirmarse allí donde ya no se cree que la diferencia pueda disolverse en una comunidad exaltada, transparente y espontánea, o en una fusión amorosa.

No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica —válida también en principio para el pensamiento propio—, cuando se habla desde la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca; porque entonces el pensamiento del otro sólo puede ser error o mala fe; y el hecho mismo de su diferencia con nuestra verdad es prueba contundente de su falsedad, sin que se requiera ninguna otra.

Nuestro saber es el mapa de la realidad y toda línea que se separe de él sólo puede ser imaginaria o algo peor: voluntariamente torcida por inconfesables intereses. Desde la concepción apocalíptica de la historia, las normas y las leyes de cualquier tipo son vistas como algo demasiado abstracto y mezquino frente a la gran tarea de realizar el

5 La argumentación se hace cada vez más fina. El autor, continuando con su estrategia dialéctica de presentar los efectos prácticos del facilismo, muestra los funestos resultados que dicha actitud puede acarrear en términos de la configuración de las relaciones sociales.

ideal y de encarnar la promesa; y por lo tanto sólo se reclaman y se valoran cuando ya no se cree en la misión incondicionada⁶.

Pero lo que ocurre cuando sobreviene la gran desidealización no es generalmente que se aprenda a valorar positivamente lo que tan alegremente se había desechado o estimado sólo negativamente; lo que se produce entonces, casi siempre, es una verdadera ola de pesimismo, escepticismo y realismo cínico. Se olvida entonces que la crítica a una sociedad injusta, basada en la explotación y en la dominación de clase, era fundamentalmente correcta y que el combate por una organización social racional e igualitaria sigue siendo necesario y urgente. A la desidealización sucede el arribismo individualista que además piensa que ha superado toda moral por el sólo hecho de que ha abandonado toda esperanza de una vida cualitativamente superior⁷.

Lo más difícil, lo más importante, lo más necesario, lo que de todos modos hay que intentar, es conservar la voluntad de luchar por una sociedad diferente sin caer en la interpretación paranoide de la lucha. Lo difícil, pero también lo esencial es valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento, como aquello sin lo cual una imaginaria comunidad de los justos cantarían el eterno hosanna del aburrimiento satisfecho. Hay que poner un gran signo de interrogación sobre el valor de lo fácil; no solamente sobre sus consecuencias, sino sobre la cosa misma, sobre la predilección por todo aquello que no exige de nosotros ninguna superación, ni nos pone en cuestión, ni nos obliga a desplegar nuestras posibilidades.

Hay que observar con cuánta desgraciada frecuencia nos otorgamos a nosotros mismos, en la vida personal y colectiva, la triste facilidad de ejercer lo que llamaré una no reciprocidad lógica; es decir, el empleo de un método explicativo completamente diferente cuando se trata de dar cuenta de los problemas, los fracasos y los errores propios y los del otro cuando es adversario o cuando disputamos con él. En el caso del otro aplicamos el esencialismo: lo

6 A partir de aquí el autor comienza a presentar sus conclusiones. Estas expresan una valoración de lo expuesto en el desarrollo del tema, determinan el punto de vista del autor y anticipan las propuestas de solución. En el caso presente, el autor, apoyado en los argumentos discutidos durante el desarrollo del ensayo, establece una relación causal entre el facilismo y lo que él denomina la “desidealización” de la vida. Esta relación tiene consecuencias directas en la naturaleza de condiciones de vida individuales y sociales.

7 Argumentación afirmativa. El autor no se limita a plantear la crítica al facilismo y sus consecuencias, sino que propone estrategias para intentar resolver el problema planteado.

que ha hecho, lo que le ha pasado es una manifestación de su ser más profundo; en nuestro caso, aplicamos el circunstancialismo, de manera que aún los mismos fenómenos se explican por las circunstancias adversas, por alguna desgraciada coyuntura. Él es así; yo me vi obligado. Él cosechó lo que había sembrado; yo no pude evitar este resultado.

El discurso del otro no es más que un síntoma de sus particularidades, de su raza, de su sexo, de su neurosis, de sus intereses egoístas; el mío es una simple constatación de los hechos y una deducción lógica de sus consecuencias. Preferiríamos que nuestra causa se juzgue por los propósitos y la adversaria por los resultados.

Y cuando de este modo nos empeñamos en ejercer esa no reciprocidad lógica que es siempre una doble falsificación, no sólo irrespetamos al otro, sino también a nosotros mismos, puesto que nos negamos a pensar efectivamente el proceso que estamos viviendo. La difícil tarea de aplicar un mismo método explicativo y crítico a nuestra posición y a la opuesta no significa desde luego que consideremos equivalentes las doctrinas, las metas y los intereses de las personas, los partidos, las clases y las naciones en conflicto.

Significa por el contrario que tenemos suficiente confianza en la superioridad de la causa que defendemos, como para estar seguros de que no necesita ni le conviene esa doble falsificación con la cual, en verdad, podría defenderse cualquier cosa⁸.

En el carnaval de miseria y derroche propios del capitalismo tardío se oyen a la vez lejanas y urgentes las voces de Goethe y Marx que nos convocaron a un trabajo creador, difícil, capaz de situar al individuo concreto a la altura de las conquistas de la humanidad. Dostoiévski nos enseñó a mirar hasta dónde van las tentaciones de tener una fácil relación interhumana: van sólo en el sentido de buscar el poder, ya que si no se puede lograr una amistad respetuosa en una empresa común se produce lo que Bahro llama intereses compensatorios: la búsqueda de amos, el deseo de ser vasallos, el anhelo de encontrar a alguien que nos libere de una vez por todas del cuidado de que nuestra vida tenga un sentido. Dostoiévski entendió, hace más de un siglo, que la dificultad de nuestra liberación procede de nuestro amor a las cadenas. Amamos las cadenas, los amos, las seguridades porque nos evitan la angustia de la razón.

8 Basado en las conclusiones obtenidas en la discusión del tema, se plantea el punto de vista del autor que incluye una propuesta para afrontar el problema planteado. Tanto la validez y coherencia de los argumentos planteados, como las conclusiones y propuestas presentadas se convierten en insumos a partir de los cuales es posible llevar a cabo la reflexión y el debate que contribuye a la ampliación del conocimiento.

Pero en medio del pesimismo de nuestra época se sigue desarrollando el pensamiento histórico, el psicoanálisis, la antropología, el marxismo, el arte y la literatura. En medio del pesimismo de nuestra época surge la lucha de los proletarios que ya saben que un trabajo insensato no se paga con nada, ni con automóviles ni con televisores; surge la rebelión magnífica de las mujeres que no aceptan una situación de inferioridad a cambio de halagos y protecciones; surge la insurrección desesperada de los jóvenes que no pueden aceptar el destino que se les ha fabricado. Este enfoque nuevo nos permite decir como Fausto⁹:

*“También esta noche, Tierra, permaneciste firme.
Y ahora renaces de nuevo a mi alrededor.
Y alientas otra vez en mí
la aspiración de luchar sin descanso
por una altísima existencia.”*

9 Cierre del texto mediante un recurso poético cuya finalidad consiste en reafirmar las conclusiones del autor y, al mismo tiempo, producir en el auditorio o el lector un efecto emocional. El autor apela al arte en virtud de la capacidad que éste tiene de generar tanto la emoción como la reflexión.

EL MARXISMO, LA EDUCACIÓN Y LA UNIVERSIDAD *

(CONFERENCIA)

LA RELACIÓN ENTRE LAS LUCHAS revolucionarias y la crítica marxista de la sociedad es supremamente compleja y alrededor de ella se ha presentado, desde el comienzo del movimiento obrero de orientación marxista, un gran número de desavenencias, problemas, confrontaciones y posiciones, que siguen existiendo en nuestro tiempo.

El marxismo lleva a cabo una crítica muy radical del orden capitalista, que se refiere no a una forma determinada de propiedad, sino a la propiedad como tal, definida por supuesto en términos marxistas, como diferentes formas históricas de derecho al plustrabajo. De la misma manera lleva a cabo una crítica del Estado, de la división de la sociedad en clases y de las diferentes formas de la división social del trabajo que se fundan en la explotación. La característica de esta crítica consiste en que apunta a disolver todas las formas que se presentan a la conciencia cotidiana bajo la figura de una objetividad natural y transhistórica, y a mostrar su dependencia de condiciones históricas.

Es evidente que las luchas concretas del proletariado y de otros sectores revolucionarios, no pueden plantearse como metas la disolución de las formas históricas que la teoría marxista critica sino

* Conferencia dictada en la Universidad del Valle en 1975. Circuló profusamente en *mimeo* con el nombre "El Marxismo y la universidad" (N. del E.).

como una meta a largo plazo. En las luchas actuales los marxistas se encuentran siempre frente a combates intermedios, en los cuales es necesario defender instituciones, formas de vida, posibilidades, sobre las que no se hacen tampoco ilusiones porque saben que combatirán en un periodo posterior. Muy frecuentemente la historia ha obligado a las organizaciones marxistas a luchar por algunos objetivos comunes al lado de clases y grupos sociales que no son revolucionarios. Tal es el caso, por ejemplo, cuando se ven obligados a elegir entre términos que no aceptan completamente, pero que tampoco pueden considerar equivalentes, como democracia burguesa y fascismo. Allí donde sus compañeros de lucha ven entonces la meta final del combate, los marxistas ven sólo un momento, que es importante sobre todo porque facilitará el desarrollo de nuevos combates más profundos.

Esa situación conduce muchas veces a considerar que resulta inoportuno, o prematuro, desde el punto de vista del combate actual, la crítica de aquellas formas que todavía no pueden ser puestas en cuestión prácticamente, y cuya abolición no es por ahora el objetivo de la lucha. Se trata de un fenómeno estrictamente objetivo, no propiamente de un problema subjetivo o de un error particular de un grupo determinado. La actitud ante esta situación es muy variable, pero se trata de un hecho con el cual objetivamente nos encontramos. Ningún marxista, por ejemplo, plantearía una lucha por la abolición inmediata del Estado, puesto que a eso lo llamaríamos directamente anarquismo; o una lucha por la abolición de una forma profundamente criticada por Marx por sus consecuencias y sus efectos sociales y humanos, como es la forma dinero (o más generalmente de la forma mercancía), cuya abolición, sin embargo, en la práctica sólo puede ser resultado de un largo proceso histórico.

Sin embargo, del hecho de que un cambio determinado no resulte ser en la práctica una meta actual de un movimiento revolucionario en un país capitalista no se deduce que la crítica se constituya entonces en un fenómeno anacrónico, una actividad teórica prematura, ya que deberíamos dedicarnos sólo a la crítica de lo que aquí y ahora podemos efectivamente combatir y cuya abolición no es aquí y ahora una utopía. Con ese criterio, naturalmente, no se habría llegado a cabo nunca la crítica teórica en la que se basa el pensamiento de Marx.

Muchos marxistas han mostrado que ciertas exigencias de llevar a la práctica la actualización inmediata de una crítica teórica son en el fondo exigencias abstractas. La historia del movimiento socialista, tal como se ha desarrollado desde la Revolución de Octubre hasta nuestros días, plantea una serie de problemas y de dificultades que han tenido efectos —a mi juicio— importantes sobre el desarrollo del pensamiento marxista como tal, de la teoría y de la crítica misma.

Es muy conocido un debate sobre los sindicatos entre Lenin y Trotsky en la Unión Soviética, en el cual Lenin sostenía la necesidad de mantener la organización sindical por un largo período histórico, a pesar del carácter proletario del Estado, aun cuando teóricamente la lucha del sindicalismo contra la explotación directa de una clase capitalista no parecía justificarse ya. En la práctica los sindicatos continuarían teniendo funciones de defensa de intereses específicos de los trabajadores directos durante todo el período histórico en que la división del trabajo capitalista continuara vigente en la sociedad, es decir, durante un tiempo muy largo.

Este problema, que se puede ver con mayor claridad en algunos campos de la lucha, se extiende sin embargo a todas las formas de la práctica revolucionaria. Además es fundamental tenerlo en cuenta cuando se formula la exigencia del estudio y de la crítica teórica de la sociedad capitalista y de las sociedades de transición hacia el socialismo. Voy a tomar un ejemplo que puede introducirnos enseguida en el problema de la crítica de la educación y de la institución universitaria.

LA DIVISIÓN CAPITALISTA DEL TRABAJO

El estudio de la técnica ha sido desarrollado con mucho detenimiento por Marx especialmente en *El Capital*. A propósito de este problema se han planteado equívocos tradicionales en el movimiento socialista y en la interpretación del marxismo, que proceden de las oscilaciones y las dificultades teóricas que se encuentran en los textos del mismo Marx y no sólo en tal o cual de sus intérpretes.

Se ha difundido, durante un largo período histórico, un error que se encuentra expuesto directamente por Marx en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Se trata de la afirmación de que las fuerzas productivas son determinantes en el proceso histórico. Se dice allí en ese Prólogo —tan famoso como desgraciado— que el desarrollo de las fuerzas productivas, en un período determinado, entra en contradicción con las relaciones sociales de producción y se abre entonces un período revolucionario. Otras afirmaciones, que aparecen también allí, parecen apoyar esa misma línea de pensamiento. Por ejemplo, la idea de que una forma de sociedad solo sucumbe históricamente cuando ha agotado todas sus posibilidades, parece indicar —o por lo menos ha sido una interpretación clásica— que es prematura la lucha contra una forma determinada de sociedad —por ejemplo capitalista— que no haya agotado aún todas sus posibilidades. Pero hay algo más grave todavía. Marx parece sugerir que las fuerzas productivas constituyen por sí mismas una variable independiente, es decir, que su desarrollo es el resultado de un progreso acumulativo de conocimientos humanos aplicados a la producción,

independientemente de las relaciones sociales de producción en las que se vive. De esta manera un determinado incremento cuantitativo de las fuerzas productivas entra en contradicción y hace explotar las relaciones sociales de producción en que se venían desarrollando, que serían demasiado estrechas para contenerlas.

Esta versión ha sido extraordinariamente difundida y ha tenido tantas consecuencias políticas y sociales que no vale la pena insistir sobre ellas. Es un error muy notable y muy curioso. Como en tantos otros casos, Marx mismo nos da todas las claves. Existen sobre este caso particular análisis suyos muy detallados que nos permiten dar cuenta críticamente de este error y escoger con claridad entre dos alternativas: o uno se queda con todos los análisis de *El Capital* desde *Cooperación* (Capítulo XI), *División del trabajo y manufactura* (Capítulo XII) hasta *Maquinaria y gran industria* (Capítulo XIII) en el primer tomo, o se queda con esas cuantas frases del *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política*, con las dos cosas no se puede quedar porque no son compatibles.

En *El Capital* Marx expone, por el contrario, que son las relaciones sociales de producción las que determinan el ritmo y la forma del desarrollo de las fuerzas productivas. El ejemplo que toma es muy claro. Fue el capitalismo, como relaciones sociales de producción, lo que desató la Revolución Industrial, y no a la inversa, la Revolución Industrial la que produjo el capitalismo. Observa incluso que la máquina a vapor fue inventada realmente un siglo antes de que fuera efectivamente utilizada en la industria. Más aún, sabemos precisamente, por los análisis de *El Capital*, que existen formas históricas de relaciones sociales de producción que tienden a excluir una revolución técnica, una revolución en las fuerzas productivas. Tal es el caso, para tomar un ejemplo de Marx, de las relaciones de producción esclavistas. Los griegos tuvieron toda clase de condiciones abstractas para producir una revolución técnica, es decir, contaron con una gran revolución científica: la geometría, las matemáticas y muchas otras cosas (la teoría de las palancas, por ejemplo). Contaban con un desarrollo notable de la navegación y de la metalurgia. Desarrollaron hasta cierto punto otras ciencias como la astronomía y la llevaron a un desarrollo tan alto y tan profundo que no fue superado hasta el siglo XVII, muchos siglos después de la caída de la civilización griega. Sin embargo, los griegos no hicieron una revolución industrial, ni una revolución técnica, porque las relaciones sociales de producción esclavista la excluyen por diferentes razones. En primer lugar, porque en esas relaciones de producción el trabajo productivo está separado radicalmente del trabajo intelectual, en personas diferentes, en clases diferentes. En segundo lugar, porque el trabajo productivo es un trabajo directamente

coactivo, es decir, militarmente impuesto. Ni siquiera requiere de la interiorización de la dominación, puesto que la dominación es una coacción violenta. Por el contrario, los Estados esclavistas antiguos se daban el lujo de permitir muchas más libertades ideológicas que, por ejemplo, los Estados feudales.

En el mismo sentido observa Marx que en el sur de los Estados Unidos, mientras se mantuvieron las relaciones esclavistas de producción, los arados nuevos que se empleaban en el norte —incluso caballos— no podían ser empleados en el sur, porque eran destruidos por la fuerza de trabajo esclava.

En diversas partes de *El Capital*, como por ejemplo en el estudio sobre la reproducción ampliada del tercer tomo, o en los capítulos ya señalados del primer tomo sobre la plusvalía relativa, Marx indica que las relaciones sociales de producción capitalistas promuevan una especie de revolución permanente en las formas de lo que él llama el proceso de trabajo. Es importante observar que la técnica no es una variable independiente aplicable aquí para el bien del hombre, allí para su explotación, pero ella misma neutral, ajena a las relaciones de producción dentro de las cuales está inscrita. Más aún, el problema más importante a que me quiero referir no es solamente en qué medida unas determinadas relaciones de producción frenan o promueven, impulsan o impiden el desarrollo de las fuerzas productivas. Quiero insistir en que la forma misma de las fuerzas productivas está determinada por el tipo de relaciones de producción dentro del cual se producen.

Marx ha estudiado en este sentido la técnica capitalista con un detenimiento y una profundidad muy notables. Y no se piense, como creen algunos, que se refería a condiciones de producción muy primitivas con respecto a las actuales, o a las formas de explotación propias de mediados del siglo XIX, que el desarrollo mismo del capitalismo ha dejado de lado. En realidad, se refiere a las formas de la técnica en el capitalismo, y a su contribución al desarrollo de la productividad del trabajo, en una amplia perspectiva histórica. Por ejemplo, en los *Fundamentos de la crítica de la economía política* llega incluso a imaginar que la sociedad capitalista puede llegar a convertir el trabajo humano básicamente en vigilancia de máquinas que funcionan por automatización. Y no por eso, comenta Marx, las contradicciones propias de la sociedad capitalista quedarían superadas.

No hay que creer pues que la crítica de Marx se refiere a formas muy primitivas de uso de máquinas superadas por la técnica. Él se refiere a la forma de la técnica, a las tendencias fundamentales de la técnica capitalista. ¿Cuáles son esas tendencias? En primer lugar, es propio de la sociedad capitalista un movimiento histórico que Marx

designa como la pérdida de la inteligencia del proceso productivo por los trabajadores directos. A medida que la sociedad capitalista se desarrolla, los trabajadores directos no sólo pierden la dirección del proceso productivo —lo cual les ocurre desde el comienzo y antes de que la técnica propiamente capitalista se desarrolle— sino que pierden, finalmente también, la inteligencia del proceso productivo. El trabajador artesanal entiende el proceso productivo de su trabajo, sabe cómo se hace un zapato, un violín o un piano o lo que sea, independientemente de que se trate de un trabajo muy calificado (semi-artístico) o de un trabajo poco calificado. Por el contrario, el trabajador en la gran industria capitalista pierde la inteligencia del proceso productivo; conoce la tarea que se le asigna en una determinada división interna de las tareas, por ejemplo, en una fábrica de automóviles, pero no sabe cómo se hace un automóvil, ni siquiera cómo se vincula su propia tarea a las otras. El proceso capitalista de producción inicia desde temprano y lo acentúa cada vez más, una forma propia del capitalismo de división del trabajo entre el trabajo que proyecta, el trabajo que entiende y que piensa, y el trabajo que ejecuta y no conoce la razón de lo que está haciendo. Es una división del trabajo que no es una necesidad objetiva del desarrollo de la técnica en sí, sino una manera como la relación de dominación entre el capital y el trabajo se expresa en la forma de las fuerzas productivas.

En síntesis, así como hay una división en la sociedad capitalista (y también en la esclavista) entre el trabajo que manda y el trabajo que ejecuta, asimismo hay una división entre el trabajo que proyecta, que piensa y el trabajo que ejecuta. Esta es una de las más importantes características de las relaciones sociales de producción capitalista: una división social del trabajo que está inscrita en la forma misma de la técnica.

Las sociedades que han intentado, o que están intentando, la transición al socialismo, han heredado la técnica capitalista puesto que durante un largo período no pueden producir por sí mismas o inventar otra técnica adecuada a una sociedad en la que los trabajadores directos puedan pensar y decidir. Pero desgraciadamente hay que saber también que al heredar esa forma de las fuerzas productivas también heredan ese tipo de relaciones capitalistas de producción. No hay que creer —como fue una tendencia en cierto período histórico— que lo que designamos con el término “relaciones de producción” son las formas jurídicas de propiedad como dicen algunos textos sobre todo soviéticos. En realidad esa es una concepción muy alegre de las cosas que da la impresión inmediata de que se podrían abolir las relaciones sociales de producción por un decreto, puesto que un decreto sí podría cambiar unas formas de propiedad que, según Marx en el Pró-

logo mencionado, no serían más que una cierta expresión jurídica de las relaciones sociales de producción. Nosotros no podemos heredar nuestros conceptos del Derecho. Lo que nosotros llamamos propiedad, como dije antes, es el derecho al plustrabajo, y no como dicen los juristas, el derecho al uso y al abuso de la cosa. La propiedad es una relación entre clases en la cual, gracias al monopolio de los medios de producción o a la dominación directa, militar o ideológica, unas clases acceden al plustrabajo de otras. No se trata de una relación entre los hombres y las cosas como aparece en todos los códigos jurídicos de la burguesía. Por eso no se pueden abolir por decreto. Se puede, sin embargo, tomar conciencia de este problema e iniciar una larga lucha en ese sentido.

La Unión Soviética, para tomar un ejemplo, se vio obligada después de 1917 a importar directamente las formas propias del capitalismo como fuerzas productivas. No digo que haya sido un error. Digo que se vio obligada. Tomaban, e incluso copiaban, los procedimientos de la Ford. Enviaban obreros que pretendían haber escogido la libertad, pero que lo que hacían era tomar diseños para implantarlos allá. No creo que hubieran tenido otra opción. Si hubo error fue el no haber tenido en cuenta la gravedad y los peligros a que eso conducía. Llegaron incluso a hacer elogios del taylorismo, que es una de las formas en las que el trabajo de los sectores directos queda más descalificado y más parcializado y es más impotente para comprender, diseñar y dirigir el proceso productivo. Hacer de la necesidad virtud, tomar una dolorosa necesidad histórica como su gran modelo que debe seguirse en cualquier caso, sí es un error.

Los marxistas, por ejemplo Lenin, sabían desde el comienzo que después de la abolición de la forma burguesa de la propiedad privada, continuaría una larga lucha de clases en la sociedad que se prolongaría por todo un período histórico. Sin embargo, no siempre se interpretó de la misma manera esa lucha de clases. En el período que solemos designar, por comodidad, con el nombre de Stalin y sus sucesores, esa lucha de clases se concibió fundamentalmente como una lucha contra los enemigos internos —adversarios del socialismo (o traidores)— los enemigos externos y los rezagos del pasado. Pero nunca se entendió que era necesaria una lucha, no sólo contra los rezagos del pasado, los traidores y los enemigos externos, sino contra las tendencias propias al desarrollo de las fuerzas productivas que tienden a reproducir relaciones capitalistas de producción, con sus consecuencias ideológicas, políticas y económicas.

A veces se ha creado el equívoco de que los chinos — bastante más conscientes de este punto que los soviéticos— han asumido las fórmulas de Stalin sobre la necesidad de continuar la lucha de clases

y afirmar la dictadura del proletariado en el proceso de desarrollo de la formación del socialismo. Este es un parecido que se reduce a las frases, no a los hechos. Los chinos no han entendido de la misma manera la necesidad de continuar la lucha de clases durante la revolución, después de la toma del poder; por el contrario han comprendido —sobre todo en el último período— la necesidad de la lucha de clases contra las tendencias objetivas a la reproducción de una división capitalista del trabajo en la sociedad y contra sus consecuencias. En este sentido, desgraciadamente, ha habido muy pocos textos claros, pero por fortuna comienzan a ser publicados los inéditos de Mao Tse Tung, que ya no dejan duda a ese respecto. Me refiero especialmente a un estudio suyo que constituye una crítica detenida y supremamente dura del trabajo de Stalin. *Problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S.* y otro ensayo sobre el *Manual de economía política de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.* en la edición de 1960. En estos trabajos de Mao Tse Tung su fama de estaliniano queda finalmente liquidada.¹

EDUCACIÓN Y DIVISIÓN CAPITALISTA DEL TRABAJO

Las formas de la división capitalista del trabajo son decisivas para la organización de la educación en todos sus niveles tanto universitarios como preuniversitarios. Y así como comenzamos por tomar un ejemplo que Marx desarrolló ampliamente, para podernos apoyar mejor en sus textos, podemos abordar otro ejemplo, que Marx no desarrolló, pero que es de gran importancia para nosotros si queremos plantearnos la cuestión del marxismo y su relación con la educación y la universidad como institución. Me refiero al problema del nexo entre la ciencia y las relaciones de producción capitalistas. Observemos para comenzar que la ciencia, como la técnica, tampoco planea como una variable independiente por encima de las clases, de la lucha de clases y de las relaciones sociales de producción.

Una conocida y desgraciada interpretación relacionaba las clases con la ciencia, pero de una manera expresiva y directa y no en términos de los efectos de conjunto de las relaciones de producción sobre la ciencia. Se trataba de la famosa teoría —hoy por fortuna caída en desgracia, según parece en todo el mundo— de la ciencia proletaria y la ciencia burguesa. Esta teoría es errada, no porque relacione la ciencia con la vida de las clases, lo cual me parece acertado como podemos indicar enseguida, sino por la forma expresiva que concibe la ciencia

¹ Estos ensayos fueron publicados en Colombia por primera vez en traducción del francés como *La construcción del socialismo*, Editorial Oveja Negra, Medellín, 1975 (N. del E.).

como expresión directa de los intereses de las clases. Es muy fácil criticar esta teoría. Muchos no solamente la han refutado sino que con bastante facilidad se han burlado de esa formulación. Es claro que unas determinadas condiciones sociales —relaciones de producción y fuerzas productivas— son esenciales para el desarrollo de la ciencia. Pero eso no significa que la ciencia sea una expresión inmediata, por ejemplo, de los intereses de las clases que dominan en esa sociedad. A nadie se le ocurre pensar hoy que la geometría de Euclides sea una expresión de los intereses de los señores esclavistas griegos. Nadie podría sostener que quien piense que los tres ángulos de un triángulo suman dos rectos, tiene entonces una mentalidad esclavista. Es, por supuesto, extraordinariamente burdo vincular de esa manera las relaciones de producción con la historia de la ciencia.

De la ciencia cabe decir algo similar a lo que hemos dicho de la técnica. Las relaciones de producción capitalistas, así como las relaciones de producción esclavistas o feudales, determinan en qué grado se impulsa o se detiene la producción de conocimientos científicos. El período medieval, por ejemplo, fue relativamente muy pobre en la producción de conocimientos científicos, tanto es así que en 1614 ciertos manuscritos griegos desconocidos eran todavía aportes en matemáticas, después de casi 2.000 años. La astronomía fue sencillamente reprimida en todos los sentidos del término (político, religioso o freudiano). Entre Aristóteles, que inició la anatomía, y aquellos que la reiniciaron en el Renacimiento italiano —por ejemplo Leonardo— hay un paréntesis bastante largo. Por todo esto no podemos afirmar que la ciencia se desarrolla de forma independiente, de manera transhistórica, en cualquier tipo de sociedad, y bajo cualquier tipo de relaciones sociales de producción como una especie de encuentro feliz de las casualidades y de los genios que van produciendo y acumulando descubrimientos. Hay tipos de sociedad que son represores del desarrollo científico, así como hay otros tipos que no pueden permitirse el lujo de reprimir el desarrollo de la ciencia en general. La sociedad capitalista, por ejemplo, y esta es precisamente una de sus contradicciones —no quiere decir que sea la principal ni la única naturalmente— necesita una revolución permanente de la técnica o, en otras palabras, un incremento permanente de la productividad del trabajo o, en términos más ortodoxamente marxistas, un incremento permanente del tiempo de trabajo excedente por medio de la disminución del tiempo de trabajo necesario. Y ese proceso no se puede llevar a cabo sin una aplicación continua de los conocimientos al proceso productivo. El capitalismo, como tantas otras sociedades anteriores fundadas en la explotación del hombre por el hombre, si bien requiere de la

dominación ideológica, no puede sencillamente prohibir la ciencia, quemar los químicos en las hogueras o intimidar a científicos como Galileo mostrándole los instrumentos de tortura del Vaticano (a los cuales él había hecho algunos aportes técnicos).

El capitalismo, ciertamente, dirige e impulsa el desarrollo de los conocimientos en el sentido de los intereses del capital, principalmente. Algunos investigadores de la ciencia moderna han mostrado cuán monstruosamente diferentes son las inversiones que se llevan a cabo en investigaciones biológicas y médicas, por ejemplo, y las que se llevan a cabo en investigaciones aplicables al desarrollo industrial y militar, en la física, la química, la electrónica y la cibernética. La ciencia no se desarrolla de acuerdo a sus efectos útiles generales para la humanidad, sino a sus efectos particulares para la acumulación del capital, evidentemente. Y aunque las ciencias y las técnicas, en general, se desarrollan a un ritmo muy rápido con relación a otras sociedades, sin embargo ese ritmo es muy variable de acuerdo con la rentabilidad que encuentra el capital en uno u otro sector. En el campo médico, por ejemplo, ese ritmo es muy lento, si se compara con la aplicación de la ciencia en los transportes. Hoy en día a un enfermo de los pulmones le pueden hacer exámenes de rayos X, fluoroscopia y broncoscopia, que ya se hacían en 1925, hace 50 años. En cambio, nadie se sentiría cómodamente sentado en un avión de hace 50 años. No digo que no se haya desarrollado la medicina. Comparada con el estancamiento medieval, se ha desarrollado de una manera vertiginosa, pero comparada con el desarrollo de otras ramas es innegable la diferencia. Todo depende de donde resulte más rentable el capital.

Al lado del problema, de la manera y de la medida como la producción de los conocimientos y la orientación de esa producción dependen de las relaciones sociales de producción, existen otros dos problemas que resultan decisivos para nosotros si queremos pensar la educación y la universidad moderna. Me refiero ya no a la producción de conocimientos, sino a la transmisión de los conocimientos producidos —la forma misma de transmisión y su alcance— y a su neutralización y sectorialización, de tal manera que puedan ser empleados sin que resulten perjudiciales para la ideología dominante. Esos dos puntos son, efectivamente, decisivos.

Se busca básicamente transmitir unos resultados de tal manera que no resulten amenazadores para la ideología dominante, es decir, que lo que la ciencia tiene de crítica a la ideología quede borrado, reducido al mínimo. Se intenta enseñar lo que se conoce en un reducido sector de la existencia, sobre un objeto perfectamente delimitado y clasificado. De esta manera se quita a la ciencia, por medio de la expo-

sición positivista y de una teoría de la información, todo lo que tiene de crítica. La ciencia se convierte así en informes de resultados, en la medida en que resulten necesarios para ser aplicables.

¿Qué cantidad de prejuicios ideológicos impedían el acceso a una determinada esfera del saber? Eso se puede dejar de lado. Hay que atenerse solamente a los resultados de un saber determinado.

De esta manera la educación tiende a transmitir resultados ya adquiridos, y a enseñar un saber, sin enseñar a pensar. Saber una cosa, conocer un resultado determinado, y pensarla en sus condiciones de existencia, son dos fenómenos muy diferentes. Uno puede saber geometría, en el sentido de que conoce determinados teoremas y maneja unas formas de demostración. Pero al mismo tiempo puede ignorar por completo qué es la geometría como forma de pensamiento, es decir, su relación con la lógica, sus implicaciones, etc. Ese es otro problema. Lo uno se puede aprender sin lo otro, sin ninguna crítica, sin condiciones teóricas, como un resultado abstracto.

La neutralización, es decir, el hecho de que el efecto revolucionario que tiene un determinado saber o conocimiento nuevo resulte anulado por una forma especial de la división del trabajo intelectual o por una simple desvirtuación completa de ese conocimiento, para ser recuperado por la ideología dominante, es un procedimiento que debería ocupar para nosotros mucho tiempo de investigación.

Hay sectores que los marxistas conocen directamente, en los que ese fenómeno es muy álgido. Por ejemplo, los descubrimientos que permiten estudiar la conducta humana desde un punto de vista científico, en la sociología, en la historia, en la psicología, etc., chocan con nociones esenciales de la ideología dominante y tienden a ser, por lo tanto, neutralizados. La ideología dominante requiere, para citar un caso, de una serie de ideas que ha heredado de la religión y que no puede dejar de lado. El Derecho penal por ejemplo, no puede sencillamente abandonar la noción de culpa. Es curioso incluso ver a veces la manera en que algunos juristas de izquierda se dedican a estudiar la culpa y a diferenciarla del dolo: la primera es una conducta que transgrede una ley o produce algún efecto dañino habiendo podido ser prevista, y la otra es voluntariamente decidida. Estas definiciones se parecen de una manera curiosa a la diferenciación que traía el antiguo catecismo del padre Astete, entre el pecado mortal y el venial. El Derecho no puede dejar de lado la noción de culpa porque es el fundamento de la de castigo o de pena. A veces el Derecho se trata de “civilizar”, por decirlo así, y trata de justificar la pena como “la protección de la sociedad contra conductas o personas que resulten tener peligrosidad social”. El problema es que la “peligrosidad social”, en una sociedad de clases, es una noción que no se puede científicamente

determinar, puesto que nadie sabe si es más peligroso —como decía Brecht— atracar un banco o fundarlo, si poner en engorde terrenos urbanos o hacer un atraco, puesto que eso va a encarecer la vivienda, a incrementar el desempleo y a producir inseguridad. El capital posee la más alta peligrosidad social. Por lo tanto, tomar como criterio jurídico, en una sociedad capitalista, la “peligrosidad social”, es una ingenuidad, cuando no es un cinismo, porque puede ser una de las dos cosas. Los marxistas saben que Marx nunca se hizo ilusiones sobre el Derecho, ni siquiera en las sociedades en las cuales el proletariado ya hubiera tomado el poder, como lo muestra en la *Crítica del Programa de Ghotá*.

En el Derecho es necesario neutralizar todas las ciencias que buscan que la conducta humana pueda ser explicada, puesto que de lo que se trata es de condenarla, de reprimirla, de evitarla y no de explicarla; no se trata de erradicar las causas del robo, sino de castigar el robo. Por eso es necesario proclamar la libertad de la conducta. Pero hay que tener mucho cuidado con la idea de libertad, de libre albedrío, con la idea de una voluntad no determinada por situaciones ni por causas, sino que es *causa-sui*, puesto que detrás de esa libertad hay siempre algún culpable, y un verdugo y alguna pena que le están preparando —a veces eterna, a veces temporal—; primero le conceden la libertad y luego le presentan sus consecuencias.²

La tendencia a la neutralización ocurre con muchas otras disciplinas. También en otros sectores tendríamos que estudiar la manera en que se producen y se transmiten los conocimientos bajo las condiciones de las relaciones sociales de producción capitalista. ¿Cómo hacer, por ejemplo, para formar un médico que funcione en las condiciones capitalistas de producción, es decir, que se inscriba en una división capitalista del trabajo, por sectores? La enfermería por ejemplo, es un sector en el que se llega hasta cierto punto del aprendizaje y allí se detiene; en la medicina se va más allá. Los chinos cuentan que cuando entraban a un hospital durante la Revolución Cultural, encontraban que dicho hospital estaba “burguesamente delimitado” —aunque naturalmente era del Estado— porque allí el personal estaba dividido en médicos y enfermeras, es decir, los que se supone que saben y las que nunca sabrán. Al médico es necesario entrenarlo para que trabaje de acuerdo con una determinada “clientela”, puesto que los médicos no están destinados a la atención de las enfermedades sino a la atención de un cliente. Es la oferta para una demanda. Hay un sector de

2 Ver Nietzsche, Friedrich, “Los cuatro grandes errores”, en *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 1975, pp. 61-70, en particular el numeral 7: “Error de la voluntad libre” (N. del E.).

la población que, a pesar de estar sana porque está bien alimentada, demanda muchos médicos, y otro que tiene altos índices de enfermedad pero que no demanda atención médica. Por eso hay muchos más médicos en el Chicó que en el Chocó.

Es difícil formar a una persona que sepa comprender y enfrentar las consecuencias sociales de la vida capitalista; que entienda claramente que la mortalidad infantil no la produce, simplemente, la gastroenteritis, sino principalmente la miseria que pone en contacto con esa bacteria y no permite su tratamiento. Para tratar la bacteria sin enfrentar la causa de la enfermedad, que no es otra cosa que los efectos patógenos del capitalismo, es necesario producir una persona que sepa y no piense, que aprenda a reducir su enfoque, que acepte humanamente que su trabajo, después de tantos años de aprendizaje, no tiene como su meta principal un efecto social útil allí donde es más necesario, sino una demanda económica. Es más importante atender a una señora rica que tiene “cierta sensación”, que a muchos mineros tuberculosos. Para formar una persona que no valore mucho su saber, sino los efectos económicos que de él pueden derivar, es necesario crear una institución especializada.

Habíamos dicho que el capitalismo, en el proceso de su desarrollo, había quitado al trabajo la inteligencia y la dirección del proceso productivo. ¿Eso quiere decir que se lo retiró a los productores directos para dárselo a los científicos o a los técnicos? No. La dirección no la tiene la ciencia ni la técnica sino los intereses del capital, que son los que a su vez determinan la actividad del científico. Un técnico no puede darse el lujo de hacer una bombilla que no se funda nunca —la Phillips por ejemplo la hizo— porque el capital estaría dispuesto a pagar un alto precio para que se investigue la posibilidad de reducir la vida útil de la bombilla a la décima parte. Grandes teóricos de la metalurgia norteamericana se dedican al trabajo de saber cómo producir un automóvil, muy bueno, pero que después de cierto número de kilómetros se desbarate. El capital tiene entre sus funciones de dominación el diseño y la orientación del trabajo, no la técnica ni la ciencia. Formularlo de otra manera sería una ingenuidad.

Para producir este tipo de resultado hay que organizar la enseñanza de cierta manera. Hay que proteger cada saber para que no se contamine, para que se pueda pensar y producir en un sector limitado, sin ser capaz de poner en cuestión el significado de su trabajo en el conjunto. El capitalismo se caracteriza por la contradicción monstruosa —que tampoco es la única— de llevar la racionalidad en el detalle al máximo, mientras mantiene la irracionalidad más terrible

en el conjunto. Producir una aguja con el mínimo de costo, en el mínimo de tiempo y con el mínimo de movimiento, aunque en general se desperdicie la tierra y el trabajo humano, y lo que es peor, las posibilidades humanas.

En cada carrera y en cada facultad, hay que formular la pregunta sobre los efectos que las relaciones capitalistas de producción tienen sobre el tipo de conocimientos que allí se transmiten, sobre la forma en que se transmiten y sobre la manera como se limitan y se neutralizan en sus efectos revolucionarios.

Los marxistas no tienden a formular esta clase de lucha porque naturalmente hay otras luchas válidas que son más inmediatas, ciertamente. Pero si tenemos una perspectiva de transformación social a largo plazo, y nos proponemos luchar contra la dominación ideológica en todos sus aspectos, no debemos dejar a ninguna ciencia tranquila. Debemos preguntarle a cada una por sus efectos sociales, sus modos de producción, sus modos de neutralización, su forma de transmisión. Debemos reconocer que estamos situados en un ámbito donde se ha separado el trabajo productivo de la adquisición de conocimientos. Nuestra crítica puede colaborar para que las luchas actuales sean más eficaces y más profundas, cualesquiera que ellas sean.

Puede parecer utópico pedir que el trabajador directo controle, dirija y oriente el proceso productivo, exigir que sean los trabajadores y no el capital quienes decidan lo que se va a hacer. Todavía no se puede llegar hasta allá, pero es necesario que se sepa que, aunque por ahora se luche por un salario, por la estabilidad en el empleo, por condiciones de organización política que no sean una amenaza de desempleo y hambre y por otras muchas situaciones intermedias, algún día la lucha tiene que llegar a formularse esas metas. No es lo mismo ganar tiempo para estudiar más y para participar más en la lucha por una sociedad mejor, que ganar tiempo para beber más y para ver más televisión. La reivindicación es la misma, pero el enfoque cambia su sentido. En la universidad es necesario una orientación revolucionaria a fondo que ponga en cuestión la forma de producción, de transmisión y de neutralización de conocimientos. No se trata de abandonar por ello todas las luchas actuales, sino de darles un alcance y una dirección que apunten a metas a largo plazo. No existe pues una contradicción entre un enfoque marxista crítico de la educación y de la universidad y una lucha universitaria actual y concreta con metas limitadas. Esa es una contradicción abstracta. O todo o nada.

Es evidente que tendremos que seguir investigando cómo las relaciones de producción capitalista se imprimen en la formas de la

educación, de la producción, transmisión y neutralización de conocimientos, aunque no podamos emprender por ahora la lucha por cambiar todo eso, puesto que hay momentos intermedios antes de poder alcanzar esa meta. Pero es terrible olvidarla porque es considerar que las formas actuales de división del trabajo y de transmisión del conocimiento son naturales, transhistóricas, objetivas y no están determinadas por la sociedad capitalista. Ese era, en pocas palabras, el problema que quería plantearles sobre las relaciones entre el marxismo, la educación y la universidad.

Guillermo Hoyos Vásquez

LA ÉTICA EN COLOMBIA EN MEDIO DE LA VIOLENCIA Y LA RUPTURA DEL TEJIDO SOCIAL

¿ANTE LA GRAVÍSIMA SITUACIÓN de violencia que vive hoy Colombia tiene todavía sentido acudir a recursos de la filosofía práctica, de la psicología y de la pedagogía, que nos ayuden a recomponer el sentido de la vida en sociedad? Esta sencilla pregunta orienta las reflexiones que como filósofo quiero hacer hoy delante de colegas interesados por la suerte de Colombia. Hemos llegado a un momento en el que la violencia en todas sus formas ha cobrado dimensiones nunca antes alcanzadas en nuestro país. Esta situación absurda tendría que llevar al filósofo a preguntar, como lo hicieron en su momento Adorno y Habermas: *Wozu noch Philosophie?* (¿Para qué aún filosofía?), o como lo formulara Marcuse en mayo de 1979, pocos días antes de morir: “Toda interiorización, todo recuerdo que se haga público y no se aferre al recuerdo de Auschwitz y sea menospreciado por Auschwitz como insignificante, es fuga y evasiva; y un concepto de progreso que no comprende un mundo en el cual Auschwitz sigue todavía siendo posible, es en sentido peyorativo abstracto” (Marcuse, 1980: 73).

La filosofía debe cuidarse de esta mala abstracción y por eso en tiempos de crisis, precisamente por ello, es todavía más necesaria.

* Trabajo del año 2002 publicado en www.colombianistas.org.

Es así como la discusión filosófica contemporánea, sin descuidar los temas tradicionales de la epistemología y la metafísica, se orienta primordialmente, en lo que coincide con la así llamada teoría de la dependencia, por los derechos humanos, la emancipación y la convivencia de las personas y los pueblos, reconociendo que si en algo se manifiesta la crisis de la modernidad es en su impotencia ante las múltiples violencias, los holocaustos, las guerras, las exclusiones y las injusticias. Quienes, ya cansados desde Mayo del '68, creen tener que volver a tradiciones impolutas, se excusan de no poder resolver una crisis que perdura y que tampoco será superada por la frivolidad de quienes se ilusionan de no haber tenido nada que ver con ella. En el extremo opuesto, se ha querido identificar en las últimas tres décadas, en nombre de una "filosofía latinoamericana", el reclamo de las víctimas de todas las promesas: de la conquista, la colonia, la independencia, de las experiencias republicanas, las nuevas dependencias, la Guerra Fría y los mesianismos revolucionarios.

Pensamos que en el medio, entre quienes todavía apuestan a una filosofía sin supuestos, es decir sin condiciones ni dependencias, y quienes nostálgicamente sienten no poder hacer filosofía si no es compartiendo patria con ella y nacionalizándola, es posible desarrollar un discurso ético y político que comprometa a la razón práctica con la sensibilidad moral exacerbada por todas las barbaries e injusticias en las que se ha convertido nuestra cotidianidad. Quiero ante todo clarificar la pertinencia del discurso filosófico en relación con la pregunta planteada, dado que generalmente se piensa que la filosofía en sentido riguroso debe conservar tal grado de abstracción, que preguntas como las que introduce este ensayo carecerían para ella de toda relevancia (1). Dado que he sido precisamente un crítico de la así llamada "filosofía latinoamericana", creo que debo clarificar en un segundo paso lo que para mí significa en el momento actual de Colombia el hecho de que la filosofía privilegie temas de filosofía práctica en estrecha relación con dicha situación de crisis¹ (2), para terminar con una propuesta más constructiva, con base en lo que algunos colombianos venimos discutiendo, invitados por las Naciones Unidas en Colombia, en los así llamados "Talleres del Milenio" (3) y poder concluir con una concepción de pedagogía como filosofía aplicada y por tanto como formación de ciudadanos.

1 Ver mi trabajo "Medio siglo de filosofía moderna en Colombia. Reflexiones de un participante", en Francisco Leal Buitrago y Germán Rey (eds), *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 2000, pp. 127-152.

1. FILOSOFÍA LATINOAMERICANA SIGNIFICA USO ÉTICO DE LA RAZÓN PRÁCTICA

Así intitulaba yo en 1998 un artículo en la revista española *Isegoría*,² en el que pretendía ajustar cuentas con una apreciación personal y a la vez con una reciente tradición del pensamiento latinoamericano, en la cual se reclamaba como patrimonio de la así llamada “filosofía latinoamericana” el ser la filosofía de la liberación. El título pretende expresar una tesis polémica:³ no es propiedad de la “filosofía latinoamericana” su referencia a la realidad concreta de nuestros pueblos oprimidos, sino que dicha relación es propia de la filosofía práctica misma. Pensamos que hacer hoy en día filosofía en América Latina con el *pathos* que quieren imprimirle los representantes de la filosofía de la liberación es hacer filosofía moral y política en el más riguroso sentido de la palabra. Entonces se ve la conveniencia de inscribir e identificar dicho empeño como uso ético de la razón práctica,⁴ en cuanto esfuerzo por comprender el contexto histórico, cultural y social en el que se reflexiona y como propuesta de solución ético-política a situaciones que exigen cambios, y que comprometen en ellos no sólo a las personas, sino también a las colectividades y a las instituciones.

Este planteamiento general del asunto acerca de las posibilidades y formas de una filosofía latinoamericana permite solucionar desde un principio la mayor dificultad, a saber, la rivalidad entre quienes vienen reclamando que hacen una filosofía comprometida y auténtica que responde a las necesidades de Latinoamérica y quienes piensan hacer mejor filosofía al conservar un grado mayor de abstracción, que precisamente es lo que les es tachado por los “liberacionistas” como “cultura dependiente”. Las propuestas de solución al enfrentamiento latinoamericano no siempre escaparon en el pasado reciente al simplismo de las confrontaciones, como la expresada enfáticamente por Ángel J. Cappelletti en el Congreso Interamericano de Filosofía de Caracas en 1977: “Exigir [...] una filosofía enteramente original, una verdadera filosofía de América Latina, como han hecho con más entusiasmo que penetración algunos autores contemporáneos, es

2 “Filosofía latinoamericana significa uso ético de la razón práctica”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 19, Madrid, CSIC, 1998, pp. 79-96. A continuación retomo, en parte textualmente, algunas ideas expuestas en este trabajo.

3 En su magnífico trabajo “Luces y sombras de la escritura filosófica en español”, Carlos Pereda me hace caer en la cuenta de la diferencia entre “el alarmante título” y la tesis que allí defiende: ver *Revista de Occidente (Pensar en español)*, N° 233, Madrid, octubre de 2000, p. 69, nota.

4 Ver Jürgen Habermas, “Acerca del uso ético, pragmático y moral de la razón práctica”, en *Filosofía*, N° 1, 1990, Mérida, Venezuela, pp. 5-24.

algo que carece de sentido. No tiene una filosofía propia el que quiere sino el que puede.”⁵

Hoy en día parece más oportuno y productivo buscar la cooperación en el debate crítico a partir de los esfuerzos de quienes quieren y puedan y de quienes pueden y quieran; no se trata por tanto sólo de una conciliación sin consecuencias filosóficas: unos y otros hacen hoy “filosofía latinoamericana” y de la “liberación” cuando se ocupan filosóficamente de la problemática sociopolítica, de los fenómenos multiculturales y, en general, de los problemas colectivos de los pueblos de América Latina. No otra cosa se busca con el “uso ético de la razón práctica”, a partir de contextos sociales, culturales y políticos determinados; este discurso es distinto de un uso moral en el ámbito de lo universalizable; pero a su vez, el uso moral se constituye en el horizonte en el que lo ético tiene que poder reconocer sus límites y la relatividad propia de toda tematización de la pertenencia al mundo de la vida.

La pregunta por el sentido de un ejercicio de la filosofía con consecuencias sociales y políticas para nuestra América no es nueva. Quizá uno de los momentos en los que mejor se explicita, se manifiesta en los ya clásicos textos de Juan Bautista Alberdi (1838 y 1840), citados y analizados agudamente por Javier Sasso:⁶ lo que necesitamos es “no la filosofía en sí”, sino “aplicada a los objetos de un interés inmediato”. El que no lo entienda así, “ignora absolutamente el rol social y político de la filosofía... y la estudia aislada, como la botánica. La filosofía... considerada de este modo, es la impertinencia misma. Ciencia que no ha de ser aplicada, que no ha de tener su fin sino en sí misma, es ciencia estéril y para nada. La filosofía es para la política, para la moral, para la industria, para la historia, y si no es para todo esto, es ciencia pueril y fastidiosa. Ya pasaron los tiempos de la filosofía en sí, como del arte en sí” [...] “La abstracción pura, la metafísica en si no echará raíces en América.” De aquí se concluye que es necesario atacar todo afán puramente teorizador, como algo no sólo inútil para lo que necesitan las nuevas naciones, sino como algo perjudicial para la juventud. Pues “en América no es admisible la filosofía con otro carácter”, ya que “el rol de América en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación”. Por lo que no podrá sor-

5 Angel Cappelletti, “Historia y evolución de las ideas filosóficas en América Latina”, en *La filosofía en América. IX Congreso Interamericano de Filosofía*, Tomo I, Caracas, Sociedad Venezolana de Filosofía, 1979, p. 80.

6 Ver Javier Sasso, “El autodescubrimiento de América como tarea filosófica”, en *III Congreso Nacional de Filosofía*, noviembre 12-15 de 1991, Caracas, Sociedad Venezolana de Filosofía, 1993, pp. 126-136; y “Alberdi en su contexto: programas filosóficos y recepción social”, en Carlos B. Gutiérrez (ed.), 1995, pp. 480-487.

prender la ausencia, en los eventuales seguidores de este programa, de toda indagación propia en la filosofía; ésta es sólo “la ciencia de las generalidades”, cuyo “estudio, por lo común tan estéril”, para traernos alguna “ventaja positiva”, ha de conllevar una “enseñanza breve y corta”, que no le quite a la juventud “un tiempo que podría emplear con provecho en estudios de una aplicación productiva y útil.”⁷ Uno de los pasajes más conocidos de las *Ideas para presidir la confección del curso de filosofía contemporánea*, texto publicado por Alberdi en *El Nacional* de Montevideo, el 2 de octubre de 1840, y que puede leerse como una breve formulación de sus tesis básicas —y de todo entusiasmo nacionalista filosófico— es el siguiente: “la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus proceder, republicana en su espíritu y destinos”.⁸

Estos planteamientos de Alberdi pueden llevar a algunos de sus admiradores actuales a buscar una renovada filosofía concreta, una auténtica filosofía latinoamericana. Como comenta el mismo Sasso, es lo que acontece cuando, tras considerar que en el pasado aconteció “un caso excepcional de intento de aplicación de la filosofía a la organización social y política de una nación”, se lamenta que en este siglo “las propuestas relevantes no vinieron... del lado de la filosofía”.

En lugar de esta argumentación nostálgica habría que apreciar el verdadero resultado de los planteamientos alberdianos: la indiscutible emergencia de las ciencias sociales como disciplinas especializadas, las cuales, sea cual fuere la generalidad con la que construyen sus hipótesis, han colonizado el terreno que Alberdi podía, hace siglo y medio, pacíficamente ocupar. Es decir, lo que se pensaba que tenía que realizar una filosofía latinoamericana, concreta y aplicada, es lo que ha ido aconteciendo en el ámbito de las diversas ciencias sociales. Seguramente tampoco podía ser de otra forma. Por esto mismo pensamos que la filosofía latinoamericana corre el riesgo de ser percibida todavía hoy como un intento anacrónico por anular la reordenación del campo de los saberes, un intento por generar ella misma una historiografía, una etnografía o una psicología social *a priori* y *latinoamericana* a la vez.

Por todo esto concluye el mismo Sasso: quizás la tarea autodescubridora pueda ser proseguida por otros caminos, en la comunicación con quienes investigan empíricamente los múltiples aspectos de la realidad latinoamericana, en la discusión de los problemas que ellos se plantean y de las hipótesis que al respecto formulan, y en el diálogo

7 Sasso, 1993, pp. 132-133.

8 Citado por Carlos Pereda, *op. cit.*, p. 69, nota.

go con quienes pretenden intervenir prácticamente en esa realidad a partir de supuestos y convicciones que pueden y deben ser objeto de análisis y de valoración.⁹

En mi reciente estudio “Medio siglo de filosofía moderna en Colombia: reflexiones de un participante”, he llegado a conclusiones en el caso colombiano¹⁰ que responden adecuadamente a las inquietudes formuladas por Sasso. En efecto, tres son los aspectos que han dinamizado últimamente la pregunta por la relevancia de la filosofía en Colombia: el debate metodológico, los aspectos interdisciplinarios, como los de economía y sociedad, los más específicos de la bioética, los asuntos ambientales, etc. y las discusiones sobre problemas que la sociedad misma, el hombre normal, percibe como relevantes, tanto en relación con las ciencias como con asuntos más directamente políticos, que comprometen la discusión de ciencia, tecnología y sociedad y la relacionada con la moral, la ética y el derecho.¹¹ En esta misma dirección se orienta la mayoría de las inquietudes con respecto a la enseñanza de la filosofía en el nivel medio¹² e inclusive también la propuesta de una filosofía para niños.

Esta especie de primacía de la filosofía práctica con respecto a la teórica, no puede sin embargo llevar a un nuevo reduccionismo ético, que podría terminar en moralismo. Si bien la filosofía en su función integradora, antes como filosofía trascendental, y luego como epistemología en relación con las ciencias, es hoy como razón práctica respuesta a la fragmentación postmoderna, esto no significa que todas sus tareas sean éticas y que la reflexión filosófica deba reemplazarse por una ética aplicada en asuntos ambientales, en los de la ciencia y la tecnología, de los medios de comunicación, y en general de la bioética. Sin ignorar que la gran confrontación hoy es “el problema de la vida y del futuro de la vida” y que por ello “todas las cuestiones, por ajenas que parezcan, acaban siempre convirtiéndose en problemas bioéticos”, no creo que todo esto permita concluir en este tipo de

9 *Ibid.*, pp. 135-136.

10 Retomo aquí, en parte textualmente, mis conclusiones al trabajo ya citado en la nota I de Francisco Leal y German Rey (eds.), *op. cit.*, pp. 146-148.

11 Que la discusión no está ausente en la patria del Idealismo lo demuestra este colectivo sobre “La filosofía académica entre pretensiones y expectativas”, del cual tomamos algunas sugerencias: Karl Reinhard Lohmann u. Thomas Schmidt (Hrsg.), *Akademische Philosophie zwischen Anspruch und Erwartung*, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1998, pp. 7-18. Ver también Ferdinand Fellmann, *Philosophie - Was sie kann, was sie will*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1998.

12 Ver el Programa de la OEI en los dos libros: *Análisis de los currículos de filosofía en el nivel medio en Iberoamérica y La enseñanza de la filosofía en el nivel medio: tres marcos de referencia*, Madrid, OEI, 1998.

reduccionismos.¹³ Hoy la filosofía práctica debe conservarse entre la teoría y la praxis. De aquí su relación interna con las ciencias dentro de la así llamada comunidad científica y su intervención pública en los problemas concretos de la sociedad civil.

Sin negar pues la relación directa de la filosofía con las ciencias naturales, antes en nombre de la cosmología y hoy de la epistemología, parece más conducente hoy una especie de rodeo. A partir de la problemática de “ciencia, tecnología y sociedad”, que relaciona la teoría con la sociedad, hay que fortalecer el diálogo entre la filosofía y las ciencias sociales en el sentido propuesto por J. Habermas en cuanto “ciencias de la discusión”¹⁴ para encontrar en íntima relación con ellas la comunicación con la sociedad misma, en cuya participación radica la última palabra. La razonabilidad comunicativa amplía en un primer momento la participación en la apertura a otras formas de vida y concepciones del bien, y en un segundo momento posibilita acuerdos sobre mínimos para solucionar los conflictos y superar en común los problemas: “Si la filosofía puede ayudar a que los hombres aprendan a comprender las perspectivas alternativas que se presentan con respecto a los problemas, y con ello a desarrollar más fácilmente soluciones en común, entonces presta quizá un aporte para que los hombres que buscan superar sus problemas en comunidad, sean algo más felices”.¹⁵

Se trata pues de encontrar en el diálogo con las ciencias sociales la convergencia entre ética y política,¹⁶ que permita mostrar la pertinencia de la filosofía con respecto a las expectativas de los ciudadanos. No hay que decir que la filosofía es de coyuntura, para abordar preguntas como: ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad para repensar el concepto de una cultura de la paz para el cambio de siglo? ¿En qué pueden las reflexiones originales sobre el ejercicio de la ciudadanía, la apertura de nuevos espacios públicos y las experiencias inéditas de la pluralidad del pensamiento en América Latina, servir como paradigma para una convivencia más humana en una comuni-

13 Ver Diego Gracia, “Problemas éticos en medicina”, en Osvaldo Guariglia (ed.), *Cuestiones morales*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía-EIAF 12, Madrid, Trotta, 1996, p. 274.

14 Guillermo Hoyos y Germán Vargas, *La teoría de la acción comunicativa como nuevo paradigma de investigación en ciencias sociales: las ciencias de la discusión*, Bogotá, Corcas Editores, 1997.

15 Karl Reinhard Lohmann, “Praktische Philosophie zwischen Museumspädagogik und Orientierungswissenschaft”, en Lohmann/Schmidt, *op. cit.*, p. 71.

16 Guillermo Hoyos y Ángela Uribe (comps.), *Convergencia entre ética y política*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 1998; Francisco Cortés, *De la política de la libertad a la política de la igualdad. Un ensayo sobre los límites del liberalismo*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Universidad de Antioquia, 1999.

dad mundial confrontada con deficiencias en el ejercicio de la ciudadanía, con la violencia y la fragmentación social? ¿Qué papel pueden jugar los filósofos para sensibilizar a los ciudadanos acerca de los valores de la democracia y la paz, especialmente por la generalización de la educación filosófica?¹⁷

En un intento de respuesta a estas preguntas, quiero señalar el aporte de la filosofía a la discusión actual sobre la paz en Colombia. En el Seminario “Los laberintos de la guerra”¹⁸, organizado por Francisco Leal Buitrago en la Universidad de los Andes a finales de 1998, siete destacados científicos sociales se ocuparon de las “Utopías e incertidumbres sobre la paz”. Su discurso está en la frontera con la filosofía moral, política y del derecho, mostrando que uno y otro discurso se necesitan, si pretenden poder llegar a los ciudadanos, quienes en última instancia son la democracia participativa. Sin entrar a detallar el significado de esta convergencia entre filosofía y ciencias sociales, hay que destacar categorías y análisis que no se agotan en la descripción desde la perspectiva del observador (el investigador que analiza), sino que comprometen al ciudadano, cuya perspectiva de participante implica un “punto de vista moral”, una concepción normativa de las gramáticas de la política, propia del uso ético de la razón práctica.

La paz como imperativo moral, según la clásica expresión de Kant “no debe haber guerra”, y el diálogo como principio comunicativo de la política deliberativa y por tanto como único camino posible hacia la pacificación, son el presupuesto de todos los análisis. De aquí se sigue la importancia dada a la “sociedad civil” (J. A. Bejarano, p. 251 y ss.), si se quiere llegar al pleno sentido de la democracia participativa, aprobando así la que Marco Palacios considera como “asignatura pendiente: la democracia” (p. 59 y ss.). Debe entonces tratarse efectivamente de un diálogo en el que crean y se comprometan las partes (M. Deas, p. 171 y ss.): sin credibilidad no hay ética de la autenticidad ni de lo público. El objetivo del diálogo es reconstruir el sentido del derecho y del Estado de derecho democrático, a partir de la “inclusión del otro” en la realización de los derechos humanos, es decir, de la dignidad de las personas, en la activación de la participación política de todos y en la lucha por la justicia como equidad. Son “las utopías de la paz” (Leal, p. 109 y ss.), que construyen su *topos* gracias a la es-

17 Con estas preguntas prosigue la UNESCO el programa iniciado con la encuesta: Roger-Pol Droit, *Philosophie et démocratie dans le monde*, París, Unesco, 1995.

18 Francisco Leal Buitrago (ed.), *Los laberintos de la guerra*, Bogotá, Tercer Mundo/ Uniandes, 1999 (se cita en el texto por el autor de cada artículo y la página); ver también Alfonso Monsalve y Eduardo Domínguez (eds.), *Colombia: democracia y paz*, Medellín, Universidad Bolivariana, 1999.

peranza normativa, a esa especie de performatividad de la democracia participativa. Es en definitiva el lugar de encuentro de la filosofía y las ciencias sociales animando la participación ciudadana.

2. TAREA FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFÍA PRÁCTICA EN COLOMBIA: DEL MULTICULTURALISMO A LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Antes de seguir adelante debemos acentuar un aspecto hoy determinante de la reflexión filosófica práctica: el fenómeno de la globalización.¹⁹ En efecto, si por una parte pareciera que en nombre de la modernización y del mercado se consolida la colonización del mundo de la vida, por otra los ciudadanos son cada vez más conscientes de la herencia emancipatoria de la modernidad: la autonomía pública y privada. En este sentido es cierto que “la modernidad se orienta por esencia hacia la globalización.”²⁰

Por otro lado el mismo fenómeno de la globalización ha dado una nueva orientación al tema de la identidad, que en Latinoamérica ha sido recurrente ya desde la víspera de los movimientos de independencia a finales del siglo XVIII: “¿Qué somos?, ¿quiénes somos?, ¿cuál es el papel que nos corresponde en la historia?, ¿qué elementos distinguen a nuestra cultura?, ¿hasta qué punto nos equiparamos con otras zonas culturales?, ¿quién decide sobre nuestro presente y futuro?”²¹ Son preguntas que se repiten en diversas épocas y lugares del mundo, como si la reflexión latinoamericana se hubiera universalizado. Hace poco la respuesta se daba en términos de identidad *versus* dependencia.²² Hoy, cuando con la globalización coexisten los nacionalismos, la pregunta por la identidad cultural no es tanto defensiva cuanto constructiva. El multi-

19 Retomo aquí, en parte textualmente, mis planteamientos para el Coloquio Internacional “Tres espacios lingüísticos ante los desafíos de la mundialización”, “Communication interculturelle pour ‘démocratiser la démocratie’”, en Organisation Internationale de la Francophonie, *Actes du Colloque International*, París, 20-21 de marzo de 2001, OEI/Unión Latina/SECIB/CPLP, París 2001, pp. 129-146.

20 A. Giddens, *Konsequenzen der Moderne*, Frankfurt a.M., 1996, p. 84; ver André-Jean Arnaud, *Entre modernidad y globalización*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2000.

21 Horacio Cerruti Goldberg, “Identidad y dependencia culturales”, en David Sobrevilla (ed.), *Filosofía de la cultura*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía-EIAF, 15, Madrid, Trotta, 1998, p. 132.

22 Ver mis trabajos “Compromiso vs. Dependencia”, en *Revista de Occidente*, N° 233, Madrid, octubre de 2000, pp. 21-36; “¿Tiene patria la razón? Los compromisos sociales de una filosofía que piensa en español”, en Santiago Castro-Gómez (ed.), *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, Pensar, 2000, pp. 71-92.

culturalismo abre el horizonte social e histórico en el que interactúan las diversas culturas desde su propia identidad, reconociendo la diversidad, en procura de mínimos de identidad constitucional. Esto significa que no es una mala utopía “pensar en estados multinacionales, que incluyan las naciones aborígenes y las comunidades negras con pleno reconocimiento y como una riqueza.”²³ Es innegable que también en Latinoamérica hay un replanteamiento con respecto a la idea de un Estado protagonista y de su proyecto unificador de la cultura popular. De hecho nuestra pluralidad étnica y cultural no implica secesionismo ni fundamentalismo *purificador*, “sino búsqueda crítica de proyectos participativos y modelos de desarrollo social.”²⁴

Ahora bien, a la globalización, cuando se la identifica con el neoliberalismo, se le critica que en su desarrollo no sólo se irán desvaneciendo los Estados nacionales, sino que en su arrollador economicismo amenaza con marchitar las diferencias culturales y sus polos de identidad, el sentido de solidaridad de las comunidades e inclusive aspectos ético-políticos de las sociedades modernas. Esto es lo que denuncian los manifestantes desde Seattle hasta Génova pasando por Davos y Praga. Pero la globalización, a cuya realidad no podemos resistirnos, no sólo es nivelación de toda diferencia a partir de la racionalidad económica, ni se manifiesta sólo en fenómenos negativos como el tráfico de drogas y de armas, el lavado de dinero y el terrorismo internacional. Como globalización es más que neoliberalismo tiene sentido el discurso crítico normativo con pretensiones de universalidad y el diálogo intercultural de los pueblos en búsqueda de motivos y formas de identidad que convoquen a la convivencia humana. A este respecto sigue siendo determinante lo que dijera Kant ya en 1795 en *La paz perpetua*: “La comunidad (más o menos estrecha) entre los pueblos ha llegado a tal situación que una violación de la ley en cualquier lugar de la tierra es sentida por todos. Así que la idea del derecho de ciudadanía mundial no es fruto de una imaginación fantástica y exagerada acerca del derecho, sino un complemento necesario del código escrito del derecho político y de las naciones, que de esta manera llega a ser el derecho público de la humanidad, favorecedor de la paz perpetua.”²⁵

23 *Ibid*, p. 136.

24 Guillermo de la Peña, “Articulación y desarticulación de las culturas”, en David Sobrevilla (ed.), *op. cit.*, p. 122.

25 Immanuel Kant, “Zum ewigen Frieden”, en *Kant, Werke, Band 9*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, pp. 216-7 (traducción española de Baltasar Espinosa, *La paz perpetua*, Madrid, Aguilar, 1967, pp. 71-72).

Al comprender que globalización no es sólo la reedición de un “Leviatán global”²⁶, podemos analizar sus presupuestos y consecuencias: la comunicación, la información, la crítica, la democracia y la educación, es decir, la ciencia en general, la medicina, la técnica, la cultura misma. Hay quienes hablan de la globalización de la solidaridad, de múltiples posibilidades de cooperación entre los pueblos y de la idea de universalidad de la filosofía. En esta perspectiva compleja, en este horizonte de horizontes de la mundialización, tiene sentido reconstruir las relaciones entre las diversas culturas en su lucha por formas de reconocimiento y de identidad colectiva, institucional y personal. Aquí se encuentra la propuesta del premio Nobel de economía Amartya Sen en el sentido de no comprender el desarrollo humano desde el punto de vista de la mera productividad, sino desde una concepción integral del hombre, de sus capacidades de libertad, cooperación y compromiso con la democracia.²⁷

Es necesario por tanto entender la globalización en el proceso de progresiva interrelación entre diferentes sociedades del mundo como un todo, en las tres esferas determinantes de la dinámica social: la económica, la política y la cultural.²⁸ La tesis de la así llamada “filosofía intercultural”, otro término hermano de la “filosofía latinoamericana” es que hay que partir del diálogo entre las diversas culturas para abordar los temas de la razón tanto teórica como práctica.²⁹ Lo relevante de esta perspectiva es que antes de proyectar al mundo de la vida y a la sociedad conceptos e ideas, ciertamente ahora ya no de la metafísica, pero sí de la filosofía de la conciencia o de la historia, se parte en estricto sentido “fenomenológico”³⁰ del “darse las cosas mismas”: el mundo en su multiplicidad de perspectivas y la sociedad en

26 Otfried Höffe, *Demokratie im Zeitalter der Globalisierung*, München, Beck, 1999, p. 10.

27 Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Bogotá, Planeta, 2000, p. 54.

28 Ver: Luis Jorge Garay, *Globalización y crisis. ¿Hegemonía o corresponsabilidad?*, Bogotá, Tercer Mundo, 1999.

29 Ver Raúl Fornet-Betancourt, *Interculturalidad y globalization*, Frankfurt a.M., IKO, 2000; Raúl Fornet-Betancourt (Hrsg.), *Menschenrechte im Streit zwischen Kulturpluralismus und Universalität*, Frankfurt a.M., IKO, 2000; Varios autores, *Interculturalität. Grundprobleme der Kultur-begegnung*, Mainz, Universität Mainz, 1998; G. Hoyos V., “Medio siglo de filosofía moderna en Colombia. Reflexiones de un participante”. Francisco Leal Buitrago y German Rey (eds), *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo, 2000, pp. 127-152.

30 Ver mi trabajo “Fenomenología y multiculturalismo”, Francisco Cortés Rodas y Alfonso Monsalve Solórzano (coords.), *Multiculturalismo: los derechos de las minorías culturales*, Murcia, RES PUBLICA/Instituto de Filosofía Universidad de Antioquia, 1999, pp. 219-234.

la diversidad de formas de vida. Y se busca que la descripción de este “darse” no se realice por un sujeto privilegiado, sino por los muchos como participantes gracias a su propio lenguaje desde sus diversos mundos de vida. En este sentido podríamos hablar de una “filosofía *a posteriori*. Que piensa el proceso histórico en primerísimo lugar y que brinda criterios para tomar posición en él. Que propone sentidos e hipótesis de avance colectivo. Que busca abrir caminos hacia lo alternativo”;³¹ es decir, lo que ha querido ser desde sus inicios el pensamiento latinoamericanista.

Por esto hay que acentuar las posibilidades que ofrece el pensamiento latinoamericano frente a los reduccionismos de ciertas comprensiones de la globalización. Los fundamentalismos como fenómenos culturales se originan en el reduccionismo que hace de *una* cultura *la* cultura y excluyen de la sociedad las otras culturas. El dogmatismo y el autoritarismo monocultural son intolerantes. Las consecuencias de este desconocimiento del multiculturalismo son la discriminación y la violencia. José Luis Aranguren en su *Ética y política* lo ha formulado certeramente: “Los individuos o grupos aislados, los que se sienten excluidos, a la izquierda o a la derecha, social o regionalmente, de la política, los que se consideran desprovistos de derechos, atención pública o estatus, así como los grupos sociales en declive o mal dotados para una adaptación a las demandas de una civilización en transición o expansión, y quienes se consideran sin oportunidades, condenados a la inmovilidad, a un imposible ascenso social, se inclinan, normalmente, al disconformismo radical y, por tanto, a la repulsa de una democracia que, para ellos, no es tal”.³²

El sentido que da a lo social una concepción deliberativa de la política y participativa de la democracia a partir de la complementariedad entre multiculturalismo e identidad moral, nos permite comprender las diversas formas de exclusión (socio-económica, territorial, jurídica) como negación de la identidad del otro y desconocimiento de la relación intercultural, las dos características que legitiman la democracia. Y aquí radica la posible justificación de las luchas por el reconocimiento y por la inclusión, desde la desobediencia civil hasta la violencia.

A modo de ejemplo, podríamos considerar cómo en el caso colombiano la historia de más de cincuenta años de violencia guerrillera, se explica por la exclusión sistemática y la discriminación de amplios sectores de la población de un sistema político que ha regulado desde la independencia la educación, la cultura y la economía del país. Los

31 H. Cerruti, *op. cit.*, p. 142.

32 José Luis Aranguren, *Ética y política*, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 205.

renovados esfuerzos por dialogar para acordar la paz han fracasado y fracasarán mientras no se vuelva a los orígenes: a la refundación de la sociedad a partir de las diferencias culturales, regionales, de origen y de clase, mediante acuerdos que incluyan a todos³³, si se quiere mediante políticas “populistas” incluyentes en ese acuerdo intercultural que constituye el auténtico sentido de nación, en lo que Juan Luis Mejía como Ministro de Cultura llamó “diálogos para fundar nación”, dado que mientras no haya contrato fundacional, seguiremos siendo “un pueblo sin nación”.³⁴

Un caso paradigmático desde esta perspectiva intercultural es el de la desobediencia civil:³⁵ se trata de actos de violación de lo establecido (protesta ciudadana, movimientos sociales, toma de tierras, etc.) para exigir de los que gobiernan que revisen la legislación, y apelar al sentido de justicia del público. En estos casos se manifiesta la conciencia de la sociedad de su poder para presionar al Estado, de suerte que solucione los conflictos de acuerdo con principios constitucionales y morales. Se tiene por tanto una concepción dinámica de la Constitución como un proyecto nunca terminado y siempre dependiente del poder democrático: es un dispositivo de aprendizaje de solución concertada de aquellos conflictos, que nos hemos acostumbrado inveteradamente a manejar con violencia, y de procura del bien común, para abordar aquellas tareas que no pueden realizarse exitosamente sin la cooperación social.

Si se da todo el peso a la democracia participativa para solucionar los problemas injustamente originados en las diferencias culturales, las desigualdades sociales y la inequidad económica, hay que desarrollar una pedagogía de la comunicación intercultural incluyente y una comprensión fuerte de lo público. Pero entonces es necesario que las formas no convencionales de participación no sean demonizadas. Aquí cabe preguntar por los límites entre la desobediencia civil y las diversas formas de violencia. ¿En qué momento la participación pierde su sentido democrático para convertirse en puro instrumento? La desobediencia civil y la insurrección pueden llegar a justificarse no sólo por su destino final para implantar pedagogías y soluciones democráticas, sino por su compromiso con el “poder comunicativo” como única fuente de legitimidad de todo poder político y jurídico. Puede ser necesario violentar su restauración, pero enfatizando que con ello no se está deslegitiman-

33 Luis Jorge Garay Salamanca, *Ciudadanía, lo público, democracia. Textos y notas*, Bogotá, Cargraphics, 2000.

34 Marco Palacios, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Bogotá, Planeta, 2001.

35 J. Habermas, *Facticidad y validez*, op. cit., pp. 464-466.

do la participación democrática como la forma de solución de conflictos. En este sentido, cuando se habla de diálogos de paz, no es sólo porque con ellos se llegue a acuerdos sobre algo, sino sobre todo porque quienes dialogan para restablecer la convivencia, se comprometen con la sustancia de la democracia y la posibilidad del Estado de derecho: la pluralidad cultural, lo público y la comunicación.

El conservar un sentido comunicativo fuerte de lo público como paradigma de la democracia participativa aun en medio de las armas tiene su importancia en ambas direcciones: señala que el autoritarismo y la corrupción cierran el espacio de la participación de la misma forma que la violencia, al cancelar todo espacio para la multiculturalidad, para la diversidad de concepciones de la vida y para la imaginación política y toda posibilidad de recuperar credibilidad para la democracia. No sólo la violencia cierra el espacio del diálogo y del entendimiento, sino que el mismo rechazo al diálogo, aun en medio de las armas, cancela toda posibilidad de construir una sociedad pluralista, en la que la inclusión del otro signifique que allí pueden vivir todos, respetando las diferencias de toda índole. De la construcción de esta sociedad son responsables no sólo los así llamados poderes establecidos, sino quienes los combaten para buscar el cambio. Unos y otros no pueden pensar sólo en sí mismos, puesto que es la sociedad civil la que les exige dialogar con ella misma acerca de un país en el que quepan todos. Evadir dicha responsabilidad priva a unos y otros de legitimidad ante todos los que tienen derecho como ciudadanos a autoincluirse en un proyecto de Estado de derecho democrático.

Más aún son responsables precisamente como miembros de la sociedad civil quienes pretenden representarla, defenderla o refundarla. De nuevo aquí se manifiesta la identidad moral de la persona en íntima relación con la responsabilidad civil que constituye ciudadanía. La sensibilidad moral de la sociedad reclama cada vez con mayor énfasis la responsabilidad de los agentes mismos en aquellos asuntos que afectan a la colectividad: medio ambiente, prevención de riesgos, violencia y criminalidad. Aquí no vale acudir al destino, a la naturaleza, a mesianismos, a metarrelatos, a determinismos de la historia, a ideologías. Es la desideologización de la cultura, liberándola para la práctica política.³⁶ Son personas morales, dignas en su identidad, las responsables no frente al destino, sino frente a los miembros de la sociedad civil.³⁷ Esta relación estrecha entre el actuar de las personas y

36 Ver Francisco Colom, *Razones de identidad. Pluralismo cultural e integración política*, Barcelona, Anthropos, 1998.

37 Klaus Günther, "Verantwortlichkeit in der Zivilgesellschaft", en Stefan Müller-Doohm, *Das Interesse der Vernunft*, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 2000, pp. 465-485.

su pertenencia a la sociedad civil hace de la democracia no sólo el dispositivo que nos permite ir solucionando cooperativamente las crisis; la democracia es ante todo la idea que, frente a las mayores barbaries y holocaustos, frente a la violencia inveterada, alienta la esperanza normativa, en palabras de Richard Rorty, de “que nada de lo que ha hecho una nación debería impedir a una democracia constitucional reconquistar el respeto hacia sí misma.”³⁸

3. REPENSANDO A COLOMBIA: LOS TALLERES DEL MILENIO

Una de las últimas intervenciones del profesor de la Universidad Nacional de Colombia y Consejero Presidencial para la Paz en el gobierno anterior, Jesús Antonio Bejarano, asesinado hace dos años en plena universidad, fue su ponencia “Ensanchando el centro: el papel de la sociedad civil en el proceso de paz”, para el Seminario “Colombia: democracia y paz”,³⁹ celebrado en Madrid a finales de septiembre de 1998. Cuatro meses antes asesinaron también al antropólogo Hernán Henao Delgado en la Universidad de Antioquia en Medellín. También él pensaba lo mismo de la sociedad civil, desde su configuración regional en “un país que ha insistido en convertirse en nación, durante cien años de gestión política centralista, pero que ni en los años treinta ni en los sesenta logró reconocerse como país de regiones y nación de complejos culturales regionales; con unas clases sociales en el poder que se han negado a reconocer la heterogeneidad social y cultural del colombiano, tiene que estar condenado a sufrir una y dos y quizás más violencias “fratricidas”. Nunca, o casi nunca, en tiempos presentes, el reconocimiento del otro como diferente y su consiguiente aceptación, ha estado en la mentalidad intolerante —en términos económicos, sociales, políticos, ideológicos y religiosos— de los colombianos.”⁴⁰

Entre el asesinato de estos dos intelectuales sucedieron muchos otros, el más sentido el de Jaime Garzón, el mejor humorista político colombiano de todos los tiempos. Desde entonces hasta ahora la situación parece agravarse, precisamente porque la esperanza normativa cifrada en los diálogos parece convertirse cada día que pasa en frustración de la sociedad civil, que contempla impotente una violencia que no es otra cosa que la otra cara de un tejido social desgarrado, con peores efectos que si no existiera: se trata ya de una situación de

38 Richard Rorty, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX*. Barcelona, Paidós 1999, p. 41.

39 Publicado en Alfonso Monsalve y Eduardo Domínguez (eds.), *Colombia: Democracia y paz*, Vol. 1, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1999, pp. 27-98.

40 Tomado de “La dimensión cultural en los estudios de las localidades”, Hernán Henao D., Medellín, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales, 1989.

barbarie, cuando las muertes violentas superan todas los pronósticos; en condiciones de violación de todo lo humano, cuando el secuestro se convierte en arma de lucha política o se piensa que la pena de muerte es solución; en el mayor de los deterioros del Estado y de lo público, cuando la corrupción, el egoísmo y la incompetencia se apoderan de la cosa pública. Y si a esto sumamos el narcoterrorismo, constatamos que la droga sorprendió a los colombianos con un Estado débil, con una clase política de bajo perfil y con una sociedad civil cuya ética pública, por decir lo menos, era algo insólito. Cuando se presenta el problema, la única moral que conocían los colombianos, la tradicional de un catolicismo autoritario, aún no se había repuesto de la crítica a la que fue sometida por la modernización, cuando ya dejaba de ser metáfora el que la de Colombia era una narcodemocracia; la droga se convirtió en el nuevo argumento para la dependencia, simplista y unilateral, de la dominación por parte de Estados Unidos; el narcoterrorismo se confundió muy pronto con la violencia guerrillera y la paramilitar; la economía fue penetrada por los dineros fáciles; el campo en general y en especial su relación con el medio ambiente se deterioró; los medios de comunicación y la sociedad civil fueron secuestrados por la violencia generada en esa olla de los más turbios intereses. En síntesis es lo que caracteriza recientemente Luis Jorge Garay en sus “Reflexiones en torno a la crisis colombiana”, como el “proceso de destrucción de sociedad, un progresivo derrumbe de un tipo de contrato social que alguna vez se consideró había sido logrado por entendimiento entre grupos de la sociedad, en particular por las clases privilegiadas. El conflicto societal que afronta Colombia es fundamentalmente el de la construcción de sociedad y no meramente el de negociación de conflictos parciales”.⁴¹

Ante esto, no es el desespero pero sí la sensibilidad moral y cierto sentido de la pertinencia, lo que lleva a preguntar: ¿No debería la filosofía para evitar la mala abstracción explicitar su dependencia al asumir su compromiso en las situaciones concretas en las que se lucha por el reconocimiento en la base de la libertad y de la justicia? En el marco de esta pregunta, se critica a la tradición filosófica occidental porque en su universalismo es ciega para las diferencias; a quienes la cultivan se los tilda de “eurocentristas” con todo el descrédito que ello implica a la luz de las tesis sociológicas de la dependencia. En el fondo de estos reclamos se piensa que efectivamente “el patriotismo no sólo es una virtud, sino una virtud fundamental”. Una razón universal es una razón “apátrida”. Se postula entonces la necesidad de

41 Luis Jorge Garay, *Globalización y crisis. ¿Hegemonía o corresponsabilidad?*, Bogotá, Tercer Mundo, 1999, p. 10.

una filosofía autóctona, autónoma, que fomente la identidad cultural, lo latinoamericano.

Miradas así las tareas de la filosofía,⁴² vemos que el problema no es de dependencia, sino de compromiso; y éste precisamente es otra forma de dependencia: de las luchas por el reconocimiento, de los problemas relevantes. Es dependencia al estilo de la filosofía, cuyo discurso específico es contrafáctico: a partir de los hechos, acudiendo a las mejores caracterizaciones con la ayuda de las ciencias sociales y a las mejores tradiciones de la filosofía misma, para desarrollar sus propuestas normativas, que recuerdan aquel imperativo kantiano: “la razón práctico-moral expresa en nosotros su *veto* irrevocable: *no debe haber guerra*; ni guerra entre tú y yo en el estado de naturaleza, ni guerra entre nosotros como Estados”.⁴³

Por tanto, en lugar de continuar la polémica acerca del sentido y de la pertinencia de una filosofía latinoamericana habría que asumir su *pathos* precisamente como el propio de la filosofía moral y política en el más riguroso sentido de la palabra, en cuanto esfuerzo por comprender el contexto histórico, cultural y social en el que se reflexiona y las luchas por el reconocimiento como exigencia de solución ético-política a situaciones que demandan cambios, y que comprometen no sólo a las personas, sino también a las colectividades. Lo que está en juego no es la independencia en el discurso, sino la consolidación de la experiencia de democracia en medio de las violencias que se resisten a ceder sólo ante las promesas del neoliberalismo: frente a sus nuevas formas de dependencia, sólo vale la democratización de la democracia.

Las discusiones en torno al sentido de la democracia participativa destacan las siguientes características: es fuente última de legitimidad al transformar la soberanía popular en soberanía constitucional, con lo que se consolida la independencia en el Estado de derecho; conforma el espacio público pluralista necesario para el debate y la concertación; da sentido a una política de la solidaridad y la equidad, comprometiendo a los ciudadanos con el destino común. Por ello se espera que la democracia participativa permita realizar la justicia en un Estado social de derecho, con lo que se privaría de uno de sus argumentos a la violencia; su otro argumento, el de la exclusión y per-

42 Retomo aquí, en parte textualmente, ideas desarrolladas en mis trabajos citados antes: “¿Tiene patria la razón? Los compromisos sociales de una filosofía que piensa en español”, Santiago Castro-Gómez, *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, PENSAR, 2000, pp. 71-92; “Compromiso vs. Dependencia”, en *Revista de Occidente*, N° 233, Madrid, octubre de 2000, pp. 21-36.

43 I. Kant, *La Metafísica de las Costumbres*, México, Rei Andes/Tecnos, 1989, p. 195.

secución ideológica, se desmonta con la invitación a la participación. Finalmente la democracia participativa sería correctivo de la corrupción, parásito de la política que la priva de toda legitimidad.

Precisamente en este marco de participación ciudadana propositiva, quiero exponer brevemente lo que durante más de un año nos ha convocado a casi 150 colombianos, académicos, especialistas, funcionarios, políticos y activistas, en torno a los así llamados “Talleres del Milenio”⁴⁴ para debatir, acordar y proponer, bajo el auspicio del PNUD de las Naciones Unidas, coordinados por Luis Jorge Garay, algunos puntos fundamentales para la reconstrucción de país.

Nuestras consideraciones parten del reconocimiento de la crisis general de la sociedad colombiana, analizada ya suficientemente en las páginas anteriores. Por fortuna y como contraparte, el capital humano y los recursos disponibles, la capacidad de organización y el espíritu de superación de muchas comunidades, grupos y entidades, así como la permanencia y legitimidad de ciertas formas de expresión en el país, se constituyen en recursos, así se encuentren actualmente dispersos, para la configuración de una nueva sociedad y de un renovado Estado de derecho democrático. Por ello, el país afronta el desafío de aprovechar la oportunidad, descubierta por la crisis radical, de avanzar en un profundo cuestionamiento sobre los aspectos esenciales de su organización económica, política, social y cultural, con miras a su transformación y a la construcción de una sociedad más justa, incluyente y democrática.

La construcción colectiva del orden social requiere revalorar el reconocimiento moral del individuo y el deber ético de la civilidad —de la responsabilidad del individuo con respecto a la sociedad civil— como base para la configuración de una ciudadanía deliberante y protagonista del desarrollo de la sociedad, orientada por la solidaridad, el pluralismo y la observancia de valores sociales propios de un Estado de derecho democrático, como lo plantea la Constitución de 1991. De ahí la necesidad de promover el análisis y la deliberación cada vez más colectivos en torno a propósitos y acciones transformadoras, que han de desarrollarse en las diversas instancias de la sociedad, abarcando a la familia, la escuela, el trabajo, la comunidad y la nación en su conjunto.

44 Existe, además de extensos documentos parciales sobre las discusiones y conclusiones en cada uno de los cinco Talleres (Justicia, La sociedad y lo público, Productividad, Seguridad democrática y Educación, cultura y ética), un documento síntesis en proceso de publicación: “Repensando a Colombia. Contexto general”, 27 de junio de 2001. Como es apenas obvio, mi exposición retoma, con el riesgo de simplificación que significa todo resumen, los planteamientos colectivos recogidos en este documento.

A la luz de la crisis de la sociedad trabajamos cinco campos considerados como claves: lo público y la ciudadanía; lo productivo y la competitividad sistémica; la seguridad democrática; la justicia; y educación, cultura y ética. Estos campos giran en torno a la idea central de la necesidad de construir una verdadera democracia como base para la transformación del orden social, político y económico.

Para comenzar, debe reconocerse que no obstante la proclamación constitucional del Estado colombiano como un Estado social de derecho, la realidad económica, política, social y cultural dista sustancialmente de las condiciones objetivas requeridas para la convivencia democrática, en cuya base estaría una irrestricta garantía al derecho más fundamental para todos, que es el derecho a la Vida. La construcción de un Estado de derecho democrático tiene que partir del compromiso social con el cumplimiento incondicional de los derechos fundamentales. La búsqueda, consensuada como utopía colectiva, de un Estado de derecho exige una agenda programática de reconstrucción en la que se estipulen propósitos comunes, compromisos, deberes y derechos entre ciudadanos, grupos sociales, entidades representativas de la sociedad civil y el Estado.

En este contexto sobresalen algunos fundamentos para guiar dicha reconstrucción: la preeminencia de lo público y de los intereses colectivos concertados gracias a la activa participación ciudadana; la inclusión social de todos los ciudadanos como requisito para la solidaridad y sentido de pertenencia, para la cooperación y construcción de lo público a través de instituciones y prácticas democráticas; la reivindicación de la política como institución social para la tramitación de intereses mediante procedimientos participativos y para la representación legítima, suprimiendo el uso de la fuerza en la tramitación de conflictos; la recuperación de la legitimidad del Estado como institución social con suficiente representatividad y poder político ganados a través de la democracia, con la debida autoridad para velar por los intereses individuales y colectivos y con la capacidad para la administración y gestión eficientes de un conjunto bien definido de funciones indelegables; la primacía de la justicia como equidad y como sistema social; el compromiso con la formación cultural de la sociedad y con la educación de los ciudadanos; el propósito indeclinable de generación de riqueza colectiva bajo condiciones de justicia distributiva.

En efecto, el desarrollo de la civilidad moderna y de la democracia participativa en un mundo cada vez más globalizado, se relaciona con la instauración de lo público entendido como proceso social de construcción colectiva de un orden siempre inacabado, a través del proceso de participación ciudadana, bajo principios de respeto de las diferencias y del acatamiento de las reglas establecidas. Pero para

lograr una real participación ciudadana se necesita avanzar en una verdadera inclusión social. Esto implica la creación de un entorno económico, político y social para garantizar el acceso a oportunidades y el desarrollo de las capacidades de los individuos en medio de la diversidad.

Sobresalen algunos obstáculos para este proceso de refundación: venimos de una sociedad excluyente y fragmentada, de un modelo de desarrollo que no ha incorporado productivamente a gran parte de la población, de la crisis de lo político como instrumento colectivo de construcción de orden social y de un Estado ineficaz para el cumplimiento de sus responsabilidades básicas, en ocasiones suplantado por poderosos intereses privados. A esto hay que añadir la gravedad de la violación de los derechos humanos, la importancia del narcotráfico, la corrupción, la debilidad del sistema de justicia, la depredación del medio ambiente y el fortalecimiento de la actividad de organizaciones alzadas en armas, consideradas cada vez más en la región como terroristas internacionales.

A partir de esa caracterización de las dimensiones de la crisis, se plantea la necesidad de la transformación de la sociedad en los ámbitos de lo económico, lo social, lo político, lo cultural y educativo, la justicia y el Estado.

Frente a un patrón de desarrollo que no ha permitido resolver la exclusión, los agentes económicos deben superar las limitaciones del modelo anterior, basado en la sustitución de importaciones, para buscar una inserción productiva en un mundo cada vez más competitivo, la generación de empleo socialmente eficiente y la mejora en la distribución del ingreso.

La institucionalidad se hace todavía más indispensable no sólo para el desarrollo productivo en medio del proceso de globalización, sino además por la aguda fragmentación, desarticulación y desorganización de la sociedad. Por tanto es necesario desarrollar solidaridades que superen el particularismo excluyente de los ámbitos privados y grupales de las familias, grupos de interés, asociaciones sociales o étnicas, confesiones religiosas y movimientos sociales, para ir construyendo progresivamente una visión de totalidad que parta, por un lado, del reconocimiento pleno de las autonomías e identidades particulares y, por otro, de su necesaria articulación y subordinación a la sociedad como un todo.

Resulta indispensable recuperar la dimensión de lo político como construcción colectiva del orden social y superar aquellas prácticas políticas que expresan una crisis de representación política y que terminan siendo un gran obstáculo para la construcción de lo público. Esta recuperación requiere no sólo serias reformas del régimen polí-

tico, sino también el compromiso ciudadano en las decisiones colectivas; lo que deberá traducirse en avances sólidos en pos de la construcción de un verdadero Estado social de derecho y una revalorización de su papel como principal garante de la convivencia ciudadana y promotor del desarrollo humano, social y económico.

La seguridad nacional tiene específicamente que ver con la creación de condiciones para el desarrollo de una civilidad moderna y democrática que garantice un ambiente idóneo para la convivencia y el desarrollo, sin intimidación por parte de grupos armados, donde prime el respeto a los derechos fundamentales y la sociedad se comprometa con la observancia de derechos económicos, políticos y sociales. Debe pensarse la seguridad nacional como política de Estado, suprapartidista y socialmente legítima, que motive a todos los ciudadanos para lograr la paz y avanzar hacia el desarrollo integral del país. Esto implica la necesidad de valorar el papel de la Fuerza Pública como parte de la sociedad en el marco de una política de paz.

La concepción de civilidad moderna y de seguridad democrática, debe apuntar a la construcción de una justicia como equidad, enmarcada dentro de un concepto de cultura cívica, con lo que se configuraría su administración lo más cercana posible al ciudadano. Esto implica no reducir la justicia al aparato judicial sino erigirla como un sistema social complejo, encargado esencialmente de garantizar los derechos, ejercer funciones de control y regulación social, y resolver determinados conflictos en el seno de la sociedad. Lo que lleva a la necesidad de potenciar la capacidad de la sociedad para dirimir pacíficamente sus conflictos.

Todo lo anterior requiere una nueva concepción del Derecho, que supere la visión de disciplina autofundada, sin ninguna relación con otras ciencias sociales, e independiente del contexto social en que se desarrolla, para que llegue a ser instrumento de cambios sociales y políticos y de resolución pacífica de los conflictos, orientado por el respeto a la dignidad humana, al pluralismo y a la diversidad cultural.

Consecuentemente, Colombia tendrá que avanzar en la instauración de un nuevo contrato social para la transformación de la sociedad y la superación de la crisis actual bajo principios y propósitos de una sociedad moderna, incluyente y democrática. Un contrato que ha de abarcar de una manera integral y coherente a múltiples instancias, relaciones y procesos determinantes de la sociedad: lo productivo, lo educativo y cultural, lo jurisdiccional, lo político, lo societal. Ello sólo será viable con la creación de una cultura ciudadana y del compromiso de la sociedad en su conjunto en una amplia esfera de cooperación

colectiva, que implica el propósito indeclinable de avanzar hacia una verdadera inclusión social y una concepción moderna y democrática del Estado y la sociedad.

CONCLUSIÓN: EDUCACIÓN Y CULTURA PARA LA CIUDADANÍA

Así, entonces, la educación y la cultura concebidas como formación de ciudadanos como protagonistas, es decir como formación en una perspectiva ética, constituyen un aporte sustantivo al proyecto de nueva sociedad autogestionada. Si la tesis fuese que la crisis colombiana se debe a que todavía está pendiente la asignatura “democracia” y que por tanto el problema político de Colombia es construir la democracia, como requisito para la paz, es válido considerar el papel que deben jugar la educación y la cultura desde una perspectiva ética, lo que hace más necesario comprometer la formación ciudadana al tipo de imperativos propios no “en el plano de la lucha burocrática e institucional, sino en el de una hipotética sociedad que quiere guiarse por valores democráticos”.⁴⁵

Además, no se puede ignorar el peso de las condiciones materiales de vida y del desarrollo económico, como parecen sospecharlo quienes acentúan cierta dicotomía entre modos de producción y moral pública, como si en los primeros no se estuviera ya jugando la concepción que se tenga de justicia como equidad. Entonces el problema no es “¿cómo lograr que los colombianos puedan crear modos de producción que permitan obtener logros sustantivos para sus vidas”, suponiendo que de ello “dependen la autonomía y la solidaridad como instituciones sociales reales”.⁴⁶ El problema es más bien, primero, si se acepta que el proceso educativo tiene que ver no sólo con el desarrollo económico, sino también con la formación para la convivencia y el fortalecimiento de la democracia; y segundo, cómo se supera en el proceso educativo la dicotomía entre la así llamada calidad de la educación y la formación para la convivencia. Precisamente al preguntar por el significado que tienen la educación, la cultura y la ética para los proyectos de una nueva sociedad autogestionada, no se está apelando sólo retóricamente a formulaciones ambiguas y utópicas en un sentido peyorativo, sino que se está apostando a que “un nuevo *ethos*

45 Marco Palacios, “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas”. Francisco Leal Buitrago, *Los laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*, Bogotá, Tercer Mundo, 1999, pp. 62 y 67.

46 Ver recientemente Christian Schumacher, “Elementos para la construcción de una moral pública”, en *La Revista de El Espectador*, N° 10, Bogotá, 24 de septiembre de 2000, pp. 62-66.

cultural”⁴⁷ llevará a una gran transformación de carácter educativo para superar “pobreza, violencia, injusticia, intolerancia y discriminación, problemas en donde se encuentra la raíz del atraso socioeconómico, político y cultural de Colombia”.

Efectivamente, la estratificación entre calidad de educación y clase social es una expresión de una de las características más graves de la sociedad colombiana: la inequidad excluyente que niega la posibilidad no sólo de convivencia entre clases sino que reproduce comportamientos de jerarquía o de conflicto entre diferentes grupos de la población.

Se trata por tanto de tener en cuenta el aporte revolucionario de la educación moderna, en el sentido de que la educación “sintetiza los temas de la revolución industrial y de la revolución democrática: igualdad de oportunidades e igualdad de ciudadanía.”⁴⁸ Se trata de esos dos momentos complementarios de la modernidad: el desarrollo material de la sociedad con base en la ciencia, la técnica y la tecnología, y por otro lado el auténtico progreso cultural de la sociedad. Sólo en esta complementariedad se va logrando la constitución de una sociedad civil con base en procesos inclusivos y públicos, en los cuales se obtienen la formación de la opinión pública y de la voluntad común de ciudadanos capaces de concertar y de reconstruir el sentido de las instituciones y del Estado de derecho, sin que haya que concebir como procesos diferentes tanto la formación en valores para la solidaridad y la democracia como una educación de calidad para la ciencia y la tecnología.

Este sentido integral de educación y formación cultural es el que subyace a las tesis actuales acerca del desarrollo de las sociedades contemporáneas. Ya no se puede concebir aisladamente un desarrollo con base en la productividad y ésta a la vez con base en la ciencia y la tecnología, sin tener en cuenta la cultura y la democracia. Se trata más bien de un desarrollo humano como desarrollo de las competencias libertarias del ciudadano, al cual se debe orientar el proceso educativo. En este sentido de desarrollo humano complejo se incluye el punto de vista ético, el compromiso con los derechos humanos y con la democracia participativa.

Este es el lugar para incluir los valores del multiculturalismo.⁴⁹ El concepto de que nación y cultura eran un todo homogéneo, es decir

47 *Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo. Informe conjunto. Colombia: al filo de la oportunidad.* Presidencia de la República/COLCIENCIAS, Bogotá, 1995, p. 61.

48 T. Parsons, *The system of Modern Societies*, Englewood Cliffs, 1971, p. 97.

49 Ver recientemente Patricia Ariza, “Malestar en la cultura”, en *La Revista de El Espectador*, N° 7, Bogotá, 3 de septiembre de 2000, pp. 64-66.

que la nación colombiana era una única cultura, una monocultura, estuvo vigente en el país hasta 1991. La gran ruptura, ese cambio que las ciencias sociales habían empezado a dar en Colombia, es asumida por la Constitución de 1991 al reconocer el tránsito de una nación homogénea, al de una nación multicultural. El gran tránsito conceptual no solamente en la cultura sino en la organización misma del Estado, de ese concepto de lo homogéneo a lo múltiple y a lo plural, que desemboca en la Constitución de 1991, sobre todo en su Artículo 7°, es el punto de inicio de la nueva concepción del Estado de derecho democrático. De hecho, el multiculturalismo debe ser reconocido hoy como valor humano fundamental, y en ello radica su fuerza política, como ha sido expresado por los mismos indígenas.⁵⁰

A partir de los planteamientos anteriores es posible comprender los retos del multiculturalismo como la posibilidad de formar ciudadanos en procesos educativos con base en el reconocimiento del otro como interlocutor válido, y de constituir sociedad civil con base en las diferencias, en la participación y en la cooperación. El sentido ético-político de la participación democrática se genera en la cultura discursiva del proceso educativo mismo.

50 Ver, entre otras, esta cita que trae en su trabajo para la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, Ciro Angarita Barón *et al.*, en “Diversidad étnica, cultural y Constitución Colombiana de 1991. Legitimidad de las diferencias: realidades, retos y respuestas”, en *Misión Ciencia, Educación y Desarrollo, Fuentes Complementarias II: Derecho, Etnias y Ecología*, Bogotá, Presidencia de la República/COLCIENCIAS, 1995, pp. 9-274: “El Derecho Mayor... es considerado por nosotros como un derecho nacido de la tierra y de la comunidad, por haber existido nosotros por miles de años en este continente y habernos expandido en él y en todos los campos: científico, político, tecnológico; eso que hemos sido, nos ha creado esas condiciones, nos ha creado ese derecho. Por eso pensamos que si estoy hablando de la existencia de los pueblos indígenas en este continente desde hace más de treinta mil años, tenemos un derecho adquirido por ley natural, por una constitución natural, y eso mucho antes de que existiera en Colombia lo que llamamos la ley, la Constitución de 1886, pues nosotros ya la teníamos antes de que llegaran los conquistadores españoles. En la nueva Constitución por primera vez, lo hemos hecho reconocer, hemos pensado que esto debe ser correlacionado, que la Constitución nos debe reconocer este derecho ancestral que no es un derecho de cualquier colombiano sino que es un derecho antiquísimo, vernáculo; la Constitución no nos ha logrado reconocer estas palabras que dice el Derecho Mayor; pero cuando estamos diciendo en la nueva Constitución que las tierras, los territorios indígenas son inalienables, intransferibles, eso es lo que estamos diciendo. Nosotros somos hijos de la tierra, hijos del agua y consideramos al mestizo como hijo del viento, porque al mestizo no le importan los derechos, sino el billete de papel; no le importa vender la mejor tierra, su interés es económico; vende aquí, compra allí, vende más allá y así se va yendo por todo el país o por todo el continente. En cambio el indio no puede hacer eso, porque considera que ahí está la raíz de su vida, ahí está si goza o sufre. Este es el Derecho Mayor” (Lorenzo Muelas, “Biografía indígena”).

Este sentido de educación y cultura lleva a repensar lo público, ya no sólo desde el Estado, sino sustancialmente desde la sociedad civil, para rediseñarlo no como mero espacio sino como proceso en continua construcción en el horizonte del interés común y de la convivencia ciudadana. El tradicional protagonismo y vanguardismo del Estado, centrado en el poder económico y político y en sus competencias burocráticas clientelistas, es relativizado entonces por una cultura de la cooperación que mueve el poder de la solidaridad de los asociados en la sociedad civil: se busca con esto renovar las relaciones entre sociedad civil y Estado.⁵¹ Ya no se trata ni siquiera de que el público sitie al Estado sin pretensiones de conquista;⁵² se busca más bien una interrelación entre el Centro y la Periferia en continua actividad desde uno y otro polo como sucede con corrientes de agua que circulan desde fuera hacia el centro o al contrario, mediante sistemas de represas, esclusas, canales más amplios y más estrechos, corrientes de opinión y contracorrientes de autoridad por parte del Estado, presiones que van cediendo o que inclusive pueden llegar a romper posiciones aparentemente resistentes. La opinión pública en sus diversas figuras, también como deliberación política y participación democrática, inclusive como movimientos sociales y de desobediencia civil es la corriente desde la periferia; las políticas públicas, las leyes, las acciones del Ejecutivo son las respuestas desde el centro del poder.

El ideal es cuando, de acuerdo con la última metáfora, se logra la cooperación entre el Estado y la sociedad civil para optimizar así la participación ciudadana y la procura de los intereses colectivos y públicos tanto por parte del Estado como por parte de las organizaciones de la sociedad. Se evita así el peligro de unas ONG que en su mesianismo fundamentalista sólo piensan en los “suyos” o creen que pueden lograrlo todo al margen del Estado; se evita también el aislamiento de un Estado social que cree poderlo solucionar todo con políticas asistencialistas y con base en la visión de los expertos, considerando a las organizaciones de la sociedad civil como menores de edad.

Lo anterior lleva a diseñar el siguiente modelo topológico de las formaciones sociales con ayuda de la teoría de la acción comunicativa, como paradigma cultural y a la vez método pedagógico de construcción de lo público desde una perspectiva ética, articulada como

51 Nuria Cunill Grau, *Repensando lo público a través de la sociedad. Nuevas normas de gestión pública y representación social*, Nueva Sociedad, Caracas, 1997.

52 Se trata de las dos metáforas que utiliza J. Habermas para explicar la nueva relación entre sociedad civil y Estado: *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 435, 526, 528 y 612.

cultura en los procesos formativos y como ética discursiva en los procesos políticos:

- a. Se parte del *mundo de la vida* como base de toda experiencia personal y colectiva, en el que deberían estar incluidas todas las personas, grupos y culturas que conforman una sociedad. Aquí la comunicación es conversación, diálogo, comprensión que no obliga a estar de acuerdo con los demás. La educación es el proceso en el que se reconocen las diferencias, que no significan exclusión, sino precisamente todo lo contrario: “en la experiencia cotidiana puedo relacionarme con todos”. Aquí la comunicación y la cultura significan abrir mundos de vida, formas de organización y sentidos de la vida.
- b. La *sociedad civil* se va conformando en el mundo de la vida con base en la integración e interrelación comunicativa de los diversos grupos sociales, asociaciones, comunidades, regiones, etc. Es el reino a la vez de la diferencia y del multiculturalismo gracias a una educación pluralista. A diferencia de la “sociedad”, término que suele confundirse con todo lo que circula en torno al mercado, el término sociedad civil es más complejo, más rico, polifacético, variopinto y diferenciado. Allí se ubican las escuelas, las universidades, los sindicatos, los bancos, las iglesias, los medios, las más diversas ONG y las asociaciones de consumidores, de padres de familia, de amas de casa, de estudiantes, los clubes, también los de fútbol y tenis, etc.
- c. *Lo público*, como el ámbito en el que las personas y las organizaciones de toda índole en interacción con el Estado van tejiendo comunicativamente la red de intereses comunes. Lo público se constituye así en el *médium* en el que se da sentido a lo común, precisamente como “bien público”. Ya aquí se hace absolutamente necesaria la cultura del “pluralismo razonable”, dado que no basta la tolerancia. El ambiente de lo público lo constituye el pluralismo, el reconocimiento del “otro” como diferente, es decir, como ciudadano con iguales derechos y deberes.
- d. *Lo político* se va consolidando en los procesos de lo público. No puede responder sólo a intereses privados, por lo que una sociedad débil en lo público practica una política deformada: clientelista, provinciana, autoritaria. Lo político significa ejercicio de competencias en relación con los asuntos públicos. Aquí todavía la comunicación es deliberación, discusión, búsqueda del “poder comunicativo”, con base en el cual se desarrolla toda política deliberativa y la democracia participativa.

e. *El Estado de Derecho* es el resultado, genéticamente hablando, de los movimientos políticos, de las luchas por el reconocimiento, de los consensos sobre mínimos constitucionales a partir de los máximos morales referidos al sentido de la vida, que siguen siendo necesarios para que el pluralismo alimente no sólo los acuerdos sino sobre todo los disensos. Aquí la comunicación ya no es tanto apertura cuanto dispositivo procedimental, discursivo, argumentativo, retórico y político para llegar a acuerdos mínimos, necesarios no sólo para solucionar aquellos conflictos que se resisten a la mera comprensión, como son los de la exclusión, la violencia, la discriminación y en general la ignorancia de los derechos humanos por parte de ciertos grupos sociales. Los acuerdos también son necesarios para impulsar programas políticos que requieren la cooperación por encima de las diferencias.

Como se ve, *lo público* está en el medio, es condición necesaria y suficiente para que la sociedad civil se organice políticamente y haga fuerte el Estado de derecho. Quienes ignoran lo público, hacen cortocircuito desde la sociedad civil hacia la política, fomentando formas de comunitarismo autoritarias en nombre de la comunidad, o ignoran la sociedad civil y son autoritarios en nombre de cierto liberalismo protagónico e iluminado, autoritario desde un Estado en manos de expertos. Ambas visiones de la política contemporánea debilitan la cultura de la participación, cuyo *médium* sólo puede ser un ámbito de *lo público* fuerte y profundo. Lo público permite, gracias a la crítica y a la organización social y política, ir transformando el poder de la dominación en poder legítimo, con base precisamente en el “poder comunicativo”, generado en procesos de formación y cultura democrática.

Esta apuesta idealista a procesos formativos y culturales en medio de la tensión entre la realidad de la guerra y el deber ser de la convivencia, se conserva en los discursos críticos de las ciencias sociales, cuyos análisis y explicaciones de determinadas situaciones alcanzan a la vez a comprometer, como discursos propositivos, a los actores sociales en la transformación de lo que no pareciera tener solución.

Este sentido fundamental de razón comprensiva y comunicativa propia de los discursos culturales es el que se articula actualmente en la ética discursiva, en la política deliberativa y en la democracia participativa, realizando así la clásica relación entre teoría y *praxis*. Su opción radical es por un sentido de lo público y de sociedad que parta de la inclusión del otro, mediante su reconocimiento como diferente en igualdad de condiciones socioeconómicas y culturales básicas, que

le permitan participar en la sociedad civil. Esto protege a las ciencias sociales y la filosofía de ser relegadas a ser sólo disciplinas académicas, pues entonces dejarían de ser ciencias de la discusión en sentido pleno, privándose de la fuerza que requieren para orientar en la vida y en la historia. Los saberes de expertos también pueden llegar a ser discursos públicos fortaleciendo propositiva y normativamente el sentido y las fuentes de legitimidad de toda política que pretenda responder a intereses de la sociedad civil en el ámbito de lo público. Las ciencias de la discusión en estrecha relación con los ciudadanos y respondiendo a sus intereses, no podrán renunciar a la denuncia de quienes desde una u otra orilla de la confrontación suplantando la opinión de los asociados acudiendo a protagonismos dogmáticos o a la inercia de las instituciones. Discursos que apuesten a la razón, disponen de los argumentos para mostrar que las crisis sociales tienen su origen en las limitaciones de las condiciones mínimas de la democracia y que por tanto siempre tendría que ser posible la solución razonable del conflicto social, si en ella se tienen en cuenta todos los intereses de todos los implicados y se tiene la voluntad política de asumir las consecuencias de dicho principio.

Renán Vega Cantor

EL PENSAMIENTO CRÍTICO EN UN MUNDO INCIERTO*

“Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa; si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la ‘emancipación del brazo y la inteligencia’”.

Pedro Henríquez Ureña, “Patria de la justicia” (1925)¹

AUNQUE EL TEMA CENTRAL que nos convoca en esta ocasión está directamente relacionado con la vigencia del pensamiento crítico, no es posible efectuar un análisis abstracto del mundo de las ideas al margen de la realidad social en la que vivimos, sin caer en un idealismo vacío e insustancial. Si concebimos al pensamiento crítico como una filosofía de la praxis, debemos referirnos a la historia, a los problemas concretos, a las luchas prácticas y a las expectativas reales de sujetos de carne y hueso en una situación específica. En concordancia

* Texto íntegro leído con motivo de la entrega formal del *Premio Libertador al Pensamiento Crítico* 2007. 7 de agosto de 2008 en el Teatro Teresa Carreño de la ciudad de Caracas.

1 En *La utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1989, p. 11.

con esta proposición, en esta oportunidad quiero referirme a tres tópicos que versan principalmente sobre Colombia, el país de donde vengo y donde vivo. En su orden: primero, la desgracia de ser un país rico en recursos; segundo, el intocable terrorismo de Estado; y, tercero, qué podría hacer el pensamiento crítico en un contexto tan desolador.

1. COLOMBIA: LA DESGRACIA DE SER UN PAÍS RICO

Colombia, el país en el que vivo, está atravesada por las más tremendas contradicciones del mundo contemporáneo. Es un territorio con una extraordinaria diversidad y riqueza natural y cultural, en cuyo seno se encuentran todos los pisos térmicos y una gran variedad de paisajes y de climas, dos costas, escarpadas montañas, extensas altiplanicies y llanuras, bosques, selvas y ríos caudalosos. Allí se alberga una gran riqueza natural, que es también una de las razones de nuestra desgracia, como les sucede a los países que cuentan con recursos. Como parte de esa riqueza natural contamos con minerales, maderas, agua y biodiversidad a granel. En biodiversidad, Colombia es uno de los cuatro territorios más ricos del mundo, por sus numerosas y variadas especies de plantas y animales, un tesoro invaluable hoy como ayer apetecido por los poderes imperialistas. En esos suelos fértiles, desde hace miles de años se han desarrollado complejas sociedades y culturas, un resultado de la mezcla étnica, voluntaria y forzada, como producto de las sucesivas fases de sometimiento de los comunidades aborígenes desde comienzos del siglo XVI. Algunos de los pueblos originarios descendientes de nuestros primeros padres, sobreviven arrinconados en tierras de ladera o en lo profundo de la selva, pese a todas las campañas de exterminio libradas contra ellos en los últimos cinco siglos, por los conquistadores europeos y sus descendientes criollos. En total, en el actual territorio colombiano existen unas 80 etnias, que agrupan a algo más de un millón de seres humanos, con sus propias formas de organización social, costumbres y tradiciones y muchas de ellas conservan sus lenguas vernáculas.

Como parte de esa diversidad cultural, sobresale el aporte de los pueblos africanos que fueron traídos brutalmente como esclavos y que, en medio de la opresión, la discriminación y la explotación, dieron origen a comunidades de libertos y campesinos que se asentaron en diversos sitios del país, en especial en sus zonas costeras, en valles y esteros. La mezcla de europeos, pobres y ricos, con los indígenas y los negros esclavizados dio origen a los campesinos colombianos, mestizos por excelencia que hasta hace no mucho tiempo eran la mayoría indiscutible de la población y que en la actualidad representan el 25 por ciento de todos los habitantes del país.

Colombia es, entonces, un crisol de pueblos y culturas, en donde se hablan más de medio centenar de lenguas, con una notable diversidad regional y variadas costumbres y tradiciones. Esa diversidad cultural está seriamente amenazada por voraces empresas transnacionales que, en alianza con capitalistas locales, se están apropiando a mansalva de las tierras, recursos y saberes autóctonos. Estas prácticas de biopiratería buscan expropiar conocimientos ancestrales, muy útiles a grandes conglomerados transnacionales en su pretensión de mercantilizar la naturaleza. El Tribunal Permanente de los Pueblos que terminó sus sesiones en Bogotá hace pocos días verificó “el peligro inminente de extinción física y cultural de 28 pueblos indígenas, que en la mayoría de los casos están formados por menos de un centenar de personas por pueblo, debatiéndose entre la vida y la muerte”. Y concluyó que “su desaparición de la faz de la tierra constituiría, en pleno siglo XXI, además de una vergüenza para el Estado colombiano y para la humanidad entera, un genocidio y un crimen de lesa humanidad por su acción u omisión institucional de atender a estos pueblos que de manera irreversible están a punto de extinguirse”.

Colombia es, al mismo tiempo, uno de los países más injustos de nuestra América y del mundo, puesto que a la par con esa inestimable riqueza natural, humana y cultural, existen los más aberrantes niveles de desigualdad, una característica estructural de nuestra sociedad, que explica en gran medida la violencia que nos ha asolado durante los últimos 60 años. En Colombia desde los tiempos de la colonia se formaron poderosos terratenientes, cuyos herederos actuales son amos y señores de cuerpos y almas, apoyados por las altas jerarquías de la Iglesia católica y el Ejército, en consonancia con la santa alianza entre la cruz y la espada. Eso ha dado origen a una terrible polaridad social, en la cual terratenientes de toda especie (ganaderos, propietarios ausentistas, exportadores de productos primarios, narcotraficantes y paramilitares), que representan solamente el 0,4 por ciento del total de propietarios, son dueños del 61 por ciento de las tierras del país, de las más productivas y de las mejor situadas, y el 54 por ciento de pequeños propietarios (campesinos minifundistas, colonos, indígenas, comunidades afrodescendientes) sólo poseen el 1,7 por ciento de la tierra, como resultado de lo cual existen 8 millones de pobres rurales. En Colombia, a diferencia de otros países de América Latina (México, Cuba o Perú) nunca se llevó a cabo una reforma agraria que intentara democratizar la propiedad y uso de la tierra, y los tímidos intentos de corte redistributivo a la larga terminaron por fortalecer el poder de los terratenientes, ligados a otras fracciones del capital, tanto nacional como extranjero. No es de extrañar, en este sentido, que empresas multinacionales como la United Fruit Company (hoy

Chiquita Brands) haya constituido un enclave territorial en la costa atlántica colombiana durante las primeras décadas del siglo XX y que esas mismas empresas estén impulsando ahora mismo una nueva apropiación de tierras y riquezas a lo largo y ancho del país. Eso ha cobrado fuerza en los últimos años con la apertura incondicional a los monopolios transnacionales y nunca antes en la historia nacional se habían registrado tales niveles de inversión extranjera como los actuales —se paso de 3.768 millones de dólares en 2000 a 10.085 en 2005— y, por supuesto de utilidades remitidas al exterior —que saltaron de 673 millones de dólares en 2000 a 6.535 en 2007—, con un crecimiento de casi el 1.000 por ciento.

Esta característica estructural de monopolio terrateniente del suelo, se ha acentuado en los últimos años, con el despojo de cinco millones de hectáreas de tierra por parte de fuerzas paraestatales. Estas tierras, como expresión de una típica revancha terrateniente, han sido arrebatadas a los campesinos y apropiadas por viejos y nuevos hacendados, para ampliar sus fincas ganaderas, sembrar palma africana y otros cultivos de exportación, ahora usados para producir necrocombustibles. Este hecho explica el despojo y el destierro de cuatro millones de colombianos en su propio país, lo cual nos ubica entre los dos países del mundo con más desplazados internos, disputándonos palmo a palmo con Sudán un deshonroso primer lugar en tan indigna acción.

Como las clases dominantes de Colombia nunca han querido repartir ni un centímetro de tierra, han expulsado violentamente a los campesinos hacia los límites de la frontera agrícola, con lo cual se ha poblado el país, a costa de indígenas y comunidades afrodescendientes, mientras las mejores tierras siguen en manos de los grandes propietarios. Esa expulsión campesina llegó a las ciudades, desde finales de la década de 1940, originando una urbanización acelerada y profundamente antidemocrática, porque en las ciudades se ha ido reproduciendo, a su modo, la injusticia del mundo rural, pues un puñado de potentados, ligado al capital financiero, se ha enriquecido a costa del hambre de tierras urbanas de los más pobres, que cíclicamente llegan huyendo de la violencia y de la miseria que impera en los campos colombianos. Eso explica que hoy por hoy la mayor parte de la población del país malviva en las ciudades (algo más del 70 por ciento), y millones de personas no cuenten con los más elementales servicios públicos, estén desempleados, vivan del rebusque diario y se encuentren arrinconados en barrios tuguriales. Al mismo tiempo, en esos espacios urbanos, como parte de la lógica injusta del capitalismo, existen guetos de riqueza de las clases dominantes y de reductos de las clases medias, como se aprecia en Bogotá, Medellín,

Cali, Barranquilla y otras ciudades del país, en donde se vive con todas las comodidades y el confort de las élites de los Estados Unidos o de Europa.

No es difícil documentar la magnitud de la horrorosa desigualdad de la sociedad colombiana: hay veinte millones de pobres y 7 millones de personas viven en la absoluta miseria, lo cual quiere decir que uno de cada dos colombianos es pobre y uno de cada seis es indigente; el desempleo afecta, según cifras oficiales, a dos millones doscientas mil personas y si a ellas le sumamos las que sufren el subempleo y otras formas disfrazadas de desempleo, tenemos que el desempleo real cobija a unas 9 millones de personas, el 41 por ciento de una población económicamente activa de 20 millones. Y la gran mayoría de los que tienen empleo soporta condiciones laborales indignas e inhumanas, como producto de la flexibilización y precarización laboral, de la pérdida de derechos, de la imposibilidad de organizarse sindicalmente, de la contratación temporal y de la ampliación de la jornada laboral, porque en una especie de revolución conceptual en la astronomía, que erizaría la piel de Kepler y Copérnico, el actual gobierno determinó extender por decreto el día de las seis de la mañana a las diez de la noche, para que los empresarios no paguen horas extras ni recargos nocturnos.

Para completar, las reformas tributarias de los últimos años han aumentado la desigualdad, puesto que han disminuido o suprimido impuestos a los ricos con el pretexto de aumentar la inversión de capital privado, tanto nacional como internacional, mientras que se ha generalizado el impuesto al valor agregado y los tributos directos que pagan los asalariados y los pobres. De esta forma, en tanto que un trabajador paga impuestos sobre sus ingresos, las empresas cotizan, cuando lo hacen, sobre sus ganancias y no sobre su patrimonio.

La concentración de la riqueza es de tal índole que hace de Colombia un país terriblemente injusto, como se comprueba con unos pocos datos del Informe de Desarrollo Humano, versión 2005: “58 personas pobres (del 10% de menores ingresos) reciben el mismo ingreso que 1 persona rica (del 10% con mayores ingresos), Colombia es el undécimo país más desigual del mundo con un Coeficiente de Gini de 57,6.; el 20% más rico de los colombianos consume el 62% de los bienes y servicios y el 20% más pobre consume el 3%.” Un dato sintético nos indica que el ingreso acumulado del 80 por ciento de los colombianos es inferior a los ingresos totales del 10 por ciento más rico, los verdaderos dueños del país.

Esta profunda desigualdad de la sociedad colombiana ha sido preservada históricamente mediante varios mecanismos. Al respecto, vale mencionar los elementos ideológicos de que se han valido las cla-

ses dominantes en Colombia para mantener su hegemonía, entre los cuales sobresalen los mitos desmovilizadores y, más recientemente, el uso del poder mediático. Esas clases dominantes se han encargado de construir dos mitos de larga duración, tanto para uso interno como fuera del país. El primer mito sostiene que la Colombia actual desde temprana época, a finales del siglo XVIII, se convirtió en una sociedad mestiza, en la que, por ende, nunca ha existido discriminación étnica ni desigualdad racial. Esta falacia, repetida hasta la saciedad, fue construida para invisibilizar a indígenas y afrodescendientes, justificar la apropiación de sus tierras y de sus riquezas, legitimar su persecución y exterminio y entregar sus suelos a empresarios locales o extranjeros, como viene sucediendo con las empresas petroleras desde comienzos del siglo XX. Con este embuste de un pretendido mestizaje democrático, las clases dominantes de Colombia han buscado marginar, cuando no exterminar, a indígenas y negros, considerados como inferiores, para no reconocerlos ni como seres humanos ni como comunidades o individuos con derechos, sino solamente como peones o como carne de cañón y de urna.

El segundo mito desmovilizador, más acentuado que el primero y de difusión internacional, asegura que Colombia es la democracia más antigua y más sólida de América Latina. Esto no deja de ser una falacia o un mal chiste, sobre todo para los que vivimos en ese país. Es una falacia, como puede probarse mencionando, de paso, algunos aspectos políticos, económicos y sociales. En términos políticos, durante más de un siglo y medio las clases dominantes han usufructuado el poder valiéndose de dos partidos, el liberal y el conservador, que se han turnado o han compartido el control del gobierno y del Estado, cerrando cualquier posibilidad de participación política a fuerzas diferentes, mediante el asesinato y la persecución, siendo este otro de los factores estructurales que explica la constante violencia en Colombia, incluso cuando en el seno mismo de esos partidos tradicionales han existido personajes que se han atrevido a cuestionar la injusticia y la desigualdad, han sido vistos como sujetos peligrosos y las clases dominantes no han dudado en eliminarlos, como sucedió con el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

En términos económicos, cuatro grupos monopólicos, estrechamente ligados al capital imperialista, son dueños de las más diversas actividades económicas y productivas, siendo los que finalmente deciden quién hegemoniza el poder político. Esos grupos económicos dominan los medios de comunicación, ahora en alianza con capital español, y por eso en Colombia, dos canales de televisión privados, dos cadenas de radio y un periódico de circulación nacional dictaminan qué se dice y se piensa en nuestra sociedad.

Es una dictadura mediática de los grandes grupos económicos, a través de sus empresas periodísticas, que configuran un cartel del terrorismo ideológico y cultural y son los puntales de la guerra informativa contra la población y contra todos los que consideran sus enemigos (como lo han podido comprobar recientemente los gobiernos de Ecuador, Venezuela y Nicaragua). Allí se encuentran pocas familias, como los Santos, Ardila Lule, Santodomingo y los grupos Prisa y Planeta de España. ¿Qué democracia puede haber en un país de 45 millones de habitantes, en el cual sólo unos cuantos empresarios de los medios controlan todo lo que se mueve y produce, incluyendo la información?

En términos sociales, la desigualdad y la injusticia estructural del país se han agravado con la aplicación del recetario neoliberal, la apertura comercial y la arremetida imperialista durante los últimos 20 años. Así, en Colombia se han privatizado las más importantes empresas públicas y la salud, la educación y la cultura se han convertido en negocios rentables para llenar el bolsillo de los capitalistas nacionales o internacionales. Igualmente, Colombia es un país militarizado al extremo, hasta el punto que hoy tiene un ejército de 400 mil efectivos y cuenta con más policías y soldados que profesores, médicos o enfermeros, lo que hace que, en términos de inversión militar con relación al PIB, sea el tercer país más militarizado del orbe, sólo superado por Israel y Burundi. Este crecimiento desmesurado del gasto militar ha sido posible por la “ayuda” de los Estados Unidos que le suministra al gobierno colombiano más de dos millones de dólares diarios para la guerra interna. Por tal razón, tenemos el dudoso privilegio de ser el tercer país en recibir “donaciones” monetarias para la muerte por parte de los Estados Unidos, por debajo de Israel y Egipto (no por casualidad, como lo ha señalado Noam Chomsky, existe una correlación directa entre ayuda militar estadounidense y violación sistemática de los derechos humanos, como se confirma en el caso de nuestro país).

Como subrayó el Tribunal Permanente de los pueblos: “Colombia parece presentarse [...] como un verdadero laboratorio político institucional donde los intereses de los actores económicos nacionales e internacionales son plenamente defendidos a través del abandono por el Estado de sus funciones y de su deber constitucional de defensa de la dignidad y de la vida de una gran parte de la población, a la cual se aplica, como si de un enemigo se tratara, la doctrina de la seguridad nacional, en su versión colombiana”. Con todas estas características, si se pudiera usar el término de democracia para hablar de Colombia, lo cual es un verdadero contrasentido, habría que hablar de una “democracia genocida”.

2. 60 AÑOS DE TERRORISMO DE ESTADO Y DE IMPUNIDAD

Ufanarse por parte de las clases dominantes que Colombia es la democracia más antigua y sólida del continente, ha servido para ocultar ante la faz del mundo el terrorismo de Estado más prolongado de nuestra América y uno de los más constantes en todo el planeta. En efecto, en mi país ha existido en los últimos 60 años (desde poco antes del asesinato de Gaitán el 9 de abril de 1948) una interminable impunidad estatal —junto desde luego a la impunidad de las clases dominantes—, que ha sobrevivido a todos los cambios experimentados en nuestro continente y en el mundo. Mientras que en el cono sur y en Centroamérica se terminaron las dictaduras militares de seguridad nacional, con su estela de sangre, terror y desaparecidos, en Colombia no hubo necesidad de recurrir a la dictadura abierta, porque con el régimen existente, aparentemente civil y democrático, se han podido cometer, hasta ahora, tantos o más crímenes que los realizados por las dictaduras de Videla, Pinochet o los generales brasileños, todos juntos. Según la ONU, Colombia es uno de los pocos países de nuestra América donde todavía hoy se sigue practicando la horrorosa práctica de la desaparición forzosa. Aunque la Guerra Fría terminó hace dos décadas, en Colombia se mantiene, con la misma lógica anticomunista y contrainsurgente de siempre, puesto que el solo hecho de pensar, no digamos diferente, sino simplemente de pensar es un delito, del que se derivan todas las consecuencias posibles: acoso, persecución, señalamiento, cárcel, exilio, desaparición o muerte. Es bueno enfatizar que en Colombia no se prohíbe la disidencia o la protesta, sino que simplemente se mata al que disienta o proteste, como alguna vez lo dijera el periodista Antonio Caballero.

Mientras en otros lugares (El Salvador, Guatemala) se dieron procesos de paz que implicaron para las clases dominantes de esos países impulsar algunas tímidas reformas sociales, económicas y políticas y reconocer la existencia de los adversarios como interlocutores válidos, en Colombia la oligarquía criolla no quiere repartir nada, ni un centímetro de tierra, ni redistribuir ingresos, ni mejorar las condiciones de vida de la población, y por ello ha optado por la vía de la tierra arrasada, mediante el Plan Colombia, y la instalación de bases militares de los Estados Unidos en nuestro suelo.

Ese terrorismo de Estado, tan prolongado e impune como el de Israel (cronológicamente coinciden con terrible exactitud) y solamente superado por el campeón mundial del terrorismo de Estado (por supuesto el de Estados Unidos), ha perdurado mucho más tiempo que las dictaduras de Stroessner en Paraguay, de los Somoza en Nicaragua, de los Duvalier en Haití, o de Trujillo en República Dominicana.

Se ha mantenido incluso más allá de la “dictadura perfecta”, la del PRI mexicano.

Ese terrorismo de Estado, apoyado en grupos paramilitares, utiliza símbolos y nombres similares en dos períodos históricos distanciados por medio siglo, en la época de la primera Violencia y en la actualidad. Los sicarios conservadores de la década de 1950 se autodenominaban “pájaros” y el más famoso de ellos era conocido como “El Cóndor”, amigo íntimo de políticos conservadores y de militares que llegaron a la presidencia de la República. Hoy los grupos emergentes de paramilitares se proclaman como las “águilas negras”, y su cercanía con el poder político y empresarial es evidente, como para comprobar que no es mucho lo que ha evolucionado la fauna parasitaria en Colombia, ya que en medio siglo sólo se ha dado una mutación semántica que nos ha llevado de los pájaros a las águilas negras.

La persistencia del terrorismo de Estado en Colombia ha dejado una impresionante secuela de víctimas, una contribución a la historia universal de la infamia, de la cual solamente quiero recordar algunos hechos. En los últimos 20 años han sido asesinados 3.000 dirigentes sindicales, constituyéndose en el país del orbe más peligroso para ejercer cualquier actividad gremial, hasta el punto que de cada 10 sindicalistas asesinados en el mundo, 9 lo son en Colombia. En esa lógica de terror contra los trabajadores, con la participación de empresas multinacionales (Coca-Cola, Chiquita Brands, Nestlé, La Drumond, etc.), han sido aniquilados sindicatos completos, como sucedió con el de los bananeros en Urabá o con el de la palma africana en el departamento de Cesar, y otros han sido sistemáticamente perseguidos, como la Unión Sindical Obrera que agrupa a los trabajadores petroleros, cien de cuyos dirigentes y miembros han sido asesinados después de 1988.

Como parte de esa lógica del terror, en Colombia se planificó y ejecutó el genocidio político de una organización de izquierda, la Unión Patriótica, que fue aniquilada en las décadas de 1980 y 1990, con el asesinato de 5.000 de sus militantes, incluyendo senadores, concejales y alcaldes.

El asesinato de dirigentes campesinos, de defensores de derechos humanos, de periodistas, de profesores, de estudiantes, de luchadores sociales ha sido y es la pauta típica del terrorismo de Estado hasta el día de hoy, sin que sus responsables, asociados en gran medida al capital privado, a las fuerzas armadas y a los terratenientes, sean condenados y antes por el contrario hoy sean vistos como prósperos empresarios o salvadores del país, que se pavonean orondos de sus crímenes, tanto en Colombia como en el exterior.

En este país se ha generalizado el terror de múltiples formas por parte de sectores de la extrema derecha, mediante matanzas indiscriminadas desde 1981, cuando apareció en escena el primer grupo paramilitar en el Magdalena Medio. Desde entonces hemos vivido horrores indescriptibles, masacres de una inconcebible sevicia, crímenes que son el telón de fondo de lo que en forma benigna se ha llamado la parapolítica, por lo cual están detenidos más de 30 senadores de la coalición de gobierno. La parapolítica simplemente es un eufemismo para camuflar la magnitud de los delitos de lesa humanidad que ha producido la alianza macabra de grupos de matones con políticos, terratenientes, militares, empresarios y multinacionales, con la finalidad de eliminar a todos los seres humanos considerados como enemigos y obstáculos de la acumulación de capital mafioso imperante en Colombia. Porque, de paso, en ese país sí que se aplica la notable distinción de Leonardo Sascia, cuando dijo que “la mafia es un capitalismo ilegal, mientras que el capitalismo es una mafia legal”.

De la misma manera, en Colombia hay miles de desaparecidos por razones políticas o reivindicativas desde 1977, cuando fue raptada y luego desaparecida en la ciudad de Barranquilla por organismos de seguridad del Estado Omaira Montoya Henao, una bacterióloga de 34 años y militante de izquierda. Esta práctica criminal no ha cesado y se mantiene hasta el día de hoy.

Si se hiciera un minuto de silencio por cada uno de los muertos, torturados y desaparecidos que se han presentado en Colombia en los últimos sesenta años, tendríamos que permanecer callados, por lo menos, durante dos años enteros. Tal es la magnitud de la impunidad del terrorismo de Estado imperante en Colombia, del cual es cómplice y copartícipe el imperialismo estadounidense y ese conjunto de delincuentes que se autodenomina comunidad internacional. Por todos aquellos que he nombrado (sindicalistas, indígenas, dirigentes campesinos y populares, defensores de derechos humanos, estudiantes, profesores, mujeres e intelectuales) y que han sido asesinados, torturados o desaparecidos nunca se ha convocado a una marcha por parte de los poderosos medios de comunicación, ni se han organizado conciertos para escuchar a cantantes destemplados, como si, sencillamente, esos muertos y desaparecidos nunca hubieran existido o no fueran importantes. A esos colombianos humildes y pensantes que han sido asesinados y masacrados por el capitalismo colombiano quiero recordarlos en esta ocasión y rendirles un tributo de reconocimiento, porque su lucha forma parte de la memoria y de la dignidad de quienes no se han resignado a creer que la violencia en Colombia es un castigo divino, sino que es producto de un sistema profundamente

injusto y desigual y que han soñado con un país decente, muy distinto al actual, gangsteril y mafioso.

Bombardear un país vecino, violar el derecho internacional humanitario y las leyes de guerra —usando los símbolos de la Cruz Roja, TeleSur y de una ONG humanitaria de Barcelona— calumniar e inculpar a presidentes de otros Estados, oponerse al derecho de asilo..., son prácticas terroristas que han evidenciado ante la faz del mundo en el último año, pero sólo son un pálido reflejo del terrorismo de Estado que los colombianos comunes y corrientes han soportado durante más de medio siglo. Lo que está aconteciendo ahora confirma que en Colombia, el Estado y las clases dominantes se han convertido en fichas incondicionales de los Estados Unidos en nuestra América, para fungir como el portaaviones terrestre de la guerra preventiva y como punta de lanza de los intereses del imperialismo en su sed insaciable de apropiarse de riquezas y recursos. Para hacerlo posible, Estados Unidos directamente o por intermedio de Colombia necesita sabotear los procesos autónomos y soberanos que se impulsan, entre logros y tropiezos, en distintos países sudamericanos.

Desde luego, ese comportamiento internacional del Estado colombiano tampoco es nuevo, puesto que durante los últimos sesenta años, para vergüenza de nuestra América, sucesivos gobiernos han respaldado o participado en hechos tan lamentables como la Guerra de Corea, a comienzos de la década de 1950, o la criminal invasión a Irak en los últimos cinco años. El gobierno colombiano actual ha sido el único de la región en aplaudir las maniobras de la IV flota imperial de los Estados Unidos en el Mar Caribe y en respaldar a la Unión Europea en su directiva xenófoba y racista contra los inmigrantes. Como parte de esa historia de traición de los gobiernos colombianos a otros países sudamericanos, recordemos que en 1982 el presidente de entonces fue el único de Sudamérica en respaldar al Reino Unido y a Estados Unidos en el conflicto de las Malvinas. ¡Todos estos acontecimientos demuestran que el síndrome de Caín también es una característica estructural de las clases dominantes de ese sufrido país!

Cabe preguntarse, ¿por qué ha persistido durante tanto tiempo ese terrorismo de Estado con todas sus secuelas de sangre y horror? Puede responderse diciendo que una razón fundamental se encuentra en la permanente resistencia de importantes sectores de la población al modelo capitalista gangsteril existente en nuestro país. Porque, a pesar de la violencia estatal y paraestatal, en Colombia en las últimas décadas se ha dado un extraordinario proceso de resistencia con variadas formas de lucha, en donde han participado indígenas, campesinos, comunidades afrodescendientes, trabajadores sindicalizados, estudiantes de escuelas y universidades públicas, trabajadores

de la cultura y algunos intelectuales y entre la que hay que situar también el surgimiento de la insurgencia armada. El terrorismo de estado existe porque, a pesar de todos los esfuerzos y propaganda, las clases dominantes no han podido erradicar de importantes sectores de la población colombiana la semilla de la rebelión, de la inconformidad y de la resistencia.

3. ¿QUÉ PUEDE HACER EL PENSAMIENTO CRÍTICO?

En el contexto antes señalado, vale preguntarse qué función tiene el pensamiento crítico en una sociedad como la colombiana, en la cual se ha impuesto, tal vez como en pocos lugares del continente, el pensamiento único de clara estirpe neoliberal, impulsado por los medios de comunicación, las clases dominantes y las multinacionales, todo lo cual, junto con la violencia, ha llevado al arrinconamiento y a la asfixia de la intelectualidad de izquierda, la mayor parte de la cual fue cooptada por el propio capitalismo en las últimas décadas. Esto ha hecho que ciertos escritores, investigadores y profesores universitarios, provenientes de la izquierda, se convirtieran en los intelectuales orgánicos de las viejas y nuevas formas de dominación capitalista e imperialista, llegándose al extremo de que hoy algunos plumíferos justifican y aplauden como legítimas las acciones ilegales del régimen colombiano. Estos mercenarios del pensamiento, que han alquilado y vendido su conciencia a muy bajo precio, cumplen la función de justificar el terrorismo de Estado contra la población colombiana a nombre de la pretendida guerra contra el terrorismo, de las supuestas ventajas del libre mercado y de las migajas que les caen al asumir una postura de genuflexión incondicional ante Estados Unidos. Todo eso, además, sólo busca hacer presentables las políticas más antipopulares y vendepatrias que se registren en los anales de la historia nacional. A todos esos burócratas del pensamiento, pueden aplicárseles de manera textual las palabras de Bertolt Brecht: “Quien no sabe la verdad sólo es un estúpido, pero quien la sabe y la llama mentira, es un criminal”.

En contravía con ese pensamiento sumiso y servil, en “estos tiempos de mentira e infamia”, como diría Antonio Machado, los intelectuales críticos deben preservar en la labor de desentrañar todas las formas de explotación, opresión y sometimiento, asumiendo el papel de cuestionar las mentiras que a diario nos repiten los medios de intoxicación masiva y los intelectuales domesticados, que sólo buscan embellecer al capitalismo y nublar el entendimiento de la gente. En el mundo incierto en el que nos ha tocado vivir, a esos intelectuales críticos les corresponde ayudar a diseñar instrumentos analíticos, adecuados a las urgencias de nuestra época, que ayuden a entender lo que está pasando, recuperando al mismo tiempo las innumerables lu-

chas y rebeliones que los humillados y ofendidos han librado a través de la historia y contribuyendo a construir alternativas que recuperen la esperanza. Como no podemos permitir que los medios piensen por nosotros, puesto que eso sólo conduce a que se ame a los opresores y se odie a los oprimidos, es imprescindible seguir pensando y actuando en contra de los lugares comunes que pretenden eternizar al capitalismo. Por eso, hemos querido dilucidar el sentido de las patrañas terminológicas de moda (expresadas en términos vacíos y sin sentido como “sociedad del conocimiento” o “imperio”, y muchas más), pero no para quedarnos en la pura crítica, sino para invitar a profesores, estudiantes, líderes sociales, activistas, dirigentes populares y sindicales a que con esfuerzo intelectual superen los múltiples obstáculos y ayuden a diseñar alternativas al capitalismo realmente existente.

La propuesta que ha sido desarrollada en esta obra, busca recalcar que el conocimiento tiene una función social, máxime si presume de ser crítico, porque en la actualidad es urgente recrear la educación política de las nuevas generaciones, evitando los manuales que tanto daño nos hicieron, para incentivar a la gente a pensar por cuenta propia, a no tragar entero lo que dicen los medios de desinformación, ni a creer en toda la propaganda que nos anuncia a diario que estamos ante el fin de la historia y que enfrentar al capitalismo es inútil porque ante el mismo no existen alternativas. En este sentido, reivindicamos un tipo de reflexión proscrita en el mundo académico, que recupera el lenguaje clásico de diversas vertientes emancipatorias, entre las cuales sobresalen variadas interpretaciones marxistas, ambientalistas, feministas, anarquistas, indianistas y críticas de la razón instrumental. Esa reflexión no ha buscado quedarse en la mera contemplación, sino que busca construir con comunidades educativas, docentes y sindicales, entre otras, propuestas teóricas y metodológicas que permitan acercarnos a la comprensión de este mundo incierto, así como en el diseño de instrumentos de conocimiento que integren a grupos humanos, a partir de sus necesidades y expectativas concretas.

En esta investigación se plasma un esfuerzo de síntesis que intenta romper con las especializaciones restringidas en el ámbito de las ciencias sociales que tanto nos constriñen, y analizar grandes problemas de la humanidad, tales como el ecocidio planetario, las formas de explotación del trabajo, la mercantilización de todo lo existente, el impacto contradictorio de la tecnociencia, las transformaciones educativas y su relación con las políticas imperialistas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional... El objetivo ha consistido en presentarles a los profesores, activistas y dirigentes sociales un panorama amplio de los principales cambios mundiales e indagar cómo inciden en diversos aspectos de nuestra realidad cotidiana, y cómo

podría aprovecharse esa información en el trabajo intelectual y político práctico en el aula de clase, en el barrio, en el sindicato y en otros espacios. Esto se ha hecho porque consideramos que el conocimiento no debe quedar en manos de expertos que lo monopolizan, sino que el saber tiene una función social que debe ayudar a la gente a enfrentar, con razones y argumentos, los problemas que la afectan. A este respecto, son iluminadoras las palabras del poeta cubano Roberto Fernández Retamar cuando afirma: “La tarea de los intelectuales latinoamericanos y caribeños no puede ser repetir miméticamente lo que una y otra vez Occidente nos propone como verdades (desde el mentido ‘Descubrimiento’ hasta la supuesta evaporación del imperialismo), sino arribar al pensamiento propio de lo que Bolívar llamó un ‘pequeño género humano’: el cual, por otra parte, sólo de ésta manera logrará desembocar de veras en esa patria que es la humanidad, como sentenció José Martí”.

En esta perspectiva, quisiera bosquejar algunas de las tareas del pensamiento crítico en estos momentos, a saber su irreductible carácter anticapitalista y antiimperialista, recuperar la idea de totalidad concreta para el análisis y comprensión de la imposición mundial del capitalismo y, por último, vincularlo a las luchas históricas de los oprimidos.

De una parte, consideramos que el pensamiento crítico, en Colombia y en nuestra América, tiene que ser anticapitalista y antiimperialista, porque si ha de ser crítico tiene que ir a la raíz de los problemas y quien quiera entender y transformar la injusticia y la desigualdad hoy en nuestro continente en el sentido profundo del término se encontrará en el camino, tarde o temprano, con el capitalismo y el imperialismo, algo evidente en el caso colombiano. Sin esas categorías analíticas no es posible entender la acumulación mafiosa de capital y la constitución de una burguesía gangsteril, que se ha hecho hegemónica no sólo en Colombia sino en otros países de nuestra América y el mundo.

En la obra que hemos escrito se encuentran innumerables ejemplos de las diversas formas de explotación y de dominación ejercidas por el capitalismo y el imperialismo en los más diversos campos, que van desde la economía hasta el medio ambiente, pasando por la cultura, la ciencia y la técnica. La óptica anticapitalista permite, a nuestro entender, ir al fondo del asunto de lo que hoy acontece en el mundo y en nuestro continente, porque nos recuerda que es menester ir más allá de las apariencias relucientes de las mercancías y de los supermercados, hasta los hombres y mujeres de carne y hueso que soportan en la vida diaria la explotación, en las maquilas, en las zonas francas, en las fábricas de sudor y de muerte, pero también en las oficinas, en las

escuelas, en los consultorios y en todos los lugares de procesamiento informático. Porque los trabajadores siguen existiendo, a pesar de las transformaciones experimentadas por el mundo laboral en las últimas décadas, y continúan siendo el soporte fundamental del capitalismo, quien recurre como siempre a la extorsión de fuerza de trabajo como fuente de acumulación y de ganancia, sin importar la forma ni el tipo de trabajo que se realice.

Ese pensamiento, decimos, precisa ser antiimperialista, porque si algo se ha querido escamotear en las últimas décadas es la existencia de la dominación internacional y de la opresión nacional. El término imperialismo incluso avergüenza a sectores de izquierda que en lugar de usar esa denominación han optado por emplear nociones insustanciales y banales, como las de “globalización” o “era de la información”, con los cuales nos quieren dar a entender que las relaciones internacionales se trasformaron hasta el punto que ya no hay ni dependencia ni dominación entre países, sino interdependencia y ayuda mutua, como expresión del triunfo del mercado. Esa retórica insustancial ha sido desmentida por la dura realidad en los últimos tiempos, como se demuestra con las guerras típicamente imperialistas libradas por Estados Unidos desde diciembre de 1989, cuando fue invadida Panamá. Desde entonces, las continuas agresiones a los países pobres han evidenciado que el imperialismo sigue siendo tan cruel como siempre. En consecuencia, en vísperas de conmemorarse el bicentenario de la primera independencia, hay que proclamar con José Martí la imperiosa urgencia de una segunda emancipación de nuestra patria grande, de todos los imperialismos, incluyendo el europeo, que hipócritamente se presenta como defensor por excelencia de los derechos humanos, mientras, aliado con los Estados Unidos, preserva sus pretensiones de superioridad sobre los pueblos de otras latitudes y respalda el terrorismo y los crímenes de Estado en Palestina, en Afganistán, en Irak, en Turquía, en Colombia...

No por azar el reino de España, una caricatura del imperio que fue desarticulado en América mediante la lucha organizada de los pueblos de las colonias en el siglo XIX, pretende dos siglos después reescribir junto a las clases dominantes de nuestra América la historia heroica de los mantuanos y sus descendientes, que tanto temor le han tenido siempre a los indígenas, negros, zambos, mestizos, pobres y humildes, la savia vital que con sus variados colores tiñe las sociedades de este lado del mundo. En concordancia con sus intereses empresariales, esa España monárquica participa activamente en la celebración oficial de la independencia que preparan las clases dominantes de estos países, para presentarse juntos como los adalides de la libertad y de la democracia, mientras auspician la penetración de las empresas y bancos

españoles en todo el continente, los cuales no se distinguen precisamente por respetar ni a la gente ni a los ecosistemas.

Otra característica del pensamiento crítico que nosotros reivindicamos en esta obra estriba en pensar los cambios experimentados por el capitalismo a partir de la idea de totalidad, construyendo explicaciones que permitan entender la lógica central del capitalismo en esta fase de despliegue planetario. Casualmente, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 demostraron la ineficacia de las teorías débiles y fragmentarias para poder explicar lo que estaba sucediendo —es decir, la imposición mundial del totalitarismo capitalista— y a partir de ese momento diversos autores rescataron la importancia de la crítica de la economía política, como eje analítico medular para entender la lógica del capital y todas sus contradicciones. Escudriñar los mecanismos actuales del sistema capitalista requiere de un esfuerzo por integrar diversos saberes que nos permitan aproximarnos al conocimiento de la forma en que el capital se despliega y subordina todo lo que encuentra a su paso, incluyendo la naturaleza. Y ese esfuerzo analítico también precisa de una gran apertura mental, que no se opone a la firmeza política, para interrelacionar lo que pasa en el mundo y lo que sucede en nuestros países, a partir no de un universalismo abstracto sino de un análisis concreto que integre lo mejor del pensamiento emancipatorio universal con el legado de nuestros grandes pensadores, los que han vivido y luchado al sur del río Bravo, y que desde el siglo XIX se han atrevido a eso, a pensar, y no simplemente a copiar y a imitar, porque como indicaba José Martí: “Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen el decoro de muchos hombres. Estos son los que se rebelan como fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana”.

Por último, una característica distintiva del pensamiento crítico radica en plantear y volver a insistir en que no se conoce por conocer sino con una finalidad política expresa de carácter emancipatorio, yendo contra las tendencias pasivas, contemplativas y conformistas. Por ello, el pensamiento crítico debe seguir acompañando las luchas de los oprimidos, aprendiendo de la historia y de la realidad de esas luchas y bosquejando salidas a la crisis civilizatoria de nuestro tiempo. Estamos convencidos de la urgencia para el pensamiento crítico de rescatar las luchas de los oprimidos y de los vencidos, porque, como decía Walter Benjamin, “solamente andando con aquellos sin esperanza no es permitida la esperanza”. O como lo planteaba más cerca de nosotros José Martí: “Con los oprimidos había que hacer cau-

sa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”.

Es imprescindible recuperar la historia de las luchas de los pobres, oprimidos y explotados del continente, porque ellas son un espejo para el presente y el futuro. Las experiencias de indígenas, afrodescendientes, campesinos, colonos, obreros, mujeres pobres, recorre la historia de Colombia y América Latina, como un ejemplo vivo y palpitable. Con sus sueños y expectativas han proyectado otro tipo de vida y de sociedad, con valores de igualdad, ayuda mutua, cooperación, sacrificio y entrega. Todos estos valores cobran actualidad, ante la avalancha individualista propia del capitalismo, que pregona todos los días, como características supuestamente innatas al ser humano, el egoísmo, la sed de ganancias, el aplastamiento del adversario, el fetichismo de la mercancía y del dinero.

El pensamiento crítico no parte de cero, sino que recupera una memoria de esperanza y dignidad, una evocación de las luchas anticapitalistas y antiimperialistas que se han dado a lo largo de la historia de nuestra América y que han cobrado actualidad en los últimos años en Venezuela, Bolivia, Ecuador, México, Cuba, Argentina, Colombia, Brasil y en muchos otros lugares, porque como dice el poeta Juan Gelman: “Llegó la muerte con su recordación / nosotros vamos a empezar otra vez / la lucha / otra vez vamos a empezar / otra vez vamos a empezar nosotros / contra la gran derrota del mundo / compañeritos que no terminan / o arden en la memoria como fuegos / otra vez / otra vez / otra vez”.

V. La realidad en la crónica y la literatura

.CO

Laura Restrepo

**NIVELES DE REALIDAD
EN LA LITERATURA DE LA
“VIOLENCIA” COLOMBIANA* 1**

ES SIGNIFICATIVO EL NOMBRE con que, a la postre, se designó el cataclismo histórico que en un período de diez años dejó 200.000 muertos en Colombia: “La Violencia”. No “revolución”, ni “guerra civil”, como se lo denominó momentáneamente, sino “violencia” a secas, término que, en su acepción original, es sinónimo de ímpetu, arrebato, y encierra las connotaciones de fuerza ciega, arranque brutal.

El hecho de que se haya generalizado este nombre obedece por una parte al intento de mitificar el fenómeno despojándolo de sus connotaciones políticas y negando su carácter de enfrentamiento clasista, ocultando estos rasgos tras una designación abstracta (la “violencia”) y tras explicaciones que a todos lavan las manos (como la que reza que “todos somos responsables”, lo que equivale a decir que nadie es responsable), y que encubren el verdadero carácter del fenómeno tras la asepsia impersonal de la fatalidad histórica. A tal intento corresponden aquellas versiones que señalan que las causas del proceso no

* Artículo publicado en la revista *Ideología y Sociedad*, 17- 18, 7-35.(1976).

1 Agradezco la colaboración de Camilo González, con quien fui discutiendo este artículo mientras lo escribía, y cuyos aportes fueron decisivos en lo relacionado a los aspectos históricos que aquí se tratan.

fueron otras que las inmediatas (el odio, la venganza, la autodefensa desesperada), o las naturales (la ferocidad ancestral de la raza, la psicología y la idiosincrasia del campesino). En terreno igualmente metafísico se ubican las que pretenden mostrarla como el resultado de la intromisión de factores “extraños” y “ajenos” a la realidad nacional, tales como el comunismo (como “atizador de la hoguera y como interesado usufructuario de la locura colectiva”², o las que la explican, en términos éticos, como resquebrajamiento de la moral y desintegración de las normas.

También contribuye a la mitificación del fenómeno de la “Violencia” el hecho de que la gran mayoría de quienes fueron sus víctimas directas o sus protagonistas activos jamás comprendieron la naturaleza del proceso que los sacudía: moviéndose como actores inconscientes de fuerzas sociales que no dominaban, no pudieron saber a ciencia cierta qué circunstancias habían desatado la crisis que los arrastraba, ni cuáles alimentaban su marcha, qué destruía y qué generaba su desenvolvimiento, a quiénes enfrentaba y por qué. Como testimonio de este desconcierto quedan las declaraciones de muchos de los involucrados: “Me han perseguido demasiado... Todo lo que pasa me lo achacan a mí. Solo porque uno se deja” (Teodoro Tacumá, guerrillero conservador del Tolima). “—¿Qué opinas de todo esto? —Nosotros no empezamos. ¿Qué les estábamos haciendo los campesinos?” (Peligro, guerrillero liberal del Tolima). “Me resolví a largarme de cerca de esas gentes tan malas, a ver si así evitaba morir por fin en sus manos; y como yo nada podía hacer contra tanta cosa, huí de una parte a otra... (matábamos) unos por miedo y otros porque la necesidad se imponía” (Chispas, guerrillero liberal del Tolima)³.

Así, la estrechez de miras, la carencia de distanciamiento histórico y las tergiversaciones ideológicas, nos presentan la “Violencia” como movimiento surgido *ex nihilo*, que se fecunda a sí mismo y cuyo único motor es su propio dinamismo interno: como momento negro de la historia del país, circunscrito a la anarquía de las “vendettas” locales entre los partidos, al terrorismo policial o bandolero, al oportunismo que la utiliza como negocio, al resquebrajamiento de los cánones morales, a las venganzas, a la ignorancia, a las motivaciones personales. Manifestaciones éstas que de hecho se presentan, pero que hay que entender como aspectos de la cara externa de un fenómeno que tiene hondos raigambres económicas y políticas, y en cuya base se agita un complejo proceso de lucha de clases.

2 Moncada Abello, Alonso, *Un aspecto de la violencia*, Bogotá, 1963, p. 53.

3 Guzmán, Germán; Fals Borda, Orlando *et al.*, *La violencia en Colombia*, Tomo I, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962, pp. 173-200.

En efecto, la “Violencia Colombiana”, desatada a partir de 1948, constituyó una auténtica guerra civil en el sentido pleno del término, en la cual se enfrentaron, por una parte, diversos sectores de la pequeña burguesía —algunos de los cuales se apoyaron en Gaitán y se alinearon en el partido liberal— contra la burguesía y los terratenientes quienes, coaligados, se ampararon en el partido conservador y utilizaron el aparato estatal para establecer un régimen de terror y montar una dictadura policíaco-militar que les permitiera frenar las exigencias democráticas de la pequeña burguesía.

Por otra parte, se vieron enfrentados entre sí —al interior de la propia comunidad campesina— distintas capas del campesinado, aliadas en bandos opuestos, en lo que se presentó como una lucha partidista.

Lo que se agita en el transfondo de esta lucha política que es la “Violencia”, o Guerra Civil de 1948, es la aguda contradicción —crucial en determinado momento del proceso histórico colombiano, e irresoluble en forma pacífica— entre el desarrollo democrático del capitalismo en la agricultura, y la consolidación de la agricultura capitalista basada en la gran propiedad territorial.

Para ubicar, aun cuando sea en los términos más esquemáticos, la trayectoria histórica de este enfrentamiento, debemos remontarnos al gobierno liberal de 1930, a partir del cual comienza a tener representación en el Estado un sector de la burguesía industrial que, movido por el afán de reducir la renta del suelo, de aumentar y abaratar la producción de materias primas agrarias, y de ensanchar el mercado interior, presiona para que sean abolidas las trabas al desarrollo capitalista agrario.

Durante el primer período de López Pumarejo la burguesía industrial busca las mejores condiciones de fuerza frente a los sectores terratenientes, para lo cual se apoya en la pequeña burguesía y en el proletariado. El partido liberal entra a expresar los intereses de burgueses y pequeño-burgueses y, mediante una política reformista, golpea —aunque moderadamente— los intereses de los terratenientes.

Pero esta política reformista, a pesar de sus cortos alcances, no sólo despierta la reacción de los terratenientes, sino que además hace que dentro de la propia burguesía industrial se abran camino los temores de que el auge de las clases medias y la presión del proletariado emergente, tomen demasiado impulso y se salgan de su control, poniendo en tela de juicio la dominación del gran capital. Así, los industriales renuncian a hacer una transformación radical de la sociedad en términos capitalistas, mediante el desplazamiento de los terratenientes, y optan por las concesiones a la gran propiedad territorial y por la conciliación del capital con la renta, con el fin de eclipsar

la potencialidad política y económica de las clases medias rurales y urbanas y del proletariado. Durante la “pausa” de Santos y la “reconciliación” de López comienza a verse claramente este viraje hacia la alianza de industriales y terratenientes en torno a los intereses del gran capital; los gobiernos de Ospina Pérez y Laureano Gómez consolidan definitivamente la coalición de industriales y terratenientes con miras a la capitalización de la gran propiedad territorial y a la represión de los sectores medios. Se da un proceso de ajuste cada vez mayor entre industriales y terratenientes, mientras que el enfrentamiento de estos dos sectores con la pequeña burguesía —enfrentamiento que tiene siempre como punto de referencia y como meta la intención de controlar el poder— se hace cada vez más álgido y finalmente estalla con todo ímpetu, desbordando los márgenes de la contienda pacífica, en la guerra civil de 1948.

Dentro de este contexto, el choque violento entre los diversos sectores del campesinado puede interpretarse como ocasionado básicamente por el hecho de que los terratenientes, en su lucha contra los pequeños propietarios rurales, se apoyan en las masas más atrasadas del campesinado —que todavía no han roto los lazos de servidumbre que los atan a la tierra y a su dueño— entre los cuales encuentran los elementos que, actuando como agentes directos de la “Violencia”, defienden sus intereses.

A la represión ejercida por burgueses y terratenientes a través del aparato estatal contestan fuerzas democráticas que se manifiestan básicamente a través de las guerrillas liberales y comunistas, las cuales ganan amplias zonas para su dominio, en las que implantan, rebasando los márgenes institucionales, sistemas administrativos propios y movilizan contra el gobierno a miles de campesinos. Logran así poner en crisis la hegemonía burguesa, ante lo cual los dirigentes de los dos partidos enfrentados optan por cesar mutuas hostilidades, para volcarse conjuntamente contra la amenaza que representa el movimiento de masas. Para esto, deben renunciar al ejercicio directo del poder, el cual ponen en manos militares. Gustavo Rojas Pinilla entra a restablecer, con su gobierno de “Paz, Justicia y Libertad”, la hegemonía burguesa temporalmente quebrada; llama a las guerrillas a deponer armas y ofrece amnistía, ante lo cual gran parte del movimiento guerrillero accede, asediado por varios factores que actúan en su contra: había quedado acéfalo tras la desertión de los dirigentes liberales; no había roto en forma significativa con las formas ideológicas que lo ataban al partido liberal; se encontraba atomizado, y su organización no trascendía los límites regionales, lo cual lo imposibilitaba para enfrentarse al aparato militar centralizado del gobierno. Por tanto, sin organización y sin una conciencia política definida, los campesi-

nos que integraban las guerrillas entregaron las armas y, dejando que se generalizara entre ellos el deseo de alcanzar la paz, se inclinaron por objetivos primarios de subsistencia. Permanecen en pie de lucha aquellos sectores en los cuales primaba una conciencia política más profunda y en donde ya se planteaba claramente el carácter clasista del enfrentamiento. Allí donde pesaba la influencia comunista se establecieron zonas de autodefensa y se sostuvo una acción guerrillera continuada, que aún persiste.

El impacto que la “Violencia” tuvo sobre la vida colombiana se sintió con tremenda intensidad, y aún se sigue sintiendo, a todos los niveles, político, económico, moral, cultural. La literatura se vio marcada tan bruscamente por este suceso histórico que, puede decirse, la “Violencia” ha sido el punto de referencia obligado de casi tres decenios de narrativa: no hay autor que no pase, directa o indirectamente, por el tema; éste está siempre presente, subyacente o explícito, en cada obra. Como lo ha expresado Fernando Charry Lara, poeta de la generación de *Mito*: “Ante un país que fue de cárceles y torturados, humillado por la muerte y obsesionado por la venganza, resultaría de un humor trágico la solicitud a sus poetas, de olvidar la ruina colectiva y continuar una temática artificial con la que alguno pudo embriagarse en un mundo menos ensombrecido”⁴.

La lenta evolución de nuestra narrativa, siempre a la zaga de los acontecimientos, vino a determinar que no siempre los grandes sucesos de nuestra historia quedaran debidamente plasmados en la literatura, que no siempre hubiera autores que rastrearán los hechos y los reelaboraran artísticamente. Algunas de las veces en que esto se llevó a cabo, se hizo con años, y aún siglos, de desfase: Tomás Carrasquilla es quien viene a escribir la gran novela sobre la época colonial; hasta *Cien años de soledad* no se escribe la epopeya de nuestras guerras civiles del siglo XIX. Con la “Violencia” parece suceder algo diferente: a partir de su misma irrupción desata un fenómeno literario colectivo; inmediatamente comienzan a escribirse panfletos y novelas que le siguen los pasos a su desarrollo, denunciando, dando voces de alarma, rindiendo testimonio. Es innegable que, desde un punto de vista estrictamente literario, es deficiente, por lo general, esta literatura inicial de la “Violencia”; pero también es evidente que tiene el gran interés de ser una respuesta literaria masiva que surge a la luz de los propios acontecimientos, plasmándolos en vivo; quizás por primera vez en Colombia la literatura, en forma generalizada, se integra a la realidad, desarrollándose paralelamente con los hechos.

4 *Mito 1955-1962*. Prólogo de Cobo Borda, J. G., Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975, p. 16.

Los primeros novelistas de la “Violencia” son actores directos en ésta, juegan en ella el papel de testigos presenciales y la juzgan a través de sus obras. Daniel Caicedo, por ejemplo, se vio perseguido por cuenta de las denuncias que hacía en su *Viento seco* y aún hoy, según se cuenta, el propio Álvarez Gardezabal dice que ha sido insultado por las personas que, con nombre propio, aparecen acusadas en sus novelas.

Es cierto que esta proximidad excesiva a los hechos puede ser una de las causas principales de las deficiencias artísticas de la creación literaria de este período; la carencia de distanciamiento histórico reduce las perspectivas del enfoque, la vivencia directa de los hechos impide que se los cierna a través del tamiz de la reelaboración artística y hace que aparezcan, por tanto, en crudo, sin desbastar. Es evidente también que la mayor parte de la literatura de la “Violencia” que tiene peso desde el punto de vista literario, vino a producirse recientemente, tras la decantación de los sucesos. En términos generales y descontando alguna excepción notable puede decirse que a medida que esta literatura se va distanciando de los hechos, y a medida que se van haciendo más complejas las pautas estéticas y políticas asumidas por la propia novelística colombiana, las obras de la “Violencia” cobran más valor literario.

El lenguaje que posteriormente queda registrado en la literatura de la “Violencia” empieza a formarse con aquellas expresiones culturales que, habiendo surgido como producto del desarrollo cotidiano de los acontecimientos, se generalizaron hasta constituir un lenguaje y una imaginería peculiares y con características *sui generis*. Tales expresiones son, por ejemplo, las “boletas”, anónimas amenazas de muerte, aterradoras por su forma descarnada y soez, mediante las cuales se conminaba a los habitantes de una región para que la abandonaran antes de un plazo fijado; las “razones”, mensajes grabados en cortezas de árboles —“Aquí lloran los tristes y gimen los afligidos”, “Aquí entran los machos”—; los refranes, los apodos de guerrilleros y bandoleros —“La Carnicera”, “Cariño”, “Alma Negra”, “Martirio”—; las coplas y canciones; las jergas propias de los diversos grupos.

Posteriormente comienzan a aparecer testimonios escritos de actores directos de la “Violencia”, que buscan, a través de un realismo burdo, dejar constancia de su vivencia personal del fenómeno. Luego comienzan a salir a la luz aspectos más complejos y profundos de la “Violencia” que habían permanecido ocultos para los primeros observadores, demasiado obsesionados con los hechos atroces como para poder trascenderlos. La visión testimonial y directa da así paso a versiones más literarias, en las cuales el tremendismo espectacular cede ante interpretaciones menos sangrientas y más serenas. Los “inventarios” de muertos y horrores, registrados por las primeras denun-

cias, que buscaban enardecer conciencias con la presentación de corte naturalista de los hechos, cedieron ante los escritos que abandonaron las circunstancias más explícitas y que, mediante la elaboración poética, rastrearon motivaciones ocultas, mecanismos sutiles, engranajes subyacentes. Los personajes prototípicos, planos y carentes de individualidad, utilizados para ejemplificar tesis y planteamientos, evolucionaron hasta llegar a poseer una subjetividad rica en contenidos, mientras que, concomitantemente, fueron quedando superados el esquematismo y el maniqueísmo en la visión del mundo. Las páginas plagadas de violaciones y cortes de franela fueron desapareciendo, en tanto que se escribían obras que no necesitaban relatar un solo crimen para captar la “Violencia” en toda su barbarie.

Pero a pesar de lo anterior, no deja de ser cierto que las primeras obras suplen, en parte, sus evidentes fallas artísticas con el interés que les añade el haber sido testimonios directos, el haber jugado un papel activo en medio del proceso, y es teniendo en cuenta estos dos aspectos, o sea, no sólo su valor propiamente literario, sino también su interés como testimonio, como hay que apreciarlas y enjuiciarlas.

El punto de partida que aquí se ha escogido para analizar, en un primer intento de aproximación, algunas de las obras literarias de la “Violencia”, es el de los diversos niveles de realidad que éstas abordan, lo cual implica ver, por un lado, el esquema dentro del cual encuadran su visión de la realidad, y por otro, el grado de complejidad de las técnicas y recursos narrativos que utilizan para plasmar tal visión de la realidad. Se ha hecho así por considerar que desde este ángulo es factible tener en cuenta tanto el interés testimonial como el literario, de las obras a las cuales se hace referencia.

VIENTO SECO⁵: LA “VIOLENCIA” A TRAVÉS DEL LENTE MORAL

Viento seco, de Daniel Caicedo, es una buena referencia inicial. Novela escrita en 1953 por un testigo presencial de los acontecimientos, se enfrenta al problema de las manifestaciones de la “Violencia” en el Valle, y se estructura en torno a hechos reales allí acontecidos: el incendio y la masacre del pueblo de Ceylán; a manos de los chulavitas, en 1947, la matanza de la “Casa Liberal” en Cali, el 22 de octubre de 1947, llevada a cabo por orden del gobierno local contra cientos de liberales que, habiendo sido desplazados de sus tierras y pueblos por la “Violencia”, se refugiaban allí; la persecución, detención y tortura de los campesinos liberales. Hechos estos que Caicedo enmarca y explica bajo la perspectiva que caracteriza la “Violencia” exclusivamente como contienda partidista, en la cual el

5 Caicedo, Daniel, *Viento seco*, Editorial Bedout, Medellín, 1973.

gobierno conservador y los godos cumplen el papel de persecutores, y los liberales el de perseguidos.

El autor se acerca al tema, como lo ha señalado Antonio García en el prólogo al libro, desde la posición del *Yo acuso* de Emilio Zola y, siguiendo por este camino, llega al estilo característico de la versión latinoamericana del naturalismo decimonónico francés, lo cual implica que el nivel de realidad que ha de manejar sea la objetividad empírica inmediata, desprovista de idealizaciones y mitos, tal como la concibe la escuela óptica verista del autor. Se rechaza lo que se consideran sofisticaciones y primores superfluos del quehacer literario, por entenderse los como mecanismos para aprestigiar y maquillar una realidad corrompida y negativa, que el autor busca por el contrario mostrar en toda la desnudez de su fealdad y degradación social y humana. Los protagonistas, Antonio Gallardo y su esposa Marcela, campesinos del Valle del Cauca, víctimas de la violencia, son los tipos a través de los cuales el autor personifica su denuncia y sus tesis. Se trata de personajes carentes de voluntad y de libertad, a quienes el realismo determinista muestra como productos del medio, como frutos de una situación social política y moral específica que marca, *a priori*, cada uno de sus gestos y de sus actitudes. Empujado por las circunstancias adversas, que despiertan en él una destructiva necesidad de venganza, Antonio Gallardo termina cobrando ojo por ojo y diente por diente a sus enemigos, lo mismo que Cristal, otra de las protagonistas centrales de la novela, que mata igual número de chulavitas que el de los que la han violado, aunque ello implique que deba morir ella también. Las escenas de violencia son transcritas con crudeza en un lenguaje que busca despojarse de todo eufemismo: “le extrajo la lengua, le enucleó los ojos y a tiras, en lonchas de grasa, músculos y nervios, le quitó la piel” (p. 37), “Las dos mujeres presentaban en vez de pechos dos heridas que manaban trenzas de sangre” (p. 36), etc., son frases que señalan la tónica en que transcurre toda la novela. Tal es el afán del autor de eliminar cualquier atenuante que pueda restarle brutalidad y sordidez a la situación, que llega a elaborar escenas propias de película barata de terror: “Pegado al cuello de un joven moribundo, el ‘Vampiro’ tragaba, sediento, la sangre que manaba de la yugular abierta” (p. 40), ante lo cual “los policías ríen a carcajadas” (p. 40). A diferencia del tipo de realismo que maneja, por ejemplo, un Flaubert, y que presenta la realidad de manera puramente objetiva, el naturalismo de Caicedo, siguiendo el de Zola, se ve recorrido por un tono *profundamente ético*, marcado por una actitud *moralizante* que hace que el autor, a pesar de reconocer y señalar la degradación de la realidad, asuma un papel mesiánico e intente rescatarla mediante la tesis, la admonición y la moraleja. Se ha dicho que toda la literatura

latinoamericana de este período sigue esta orientación realista, que no se limita a mostrar, sino que aspira a demostrar y, por medio de la demostración, a corregir. Cristal y Antonio Gallardo son, ante todo, ejemplos negativos; se busca que el lector así lo comprenda y extraiga de su vida descariada y de su fin inútil una enseñanza constructiva. En su intento de denunciar implacablemente (actitud que, por lo demás, no carece de méritos, como señala Antonio García) el autor restringe al mínimo sus libertades creativas y limita su obra a ser espejo de imágenes, contentándose con el abordaje de la realidad superficial, y cayendo en la más simple y espontánea de las posiciones que un escritor puede adoptar frente al mundo.

En el realismo directo de la novela, la “Violencia” aparece reducida a una tesis, que se ejemplifica a través de los avatares de la vida de tres personajes; tesis que, obedeciendo a los quiebres estilísticos que presenta la novela, queda planteada ensayísticamente³, al margen de la acción, en la disquisición de un personaje muy secundario, Roberto, que es el único que parece tener suficiente claridad como para racionalizar, al menos esquemáticamente, la situación, desechando las posiciones emotivas frente a ella. En boca de Roberto están puestas las que parecen ser las opiniones del autor: “Como usted sabe... el presidente actual quiere perdurar su partido en el poder y, aconsejado por los jesuitas, se ha convertido en el jefe espiritual de las matanzas. Lo respaldan el ministro de gobierno, los alcaldes, los inspectores y los cuerpos de policía y el detectivismo. Una maquinaria de horror que cuenta con la pasividad del Ejército, que indiferente ve vaciar las cárceles de toda la república para engrosar con criminales comunes las brigadas de choque” (p. 76). En últimas, el problema se reduce, pues, a la persecución que los conservadores desatan contra los liberales, con el fin de mantenerse en el poder. Se plantea, además, una salida, una solución que redondea la tesis, las guerrillas del Llano, la resistencia liberal organizada: “...Ya ve usted cómo en los Llanos están alzados. Esos sí son hombres que saben rechazar las autoridades envilecidas. Ellos han reaccionado como machos” (p. 77).

Así queda sintetizado el planteamiento central de la novela, lo demás son complementos utilizados para demostrar la tesis. El problema de la “Violencia” no trasciende el enfrentamiento partidista que está visto, además, en blanco y negro, con unos conservadores malos y unos liberales buenos. Toda la represión, la injusticia, la crueldad, está impulsada desde el gobierno, que aprovecha la ignorancia y el fanatismo del pueblo conservador para enfrentar al pueblo liberal. En el mundo de esta novela no hay matices ni términos intermedios; toda la visión de la realidad se estructura en términos maniqueístas, según los cuales los conservadores son seres infernales, que se guían por

valores demoníacos: “era menester encarnizarse para tener fama de macho. El más cruel era el más hombre” (p. 43). Los chulavitas llegan a extremos inauditos de sadismo y de barbarie, mientras los curas bendicen plácidamente incendios y matanzas. La maldad política se traduce, además, en perversidad moral. Tal es el caso de Pedro, quien, a cambio de “un medio cómodo de vivir” (p. 115), se vende a los godos y traiciona a su compañero Antonio y, en el proceso de su corrupción política, se corrompe también moralmente: se vuelve homosexual. Los liberales, en cambio, (personificados en Antonio, Marcela y Cristal) son seres pacíficos y de buena fe, que recurren a la barbarie únicamente como medio de defensa, inicialmente, y posteriormente para vengarse. Y es justamente esta sed de venganza lo que los pierde, lo que confunde sus metas y desvía sus vidas; luego de la muerte horrenda de sus padres y su hija, del asesinato de su esposa y de las torturas a que lo someten, Antonio, el campesino sereno y trabajador, se convierte en un animal hambriento de venganza: “Todos sus buenos instintos se habían perdido. La educación recibida se había borrado. El quinto mandamiento estaba olvidado. Tenía un solo pensamiento y una sola satisfacción: Matar, matar, matar” (p. 111). Es por esta actitud ciega y destructiva que el dolor y la ira imponen a los protagonistas que estos nunca alcanzan el paradigma que la novela señala: la acción política orientada de las guerrillas del Llano. La decisión heroica de Antonio Gallardo de unirse a un grupo guerrillero del Valle se disuelve en el vacío y en la inconsistencia, porque el protagonista se limita a cobrar uno a uno sus muertos. La venganza de Cristal es un acto inútil de anarquía.

La “Violencia”, vista como cadena de crueldad desatada por los conservadores, es el único elemento que desentona en un mundo que, por lo demás, es armónico y pacífico, sustentado en el trabajo honrado y la vida en familia, ahora corrompidos y deshechos, y que siempre se añoran y se aspiran a reconquistar.

Quizá el problema que verdaderamente le interesa al autor desarrollar en torno al tema de la “Violencia” es el de sus implicaciones morales, fundamentalmente en cuanto al problema religioso. A diferencia del naturalismo francés, que generalmente deja por puertas este tipo de preocupaciones, y pretendiendo acercarse más bien a la tónica de Tolstoi (como *Ana Karenina*, la novela de Caicedo gira en torno a los versículos del Evangelio que le sirven de epígrafes), esta obra está empapada de un espíritu profundamente religioso y guiada por el idealismo moral. Así, la pregunta de fondo que en ella se debate es esta: “¿Cree usted en Dios después de ver que estas gentes infames utilizan su nombre para cometer tantos desmanes? Yo no puedo. Yo tenía una fe, la fe de mis padres, que hoy rechazo. Yo era un conven-

cido católico romano, pero tengo que dejar, ante la realidad de los hechos, esa creencia en una religión que se identifica con un partido político y que pone al lado de los exterminadores a los curas, sus ministros” (p. 74). El conflicto se resuelve con la denuncia de la actitud cómplice y culpable de la Iglesia católica, y con el rescate de los que se consideran los verdaderos valores cristianos. En contraposición a todos los curas católicos que amparan matanzas y las justifican en nombre de Dios, aparece la figura heroica del pastor evangélico que muere, como mártir y santo, a manos de los chulavitas. La falla no está en la religión, está en sus falsos ministros, así, la novela plantea finalmente que a pesar del horror vivido en un mundo convertido en infierno, la fe perdura: “y aunque el dolor debía ser tremendo, no se oyeron blasfemias. Entre los gritos de desesperación (se oía) el nombre de Cristo...” (p. 73).

ZARPAZO⁶: MEMORIAS DE UN ASESINO

Zarpazo, de Evelio Buitrago, son las memorias autobiográficas de un sargento segundo del Ejército, que cubren el período de la “Segunda Violencia”, que se desatara durante el gobierno de Rojas Pinilla. El Sargento Buitrago comienza su relato refiriendo sus acciones contra la “Violencia” como soldado raso; la narración se desenvuelve inicialmente en un tono soso, convencional, impersonal. Pero se va intensificando a medida que se va develando la personalidad infantil del autor; que contrasta extrañamente con su gusto enfermizo por las acciones violentas que él justifica calificándolo de afán por defender la patria y las instituciones. La narración empieza a tomar un cariz dramático cuando el lector se entera de que este militar, quien orgullosamente cuenta haber matado a muchos hombres, concibe, en realidad, su oficio como un juego de vaqueros (“¡Cómo envidiaba, entonces, a los pistoleros, buenos y malos, por la rapidez con que manejaban sus revólveres en la pantalla! Si todo lo que el cine mostraba era pura ficción, yo estaba dispuesto a hacerlo realidad”, p. 42); que su formación militar e intelectual la complementa “...estudiando por mi propia cuenta la vida de los vaqueros del Oeste de los Estados Unidos, leyendo hasta el amanecer novelas del FBI, y todo lo relacionado con asuntos policíacos... de las novelas ya citadas extraje enseñanzas valiosísimas para mis futuras actuaciones de orden público” (p. 42); que sus ídolos y paradigmas son Bolívar y Bat Masterson, y su ejemplo execrable “el barbudo tirano del Caribe” (p. 96). Pero este niño-asesino no es el protagonista de toda la novela. El Sargento Buitrago, cuya personalidad se va desdoblado a medida que avanza el libro, hace “cursos de

6 Buitrago Salazar, Evelio, *Zarpazo*, Imprenta de las Fuerzas Militares, Bogotá, s/f.

Inteligencia”, se convierte en profesional del crimen y entra a ejercer “científicamente” la represión. Ya no le interesa manejar el revólver “con la mano derecha y con la izquierda, desde cualquier posición” (p. 42), ahora es experto en interrogatorios y espionaje (“Interrogar prisioneros... es un arte”, p. 44). Sus tareas de inteligencia lo llevan a infiltrarse en la guerrilla de Zarpazo, donde se convierte en el “Zarquito”, y se dedica a matar, cada vez que se presenta la ocasión, uno a uno a todos sus compañeros. Posteriormente el Sargento Buitrago encarna a Don Jaime, agente viajero “de los llamados cascareros, propagandista de cortes de mala muerte, de medias de nylon para hombre... con maletín de cuero, papeles, facturas y anteojos para sol” (p. 94). Cada personaje no sólo tiene su disfraz que lo caracteriza, también tiene lenguaje y filosofía propios (si el maestro del soldado era Bat Masterson, el del Zarquito es Maquiavelo), e inclusive, distintos criterios morales: si el Sargento Buitrago, cada vez que sus compañeros se juntan con mujeres, se retira y se sienta a añorar a su esposa ausente, Don Jaime, por el contrario, no encuentra problema en seducir a las camareras de los hoteles, porque considera que “estas cosas de enamorar, son aditamentos del negocio” (p. 94).

Zarpazo presenta una versión de la “Violencia” que pretende no apartarse en nada de la versión oficial: a diferencia del naturalismo directo de Caicedo, que busca despojarse de todo eufemismo para mostrar la “Violencia” en sus aspectos más descarnados, el Sargento Buitrago reviste su tono de retórica oficial, para exaltar los valores patrios, alabar la Constitución y los “principios supremos”. El más importante de estos principios es la paz (“la paz de Dios”, p. 5), cuya preservación y defensa es la pauta que orienta todos sus juicios y justifica todas sus acciones. El Ejército es, entonces, el medio por el cual se implanta la paz en una república dominada por su contrario, la “Violencia”.

El Ejército como “brazo armado de la Constitución” (p. 5) es el encargado de reconquistar la paz, y con ella el Orden y la Justicia; también como la de Caicedo, la novela de Buitrago plantea una tesis, y señala la solución: tal como lo explica el coronel que prologa el libro, una “llaga viva amenazó de muerte nuestra sociedad” y el libro señala la “medicina” que debe curarla, “fuerte, dolorosa, pero indispensable para la salvación del enfermo” (p. 6). El papel que el Sargento Buitrago se otorga a sí mismo en sus memorias es el papel heroico de quien defiende desinteresadamente su patria: “¿Qué importaba mi vida, si la jugaba valientemente para vengar a tantos sacrificados?” (p. 19). Las acciones en que interviene son siempre escenas de cajón, como la de las niñas que, cuando van hacia la iglesia, caen en manos de los bandoleros y están a punto de ser viola-

das, pero son oportunamente rescatadas por los soldados quienes las devuelven ilesas a sus padres. El Ejército, defensor del pueblo, encuentra en éste respaldo y apoyo —“Si es la autoridad, aquí estamos a la orden” (p. 70), de tal manera que la “Violencia” resulta ser, en últimas, un enfrentamiento entre buenos —pueblo y Ejército— contra malos —“bandoleros”—. Todos los adjetivos negativos resultan pocos para caracterizar a estos últimos (“torpeza, crueldad, afán de lucro y grandes dosis de perversidad, traición, cobardía, ignorancia y rapiña, sevicia y vesanía, he aquí el equipaje de la familia bandolera” (p. 15); a sus compañeros de armas, en cambio, los encuentra Buitrago “valientes, esforzados, cuidadosos, en ocasiones atrevidos” (p. 38). El comunismo, cuya presencia ambigua e inasible flota en la novela como un espectro sobre el panorama nacional, y que tiene alguna relación —que nunca se precisa— con la “Violencia”, es presentado como fuerza demoníaca, lo mismo que los “bandoleros”, que son ante sus ojos “abortos del enemigo malo” y “obreros del Averno”. Según el dualismo de Buitrago, el hogar y la religiosidad son los baluartes de los “buenos” (“...la mesa limpia servida con amor y cariño, las cosas sencillas que dan calor a la vida en familia, las oraciones con que se invoca a Dios todos los días”, p. 62), mientras que los “bandoleros” solo encuentran placer en el sexo (“los quehaceres de Venus”, p. 64), el alcohol, la violencia y la droga.

El problema político no aparece abordado en ninguna parte, sino que por el contrario aparece meticulosamente camuflado. Los partidos ni siquiera se mencionan (salvo alguna vez por descuido deja translucir el enfrentamiento entre ellos, cuando cuenta que en Cartago los conservadores se reúnen en un café y los liberales en otro). A partir de este intento de despolitizar el problema, éste queda reducido a un enfrentamiento entre buenos ciudadanos y “antisociales”, término que abarca a todos los que no estén con el “orden”, “llámense guerrilleros, bandoleros, secuestradores o atracadores” (p. 168).

Zarpazo termina con un final feliz. Si el mundo anterior a la “Violencia” era perfecto (“mientras el fuego retorció los leños y chisporroteaban los tizones, se hablaba en familia del próximo mercado... del bautismo del hijo que llevaría el mismo nombre que su padre. El perro... participaba también de aquella euforia matinal...”, p. 70), cuando finalmente “Dios se acuerda de su pueblo” (p. 71) y el Ejército extermina la “Violencia”, se restablecen el orden y la paz, regresan al campo los campesinos desplazados, todos los buenos se alían contra los malos (“Todos, amos y peones, denuncian a los delincuentes”, p. 159), se logra que “sigan intactas nuestras instituciones” (p. 159), y en la vida real el Sargento Buitrago es condecorado, por sus méritos, con la cruz de Boyacá.

EL MONSTRUO⁷: EL 9 DE ABRIL VISTO EN UNA NOVELA ROSA

En 1946, el liberalismo se divide y se presenta a elecciones con dos candidatos, Turbay y Gaitán. Este último, impulsando un programa democrático, había logrado recoger el apoyo de vastos sectores de clase media y de trabajadores, y llegó a convertirse, posteriormente, en jefe de su partido.

Gaitán representa la irrupción de la pequeña burguesía, que entra en la escena política tomándose el partido liberal y dislocando así la hegemonía de la gran burguesía en el bipartidismo.

En vísperas de la Conferencia Panamericana, cae asesinado el “Caudillo” en Bogotá, y tras su muerte ocurren multitudinarias manifestaciones en algunas ciudades del país y, con particular intensidad, en Bogotá. El 9 de abril provoca una situación profundamente crítica pero efímera: en varios lugares llegan hasta a conformarse juntas cívicas que asumen momentáneamente el poder local, pero que no logran consolidarse en forma estable; se decreta una huelga obrera general, pero la burguesía, mediante las negociaciones de Lleras Restrepo, la neutraliza rápidamente.

Aunque el 9 de abril se presente como un fenómeno fundamentalmente urbano, se habla de él como del detonante que desata la “Violencia” generalizada por todo el país: sus repercusiones se vuelcan inmediatamente sobre el campo donde sí se llegan a forjar expresiones políticas de las masas, que, como las guerrillas, se configuran de manera permanente.

El monstruo, de Carlos H. Pareja, es una obra escrita desde la óptica de la pequeña burguesía urbana gaitanista y permite ver cómo la ascendencia que, a nivel ideológico, tuvo Gaitán sobre esta clase, se reforzó con la utilización que el líder liberal supo hacer de su “origen humilde” para convertirse en paradigma ante una mentalidad marcadamente arribista: Gaitán era el hombre del pueblo que había logrado ascender e imponerse. También muestra el impacto que, sobre esta pequeña burguesía, producía su moralismo humanista y constitucionalista.

Inicialmente, el marco dentro del cual se desenvuelve la trama de *El monstruo* son los antecedentes inmediatos de la Conferencia Panamericana y, posteriormente, el acontecer del 9 de abril y de los días subsiguientes. A diferencia de las obras anteriores, ésta es predominantemente urbana, y sus protagonistas, César y Cristina, son respectivamente representantes de la pequeña burguesía intelectual y de la gran burguesía financiera y, políticamente, de las posiciones gaitanistas el primero, y de la ideología conservadora la segunda.

7 Pareja, Carlos H, *El monstruo*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, 1955.

Ensayísticamente, al margen de la acción, se van enunciando los postulados políticos sustentados por el autor, detrás de los cuales sueñan las palabras de Gaitán. La proclama de Liberalismo Popular, por ejemplo: "...aquí las oligarquías liberales han entendido mal la misión del liberalismo; el régimen liberal significa defensa de la legalidad, lucha por la verdad, estímulo de lo sincero, rectitud en lo administrativo, disciplina en el trabajo y, lo que es más importante en este caso, ¡acción libertadora para los oprimidos! (p. 20). O las tesis "anti-imperialistas" y "antioligárquicas": "Estas Conferencias Panamericanas... nos obligan a firmar 'pactos de ayuda mutua', que en realidad no ayudan sino a los países que nos los imponen, en virtud de los cuales nos envían... armas para fortalecer a las oligarquías en el poder, a fin de que puedan mantener subyugado al pueblo y acallar su voz de protesta" (p. 19).

Después de enunciar estas tesis, la obra intenta novelarlas encajándolas a la fuerza dentro del romance que envuelve a los dos protagonistas, quienes se conocen, por obra del azar, en la calle, la noche del 9 de abril, bajo la lluvia de las balas de los francotiradores. Son personajes antitéticos: César es gaitanista "de corazón", de "temperamento bondadoso, dispuesto siempre al sacrificio romántico por los demás" (p. 88); Cristina, hija de un rico banquero conservador, forma parte del grupo selecto de "oligarcas" que, mientras toman "whiskey and soda" en el Gun Club (p. 38), dirigen, siguiendo órdenes de la Embajada norteamericana, el asesinato de Gaitán y la contrarrevolución ("Hay que provocar un caso para que el régimen se salve", p. 46).

A partir de su encuentro fortuito, la pareja se enamora locamente y se refugia durante varios días en el apartamento de César, donde se entrega al amor, y donde, entre besos y abrazos, César, estimulado de vez en cuando por el ruido lejano de un disparo, suelta frases célebres y sentencias políticas ("hagamos que los ricos sean menos ricos para que los pobres sean menos pobres", p. 98) que van conmoviendo la sensibilidad de Cristina, hasta que ésta, que antes "odiaba al pueblo con toda su alma", y despreciaba al "Negro con su guacherna" (p. 38), se convierte en "el corazón más liberal del mundo, generoso, noble y democrático" (p. 166).

Asunto que recibe atención especial en la novela es la consigna de "restauración moral" que agita Gaitán (apoyándose en la denuncia de las negociaciones de la Handel, el asesinato de Mamatoco, los peculados y despilfarros de los fondos públicos, etc.). La tónica moralizante de Pareja está siempre denunciando la corrupción administrativa y la degradación de las costumbres. Los "oligarcas" viven de la estafa, el negocio oscuro, el peculado y, paralelamente, son frívolos y corruptos en sus costumbres ("En el grupo social a que pertenecía Cristina, una

joven señora casada que no tuviera, además de su marido, un amigo, daba muy mal que pensar” (p. 39), en tanto que los hombres, “preocupados solo por el dinero y los negocios, iban al Gun en las noches de baile siempre con las peores intenciones con las mujeres...” (p. 72). Contra esta descomposición moral, César, en tono mesiánico, pregona que hay que “redimir con el sacrificio a esta sociedad podrida y fariseica” (p. 94), y habla de su misión política en términos de “renunciamento”, “expiación” y “revolución profunda”.

Dos grandes imágenes enmarcan toda la novela, la de Gaitán, y la de Laureano Gómez, “El monstruo”, cuyas figuras aparecen contrapuestas la una a la otra, como tesis y antítesis, mientras que Gaitán encarna todas las virtudes morales y políticas, El monstruo, descompuesto física y psicológicamente, es el fiel reflejo de la “clase aristocrática” a la cual representa y defiende.

La tesis del autor se cierra con la exaltación de las guerrillas liberales del Llano, y Cristina, que se convierte en guerrillera, termina siendo el símbolo del heroísmo libertario.

Aunque desde el punto de vista literario la obra no rebasa la categoría de novelón rosa, cuenta con todo el tono dulzarrón y toda la cursilería necesarios para ser, eso sí, una buena novela rosa. Y tiene además el interés de que refleja —aunque en términos muy simplistas— el espíritu moralizante y populista que enardecía la conciencia de la pequeña burguesía gaitanista.

SIERVO SIN TIERRA⁸: “VIOLENCIA” Y DESCOMPOSICIÓN DEL CAMPESINADO

Servo sin tierra, de Eduardo Caballero Calderón, tiene lugar en una hacienda tabacalera de Boyacá, ubicada en la zona fronteriza con Santander del Sur, y muestra en forma sistemática, por primera vez en la literatura, el proceso de la “Violencia” en relación al problema agrario.

La tesis sobre la “Violencia” que Caballero Calderón literaturiza en sus novelas es la que en su obra ensayística aparece esbozada en estos términos: “a la caída del gobierno liberal en 1946, por una división interna, sobrevino el gobierno de Unión Nacional del doctor Ospina Pérez, pero a la vuelta de un año se produjo el rompimiento entre los dos partidos y se desató, desde el gobierno, una tremenda persecución del partido liberal por parte de las fuerzas oficiales”⁹. Esta contienda aparece vista por el autor sobre el trasfondo de la lucha por la tierra:

8 Caballero Calderón, Eduardo, *Servo sin tierra*, Editorial Bedout, Medellín, 1964.

9 Caballero Calderón, Eduardo, *Los campesinos*, Obras, Tomo II, Ensayos Colombianos, Editorial Bedout, Medellín, s/f, p. 490.

“no podría decirse que se asalta la tierra de un campesino liberal o conservador por la sola razón de que es conservador o liberal. Más lógico sería pensar que todo lo perceptible que hay en este caso, como es lo que llamamos la filiación política, no es sino el pretexto para adquirir tierra despojando al que justamente la ocupa... la filiación interviene como atenuante o como justificación del delito”¹⁰.

Es éste el planteamiento que está a la base de *Siervo sin tierra*, novela en la cual el protagonista, cuyo único interés es llegar a ser dueño de un pedazo de tierra, se va enredando, involuntariamente, sin darse cuenta, en el caos de la violencia partidista. Esta llega a la Vega del Chicamocha y al pueblo de Soatá —ámbitos dentro de los cuales se desenvuelve la novela— desde afuera, como elemento exógeno que de repente invade y se adueña del lugar, como también viene de fuera el factor decisivo que con su irrupción trastoca los patrones económicos y sociales, remeciendo y resquebrajando los cimientos del mundo de la hacienda: las relaciones capitalistas de producción (que se imponen a través del establecimiento en la región de una compañía de tabaco), y todas las implicaciones que éstas traen consigo. El desarrollo capitalista, que avanza justamente en la medida en que arrasa con los rezagos precapitalistas, quiebra en dos el mundo de la novela, que aparece dicotomizado a través de la visión del autor: de un lado está el desarrollo, la modernización, los adelantos técnicos, la carretera, las flotas y los camiones, lo productos industriales, o sea, el mundo del “progreso”. De otro lado, arcaico y atrasado, está el mundo de la hacienda, de los caminos de herradura de las peregrinaciones a Chiquinquirá. Esta visión dual está teñida, además, de maniqueísmo: es negativo todo lo nuevo, todo lo que viene de fuera (“A medida que va llegando la carretera, la gente se va dañando”, p. 332), hecho que se genera, en personajes como Siervo Joya, indisolublemente ligados al pasado, una actitud profundamente conservadora, un rechazo ciego a las innovaciones y, por consiguiente, un desesperado aferrarse a la tradición: “¡Ay juna, si las cosas fueran como antes!” (p. 333). Sin embargo, a pesar de este rechazo, las nuevas circunstancias se imponen, violentamente, volviendo astillas lo que se interponga en su camino. Quienes se aferran a las estructuras arcaicas son atropellados y dejados atrás; si Siervo hereda de su madre el derecho sobre una parcela, y las relaciones de servidumbre frente a la hacienda, ya el hijo de Siervo, Sacramento, se niega a continuar la tradición y se hace chofer de camión.

Este dualismo maniqueísta queda ejemplificado en la contraposición entre la figura de Siervo y la de Sacramento, el primero, pro-

¹⁰ *Ibidem*, p. 352.

ducto del mundo arcaico, del viejo orden, encarna la honestidad, la ingenuidad, la bondad, el amor por la tierra. Sacramento, en cambio, que es producto del “progreso”, es un desarraigado que ha roto todos los vínculos con su tierra y con su familia; es estafador, ladrón —roba por facilidad, no como Siervo, que tiene que robar por necesidad— y criminal (se vuelve conservador y se aúna a una banda de chulavitas).

La proletarización de las gentes del campo y la consiguiente descomposición del campesinado es el proceso que registra la novela, en la cual sólo sobreviven quienes son capaces de incorporarse a este nuevo orden de cosas (Los Valdeleones, por ejemplo, que de siervos de la hacienda pasan a convertirse en obreros ferroviarios).

Siervo Joya persigue otro tipo de salida, quiere desvincularse de la hacienda, pero para convertirse en propietario de su parcela. Que al siervo “sin tierra” se le permita adquirir tierra, es la solución que plantea Caballero Calderón en sus ensayos (y la que defendió desde su puesto en el Parlamento): una reforma agraria que les diera tierra a los campesinos, “para arraigarlos al suelo de la patria y evitar que les entre la tentación de irse a vegetar en el asfalto de las ciudades”¹¹. Pero ésta es una solución que aparece desmentida por el Caballero Calderón novelista, quien vislumbra con más claridad el desenvolvimiento histórico que el ensayista y parlamentario (un ejemplo más de cómo el realismo puede manifestarse en la literatura *a pesar de las ideas del autor*). Siervo Joya nunca alcanza su tierra propia (significativamente se muere justo antes de llegar a ella), y si la alcanza, es únicamente en el terreno de la irrealidad (es sólo su alma la que finalmente llega). Porque el proceso de lenta desintegración física y moral de Siervo Joya, su debate cada vez menos enérgico contra una realidad que le es cada vez más adversa y hostil es, simultáneamente, la evolución seguida por aquella clase que él, como personaje, tipifica: el campesinado atado a un mundo precapitalista que, ante la irrupción de las nuevas relaciones de producción, inicia su irreversible proceso de descomposición.

En cuanto al desenvolvimiento de la “Violencia” política en la novela, el autor maneja certeramente los recursos estilísticos para ir incorporándola a la trama lentamente, de soslayo, de tal manera que en un comienzo apenas si se la percibe a través de comentarios tangenciales y de referencias indirectas. A medida que la acción avanza, el tema de la “Violencia” va penetrando más de lleno, hasta convertirse en el eje de la narración, de tal manera que ésta llega a su clímax con la explosión abierta de la persecución política y de los hechos violentos.

¹¹ *Ibidem*, p. 491.

En las primeras páginas de la novela, la atmósfera se siente cargada de una violencia latente, que se presiente detrás de los gritos, de los tiros al aire disparados arbitrariamente por los guardias, de las armas que la gente lleva escondidas. De repente empiezan a develarse las causas de esta tensión: los liberales, a través de los agentes del resguardo, andan detrás de las cédulas de los conservadores para impedir que estos voten en las próximas elecciones.

Aquí ya se destapa el enfrentamiento partidista, pero no se lo enfoca unilateralmente, como en las obras anteriores: se muestra la agresión mutua entre los dos partidos —dada la intención de ambos de controlar el poder en el pueblo— y no solamente la hostilidad conservadora contra los liberales.

En otro plano, se muestra la “Violencia” también como negocio: se delata y se entrega a un liberal o a un conservador ante el bando opuesto a cambio de dinero, se negocia con las tierras de quienes tienen que huir.

A partir de la segunda parte de la obra, el tema de la “Violencia” deja de ser alusión indirecta para convertirse en eje narrativo: a raíz de las elecciones de 1946, Soatá se divide políticamente en tres grupos enfrentados, gaitanistas, disidentes liberales y conservadores, grupos a cuya cabeza están quienes manejan el pueblo —alcalde, gamonales, curas, concejales—. Los campesinos se agrupan inconscientemente de un lado o de otro, sin ningún conocimiento de causa, presionados por la tradición, por las imposiciones del terrateniente o por el miedo. Padecen pasivamente el desarrollo de los acontecimientos, están siempre a las órdenes de los políticos y de los ricos, quienes utilizan su ingenuidad para manipularlos. Ni Siervo Joya ni sus semejantes entienden nada de lo que ocurre; cuando el candidato gaitanista, por ejemplo, llega a hablar de “revolución agraria”, “reacción cavernaria”, “redención del pueblo”, dos vecinos comentan:

—¡Platica muy bonito para ser todavía tan mozo!

[...]

—¿Y qué es lo que dice el doctor, si puede saberse?

—¿No lo oye? ¡Palo a los godos!” (p. 371).

Sin embargo, el lenguaje de Gaitán empieza a calar, lo cual hace que los campesinos comiencen a intuir, aunque oscuramente, que los engañan tanto liberales como conservadores, y que el enfrentamiento real tiene carácter de clase: “El jefe Gaitán decía que así manden los unos como los otros, los godos o los liberales, para los pobres todo es lo mismo. ¿Y nosotros qué somos, mano Siervo, sino pobres?” (p. 400).

Siervo Joya comienza a vislumbrar la posibilidad de que la guerra sirva para algo más que acabar con los conservadores (“¡Es otra cosa!”, p. 408). Comienza a relacionar la pelea entre los partidos con la lucha por la tierra, hasta que finalmente logra expresar más o menos coherentemente su interpretación del proceso: “Los liberales y los conservadores, está muy bien que los haya [...] que peleen y se rompan la cabeza [...] Pero, ¿y las tierras? Si estamos en revolución, ¿para quién van a quedar las tierras?” (p. 409).

Con *Siervo sin tierra*, nos encontramos ante una novela que, a pesar de que parte de postulados estilísticos cercanos a los de Caicedo, logra rebasar por mucho las limitaciones de *Viento seco* y penetrar en dimensiones más complejas de la realidad. También hay aquí el intento de golpear cualquier idealización, de desromantizar hombres y paisajes y mostrarlos en su más llana verdad. Y la técnica que para esto utiliza Caballero es el *feísmo*, o degradación y desmitificación a través del empleo de un lenguaje peyorativo y de una adjetivación prosaica, que van caracterizando un mundo inferior, irredimiblemente atrofiado y rebajado: un personaje es “escuálido y lagañoso” (p. 303), otro “tenía el rostro violáceo... y los ojos enrojecidos y llorosos (p. 306), los rostros que se ven en el pueblo son “lívidos, deformes, algunos prolongados extrañamente por el coto” (p. 309), una mujer tiene “el labio superior sembrado de unas cerdas escarraladas, brillantes de sudor” (p. 318). Pero el feísmo no sólo se da en la caracterización de los personajes; también el mundo y todo lo que acontece en la novela está visto bajo su óptica. La vida de Siervo Joya es una cadena de pequeñas tragedias, sufridas sin pena ni gloria por un personaje que está más cercano a la mezquindad de la ingenuidad y de la pobreza de espíritu que a la grandeza del heroísmo. El amor, el dolor, son sentimientos que no tienen cabida en su minuciosa lucha por la supervivencia; el hambre, la muerte, la pobreza, se soportan sin agonías, sin rebeldía, porque su presencia es familiar, es connatural al diario vivir. A diferencia de la naturaleza pródiga y generosa del virgilianismo americano (que da “la caña hermosa / do la miel se acendra / por quien desdeña el mundo sus panales”, al decir de don Andrés Bello), y de la naturaleza idílica del romanticismo (que se plasma como “Paraíso” en *María*), la tierra, vista a través de la óptica desmitificadora de Caballero, no es paisaje ni *locus amoenus*, no tiene connotaciones poéticas ni estéticas; es simplemente medio de subsistencia, y vale sólo en cuanto la hace producir “el hombre y el agüita del cielo, los brazos y la lluvia” (p. 329). Si el Efraín de Isaacs, como terrateniente que es, puede contemplar el paisaje (que le pertenece material y espiritualmente, hasta el punto de que refleja sus estados de ánimo y varía según estos) y quedarse “mudo ante tanta belleza”, al Siervo “sin tierra”, ésta le inte-

resa sólo para trabajarla y poseerla. Al decir de Mario Benedetti¹², en América Latina el término “paisaje” es el eufemismo que esconde la explotación y la miseria del campesino y del indio, y si se lo desviste de su carga ideológica, “paisaje” es, en realidad, latifundio, minas, pozos petrolíferos; es por tanto plusvalía, tributo, expoliación, saqueo. En *Siervo sin tierra* no hay “paisaje”, hay tierra “ancha y ajena”, como dice el título de Ciro Alegría.

La novela de Caballero calderón intenta, pues, circunscribirse a una realidad escueta, desnuda, y moverse, como sus protagonistas, a ras de tierra, sin permitirse el menor vuelo imaginativo o poético. Pero, a pesar de esta intención general, que marca la tónica predominante, introduce el autor un elemento que va a abrir el camino para que, en la inmediatez de lo real objetivo, se infiltre la realidad fantástica. Se trata de Ceferino, el “bandido conservador”, quien ha sido asesinado y cuya presencia sigue rondando, al menos en la imaginación de los personajes, el mundo de los vivos. Tránsito teme que Ceferino pueda aparecérselo; Siervo prefiere no mencionarlo para evitar que su presencia se corporice. La única inquietud de carácter supranatural (fuera de los milagros de la Virgen de Chiquinquirá) que preocupa a los personajes, es la posibilidad de que Ceferino muerto reaparezca, lo cual, aunque nunca pasa de ser presentimiento y temor, prepara el terreno para el cambio de niveles de realidad que ocurre al final de la novela, mientras Siervo agoniza tirado en un camino: “—... vimos de pronto a un viviente que bajaba saltando por la cuesta de la Peña Morada. Parecía volar, mana Tránsito, y mi mujer pensó que no era un viviente sino un alma bendita... —¿No sería el Ceferino? —... Se echaron a ladrar los perros y se me pararon los pelos y un frío me corrió el espinazo. El hombrecito se agachó y besó la tierra. Luego se dio vuelta hacia nosotros, y la luna le cayó en el rostro. Mi mujer me dio un grito: ¡era el Siervo, mana Tránsito! ¡Era el Siervo Joya!” (p. 446-7). Aquí, el realismo inmediato en que transcurre el resto de la novela, queda reemplazado por el ámbito suprarreal, que proyecta la narración hacia posibilidades más ricas y complejas, y abre el estilo hacia la fantasía y la poesía. Por primera vez, el lenguaje seco y escueto de la novela se impregna de sentimentalismo y, para cerrar el ámbito mágico que se ha abierto, al irrealismo y al tono sentimental se aúna el panteísmo naturalista: el ocaso y la noche que entra acompañan la muerte de Siervo. Es, sin duda, un final logrado, que señaló nuevos rumbos a seguir para posteriores elaboraciones literarias en torno a la “Violencia”.

12 Benedetti, Mario, “Temas y problemas”, en *América Latina en su literatura*, Siglo XXI Editores, México, 1974.

Sin embargo, la novela, a pesar de sus logros y de los avances que, en materia literaria, indudablemente implica frente a las anteriores, sigue adoleciendo de fallas protuberantes que sólo serán superadas en novelas posteriores. En la base de ellas, está el esquematismo con el que están presentados los personajes; Siervo Joya carece por completo de individualidad, y no logra convertirse en *tipo*: es la personificación de una clase, de un conflicto social específico, pero no logra concretar lo universal en lo particular, sino que se queda en la fórmula vacía. Siervo Joya presenta una problemática colectiva, pero que nunca se funde con la dimensión individual, y por tanto en él lo particular se desdibuja ante lo universal.

Siervo no sólo es un personaje plano, unívoco, sino que además carece por completo de vida interior y de libertad para actuar; está totalmente predeterminado por la sociedad que lo encierra, ante la cual es sólo un muñeco que las circunstancias exteriores empujan para un lado o para otro. Esta falta de relieve y de autonomía que lo caracteriza se explica por la distancia enorme que media entre autor y personajes: por más que el primero se ponga de parte de estos últimos, nunca deja de hacerlo desde lejos, desde su posición paternalista de gran señor de ciudad que condesciende a mirar, caritativamente, hacia abajo, hacia la “gentecita” del campo (Siervo Joya no es un “hombre”, siempre se habla de él como un “hombrecito”), que merece toda la conmiseración y toda la simpatía del autor, pero que aparece vista desde fuera, desde arriba. Y es claro que, en la literatura, esa óptica no puede producir personajes humanamente complejos y profundos, sino títeres y personajes vacíos.

LAS MUERTES DE TIROFIJO¹³: LA GUERRILLA COMUNISTA COMO MITO Y COMO REALIDAD

Para mirar la literatura sobre el tema de la guerrilla comunista, se ha escogido no una novela, sino uno de los cuentos de Arturo Alape, “Las muertes de Tirofijo”, en el cual esta temática queda plasmada con toda intensidad literaria y política.

A partir de 1948, ante la violencia empleada por el régimen, las masas campesinas empiezan a ejercer resistencia mediante la acción guerrillera; parte de ésta es organizada y canalizada por el liberalismo, otra parte se desenvuelve guiada por el espontaneísmo. En 1949, el Partido Comunista traza su línea de “autodefensa de masas” (bajo la consigna de “oponer a la violencia reaccionaria la violencia organizada de las masas”), y entra a dirigir guerrillas en el Davis y al Sur del Tolima y otras zonas donde la acumulación de tierras conllevaba el desalojo violento de los campesinos.

13 Alape, Arturo, *Las muertes de Tirofijo*, Ediciones Abejón Mono, 1972.

Cuando Rojas Pinilla toma el poder, recrudece la acción oficial contra los movimientos campesinos, y como respuesta se consolidan y refuerzan las guerrillas comunistas en Marquetalia, Riochiquito, Pato y Guayabero, entre otros lugares. Tras la caída de Rojas Pinilla, la acción guerrillera entra en reflujo, y el Partido Comunista transforma sus destacamentos guerrilleros en grupos de autodefensa. Los gobiernos del Frente Nacional emprenden la ofensiva contra tales grupos, bajo la orientación que les brindaba la misión militar norteamericana a través del Plan Laso. En este contexto se enmarca el surgimiento de las FARC, y la acción de su comandante en jefe, Manuel Marulanda Vélez, protagonista central del cuento de Alape.

Marulanda Vélez, experto guerrillero y auténtico dirigente popular, llega a encabezar un significativo movimiento campesino, por lo cual es febrilmente perseguido por el Ejército, que permanentemente le tiende cercos militares, ofrece recompensas por su cabeza, intenta dispersar a sus seguidores difundiendo la falsa noticia de su muerte. A pesar de lo cual Marulanda escapa una y otra vez a los asedios, reaparece ileso cuando todos lo dan por muerto, de tal manera que se va forjando en torno a su figura el mito de su inmortalidad y de su ubicuidad, la leyenda de sus muchas vidas y su personalidad desdoblada, leyenda que la propia realidad alimenta deparándole sus varios nombres: Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda, Tirofijo...

El cuento de Alape se ubica en forma decidida en aquel nivel de la realidad que oscila entre la objetividad exterior y la fantasía subjetiva, entre la historia real y la mitología popular. El autor explora con libertad, y al mismo tiempo con rigor, esa dimensión fantástica que se esboza en *Siervo sin tierra* y, partiendo de ella, desentraña aspectos del conflicto social y político sobre el cual se agita la violencia. Estos relatos superan el dato escueto, no para hacerlo a un lado, sino para desdoblarlo hasta exhibir todas sus facetas posibles; la técnica de Alape es la del caleidoscopio, que centra la realidad objetiva en medio de espejos que la multiplican al infinito. En torno al dato real, se hacen girar todas sus manifestaciones potenciales, sus expresiones latentes. Los cuentos se desenvuelven en una tónica poética que, sin embargo, no pierde contacto con la historia: el procedimiento empleado no consiste en elaborar suprarrealidades en torno a la historia, sino en tomar aquellos elementos que, como la mitología popular, siendo suprarreales, son históricos; la realidad apresada por Alape es según Oscar Collazos, aquella que “en su estado más brutal es invención. O, mejor, siendo realidad en su manera de ser (historia) es invención en su forma de expresión”¹⁴. *Las muertes de Tirofijo*, cuento que da nom-

14 Collazos, Oscar, prólogo a *Las muertes de Tirofijo*.

bre al libro que lo contiene, rastrea la vida del guerrillero comunista desde la perspectiva de sus muertes legendarias. Uno de los espejos del caleidoscopio es la noticia oficial que, a través de la radio y las boletas arrojadas desde helicópteros, anuncia su muerte (“dijeron que don Manuel había sido el más terrible bandolero que habitara estas tierras de Dios, criminal como él sólo, así lo apodaron... y lo mejor era su muerte como escarmiento”, p. 159); otro espejo es el mito que el pueblo gesta en torno al personaje, inmunizándolo contra la muerte (“cuando matan a Don Manuel, compadre, yo no creo que lo han matado”, p. 161); otro el de la evidencia empírica que lo muestra muerto (“le conté un tiroteo de cuarenta tiros sobre su cuerpo, es que los chulos le rociaron su rabia esparcida de los hombros hasta las piernas”, p. 158); otro espejo el del apego a la vida y la negación de la muerte (“se agarra del vivir como cualquiera se agarra de la mujer en la cama”, p. 156). El cuento se cierra cuando, imponiéndose a todos los reflejos y espejismos, aparece la realidad objetiva, corporizada en el Tirofijo de carne y hueso y su “chusma enguerrillada”:

—“¿Viene vusté solo?

—No, papá. Vengo con Don Manuel y los muchachos...” (p. 171).

La técnica narrativa en *Siervo sin tierra* y en *Las muertes de Tirofijo* sigue recorridos paralelos pero orientados en direcciones opuestas: mientras que la primera es una novela realista, proyectada en el último párrafo hacia la suprarrealidad, en el relato de Alape los niveles de suprarrealidad, al ser golpeados por la frase final, convergen en la realidad real.

CÓNDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DÍAS¹⁵: LA “VIOLENCIA” COMO CHISME DE VIEJAS

La violencia política en el país empieza a manifestarse en forma sistemática a partir del cambio de gobierno de 1946, que coloca a Ospina Pérez en la presidencia, devolviéndole así la hegemonía política a los conservadores y exacerbando la lucha intestina entre los dos partidos tradicionales. Ante la reacción liberal, los aparatos del gobierno empiezan a ser utilizados organizadamente contra los opositores, y se montan complicados mecanismos para manejar esta violencia institucionalizada.

Es el caso, por ejemplo, de los *pájaros* que, según información de Monseñor Guzmán¹⁶, surgen en Caldas, como réplica al movimiento guerrillero liberal, y se extienden al Valle, en cuyas ciudades estable-

15 Álvarez Gardeazábal, Gustavo, *Cóndores no entierran todos los días*, Ariel, Guayaquil, 1974.

16 Guzmán, Germán; Fals Borda, Orlando *et al.*, *op. cit.*, Tomo I, pp. 165-169.

cen una poderosa mafia especializada en cometer crímenes políticos, particularmente de dueños de haciendas señalados como liberales y de miembros liberales de comités y directorios municipales, pues siguen la consigna de realizar la “Violencia” “por lo alto”. La gente, por miedo, se abstiene de delatarlos; las pertenencias de las víctimas pasan a acrecentar los fondos de la organización. Cuentan con la anuencia del gobierno local, e inclusive desempeñan a veces puestos dentro de él; “la trama de la organización es muy vasta: abarca desde el simple ejecutor material del delito, magníficamente adiestrado, hasta el profesional y el alto empleado del gobierno o del partido”¹⁷.

León María Lozano, *El Cóndor*, uno de los personajes más sucios de la historia colombiana, fue el más célebre de estos *pájaros*. La novela de Álvarez Gardeazábal cuenta su historia, detalladamente, con datos y nombres propios estrictamente ceñidos a la realidad. En este sentido es una obra documental, pero no se agota en serlo, en la medida en que, a partir de la información real, inicia un proceso de recreación literaria.

En *Cóndores no entierran todos los días* se enfocan los hechos desde una óptica peculiar, que determina tanto el estilo literario como la interpretación de la historia: ésta se ve aquí a través del *chisme*, que pasa de boca en boca, que crece y se complica en habladurías de vecinas, que se susurra al oído, que va tergiversando la verdad, diluyéndola al transformarla en infidencia, en intriga, en secreto público. Quienes narran los hechos, quienes dan testimonio, son Josefina Jaramillo y Misiá María Cardona y Luisita Lozano y todas las demás comadres del lugar, que van entretejiendo historias reales e inventadas, que van creando mitos y forjando calumnias, mientras hablan y cuchichean en las esquinas, en el confesionario, en las reuniones de la “Asociación de los Sagrados Corazones”, en los “chocolates” de las “damas de la caridad”. Todos los acontecimientos del pequeño mundo cerrado de Tuluá pasan por boca de las vecinas, que espían, registran, observan, adaptando lo que ven y oyen a sus deseos y caprichos y distorsionando los hechos a través del lente de sus envidias, sus celos, sus angustias. Pero, desde el punto de vista de la técnica narrativa, hay un personaje central, Doña Midita de Acosta, que cohesiona el relato, recogiendo todos los chismes e hilvanándolos en sus interminables “recitales de loquería” (p. 49), mil veces repetidos, y cada vez más delirantes y apartados del dato real que una vez les sirvió de sustento. El autor, renunciando a la omnisciencia, se ampara detrás de doña Midita, restringiendo sus conocimientos a los de ella, citándola siempre como fuente y referencia (“como lo recita doña Midita al llegar a este mo-

17 *Ibidem*, p. 169.

mento”, p. 60, “Nada más se dijeron, aunque doña Midita recite cada día más cosas en sus camino de extravío”, p. 15, “como recita doña Midita en sus desvaríos”, p. 131); actuando como un personaje más en la cadena de voceros de chismes y confidencias, el autor transcribe al lector los cuentos recogidos en la tradición oral de un pueblo que susurra y murmura su propia historia y la de cada uno de sus habitantes. La versión definitiva y real nunca sale a la luz; quienes la conocen la callan por miedo, por conveniencia, por desinterés, de tal manera que la narración termina *in medias res*, y queda abierta, a la espera de otros testigos que la corroboren o desmientan: “Daniel Potes debe haber ido ahora a exigirle la explicación que no ha querido dar en todos estos años. Pero seguramente tampoco la dará hoy... Fernando Cruz Kronfly, que hizo el esfuerzo de tomarle los datos a León María, es el único que podrá decir en unos años la verdad que Don Julio no quiere divulgar todavía” (p. 139). Manejando hábilmente este juego de informaciones, quizá verídicas, quizá falsas y distorsionadas, el autor refunde la realidad real en el laberinto verbal de los comadros de provincia, de tal manera que la novela no presenta en primer plano la historia objetiva, sino la historia interior y mítica que se gesta en las murmuraciones y se alimenta de los decires.

Para Álvarez Gardeazábal, tal como afirma en su propia tesis de grado sobre la “Violencia”, ésta puede caracterizarse como “vergüenza nacional”, porque “a ella no se llegó como consecuencia ni como medio para lograr un propósito nacional de engrandecimiento, sino por una visión caprichosa de partidos que querían repartirse solos la fronda burocrática” (Prólogo, p. 8). No queda claro qué entiende el autor por “vergüenza nacional”, ni por lo que aparece como su opuesto, el “propósito nacional de engrandecimiento”, pero sí queda esbozado el esquema dentro del cual se enmarca la “Violencia”, y que subyace al desenvolvimiento de *Cóndores*: la “Violencia” es simplemente el caos suscitado por dos grupos que se enfrentan para disputarse ventajas y beneficios políticos y económicos. Siguiendo el célebre eslogan “todos somos culpables” que —cuando llegó el momento de que los partidos tradicionales cesaran de hostilizarse entre sí y pactaran para compartir el poder— sirvió de fórmula mágica de conciliación y mutuo perdón, Álvarez Gardeazábal plantea que “unos y otros se sienten culpables”. Pero añade, rompiendo el equilibrio de la apreciación: “Los unos porque establecieron la Violencia, los otros porque no fueron capaces de atajarla o denunciarla” (Prólogo, p. 8). O sea, que reincide en el viejo patrón según el cual la “Violencia” es simplemente agresión conservadora contra el liberalismo. En la novela, León María Lozano, el Cóndor, caracteriza la ofensiva goda, mientras que Gertrudiz Potes encarna la resistencia liberal. Lo cual no implica que también aquí

se incurra (como en *Viento seco*, *Zarpazo* y *El monstruo*) en la identificación conservador-malo/liberal-bueno, ya que se ha superado el moralismo que lleva a juzgar procesos políticos con criterios éticos; la novela indica, más bien, que mientras el conservador defiende una causa equivocada, la mujer liberal respalda aquella que despierta las simpatías del autor.

Buscando el eje estructural de la novela, y desentrañando los hilos centrales de la historia real objetiva, tal como pueden recorrerse antes de que se vean borrados por la ambigüedad y el sentido plurívoco que les confiere el ser enfocados a través de la “historia interior”, encontramos que la estructura presenta seis momentos, que corresponden a seis etapas en la evolución de la “Violencia”, y que van desde la aparición inicial de ésta hasta su disolución casi definitiva, desde el primer muerto encontrado en las calles de Tuluá, hasta la inminencia del último de los crímenes políticos (el de ayer “fue el primer muerto oficial, como el de mañana será el último”, p. 11). La primera de estas etapas es la de la “Violencia” como mito, como hecho irreal, no porque no exista, sino porque es voluntariamente ignorado, porque su evidencia, al ser sistemáticamente negada, se convierte en ficción. A pesar de los muertos que aparecen todas las madrugadas en las calles, nadie condesciende a reconocer la presencia de la “Violencia” en Tuluá. Los vecinos, esforzándose desesperadamente por engañarse a sí mismos y engañar a los demás, no quieren nominar la “Violencia” para no concretar su presencia, se empeñan en no creer en ella para inmunizarse contra su amenaza. Doña Midita y demás tramadoras de mentiras contribuyen eficazmente a lograr este propósito colectivo de negar los hechos, divulgando sus versiones engañosas hasta que ellas mismas y todos los demás llegan a convencerse de que los muertos “en realidad eran unos envenenados en alguna fiesta de otro municipio y que para evitar responsabilidades los habían tirado en las calles de Tuluá” (p. 65); que los cadáveres eran de “atropellados por un alud” (p. 73), o que el asesino de tanta gente no era otro que el jinete del Apocalipsis.

Pero los hechos, a punta de repetirse, finalmente se imponen y, con reticencias y recelo primero, con certeza horrorizada después, Tuluá reconoce que no es coincidencia que los muertos sean todos liberales, y que los crímenes son políticos (“Para convencerse, Tuluá tuvo que... enterrar casi un centenar en su cementerio”, p. 79).

A partir de su reconocimiento oficial, aparece en una segunda fase la “Violencia” como historia, como hecho político abierto e identificado: se muestran entonces sus mecanismos internos, que antes transcurrían soterradamente, invisiblemente. Ahora se sabe quiénes son los asesinos y cuáles son sus móviles; las posibles víctimas presienten la inminencia de su muerte, los crímenes se cometen a la luz

del día, y ya no hay quien ignore que “el imperio del miedo y de la sangre” (p. 87) se ha instalado definitivamente en Tuluá.

La tercera fase muestra la “Violencia” como permanente presencia, como hecho que, de tan repetido, se ha convertido en cotidiano, en orden natural, pasivamente sobrellevado por un pueblo que se ha rendido ante la omnipotencia de un engranaje que rebasa su capacidad de oponerle resistencia. Ya nadie se sorprende, nadie se inmuta; cansado de sentir terror, Tuluá se entrega con apatía resignada a sus exterminadores. Una cuarta fase, la de la contraviolencia, está marcada por el despertar de la conciencia liberal. Encabezados por una vieja, Gertrudiz Potes, los liberales —“los había ido cogiendo el virus de la rebeldía” (p. 124)— finalmente se sacuden de encima la inercia y la desidia, y organizan una resistencia beligerante contra la violencia goda. Pero la acción liberal se diluye en la nada (las causas de esto no quedan claras), y la disolución de la “Violencia” —última frase de la estructura— es precipitada por un *deus ex machina* que se introduce para rematar burdamente, de un golpe, la trama: “los dueños del poder por fin despertaron y antes de que todo fuera hecatombe... decidieron invertir los papeles y decirle a los asesinos elegantes que la sangría había terminado porque no podían sus industrias... sostener a tanto refugiado y el porvenir económico del país estaba primero que la satisfacción política” (p. 132).

En realidad, la estructura de la novela se debilita a partir de la cuarta fase, cuando el autor empieza a estirar la trama a la fuerza, haciéndola reiterativa, aportando escasos elementos nuevos. De tal manera que hacia el final de la obra, la estructura se ha quebrado definitivamente y no quedan de ella sino trozos débilmente conectados entre sí.

LA MALA HORA¹⁸: DE UN CRIMEN PASIONAL A UN CRIMEN POLÍTICO

Mientras que las obras anteriores estaban muy claramente ubicadas en una determinada región del país, *La mala hora* de Gabriel García Márquez, transcurre en un “pueblo” indeterminado, que puede ser cualquiera de los pueblos colombianos asolados por la “Violencia”.

Varias son las semejanzas que acercan *Cóndores no entierran todos los días* a *La mala hora* (aparte de todos los rasgos comunes que resultan de la marcada tendencia de Álvarez de escribir como García Márquez); la principal de ellas consiste en que las dos novelas dejan de lado el protagonista individual, y lo reemplazan por un protago-

18 García Márquez, Gabriel, *La mala hora*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

nista colectivo y plural: el pueblo. En cuanto a técnicas narrativas, tal escogencia implica el pluriperspectivismo: cada uno de los miembros de la colectividad enfoca la historia desde su ángulo particular. En la sociedad homogénea e indiscriminada del Tuluá de Álvarez Gardeazábal, este cambio de ángulos no aporta mayores datos, aparte de lo personales; en el “pueblo” de García Márquez, más o menos nítidamente dividido en clases, la visión de cada personaje apunta hacia la interpretación de los hechos a través de la ideología de la clase a la cual pertenece. Así, si para Don Sabas, el burgués, la “Violencia” es un negocio, para la aristocrática viuda de Montiel es la destrucción final (“Sólo nos falta acostarnos en una sepultura, a sol y sereno, hasta que nos venga la muerte”, p. 93), para el Padre Ángel “se trata... de un caso de terrorismo de orden moral” (p. 130), para la clase media radicalizada se trata de un enfrentamiento político.

La novela lidia con la realidad histórica en una doble dimensión; la primera, la de los “pasquines”, es, en cierta medida, paralela a la de los “chismes” en *Cóndores*, y engloba la visión prepolítica, doméstica, de óptica colectiva pero enfocada hacia lo personal, de la “Violencia”. Los pasquines, siempre anónimos, empiezan a aparecer una noche cualquiera en el pueblo, y aunque no dicen “nada que no fuera desde hacía tiempo del dominio del público” (p. 75), comienzan a alimentar el malestar general, despertando celos y sospechas, atizando rivalidades que llevan hasta el asesinato. Aunque no tienen ningún contenido político (lo que se revela en ellos son chismes de alcoba: adulterios, abortos, robos) son la manifestación primitiva e ingenua de una inconformidad y una rebeldía que no encuentran cauces más coherentes de expresión; buscan molestar a los ricos (a las gentes de los “barrios bajos” nadie se ocupa en ponerles pasquines) e incomodar a las autoridades, y de hecho lo logran: día a día van creando un ambiente cada vez más tenso, más cargado, y así contribuyen a precipitar la crisis que ha de marcar el clímax de la novela. La segunda dimensión es la de las “hojas clandestinas” que circulan de mano en mano, informando, denunciando, desvirtuando las mentiras oficiales. Esta dimensión complementa la primera abriendo la novela hacia una perspectiva política, y sirve de segundo eje narrativo. La trama del relato se desenvuelve por la dinámica que genera la tensión entre sus dos ejes, apoyándose por momentos más en uno que en otro, invirtiendo la correlación luego; en términos generales, puede decirse que si al iniciarse la novela el eje predominante es el de los “pasquines” —y por tanto la tónica prepolítica, personal— al llegar a su conclusión se ha inclinado definitivamente hacia el eje de las “hojas clandestinas”, y hacia la tónica política que éste implica. A nivel de imágenes poéticas, este desarrollo se refleja en los dos crímenes que se llevan a cabo:

en las primeras páginas, César Montero comete un crimen pasional, cuando, movido por los celos, asesina a Pastor, a quien un pasquín acusa de ser el amante de su mujer; en las últimas páginas, el alcalde y sus policías cometen un crimen político cuando detienen a Pepe Amador por repartir propaganda política, lo encierran, lo torturan y lo matan durante un interrogatorio.

Existen elementos que podrían hacer pensar que la novela intenta abordar el nivel imaginario. Como los sueños de los personajes, por ejemplo, que son narrados una y otra vez (“Anoche soñé con elefantes”, p. 17, “Soñé con un gato de vidrio”, p. 36). O las letras enigmáticas de ciertas canciones, que obsesionan a los protagonistas (“Me llevará esta barca hasta tu sueño”, “Me quedaré en tu sueño hasta la muerte”); las profecías de la pitonisa; los presentimientos y corazonadas. Estos datos, que aparentemente depararían informaciones subterráneas, claves para-reales de interpretación de la historia, son en realidad datos falsos, con los cuales el autor juega con el lector, haciéndolo caer en elucubraciones en el vacío: a pesar de que tienden a crear un cierto ambiente irreal, no puede pensarse que éste se presente como una nueva zona de la realidad abordada por la novela, dado que el mismo autor se encarga, mediante el humor, de desmentir tales datos, devolviendo así bruscamente a la realidad objetiva una narración que por momentos pretende alzar vuelos imaginarios. El contenido de los sueños, por ejemplo, nunca tiene ningún significado. Las enigmáticas letras de las canciones, aparentemente cargadas de contenidos sugerentes, tampoco quieren decir nada (“Me llevará esta barca hasta tu sueño...”, “La letra es tonta. Las palabras se pueden revolver al derecho y al revés y siempre da lo mismo: Me llevará este sueño hasta tu barca”, p. 7 y 9). Las profecías de Casandra, “espejo del porvenir”, son siempre perogrulladas, o tautologías que anda aclaran: “Hay algo raro en tu futuro” (p. 90), le dice al alcalde, y sobre el autor de los pasquines revela: “Es todo el pueblo y no es nadie” (p. 149). Asimismo, son tonterías las predicciones del fantasma de la Mama Grande, con quien la viuda de Montiel pretende conversar sobre la muerte: “las respuestas, como las de todos los muertos, eran tontas y contradictorias” (p. 95). También de los personajes se burla el autor, haciendo que sus intuiciones y presentimientos más agudos nunca resulten ciertos. Hablando al juez Arcadio, afirma con certeza su mujer: “No me abandona, padre. Yo sé por qué se lo digo” (p. 82), pero más adelante tiene que rectificar: “—Se fue... —¿Para dónde? —Para donde iba a ser —dijo la mujer: para la puta mierda” (p. 196). Otro tanto sucede con las predicciones meteorológicas: después de aseverar que “los miércoles no llueve” (p. 186), el alcalde “tuvo que esperar en el almacén a

que pasara un tremendo chaparrón” (p. 187). Un ejemplo más: “En la historia de la humanidad —sentenció el juez— no ha habido un solo peluquero conservador” (p. 117). Posteriormente encuentran un arsenal debajo del piso de la peluquería. O sea, que la dimensión imaginaria, y cualquier otra que no sea estrictamente real, no sólo queda erradicada de la novela, sino que el autor se empeña en demostrar que la rechaza dejándola asomarse para desvirtuarla inmediatamente con un chiste.

La mala hora no emprende el rastreo minucioso y sistemático de las causas de la “Violencia”, ni de sus repercusiones; ni siquiera intenta dar una explicación totalizante del fenómeno. Lo que hace es centrar la narración en un breve instante del proceso —unos días de receso de la “Violencia” en un pueblo cualquiera del país, en términos del mundo de ficción y, en términos de la ubicación de la novela en el contexto extraliterario, unos meses de calma momentánea, presumiblemente aquellos que se dan durante el gobierno de Rojas Pinilla, cuya política de “pacificación” promete el cese de hostilidades, la amnistía y la cancelación definitiva de la “Violencia” y que, en realidad, no fueron otra cosa que los antecedentes de lo que dio en llamarse la “Segunda Violencia”.

Iluminando este instante escogido y dejando a oscuras el resto del proceso total dentro del cual está ubicado, el autor logra una visión momentánea, que queda fijada en este corte parcial en el tiempo y en el espacio.

El deseo del autor de enfocar el problema desde un ángulo oblicuo, de atacarlo tangencialmente, lo lleva a ubicar la narración en una etapa de tregua, de receso de los hechos violentos, recurso que forma parte de una serie de técnicas de construcción elíptica, que merodea el punto central acercándosele, a veces, hasta llegar casi a tocarlo, para después distanciarse nuevamente de él. Así, durante el transcurso de la novela, el pueblo se encuentra en un período de paz pactada, de cese de hostilidades convenido, negociado; pero el lector detecta desde las primeras páginas el carácter ficticio de esta paz, comprende que su existencia nominal no es sino la careta que busca camuflar una situación violenta. A través de conversaciones de los personajes, y de alusiones indirectas, se van conociendo los antecedentes de esta tregua; por ejemplo, que el juez anterior ha sido asesinado por decir que “él estaba aquí para garantizar la pureza del sufragio” (p. 31); que el alcalde llegó con la intención de “someter al pueblo a cualquier precio”, para lo cual recurrió a la ayuda de “la entraña implacable de tres asesinos a sueldo que lo acompañaban” (p. 160), que Don Sabas y Don Chepe Montiel hicieron fortuna con un “lindo negocio”, como explica el peluquero: “mi

partido está en el poder, la policía amenaza de muerte a mis adversarios políticos, y yo les compro tierra y ganados al precio que yo mismo imponga” (p. 52).

La “Violencia”, que está contenida, reprimida, detrás de la “tregua pacífica”, se experimenta, sin embargo, en su potencialidad, como presencia asfixiante, malestar tangible, que se manifiesta en las pequeñas hostilidades del diario vivir (el olor a podredumbre, el calor) y en la actitud de las relaciones entre la gente, que no son otra cosa que los pródromos de la nueva racha de violencia explícita en que ha de desembocar el receso; piénsese, por ejemplo, en estos fragmentos de diálogo: “—Quiera Dios que se le indigeste” (p. 77), “—Venga cuando quiera, a ver si se cumplen mis deseos de que se muera en mi casa” (p. 88). O en la escena en que el dentista le extrae, a palo seco, una muela al alcalde:

“El alcalde lo agarró por la muñeca.

—Anestesia —dijo.

—Ustedes matan sin anestesia —dijo suavemente el dentista” (p. 68).

Hay dos fuerzas encontradas en la novela: de un lado, el alcalde, quien encabeza en el pueblo un régimen autoritario y represivo, y lo oculta detrás de una hueca retórica verbal, con la que pretende fomentar una ilusión de paz y bienestar que neutralice el inconformismo: “Ahora es distinto... El nuevo gobierno se preocupa por el bienestar de los ciudadanos” (p. 77); “—el pueblo está tranquilo, la gente empieza a tener confianza en la autoridad” (p. 128); “¡Este es un pueblo feliz!” (p. 89). Ridiculizando las posiciones del alcalde, el autor bosqueja una mordaz crítica a la falaz investidura democrática con que se pretende encubrir la dictadura: al leer en la peluquería un letrado que reza “Prohibido hablar de política”, el alcalde le dice al peluquero: “—Quién te autorizó a poner esto?... Aquí el único que tiene derecho a prohibir algo es el gobierno. Estamos en una democracia... ‘Nadie puede impedir que la gente exprese sus ideas’, prosiguió el alcalde, rompiendo el cartón” (p. 116).

Contrapuestas a la figura del alcalde, aparecen las de los profesionales de clase media —el médico, el peluquero, el dentista— quienes como en todas las novelas de García Márquez, encarnan la oposición activa y radicalizada, y se encargan de desenmascarar la mentira oficial y el carácter ficticio de la paz pactada, manteniendo a la gente informada y alerta (“en este país va a haber vainas”, “esto ya no lo para nadie”, p. 175), sacudiendo a los ingenuos y neutrales, repartiéndole la propaganda clandestina, ocultando las armas hasta que llegue el momento de volverlas a utilizar; impidiendo, en últimas,

que el pueblo se narcotice con el sopor de una situación artificialmente estancada.

La mala hora es la novela de la violencia escondida, refrenada, que va creciendo bajo piel minuto a minuto, hasta que finalmente revienta y aparece al descubierto. Empujado por el ambiente tenso que generan los pasquines, y después por la amenaza que implican las hojas clandestinas, el alcalde empieza por imponer el toque de queda, después la vigilancia militar, ante lo cual el pueblo, en cierta forma, respira aliviado, porque comprende que ha terminado la pantomima, y ahora vuelve a saber a qué atenerse (“Había más bien una sensación de victoria colectiva por la confirmación de lo que estaba en la conciencia de todos: las cosas no habían cambiado”, p. 141). Finalmente viene el clímax de la novela, el asesinato de Pepe Amador, momento crítico a partir del cual la situación cambia cualitativamente al estallar en forma abierta la violencia, quedando oficialmente declarada en este diálogo entre el doctor y el alcalde:

—“Juguemos limpio, teniente... Hay que hacer esa autopsia. Ahora vamos a esclarecer el misterio de los síncope que sufren los presos en esta cárcel.

[...]

—Sépallo desde ahora y para siempre —advirtió explícitamente al médico—: se acabaron los chistecitos.

—Estamos en guerra, doctor.

—Así me gusta, general —dijo—. Ahora sí empezamos a entendernos” (p. 199).

Aunque, como ya se planteó, resulta bastante evidente que la novela hace referencia a un momento determinado de la historia colombiana —los inicios de la “Segunda Violencia” bajo el gobierno de Rojas— el tratamiento elíptico e indirecto que se hace del problema hace que el contenido no se restrinja a estas circunstancias específicas, sino que lo proyecta a un nivel más universal. Nunca se hace alusión precisa al enfrentamiento entre liberales y conservadores; el lector no identifica claramente el régimen represivo con el partido conservador ni la oposición con el liberalismo. No se trata aquí, desde luego, de eludir el problema político; por el contrario, éste aparece a lo largo de toda la obra, y además aparece referido, en cierta forma, a un enfrentamiento de tipo clasista. Pero el autor recurre a la ambigüedad al tratar este punto central, y se abstiene de poner nombres propios, referencias exactas, con lo cual, si bien por un lado diluye el planteamiento sobre la “Violencia”, al abstraerlo y generalizarlo, por otro lado trasciende las circunstancias locales y abre el contenido hacia otras más amplias.

**EL GRAN BURUNDÚN-BURUNDÁ HA MUERTO¹⁹:
UNIVERSALIZACIÓN DEL TEMA**

En *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, obra de género híbrido (como “poema satírico” la ha clasificado su autor), de Jorge Zalamea, representa en términos metafóricos la violencia estatal que se desata a partir del gobierno de Laureano Gómez y, aunque en el texto de la propia obra nunca se haga una alusión precisa que permita afirmar que el contenido está referido a este particular momento de la historia de Colombia, tal alusión sí aparece, años después, en forma explícita, en *El sueño de las escalinatas*, donde se indica claramente cuál es el segundo término de la metáfora, que en *El Gran Burundún-Burundá* no está develado:

“La cruz gamada volteó en el espacio y [...] se trocó en ídolo devorador en la tierra colombiana, mi dulce y tremenda tierra.”

La concupiscencia del poder, primero; la codicia luego, engendraron la crueldad y abonaron el odio. Una y otro abortaron ese feto: el terror. Burundún-Burundá enseñoreado de siervos y patronos²⁰.

El “multifacético Burundún” puede interpretarse, entonces, como el monstruo sangriento y represivo engendrado por las dictaduras de Laureano Gómez (“el tartamudo locuaz”), de Urdaneta (“el sordo a lo que no fuera retañir de monedas”) y Rojas Pinilla (“la bestia militar que tuvo tantas estrellas como pezuñas²¹”). La historia de la tiranía y los crímenes del Burundún es el recuento de la “Violencia” colombiana —así lo ha expresado Zalamea también en sus ensayos²²— pero tiene, al mismo tiempo, un carácter abiertamente universal en la medida en que hace referencia a cualquier dictadura. El tema de la “Violencia” aparece aquí enmarcado dentro de uno más amplio: el del poder dictatorial. Cuando la obra fue traducida al alemán y al italiano, los lectores de estas lenguas la interpretaron como caricatura crítica de Hitler y Mussolini. El Burundún es Laureano Gómez, pero también es Trujillo, el doctor Francia, Pinochet; la era del Burundún es la “Violencia” colombiana, y es al mismo tiempo Guernica o Hiroshima, Dachau o Isla Dawson, la Cuba de Batista o la Nicaragua de los Somoza.

19 Zalamea, Jorge, *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, Editora Latinoamericana, Caracas, s/f.

20 Zalamea, Jorge, *El sueño de las escalinatas*, Tercer Mundo, Bogotá, 1964, p. 37.

21 *Ibidem*, p. 37.

22 Ver Zalamea, Jorge, “La actual literatura de Colombia”, en *Panorama actual de la literatura latinoamericana*, Editorial Fundamentos, Caracas, 1971.

El relato desarrolla una fórmula retórica, el discurso panegírico, que se pronuncia en ocasión del sepelio del tirano. La primera parte, el exordio, es la descripción del cortejo fúnebre; la segunda, la etopeya, es el recuento de las hazañas del difunto. Pero aquí la retórica tradicional se utiliza para deformar y para caricaturizar; en lugar de la tónica grandilocuente y los adjetivos pomposos que exaltan aquello a lo cual aluden, se recurre a la imagen esperpéntica y al lenguaje escatológico que rebajan y degradan. Mediante los clichés retóricos, se juega con los efectos sonoros (ritmo, aliteración, rima, onomatopeya, cacofonía, etc.) y con los elementos visuales (hay un hábil manejo cinematográfico del color, del movimiento, de los espacios, de la iluminación), de tal manera que la obra adquiere gran musicalidad y plasticidad.

El personaje central de la obra, el Burundún-Burundá —“Gran Charlatán”— llega al poder mediante la oratoria y la demagogia, la utilización hábil y tramposa de la palabra. Con el chisme, la intriga y la calumnia, con la promesa falsa y el engaño, Burundún demuele todo obstáculo y oposición, toda protesta y resistencia, y se convierte en tirano todopoderoso. Pero luego comprende que la palabra, que lo ha convertido en amo incuestionable del poder, es también la única que puede derrumbarlo, porque a la vez que puede ser arma de sujeción y dominio, es también fundamento de la sublevación. Cambia entonces de táctica: ahora necesita destruir el logos, la razón, el pensamiento y, para lograrlo, hace que la palabra se aniquile a sí misma. Monta su poderoso Ministerio de Propaganda, que acalla, con la tronante voz oficial, cualquier murmullo de inconformismo y de protesta. Los mismos eslogans vacíos de contenido son mil veces repetidos en vallas, radios, cinematógrafos, confesionarios, hasta que este palabrerío falaz (“las palabras asesinas”) logra eliminar la palabra verdadera. Comprende Burundún-Burundá que para someter definitivamente al hombre, castrándole cualquier arresto de rebeldía, es indispensable callarle la boca, taparle los oídos, lavarle el cerebro. Deshumanizarlo suprimiéndole la palabra.

Pero hay quienes no se doblegan ante la exigencia a que renuncien al último reducto de su libertad: “Hubo quienes creyeron que es más bello el crepúsculo que les tiñe las mejillas si, al llegar a la puerta de su casa, pueden decirle a su vecino: ‘Qué hermosa se ha puesto, de repente, la tarde’ [...]. Y quienes, a la sombra de un sauce, quisieron convertir el oleaje de su sangre en un tierno susurrar de palabras para que el cuerpo amado se abra con el consentimiento del alma. Y quienes, en la miseria y el despojo, se consolaron hablando palabras de justicia. Y quienes, queriéndose gobernar mejor a sí mismos, desearon apalabrear un mejor gobierno para todos. Y quienes, por amar

tanto la vida, quisieron impedir su corrupción pronunciando palabras de concierto” (p. 27).

Contra estos monta Burundún todo su aparataje de terror, su maquinaria infernal compuesta por los “Zarpadores”, los “Territoriales”, los “Aviadores”, la “Policía Urbana y Rural”, los “Sacerdotes Unificados”, quienes, actuando bajo las órdenes de políticos, militares, curas, financistas e intelectuales, se entregan a la tarea de impedir que los hombres piensen y se hablen entre sí, para que, sumidos en el limbo de la inconsciencia, sean dóciles y felices como bestias: “Que chillen si tienen hambre; que tosan si tienen frío; que bramen si están en celo; que gorjeen si están dichosos; que ronquen si están dormidos; que cacareen si están despiertos; que rebuznen si entusiastas; gañan si codiciosos y gruñan si coléricos, pero que no hagan indecente inventario entre unos y otros de sus deseos ni se estimulen sediciosamente en ellos fomentándolos con palabras” (p. 25).

Para imponer el silencio no basta con anular a los hombres, es necesario además perseguir la palabra desenterrándola de los conceptos y valores que la esconden, y hay que arrasar por tanto con la honra, la fama, la reputación, la intimidad (sobre los cuales “se asienta el amor, se edifica la paz, se establece la justicia y se ensancha la vida”, p. 23), y eliminar, de paso, los objetos que son receptáculo de la dignidad y del ingenio del hombre, que forman parte indispensable de la vida; los objetos sobre los cuales el hombre se ha vertido, humanizándolos: los retratos, los libros, los muebles, los cachivaches, los utensilios, las herramientas, los juguetes (“Las cosas; todas, todas las cosas que hablan”, p. 43).

Jorge Zalamea, como escritor, se venga de la tiranía del silencio erigiendo, con esta obra, un gran monumento verbal: construyendo, con el incontenible torrente de su retórica, un poderoso arsenal de palabras.

Con este libro de Zalamea, el tema de la “Violencia”, sin perder su perfil concreto, se proyecta hacia el plano universal: se mueve en aquel nivel en el cual lo universal engloba lo local, ampliándolo; en el cual se llega a lo abstracto, manteniendo, sin embargo, enraizadas en la médula las referencias concretas.

* * *

Se ha partido de *Viento seco*, donde la óptica era estrictamente local y la realidad era asumida en su más estrecha inmediatez; se pasó luego por *Zarpazo* y *El monstruo*, seudonovelas en las cuales estas características eran aún más acentuadas; se vio posteriormente a Caballero Calderón, Álvarez Gardeazábal y Alape, autores en los cuales, en

mayor o menor grado, un proceso más rico de elaboración literaria permitió que el tema se abordara desde niveles de la realidad menos obvios y más sutiles, como la fantasía, el sueño, la leyenda, el mito.

Siguiendo otro criterio, puede señalarse la evolución que va desde una serie de obras en las cuales lo local tiene un peso decisivo y las particularidades regionales resultan determinantes (Boyacá en Caballero Calderón y el Valle en Álvarez Gardeazábal, por ejemplo) hasta una novela como *La mala hora*, que no parte de una ubicación específica sino que se sitúa en un espacio que siendo ámbito social en abstracto, trasciende sus propios límites para sintetizar y abarcar una realidad más amplia. *El Gran Burundún-Burundá* lleva esta línea hasta sus últimas consecuencias, elaborando, a partir de circunstancias especiales y temporales determinadas, una construcción metafórica que le da ubicuidad a la narración, permitiéndole adaptarse a cualquier tiempo y lugar que repitan las mismas premisas centrales (tiranía y opresión, impuestas a través de la coacción ideológica y física).

Este proceso no avanza linealmente, y no sigue, evidentemente, una secuencia cronológica: *El Gran Burundún* es, en efecto, una de las primeras obras escritas sobre la “Violencia” (1952), y resulta por tanto anterior a todas las otras que se mencionan aquí.

Se han rastreado, a grandes rasgos, los pasos de la evolución que sigue la literatura a través de los diversos niveles de realidad, y a través de diversos grados de abstracción, lo cual no implica de ningún modo que se haya partido de la tesis de que hay mayor calidad literaria cuanto más rebuscado y encumbrado sea el peldaño de la realidad hasta el cual se ascienda, como tampoco del planteamiento según el cual, en el terreno de la literatura, la validez universal se alcanza abandonando el contenido local. Infinidad de veces sucede justamente lo contrario, tanto con respecto a la primera tesis como a la segunda: las obras del realismo más estricto pueden ser plenamente logradas estéticamente (valga el ejemplo muy obvio de cualquiera de los grandes realistas europeos del siglo XIX, y obras empapadas de regionalismo, totalmente circunscritas dentro del pequeño mundo local, pueden tener validez e interés universales (caso clarísimo de este fenómeno es el del Tuerto López). O sea que la calidad literaria no se determina por el tipo de aproximación a la realidad, sino que el planteamiento debe hacerse más bien a la inversa: cuanto mayor sea la calidad literaria —más ricos los recursos estilísticos, más profundo el proceso poético (creación e invención)— mayor será, a su vez, la capacidad de sondear las diversas facetas de la realidad, de penetrar en sus recodos más escondidos, de develarla en la complejidad de sus múltiples posibilidades.

Zalamea no es más universal que Caicedo porque abandone el problema regional, lo es porque cuenta con las herramientas litera-

rias necesarias para partir de tal problema y proyectarlo a una dimensión universal.

Hay un brusco cambio cualitativo entre laseudoliteratura de Pareja, o del Sargento Buitrago, y las novelas de Caballero Calderón y Álvarez Gardeazábal. Mientras que las primeras casi que sólo tienen interés en cuanto reflejan cierta ideología, cierta óptica de clase, y en cuanto rinden testimonio de un determinado momento de nuestra historia, las segundas, además de esto, interesan en cuanto *obras literarias* que son: deparan conocimiento sobre la realidad, pero lo hacen a través del placer estético. Parten de la realidad, pero no para transcribirla textualmente, sino para reelaborarla convirtiéndola en materia literaria. Las obras de García Márquez y Zalamea implican un avance en este camino; en ellas queda ya definitivamente superado el esquematismo y el acartonamiento que entraba y frena la tarea poética como libre acto de creación que es. En *La mala hora* y en *El Gran Burundún* se expresa el tema de la “Violencia” en términos decididamente literarios.

Alfredo Molano Bravo

LA GENTE NO HABLA EN CONCEPTOS, A MENOS QUE QUIERA ESCONDERSE* ¹

LO HE DICHO ALGUNAS VECES y me excuso al repetirlo. Siendo joven, mi papá comentó sobre un novelista colombiano que leía – quizá José Eustacio Rivera–: “¿Por qué los escritores no podrán escribir como hablan?” En la universidad desprecié la pregunta. Durante aquellos años y otros más, defendí con vehemencia la ciencia social: comprender científicamente la sociedad era el primer paso para evitar los conflictos, la pobreza, la guerra y construir sobre ese

* Documento Presentado en el “XVI Congreso de la Asociación de colombianistas” (Charlottesville) agosto de 2009.

1 Agradezco a Tico, alma y nervio de este congreso; [XVI Congreso de la Asociación de Colombianistas, Charlottesville, agosto de 2009] a Virginia Bouvier, del US Institute of Peace; a Juana Suárez, de la University of Kentucky; a Lilita Madrigal, Vice President for Programs Amazon Conservation Team, y a Carolyn Cooley, de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá, y demás colegas que han padecido conmigo el vía crucis de la visa a Estados Unidos, que continúa siendo tan aplazada como la audiencia pública final del proceso que se me sigue por injuria y calumnia. No quisiera entrar en el vínculo interno que relaciona estos asuntos, básteme decir que responden en el fondo a una misma lógica: hay historias que no se pueden poner en duda. Ni la de las élites regionales ni la del movimiento armado. Las primeras, porque atentan contra la imagen que los grupos en el poder fomentan sobre sí mismos, y las segundas, porque todo material que trate de explicar la violencia, en lugar de aceptar la versión oficial, cae en el baúl sin fondo de la sospecha. Lamento no estar con ustedes.

fundamento la justicia, la armonía, la paz. No me estoy refiriendo sólo a los primeros años de facultad, cuando defendía la sociología como ciencia de la sociedad, sino al tiempo cuando con un grupo de estudio político, dirigido por Estanislao Zuleta, trabajamos a conciencia –línea a línea– a Marx, Freud, Nietzsche, Thomas Mann, para citar sólo los más admirados. Trazamos entonces con presunción una raya entre el conocimiento científico y la representación ideológica. Rescato hoy no la línea, pero sí la diferencia, sin darle tanto crédito a la identidad entre ciencia y verdad. Hoy pondero más la crítica nacida de principios éticos y estéticos, que las veleidades de teorizar el mundo social.

Después de algunas andanzas aventurero-utópicas me refugié un tiempo en la academia. Traté de enseñar y, sobre todo, de aprender. Algo quedó del intento, pero el divorcio entre el mundo cotidiano que me rodeaba y el estrecho argot conceptual era cada vez mayor. Comencé a sentirlo en las respuestas que un grupo de personas—llamado muestra—le daba a un entrevistador —llamado investigador—y la conversación libre que uno y otro tenían antes o después de la “aplicación del instrumento”. Para mí, el trabajo de campo valía por las numerosas perspectivas que abría y las sorpresas que guardaba, y no por la información recogida. Que, por lo demás, una vez sistematizada, subrayaba de nuevo la diferencia con lo que en la trastienda los entrevistados dejan ver y permiten sentir.

Durante mi posgrado en París traté de aplicarme al estudio de la sociología rural, la renta de la tierra, la historia: Ricardo, Marx, Kautky, Lenin, Tolstoi, Caballero Calderón y, claro está, Fals Borda, a quien hoy quisiera de nuevo rendir un homenaje. Planteado el requisito de la tesis, opté por un ensayo sobre la renta de la tierra en una región que yo conocía desde niño: los Llanos orientales. El primer gran obstáculo era que en el país –y menos en el Llano– no existía un alimento, como el trigo en Europa, que influyera de manera determinante en la alimentación, el uso del suelo y la fijación de rentas agrarias. Pero, haciendo de tripas corazón, tomé el arroz por trigo. Habría podido también escoger la yuca, la papa, el maíz. Teniendo en cuenta el presupuesto y las dificultades del tema, definí una región: Granada, Meta; diseñé un formulario para la información cuantitativa y una guía de entrevista para la cualitativa. A los pocos días volvió a saltar la liebre: lo que la gente contaba por fuera de la relación formal era más intenso, más rico, más atractivo que la información que recogíamos por los medios “profesionales”. Los testimonios de la violencia y la colonización daban cuenta de la vida; de la historia personal y social; de la ocupación territorial; de las relaciones sociales entre colonos, terratenientes, comerciantes; de la explotación económica, y

de la subordinación política. Eran testimonios llenos de fuerza, de matices, de trayectorias.

La verdadera crisis no se presentó en el trabajo de campo, aunque allí se hubiera insinuado, sino en el escritorio, cuando el contraste entre las dos informaciones se puso en evidencia. A un lado estaba la información fría; a otro, los testimonios grabados, digamos *off the record*, con sus colores, sus contradicciones, sus insuficiencias. No había caso. Me dejé seducir por los “cuentos” y fui abandonando la información. No del todo. Escribí un primer ensayo sobre la vida de un colono contada por sí mismo y elaborado a partir de varios testimonios. Se llamó Valentín Montenegro y arrancó a contar su vida así: “*Nací por allá en el año 17, para más veras en la vereda La Yuca, donde canta el Currucucú y se amaña Bermúdez. Bermúdez sabía salir solamente cuando la luna alumbraba los yarumos, montado en un caballo que era su mera sombra*”. Luego, para ser políticamente correcto, elaboré otro sobre un empresario agrícola exitoso, que llame Don Juan. Fue tal la seducción que causaban en mí estos personajes reales, que me dediqué a construir sobre fuentes secundarias su contexto: es decir, a escribir un ensayo sobre la violencia en el Llano desde el año 48 y sobre la represión y el desarrollo regional a partir de los años 50. Violencia y desarrollo, ejes sobre los que gira nuestra historia, con lo que no hacía más que refrendar la distancia entre la pretendida renta de la tierra para explicar la región, y los meandros de las historias personales que contaban los colonos.

Presenté mi tesis para el grado de Tercer Ciclo al tutor, Daniel Pécaut, conocido por todos nosotros. Teníamos una amable relación personal. Tardó un tiempo en darme su concepto: “He remitido su trabajo al especialista en historias de vida y él me ha respondido que no logra distinguir entre lo que es real y lo que es imaginario”. Con ese comentario tan francés comenzó para mí una larga y, creo, no finalizada polémica. De entrada no cabía duda del sesgo epistemológico. Yo lo aceptaba y lo acepto. Más aun, no lo demerito, sino que lo valoro altamente. Pero, más allá del positivismo rampante, la cuestión tocaba tangencialmente un tema ético: ¿Había algo *inventado* en mis personajes? Yo tenía la certeza de no haber usado la imaginación más allá de la invitación que Wright Mills había hecho: la relación entre la biografía y la estructura social, y me preguntaba si la observación de Pécaut no iba dirigida más bien a cuestionar la orfandad de citas de autoridad de mi discurso. ¿Quién podía probar que lo dicho por Valentín o por Pedro Cruz o por Carmen García era cierto, textual y exacto? Y, sobre todo, para qué, si la frase, el párrafo o el relato podían dar cuenta parcial—no

parcializada— de una realidad. Dicho de una vez: ninguno de los testimonios que usé para construir los dos personajes—Valentín y Juan— era falsificado, todo fragmento guardaba una relación íntima con el contexto y ninguno había sido sacado por las orejas del cubilete de un mago. No obstante, Pécaut podía tener razón en un punto: los dos personajes eran imaginarios en el sentido de que ninguno de los dos hubiera tenido exactamente la experiencia que relataba. Juan y Valentín eran prototipos, algo así como ‘tipos ideales’ contruidos no socialmente, como enseñaba Weber, sino biográficamente. El alegato no ha terminado.

En un rasgo de indignación por las sugerencias flotantes que dejaba Pécaut, opté a conciencia por cavar en la fosa que nos separaba. Recuerdo muy bien ese momento: ¿Aceptaba yo la crítica académica y reformulaba la tesis de grado, u optaba por seguir mi camino y renunciaba al título? Hay decisiones trascendentales que pesan o cuestan. Elegí el método que permitía una comprensión más real y más popular de los fenómenos sociales. En esos días redactaba *Los Bombardeos de El Pato* y trabajaba con el CINEP. Es un cuento que cuento a menudo. El Pato había sido una de las llamadas por Álvaro Gómez *Repúblicas Independientes*, que no eran más que regiones donde los campesinos—comunistas unos, liberales los más—resistían medio armados la represión del Frente Nacional. Hacia 1980, el gobierno de Turbay reinició la persecución y bombardeó la zona. Los campesinos se tomaron Neiva. Fuimos con Alejandro Reyes a hablar con ellos. Muchas voces oímos. A mí me impresionó la historia de una anciana rodeada de nietos que con una fuerza extraordinaria condensó la historia de 50 años en un par de horas de grabación. Regresamos a Bogotá. Leí muchas veces las transcripciones; subrayé frases; anoté interrogantes; puse puntos, comas, puntos y comas, pero no sabía cómo armar ese gran fresco desvertebrado que la mujer nos había transmitido. Desesperado por el plazo de entrega del informe, cancelé la búsqueda y me consumí en la redacción de un relato a la manera como había hecho con Valentín y Don Juan. Es decir, utilizando la primera persona y un personaje para relatar no sólo lo que él me había contado, sino lo que otros me habían contado. Podría haberlo narrado en tercera persona y haber ordenado fragmentos seleccionados de otra entrevista para ensamblar un conjunto con introducciones y conclusiones. La primera opción era dejarme llevar de la mano de los personajes a donde fueran; la segunda, llevarlos de la mano al salón de clase para hacerlos hablar un lenguaje formal, acreditado por la academia y de buen recibo en los auditorios. *Los Bombardeos del Pato* me libraron de la culpabilidad de haber dejado inconcluso el sueño de mi familia: un cartón en pergamino con sellos, firmas, lacres.

Por la misma época, Michel Taussing, un conocido antropólogo, profesor de Columbia University, me propuso hacer un trabajo sobre La Violencia, tema que los llamados “violentólogos” habían puesto de moda al iniciar el gobierno de Belisario Betancur. La Violencia tenía una amplia bibliografía bien como ensayos sociopolíticos, bien como novelas, pero la materia prima, los testimonios, eran relativamente escasos y, lo más grave: la gente que la había sufrido era ya vieja y mucha había muerto. Le propuse a Taussing recoger testimonios y editarlos como historias de vida. Él conocía *Los Bombardeos del Pato* y rápidamente consiguió los recursos económicos. Los recogí, ayudado por varios asistentes en Valle, Tolima, Caldas y Boyacá, regiones donde la violencia había sido especialmente sangrienta. En poco tiempo tenía las transcripciones en mi escritorio. Cerré la puerta de la oficina y volví a mi técnica: leer, leer mucho, empaparme desordenadamente de los testimonios; seleccionar personas que como las cebollas, tuvieran muchas capas y como la nuez, escondieran la semilla; entrevistas con cuerpo que permitieran enlazar otras historias y, sobre todo, personajes que sirvieran para contarlas. Era como vestir un cuerpo desnudo o ponerle carne, piel, ojos a un esqueleto. Su trayectoria no era modificada, era textual, digamos, y a través de su propio relato agregábamos—yo y él—fragmentos de otras historias como si nos las hubieran contado. Ese *como si* fue lo que Orlando Fals llamaría método de la “imputación”, término que me dio mucha brega entender. Es lo que quizá Pécaut entendió como una falsificación de buena fe. ¿Cómo seleccioné los cuerpos a vestir? ¿Esos ejes sobre los cuales giraría el relato? Confieso que de entrada unos personajes me atraían más por su pasión, por la fuerza de su palabra o por la cantidad de información que me daban en la entrevista. Algunas mujeres me enamoraron por su ritmo al hablar, por su picardía o simplemente por la manera de soltarse la trenza. Y ahí comenzó una especie de seducción mutua que me llevaba a transformarme mediante la primera persona en la otra y a la vez a admitirla como parte mía. Sé que esta afirmación me sitúa en un campo subjetivo, que no es lo mismo que hablar de una posición parcializada. Sobre el particular tengo un solo argumento: nadie puede contar algo despojándose de sí mismo. Ni siquiera en un raciocinio matemático. Yo reivindico la subjetividad como parte esencial de la mirada histórica. Penetrar en un personaje equivale a vivirlo, y es imposible hacerlo sin una íntima fusión de sensaciones. De alguna manera, la lucha está en permitirse ser alojado y al mismo tiempo alojar al personaje. Quizás esto sea literatura y no sociología, lo concedo y lo defiendo. No en mi trabajo, pero sí en mi intención. Una palabra marginal sobre el punto: escribo con más

soltura como mujer —lo descubrí en Ana Julia— que como hombre. Lo explico: entrar en un personaje es también descubrir lo que hay de él en uno. En este caso, de ella.

Todo personaje es fragmentario y por tanto de alguna manera complementario de otro que ha vivido experiencias históricas similares. El yo de la primera persona que relata es al mismo tiempo el nosotros que es relatado. ¿Cómo selecciono de un universo de entrevistas un fragmento determinado? ¿Cómo justifico su pertinencia? De la misma manera como yo voy derivando conceptos de categorías, variables de conceptos, etc., lo que implica, desde luego, unos criterios que otros llaman marco conceptual. Lo que yo hago, sin más, es lo que hace un director de orquesta: dejarse ver sin ser oído. La gente no habla en conceptos a menos que quiera esconderse. La gran satisfacción de escribir los relatos, y al mismo tiempo su piedra de toque, es la reacción de los entrevistados cuando se leen y se encuentran en ellos, a pesar de que digan: “No, yo no estaba vestido así sino así, el caballo no se llamaba Corsario sino Pirata”. Pero, además, agrego otra gran satisfacción: escribirlos. Sé que escribir es jugarse frente a sí mismo, desnudarse, como también hacerlo frente a los demás. Sospecho que ese reto es el sabor de la escritura y lo que la hace apasionante. No sé si uno puede sentir tal compromiso emocional cuando escribe sobre la renta de la tierra. Una palabra más sobre este punto: la intelectualidad suele poner de moda el lenguaje académico, abstruso y seco. Los profesionales añaden a este producto otro ingrediente, una terminología políticamente correcta. Habría que decirlo algún día: es un lenguaje creado deliberadamente para decir poco y decirlo sin molestar a nadie, sin implicar a ninguna institución. Es una especie de dialecto usado por Naciones Unidas, adoptado por las agencias de cooperación internacional, por los gobiernos y, lo más peligroso, por los profesionales que trabajan con la gente. Peligroso en un sentido: a veces es adoptado también por el pueblo, lo que contribuye a sepultar su memoria porque la gente no tiene acceso a ese lenguaje, no puede expresarse a través de él.

A la gente hay que llegarle al hueso, a su almendra. Hay que ayudarle a despojarse de sus ataduras y representaciones. Más allá de la envoltura, a veces blindada, está la persona que interesa. La real. Es ella la que tiene que hablar para que la palabra del escritor sea su palabra. Ello significa para el que llega estar abierto a escuchar cada sílaba, cada coma, cada gemido. No es fácil porque se anda—se vive—atrincherado en conceptos, prejuicios y sanciones condenatorias o alabanzas rendidas. Suprimir los juicios sobre sí mismo y los prejuicios sobre los demás es la primera y más poderosa dificultad de la escritura. El que llega es presuntuoso, llega desde

arriba, llega a llevar. Bajarse de ese pedestal imaginario es ponerse al alcance de la mano y así lograr la condición de ser “objetivo”. La identidad, entendida como igualdad de planos, es el punto de partida para comprender, reconstruir y, al fin, explicar sin necesidad de disculparse apelando a lo conceptual. El intento biográfico nace en esa condición. A partir de allí es necesario regresar al contexto tal como la gente lo vive, lo percibe, lo entiende. Es el estribo del puente que hay que tender hacia esa otra dimensión, la social. Puente que se va construyendo con el conjunto de experiencias de la gente que nos interesa *ver*.

Sabemos desde hace tiempo que una cosa es la investigación y otra la exposición. Vale. La investigación nos lleva al hueso y al puente. La exposición es, para mí, la escritura. Pero la escritura no es la mera edición, y menos aun la ‘textualización’. No se trata de transcribir, sino de escribir y así, la escritura se convierte también en investigación. En una relación profunda con otra persona hay muchos aspectos que quedan escondidos y que afloran sobre el papel. No antes ni después. Saltan en la tinta y sobre el papel en blanco. O, para estar al día: en la tecla y la pantalla. Y no sólo aspectos del otro, sino de quien escribe. La escritura cuando se toma como un ejercicio de vida o muerte—a pecho, digamos para ser menos trágicos—obliga a que el escritor ponga de sí y ponga a riesgo muchas cosas que de él ignoraba hasta ese instante milagroso en que entran en juego sus verdades. Hay un material secreto que está contenido en la relación social, casi podría decir, escondido, pero que sólo se hace real en la escritura. Por eso la escritura es también un ejercicio solitario. Frente al papel se está solo, pero bajo el peso de una carga que ha sido recogida en la relación con otra persona, con otras personas. No es fácil darle salida por la mano a ese peso. Se atropellan sensaciones, informaciones, datos; se agolpan unas queriendo salir, otras buscando quedarse. Las más, huyen. Por eso es necesario el eje, el personaje central que ayuda a que lo recogido sea escritura, vea la luz. ¡Qué hay subjetividad en este paso! No lo dudo. Lo acepto. Pero es una subjetividad originada en la intimidad de la relación y, podría agregar a riesgo de ser colgado, originada en la identidad no política, sino humana. Así podría yo, siendo en lo ideológico profundamente contrario y crítico del paramilitarismo, escribir sobre él desde esa entraña. Ahora mismo he terminado un libro de relatos titulado *Ahí les dejo esos fierros*, en el que dos historias son de muchachas vinculadas a las AUC. No creo que a esa subjetividad se deba renunciar. Por el contrario, se debe asumir porque es de alguna manera el alma del texto. Y una palabra más: en este punto se bordea lo que tildan los positivistas de *littérature*.

La palabra cotidiana, la palabra oral, el lenguaje de diario, íntimo, es bello de por sí. Tiene una belleza esquiva porque ha sido sancionada como vulgar, nacida en el vulgo, o sea en el pueblo. Es una sanción política. El lenguaje ordinario con el que hablamos con la mujer, con el tendero, con el policía, lo dejamos fuera de la academia. Lo que es una ganancia con la antigua exigencia dogmática de hablar en latín. Sin ser costumbrismo, que es una trampa aristocratizante, la manera de hablar de la gente, inclusive de los académicos cuando tienen que tomar un taxi, es bella. Diría que tiene ritmo, puntuación. En el campesino nuestro hay, además de exactitud, novedad, soltura, arcaísmos que embellecen aun más su testimonio. Es difícil para los afueranos oírlos porque se está condicionado a traducir a su propio lenguaje toda experiencia peregrina. No hablo sólo del campesino y del colono, del obrero o del hombre de la calle o de la mujer de la calle, hablo también del hampa, del malandro. Un sicario, más allá de la repugnancia que su profesión nos cause, tiene una palabra encantada, plagada de figuras, de metáforas crudas, de simbolismos implícitos. Sé que a veces se abusa de la palabra *gonorrea* en algunos textos y películas. Pero detrás de ella, y de otras, está la belleza que recogen Fernando Vallejo en *La Virgen de los Sicarios* y Víctor Gaviria en *La Vendedora de Rosas*. La belleza de la palabra cotidiana puede constituir el sumario para ser acusado de hacer literatura y no sociología.

Por último, me han preguntado en ese cuarto de siglo que llevo escribiendo “historias de vida” qué ha cambiado en la “metodología” que uso. Lo digo sin reticencias, con franqueza: he perdido el miedo a ser tildado de “hacer literatura”, y no porque no la haga, sino porque tengo la íntima convicción de que no falsifico a la gente. Más aun, la mirada literaria permite descubrirla. Dicho de otra forma: he perdido el miedo a la aventura, o mejor, el aventurerismo que me ha llevado a zonas de guerra, a cárceles, a infiernos que se han ido apoderando de mi escritura, y cada vez temo menos salirme del guión de la transcripción literal de una entrevista. Hoy recreo ese material con algo que yo también tengo que decir, que aportar como personaje que también soy de la vida cotidiana. Al principio las historias de vida me servían para decir lo que la gente ocultaba por temor, o para decir lo que el miedo a mí me obligaba también a esconder. La escritura me ha librado de esos miedos, de esa cárcel conceptual, de ese clóset académico. La literatura, la poca que pueda existir en los relatos, no me pertenece. Mi trabajo consiste en ponerla al descubierto. Hay un sabor parecido al de la libertad en ese oficio.

Por el río bajaban las tarullas despacio, y el motor runruneaba y runruneaba. Medio dormido, me despertó un golpe sobre una de

las bandas de la panga, era una ola que casi nos hace dar el bote. Me restregué los ojos porque no entendía dónde estaba. El río se había vuelto una ciénaga muy grande. El marinero dijo: 'El golfo estaba picado', y diciendo eso aparece de porrazo el golfo, es decir, el mar. Me puse arrozudo de verlo y sobre todo de olerle ese olor que viene de sus propias profundidades, me dio por abrir los brazos como los pájaros y por llorar como un recién nacido, sentí como si esa inmensidad me bañara la pena". De 'El Barco Turco', en *Desterrados*.

Mil gracias.

Bogotá, 4 de agosto de 2009

Arturo Alape

VOCES EN EL “TALLER DE LA MEMORIA”*

LA INCLINACIÓN HACIA LO HISTÓRICO siempre ha ejercido una profunda influencia en mi trabajo narrativo y en mis pesquisas periodísticas. Por lo tanto, con el acercamiento a la comunidad de Ciudad Bolívar retomo mi preocupación por la problemática de la ciudad.

En la universidad, en mis clases de periodismo, nos hacemos muchas preguntas sobre qué es la ciudad—una ciudad como Bogotá de 6 o 7 millones de habitantes—, si realmente se tiene un conocimiento parcial de esa ciudad, cómo se piensa esa ciudad, cómo se camina, cómo la hemos vivido, cuáles son nuestros itinerarios diarios, cómo es la relación con los vecinos y la percepción que tenemos de ciudad como espacios de encuentros y desencuentros. Pensar la ciudad como la posibilidad de estructuración de un gran relato urbano: como la ciudad capital donde confluye el país, Bogotá es el país configurado a retazos culturales, regionales, colores, gestualidades y voces. Estas reflexiones conducen a plantearme un trabajo experimental, a indagar desde la literatura en una localidad muy pobre en Bogotá —Ciudad Bolívar— y a hacerlo con la idea de escribir un libro sobre jóvenes. El tema de los jóvenes se había vuelto moda influyente en las ciencias hu-

* Artículo presentado en la *Revista Estudios Sociales* N° 24 (Bogotá) agosto 2006.

manas en algunas ciudades, especialmente Medellín y Cali: en los años ochenta y noventa apareció la figura prominente del sicario y daba la impresión que el mundo de la realización humana de los jóvenes entre los 12 y los 15 años era volverse sicario, asesino a sueldo para ganar grandes sumas de dinero, vivir de marca y escuchar su música, morir en su ley a los 17 y dejar un techo como herencia a la madre.

Quiero reflexionar sobre esta experiencia de investigación social y diversas escrituras porque forma parte de mi posterior trabajo narrativo. Ciudad Bolívar es una ciudadela parecida a las favelas de Río de Janeiro; medio millón de habitantes con la particularidad de ser hoy el epicentro de la miseria en Bogotá y el espejismo de la tierra prometida para muchos desplazados, que culmina con la ilusión de tener casa propia construida con todo tipo de materiales en medio de un paisaje desolado de inmensas piedras.

Ese conglomerado humano tiene la particularidad de ser una población eminentemente mayoritaria de niños y jóvenes de 12 a 18 años y, una población adulta conformada por los padres de familia que llegaron a esa zona huyendo de la violencia o arribaron a Bogotá con el sueño de la realización humana bajo el acicate del peso de la exigua economía casera. En la localidad se produce un enfrentamiento de dos memorias: la memoria de la transhumancia de adultos que expresa un imaginario campesino: la tierra en la lejanía, frustración por los sueños perdidos, y en su mirada una reciente mezcla explosiva urbana; por el otro lado, miles de niños que crecen y viven su experiencia de niñez en el contexto de una ciudad que no les pertenece porque físicamente son excluidos, ya que son mirados como sospechosos y advenedizos. Los adultos conviven con la memoria que trajina geografías: la imagen del perseguido en un viaje interminable, luego el choque cultural de llegar y adaptarse asumiendo la visión del mundo que expresa los límites de otras necesidades humanas impuestas por la ley del consumo y por actitudes dominantes del dinero fácil que ellos tratan de conseguir, como dóciles criaturas.

En los noventa, durante cinco años los medios de comunicación, radio, prensa y televisión, aseguraban en sus informes —por supuesto sin ninguna profunda investigación— que Ciudad Bolívar era la zona más peligrosa de Bogotá, que si ibas de visitante te asaltaban, te mataban, te enterraban, te secuestraban, en fin no te dejaban hueso bueno. Con ojos escrutadores de escritor, entro a la zona para hacer la experiencia de escribir relatos o historia de vida que desde el punto de vista teórico había trabajado en la universidad con mis estudiantes. Quería construir estos relatos de vida no sólo desde lo periodístico, sociológico o antropológico sino desde la literatura. Me carcomía la necesidad de conocer en profundidad esa parte de la otra ciudad, la ciudadela

oculta para la inmensa mayoría de los habitantes de Bogotá. La otra ciudad también desconocida para mis huellas.

Entro a la localidad acompañado de personas que trabajan especialmente con jóvenes agrupados en organizaciones no gubernamentales. Entre el tiempo de la iniciación de la investigación y la culminación del texto, invierto cerca de tres años. Quiero subrayar algunos momentos de esta experiencia, importante como escritura y la posibilidad real de entablar con el otro una larga y profunda conversación. Cuando llego a la zona, de inmediato siento el rechazo de alguien que está excluido por la ciudad, alguien que por su misma condición social es mirado como transeúnte y sospechoso, absolutamente excluido de ciertos espacios urbanos. El excluido socialmente también excluye al otro que llega, la exclusión se vuelve también una manera de ser socialmente para enmascarar la necesidad de sobrevivir.

Me encuentro con jóvenes terriblemente agresivos para quienes somos forasteros y llegamos de otros desconocidos territorios urbanos. Son mentalidades cerradas, digamos que actitudes brindadas contra el virus del visitante. A medida que voy conociendo a un grupo de jóvenes, me doy cuenta que era inoficioso escribir sobre estos, porque comencé por aprender la piedra lección: para escribir sobre ellos debía aprender a hablar con ellos, conocer sus gestualidades y, además, escuchar y descifrar su lenguaje, y eso requería de un proceso lento de observación y aprendizaje.

En el grupo de jóvenes que voy conociendo hay sicarios, estudiantes, desocupados, niñas de 12 a 15 años con un aborto sobre la vida, guerrilleros urbanos y posiblemente integrantes de grupos de limpieza social. En la zona confluye el país político, el conflicto armado, la dramática situación social y económica: amalgama humana de regiones. Pasa el tiempo y voy aprendiendo con mucha sutileza cómo conversar con ellos, dejando a un lado la desconfianza mutua, el temor a lo desconocido, aprendiendo a escuchar el sonido de la voz del otro. Un día asisto a una reunión muy interesante, concurren cerca de 300 jóvenes. La citación corre a cargo de una organización no gubernamental; su objetivo, escuchar las diversas propuestas de trabajo de quienes hemos llegado recientemente a la zona. Los muchachos están ávidos por escucharnos: la sala está repleta. Un cineasta de la televisión que trabajaba para el viceministro de la Juventud, hizo un discurso corto pero muy significativo que a mí me enseñó muchísimo. Él dijo lo siguiente: señores, yo vengo a realizar un documental para la televisión sobre los jóvenes de Ciudad Bolívar. El documental será muy importante para ustedes los jóvenes de esta localidad, pues será una oportunidad para que el país conozca su problemática. Quiero, a través del documental, adentrarme en sus vidas, en sus ne-

cesidades, en sus sueños. Al final de su improvisación, hizo un premeditado silencio a la espera de un largo aplauso, luego sacó a flote la logística que necesitaba para realizar el documental. Dijo en tono muy convincente: necesito que ustedes me consigan cuatro jóvenes sicarios, tres prostitutas de 12 a 15 años, dos ladrones de apartamentos y, además, que ustedes mismos determinen cuántos muchachos pueden ayudarme a cargar la cámara. Mientras escuchaba al hombre de la televisión, miraba los ojos de los muchachos y esa tarde percibí el profundo odio que había en esas cientos de miradas, que le estaban diciendo al personaje televisivo que simplemente era un hijo de puta. La pobreza no se puede manosear, la pobreza no se puede manipular. Cuando me tocó el turno de intervención, me preguntaron: ¿Qué quiere de nosotros? ¿Por qué usted viene a Ciudad Bolívar? Con cierta timidez dije que era un escritor que había publicado 15 libros, quiero simplemente escribir un libro sobre los jóvenes de Ciudad Bolívar, no sé si lo pueda escribir, si ustedes están interesados. Un silencio de incredulidad se apoderó de la sala: me estaban diciendo que no eran ratones de laboratorio. En esa reunión aprendí que debía realizar un proceso distinto de acercamiento a los jóvenes, que debía usar un método poco usual en el país: aprender a escuchar al otro, conocer su voz y a través de su voz conocer sus pensamientos, sus instancias íntimas, su manera de actuar. El origen y razones desde el punto de vista sociológico del conflicto armado colombiano, en su raíz histórica lo define la relación con el desconocimiento hacia la existencia del otro. El otro es alguien que camina con figura prestada, un hombre invisible que no piensa: ese hombre invisible que sólo sirve para darle una patada en el culo. ¿Por qué debe escucharlo y visualizarlo? ¿Por qué debe escuchar a un hombre que no piensa? Y si no piensa es porque no existe y si existe es para borrarlo de la faz de la tierra: se precisa un disparo sobre la frente.

Es el comportamiento que se ha socializado muchísimo y forma parte de la mentalidad que ha desarrollado en el ejercicio de la violencia en todas sus características: oficial, guerrillera, paramilitar. Ejercicio autoritario del poder político, de las clases políticas, de los diversos actores armados. El otro existe para matarlo o secuestrarlo, el otro no existe para escuchar de él lo que piensa. Somos un país de autistas armados hasta los dientes, con mentalidad que piensa que el mundo gira alrededor de nuestros pies, y sólo debemos escuchar en nuestra perturbada soledad el hermoso sonido de nuestras palabras.

Duré cuatro meses en compañía de diversos grupos de muchachos. Comencé a identificar en ellos un elemento que me pareció era decisivo, conmigo siempre hablaban de la siguiente manera: la gente de Bogotá no nos comprende; nosotros queremos que nos entiendan,

porque somos jóvenes con los mismos conflictos que tienen los jóvenes en el país: tenemos problemas familiares, problemas educativos, vivimos entre todo tipo de violencia y drogadicción, somos de origen muy humilde, pero somos jóvenes. Es decir, que en ellos existía la profunda necesidad de que los reconocieran en su condición de jóvenes. Ya era un indicio para hablar con ellos, para que me abrieran las puertas de su intimidad memoriosa y de sus emociones recónditas. Pero también encontré a otros jóvenes que querían utilizarme como puente para conseguir cosas materiales.

Alguien que llega a un sitio de pobreza, se encuentra con personas con mentalidades mendicantes y menesterosas: el que viene de afuera con una cámara fotográfica es un hombre rico y, por lo tanto, puede y debe hacerme favores, resolver de pronto nuestra pobreza. Incluso, cuento una historia, un muchacho un día me dijo: mire señor escritor, yo tengo la historia más escabrosa: hago el amor con mi mamá, también con mi hermana, me gusta mi tía, he matado como a cuatro... Al final me dijo, ¿cuánto me paga para terminar de contarle mi historia para que usted la escriba? Con el aprendizaje diario fui quitando del camino lo que podríamos llamar los obstáculos humanos, psicológicos, ideológicos e históricos para poder establecer con ellos una conversación de larga duración, que en última instancia es la que puede consolidar un relato o una historia de vida. Y tres meses después de esta extenuante confrontación verbal con esa dura cotidianidad, a mí se me ocurrió una idea que al final se volvió como una especie de trueque con ellos: yo les doy, les apporto conocimientos y ustedes me cuentan historias, claro que voluntariamente. Pasaban los meses, no había escrito nada y ninguna institución me estaba pagando; la investigación corría a cargo de plata de mi propio bolsillo, financiaba la ansiedad de escritor.

Iba a la zona cada sábado, toda la tarde y regresaba a casa en la noche. Ciudad Bolívar es una localidad de 250 barrios, que crece porque cada día hay nuevos barrios de invasión: medio millón de habitantes, es decir, una ciudad intermedia. Un día le puse nombre al trueque verbal con los muchachos, lo bauticé: El Taller de la Memoria. Yo les dije en tono muy emocionado: hagamos un Taller de la Memoria y preguntaron, ¿qué es eso? Les dije que íbamos a crear un espacio de discusión en el cual ellos pudieran expresar abiertamente lo que pensaban del mundo que los rodeaba. Yo simplemente les facilitaría unos textos para discutir y, así, abrir la discusión colectiva. Ellos responden qué vamos a ganar nosotros, yo les digo van a ganar la posibilidad de hablar y discutir sobre la problemática de ustedes como jóvenes, ¿y usted qué va a ganar? Yo les respondí que la posibilidad de escucharlos, quizá escribir un libro sobre ustedes. Se rieron con sorna y el escepticismo se reflejó en sus rostros.

Convoqué a una reunión y les dije: el plan es el siguiente, durante 6 meses vamos a reunirnos, leeremos y discutiremos una serie de textos, ustedes discutirán sobre sus problemas. Ese día asistieron 35 muchachos, en el grupo había una chica que había estudiado sociología en la universidad. El resto había terminado la primaria y otros ni siquiera habían alcanzado el bachillerato. También asistieron ese día algunas jóvenes madres comunitarias y profesores de escuela primaria, era un grupo de gente joven. Fluctuaban entre 13 y 17 años y los adultos apenas pasaban de los 20 años. Yo les propuse la metodología: leeremos en grupo varios libros, cito los títulos: *Biografía de cimarrón de Miguel Barnet*, bello texto en el cual un negro cubano de 104 años cuenta la historia desconocida de los esclavos cimarrones durante las luchas de independencia; un segundo libro, *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas A, la historia de un indígena que va a estudiar Antropología a ciudad de México y regresa a su comunidad, luego escribe sobre la comunidad; *Antropología de la pobreza*, de Oscar Lewis, texto fundador, profundo acercamiento a ese puente humano entre lo rural y lo urbano; *No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar, lacerante libro que a través de relatos testimoniales nos descubre el mundo de los jóvenes sicarios bajo las órdenes del Cartel de Medellín, y agregué otras lecturas adicionales.

Yo les dije que íbamos a organizar grupos que deben leer los libros, lectura referida a diversos temas sobre los jóvenes en Ciudad Bolívar: historia de la comunidad, historia del barrio, historia de la familia, los sueños como realización humana, los sueños cotidianos convertidos en pesadillas por la continuidad, significado y valor de los sitios de reunión, como por ejemplo la cuadra o la esquina; relaciones entre jóvenes, relación con la policía y el ejército, relación con la guerrilla; su visión de la ciudad y del país; todo un eje problemático implícito en sus propias vivencias. Además, flotaba en el ambiente una pregunta terriblemente provocadora: ¿Los jóvenes de Ciudad Bolívar son, por naturaleza, violentos, pisto locos, sicarios? Los medios de comunicación habían dictado cátedra escrita, visual y verbal durante cinco años comparando a los jóvenes de esta zona con los jóvenes de las Comunas de Medellín. Y claro, una conclusión al aire: si viven en las mismas condiciones infrahumanas como los jóvenes de las Comunas de Medellín, por lógica deben pensar lo mismo y por lo tanto deben actuar siempre con un revólver en la mano o una patecabra al cinto.

El Taller de la Memoria era el comienzo de una loca experiencia pedagógica, contradictoria en su esencia por la desigualdad en los conocimientos y formación o deformación de los asistentes. Pero la esencia misma de la propuesta se basaba en la pedagogía de la pro-

vocación: la discusión sobre sus vidas sería, ante todo, un espacio de reflexión que los ayudaría a conocer las fibras de su propia identidad. Escogimos los grupos lectores, se suponía que leerían y hablarían de los textos, además la lectura los incitaría a profundizar en su razón de ser social. Hice fotocopias, y todos entusiasmados de verdad comenzaron a leer. La propuesta había calado: en el grupo se detectaba cierto febril nerviosismo, como si se estuvieran metiendo las manos dentro de sus cuerpos. Estaban tocados y provocados. Hermosas tardes de lecturas, exposiciones comparativas y discusiones sobre los textos propuestos. Cada sesión era un hallazgo porque cada quien se documentaba no sólo desde su propia experiencia sino desde la experiencia de la comunidad.

Se conjugaba lo propio con el entorno, se rescataba y se asumía la historia de los padres como memoria de transición y memoria contemporánea. La idea del libro salía a flote. Entonces, una tarde aparecieron Los Testigos y el libro comenzó a escribirse. El tema propuesto era la historia de los barrios, una visión de la comunidad. Había mucha expectativa en la sala cuando de pronto al grupo que le tocaba hablar sobre los barrios llevó a un viejo curtido en su rostro, vivaz en los ademanes y gestos, de una seguridad imperturbable. Los muchachos que debían exponer lo leído, dijeron: nosotros no hablaremos sino que él lo hará en nombre de nosotros, don Guillermo aquí presente, porque él es nuestra memoria en estas lomas. Don Guillermo contó o narró en forma maravillosa su experiencia de cinco o siete barrios que él había invadido, de cómo esos barrios comenzaron a fundarse cuando se les bautizó con el nombre escogido por la mayoría de los habitantes; de cómo se habían construido, de cómo había sido la primera noche de una familia cuando llegaba con sus cosas y armaba una casa de cartón o de tela asfáltica, dormía y soñaba por primera vez en habitación propia; noche de fundación y regocijo familiar; de cómo los habitantes para poder llegar al terreno que habían comprado, cambiado por un electrodoméstico o invadido a la fuerza, debían pasar por retenes establecidos por la policía y, a su vez, cómo ellos debían pagar los impuestos a la policía para pasar legalmente sus enseres; en fin, todo ese proceso social y humano que consiste en construir una vivienda propia en una zona geográfica asentada en inmensas rocas. Hoy en día, son barrios con vías de comunicación, con agua y luz. Don Guillermo había narrado en dos o tres sesiones una historia de vida de muchos años cuando el tiempo detiene su ritmo endemoniado para abrir cauce a la reflexión de naturaleza vital. Don Guillermo se convirtió en algo definitivo para la escritura posterior del libro: la figura del testigo histórico que hablaba a través de la experiencia vivida y convertida en memoria social, memoria de la comunidad. Don Guillermo

nos hizo sentir que estábamos en presencia de un hombre que no se arrugaba ante su voz, por el contrario, cuando hablaba en su mirada no había vacilación alguna: expresaba decisiones.

En la exposición de los temas posteriores, los muchachos se apropiaron de nuevos Testigos que hablaban en nombre de ellos. No era una apropiación en el sentido mecánico y brutal de la apropiación e imposición de la experiencia ajena. Tampoco que ellos hubieran adquirido de pronto el virus de la mudez. La palabra no se había ahogado en el río de la memoria. Por el contrario, para ellos la presencia de El Testigo fundamentaba y permitía que la huella de uno y de todos quedara como huella definitiva en quienes escuchábamos atentos esa narración convertida en puente humano de la memoria. Entonces El Testigo se volvió figura fundamental en el transcurrir del Taller de la Memoria: su voz y gestualidad creaban como recuerdos ámbitos de profundidad de lo que había sido la experiencia social en lo individual y en lo colectivo. La confluencia de muchas voces escenificada en la voz única y auténtica de El Testigo, quien asumía y representaba las otras voces que yacían en el silencio impuesto por la fuerza del olvido. Por ejemplo, las madres comunitarias eran tres y llevaron al Taller otras cinco y cada una durante una semana fue contando la historia de cómo el jardín infantil fue creándose en su barrio, en su cuadra.

Su origen: una madre con cinco hijos de diversas edades, mientras va a trabajar los deja encerrados durante el día, en un cuarto cubierto por tela asfáltica, espacio de dos metros por tres, entre camas y una estufa de gasolina. Muchos niños habían muerto incinerados en incendios provocados accidentalmente en aquellos cuartos miserables, con candado en las puertas para que los niños no salieran a jugar al aire libre.

Otra mujer, madre de cinco hijos, le propone a las otras madrespadres: yo les cuido los hijos a ustedes. Ellas le pagan algún pequeño valor y después ese patio o casa con 15 o 20 niños se vuelve un jardín infantil a la fuerza. Y esta mujer se transforma a la fuerza en una madre comunitaria que por oficio cuida niños ajenos y, posteriormente, podrá asistir a pequeños cursos de pedagogía infantil, dictados por profesionales pagados miserablemente por el Estado. El Taller de la Memoria tuvo un desarrollo pleno, la gente leía los textos y llevaba sus propios testigos, la discusión se encendía a plenitud: la palabra provocaba comentarios encontrados, el tono verbal se acaloraba, al final la historia narrada unía ánimos y reflexión. Se fue creando un espacio propicio: los muchachos hablaban de su vida personal sin tapujos ni rencores, odios o frustraciones frente a 30 o 40 personas; hablaban porque todo el mundo los escuchaba con respeto; hablaban sin temor de las historias vividas: hablaban de robos o acciones criminales como

asesinatos, problemas familiares, adicción a la droga, de su participación en la guerrilla. El olvido de la historia personal había quedado anclado en los límites de un río lejano. El espacio del Taller de la Memoria se volvió un espacio de complicidad, quienes escuchábamos nos convertimos en cómplices, nadie asumía el papel de policía ni de juez, ni siquiera de periodista. Comenzó a crearse en el inconsciente del grupo la idea o la conclusión de que las historias que se estaban escuchando en ese ámbito de respeto y complicidad serían incluidas posteriormente en el libro. La idea de escribir el libro era ya una necesidad suprema en todos los asistentes, se volvió una obligación que debía cumplirse.

Claro que sería el libro de ellos, escrito por alguien muy atento que estaba escuchando sus historias. En el quinto o sexto mes de reuniones semanales, aparecieron las historias de los jóvenes y continuaron con el mismo proceso: sus Testigos escogidos. Fue cuando sentí en lo más hondo de mi ser que el libro se escribiría por fin. Habíamos logrado trabajar a unos niveles de reflexión colectiva extraordinarios, porque en el contexto de tantas historias narradas aparecía la conjugación de lo íntimo personal con los sueños posibles de realizar. Aparecía en las narraciones, por ejemplo, la hermosa, contradictoria y dramática relación de familia, encierro en un pequeño espacio de 2x3 metros donde vivían cinco, seis o siete personas hacinadas en construcciones de cemento, adobe o tela asfáltica. Y en ese espacio asfixiante, vislumbrar o detectar cómo puede desarrollarse la convivencia de lo cotidiano familiar; cómo los padres hacen el amor mientras los hijos duermen o hacen que duermen; y aparece el morbo inocente de lo erótico entre hermanos y hermanas; cómo se mezcla el sueño imaginado con el sueño real de todos los días, cuando se hablan de éstos en las mesa sin pan; cómo en ese espacio de la miseria la gente puede construir una vida digna, que les permite caminar por la ciudad como cualquier ciudadano normal.

Esa relación encerrada y agobiada por el desdén de la miseria, produce en los muchachos un creciente odio acumulado hacia ese espacio urbano que les impide caminar tres pasos seguidos, entonces por inercia libertaria buscan la esquina. Y en la esquina se reúnen 20 muchachos, hablan de los sueños, fuman marihuana, meten droga, bazuco, se regocijan con el ritmo cadencioso de los cuerpos de las muchachas, hablan de lo aprendido en la escuela, planean fechorías por diversión o quizá con mentalidad profesional. Viven ese espacio de la esquina gozándolo a intenso ritmo interior. Ellos, los jóvenes agrupados en esquina, se vuelven un conflicto para el entorno social, familiar. Los padres que han venido del campo no pueden tolerar que sus hijas estén con esos tipos que pierden el tiempo en el día y la noche, y son

como estatuas fortificadas en la esquina, sombras definitivas. Es decir, es una mentalidad policíaca: si esa persona está parada en la esquina es porque está pensando en algo malo, la lógica demencial creada por el temor a lo envolvente inquisidor. Ese muchacho está pensando meter droga, robar un apartamento o matar a alguien. Entonces esa mentalidad y ese distanciamiento generacional, de una u otra manera, produce un fenómeno terrible: impulsa los llamados actos de limpieza social, parecidos a las razzias de limpieza que suceden en muchas de las ciudades de Brasil. En los años 1992 y 1995 asesinan en Ciudad Bolívar alrededor de 500 muchachos de 12 a 15 años. Y los asesinos, apoyados por sectores de la autoridad, incluso de la propia comunidad y pagados por dueños de establecimientos comerciales, son grupos enmascarados que los cogen, los llevan a un sitio y los matan a quemarropa. Grupos que tienen un nombre singular: grupos de limpieza social.

Muchos de estos muchachos roban tiendas, pequeños supermercados y los dueños de los supermercados tienen contactos con aparatos oficiales y se crea un grupo desde adentro y afuera del barrio que tiene como tarea limpiar el mal ejemplo y matar a los muchachos. Esta situación se vuelve algo muy normal. Lo terrible es que algunos padres de familia aceptaron como concepto definitivo de una mentalidad para sobrevivir: si mataban a un muchacho, lo mataron con razón porque andaba metido en algo malo: acto de fe social para justificar el asesinato colectivo.

Cuando en el Taller de la Memoria aparecen los muchachos contando sus historias, que por cierto una de éstas la retomo 8 años después en mi novela *Sangre Ajena*, digo en ese momento: el libro va a escribirse, debe escribirse. Es la presencia de la escritura con su ritmo endemoniado que asoma como necesidad vital impulsada por sus propias leyes. Era tanto el material escuchado y recogido que había que entrar a procesarlo como escritura. Después tendría que plantearme los conflictos de la estructura narrativa. Hasta ese momento yo no había escrito ni una página. Esa es una extensa documentación que aún conservo en mis archivos. Cuando terminamos el Taller de la Memoria, los muchachos dicen muy convencidos: ahora sí querido Arturo, a escribir el libro. Yo les dije, necesito más historias, otras historias para aproximarme a ese mundo complejo de la mentalidad de los jóvenes que habitan esta zona periférica donde pulula el desarraigo. Cada ocho días ellos aparecían con nuevas historias y nuevos personajes, en ese transcurrir de hallazgos narrativos duramos dos o tres meses. Ellos buscaban afanosamente personajes y yo comencé a escribir las historias escuchadas.

Surgieron conversaciones de larga duración, que se fundamentaban en ciertos principios enraizados en la experiencia de hablar

con el otro: hablan dos, vamos a discutir los dos, a construir una historia entre los dos, dos sujetos hablan y escuchan en igualdad de condiciones, ninguno de los dos será un objeto de uso y de información para el otro; es decir la historia escuchada por uno pero contada por la memoria del otro, en una situación de respeto y reflexión; conversación cimentada en una profunda confianza o empatía mutua que pueda crear una adecuada atmósfera posible para hablar y escuchar; situar la conversación en el espacio y en el tiempo histórico en que sucedieron los acontecimientos, entorno social para el logro de una relativa veracidad de la historia que se escucha; introducir en la conversación el arma de la pregunta y la contrapregunta en quienes asumen el rol de preguntar, narrar y escuchar; la pregunta suele convertirse en un acto de imposición de quien, por razones de supuesta formación académica, piensa que el otro no debe preguntar sino simplemente escuchar la pregunta y narrar la intimidad de su vida. El que confiesa también pregunta. De antemano propuse un compromiso con los protagonistas: antes de publicar la historia, los muchachos, muchacha o muchacho, leerían el texto escrito sobre su vida, propondrían reformas y se publicaría lo que quisieran que publicara; incluso, en algunas conversaciones surgieron nexos de éstos con la guerrilla y esos datos comprometedores los fui eliminando de acuerdo con ellos. Me interesaba construir relatos en los cuales se pudiera constatar y medir una profunda dimensión de vida de unos jóvenes de 14 o 15 años; una niñez y una juventud que nunca tuvieron y, a la vez, la relación con el crecer humano que tiene tantas complicaciones en la periferia de una ciudad violenta en sus ejes fundacionales.

Posteriormente fui trabajando textos y un día, en boca de uno de los protagonistas, escuché una verdad que me dolió en el alma: “nosotros los jóvenes somos gente muy buena, gente sana, gente soñadora, gente que abraza con mucho afecto, gente aventurera, pero también los jóvenes somos unos hijos de puta...”. Esto me situó en la dura realidad para poder entender ese fenómeno de lo que es la mentalidad de muchos jóvenes. Busqué literatura, leí una novela de Paul Nizán que se titula *Aden Arabia*. Nizán comienza su novela diciendo “Yo tenía 20 años y no permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”. Afirmación que a renglón seguido le da un hondo significado de apropiación de una realidad compleja, cuando escribe: “Todo amenaza con la ruina a un hombre joven: el amor, las ideas, la pérdida de la familia, la entrega al mundo adulto. Le es duro aprender cuál es su lugar en el mundo”. Y luego Sartre hace un sesudo prólogo sobre la novela y dice: “hemos traicionado tantas veces nuestra juventud que no mencionarla es una decencia mínima. Nuestros antiguos

recuerdos han perdido sus dientes y sus garras; veinte años, sí, he debido tenerlos, pero tengo cincuenta y cinco y no tendría la audacia de escribir: “Tenía veinte años y no permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”. Esto me hace descifrar más a fondo esa mentalidad juvenil.

Entonces ocurre el fenómeno hermoso en el que ellos, por iniciativa propia, comienzan a buscar otras historias y son muchas las historias que vienen hacia mí con su vuelo oral. Yo voy seleccionando el material, me reúno y trabajo con los personajes tres o seis días, grabo entrevistas de una a diez horas y comienzo a elaborar ese proceso escritural a través de lo que califico el proceso de los originales. En síntesis, hice seis originales del texto *Ciudad Bolívar, la hoguera de las ilusiones*. El primer original era la transcripción absoluta sin editar de la conversación grabada, especie de constancia de ésta en su conjunto lingüístico, con sus silencios, repeticiones y modismos; el segundo original un texto dramático, que consiste en hacer una lectura de la historia dándole prioridad a los hechos dramáticos; es decir, subrayar o numerar en secuencias las situaciones más cruciales en la vida del personaje, y luego reorganizar de nuevo el texto en su estructura a partir de la importancia de cada secuencia dramática, y así evitar la monotonía de la cronología cuando se trata de un texto oral. El tercer original era el mismo relato contado desde los hechos dramáticos conservando la esencia lingüística del texto en su transcripción. El cuarto original era el estudio lingüístico del texto oral para unificar secuencias semánticas y rescatar ritmos connotativos que se pierden en la oralidad y, a la vez, limpiando el texto de repeticiones y modismos. El quinto original era una confluencia de lo dramático y lo lingüístico, y en el sexto original el escritor introduce su voz escritural en segmentos cuando la historia oral lo permite o necesita profundizar en ciertas situaciones de la intimidad del personaje o en cuestiones relacionadas con sus diversos entornos sociales e históricos.

Finalmente apareció el libro con un inmenso éxito editorial y esto produjo una serie de nuevas situaciones que quiero sintetizar: uno, que con su publicación, cuando los medios de comunicación se refieren a Ciudad Bolívar hoy día lo hacen con mayor respeto; se demostró que Ciudad Bolívar no era el infierno de la violencia capitalina que los medios de comunicación habían propagado como peste ambulante en sus mensajes; se aclaró que en Ciudad Bolívar viven jóvenes que están luchando para que se les entienda su identidad de jóvenes, que piensan, viven la ciudad y tienen una visión sobre el país. Dos, los relatos producen una profunda transformación en los propios personajes; uno de ellos, que en esa época pintaba, después

del texto publicado va a la universidad y estudia Filosofía y Letras, continúa su carrera de pintor y hoy día es profesor. Tres, el libro como experiencia humana se convirtió en un texto muy leído en todos los colegios de Bogotá y ha logrado, a través de su lectura, abrir un amplio diálogo entre los muchachos del sur con los muchachos del norte de la ciudad. Por último, el texto es una reflexión profunda sobre los imaginarios de los jóvenes, de su visión de la ciudad, de sus itinerarios y desplazamientos geográficos. El libro no sólo es texto sobre jóvenes o texto sobre la ciudad, es también una íntima y larga conversación que abre puertas a esa memoria, que yace en los recuerdos individuales del otro cuando el tiempo no tiene prisa y rehace en una conjugación de voces otra orilla clarividente de la memoria colectiva urbana.

SOBRE LOS AUTORES

Gabriel García Márquez. Arcataca (1927-2014). Su vida y su obra son de dominio público. Su inclusión en esta antología reconoce la significación política y social de su creación literaria, presente en la violencia de las guerras en *Cien años de soledad*, *La mala hora*, *La hojarasca* o *El coronel no tiene quien le escriba*, o en las formas tiránicas de los regímenes políticos descritas en *El otoño del patriarca*. En ella encontramos “la opresión, el saqueo y el abandono”, a los cuales aludió en *La soledad de América Latina*, para proclamar que a pesar de ello no han logrado “reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte”.

Camilo Torres Restrepo. Bogotá (1929-1966). Una vez ordenado sacerdote adelantó estudios de Sociología en la Universidad Católica de Lovaina entre 1954 y 1956. Fue Capellán de la Universidad Nacional de Colombia y profesor en la naciente Facultad de Sociología de la misma universidad a comienzos de 1960. Por su participación en los conflictos sociales y políticos entró en controversia con la jerarquía de la Iglesia. En 1965 lanzó la plataforma del movimiento político Frente Unido, y en ese mismo año ingresó al grupo guerrillero Ejército de Liberación Nacional - ELN, y a los pocos meses (15 de febrero de 1966) murió en un enfrentamiento con el Ejército colombiano. Es una figura emblemática del movimiento revolucionario colombiano.

Antonio García Nossa. Villapinzón, Cundinamarca (1912-1986). Graduado en Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad del Cauca. Su actividad política se inició desde su época de estudiante en las comunidades indígenas del Departamento de Cauca. Posteriormente como profesor de la Universidad Nacional de Colombia, fundó el Instituto de Economía de la esta universidad. En 1943 fundó la *Liga de Acción Política* y desde 1945 trabajó en el movimiento político de Jorge Eliécer Gaitán. Fué víctima de persecución política después del asesinato de Gaitán. En 1951 organizó el Movimiento Socialista Colombiano y fue director del periódico *El Popular*. Trabajó como consultor en materias agrarias en México, Chile, Perú, Ecuador y Nicaragua. Militó en la Alianza Nacional y Popular. Su periplo vital está descrito en el texto testimonial incluido en esta antología.

Diego Montaña Cuellar. Bogotá (1910-1991). Después de sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia y de algunas experiencias políticas y administrativas como miembro del Partido Liberal, en la década de 1940 ingresó al Partido Socialista Revolucionario, del cual fue excluido por su posición favorable a Jorge Eliécer Gaitán. Acompañó las luchas sindicales de los trabajadores de la *Tropical Oil Company* y durante muchos años fue asesor y consejero de los obreros del petróleo y de numerosos movimientos sindicales y sociales. En 1967 fue expulsado del Partido Comunista por sus tesis expuestas en el documento “Los problemas estratégicos y tácticos de la Revolución en Colombia”, que forma parte de esta compilación antológica. Colaboró con Camilo Torres Restrepo en la publicación del periódico *Frente Unido*, militó en la organización Firmes, en la Unión Patriótica y en la Alianza Democrática M-19. Paralelamente a su actividad política, se desempeñó como profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad Libre y produjo importantes obras, entre las cuales la más destacada y conocida es *Colombia: país real y país formal*.

Orlando Fals Borda. Barranquilla (1925-2008). Sus estudios universitarios los hizo en universidades norteamericanas presbiterianas. Sus primeras obras están influenciadas por la perspectiva estructural-funcional, con fuertes acentos positivistas. Participó en actividades relacionadas con la reforma agraria en la década de 1960. Fue Decano-fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional y promovió esta disciplina en todo el continente latinoamericano (FLACSO en Santiago de Chile, CLACSO en Buenos Aires, el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais de Río de Janeiro, y el Programa Latinoamericano de Estudios para el Desarrollo, PLE-

DES). Coautor del libro ya histórico sobre *La violencia en Colombia*, que explica el conflicto social armado de mediados del siglo XX. En el contexto del bombardeo de Marquetalia y de la organización de las FARC, publicó su libro *La subversión en Colombia*, al cual pertenecen los textos incluidos en esta antología. Se compromete en múltiples empresas de investigación, acción y participación con las comunidades indígenas, campesinas y, en general, populares, y con múltiples grupos de pensamiento crítico. Vivió la circunstancia represiva de la “seguridad nacional”, y se unió a los grupos y movimientos que luchaban por la liberación de los presos políticos y contra el Estado de Sitio y el Estatuto de Seguridad. Integrante de la Asamblea que adoptó la Constitución de 1991 y se comprometió con un nuevo proyecto de izquierda democrática, el Partido Polo Democrático Alternativo - PDA, del cual fue su Presidente Honorario hasta su muerte.

Darío Mesa. Abejorral (Antioquia, 1921). Licenciado en Ciencias Sociales de la Escuela Normal Superior. Residió en la República Democrática Alemana a comienzos de la década del sesenta. Reorientó el programa de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Su influencia en la formación en ciencias sociales en Colombia es muy significativa y ampliamente reconocida. Quizás por su excesivo rigor académico su obra publicada no es muy amplia. En ella se destaca el ensayo *Treinta años de nuestra historia*, publicado originalmente en la revista *Mito*, incluido en esta antología.

Mario Arrubla Yepes. Medellín (1939). Reconocido como uno de los más importantes analistas de la historia y economía colombianas. Aunque su producción académica no es extensa, sus obras alimentaron la efervescencia teórica y política de los años sesenta y setenta, en el contexto del abigarrado debate de la época en toda América Latina. Quizás su libro más destacado e influyente fue en su momento *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, al cual pertenece el texto “Esquema histórico de las formas de dependencia”, que forma parte de esta selección. Animó la discusión sobre los acuciantes problemas colombianos desde la revista *Cuadernos Colombianos*, de la cual fue Director.

Carlos Augusto Angel Maya. Manizales (1932-2010). Es sin duda alguna el académico pionero de los estudios ambientales en Colombia. Luego de su formación posgraduada en universidades europeas, destinó toda su vida a la actividad universitaria colombiana, en especial en la Universidad Nacional de Colombia, en la cual fundó el Instituto de Estudios Ambientales. Su producción bibliográfica fue

muy fecunda, siempre signada por el pensamiento crítico en materia ambiental y estrechamente ligada al movimiento ecológico. Animó en forma permanente la revista *Cuadernos de Epistemología Ambiental* y vivió de cerca las expresiones críticas de las corrientes sociales ambientalistas, a las cuales contribuyó con herramientas de educación ambiental.

Arturo Escobar. Manizales (1952). Después de su formación universitaria en ingeniería (Universidad del Valle), transitó hacia las ciencias sociales y, en especial, hacia la antropología. Ha sido profesor de numerosas universidades norteamericanas y en la actualidad se desempeña como tal en la Universidad de Carolina del Norte (Chapel Hill). Son muy destacados sus trabajos de campo en el Pacífico colombiano, al lado de las comunidades negras, apoyando sus luchas por el territorio y la identidad. Igualmente tiene afinidades muy claras con la corriente decolonial en el campo de las ciencias sociales, a la cual ha hecho muy significativos aportes, como lo ilustra muy bien el ensayo publicado como parte de esta antología.

María Teresa Uribe De Hincapié. Pereira (1940). Como universitaria por excelencia, María Teresa Uribe de Hincapié fue distinguida recientemente con el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Antioquia. Su actividad académica se ha escenificada especialmente en las aulas de la universidad que la ha distinguido, pero también universidades europeas que la han acogido por sus méritos investigativos (Oxford, Coimbra, Granada, Pablo de Olavide, Escuela de Altos estudios en Ciencias Sociales e Instituto de Altos Estudios de América Latina en París). Su obra está cruzada por la perspectiva regional y por sus reflexiones profundas sobre la guerra y la paz en Colombia, como son las incluidas en este volumen antológico.

Virginia Gutiérrez De Pineda. El Socorro, Santander (1922-1999). En condición de etnóloga y antropóloga trabajó inicialmente sobre los grupos indígenas de la Motilonia, el Chocó y la Guajira, pero luego volcó toda su atención investigativa a la medicina popular y tradicional y, finalmente, a los estudios sobre familia y cultura en Colombia, campo este último en el cual es un referente esencial para el análisis y comprensión de la realidad colombiana. Su obra principal es *Familia y cultura en Colombia*, a partir de la cual abrió el horizonte de las ciencias sociales hacia las raíces multiculturales de la sociedad colombiana, para plantear sus complejos núcleos culturales o regionales y analizar con detalle los hábitos, costumbres y prácticas de la familia colombiana.

Florence Thomas. Rouen, Francia (1943). Es sin duda alguna la principal figura del feminismo en Colombia, país al cual se vinculó desde 1967. Su acción académica y política se ha desplegado desde la Universidad Nacional de Colombia, de la cual es profesora titular y emérita, así como coordinadora del “Grupo mujer y sociedad” de la misma universidad, baluarte de la problemática femenina y de los estudios de género. Combina su labor ensayística e investigativa con la actividad periodística como columnista del diario *El Tiempo* desde 1999. El texto “A nueva mujer, nuevo hombre”, incluido en esta antología, es una buena ilustración de su perspectiva teórica y política.

Nina S. De Friedman. Bogotá (1935-1998). Antropóloga (Instituto Colombiano de Antropología, Hunter College y Universidad de California) y docente de la Universidad Nacional de Colombia, se dedicó con absoluta exclusividad a los estudios afroamericanos y al fortalecimiento de la etnicidad en Colombia. Como lo ha advertido Jaime Arocha, ella rompió con la ortodoxia que consideraba a los negros como “cargas venidas de Africa” o, en el mejor de los casos, que los contaba como otro “recurso” perteneciente a los amos de las haciendas del valle del Cauca o de las minas del litoral selvático, para valorarlos como los pioneros de formas de resistencia e insurgencia de largo aliento, ignorados por la historia oficial. Una significativa ilustración de su fructífera obra es precisamente “Huellas de africanía”, texto incluido en esta selección antológica.

Gerardo Molina R. Gomez Plata, Antioquia (1906-1991). Es una de las figuras cimeras del pensamiento socialista democrático en Colombia. Fundador de la Liga de Acción Política en 1942 y del Movimiento Firmes en 1978, a nombre del cual fue candidato a la presidencia de la República en 1982. Profesor universitario, analista político e historiador, escribió obras sobre la historia del pensamiento político, la filosofía del Estado y el socialismo, y dirigió varias publicaciones periódicas. Sus libros *Las ideas liberales en Colombia*, *Breviario de ideas políticas*, *Las ideas socialistas en Colombia* y *Proceso y destino de la libertad* han tenido una gran influencia en la formación política. Considerado como Rector magnífico de la Universidad Nacional de Colombia (1944-1948), dejó un legado muy importante sobre el valor de la autonomía universitaria, del cual da cuenta, por ejemplo, el texto incluido en esta antología.

Estanislao Zuleta. Medellín (1935-1990). Filósofo y pedagogo de formación autodidacta, cuyas conferencias y escritos tuvieron un muy significativo impacto en la intelectualidad y en el mundo universitario

de los años sesenta y setenta. Reconoció la influencia que sobre su concepción tuvo la obra de Baudelaire, Lévi-Strauss, Freud, Marx y Nietzsche. Discurría con rigor y suficiencia en filosofía, economía, psicoanálisis y educación. Su discurso “Elogio de la dificultad” al recibir el Doctorado *honoris causa* de la Universidad del Valle, es casi una lectura obligatoria para quienes trasiegan por el mundo universitario. Por ello, al lado de sus reflexiones sobre marxismo, educación y universidad, se incluye en esta antología.

Guillermo Hoyos V. Medellín (1935-2013). Luego de una formación tradicional y conservadora que lo condujo a la comunidad jesuítica, encontró en la Europa de los años sesenta la Escuela de Frankfurt. De este momento viene su filiación filosófica habermasiana, de la cual es testigo la primera traducción al español de la obra *Conocimiento e interés*. Trasegó por organizaciones de investigación como el Centro de Investigación y Acción Social, CIAS, y el Centro de Investigación y educación popular, CINEP, e ingresó luego a la Universidad Nacional de Colombia donde pudo fortalecer aún más su orientación filosófica, haciendo el puente hacia la Teoría de la Acción Comunicativa. Valoró la novedad de la Constitución Política de 1991 y hasta su fallecimiento fue un permanente analista y crítico de los procesos tendientes a encontrar una solución negociada del conflicto armado, como lo ilustra el texto incluido en esta selección de pensamiento crítico. Obtuvo reconocimiento en los espacios filosóficos en el mundo global y fue un soporte indudable de la acción de CLACSO.

Renan Vega Cantor. Bogotá. Doctor de la Universidad de París y actual profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional. Como él mismo la define, su obra se mueve en dos planos: uno el de la investigación histórica propiamente dicha y otro el del análisis de los problemas contemporáneos, siempre reivindicando el pensamiento socialista y marxista. Recibió el Premio Libertador otorgado por la República Bolivariana de Venezuela en su versión del año 2008, por su obra *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar*, en cuya ceremonia de entrega pronunció el discurso que forma parte de esta antología. Es director de la revista *CEPA*. Hace algunos años hubo de exilarse para proteger su vida amenazada en Colombia. Recientemente participó como integrante de la Comisión histórica del conflicto y sus víctimas, organizada por la Mesa de Conversaciones de Paz de La Habana.

Laura Restrepo. Bogotá (1950). Como escritora y periodista ha desarrollado significativas investigaciones que trascienden lo exclusivamente literario. Tuvo activa participación en los procesos de negocia-

ción con la guerrilla en los años ochenta, que la obligaron a tomar el camino del exilio. La influencia de su actividad periodística y activismo político (en Argentina, España y México) se refleja en el tema de la explotación como violencia social presente en sus novelas en las cuales entiende que la ficción es una forma de “la posibilidad de ampliar y complementar lo que la propia investigación no te da”. En sus años de formación universitaria supo analizar y comprender la realidad de la violencia en la literatura colombiana, como lo muestra con creces el texto que forma parte de esta selección antológica.

Alfredo Molano. Bogotá (1944). Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y alumno de la *École pratique des hautes études* de París entre 1975 y 1977. Su obra amplia y muy difundida, así como sus siempre pertinentes crónicas de prensa, muestran un método que nunca ha abandonado ligado a las historias de vida y al conocimiento directo y pleno de la geografía colombiana, para contribuir a desentrañar los fenómenos sociales colombianos, especialmente en su vinculación con el conflicto armado. Fué galardonado por su universidad con el Doctorado *honoris causa* y formó parte de la Comisión histórica del conflicto y sus víctimas organizada por la Mesa de Conversaciones de Paz de La Habana.

Arturo Alape. Cali (1938-2006). Carlos Arturo Ruiz fue su nombre verdadero, que sustituyó por el de un guerrillero (Jacobo Prías Álape, campesino cofundador de las FARC) para significar su identidad con la justeza de los propósitos de los alzados en armas. Alternó la pintura con la literatura y la crónica, Entre su prolífica obra se destacan las biografías de Tiro Fijo, fundador y dirigente máximo de las FARC (*Tirofijo: Las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez-Tirofijo* (1989) y *Tirofijo: los sueños y las montañas* (1994). Vivió exilado en Cuba y Alemania durante varios años. Fue coautor, con el grupo La Candelaria, de la emblemática pieza *Guadalupe años sin cuenta*, que obtuvo el Premio Casa de las Américas 1976 de teatro. Poco antes de fallecer escribió como resultado de una investigación participativa la obra *La Ciudad Bolívar de los jóvenes*, a la cual se refiere en el documento que forma parte de esta antología. Fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar 1999 a la mejor narración periodística en crónica y con el Doctorado *honoris causa* por la Universidad del Valle en 2003.

SOBRE EL ANTOLOGISTA

Víctor Manuel Moncayo C. Doctor en Derecho de la Universidad Nacional de Colombia y profesor e investigador en teoría política y del derecho. Fue rector de la Universidad Nacional de Colombia, de la cual es profesor emérito. Es autor de numerosos libros y artículos, entre los cuales se destaca su más reciente obra, titulada *El Leviatán derrotado*.

COLECCIÓN ANTOLOGÍAS DEL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO [COLOMBIA]

Además de la insoslayable posición personal y de las necesarias consultas con quienes comparto reflexiones y preocupaciones teóricas y políticas, he acudido a múltiples ventanas de aproximación. La primera, casi forzosa, es la consideración del período, sin dejar de lado sus antecedentes que contribuyen a una comprensión coherente e integral, pues la historia es mucho más que la sucesión cronológica. En esta misma dirección de orden temporal, también se ha tenido en cuenta la relativa actualidad del texto seleccionado respecto de las circunstancias del presente que vivimos.

Otra dimensión privilegiada tiene que ver con la relación o incidencia de los documentos con las luchas sociales y políticas, así como con los debates y controversias de las ciencias sociales frente a los debates de nuestro tiempo, apreciando el protagonismo y la influencia del respectivo autor.

Y, obviamente, se ha tenido la precaución de matizar el conjunto con los aspectos claves de la controversia en nuestra sociedad, empezando por la realidad del conflicto social y armado que por decenios ha caracterizado el acontecer nacional, y los problemas económicosociales que le están asociados. Igualmente, han sido estimadas como referencias pertinentes la pluriethnicidad, la perspectiva de género y la cuestión ambiental.

Como el lector podrá apreciar, esta ha sido la respuesta ciertamente insuficiente, injusta y excluyente, al desafío de construir una antología de quienes como intelectuales han sido actores centrales, durante el período antológico, de las múltiples expresiones de la controversia y confrontación del orden social vigente.

De la "Presentación" de Víctor Moncayo C.

Gabriel García Márquez
Camilo Torres
Antonio García
Diego Montaña Cuéllar
Orlando Fals Borda
Darío Mesa
Mario Arrubla Yepes
Augusto Ángel Maya
Arturo Escobar
María Teresa Uribe
de Hincapié
Virginia Gutiérrez
de Pineda
Florence Thomas
Nina S. de Friedemann
Gerardo Molina
Estanislao Zuleta
Guillermo Hoyos
Vásquez
Renán Vega Cantor
Laura Restrepo
Alfredo Molano Bravo
Arturo Alape

Patrocinado por
 **Asdi**
Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-987-722-113-8



9 789877 221138